

FABIANA PERALTA



ROMPE TU
SILENCIO

Portada
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora
Notas
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Es momento de que le dedique este libro a mi compañero de la vida, mi esposo, que me aguanta a diario, y por supuesto también a mis hijos, que siempre confían en mí y me acompañan.

También a ti —sí, a ti—, que eres la responsable de que yo esté aquí para que nos podamos encontrar en las letras y para que esta maravillosa experiencia de escribir sea posible.

Se lo dedico a todas mis lectoras, que me envían mensajes a diario con palabras que me reconfortan, me llenan de emoción y me incitan a seguir; las que se emocionan, las que se enojan porque quieren que la historia continúe y no termine, las que confían en mí más que yo misma y las que les quitan horas a sus familias para poder leerme. También a esas devoradoras de libros que esperan meses a que salga mi novela, la consumen en un día y comienzan a pedirme la siguiente. A las que me siguen a dondequiera que vaya y siempre están dispuestas a encontrarse conmigo.

No me quiero olvidar de mis termómetros, esas personas incondicionales que siempre están; no hace falta nombrarlas porque ellas saben quiénes son y me acompañan siempre, desde el principio.

Por último, se lo dedico a mi madre, que desde el cielo me da la fuerza suficiente para sortear cada desafío.

Gracias, Dios, por concederme el privilegio de hacer lo que me gusta.

FABIANA PERALTA

Agotado y sudado después de hacer ejercicio en el gimnasio que había montado en su loft, se metió resuelto a darse una ducha, donde no se demoró demasiado. Salió del baño con una toalla a la cintura mientras se secaba el pelo enérgicamente con otra; sus pasos y sus movimientos eran mecánicos, ya que estaba hastiado. Al pasar por la cocina extrajo de la nevera una botella de zumo de naranja, cogió un vaso del estante, se sirvió y lo bebió de un tirón, sediento; a continuación sacó un paquete de hamburguesas del congelador y lo dejó sobre la encimera. No tenía muchas ganas de comer solo en su casa, pero tampoco le apetecía salir a comer afuera, donde la única diferencia sería el bullicio del entorno, de modo que aquellas hamburguesas le parecieron la cena perfecta.

Caminó hacia el salón; contrariado por su soledad, se desplomó en el sofá y cogió el mando a distancia del televisor para poner las noticias. El senador Wheels, en plena campaña, apareció en pantalla dando un discurso que él consideró basura política. Palabras vacías con argumentos poco sólidos que solamente ayudaban a su escalada, pero que no proporcionaban ninguna solución a los problemas que aquejaban a la gente ni a la ciudad; él no creía en los políticos, consideraba que solamente buscaban su propio beneficio.

—Cuando este tipo termine con el circo de hoy se subirá a su lujoso cochazo, se meterá en su mansión y una gran comitiva de soplones lo venerarán y lo harán sentir un rey. Entonces se olvidará de todo lo dicho y sólo le importarán él y sus lujos. ¡Idiota engreído! Ni él se cree toda la basura que ha soltado. ¿A quién pretende engañar? —refunfuñó irascible.

Apagó el televisor y encendió el equipo de música. Bon Jovi inundó el ambiente con su voz, al ritmo de *Runaway*.^{*} El latido de la música representaba claramente el estado emocional de Noah.

Caminó hacia el dormitorio, se quitó la toalla, la arrojó al suelo y buscó ropa en los cajones del armario. Finalmente se puso unos bóxer y un pantalón deportivo que le caía en las caderas, justo sobre sus músculos oblicuos, y se quedó con el torso desnudo.

Caminaba por su casa de mal humor, pues odiaba la soledad de su apartamento en los días libres; prefería estar trabajando. Si no fuera porque el psicólogo del departamento de policía lo había obligado a descansar de vez en cuando, él no estaría ahí como un perro enjaulado.

Regresó a la cocina, se preparó dos hamburguesas grasientas que metió entre dos panes, les agregó lechuga, pepinos, tomate y aderezos y abrió una Budweiser para acompañarlas. Sentado en uno de los taburetes de la isla de la cocina se puso a revisar el móvil, que había sonado minutos antes. Se encontró con un WhatsApp de Brian Moore, un excompañero de su antigua profesión y la única amistad que conservaba de aquella época.

Hola Noah, sé que es tu día libre, así que pasaré a buscarte para ir a una fiesta.
Te lo agradezco, pero prefiero quedarme en casa.
No estoy preguntándotelo: estoy diciéndote que voy para allá. Lo pasaremos bien, hombre, habrá muchas chicas guapas. Además, hace demasiado tiempo que no nos vemos, y te echo de menos, amigo.
Ok, ok, te espero. ¿Dónde es la fiesta?
En el Upper West Side. Salgo para allá.

Noah no tenía muchas ganas de asistir a una fiesta, pero quería ver a su amigo. Lo que Brian había dicho era cierto: hacía algún tiempo que no se veían y, además, necesitaba socializar fuera de su ámbito de trabajo.

Terminó de dos mordiscos los bocadillos, bebió rápidamente toda la cerveza y fue hacia el dormitorio, donde se puso unos vaqueros oscuros, una camisa blanca y unas All Star de color negro. Después fue al baño, se miró al espejo, se peinó con los dedos, se lavó velozmente los dientes y se roció con perfume. En ese preciso momento, justo a tiempo, sonó su móvil: era Brian, que ya estaba esperándolo fuera.

Como no estaba de servicio, Noah decidió llevar su pistola de repuesto, la Glock 19; era más liviana que la que usaba normalmente. La guardó en la pistolera que llevaba al tobillo y se metió la cartera en el bolsillo, cerciorándose de llevar su placa de detective.

—Hola, amigo. ¡Qué alegría verte!

Noah se acomodó en el Porsche 911 marrón antracita metalizado con interiores de cuero de color crema, una maravilla automovilística, de ergonomía y confort. Los dos amigos se estrecharon la mano con fuerza y se palmearon afectuosamente la espalda.

—¿Rayos UVA?

—Así es, estoy en medio de la nueva campaña de D&G.

Brian, de metro ochenta y cinco, ojos azules, mirada penetrante y firme, con cabello rubio oscuro, exudaba confianza en sí mismo. Su rostro ovalado y el mentón bien definido acentuaban su masculinidad.

—Y tú, ¿en qué estás? ¿Qué nuevo caso ocupa tu vida?

—No te interesaría.

—Claro que sí, ya sabes que admiro tu trabajo. La semana pasada te vi en la tele, ¡menuda has liado! Después de todo, creo que no puedes abandonar del todo las cámaras; confíésalo: las echas de menos... —dijo en tono de broma, y Noah puso los ojos en blanco—. Has quedado como el gran héroe, rescatando al hijo del dueño de Mindland.

—Esos periodistas son insufribles, adoran el morbo.

—¿Y cómo va tu vida amorosa? ¿Sigues ligando sin esfuerzo alguno?

—Pues debo reconocer que no he perdido mi toque, aunque, por supuesto, cuando era modelo todo era más fácil. Pero no me quejo, alguna chica guapa me he ligado.

—Y espera a ver las que habrá esta noche en la fiesta. Voy a presentarte a una que está de infarto; yo ya la he probado, y te aseguro que es como comer caviar. —Noah rio y movió la cabeza—. No te importa que ya haya hecho una comprobación, ¿verdad?

—Sabes que no, jamás me ha importado compartir a tus mujeres.

—Ni a mí tampoco. —Se rieron a carcajadas.

El senador Wheels acababa de llegar a su casa. Como era época de reelecciones, se encontraba en el estado que representaba, Nueva York. Se quitó la corbata y se acercó a la barra para servirse un martini. Con el mando a distancia, encendió el equipo de sonido envolvente y *Madama Butterfly*,^{*} de Puccini, con la voz de María Callas, dominó el ambiente. Justo cuando estaba a punto de sentarse en el cómodo sofá de su salón apareció el mayordomo.

—Buenas noches, señor Wheels. ¿Desea que le sirvan la cena? —le preguntó en tono muy solemne.

—No voy a comer, ya he cenado fuera. ¿Dónde está la señora?

—Está en su estudio, señor. ¿Quiere que la avise de que ha llegado?

—No es necesario.

—Con su permiso, si no desea nada más...

Wheels asintió con la cabeza, despidiéndolo.

Caminó hacia otro sector de la casa con la copa de martini en la mano. Entró en el estudio y ahí estaba su esposa, de espaldas, ensimismada, ajena a todo y sumergida en lo que parecía su nueva creación. Se quedó mirándola desde el quicio de la puerta, y para hacer notar su presencia dio un puntapié. Ella, sobresaltada, se dio la vuelta.

—Hola, no sabía que habías llegado —le dijo quitándose los auriculares de su iPod.

—¿Cómo vas a enterarte si estás con esos tapones en las orejas?

—Lo siento, no creí que llegarías tan temprano; nunca lo haces.

—¿Estás cuestionando la hora de mi llegada?

Ella se levantó para saludarlo y negó con la cabeza; él le dio un desganado beso en la mejilla.

—¿Qué tal el día? ¿Te ha ido bien? Te he visto en la tele: ha sido un acto muy concurrido, ¿no? Había mucha gente.

Lo ayudó a quitarse la chaqueta para que se sintiera más cómodo, la dobló con cuidado y la sostuvo sobre el brazo.

—Agotador, la gente es insufrible, creen que tengo tiempo para saludarlos a todos. Te toquetean como si fueran tus iguales y te ofrecen las manos llenas de sudor para que se las estreches. —Puso cara de asco—. Las mujeres no son capaces de limpiarles los mocos a los niños, y aun así me los acercan para que los bese.

—Es que te admiran.

—Bah, estúpidos fanáticos. Quiero darme un baño y quitarme de la piel todo el perfume barato de la gente que se me ha acercado hoy.

—Te prepararé el jacuzzi, y te pondré unas sales de camomila que son el calmante perfecto.

—Sí, anda. ¿Qué estabas haciendo?

—Bosquejando, me han entrado ganas de volver a pintar —contestó entusiasmada—. A veces añoro hacerlo, pero como sabes no siempre tengo tiempo.

—¿Añoras perder el tiempo? —Se carcajeó en su cara—. Ve a prepararme el baño y déjate de bobadas. ¿Por qué no te dedicas a mostrarte en público haciendo obras de beneficencia, que eso sí ayuda a mi imagen política? Es con mi sueldo de senador con lo que te compras todo lo que tienes, no lo olvides. Que yo sepa, vendiendo esos garabatos —movió la mano de forma despectiva— ni siquiera consigues comprarte la etiqueta de los modelos de Armani que usas.

Ella bajó la cabeza, enterró la mirada en el suelo y salió de allí; no quería discutir, no estaba dispuesta a hacerlo.

Murray entró minutos después en el dormitorio y comenzó a desvestirse. De allí se dirigió hacia el baño, donde el jacuzzi estaba a medio llenar.

—¿Adónde vas? —le preguntó a su esposa cuando ella iba a salir.

—Voy a cenar mientras te bañas, aún no lo he hecho.

—Pensé que podíamos tener sexo.

—Perfecto, si quieres me quedo contigo.

—No, Olivia, ya se me han pasado las ganas. Ve y haz lo que tengas que hacer; después de todo, para la frialdad que recibo de tu parte mejor me las arreglo solo.

Ella tragó saliva, quiso acercarse y besarlo, pero él la empujó.

—Te he dicho que te vayas. Pareces una mojigata, cada día me calientas menos. —Olivia se retorció las manos—. Desaparece de mi vista, que me estás poniendo de mal humor.

En silencio salió de la habitación, cerró la puerta y se quedó apoyada contra la dureza de la madera, suspirando para demostrar la frustración y el cansancio que sentía. Apretó los ojos con fuerza y se sintió sumamente desdichada. Su matrimonio parecía no tener solución, ella lo hacía todo mal, tenía la impresión de que jamás hacía algo bien y nunca contentaba a su esposo. Si algo anhelaba era contentarlo, para que todo volviera a ser como había sido una vez; como cuando con sólo mirarse el deseo los invadía y la pasión se apoderaba de ellos, sin que importara nada más. De pronto, lo oyó hablando tras la puertas y no pudo dejar de prestar atención a lo que decía.

—Hola... sí. Lamento lo de hoy, en media hora estoy allá.

Ella se dio cuenta que él había cortado la comunicación y oyó cómo sus pasos se acercaban. Puso unos ojos como platos e intentó desaparecer en el pasillo, pero Murray abrió la puerta rápidamente y la encontró sollozando e intentando irse; sus piernas se habían convertido en gelatina.

—¿Qué mierda hacías aquí?

—Nada, me iba a la cocina a comer.

—¡Estabas escuchando tras la puerta! —Le tiró del brazo.

—No, Murray, te juro que no.

—¿Cuántas veces debo decirte que no escuches mis conversaciones tras la puerta?

—Te juro, Murray, que no lo estaba haciendo.

La metió a empujones en el dormitorio y le agarró la barbilla con fuerza, enterrándole los dedos en la carne, como si quisiera traspasarla con ellos y arrancarle la mandíbula a jirones.

—¡Parece que no lo entiendes! —le gritó muy cerca de ella—, ¿cómo mierda te tengo que explicar las cosas? Pareces estúpida.

Le propinó un empujón, alejándola bruscamente de él, y Olivia cayó de bruces en el suelo.

—Por favor, Murray, no te enfades. Lo siento, te juro que lo siento. No he querido escuchar tras la puerta, sé que no debo hacerlo.

Ella tenía los brazos extendidos con las palmas hacia delante, intentando frenar su furia.

Pero sabía que nada de lo que pudiera decirle podría detenerlo. Murray le dio un puntapié en las costillas y Olivia se retorció en el suelo; luego, de un tirón, se quitó el cinturón y comenzó a castigarla. Ella se quedó sobre la alfombra del dormitorio en posición fetal, intentando asimilar el castigo despiadado que él le impartía, llorando con cada azote recibido. La correa zumbaba en sus oídos cada vez que él tomaba impulso para impartirle un nuevo golpe; la correa se había convertido en el más flagelador de los látigos.

—Basta, Murray, por favor, basta, te pido perdón, te pido perdón, mi amor. No quería enfadarte, no quería hacerlo, basta, ya basta, te lo ruego.

Olivia le suplicaba, pero él parecía no oírla; con cada golpe descargado en su cuerpo soltaba un hálito que lo llenaba de brío, para soltar otro más fuerte y más brutal. En el momento en que él consideró que era suficiente se detuvo; no lo hizo cuando ella se lo rogaba, sino cuando estuvo seguro que Olivia ya no tenía fuerzas para pedirselo.

La dejó tendida en el suelo, casi inconsciente, y volvió a meter el cinturón por las presillas del pantalón. La miraba satisfecho, se sentía poderoso. Arrancó el cable de la extensión telefónica para que ella no pudiera comunicarse con nadie y salió del dormitorio hacia el garaje, indicándole a su guardaespaldas que saldría solo.

Preparándose para partir, rebuscó con la mano bajo el asiento y sacó un envoltorio plateado que abrió con sumo cuidado; con la yema del dedo corazón levantó el polvo blanco que estaba en la cajetilla y lo aspiró con fruición. Repitió la operación con la otra fosa nasal, se limpió la nariz con el reverso de la mano y se chupó los dedos.

Olivia estuvo un buen rato tendida en el suelo del dormitorio, y cuando pudo se arrastró hasta la cama muy dolorida. Al oír que el automóvil de su marido se alejaba sacó, con gran esfuerzo, un móvil que tenía escondido en uno de los cajones de la mesilla de noche, y marcó un número.

—Hola amiguísima de mi corazón, ¡qué sorpresa a estas horas! ¿Aún no ha llegado el ogro?

Con un hilo de voz y con muchísimo esfuerzo, Olivia le habló a la persona que la escuchaba al otro lado de la línea.

—Te necesito, Alexa. Ven pronto, por favor.

—¿Qué ha pasado? ¿No me digas que ese malnacido te ha golpeado otra vez? —Olivia no le contestaba, sólo la oía gemir de dolor—. Voy para allá, tranquila que estoy saliendo. —Mientras lo decía tenía el bolso y las llaves del coche en la mano. —*Shit, shit*, ese desgraciado algún día me las va a pagar todas juntas... ¿Estás bien? Dime que estás bien, porque no me lo parece, por favor, Oli, háblame...

—Entra por atrás con la llave que te he dado y cuidado con la cámara. —Olivia reunió fuerzas para hablarle—. Por favor, que nadie te vea, no quiero que vuelva a enfadarse. Estoy en el dormitorio.

Alexa no había oído bien a su amiga. Aunque el trayecto que la separaba del Upper West Side parecía interminable, en menos de media hora estuvo ahí, pero no iba sola: Edmond la había acompañado.

—¡Dios mío, Oli! ¿Por qué no te vas de esta casa? Este tipo te matará. ¿Un día de éstos —le dijo él mientras la tomaba entre sus brazos para depositarla en la cama.

Quiso recostarla, pero ella se quejó, así que la dejó sentada en el borde.

—Parece que eso es lo que busca, Ed, si no no se explica que aún siga aquí con esa bestia.

—Quizá sea lo mejor —expresó Olivia con cansancio y mucho pesar.

—No digas eso ni en broma, ¿me oyes? —La reprimenda de Alexa sonó muy fuerte.

Sus amigos le quitaron la camisa. Los azotes se veían claramente sobre su fina piel, tenía la espalda casi en carne viva. Alexa se cubrió la boca mientras observaba la brutalidad plasmada en el cuerpo de su amiga.

—Vamos, Oli, vamos a casa —le rogó—. No puedes seguir quedándote aquí, va a matarte. Ven conmigo, déjame que te ayude.

—No lo entendéis, él no es malo, soy yo, soy yo... —Olivia se puso a llorar desconsolada.

—Chist, no sigas angustiándote, pequeña, Ed está contigo. Ven, llora en mi pecho.

Esperaron a que se calmara mientras Edmond la acurrucaba en su regazo y Alexa le desinfectaba las heridas.

—Oli, me siento muy mal. No puedo seguir haciendo la vista gorda, no está bien. Me siento fatal por ti, por mí, siento que estoy siendo cómplice de ese monstruo, ignorando lo que te hace.

—Alexita, no te sientas así. Él no es malo, sólo está nervioso por la campaña política, y yo no ayudo en nada.

—Basta, Olivia, basta, no quiero escucharte más —le dijo Edmond cogiéndole la barbilla. Todo tenía un límite—. No puedes justificar esta salvajada. Tu esposo tiene problemas, no es normal que te trate así, ¿cómo puedes justificar que te haga esto?

—Es que no sabéis lo tierno que puede ser... Murray me quiere, me lo da todo; pero tiene mucha presión, ser senador no es fácil. Ya veréis como cuando la campaña termine todo volverá a la normalidad.

—Oli, hace años que oigo lo mismo y nunca se termina, al contrario, cada vez es peor, cada vez te golpea más fuerte. Estoy preocupada. Vamos al departamento de policía y hagamos la denuncia. —Alexa la cogía de las manos mientras intentaba convencerla—. Nosotros te acompañamos, ¿verdad, Ed?

—Sí, claro, jamás te dejaríamos sola, sabes que puedes contar con nosotros para todo.

—¿Estáis locos?! Eso arruinaría su carrera.

—¡Mierda, Olivia! —gritó Alexa—. Ese malnacido ha arruinado la tuya, y también tu vida.

—Chist, no grites, por favor. Se darán cuenta de que estáis aquí conmigo y tendré más problemas.

—¿La estás oyendo, Ed? Esa bestia quiere matarte y tú sólo te preocupas por su carrera y porque no nos oigan. ¿Es que tu vida no tiene valor? Vives encerrada en una gran jaula de lujos, pero ¿de qué te sirve todo esto —hizo un ademán señalándolo todo— si no eres feliz? Porque no me digas que lo eres. —Puso los brazos en jarras.

—Basta, Alexa, sabes que no nos hará caso, no quiere que le ayudemos —apuntó Ed.

—No lo entendéis, a veces su mal temperamento tapa su lado bueno —dijo en un susurro—. Nosotros nos prometimos amor para toda la vida cuando nos casamos.

—¿Eres tonta? ¿De qué amor me hablas? Creo que ese malnacido te ha golpeado en la cabeza y algo no te funciona bien en el cerebro.

—En mi familia nadie se ha divorciado. Mis padres no estarían de acuerdo, sabéis que son muy rígidos en cuanto a las tradiciones, y bastante dolor de cabeza les ha causado Brian abandonando su carrera para que yo les añada otro disgusto.

—Me has hartado, ya es suficiente. Habla como si fueras santa Olivia. —Alexa se apretó con fuerza la cabeza—. ¿Sabes qué? La próxima vez que te muela a palos no me llames, arréglatelas sola, llama al puto mayordomo o a los guardaespaldas para que te ayuden, esos malnacidos que parecen no escuchar nada. Odio a tu marido y a todos sus soplones, odio su poder y que te haya lavado el cerebro como lo ha hecho.

—Basta, Alexa, no parece que seas mi amiga —rogó Olivia entre dientes, mientras se retorció por los dolores de los golpes.

—Por supuesto que no lo parezco, porque una amiga verdadera no encubriría al jodido ese como lo estoy haciendo yo. Vamos, Ed, todo esto es en vano; ya sé lo que sigue ahora, nos dirá: «Idos, por favor, Murray puede volver —Alexa imitó su voz burlesco— y no quiero que os encuentre aquí».

—Sí, eso es —contestó Olivia mosqueada y con lágrimas en los ojos.

Alexa iba a rechazarla, pero Edmond le hizo una seña para que se callara y lo dejase estar. Le dio un calmante a Oli para que le aliviase los dolores de los azotes; aunque nada la aliviaría, porque lo que Olivia tenía rasgado en verdad era el alma.

Alexa sacudió las manos con fastidio mientras refunfuñaba, rogando que su amiga reaccionara de una vez.

—¿Te ayudo que te acuestes, Oli?

—Por favor, Ed.

—¿Estás segura de que no quieres que te llevemos al médico? Quizá tengas alguna costilla rota.

—No, Ed, te aseguro que no tengo nada roto.

Alexa estaba enfurruñada, con los brazos cruzados y apoyada contra la pared mientras los veía desde lejos. Ed ayudó a Olivia a acostarse y la puso de lado, pues de espaldas era imposible por las laceraciones que tenía.

—Si necesitas cualquier cosa, vuelve a llamar, Oli.

—Gracias, Ed.

Sus amigos se fueron, y ella se quedó a oscuras pensando, repasando cada uno de los momentos. Sabía que sus amigos llevaban razón, pero era tanto el miedo que le tenía a su esposo que prefería justificarlo y esperar un milagro. Era tan infeliz que ni siquiera le quedaban lágrimas para llorar. Se sintió vacía, cobarde; se preguntó cómo había llegado a esa situación, pero no obtuvo respuesta, no había una explicación posible para tanta locura; sólo quería que todo terminara, que todo pasara, le pedía a Dios que la ayudase para que su calvario concluyera.

La madrugada la encontró despierta; oyó la puerta y supo que era Murray que regresaba, así que intentó calmar la respiración para que él no notara que estaba en vela, prefirió fingir que dormía.

Después de quitarse la ropa, Wheels se metió en la cama y, antes de ponerse a dormir, le habló a su mujer al oído:

—Sé que no duermes. Te pido perdón, Oli, no sé lo que me ha pasado pero estoy muy arrepentido. —Hizo una pausa—. Te prometo, mi vida, que nunca volverá a suceder. Lo que pasa es que estoy muy nervioso, la campaña política está acabando con mis nervios, sé que no es justificación, que no lo mereces, por eso me arrepentiré toda la vida. —Le acariciaba el brazo con mucha suavidad mientras le hablaba—. Te quiero, Olivia.

Ella siguió fingiendo que estaba dormida y no le contestó; él le dio un beso en el hombro y, después de apagar la luz de la mesilla de noche, se dio la vuelta y se puso a dormir.

Sonó la alarma de su móvil y Noah se despertó en el apartamento de Brian. A su lado, acurrucada sobre su pecho, descansaba una rubia de infarto. La apartó con cuidado —era muy temprano y no quería despertarla— y se sentó en la cama con los pies apoyados en el suelo; sintió que le dolía un poco la cabeza pero quería espabilarse e irse. A desgana, se pasó la mano por el pelo y se frotó la cara, luego se dio la vuelta para admirar a su acompañante una vez más, y lo recorrió con la vista mientras sonreía y recordaba lo bien que lo habían pasado. La rubia había demostrado tener mucha flexibilidad, pues la había puesto en posiciones en las que realmente era necesaria; se había enterrado una y otra vez en ella de la forma que había querido. La escultural modelo continuaba durmiendo, ajena a todo. Le pasó la mano por la espalda a modo de despedida y se puso de pie para vestirse: las ropas de ambos estaban desparramadas por la habitación, ya que habían llegado con bastante prisa.

Buscó sus bóxeres hasta dar con ellos y se los puso, al igual que el resto de sus prendas, reunió los preservativos que había usado durante la noche y los tiró en el cesto del baño. Antes de irse se asomó a la habitación de su amigo: Brian y su acompañante aún dormían; admiró el culo de la morena que estaba a su lado, sonrió mientras hacía una mueca de aprobación y cerró la puerta del dormitorio con cuidado para no despertarlos; más tarde lo llamaría. Antes de abandonar el apartamento de su amigo, pasó por la cocina y cogió una lata de refresco de la nevera.

Caminó unos metros por la desolada calle de Manhattan y detuvo un taxi en la esquina de la 67 con la avenida Columbus. Se dejó caer el asiento, molido, y le indicó al chófer la dirección de su casa, adonde iría a cambiarse de ropa antes de empezar su servicio a las 8.00.

Tras un corto viaje, Noah llegó a su apartamento de la calle 59, se dio una ducha rápida y se vistió adecuadamente para ir a trabajar. Con una camisa azul, un traje gris oscuro y corbata azul parecía de nuevo el correcto detective Noah Miller. Se colocó el arma en la pistolera axilar, fijó la placa en el cinturón y salió de su casa hacia el garaje.

—Buenos días, señor Miller —lo saludó el encargado.

—Hola, Manuel, ¿todo en orden?

—Sí, todo en orden, señor. Que tenga un día productivo, ojalá atrape a muchos delincuentes.

—Gracias, Manuel.

Noah sonrió y le hizo un gesto con el pulgar en alto.

Al llegar al departamento de policía fue directo a su escritorio, donde tenía una pila de informes que redactar. Intentó ponerse manos a la obra, pero le fallaba la concentración; la noche estaba pasándole factura. Se levantó de su asiento, se encaminó hacia la máquina de café que estaba al fondo y se sirvió uno doble. Al regresar vio que su compañera ya había llegado.

—Hola, Eva.

Le dedicó una irresistible sonrisa. Aunque estaba cansado tenía un aspecto increíble, como siempre: con su metro ochenta y cinco, delgado, de espalda ancha, cabello castaño claro y ojos de color miel, era imposible no estar perfecto.

—Hola, Noah. Parece que no dormiste mucho anoche.

—Es cierto, fui a una fiesta con un amigo.

—Detective Miller, tienes una pinta horrible hoy, pero me alegro de que tengas vida social.

—Gracias por el cumplido.

Eva se carcajeó. En ese preciso instante, el capitán asomó por la puerta de su despacho y los llamó.

—Miller, Gonzales; a mi despacho.

Entraron.

—Noah, cierra la puerta y las persianas.

Al detective le extrañó la petición pero obedeció. El capitán les expuso el nuevo caso al que los había asignado, completamente confidencial, pues al parecer había un infiltrado en el departamento y ellos serían los encargados en descubrir quién era. Les explicó lo que sospechaba, les expuso las pocas pruebas que tenía en su poder y les confesó que había frenado a los de Asuntos Internos para que no intervinieran; no obstante, si no descubrían pronto quién era el infiltrado, la intervención de aquéllos sería inevitable y todo el personal de aquella unidad de la policía de Nueva York sería acosado con investigaciones. Eva y Noah no estaban muy felices con la tarea asignada, ya que no era muy agradable sentirse un soplón, pero si alguien estaba haciendo las cosas mal no importaba de quién se trataba, si era uno de los de ellos o un extraño: el deber siempre era el mismo, descubrir y sacar de las calles a toda persona que atentase contra la ley y el orden de la ciudad; además, si el capitán se lo había ordenado, no quedaba otra opción.

—Al mismo tiempo os asignaré otro caso, para no levantar sospechas. ¿Os veis capaces?

—Por mí no hay problema. —dijo Eva muy confiada.

—Por mí tampoco —contestó Noah, apoyando a su compañera.

Les entregó los expedientes de ambos casos y salieron del despacho. Noah terminó el último sorbo de su café y arrojó el vaso desechable en la papelera, cogió su chaqueta del respaldo de su silla y se la puso.

—¿Vamos, Gonzales? El deber nos llama.

—Voy al baño. Espérame en el coche, que hoy te toca conducir.

—Lo recordaba. —Noah le guiñó un ojo y salió de ahí.

Esperó a su compañera en el aparcamiento, sentado cómodamente en su coche, mientras hablaba por teléfono con Brian.

—No estoy diciendo que nos vayamos de juerga a diario, solamente que lo repetamos más a menudo, señor detective aburrido e intachable.

Noah sacudió la cabeza.

—Reconozco que lo pasamos bien, pero sabes que dejé de trasnochar hace tiempo. Hoy me está costando concentrarme en el trabajo.

—Déjate de historias, Noah. No lo pasamos muy bien anoche; además, me ligo a unas chicas tremendas cuando voy contigo... —Se carcajeó—. Amigo, me traes suerte.

—La suerte está echada, Brian, no creo haber hecho nada especial.

—No sé, pero a Nathalie hacía tiempo que me la quería tirar y no me daba ninguna oportunidad.

—Por cierto, esta mañana antes de irme me he asomado a tu dormitorio; ¡menudo culo el de Nathalie!

—Y no sabes lo apretado que lo tiene.

—Eres un maldito fanfarrón, Brian. Tengo que trabajar y me estás distraendo. Luego te llamo.

—Vale, amigo, estamos en contacto. Y repetiremos pronto, que parecen un viejo aburrido. ¿Qué te ocurre? ¿Es que no puedes con más de una chica a la semana?

—Nooo, no digas eso ni en broma. Es que mi profesión necesita orden.

—Pues vuelve a ser modelo y deja las calles. Te aseguro que conseguirías contratos muy jugosos y vivirías mejor que con el mugriento sueldo que te paga el Estado.

—Tú y yo sabemos que no es cuestión de dinero. Eres de los pocos que saben perfectamente que no es por eso.

—Sí, lo sé; sé perfectamente que eres el heredero de Industrias Miller, y que aunque te empeñas en vivir como un empleado del Estado, no lo necesitas. No hace falta que me lo recuerdes: aunque te obstines en mantener un perfil bajo y en que muy pocos sepan de tu verdadera posición económica, sé que eres un condenado primogénito y uno de los nuevos ricos de Nueva York.

—Me importa poco el dinero. Estás al tanto de que acepté esa herencia por mi madre; si fuera por el malnacido de mi padre, lo habría regalado todo.

—Sé perfectamente que estás loco de remate, recuerdo muy bien cuando querías donarlo a obras de caridad.

—Te dejo, que llega mi compañera y hoy me toca conducir. Luego te llamo y nos organizamos para salir a cenar.

—Uff, cómo me gusta tu compañera, ¿cuándo me vas a dar su teléfono? Ya que tú no estás interesado en tirártela, dale un poco de cebo a este pobre tiburón, que vive hambriento.

—Eva no es una mujer para tirársela y listo; además, no eres su tipo.

—¿Y cómo sabes eso? Deja de cuidar del coño de tu compañera y permite que eso lo decida ella.

—Adiós, Brian, luego te llamo.

—Perfecto, amigo, cuidate. No olvides pasarme el teléfono de Tomb Raider y mantente alejado de las balas.

—Y tú también, cuidate, que esas chicas con las que sales son de infarto, y tan peligrosas como las balas con las que me pueda cruzar yo.

Mientras se despedía de Brian, Noah vio que Eva salía del edificio y caminaba directa hacia él, contoneándose, con una naturalidad que no parecía fingida. Él se quedó con la boca abierta, la mandíbula caída, completamente embobado. No era la primera vez que prestaba atención a las curvas de su compañera, pero ese día en particular ella parecía lo que había sugerido Brian: una auténtica Lara Croft. Silbó cuando se acercaba.

«¡Vaya caderas tan macizas para aferrarse a ellas!», se dijo.

Se colocó las Ray Ban para seguir admirándola tras los vidrios oscuros. Eva no sólo tenía unas caderas anchas, sino también piernas y brazos larguísimos, cintura estrecha y senos turgentes; era sofisticada, recia pero muy femenina. Noah se encontró admirando a la pelirroja de ojos verdes con reflejos dorados.

«Joder, debo de haber estado ciego todo este tiempo. Pero tengo un lema: no mezclo el trabajo con el placer», pensó.

Eva llegó hasta el Chevrolet Caprice negro donde Noah la esperaba, abrió la portezuela y se acomodó a su lado. Él la miró por encima de las gafas sin ningún disimulo.

—¿Ocurre algo, Noah?

—No —dijo él poniendo el coche en marcha y fijando la vista en el camino. «Sólo que estoy pensando seriamente, en romper mis reglas.»

Eva se ajustó el cinturón de seguridad y Noah trató de deshacerse de esas ideas: sabía que no era prudente ver a su compañera de esa manera, pues mezclar su trabajo con el placer era sinónimo de desconcentración. Sacudió la cabeza y sonrió, mientras se internaba en el congestionado tránsito de Manhattan.

Pasaron toda la mañana recabando testimonios. Iban tras la pista de un vendedor de drogas que al parecer estaba protegido por un policía. Ellos debían averiguar de quién se trataba.

Era casi mediodía.

—Olivia, ¿qué haces?

—Nada, ¿por qué?

—Voy camino a Delmonico's y me he hecho un hueco en la agenda para comer con mi hermosa y adorada esposa. Dile a Dylan que te traiga.

—Está bien, me arreglo rápido y voy para allá.

—Ponte tu vestido burdeos; me gusta cómo te queda y vas muy correcta y elegante.

—De acuerdo, Murray, me lo pondré.

Olivia llegó al restaurante entusiasmada por la invitación, hacía tiempo que no salían a almorzar ni a ningún otro lado y sólo se mostraban juntos en actos políticos. Por eso no pudo por menos que sentirse ilusionada con el encuentro, pensó que quizá sí era cierto que estaba arrepentido y quería recomponer las cosas. Entró en el clásico y lujoso restaurante, donde el relaciones públicas la reconoció de inmediato y la escoltó hasta donde su esposo la esperaba. Murray se encontraba sentado a una mesa en el centro del salón, de modo que era casi imposible que no los vieran; todos los comensales que ese día estaban en el local depositaban la mirada sobre el reconocido senador Murray Wheels y su esposa.

Éste, al verla llegar, se puso de pie para esperarla, cuando se acercó le dio un casto beso en la mejilla y aguardó a que se sentara para acercarle la silla.

—Estás muy guapa.

—Gracias —dijo Olivia, sonriendo radiante.

—He pedido una botella del Merlot que te gusta, quiero compensarte por mi exabrupto de anoche, lo siento —le dijo mientras se acercaba, hablándole en un tono muy bajo y arrullador.

—No te preocupes, Murray, ya lo he olvidado.

No era cierto; los recuerdos de la paliza recibida le habían dificultado la tarea de ducharse; el agua caliente cayendo sobre su cuerpo le había hecho recordar uno a uno los golpes que él le había dado sin misericordia. Wheels estiró la mano, cogió la de ella y le besó los nudillos.

—Pero no vuelvas a escuchar tras la puerta —entrecerró los ojos mientras se lo decía—, ¿eh, querida?

Ella no contestó; se quedó mirándolo temerosa por la advertencia, sin poder evitar el temblor que esa mirada le causaba. Cogió el menú para no tener que dirigir la vista hacia su marido.

—Espera un momento, bebe del vino que he pedido para ti, estamos esperando a alguien —dijo Murray.

—Pensaba que comeríamos solos.

—¿Solos tú y yo? —La miró con una cínica sonrisa. Sólo con una mueca lograba humillarla, la dejaba desprovista de palabras y la hacía sentir el ser más insignificante sobre la tierra—. Sería muy aburrido, no tendríamos de qué hablar —explicó dándole palmaditas en la mano—. Bebe, querida, bebe.

Una mujer de infarto, de ojos verdes y cabello moreno, curvas despampanantes y una sonrisa que nublaba la vista, apareció en el restaurante. Murray se puso de pie cuando ella se acercó y la saludó con un beso en la mano.

—Cielo, te presento a mi nueva asesora de imagen, la señorita Samantha Stuart.

—Encantada.

—El gusto es mío, señora Wheels. —Se saludaron con un beso.

La mujer se acomodó al lado de ellos, y Murray se quedó de pie junto a ella para acercarle la silla de manera muy caballerosa. El senador, ante los ojos del mundo, era siempre correcto, gentil e intachable.

Muy pronto empezaron a hablar sobre la campaña política y Olivia sintió que sobraba, como si no enajara en la conversación ni mucho menos en el lugar, frustrada una vez más; pero como siempre debía guardar las formas y esconder sus sentimientos en público, pues Murray no le perdonaría que se mostrara desinteresada y mucho menos que alguien lo advirtiera; delante de la gente debía ser la esposa ideal, la más encantadora y la más feliz.

Sonrió en silencio y pensó con ironía en qué significaba para ella la felicidad. Miró a su alrededor y comprendió una vez más que los observaban, se sintió como una estatua de piedra mientras su esposo se dedicaba a ignorarla por completo. A ratos dejaba escapar una sonrisa para que todos creyeran que se interesaba en lo que allí se decía; era toda una experta en el arte de fingir en público.

Murray y Samantha hablaban de trabajo y Olivia se limitaba a escucharlos mientras comía. En cierto momento se llevó la copa de vino a la boca, sorbió un trago, y mientras degustaba la bebida recordó la época en que había conocido a su marido, cuando él estaba a punto de graduarse en Yale. Poco después se convirtió en un abogado defensor reconocido, trabajando en uno los bufetes más prestigiosos de la ciudad. Estaba lleno de sueños y de planes para un futuro en el que ella siempre era lo más importante. Lo observó con un profundo conformismo —Murray hablaba de forma elocuente y era atento con su asesora— y siguió recordando, transportándose a los días en que lo ayudaba a preparar su tesis. «Ese título de abogacía también me pertenece en parte», se dijo.

«¿Cómo se metió en política? Lo recuerdo bien. Llevaba el caso del diputado Lexington y se dio cuenta de que ésa era su pasión. Él le presentó a todos sus compañeros del partido y lo inició en la militancia política. Fue entonces cuando nuestra relación empezó a deteriorarse, llevábamos dos años de casados y yo había sufrido un aborto. Empezó a ausentarse más de casa, se olvidó de todas las promesas de amor que me había hecho y, ávido de poder, todo dejó de importarle, incluida yo; él se transformó en el centro del universo.

»Si me animara, si pudiese dar un paso adelante y retomar mi vida, si pudiera encontrar el valor que necesito... Quizá Alexita y Ed tengan razón, debería al menos

retomar la galería... Pero ellos la llevan tan bien, ¿para qué hacerlo yo entonces? Murray está en lo cierto, si tengo gente a cargo que se puede ocupar de todo, ¿para qué ir a perder el tiempo allí? Aunque es lo que me gusta, quizá me sentiría más útil de esa forma.

»Sí, si Murray esta noche está de buen humor y tiene tiempo para escucharme se lo plantearé, buscaré la forma.»

Eva y Noah se dirigían al aparcamiento del departamento de policía, habían terminado el turno.

—Hasta mañana, Noah —dijo ella. Él se quedó mirándola, sin devolverle el saludo—. ¿Pasa algo?

—Se me ha ocurrido que tal vez podríamos ir a tomar algo, te invito al Grand Central.

—Lo siento, Noah, es el cumpleaños de mi sobrina y quiero ir a saludarla.

—Sí, no te preocupes, sólo ha sido una invitación estúpida.

Ella le apoyó la mano en el hombro.

—Me encantará aceptar esa invitación estúpida otro día. —Noah le dedicó una sonrisa increíble—. Tengo una idea mejor: ven conmigo y luego arreglamos para cenar.

—Acepto, me parece perfecto.

Acordaron que él la seguiría con su coche todo el camino. En un semáforo quedaron uno al lado del otro y se sonrieron a través de la ventanilla; él le guiñó un ojo y ella, divertida, enarcó una ceja. Se rebujó en su asiento, mientras se mordió un dedo, y entrecerró los ojos, mientras se daba cuenta de que aquella sonrisa no se la conocía; a pesar que pasaban muchas horas juntos jamás le había sonreído de esa forma seductora y cómplice. Ello la llevó a mirar a Noah como nunca se había permitido mirarlo. Éste, ajeno a las cavilaciones de su compañera, se remangó despreocupado e indiferente las mangas de su camisa y volvió la vista al camino. Aprovechando su distracción, Eva no pudo dejar de mirar sus anchos antebrazos, de venas destacadas y músculos prominentes. Era fornido y atlético; lo siguió recorriendo con la mirada y ascendió hasta su rostro, y se dio cuenta de que tenía una boca muy apetitosa. De pronto, un bocinazo del automóvil que estaba tras ella la sacó de su ensimismamiento, e incluso se llevó un insulto.

Levantó el dedo corazón y se lo enseñó al conductor de atrás, devolviendo el agravio. Miller vio la escena, divertido; la espontaneidad de ella le había hecho mucha gracia. Finalmente llegaron al número 45 de Coolidge Road, Maplewood, en New Jersey, y estacionaron uno tras el otro.

Noah bajó de su coche y, mientras ella tomaba su chaqueta del asiento trasero, él se apresuró para abrirla la puerta y ayudarla a que bajara. Le ofreció la mano caballerosamente y Eva se la aceptó mientras le regalaba una franca sonrisa. Le gustó el gesto, aunque la pilló por sorpresa, pues en el trabajo tenían un trato siempre muy distante, cosa que ella agradecía. Noah siempre la había tratado de igual a igual, nunca la había hecho sentir menos idónea por ser mujer.

—Gracias, Noah. —Él sonrió, sin intención alguna de soltarla.

Eva descendió del Toyota Camry negro y sin apartar la mano de la de Noah abrió el maletero del coche. Dentro había un enorme paquete envuelto para regalo y ambos, sin querer soltarse, se agacharon para cogerlo, sus cabezas terminaron chocando y les provocó carcajadas. Pero entonces el silencio se instaló entre ambos y clavaron las miradas el uno en la otra, con intensidad, intentando encontrar cosas que jamás habían advertido. Ella se ruborizó y él le guiñó el ojo. Eva, perturbada por lo que estaba sintiendo por su compañero, bajó la vista y soltó tímidamente la mano para recoger el regalo, y de esa manera terminó con la incomodidad del momento.

Entraron por la parte trasera de la casa, donde una gran cantidad de niños correteaban en el jardín; al verlos llegar, una niña con la misma sonrisa que la de Eva se acercó corriendo a ellos. Era Maggie, la cumpleañera.

—¡Tía, has venido!

—Por supuesto, princesa Rapunzel.

—No, tía, hoy no soy Rapunzel, hoy soy Maggie. Es mi cumpleaños y si me llamas de otra forma no me darán los regalos a mí porque creerán que se han equivocado.

—Entiendo, Maggie. En ese caso, toma, esto es para ti. —La niña rasgó rápidamente el envoltorio y descubrió un traje de Rapunzel; se alegró muchísimo—. ¿Te gusta, era el que querías?

—Sí, tía, muchas gracias, ¡eres la mejor! Y tu amigo, ¿quién es?

Eva miró a Noah, que permanecía atento a la escena con las manos metidas en los bolsillos y sonreía.

—Mi amigo se llama Noah.

—Hola, Maggie. Estarás muy guapa con ese traje que tu tía te ha regalado. —Noah se inclinó para saludar a la pequeña—. Te enviaré con Eva un regalo de mi parte; lo siento pero me he enterado a última hora de que era tu cumpleaños.

—No hay problema, Noah, mi tía me lo traerá.

—Maggie, no seas interesada.

—No te preocupes, Eva, si es lo que yo le he dicho.

La niña salió corriendo dejándolos solos; sus amiguitas la llamaban desde el columpio.

—Ven, Noah, sígueme, que te presentaré a la familia.

Eva le presentó a sus padres y luego a sus hermanos. Ella era la pequeña de cinco y la única chica. También le presentó a sus cuñadas.

—Por fin te conocemos, Noah. Eva nos ha hablado mucho de ti, nos ha contado que os complementáis muy bien en el trabajo y me alivia saber que su compañero es un caballero, pues cuando nos dijo a qué quería dedicarse nos asustó mucho. Nadie en nuestra familia ha tenido esta carrera, y para nosotros, como comprenderás, fue un poco traumático —explicó la madre de Eva.

—Señora Gonzales, la escucho y parece que estoy oyendo a mi madre. —Roberto, uno de los hermanos de Eva, les dio una Budweiser a cada uno—. Gracias. No debe preocuparse más de la cuenta, señora: nos entrenan para que sepamos cómo cuidarnos en las calles y le aseguro que sabemos hacerlo. Piense que, aunque nuestro trabajo es atrapar a delincuentes, eso no nos pone más en peligro que al resto de los mortales, pues cualquiera puede salir a la calle y toparse con uno.

—Dicho así, parece de lo más natural. Mi hermana también lo ve de ese modo —dijo Esteban mientras tomaba a Eva de la cintura—. Pero nuestra vida no es como la vuestra, digáis lo que digáis: nosotros no vamos tentando al destino.

—No te esfuerces, Noah, nadie de mi familia aprobará jamás la profesión que he elegido, no te entenderán.

—Es que habiendo tantas profesiones, hija, elegiste una que nos tiene con el corazón encogido.

—Señor Gonzales, le prometo cuidar de Eva siempre que me sea posible.

—¿De dónde eres, Noah? —se interesó el otro hermano de la detective—. ¿Eres de Nueva York?

—No, Luis, soy de Texas.

—¿Y hace mucho que vives aquí?

—Pues ya hace unos cuantos años. Vine por trabajo, pues por mi antigua profesión era más cómodo vivir en la ciudad. Luego me compré un apartamento y me instalé definitivamente.

—¿En qué trabajabas antes, Noah? —preguntó la madre de Eva.

—Era modelo, señora.

—¿En serio, Noah? Nunca me lo habías contado. —Eva se mostró extrañada—. ¿Qué hacías exactamente?

—Hice anuncios y también desfilé en las pasarelas. En cuanto a marcas reconocidas, Armani y Dolce & Gabbana son las más importantes para las que trabajé.

—¿Conservas fotos de esa época? Juro que me muero por verte.

Noah sonrió.

—Pues alguna debo de tener; si no, la que seguro que tiene es mi madre, ella era mi fan número uno y lo guardaba todo.

—Qué gran cambio... ¿Cómo es que te metiste en la policía?

—¿Cómo explicarlo? —Bebió de su cerveza—. La verdad es que me cansé de tanta frivolidad; necesitaba darle a mi vida un verdadero sentido, necesitaba sentirme realmente útil. Estaba harto de excesos, me refiero a ir de fiesta en fiesta, de noche y sin parar, sin orden. Mi vida era una jugra continua, de pronto todos empezaron a

reconocerme y muchas veces era difícil decir que no.

—¿Eras famoso? Yo no te conocía, lo siento por tu ego —bromeó Eva.

—Yo creo haberlo visto en algunos anuncios —dijo una de las cuñadas de Eva. Noah simplemente asintió.

—Continúa muchacho, continúa —interrumpió el patriarca de los Gonzales.

—Llegó un tiempo en que comencé a sentir que necesitaba hacer algo que verdaderamente me enorgulleciera, y me di cuenta de que lo que hacía no me satisfacía.

Supongo que eso se debe a que lo de ser modelo llegó a mi vida por casualidad. Que quede claro que no menosprecio esa profesión, sólo es que para mí no era suficiente. Entré en ella sin proponérmelo; una vez acompañé a una amiga a una entrevista y un cazatalentos me planteó si me interesaba, pues al parecer tenía el perfil que en ese momento necesitaba. Así, sin pensarlo demasiado, después de oír la oferta económica, terminé por aceptar y fue como comenzó todo. Pronto conseguí buenos contratos, las grandes marcas terminaron interesándose en mí y se me presentó la posibilidad de comprarme mi apartamento.

—Guau, creo que hiciste bien en aprovechar esa oportunidad. Pero a la policía, ¿cómo llegaste? —preguntó Eva.

—Si no hacéis más que interrumpirlo, ¿cómo queréis que os lo cuente? —dijo la señora Gonzales, reprendiendo a su hija.

Noah sonrió y volvió a beber de su cerveza antes de continuar.

—Para cualquiera, lo que yo tenía era una carrera en ascenso y ni loco la habría dejado. Viajé por todo el mundo: Roma, París, Londres, Egipto..., y todo parecía genial, inmejorable. Al principio así era, pero terminé hartándome de esa vida, y además acabé obsesionado con mi aspecto exterior. Así que comencé a dejar de disfrutar.

»Y entonces tomé la decisión de meterme en la policía...

Volví a beber de su Budweiser. Todos lo escuchaban atentamente, pero Eva era la más fascinada, pues estaba descubriendo una faceta de su compañero que jamás había imaginado.

—Supongo que cuando uno es muy conocido se pierde privacidad. Debe de ser difícil.

—Sí, Roberto... Es curioso cómo llegó a mi vida la policía. —Asintió con la cabeza—. Un día estaba desayunando en Gorilla Coffee, en la esquina de Park Place y la Quinta Avenida (en realidad estaba tomándome un café bien cargado, la noche anterior había bebido mucho y hacía cuatro días que no dormía en casa, tenía una resaca que se empeñaba en no abandonarme, una sesión de fotos dos horas después, y necesitaba espabilarme como fuera). De pronto, una señora comenzó a dar gritos: le habían robado, el delincuente pasó corriendo a mi lado y sin pensarlo dos veces salí tras él, lo perseguí y recuperé el bolso. Fue entonces cuando comprendí que éstos eran los niveles de adrenalina que necesitaba en el cuerpo; de pronto me sentí útil, orgulloso de mí mismo. Así fue —concluyó y miró a Eva—. Y tú, ¿cómo te decidiste por esta carrera? Nunca me lo has contado.

—Pues lo mío es más simple, Noah: soy la única mujer de la familia, crecí jugando con chicos. —Señaló a sus cuatro hermanos—. Creo que esto aclara el panorama y hasta contesta a tu pregunta, ¿no?

Todos rieron a carcajadas.

—Es decir —dijo Esteban—, que cada vez que nos quejamos de la profesión que ha elegido, nos responde que ha sido nuestra culpa.

Pasaron una tarde hermosa. Noah se sintió muy a gusto con la familia de Eva, todos eran muy sencillos y cálidos y le habían hecho sentir muy bien.

Por la noche...

—¿Vas a salir? Hoy le has dicho a Samantha en la comida que no tenías ningún compromiso.

—¿Desde cuándo te crees con derecho a cuestionar adónde voy?

—Sabes que jamás lo haría, simplemente creía que podríamos cenar juntos, he hecho preparar tu comida favorita —dijo con tranquilidad—. Podría hacerte unos masajes, sé que estás cansado y que los necesitas. —Olivia se aferró a su cuello y se acercó para encontrar su boca. Se dieron un desgano beso, que a ninguno de los dos le llegó al alma, se separaron y se quedaron mirándose—. ¿Cómo, Murray, cómo hemos llegado a esto?

Él la abrazó, le acarició la espalda y le habló al oído.

—Pronto terminará la campaña y todo volverá a ser como antes.

—¿Lo prometes?

—Por supuesto. —Murray la besó sin interés en la mejilla—. Tengo que irme, querida.

Olivia se quedó sola, miró a su alrededor y se sintió más desolada aún. Supo al instante que nada cambiaría, porque entre ellos ya nada quedaba, todo se había acabado. Se compadeció de sí misma, cada día era más tortuoso que el anterior, y comprendió que la solución a su tormento únicamente estaba en sus manos.

Murray estaba saliendo del garaje y en el instante en que se aproximaba a la calle se encontró con un coche. Reconoció al segundo que se trataba de Alexa, se detuvo y ambos bajaron las ventanillas para hablarse a través de ellas.

—Hola, Murray. —Él la miró con cara de pocos amigos, no se soportaban y ninguno estaba dispuesto a disimular el fastidio que se tenían—. ¿Te vas? No me digas que no contaremos con tu honorable presencia —añadió en tono burlón.

—¿A qué has venido?

—Necesito comentarle a Oli unas cosas de la galería y que me firme unos papeles. ¿Nos lo permites, tenemos tu autorización?

—No me torees, Alexa, no me obligues a hacer que Olivia venda la galería y que no te queden excusas para venir a llenarle la cabeza de ideas idiotas.

—Hazlo y te juro que te denunciaré por secuestro. Porque eso es lo que estás haciendo con Olivia, la tienes poco menos que secuestrada.

—¡Qué miedo me dan tus amenazas! —Se carcajeó en su cara.

«Estúpida, como sigas molestándome te haré borrar del mapa»; se guardó sus pensamientos como un deseo. La amenaza que le soltó fue más suave, él jamás demostraba por completo sus emociones:

—No me jodas, o te juro que te prohíbo la entrada.

—Infeliz, ¿acaso te crees Dios?

Wheels se rio sarcástico, puso el coche en movimiento y salió de allí haciendo rechinar los neumáticos.

Alexa entró en el triplex.

—La señora está en su estudio, ya la aviso de que ha llegado —dijo el mayordomo.

—No se moleste, conozco el camino.

La encontró sentada frente a un bastidor apoyado sobre un atril. Solamente lo miraba: la tela estaba tan en blanco como parecía estarlo su mente. El ruido de la puerta al cerrarse la hizo salir de su abstracción.

—¡Alexa, has venido! Creí que no volverías.

—Tonta, ¿cómo puedes pensar eso? —Le acarició el brazo y le dio un beso en la mejilla—. ¿Cómo estás?

—Bien, te juro que estoy bien.

—¿La espalda?

—Curándose, sabes que mi poder de sanación es muy rápido.

—Mentirosa; déjame verte.

—No. Por favor, Alexa, no quiero sentirme humillada otra vez. Déjame disfrutar de que estás aquí y charlemos. Cuéntame, ¿han llegado las obras nuevas?

—Ay, amiga. —Alexa la abrazó, le apartó el pelo de la cara y le sonrió indulgente; lo que más deseaba era que se distrajera, estaba harta de verla tan apagada—. Sí, han llegado, y son más hermosas que en los catálogos, tienes que venir a verlas antes de que se vendan. Pero ahora se me acaba de ocurrir una brillante idea: ya que el ogro no está (lo sé porque me lo he cruzado cuando entraba), tú y yo nos iremos a cenar a algún restaurante. Vamos a tu dormitorio a elegir ropa para que te cambies.

—Tal vez no sea muy bueno para la imagen de Murray que me vean sola y de noche. Creo que es mejor que nos quedemos a cenar aquí.

—Basta, Olivia. Si él tiene derecho a salir y no está mal visto que no cene con su bonita esposa, que tú salgas con una amiga tampoco se verá mal. No haremos nada raro, sólo nos sentaremos en un restaurante de la ciudad a cenar y a charlar un poco. Lo necesitas, necesitas salir de este encierro. Piensa por un momento en tí y date un respiro. Buscaremos algún lugar discreto, prometo que nadie te reconocerá.

Olivia se quedó evaluando las posibilidades; le apetecía pasar un momento agradable junto a su amiga la llenaba de ilusión. Inspiró profundamente, frunció los labios y, contagiada por la seguridad de Alexa, dijo:

—Creo que tienes razón. Voy a arreglarme.

—Perfecto.

Oli ya estaba lista, se miró al espejo y se sintió entusiasmada. Hacía tiempo que no se ponía un pantalón, Murray insistía en que siempre se vistiera con falda, pero Alexa la había incitado y ella estuvo conforme. Eligió unos negros de estilo pitillo, una camisa ocre del mismo tono que los tacones de plataforma y una chaqueta de pico de un solo botón con las solapas en seda de color natural. Su amiga permanecía de pie detrás de ella.

—Creo que mejor habría sido un vaquero, para que fueras más casual y no llamaras tanto la atención, pero al menos he logrado que te quites esa falda. Estás guapa, Oli, ese color te sienta muy bien. No lo entiendo... ¿cómo puedes tener tanta ropa sin estrenar?

Se roció abundantemente con perfume y remató el atuendo con unos pendientes, cogió el bolso y salieron del dormitorio.

Cuando estaban listas para salir de casa, el guardaespaldas de Olivia las interceptó:

—Señora Wheels, ya sabe que no puede salir sin mi compañía.

—Sí que puedo, Dylan, soy mayor de edad desde hace unos cuantos años y no tengo que pedir permiso a nadie para salir. De todas maneras, y como no quiero que pierda su trabajo, le informo de que vamos a la galería. Iré en el coche de la señora Smith; si lo desea puede seguirnos.

—Desde luego, señora.

Se montaron en el Mercedes Clase A de Alexa y salieron a la calle.

—¿Por qué le has dicho al guardaespaldas que vamos a la galería si salimos a cenar?

—Porque quiero hacerle creer eso. Tú conduce hasta allá, que se me ha ocurrido algo.

—A ver, Olivia, ¿en qué estás pensando?

—¿No quieres que salgamos solas? Pues eso haremos, salir solas sin ningún soplón alrededor. Murray no aprobará esta salida a menos que sea a la galería.

—Murray me tiene harta, y tú...

—Chist, conduce.

Alexa no podía evitar su fastidio por la sumisión con la que Olivia aceptaba todo, pero no quería discutir esa noche, estaba decidida a que juntas pasaran un rato agradable. No entendía cómo iban a evitar al guardaespaldas, pero aun así siguió conduciendo. Llegaron a la galería y bajaron del coche. Antes habían parado a comprar sushi, donde Olivia finalmente le explicó el plan a su amiga.

—Toma, Dylan, esto es para tí. Te he comprado la cena porque no es justo que te quedes aquí fuera sin probar bocado.

—Gracias, señora, es usted muy considerada.

—Estaremos en la galería revisando unas cosas y comiendo. Sólo serán unas pocas horas y luego volveré a casa contigo, así la señorita Smith no tendrá que llevarme.

—Perfecto, señora, aquí la espero.

Alexa y Olivia se metieron en el interior, pero enseguida salieron a la calle por la puerta trasera. Edmond ya estaba esperándolas, estacionado en su Audi Q6.

—Hola, Ed, gracias por venir tan pronto.

—¿Creíais que iba a perderme esta escapada?

Los tres se rieron y se marcharon.

—¿Adónde vamos? —preguntó Olivia entusiasmada, como si fuera una colegiala haciendo novillos.

—Creo que será mejor que vayamos a algún restaurante alejado, en las afueras de la ciudad y nada muy rimbombante, para que no reconozcan a Oli —propuso Alexa.

—Me parece perfecto —dijo Edmond—. Conozco el lugar ideal.

Cruzaron el puente de Queensboro hasta Brooklyn y tras recorrer unas cuantas calles llegaron a The Counting Room, en el número 44 de Berry Street, cerca del parque McCarran.

Era un lugar bastante informal, moderno, muy íntimo gracias a una iluminación tenue. Entraron en el salón y se acomodaron en una mesa alejada. En el ambiente sonaba una música ecléctica exquisita, con el volumen justo para permitir una conversación muy amena, y en la decoración preponderaba la madera clara, el ladrillo y unas exóticas lámparas de vidrio que colgaban agrupadas. En el local se podía comer o, si se prefería, beber en las plantas de arriba y el sótano.

Olivia miraba a su alrededor, sin querer perderse detalle de nada. Su corazón palpitaba desbocado después de tanto tiempo sin hacer algo sólo por el hecho de sentirse bien.

—Creo que tenías razón, debería haberme puesto unos vaqueros. Habría pasado más inadvertida, todos visten de forma muy informal en este lugar.

—Yo también lo creo —le dijo Alexa—, pero ahora es tarde para lamentos, y de todas formas en tu armario no había ninguno, así que disfruta y olvídate un rato de todo.

—Sí. Hoy somos Alexita, Ed y Oli, los de siempre, los de antes, los amigos inseparables que siempre hemos sido. Hoy eres Olivia Moore.

Edmond le guiñó un ojo y Olivia le ofreció a cambio una sonrisa, un suspiro y un asentimiento de cabeza. Intentaba relajarse y procesar en su cerebro las palabras dichas por sus amigos.

Pidieron unos sándwiches de salmón ahumado y unas tapas que acompañaron con una Brooklyn Lager. Recordaron anécdotas y Olivia sintió que el alma le sanaba por un instante, sintió añoranza pero no se permitió que la angustia la invadiera: se había propuesto disfrutar del lugar y del momento. Después de comer, sus amigos comenzaron a insistir para bajar al sótano a tomar unas copas, allí estaba el bar y también se podía bailar. Olivia finalmente aceptó.

Se sentaron a la barra y pidieron un Prosecco. Algo más animada y un poquito envalentonada por el alcohol, Olivia salió a la pista junto a sus amigos: se sentía libre, feliz y extasiada por las notas musicales del clásico de los ochenta *Old time Rock & Roll*.*

Desde la barra, Noah no había podido dejar de admirar la belleza inusual de esa mujer, que resaltaba en el lugar. Por cómo iba vestida se notaba que pertenecía a otra clase social; iba demasiado formal para contonearse de aquella manera.

Bebió un sorbo de su Salt & Ash sin dejar de recorrer con la vista a Olivia, sonreía entretenido viendo cómo ella se estaba divirtiendo. La siguió estudiando a conciencia, pues aquella mujer le recordaba a alguien pero no podía averiguar a quién: era sofisticada y frágil, sexy pero formal, todo en su justa medida. Llevaba el pelo bien arreglado, estaba claro que de peluquería, y la piel de su rostro se notaba muy cuidada, lo mismo que sus manos; cuando levantaba los brazos se veía que llevaba joyería cara en las muñecas, así como una alianza de matrimonio, lo que la convirtió de pronto en doblemente tentadora. Noah pensó que hacía tiempo que no se tiraba a una mujer casada y sintió correr por su cuerpo la misma adrenalina que cuando perseguía a un delincuente, sólo que en ese momento su presa era esa mujer desconocida, que como estímulo extra no era libre.

«Vamos, Noah, inténtalo —se animó en silencio—. ¿Qué puede buscar una mujer casada sino una aventura en un lugar como éste? Se nota claramente que el hombre que va con ellas en verdad no está con ninguna, ¿o sí? —Dudó, pero siguió observándolos para ver a cuál de las dos se acercaba más, finalmente concluyó que parecía muy familiar con ambas—. ¿Se tratará acaso de un triángulo amoroso?»

Siguió observando con detenimiento las señales que emitían y decidió que la rubia parecía más atrevida con el hombre, así que consideró que eran pareja.

Bebió de un tirón lo que quedaba de su copa y se puso de pie con resolución para ir hacia la pista y acercarse a esa enigmática mujer desplegando sus encantos de conquistador. Pero en ese instante ella dejó de bailar y les dijo a sus amigos algo que hizo que todos se acercaran hacia la barra. Como caída del cielo, Olivia se situó justo al lado de Noah, cuya entrepierna palpó al instante al oler su perfume; tenía muy buen olfato y reconoció perfectamente el aroma a Jasmin Noir de Bvlgari. Las notas dulces, resinosas y algo avainilladas con sensación de jasmín floral lo extasiaron de la misma forma en que lo había hecho esa mujer. Se rebujó en el taburete, su erección de pronto se tornó incómoda y se sintió algo descolocado: hacía tiempo que una mujer no le provocaba una erección espontánea. Pensó en su nombre, imaginó unos cuantos en su cabeza pero se dio por vencido: supuso que ella debía de llamarse de una forma poco común, pues no era una mujer corriente.

Llamó al camarero y pidió un cóctel Pale Flower, exótico y con clase, como esa mujer. Le indicó que se lo entregara en su nombre.

El encargado de la barra la abordó y le dio la copa mientras se lo explicaba. Olivia se volvió tímidamente y él la notó temblorosa, cosa que le gustó. Tras la sensualidad que ella había mostrado en la pista, verla así indefensa lo acabó de cautivar: le gustaba llevar la voz cantante, le agradaba que la mujer se dejase conquistar y que no opusiera resistencia, y consideró que ella era de ésas.

Miller se sintió honrado por su mirada, pero muy pronto notó en las pupilas de ella un gesto de miedo. Era un hombre muy perceptivo, por su trabajo estaba acostumbrado a estudiar a la gente y a descifrar rasgos de la personalidad a partir del lenguaje corporal. Le regaló su mejor sonrisa, la más seductora y la que raramente le fallaba con ninguna mujer, levantó su copa y se la enseñó, demostrándole que quería compartirla con ella. Sin embargo, Olivia se dio la vuelta de inmediato y se acercó al oído de su amiga. Cuchichearon entre los tres, el hombre sacó su billetera y dejó dinero suficiente para pagar las copas.

Se fueron del lugar.

Noah no entendía nada, todo había sucedido tan rápido que sólo pudo quedarse mirando cómo se perdían por el hueco de la escalera. De pronto reaccionó, sacó la billetera y dejó dinero bajo su copa. Subió los escalones de dos en dos, se dirigió a la salida y en la calle, con frenesí, intentó averiguar en qué automóvil partían.

Miró hacia la esquina y los vio subiendo a un Audi Q6 de color rojo que salió rápidamente del lugar. Era detective, y sabía muy bien cómo memorizar una matrícula, pero por si acaso buscó su móvil en el fondo del bolsillo y la anotó.

—¡Hola, Noah!

Se volvió para ver quién lo saludaba e intentó acordarse del nombre de la rubia despampanante que se le aproximaba. Ésta lo agarró del cuello y le dio un beso bastante lascivo en la comisura del labio.

—Hola, Kimberly.

—No creía que pudiera encontrarte hoy aquí, ¡qué sorpresa!

—¿Acaso hay un día estipulado para venir aquí? —contestó Noah toscamente, estaba mosqueado por el rechazo de la mujer que minutos antes lo había encandilado y se le había escapado sin darle la oportunidad de presentarse siquiera. Se dio cuenta de inmediato de lo odioso que había sonado—. Lo siento, Kimberly, no pretendía ser grosero, es que no he tenido un buen día.

—Noah, quizá yo sepa cómo hacer que tu día acabe mejor... —le susurró muy cerca de los labios, acariciándolo con el soplo de las palabras—. La última vez que estuvimos juntos creo que así fue...

—No me cabe duda de que podrías transformarlo, pero solamente he venido a tomar una copa y ya me iba. Mañana debo ir a trabajar muy temprano.

Se arrepintió al instante y pensó: «¿Por qué no aceptar la invitación de fallar con ella?». Entrecerró los ojos y la cogió de la barbilla para besarla, hurgó con la lengua en su boca, pero a diferencia de un rato atrás, su entrepierna se mostró adormecida, así que se apartó y la dejó casi en éxtasis.

—Tengo tu teléfono, nena, te llamaré.

—¿Lo prometes, Noah Miller?

—Te doy mi palabra. Aún recuerdo lo bien que lo pasamos la última vez, y te aseguro que me apetece repetir, pero es que hoy tengo un día complicado.

No eran necesarias tantas explicaciones, pero le pareció adecuado dejar una puerta abierta para cuando tuviera ganas de saciar sus ansias sexuales.

Contrariado, y sin entender por qué se sentía de esa forma, dejó a la rubia que prácticamente se le había abierto de piernas en la calle y se alejó del lugar. Subió en su BMW Z4M Coupé azul metalizado y se marchó de ahí.

Llegó a su casa y se quitó la ropa a tirones para meterse en la cama. Buscaba una postura para dormirse, dando vueltas hacia un lado y hacia otro sin poder serenarse. Encendió la luz de la mesilla de un manotazo y se quedó mirando el techo con los brazos tras la nuca.

«Mierda, hoy me han rechazado dos veces, primero Eva y luego esa mujer, que no sé ni quién mierda es y que me ha puesto de un humor de perros. No entiendo

por qué le doy tanta importancia, si sólo es una perfecta desconocida», se preguntó, desconcertado por sentirse así.

Era un testarudo y se conocía muy bien, cuando algo se le metía en la cabeza no podía parar por más que la razón le dijera que no debía seguir con eso. Se levantó, sabiendo que no podría dormir hasta encontrar al menos una respuesta. Buscó su portátil y lo encendió, lo apoyó sobre la mesita baja del salón e ingresó con su clave personal en el sistema de datos de la Policía de Nueva York. Introdujo la matrícula del Audi.

Muy pronto obtuvo la información del propietario. El vehículo pertenecía a Edmond Mitchell y estaba registrado en Nueva York. Obtuvo el domicilio del titular y su número de identificación, averiguó que se trataba del director general de la Clio Art Gallery.

Entró en otra base de datos e indagó en el sistema financiero de Edmond Mitchell, quien tenía cuentas abultadas pero al parecer no provenían del sueldo que cobraba en la galería de arte, sino de una empresa familiar.

Investigó datos de la galería, pero no encontró nada de sus propietarios, sólo constaba como una sociedad anónima. Desde su ordenador no tenía acceso a otros archivos, así que se propuso seguir indagando desde el departamento de policía.

—¡Dios, Alexita, me moriré si me han reconocido, no puedo tener tan mala suerte!

—Tranquila, reina, estoy seguro de que ese bombón en realidad quería otra cosa contigo. ¡Madre mía, estaba de infarto ese hombre! Si se me hubiera presentado a mí como hizo contigo, estaría clavado ahora mismo como Jesús en la cruz —dijo graciosamente Edmond y todos se rieron. Estaban tomando café en la galería.

—Creo que Ed tiene razón, Oli: ese tipo buscaba otra cosa y por su actitud creo que sabía bien cómo conseguirla.

—Dejad el tema, soy una mujer casada.

—Ese hijo de buena madre de Murray merecería unos buenos cuernos de tu parte, para que se le quite todo lo creído que es —espetó Alexa. Olivia la miró pidiéndole indulgencia.

—Ya lo ves, Oli, sigues ligándote a los mejores hombres. ¡Dios! Si cierro los ojos me imagino cómo esos labios vagan por mi cuerpo y... mejor no os digo lo que me provoca, porque os aseguro que os pondriais coloradas. Oli, quién pudiera soñar con un macho como ése. —Ed se mordió el labio mientras hablaba, miró hacia arriba y levantó las manos con gesto exagerado, como invocando a los cielos.

—¿De verdad era guapo? —preguntó Olivia tímidamente.

—¿Que sí era guapo? Te digo que tenía unos antebrazos que si me agarra con esas manazas las cachas del culo, me corro antes de que me pueda penetrar.

—Siempre diciendo burradas, Ed.

—¿Estoy exagerando Alexa?

—No, Oli, estaba buenísimo; buenísimo no, lo siguiente. —Se carcajearon—. Si no te hubieras asustado tanto, podrías haberlo comprobado tú misma.

—¡Ni loca! Aunque nos hubiésemos quedado, jamás habría aceptado nada de ningún hombre.

—Pues deberías ir pensando en otro hombre, porque el que tienes deja mucho que desear. La prueba la tuviste anoche, Oli: estás viva y resultas atractiva a cualquiera; aunque en este caso créeme que no era un cualquiera, era un caramelo. Dime una cosa, ¿cuánto hace que el desgraciado de tu marido no copula contigo? Y mira lo que te digo, ni siquiera te hablo de hacer el amor, porque sé que ha pasado mucho tiempo desde que dejasteis de hacerlo.

Olivia sintió de pronto una gran pena por sí misma y no pudo contener las lágrimas. Alexa se arrepintió de inmediato de lo que había dicho; no había pretendido herirla, demasiado la lastimaba a diario ese malnacido que tenía por marido.

—Lo siento, Oli, lo siento. —Le secó las lágrimas—. No quería ofenderte ni hacerte sentir mal. ¡Soy una bruta! —La abrazó y la besó en la mejilla—. Lo único que pretendo es que reacciones.

—No te preocupes, en el fondo tienes toda la razón: creo que dentro de poco me saldrán telarañas. —Olivia intentó desdramatizar el momento y los tres se rieron por la ocurrencia—. Creo que es mejor que ya me vaya, lo he pasado muy bien pero quiero llegar a casa antes que Murray.

—Perfecto, Oli. Salgamos juntas, así el soplón de la puerta no sospechará.

—Muy bien, chicas, yo saldré por atrás. Idos tranquilas, que ya me ocupo yo de poner la alarma.

Los tres se abrazaron.

—Nos vemos en la próxima aventura de Las Supermenas.

—Eres tremendo, Ed, pero te quiero mucho. Eres el mejor amigo gay del mundo —dijo Olivia dándole un pico.

Antes de encaminarse a la salida, las dos le pellizcaron el culo como cuando eran adolescentes y se lo envidiaban, pues Edmond siempre lo había tenido como una manzana y más carnoso que el de ellas.

—No toquéis mi hermoso culito, que está reservado para un adonis como el que te ha ofrecido la copa, Olivia. ¿Por qué no me lo has pasado a mí? Te juro que le hacía el perrito donde quisiera.

—No tienes remedio ni juicio, Edmond Mitchell. Deja que se entere tu pareja y más que perrito te dará una patada en el trasero —apuntó Alexa.

Por fin salieron de la galería.

Por suerte, Olivia llegó antes que Murray a casa. Cuando abrió los ojos a media mañana, se despertó como si hubiera dormido una semana seguida. Estaba sola en la cama y no sabía a ciencia cierta si su marido había ido a dormir porque no lo había oído llegar. Increíblemente se había desplomado y había dormido de un tirón, como hacia tiempo que no sucedía.

Ya habían pasado más de dos semanas desde la salida al bar. A pesar de los días transcurridos, y de que tan sólo lo había visto unos instantes, aquel hombre que le había ofrecido la copa tenía el atrevimiento de irrumpir en sus sueños; había soñado con él varias veces ya. En sus fantasías él nunca decía nada, simplemente la miraba de arriba abajo y sonreía, para luego esfumarse y desaparecer.

Adormilada aún, se sentó, se apoyó contra el respaldo y dio una ojeada a su alrededor. Reconoció sobre el sillón la ropa que Murray llevaba puesta la noche anterior y respiró agradecida: se había ido tranquilo y eso significaba que seguía sin enterarse de su salida.

Se puso una bata de seda y fue al baño. Tras lavarse los dientes, se dirigió a la cocina, donde la señora Anahí le preparó un exquisito desayuno.

—¿Sería tan amable de llevármelo al estudio? —le preguntó con amabilidad extrema, como era su costumbre.

—Por supuesto, señora.

Anahí siempre la trataba muy bien, jamás la hacía esperar y rara vez desatendía una de sus peticiones, pero si Murray estaba en casa la mujer andaba a hurtadillas, pues era evidente que le tenía pánico.

En el trayecto de la cocina al estudio Olivia se cruzó con el mayordomo.

—Buenos días, Cliff.

—Buenos días, señora.

—¿Hace mucho rato que el señor se ha ido?

—A la hora de costumbre, señora. Ha dejado dicho que lo llamase en cuanto despertara.

—Ahora mismo lo haré desde mi estudio.

Estaba desayunando junto al ventanal que daba a Park Avenue. Marcó el teléfono directo de su esposo, y tras cuatro tonos él contestó.

—Hola, Murray.

—Hola. Siempre igual de inoportuna: si ves que no te contesto enseguida es porque estoy ocupado; cuelga y luego me llamas. ¿Qué quieres?

—Lo siento, has dejado dicho que te llamara.

—Sí, es cierto, creía que iba a necesitarte pero se ha suspendido el evento, cuando llegue a casa te lo explico. Adiós, Olivia, estoy trabajando.

Wheels colgó el teléfono y siguió moviéndose dentro de Samantha, la tenía con las piernas abiertas sobre el escritorio, expuesta para él. Su asesora de imagen era su nueva amante, le había dado ese puesto precisamente para eso: para enterrarse en ella las veces que tuviera ganas, y donde fuese. Estaban en su despacho y Murray no se privaba de nada: la agarró del trasero y la llevó hasta el sofá, donde se tumbó sobre ella y siguió bamboleándose al ritmo que le apetecía, penetrándola con fuerza hasta que se alivió.

Olivia se quedó descolocada, como siempre que hablaba con Murray. Miró el teléfono en su mano, era evidente que entre ellos ya no existía comunicación de ninguna clase, y cada día se notaba más el abismo que los separaba. Los recuerdos de la salida con sus amigos invadieron su mente: había disfrutado tanto de la cena, del baile, de la música... Luego recordó al desconocido, intentó hacer memoria y visualizó vagamente la sonrisa que aquel extraño le había dedicado; en realidad no podía decidir si era como lo recordaba o sólo lo idealizaba, igual que en sus sueños. De pronto se sorprendió sonriendo como una boba y se sintió bien por un instante, incluso atractiva, ilusionada y con confianza en sí misma. Terminó lo que quedaba de su café Jamaica Blue Mountain y fue a darse una ducha rápida. En cuanto salió se metió en el armario para elegir qué ponerse. Se vistió elegante pero muy casual, con un vestido entallado de lanilla en color natural que le marcaba las formas, se arregló rápidamente el cabello y se aplicó un ligero maquillaje. Tras ponerse un abrigo de mezclilla fue hacia la sala en busca del mayordomo.

—Cliff, dile a Dylan que prepare el coche, necesito que me lleve hasta la galería.

Tras aquella escapada que había acabado felizmente estaba entusiasmada, animada, incluso por un instante volvió a sentirse la señora de la casa. Regresó al dormitorio para terminar de prepararse.

—Señor Wheels, le informo de que la señora me ha pedido que la lleve a la galería.

—¿Y para esa estupidez me llamas, Dylan? Resuélvelo, hombre, que es tu trabajo. Llévela, ya sabes que ahí puede ir siempre que quiera.

Murray colgó y siguió besando a Samantha. Iban por la segunda vuelta, desnudos en el sofá del despacho follando sin parar.

Olivia, a punto de salir, se perfumó nuevamente, cogió su bolso y se puso unas gafas oscuras que llevaba en la mano. Cliff la avisó de que el guardaespaldas la esperaba en el garaje.

—Ya voy.

Miró la hora y sonrió: habían pasado unos cuantos minutos desde que había dado la orden de que le prepararan el coche, de modo que era obvio que habían consultado a Murray. Pero no le importó: había encontrado la manera de salir y ni su marido ni su soplón parecían darse cuenta de lo que en realidad hacía.

Unos minutos después ya estaba en Clio.

—Espérame aquí, Dylan, quizá tarde algunas horas.

—Perfecto, señora.

Entró en la galería. Alexa y Edmond, al verla tan radiante, no se lo podían creer.

—¡Oli, qué sorpresa! —gritó Alexa corriendo a su encuentro.

Olivia saludó a ambos con un beso, y Edmond la cogió de la mano y la hizo girar para admirar lo elegante que estaba.

—Estás hermosa, Oli, radiante.

—¿Qué haces aquí? Me encanta que hayas venido, pero es extraño tenerte con nosotros.

—Quiero salir de compras.

—¿Qué? ¿Piensas salirte del protocolo esposa-del-senador-Murray-Wheels? ¿No vas a usar a tu asesora de vestuario?

Alexa no se lo podía creer.

—Exacto, lo haremos como la otra noche. Murray no tiene por qué enterarse. Ed, nos tienes que ayudar.

—Preciosa, ya sabes que siempre estoy a tus órdenes. ¿Qué quieres que haga?

—Vale, pues sal con tu coche, por favor, finge que te vas y déjalo en la parte trasera. Nos lo prestarás, cariño, e iremos a comprar ropa casual para dejarla aquí. La ropa que tengo en casa delata que no soy la mujer sencilla que pretendo ser, y quiero estar preparada para cuando volvamos a salir.

—¿Eso quiere decir que el ogro no se ha enterado y que piensas repetir?

—Por supuesto. Necesito volver a sentirme viva, necesito recuperar mi vida como sea, necesito volver a confiar en que puedo tomar decisiones y en que soy la única dueña de mí persona. Pero necesito tiempo, valor, y que no me dejéis sola.

Los tres se abrazaron de manera efusiva. No importaba la forma en que hubiera decidido hacerlo, lo que importaba era que Olivia comenzaba a darse cuenta de que podía volver a vivir.

Noah estaba sentado al volante de su Chevrolet Caprice. Eva había bajado a buscar unos donuts, era media mañana y ambos llevaban solamente un café negro en el estómago. Estaba distraído mientras la esperaba, sumergido en la letra de *Wake me up*,* de Avicii, tarareando y tamborileando con los dedos en el volante. De pronto oyó un bocinazo e insultos, se puso alerta y se volvió para localizar el incidente, que no fue más que unos cuantos improperios entre un conductor y un transeúnte. Increíblemente, en el instante mismo en que volvió a mirar al frente, creyó estar viendo una aparición extrasensorial.

Se quitó las gafas de sol con lentitud, pasmado. Quería corroborar que no estaba equivocado y al deshacerse de las lentes oscuras lo comprobó: definitivamente era ella.

Olivia ladeó la cabeza con delicadeza, mirando en dirección a Noah, y señaló algo mientras hablaba con su acompañante. De ese modo, sin nada que se interpusiera entre los dos, ella le ofreció una visión despejada y óptima de su rostro. Era hermosa, Noah no se había equivocado aquel día en el bar, y con la luz del día estaba aún más radiante que la primera vez. Su corazón palpitaba desordenado, buscaba en su mente una forma de acercarse, pero nada se le ocurría, se sintió un estúpido por no encontrar una excusa y comenzó a temer que se le escapara de nuevo.

La mujer que la acompañaba era la misma del bar, de aspecto casual y chispeante, pelo ondulado y rubia como el trigo. Sin perderse ninguno de sus movimientos, Noah vio que entraban en una tienda. Estaba determinado a no dejarla escapar, así que bajó del coche sin importarle que Eva no lo encontrara al volver. Cruzó zigzagueando entre el tráfico, ganándose un par de insultos por parte de los conductores, pero nada lo detuvo.

Entró en la tienda y una vendedora se acercó de inmediato para atenderlo. Noah no vio a ninguna de las mujeres en aquella estancia; seguramente habían pasado a la zona de probadores. Maldijo para sus adentros y al mirar hacia su coche vio a Eva desorientada, con la bolsa de donuts en la mano y buscándolo. Pero Noah tenía un propósito y no pensaba renunciar a él: debía acercarse a esa mujer de cualquier forma.

—Necesito un obsequio para una mujer joven... de su tamaño —le informó a la vendedora. Se sintió bastante infantil, pero ya estaba allí y debía representar el papel de comprador.

—¿Ha visto algo que le guste?

Miró rápidamente hacia el escaparate y señaló sin pensar uno de los maniqués.

—Esa camiseta me gusta —afirmó intentando resultar convincente.

—Pase por aquí, señor, que se la enseñaré.

Noah sintió vibrar su teléfono, miró hacia delante y vio que Eva llevaba el móvil en la mano.

—Ya voy —le dijo al colgar—. Estoy comprando un regalo en una tienda aquí enfrente, cuando llegue te cuento.

—Está bien, Noah, te espero en el coche.

Las mujeres salieron de los probadores con varias prendas en las manos y riendo despreocupadamente. Olivia se había quitado el abrigo y enfundada en aquel vestido estaba despampanante. Alexa reconoció a Noah al instante y sin disimular le dio un codazo a su amiga.

Él dejó de atender lo que le decía la vendedora y con mucho desparpajo clavó su mirada almendrada de color café y largas pestañas en lo que de verdad le interesaba. Observó a Olivia con detenimiento y fijeza. Ésta, ruborizada e intimidada por esa mirada mordaz, fingió que se alisaba el vestido y revisó las prendas que llevaba del brazo para evitar mirarlo de frente; sentía unas cosquillas en el estómago, pero se instó a mostrarse indiferente y dueña de sí.

Aunque no disimulaba muy bien. Miller sonrió con insolencia al notar la incomodidad de aquella mujer, y sus carnosos labios destilaron sexualidad al hacerlo; era obvio que ella no era indiferente a su presencia. Reparó vagamente en la rubia, que parecía divertida y desenfadada y no apartaba la mirada de ambos.

Oli no quería olvidarse del hombre que había irrumpido varias veces en sus sueños, así que se armó de valor para memorizar sus facciones y saber, cuando apareciera en sus pensamientos, que no se trataba sólo de una ilusión. Lo estudió con disimulo. Precisó el color de su pelo —castaño claro, medio rubio— y le gustó que lo llevara corto casi al rape; se detuvo para estudiarle el rostro, cuadrado y de mandíbulas bien definidas; sus ojos estaban enmarcados por gruesas y pobladas cejas que le daban un aire de sabiduría, fuerza, sano criterio y talento. Esa mirada la hipnotizaba como en el sueño, era brava pero dulce a la vez. Sin perder tiempo, bajó la mirada hacia la carnosidad de sus labios, el inferior más grueso que el superior.

De pronto una mujer irrumpió en la tienda y se acercó a él. Olivia la consideró inoportuna; se había plantado a su lado sacándolos de su hechizo.

—¿Qué compras? Te he visto desde el coche y me ha picado la curiosidad. ¿Acaso es para tu novia?

—Te he dicho mil veces, Eva, que no tengo pareja —contestó Miller con muchísima naturalidad y una sonrisa indiferente—. Estoy comprando un regalo para la hija de un amigo, que mañana cumple años y me han invitado a cenar. No quiero llegar con las manos vacías.

Noah maldijo su suerte al ver que las dos desconocidas se preparaban para irse. Cuando pasaron por su lado, la de pelo castaño no le dedicó ni una mirada furtiva, en cambio la rubia, sin ningún remilgo, lo miró de arriba abajo y se mordió el dedo índice con mucha picardía.

—Vaya, Noah Miller, sí que despiertas pasiones —dijo Eva mientras él terminaba de pagar, y se preparaban también para salir.

El detective no hizo caso al comentario de su compañera, cogió la bolsa con las compras y la invitó a salir de la tienda.

Ya fuera, miró a su alrededor con disimulo, intentando localizar a las mujeres que acababan de salir de allí, pero no había ni rastro de ellas. Una vez más había perdido la oportunidad de acercarse a esa desconocida, de quien no había podido averiguar nada aún.

Contrariado al saber que quizá no existiría otra ocasión de volver a verla, se sintió doblemente desilusionado, pero tras pensarlo bien se dio cuenta de que acababa de hacer una payasada y se sintió como un adolescente estúpido.

Con manifiesto mal humor entró en el coche y arrojó en el asiento trasero la bolsa con lo que había comprado, se puso el cinturón de seguridad y se preparó para ponerse en marcha. Eva le acercó la bolsa de Dunkin' Donuts para que se sirviera un donut.

Pasaron la mañana concentrados en el trabajo, que parecía estar estancado; no daban con el paradero del vendedor de drogas que podría llevarlos directamente al policía corrupto. Estuvieron haciendo algunas averiguaciones y, como caído del cielo, llamó un confidente habitual de Noah para darles un dato muy concreto, por lo que se pasaron toda la tarde frente a un parque en el Bronx.

Llevaban varias horas, pero el tipo seguía sin aparecer y ya estaban empezando a dudar de la veracidad del dato. La espera era tediosa y aburrida, a ratos dormitaba Noah y a ratos lo hacía Eva. Cuando acabó su turno, ella no paró de fantasear con que aquella noche habían quedado para ir a cenar.

«¿Recordará que íbamos a salir?», se preguntó en silencio mientras lo observaba dormir.

No pudo evitar admirar sus facciones, calmadas y sosegadas. Sintió correr por su cuerpo unas cosquillas desconocidas ante su apreciación, y mientras se masajeara la frente quiso deshacerse de sus pensamientos; no era bueno sentir eso por su compañero de trabajo.

Para dejar de lado sus sensaciones concentró la vista en el parque donde se suponía que el traficante debía aparecer en cualquier momento. De pronto advirtió que alguien cuyas características físicas coincidían con las de la persona que esperaban se sentaba en el respaldo de uno de los bancos. Noah se despertó y advirtió lo mismo que ella. Miraron la fotografía con la que contaban, se hablaron, Eva introdujo la mano bajo su chaqueta, desabrochó la funda para tener preparada su Glock 19 y dio un codazo a Miller sin apartar la vista del sospechoso.

—Creo que ha llegado nuestro botín, Noah.

Él observaba con detenimiento. La gorra de los Lakers que el hombre llevaba puesta no les permitía ver su rostro con claridad, pero todo hacía suponer que se trataba de él.

Miller metió la mano en su sobaquera y desprendió la traba para dejar su arma preparada también.

Muy pronto empezaron a acercarse varias personas que dieron dinero al sospechoso y recibieron algo a cambio. Noah y Eva se quitaron las gafas de sol y las dejaron apoyadas en el salpicadero del coche, agarraron la manija de la puerta para salir del Chevrolet y se separaron para rodear al sospechoso desde atrás.

En aquel momento una persona que debía de ser el vigía del distribuidor se percató del movimiento de los detectives y emitió un silbido muy particular que puso en alerta al sospechoso. Éste salió corriendo y Noah y Eva comenzaron a perseguirlos, de pronto la presa se había transformado en dos cacerías.

Eva, por indicación de Miller, fue tras el centinela que había estado atento. Corrió tras él un buen trecho, y cuando éste se internó en un callejón sin salida, trató de trepar una muralla, pero la detective fue más ágil, lo cogió por las piernas y lo bajó de un tirón. El joven era muy rápido y no pensaba rendirse sin dar pelea, de modo que volvió a ponerse de pie y tiró al suelo a Eva de una patada. Ella demostró estar muy atenta y con gran habilidad lo agarró de las piernas y volvió a derrumbarlo. Se trenzaron en una lucha cuerpo a cuerpo, y el malhechor le lanzó un golpe en la boca que Eva adivinó y logró esquivar a medias. Presa de la furia, utilizó una técnica de jiu-jitsu para inmovilizarlo. Fuera de sí, le lanzó un puñetazo en la quijada que lo atontó y dio por finalizado el forcejeo.

Le dio la vuelta, se subió sobre sus piernas mientras le retorció el brazo y buscó las esposas en su cinturón.

En ese instante llegó Noah casi sin respiración, corrió para ayudarla y juntos lo esposaron.

—Al menos tú has tenido más suerte que yo, el otro desgraciado se ha escapado por poco. Parecía un guepardo, cómo corría. ¿Estás bien? —le preguntó al ver el corte que tenía en el labio.

—No te preocupes, estoy bien —contestó ella casi sin aliento—. ¿Qué ha pasado con el otro?

Noah hizo un chasquido con la lengua.

—Ha huido, el maldito ha tenido suerte: un camión se me ha atravesado en un cruce y se ha subido a un coche que estaba esperándolo. No he podido pillar la matrícula, pero era un Acura TL azul. Estoy que me llevan los demonios, odio que todo termine de esta forma.

El detenido rogaba que lo soltaran, pero llamaron a la patrulla para que lo trasladase al departamento de policía y mientras esperaban le leyeron sus derechos.

Ellos volvieron al Chevrolet, Noah abrió la guantera y sacó un kit de primeros auxilios para limpiar con antiséptico la comisura del labio a Eva. Ella se negaba, pero él tozudamente se salió con la suya.

—¿Seguro que estás bien?

—Claro, Noah, estoy de una pieza, ¿no me ves? Tranquilo, es mi trabajo y sé cómo hacerlo; después de todo yo he atrapado al sospechoso y tú no.

—No me lo recuerdes. Joder, estoy hecho una furia, ahora el desgraciado se esconderá muy bien para que no lo encontremos. —Golpeó el techo del Chevrolet.

—No es culpa tuya. Si nos hubiéramos dado cuenta de que no estaba solo...

Noah puso una mueca de fastidio.

Se trasladaron hacia el departamento de policía para terminar con el arresto, le imputaron al detenido los cargos de resistencia a la autoridad, al no haber otra cosa que pudieran endilgarle. Lo que buscaban en realidad era información para encontrar al vendedor que se les había escapado, así que lo retuvieron lo máximo que pudieron y lo interrogaron frente a un abogado de oficio que el acusado había solicitado acogiéndose a sus derechos, pero nada pudieron obtener de aquel tipo.

—¡Qué día de mierda! —se quejó Noah mientras terminaba el papeleo del arresto.

—Tan malo no ha sido, Miller, tenemos a uno en el trullo.

—No lo digas, Eva, sabes tan bien como yo que el que tenemos nos aleja aún mucho más de nuestro verdadero objetivo.

Aporreó el escritorio.

lban de regreso a la galería y estaban detenidas en un stop.

—¡Ahora no me digas que no lo has visto! ¿Te has dado cuenta de lo guapo que es? —preguntó Alexa, esperando que de una vez por todas la testaruda de su amiga diera el brazo a torcer.

—No me ha parecido para tanto.

—¿Que no te ha parecido para tanto? Olivia, pide una consulta con tu oftalmólogo, por favor, porque ese caramelito está como quiere... ¡pero si casi me he muerto con la sonrisa que nos ha regalado cuando nos ha visto salir del probador! Además, estoy segura de que nos ha reconocido. Dame la razón: ¡está buenísimo! Por reconocerlo no te transformarás en una esposa infiel.

—Está bien, con tal de que acabes y no me taladres más la cabeza te digo lo que quieres oír: es bien parecido, sí, pero yo ya no me ocupo de admirar hombres en la calle, eso te lo dejo a ti. Después de todo, si tanto te ha gustado podrías haberle pedido el teléfono.

—¿Crees que no lo habría hecho si no hubiera aparecido la loba esa? ¿Quién será?

—No tienes remedio, Alexa. Pero te informo de que si anda con una loba y al mismo tiempo se dedica a sonreír a otras mujeres, es obvio que no es de fiar.

—Si le hubiera pedido el teléfono no habría sido precisamente para mí, pues me ha quedado más que claro que ese caramelo no tiene interés en este cuerpo —dijo deslizado la mano por la cintura, mientras con la otra sostenía el volante, atenta al camino—. Te ha desnudado con la mirada, Oli, y esa loba no creo que sea de su agrado, porque cuando la ha visto se ha mostrado contrariado por la interrupción.

—Basta, Alexa, no quiero seguir oyéndote —dijo ella simulando sentirse deshonrada, cuando la única verdad era que su corazón saltaba de contento por lo que había insinuado. Aun así trató de desviar el tema para salir del ojo de la tormenta, lugar en el que Alexa se empecinaba en meterla—. Hemos comprado muchas cosas, ¿verdad?

—Sí, necesitaremos comprar también un armario para meter todo esto en la galería.

—No dejes de cobrarte lo que hemos gastado hoy, cógelo del dinero de las ventas —recordó para que Alexa no lo olvidara, pues con el fin de que Murray no se diera cuenta de las compras habían pagado todo con la tarjeta de ella.

—Tranquila, Oli, mi economía no se verá comprometida por unas cuantas compras.

—No, Alexa, eso no era lo acordado. ¿Por qué siempre te empecinas en cambiar las cosas sobre la marcha? No me hagas sentir arrepentida y considerar que todo esto ha sido una gran locura.

—Bueno, tranquila, te juro que cogeré el dinero de la caja.

—Genial, así ha de ser.

Apenas llegaron, como se había hecho bastante tarde, Olivia entró por una puerta y se dispuso a salir por la otra.

—Adiós, Ed. Alexa te contará todo sin escatimar en detalles, incluso creo que con algunos exagerará más de la cuenta, como es su costumbre, así que ya sabes, amigo, no le des crédito a todo lo que te diga. Lamento no poder quedarme más tiempo y no poder corroborar si lo que te dice es cierto o exagera.

—No exageraré en nada. Sólo te diré que nos hemos vuelto a encontrar con el adonis del bar de la otra noche, y que lisa y llanamente su mirada era de rayos X; quería traspasar el vestido de Olivia y escudriñar lo que había bajo la tela.

—*Oh my God! Oh my God!* ¡Me muero, me va a dar algo!

Edmond parecía una gallina clueca gritando y dando brincos.

—Adiós, ya estás exagerando. Cree la mitad de lo que te diga, Ed, sólo nos cruzamos y nada más. Pero estoy segura de que hasta te contará una historia rosa. Yo me convertiré en Vivien Leigh y el desconocido será Clark Gable, y protagonizaremos una nueva versión de *Lo que el viento se llevó*.

—Te equivocas, seréis Scarlett O'Hara y Rhett Butler.

Los tres se rieron. Alexa solamente había cambiado los nombres de los actores por los nombres de ficción de la famosa película.

—Adiós, no sé qué haría sin vuestro buen humor.

Oli traspuso la puerta de salida y desapareció de la galería Clio Art.

Después de un arduo día de trabajo, salieron del departamento de policía cada uno hacia su casa. Caminaban a la par, con cierta parsimonia, cuando en el aparcamiento Noah sorprendió a la detective Gonzales:

—¿Aún sigue en pie la cena? Si la memoria no me falla, me debes una.

—Por supuesto, Noah, si te apetece. Sé que no ha sido un buen día para ti, así que no te sientas obligado, podemos dejarla tranquilamente para otra noche.

—De ninguna manera, una buena cena con una excelente compañía es lo ideal para desembarazarme de todo el mal humor de hoy.

—Genial. En ese caso, sí.

—¿Adónde quieres ir? Pretendo consentirte y dejarte elegir el lugar.

—Te invito a cenar a mi casa, estaremos más tranquilos. ¿Qué dices?

—Me parece una fantástica idea, pues te confieso que estoy harto de comer en la calle. ¿Llevo comida, o me sorprenderás porque sabes cocinar?

—¿Cocinar? —Se carcajeó—. ¿Qué es eso? Pregúntame de armas, de procedimientos, de emboscadas, y podré suministrarle muy buenos secretos, pero de cocina...

Nooo, definitivamente no tengo ni idea.

No dejaron de reír.

—No te preocupes, pues, llevaré comida.

—Es mi casa, así que me corresponde a mí, que soy la anfitriona. Tú tampoco te preocupes, prometo que no desfalleceremos de hambre. Dejo en tus manos el vino.

Noah asintió con la cabeza.

—¿A las ocho está bien?

—Perfecto, te espero a las ocho.

Faltaban poco más de treinta minutos para la hora acordada, si pretendía llegar puntual era mejor que se pusiera en camino. Cogió las botellas de vino que pensaba llevar y salió de su casa. En el garaje puso en marcha el coche y el motor rugió como una fiera; adoraba el sonido de su BMW Z4M. Justo cuando estaba a punto de salir, sonrió estúpidamente, movió los pies de los pedales y dio un golpe al volante.

«¡Si seré idiota, no le he preguntado a Eva su dirección!»

Cogió el móvil y tecleó un texto.

Eva, lo siento, no podré ir.
No te preocupes, Noah.

La detective se sintió frustrada y contrariada, pensó que al menos podría haberla avisado con antelación y no hacerle preparar todo en vano. Pero no iba a preguntarle por qué razón no iría; ni su orgullo ni su esencia le permitían mostrarse endeble.

Es que no tengo tu dirección... si me la facilitas, prometo que en menos que canta un gallo estoy ahí.
¡Serás bobo!
Jajaja, dime que te habías dado cuenta y acepto lo de bobo.

Eva tenía una sonrisa tonta dibujada en el rostro, de golpe se volvió a sentir animada. Le envió su dirección.

Mientras lo esperaba, terminó con los últimos toques en la mesa. Había puesto unos candelabros sencillos y unas flores entre los dos platos, y se colocó a un lado para ver el resultado.

«Hum, no, mejor quito las velas, no es una cita de ésas.»

Las colocó sobre el mobiliario, en el lugar donde solían estar. Volvió a ponerse al lado de la mesa y quitó el pequeño florero.

«Las flores tampoco, es demasiado romántico y sólo es una cena de compañeros de trabajo. —Se quedó mirando el resultado—. Sí, así está mejor.»

El temporizador del horno sonó, indicando que la carne con patatas ya estaba caliente. Para verificar que todo estaba en orden, cogió un paño y abrió el horno, comprobó que la comida tenía buena pinta y lo volvió a cerrar para que conservase la temperatura.

Sonó el timbre de entrada. Eva alisó su falda, deslizó los dedos por el cabello —que llevaba suelto, a diferencia de en horas de trabajo— y caminó decidida hacia la puerta. No obstante, antes de abrir miró por la mirilla para comprobar que al otro lado estaba la persona que esperaba.

—Hola, Noah, qué puntual —señaló al abrir.

—Después de seis meses de trabajar conmigo, tendrías que saber que soy así.

—Sí, ya lo sé. Sólo quería ser amable.

—Claro, era una broma. —Le guiñó un ojo.

—¡Qué bromista estás hoy!

—¿Has visto? Estoy de muy buen humor, he dejado todo lo negativo en el departamento de policía, como debe ser. —Ella asintió sonriente—. Toma, esto es para ti. También soy un caballero y sé que cuando se va a la casa de una dama es de buena educación llevarle flores. Espero que no seas de ésas a las que no les gustan.

—Gracias, Noah, son preciosas.

El detalle la desarmó, las olió brevemente para no demostrar cuánto le habían gustado.

—Y he traído el vino, como habíamos quedado. —Le extendió una bolsa de papel, que contenía un tinto de crianza y un sauvignon blanc—. Como no sabía qué comeríamos, he traído dos botellas.

—Carne al horno, así que tinto. Pasa, por favor.

—Después de ti, ya te he dicho que soy un caballero. Déjame tratarte como el hombre que soy y olvidémonos por un rato de que eres la detective Gonzales. No es que en el trabajo no seas una dama, pero sé que prefieres que te trate como una colega.

Aprovechó para mirarle el culo.

«Que me mire el culo de esa manera no es de caballeros», pensó ella, pero siguió caminando y aprovechó para contonearse un poquito más.

—Espero que no lo tomes a mal —le advirtió ladeando la cabeza y hablándole a los ojos—, pero tienes unas piernas bonitas. Estoy acostumbrado a verte en pantalones, y es toda una revelación verte así vestida.

—Gracias, Noah, no me lo tomo a mal; al contrario, te agradezco que lo digas. —Le extendió un sacacorchos—. Toma, mientras sirvo los platos, ¿por qué no te encargas del vino? Las copas están en la mesa; quitate el abrigo y siéntete como en casa, por favor.

Miller echó los hombros hacia atrás para que su abrigo se deslizara y se lo quitó con rapidez; los días frescos del otoño comenzaban a hacerse notar y el clima en Nueva York estaba bastante destemplado, pero en la casa de Eva la temperatura era la ideal.

Se sentaron a cenar uno frente al otro y Noah no pudo esperar a enterrar el tenedor en la carne, que se veía muy apetitosa.

—Mmm, tendrás que pasarme el teléfono del servicio de comidas que usas, cocinan mejor que en el mío.

—Luego te lo paso —dijo ella con la sonrisa instalada en su rostro mientras lo veía disfrutar de la comida—. Brindemos: Por la primera de muchas otras cenas. ¡Chin, chin!

Chocaron las copas y Noah le regaló una sonrisa increíble.

—Creo que nunca te lo he dicho, pero me agrada mucho trabajar contigo. Te confesaré algo: Cuando mi compañero anterior se fue al FBI y el capitán Martens me informó de que ya tenían quien lo sustituyera, los improperios que lancé cuando me enteré de que eras tú, llegaron hasta el último piso del departamento. Las abolladuras que hay en mi taquilla son de ese día, ahora lo sabes. —Noah bajó la mirada levemente, apenado con la confesión pero en el fondo aliviado por mostrarse sincero; hacía mucho tiempo que quería decirselo y no encontraba el momento—. No podía creer que me pusieran a trabajar con una mujer, pensé que tendría que ser tu niñera, me enfadé muchísimo. Pero debo reconocer que me has sorprendido: cuando peleas te plantas de una manera que... ¡Dios! No quisiera tener una lucha cuerpo a cuerpo contigo.

Ella se carcajeó.

—Pues a ver cuándo tenemos una, porque me encantaría medirme contigo. ¿O me tienes miedo?

—Cuando gustes, Eva, lo arreglamos.

—Creí que te acobardarías.

—No intentes tomar ventaja de mi confesión —dijo él bajando un poco la cabeza y mirándola entre las pestañas con una sonrisa de lado—. Que sienta respeto por ti es muy diferente a que te tenga miedo.

—Voy por agua —señaló Eva poniéndose de pie.

De pronto, como en un acto de magia, tiró del mantel y lo quitó de la mesa sin derribar una sola cosa de las que allí había. Noah, suponiendo que todo se caería, se apartó, pero para su sorpresa no pasó nada, y se quedó mirándola con verdadero asombro.

—¡Vaya sorpresa! Esto es fabuloso, ¿dónde lo has aprendido? Quiero que me enseñes este truco.

—Se dice el pecado pero no el pecador. —Le guiñó el ojo—. Espero seguir sorprendiéndote... no es bueno que subestimes a tu rival por ser mujer, recuérdalo siempre.

—Te acabo de decir que hace tiempo que dejé de subestimarte.

Se la quedó mirando mientras ella se alejaba hacia la cocina y su voz sonó firme, aunque sus ojos y sus apreciaciones no lo eran tanto. Eva caminaba contoneándose en su vestido, y la seguridad de Noah se tambaleaba cuando fijaba la vista en esas nalgas; al fin y al cabo era un hombre y sus instintos se despertaban. Bebió de su copa y ladeó la mirada, esas sensaciones eran embarazosas y no dejaba de tenerlas. Siguieron comiendo entre charla, risas y millones de ocurrencias, olvidando por momentos que eran compañeros de trabajo.

—El café es lo que mejor sé hacer, así que no temas, creo que no corres peligro de intoxicarte con él.

—Soy kamikaze, lo acepto.

Compartieron el café sentados en el sofá, conversando sobre diversos temas, de todo un poco menos del trabajo; ambos querían dejarlo de lado por unas horas y no mezclar ese rato de ocio con la vorágine que compartían en el departamento.

Se sentían muy a gusto el uno con la otra y todo parecía indicar que fuera del trabajo habían logrado llevarse tan bien como dentro de él. En cierto momento, ella se quitó los zapatos y encogió las piernas bajo su trasero; con un movimiento despreocupado se recostó sobre el respaldo del sillón mientras jugueteaba con el pelo y escuchaba a Noah. Él se fijó en sus caderas, que con la postura habían quedado expuestas a la vista. Era muy sensual. Noah no se explicaba por qué no podía apartar esos pensamientos de su mente desde que había llegado. Quizá verla con ese vestido lo había descolocado un poco.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué me miras así, Noah?

—¿Así, cómo? No te miro de ninguna manera especial.

—Disculpa, me lo ha parecido.

Se quedaron en silencio mirándose a los ojos, como si de pronto los temas de conversación se hubieran agotado, y el deseo pareció surgir en ambos. Noah se dejó llevar por sus instintos varoniles y, acercándose peligrosamente a la boca de Eva la examinó, le acarició el rostro con la punta de la nariz y cerró los ojos para disfrutar de su suavidad. Volvió a sus labios, y casi como en una suave caricia, los rozó con los suyos. Ella se mostró decidida, no intentó apartarse; él abrió los ojos y se vio en esa mirada ámbar con mezclas de jade, la cogió con una mano de la nuca y, sin demorarse más, se apoderó de sus labios.

El beso no lo eclipsó, pero el sabor de su boca era bueno, la probó un rato más. De pronto, en un raptó de raciocinio, dejó el beso y apoyó la frente en la de ella. Se sintió consumido por el momento, y dejó escapar un jadeo involuntario mientras trataba de obtener una bocanada de aire antes de hablar.

—Esto no está bien —dijo embarullado, sabiendo que debía contener su apetito—. No es lo más sensato ni adecuado para nuestro trabajo, no estaría bien que nos liásemos. —Le apartó el cabello pelirrojo de la cara mientras le reseguía el contorno con extrema suavidad—. Me gusta tenerte como compañera, pero si continuamos avanzando eso ya no sería posible.

»Nos estamos dejando llevar por el momento, pero tanto tú como yo sabemos que quizá no vale la pena arriesgarlo todo por un instante en que nos ha superado la atracción.

—Lo sé, Noah, lo entiendo perfectamente.

Eva habló aún convulsionada por los vestigios del beso.

Ambos exhalaban profundamente intentando recomponerse de lo ardiente que el beso había sido. Noah le dio uno muy tierno en la punta de la nariz y se apartó de ella. Sentía que el vaquero le iba a reventar, su miembro estaba duro y doliente. Se sentó con los codos apoyados en las piernas mientras esperaba que su erección cediera, estaba muy incómodo en ese estado.

Ella probó entonces un último ardid para impedir lo que estaba segura de que sucedería cuando él consiguiera serenarse.

—¿Quieres otro café, Noah? —le preguntó sabiendo cuál sería la respuesta, y enseguida se sintió una estúpida por el ofrecimiento.

A ella no le importaba que hubieran cruzado las barreras, lo único que ansiaba en ese momento era forzar el instante y llevarlo a su cama, probarlo y que la poseyera, saber si todas sus fantasías con Noah Miller eran ciertas. Había descubierto que Noah le atraía demasiado, y que prefería tenerlo como amante y no como compañero. Pero era evidente que él no sentía lo mismo y no estaba dispuesto a trasponer un pie por nada. Cuando él se detuvo fue precisamente porque supo que Eva no era una mujer sólo para quitarse las ganas —si lo que quería era eso, su agenda estaba llena de números de teléfono—, así que prefirió parar antes de arrepentirse de haber atravesado el pequeño umbral del placer.

—Te lo agradezco, pero creo que es mejor que me vaya. —Noah se puso de pie, cogió su chaqueta y ella lo siguió en silencio—. Hasta mañana, Eva.

La agarró de la nuca, la miró a los ojos y le dedicó una sonrisa conformista. Luego le besó la frente y se marchó.

Metido en su cama, daba vueltas de un lado a otro con una sensación de contrariedad que no podía quitarse de encima. Estaba molesto consigo mismo, y sentía un demoledor apetito sexual que volvía tormentosa su abstinencia. Las últimas dos veces que había tenido una erección con una mujer no había podido desahogarse, y eso lo tenía muy molesto.

Se levantó de mala gana y fue directo al baño, sabiendo que si no se aliviaba no podría dormirse, así que se acarició buscando una satisfacción, que llegó a medias. Se corrió, y aunque no era lo mismo que enterrarse en una ardiente y mórbida vagina, al menos aplacaría un poco su fuego. De todas maneras el mal humor no se le fue: odiaba autocumplarse, pues se consideraba un hombre con recursos suficientes para tener cuando quisiera a una bella mujer en su cama. Esa noche las circunstancias habían sido aquéllas y él seguía fastidiado.

De regreso en la cama, se obligó a cerrar los ojos intentando conciliar el sueño, pero de pronto el rostro de Eva y el de esa desconocida que desde hacía varias semanas ocupaba su mente se mezclaron en sus cavilaciones, lo que más le fastidiaba era seguir pensando en esa mujer, cuyo nombre ni siquiera sabía y que parecía haberse convertido en una obsesión.

Tras unos cuantos minutos y una lucha interna por conseguir el sueño, se encontraba bastante adormilado cuando de pronto el sonido de su teléfono lo sobresaltó, acrecentando su fastidio. Un viso de cordura lo puso en alerta al darse cuenta de la hora; además era evidente que no era por trabajo, ya que no era su buscaperonas el que estaba sonando. Cogió el móvil de la mesilla y atendió sin mirar.

—Hola —contestó con voz tosca y verdadero mal humor.

—Noaaah, amigooo. —Brian hablaba arrastrando las palabras—. Ven a buscarme, por favorrr, una zorrita me ha robado tooooodo el dineero y no tengo con qué pagar la cuenta del hotel. Se ha llevado hasta las tarjetas, la muy jodida, psss.

—Mierda, Brian, ¿dónde estás?

—No sé.

—¿Cómo que no sabes? Mira en qué estado te encuentras. Debes parar ya con los excesos.

—No grites, pareces mi padre. No sé. —Miró hacia todos lados intentando ubicarse, se pasó una mano por la cabeza y la deslizó por su rostro, sintiendo que todo comenzaba a dar vueltas a su alrededor—. No sé, así simplemente no sé, ella me ha traído hasta aquí y creo que he bebido mucho, tooooodo da vueltaaas.

Al otro lado de la línea, Noah lo oyó emitir una arcada. Puso cara de asco.

—¿Estás bien? Brian, ¿estás bien?

—Creo que no, no estoy bien, estoy muy borrachooo, ven a buscarme, amigo. Tú puedes descubrir dónde estoy porque eres detective, mi amigooooo el detective Noah Miller, el mejor de la Policía de Nueva York. —Se rio.

—Mierda, Brian, estás pasadísimoo. Soy detective, pero no soy adivino. Fíjate si en el teléfono de la habitación está el nombre del hotel.

Se hizo un silencio y después hubo un ruido; algo se había caído.

—Eressss mi mejor amigo, Noaaah, qué buen detective ereees, ¿cómo has descubierto que en el teléfono estaba el nombre del hotel?

Noah fijó la vista en el techo. Brian estaba como una cuba y no hacía más que decir chorradas.

—Dime el nombre e iré a buscarte antes de que pierdas la conciencia.

Noah llegó a un hotel de baja categoría ubicado en el Garment District, subió hasta la habitación que Brian le había indicado, en el último piso, y golpeó la puerta varias veces. Éste no contestó, así que Noah bajó nuevamente a la planta baja para hablar con el conserje, que lo escuchó de mala gana. Le enseñó su identificación de detective, pero aun así, el adusto y desconfiado hombre se negó a darle paso a la habitación.

—Oiga, ¿por qué no va usted entonces? Verifique por sus medios lo que le estoy diciendo o mande a alguien de su personal. —El hombre miró a Noah sin contestarle—. ¡Mierda, me está haciendo perder el tiempo y la paciencia! —gritó dando un puñetazo en el mostrador.

A regañadientes, el portero le indicó a uno de los empleados que lo acompañara. Subieron nuevamente hasta el cuarto piso, y ahí encontró a Brian, cruzado en la cama, con los pies apoyados en el suelo y el torso en el colchón, totalmente desnudo.

—Brian, despiértate. Vamos, colabora, por favor —lo conminó de inmediato.

Brian no reaccionaba, estaba todo vomitado.

—Tendrá que pagar doble por toda esta cochinada.

—Como si esto estuviese tan limpio. Le pagaré, pero ahora deje de molestar, váyase, que ya no lo necesito. —Lo empujó afuera y cerró la puerta.

El lugar era realmente un hotelucho de mala muerte, así que Noah decidió ir al baño, humedecer una toalla para limpiar un poco a su amigo y vestirlo para sacarlo de allí.

—Vamos, Brian, pon un poco de tu parte, por favor, ayúdame a llevarte a tu casa.

Brian parecía estar adormecido por los efectos del alcohol. Finalmente logró que se espabilara, lo ayudó a vestirse y lo guio hasta el ascensor.

Cuando por fin consiguió meterlo en el automóvil le advirtió:

—No vayas a vomitar en mi coche. Ya vendré luego por el tuyo. Qué asco, hombre, mira en qué estado te encuentras.

—Basta, Noah, pareces mi padre. Cállate, que me duele la cabeza, el vino que servían en ese evento era malísimo.

—¿Y por qué lo has tomado si era tan malo? Deberías decir basta y poner un poco de freno a tu vida. ¿Con quién mierda te has enredado esta noche, que has terminado así? Suerte que era una simple oportunista, que bien podría haberte robado las llaves y desvalijado todo el apartamento. Hazte a la idea de que así no puedes seguir.

—Para el coche, que vomito.

—¡Mierda!

Noah estaba enfurecido. Su día y su noche no podrían haber salido peor.

—Basta, Murray, por favor, no puedes tratarme como me tratas. Quiero vivir, lo necesito, siento que estoy muerta en vida, estoy harta de que lo único que importe sean tus cosas. Necesitas un médico, estás enfermo.

Él no la escuchaba, seguía golpeándola como si con cada golpe descargara en ella todas sus frustraciones.

—¡Te odio, Murray, te odio! ¡Me has arruinado la vida!

Olivia le gritaba desde el suelo, a la vez que intentaba zafarse de las patadas que su esposo le propinaba. Cada una se hundía en sus costillas y en sus piernas y ella gritaba, se quejaba, pero en la casa, como siempre, nadie parecía escucharla.

Ese día no era igual que otras veces. Olivia no se limitó a cubrirse y a esperar que su furia acabase; estaba cansada de los malos tratos, intentó defenderse y desde el suelo le sostuvo las piernas e incluso le tiró una lámpara por la cabeza, que Murray esquivó muy bien.

Minutos antes de que se desatara la incontrolable ira del senador Murray Wheels nada hacía presumir que todo terminaría así.

Habían cenado juntos en el lujoso y exclusivo triplex de Park Avenue. Hacía tiempo que, por una cosa u otra, no compartían una cena en el hogar conyugal. Él parecía de buen humor, ella se interesó por la campaña y Murray comenzó a hablar con vehemencia; sin duda, Olivia sabía cómo relajarlo, pues ése era su tema de conversación preferido, así podía vanagloriarse de sus logros y de todo lo que estaba dispuesto a conquistar. Ambicionaba llegar a la cima, y Olivia sabía que no cabía la posibilidad de que se detuviese ante nada. Le informó de que debía acompañarlo a la inauguración de un hospital pediátrico, y la idea de hacer algo por esos niños

necesitados la sedujo de inmediato, aun sabiendo que nada de lo que él hacía era sincero, cosa que la frustraba. Pero se mostró interesada, representó el papel que mejor se le daba. Incluso se ofreció a pedir donaciones, así podrían entregarlas juntas y su imagen mejoraría aún más.

A Murray le pareció una gran idea, pues verla a ella involucrada en su campaña era lo que más deseaba. Olivia hacía otras actividades en su nombre, pero que la gente viera que eran un matrimonio sólido y que se apoyaban en todo era lo que más le importaba, pues daba una maravillosa apariencia a su imagen.

Pensó que ella parecía entenderlo, que por fin había comprendido que ésa era su función a su lado. Siguió calculando que las obras de caridad le iban bien, así que aprovecharía su imagen en este sentido.

«Si está dispuesta a aguantar a esos mocosos, que lo haga, yo no me opondré, y tampoco me opondré a que siga yendo a la iglesia para ayudar a los apestosos de sida. Eso es buena prensa para mí.» Murray calculaba los beneficios.

Tras la cena, se sentaron en el salón para continuar con la charla y con los planes. El senador se mostró relajado y muy amable con ella. Olivia cogió el mando a distancia del equipo de sonido y puso *Nabucco*, de Giuseppe Verdi, concretamente el *Va, pensiero*,* que era una de las piezas favoritas de su esposo. Le sirvió una copa de brandy y buscó uno de los habanos que tenía reservados para los momentos en que necesitaba relajarse. Se lo puso en la boca y se lo encendió; a Murray le gustaba deleitarse con una buena ópera, fumando un habano y bebiendo brandy.

Olivia le ofreció una franca sonrisa y cuando él se sacó el cigarro de la boca tras una profunda calada que disfrutó con todos los sentidos, ella se acercó y le dio un beso en la nariz, un sutil beso con el que trató de ser muy tierna y poner todo de su parte, probó también una torpe y temerosa caricia por la mejilla. Hacía tanto tiempo que no se acercaba a él que comprendió que ya casi no recordaba cómo hacerlo; pero estaba dispuesta a un último intento, ansiaba ser con su esposo lo que alguna vez habían sido. Murray se rio triunfante, la agarró de la muñeca y la obligó con un gesto de supremacía a que se volviera a inclinar, tomando su boca por asalto.

Olivia cerró los ojos e intentó dejarse llevar por el momento, pero sintió asco, ganas de salir corriendo y de que él no la tocara nunca más; le asqueó el olor a cigarro que salía de su boca mezclado con brandy, pero aun así siguió probando, obligándose, pues no había nada que desease más que estar en paz con su marido.

Apartándose de ella, Murray la miró con los ojos entrecerrados y le indicó que se sentara a su lado. Ella no se negó, necesitaba afecto y parecía que ese día su marido estaba dispuesto a dárselo.

—Tengo pensado dar una gran fiesta para homenajearte en tu cumpleaños, quiero que todos lo vean.

—¡Gracias, qué sorpresa!

Él la miró incrédulo y frustrado, ella seguía sin entender nada de lo que elucubraba con cada paso que daba.

Murray no lo hacía por congraciarse, sino por dar una imagen adecuada. Olivia parecía no darse cuenta de que entre ellos todo era una gran pantalla para su propio beneficio, y que solamente la tenía a su lado por su apellido. Los Mayer-Moore eran una familia reconocida de la industria naval, el padre era el director de unos de los astilleros más grandes de Florida.

—Será una fiesta que jamás olvidarás.

—Ya que quieres hacerlo, me encantaría ayudarte a organizarlo. Quizá Alexa y Ed puedan echarme una mano.

—Ni lo sueñes. Si dejamos que lo organice tu amigo gay, el evento se convertirá en la jaula de las locas.

—No hables así de Edmond. Tiene muy buen gusto, su condición sexual no afecta a sus capacidades.

—Lo hará Samantha —dijo Murray con voz firme—. Ella sabe cómo coordinar una fiesta perfecta, sobre todo a ojos de la prensa. Necesito que ese día estén las personalidades más importantes de la ciudad; por otro lado, tú no sabrías ni a quién invitar si lo dejo en tus manos.

A Olivia se le pasó el entusiasmo; era su cumpleaños pero Murray estaba decidido en convertirlo en un acto político. Superando una vez más su desilusión, se aferró a su cuello y le habló muy cerca de él.

—Perfecto, como tú lo consideres mejor. —Lo miró a los ojos con mucha dulzura—. He estado pensando, y lo cierto es que me aburro demasiado todo el día en casa sola, así que creo que por las tardes comenzaré a ir unas horas a la galería.

—De eso nada.

Murray se deshizo de su abrazo y se puso de pie. La magia se había esfumado.

—¿Por qué? Sólo serán unas pocas horas, me llevará y me traerá Dylan. Quiero clasificar personalmente todas las obras de arte nuevas que se han adquirido; son hermosas, tendrías que verlas, ¿te acuerdas de cuando me ayudabas a hacerlo?

—Estás hablando del pasado, un pasado ridículo donde tú y yo sólo nos conformábamos con estupideces.

—Pero éramos felices, Murray. Y para mí no eran estupideces, teníamos proyectos en común. Añoro al hombre con el que me casé, el hombre que me enamoraba a diario.

—¿Añoras la miseria en que vivíamos? Me haces reír.

Olivia lo escuchaba a medias. Le parecía que hablaba con un muro de cemento o con un témpano de hielo; sus palabras siempre se clavaban en ella como filosas navajas. Pero siguió intentándolo...

—Te prometo que sólo serán unas pocas horas y luego me ocuparé de ser la esposa del senador Murray Wheels. Buscaré donaciones en tu nombre, visitaré hogares, convocaré a la prensa; lo que me pidas, solamente quiero unas horas para mí.

—¡Te he dicho que no! Y no se hable más.

Fue categórico, pero ella no pensaba desistir.

—Por favor, Murray, es un lugar decente, nadie lo verá con malos ojos.

Olivia se había puesto de pie y estaba aferrada a su cintura, tratando de convencerlo.

—¿Eres tonta o te lo haces? —La apartó de un empujón.

—¡No me empujes!

Olivia no estaba dispuesta a permitir que volviese a faltarle el respeto, de pronto se sintió envalentonada y hasta a ella le costó reconocerse cuando dio ese grito. Murray la miró con furia, con rencor y desprecio, no iba a tolerar que su mujer se le enfrentase; si ella creía que podía hacerlo, estaba muy equivocada y se lo demostraría. Levantó la mano y, como un perfecto y certero castigo, le atizó un revés en el mentón que la dejó mareada.

«Siempre sabe dónde pegarme para inutilizarme», pensó ella agarrándose al sillón.

Ese golpe fue el primero de una tanda de otros que parecían no tener fin. Olivia terminó en el suelo intentando atajar la furia que con sus palabras había encendido, la furia incontrolable de una persona que cada vez parecía tener menos piedad y nada de cordura, una persona que en un tiempo le había dado las más tiernas caricias, y le había enseñado todo lo que sabía del amor. Ahora era muy diferente, casi un desconocido; un ogro, como decía Alexa, su verdugo personal.

El teléfono de Murray sonó, y eso fue lo que la salvó para que la paliza no continuara. Maldiciéndolo para sus adentros, se quedó en el suelo mientras mordía el polvo en su propia miseria. Cuando él se alejó, se permitió ahogarse en su llanto, inmersa en una gran desolación.

Lo oyó irse y con gran esfuerzo se puso en pie. Le dolían mucho las costillas, y estaba segura de que algo dentro de su cuerpo no estaba bien: el dolor era insostenible, agudo como nunca, profuso hasta el punto de que le dificultaba respirar. Caminó apoyada en las paredes mientras que con la otra mano se agarraba al costado, y así entró en su dormitorio.

«Se terminó, Olivia, ¿hasta cuándo vas a seguir esperando un milagro?», se dijo mientras se miraba en el espejo de su vestidor.

Tenía un corte en el labio, un moretón en el maxilar derecho y una gota de sangre saliendo de su nariz. Se sintió más devastada que nunca al ver su reflejo; jamás le había pegado con tanta saña y nunca antes la había dejado marcada de esa forma, al menos no en la cara. Alexa y Edmond tenían razón: ese hombre iba a matarla.

Con el ánimo consumido y la voluntad resquebrajada, cogió su bolso y el móvil que Alexa había comprado a su nombre, con el que no podían rastrear sus llamadas. Se abrigó con muchísimo esfuerzo, se asomó al pasillo, donde no había nadie a la vista, y fue al despacho de Murray para buscar la llave de los cajones del escritorio, los abrió y sacó sus tarjetas bancarias, las de las cuentas que Murray le había quitado hacía algún tiempo. Con el mismo cuidado llegó hasta la puerta trasera que daba al jardín y eludió las cámaras de seguridad, había aprendido cómo hacerlo. Finalmente logró llegar a la última, y cuando la cámara giró y dejó de apuntar a la puerta trasera, con apenas unos pocos segundos para pasar sin ser vista, muy dolorida y con su movilidad sumamente reducida, se apresuró para salir.

En la calle puso freno a su desesperación por escapar y se tomó unos minutos para pensar hacia dónde ir. Se llevó las manos a la cabeza, necesitaba ordenar sus pensamientos y hallar un lugar donde Murray no pudiera encontrarla, pues no quería que la obligara a volver. Sin embargo, por más que buscaba y rebuscaba opciones no sabía adónde ir.

Decidió que lo mejor sería sacar efectivo de algún cajero automático y con eso empezar a moverse. Se alejó de la casa, anduvo varias calles hasta dar con uno y allí extrajo todo el dinero que pudo. Siguió caminando, no quería coger un taxi porque así podrían saber adónde había ido. Necesitaba alejarse cuanto antes, ya que cuando Murray empezase a buscarla sería muy fácil atar cabos si dejaba muchas pistas.

Tenía una profunda sensación de soledad, miedo a no poder seguir adelante y a no ser capaz de enfrentarse a todo lo que se le avecinaba. Sintió pánico, no quería tener que regresar.

Cogió el móvil mientras se secaba las lágrimas, que en ese momento ya le habían encharcado todo el rostro. Pensó en llamar a Alexa o a Ed para que la recogieran, pero no estaba bien que los siguiera mezclando en sus problemas; además, se empecinarían en llevarla con ellos y no quería depender de nadie para dar el paso que se había propuesto. Incluso con la fragilidad de sus sentimientos y a pesar de su indecisión, anhelaba rehacer su vida.

Estaba llena de golpes en el cuerpo y cicatrices en el alma, pero dispuesta a empezar de nuevo, y sabía que para lograrlo debía hacerlo sola.

Tuvo que detenerse por el profundo e intenso dolor que sentía en el costado izquierdo, cada vez más y más fuerte. Estaba débil, miró a su alrededor mientras se agarraba nuevamente la cabeza, muy abotargada. Se dio cuenta de que increíblemente estaba frente al apartamento de Brian, su hermano, pero rápidamente pensó que no era una buena opción para esconderse. No obstante, dudó un instante, porque la molestia que tenía en las costillas era casi insoportable, y evaluó nuevamente sus posibilidades, pensando que quizá su hermano sería capaz de entenderla y no la juzgaría. Además, él podría protegerla e incluso la apoyaría delante de sus padres.

Caminó unos metros más sosteniéndose de las paredes hasta que por fin llegó a la entrada del edificio. Cuando estaba a punto de tocar el timbre un enorme arrepentimiento la invadió por completo, así como el miedo de no estar haciendo las cosas bien. En ese instante la puerta de entrada se abrió y Olivia, por instinto, levantó la cabeza para ver quién salía. Las piernas comenzaron a temblarle.

Se había quedado muda, lo observaba avanzar y cuando por fin lo tuvo frente a frente dejó que una extraña sensación de miedo y ansiedad la avasallara. Sintió que caía, sintió que la tierra se abría y ella era devorada, pero también sintió unas manos que la aferraron con fuerza, con determinación y con prestancia. Se dejó sostener, se dejó arrullar por esas manos que en ese momento fueron sus salvadoras, las que no permitieron que terminase en el suelo y también las que le dieron seguridad.

Lo miró a los ojos, unos ojos tan extrañados como los de ella por la nueva coincidencia, un encuentro que parecía imposible de evitar. Se hundió en esa mirada café que la estaba traspasando y apartó la vista, pero esos labios rojos, carnosos, sugerentes, la extasiaron, y aunque quiso evitarlo no pudo dejar de mirarlos.

Olivia sintió que se desvanecía. Su cuerpo exhausto se entregó al cobijo que los brazos de Noah le ofrecían y se dejó sostener por él, y éste la asió con fuerza de las axilas y la afirmó contra su pecho, acunándola.

Era un desconocido, pero se sintió confiada y confortada.

Como una niña indefensa, comenzó a llorar hundida en su cuello.

—Chist, chist, tranquila. ¿Quién te ha hecho esto, preciosa? ¿Quién se ha atrevido a lastimarte de esta forma?

—Lo siento, discúlpame, estoy llenándote de lágrimas. No te preocupes, estoy bien.

De pronto se sintió muy avergonzada.

Ella comprendió que ese hombre era un perfecto desconocido y quiso apartarse, pero él no se lo permitió.

—Chist, no te angusties. —Le acarició la cabeza mientras le hablaba al oído rozándola con su aliento—. No te haré daño, te juro que soy de confianza. —Se apartó unos centímetros para mirarla, la cogió del mentón con delicadeza, mientras observaba las laceraciones y luego le habló muy cerca, con una voz calmada y arrulladora—. Me llamo Noah —le ofreció una media sonrisa—, Noah Miller.

Olivia vaciló antes de decir su nombre, luego con un hilo de voz le contestó:

—Mi nombre es... Alexa —mintió sin saber por qué.

—Estás muy herida, Alexa.

Su proximidad lo descontrolaba, pero verla así indefensa mucho más.

—Lo sé, qué vergüenza.

—Vergüenza debería tener la persona que te ha hecho esto.

—No quiero hablar de esa persona, por favor.

—Como prefieras, pero déjame decirte que podemos denunciarlo y meterlo en prisión.

—Tú no sabes...

Claro que no sabía, denunciar a su esposo era impensable para Olivia, algo que no tenía lugar en ninguno de sus planes. Entraría por una puerta y saldría por otra, siempre se lo decía cuando la golpeaba.

—Además, ¿por qué supones que ha sido un hombre? —agregó con un hilo de voz.

—Alexa... no hace falta que me lo digas. —Hizo una pausa—. Lo sé, simplemente lo sé.

No quiso decirle que por su trabajo estaba acostumbrado a ver a diario mujeres golpeadas por sus maridos, ni quiso decirle a qué se dedicaba, pues temió espantarla, sabía que muchas mujeres víctimas de violencia doméstica huyen ante un oficial de policía, pues intentan cubrir al malnacido que las flagela, que las domina, que las hace sentir el ser más insignificante sobre la faz de la tierra.

Es difícil comprender por qué una mujer actúa de esa forma tras haber sido tan brutalmente golpeada, pero con el tiempo Noah lo había comprendido. La psique de la víctima va deteriorándose a diario con cada humillación, quien las domina va haciendo un trabajo muy fino, que las lleva a creer que no hay otra salida para ellas más que quedarse a su lado, las transportan a un estado de indefensión en el que creen que jamás podrán hacer nada por sus propios medios, incluso llegan a cubrirlos, a protegerlos, porque en el fondo necesitan creer en su arrepentimiento y en que ésa será la última vez. Anhelan aferrarse a la ilusión de que esa persona las quiere, de que esa persona volverá a ser la que alguna vez fue, la que las enamoró.

Olivia se sintió mareada y Noah la aferró con fuerza. Ella se quejó, el dolor era evidente en su rostro e imposible de ocultar.

—Dios, también te ha golpeado en el cuerpo.

Noah intentó contener la furia que sentía, quería saber quién le había hecho eso, agarrarlo con sus propias manos y hacerle pagar cada uno de los golpes que le había atizado a Olivia.

—No es nada.

—Déjame llevarte al médico, permíteme que esto quede documentado en algún lado, es lo correcto.

—No, por favor, no, déjame ir.

—Tranquila, Alexa, tranquila, sólo haré lo que quieras que haga, pero permíteme ayudarte de alguna forma.

—¿Por qué quieres ayudarme? Si no me conoces.

—Sí que te conozco, ya te he visto... con esta, tres veces. —Ella sonrió—. Eres hermosa cuando sonríes. Sí, así deberías estar siempre, feliz como el día que te conocí, irradiabas felicidad por cada uno de tus poros. —Oli se ruborizó—. ¿Vives aquí? —Ella negó con la cabeza— ¿Adónde ibas? —Se encogió de hombros sin contestar—. ¿Acaso pensabas regresar a...?

—No sé, Noah, no quiero volver, pero no tengo adónde ir —le confesó sin pensar lo que decía.

Se apartó de él quejándose del dolor que tenía en las costillas, metió la mano en su bolso, sacó el dinero hecho un bollo y se lo enseñó.

—Tengo dinero. Si pudieras ayudarme a conseguir un hotel, algo decente y económico, te lo agradecería.

—Te ayudaré en lo que me pidas —Noah cogió el dinero y lo guardó de nuevo en el bolso—, pero necesitas a alguien que te cure esas heridas. ¿Te duelen mucho las costillas?

Ella hundió la cara en el suelo.

—Alexa, por favor, te pido que confíes en mí. Te juro que soy decente, no quiero hacerte daño, sólo pretendo ayudarte.

De pronto, Olivia se dio cuenta de que estaban frente a la casa de su hermano Brian, y de que si Murray salía a buscarla, ése sería uno de los lugares adonde sin duda iría. Así que atemorizada por sus pensamientos, empezó a temblar, Noah se quitó la chaqueta y se la puso en los hombros.

—Hace frío, no te quites la chaqueta por mí —dijo ella.

—Si no quieres ser la culpable de la gripe que me dé, acompáñame al coche, está allí. —Señaló su BMW.

Olivia dudó, pero no podía seguir allí. Por otra parte, no tenía fuerzas, necesitaba sentarse y descansar, y sin saber la razón, sentía que Noah le infundía confianza.

—Alexa, sé que suena raro y si no aceptas podría entenderlo, soy consciente de que no sabes quién soy, pero... mi casa no queda muy lejos de aquí.

—¿No vives en este edificio?

—No, sólo he venido a traer a un amigo que ha bebido de más y no estaba en condiciones de conducir. Alexa, no quiero que te quedes sola, si quieres... y espero realmente inspirarte confianza —dudó antes de proseguir, temía que ella lo malinterpretara, así que pensó cada palabra antes de decirla— tengo un sillón bastante amplio. No es lo ideal, pero si aceptas te lo presto.

Llegaron al apartamento de Noah. La ayudó a bajar del coche guiándola por la cintura. Oli estaba tambaleante, tenía mal aspecto y parecía extenuada; sentía cada vez con mayor intensidad los golpes en su cuerpo.

Miller giró la llave en la cerradura y abrió la puerta de entrada, con un ademán y una sonrisa muy sincera la invitó a entrar, cerró de un puntapié y sin soltar a Olivia la guio hasta el sofá, donde le ofreció ayuda para sentarse. No podía creer que finalmente hubiera accedido.

—Gracias —dijo ella.

—Gracias a ti por aceptar venir a mi casa. —Se acuclilló frente a ella y le cogió las manos—. Buscaré una manta, estás temblando.

—El ambiente aquí es cálido, pronto se me pasará.

—¿Quieres beber algo? —Ella negó con la cabeza—. En ese caso, iré a buscar la manta, antiséptico para curarte el corte de la boca y traeré hielo para que te pongas en el moretón. También me preocupa cómo respiras, temo que puedas tener alguna costilla rota, necesitas que te vea un médico.

Olivia volvió a negar con la cabeza. Noah fue por una manta y la arropó.

—Te propongo algo, sólo te pido que me escuches. —Resignada, sobre todo por la forma en que se lo pedía, lo escuchó—. Una persona muy cercana a mí es doctora, así que si lo que quieres es que nadie se entere de esto, te prometo que será muy discreta y te atenderá sin que quede registrado en ninguna parte. Sabes que necesitas un médico, seguro que eres una persona inteligente.

Olivia asintió con la cabeza, no le salían las palabras. Luego hizo un esfuerzo y habló:

—Noah, yo te agradezco... No quiero parecer tonta, ni que pienses que... es que... tú no sabes... no sabes nada.

—Sé lo suficiente; no te pongas nerviosa y no llores, por favor.

—Sí supieras el calvario que es mi vida... No tengo derecho a implicarte en ella, soy un estorbo, eso es lo que soy para todo el mundo. Déjame marchar, no está bien que haya venido a tu casa.

Intentó ponerse de pie, pero el dolor era tan fuerte que no pudo hacerlo, y de su boca salió un quejido prolongado y agudo.

—Alexa, reconoce por favor que necesitas ayuda. Te aseguro que nadie se enterará.

—¿Lo prometes? Es que todo empeoraría, tengo miedo, Noah, siento vergüenza de lo que soy, de lo que me han hecho, y mucha pena de mí misma.

—Chist, yo te cuidaré. Chist, tranquilízate, no llores.

Le secó las lágrimas y le dio un tierno beso en la mejilla. El contacto fue mágico, en ambos cuerpos se desataron chispazos y cosquilleos, y tanto Olivia como Noah se sintieron confusos. Las sensaciones que se despertaron mutuamente fueron abrumadoras. Miller tuvo deseos de abrazarla, de contenerla, de darle seguridad con los brazos y el cuerpo, pero no era el momento; se contuvo.

«Dios mío, cuán dañada está esta mujer. Jamás lo habría creído cuando la vi por primera vez. Ahora comprendo por qué se fue disparada ese día, pero... ¿quién será el desgraciado que la tiene en este estado de desamparo? ¿Quién puede ser tan cobarde para tratarla de este modo?»

Dejando a un lado sus interrogantes volvió a insistir:

—Déjame llamar para que te atiendan.

—¿Me prometes que no quedará rastro en ninguna parte? No quiero que me encuentren, no quiero que me convenzan para regresar, y soy tan débil... tan tonta.

—Dios mío, qué estarás pensando de mí, te suplico que no me tengas lástima, aunque sé que es lo único que inspiro», se dijo Olivia.

—Basta, ya basta —Noah le besó las manos—, no te agobies más. —Decidió dejar de lado la pena y se centró en darle seguridad—. Si lo que te preocupa es eso, te doy mi palabra de que no te encontrarán. Lo primero es que te vean esos golpes, luego... —hizo una pausa—, yo me encargaré de todo, déjame a mí.

Noah se puso en pie para hablar por teléfono. Mientras tanto no dejaba de hacer conjeturas. Por otra parte, le costaba creer que la tuviera allí, junto a él, sentada en el salón de su casa.

«Es obvio que teme a una persona con recursos, por eso quiere ocultarse. ¿Quién demonios será?»

—Perdón por la hora, Nacary, soy Noah.

—Noah, ¿cómo estás?! ¿A qué se debe esta sorpresa? Qué raro que me llames.

—Lo siento, sé que es tarde.

—No hay problema, estoy de guardia.

—Perfecto, porque necesito pedirte un gran favor. —Fue al grano, sin rodeos. Se alejó hacia la cocina fingiendo que iba a buscar hielo a la nevera—. Se trata de una amiga. Creo que su marido la golpea, en este momento la tengo en mi casa, pero está atemorizada y no quiere que se sepa que la ha atendido un médico. Nacary, creo que tiene costillas rotas.

—Pues tráela, ¿a qué esperas?

—Una cosa más: ella no sabe que soy policía, no quiero que se asuste. Te repito que tiene mucho miedo, aunque aún no sé a quién ni a qué le teme.

—Entiendo, vas de héroe. —Noah hizo una mueca—. No te preocupes, seré muy discreta. ¿Has llamado a mamá? Creo que la semana próxima viene a Nueva York.

—Sí, me lo ha dicho.

—A ver si encuentras un rato para que podamos cenar en mi casa, en familia. ¿Te parece, hermanito?

—¿Y soportar al idiota de tu novio?

—Noah... no entiendo por qué no te llevas bien con Connor. ¿Cuándo dejarás de ser un hermano celoso?

—Tú nunca dejarás de ser mi hermana, así que eso jamás cambiará.

En realidad, Noah sabía un secretito de Connor, de la época en que acababa de conocer a su hermana: lo había pillado ligando con una amiga, y eso había hecho que su cuñado siempre le suscitase desconfianza, aunque su hermana se veía feliz a su lado y él nunca había podido demostrar ninguna de sus sospechas.

—En un rato voy para allá, te busco en urgencias.

Noah se acercó a Olivia, que se había dejado caer en el sofá, muy dolorida. Se sentó a su lado para aplicarle hielo en los golpes.

—Todo está arreglado, nos esperan. Déjame contarte algo para que te quedes tranquila: quien te atenderá es mi hermana, así que no debes preocuparte, ella hará lo que yo le pida. Sólo voy a pedirte un favor, y no puedes negarte. —Lo miró sorprendida, no podía creer que un desconocido le estuviese brindando tanta ayuda. Asintió con la cabeza—. Tienes que dejar que Nacary tome fotografías de las heridas que tienes. —Olivia lo miró horrorizada—. No te asustes, no las usará nadie, sólo las guardaremos por si alguna vez te decides a denunciarlo.

—No quiero que me haga fotos.

—Alexa, por favor, estoy ayudándote y es lo único que te pido. Te prometo que las fotos las guardarás tú.

—¿Por qué haces esto por mí, Noah?

—Porque necesitas que alguien te demuestre que no eres un objeto, Alexa: eres un ser humano que siente y piensa. No es lástima, no me malinterpretes, es solidaridad, es ética y otras cosas, pero ahora no es momento para hablarlas.

Se miraron a los ojos por unos instantes. Olivia no podía creer que ese hombre fuera tan bueno; habría querido abrazarlo, hundirse en su cuello, pero no tenía fuerzas y tampoco era lo más adecuado. Él podría pensar que lo utilizaba o que ella era una mujer ligera, pero lo cierto era que esa mirada le infundía otra cosa, y aunque era inaudito estar sintiendo aquello, así era.

Noah también contenía sus ansias; le habría encantado tomarla entre los brazos y que sintiera que no estaba sola. Acababa de conocerla, pero no estaba dispuesto a apartarse de ella, esa mujer lo había encandilado desde el primer instante en que la había visto en el bar y ahora entendía que no se había equivocado: además del deslumbramiento que le provocaba, era evidente que lo necesitaba.

—Vamos, Alexa, vayamos al hospital.

Se subieron al coche. Olivia sintió pena por haberle mentido dándole un nombre falso para preservar su identidad, pero Noah se había mostrado tan humanitario que ahora se sentía apenada. Pensó en decir la verdad; sin embargo, en el instante en que iba a armarse de valor para hacerlo giraron en la calle Sesenta y Ocho y llegaron al Presbyterian Weill Cornell Medical Center. Noah se apresuró a bajar para ayudarla a descender.

—Dios, no sabía que veníamos a este lugar, es un sitio muy famoso. No quiero bajar, Noah —dijo casi como una súplica. «Me reconocerán», pensaba, pero eso no lo dijo.

—¿Qué temes, Alexa? O mejor dicho, ¿a quién?

Se miraron por unos segundos a los ojos. Noah estaba de pie, sosteniendo la puerta del coche y extendiéndole la mano. Ella se echó a llorar con gran desconsuelo.

—No quiero complicarte la vida, Noah, es mejor que no sepas nada. Siento mucha vergüenza, perdóname.

Él se acuclilló a su lado e intentó calmarla.

—Chist, ya me lo contarás cuando te sientas segura, no sigas angustiándote. Si hay algo que no quiero que sientas a mi lado es angustia. Sé qué hacer para que nadie te reconozca.

La dejó unos instantes y sacó una chaqueta negra con capucha del maletero del coche; la llevaba siempre por si tenía que pasar desapercibido en alguna parte.

—Toma, déjame ponerte esto. Ocultarás la cara tras la capucha y yo llamaré a Nacary para que no nos hagan esperar.

Noah la entró por urgencias en una silla de ruedas. Nacary, como él había asegurado, los estaba esperando.

—Hola, pasad. Soy la doctora Nacary William, hermana de Noah. —Le extendió la mano a Olivia y saludó con un beso a Noah—. Noah, ¿por qué no nos esperas fuera?

—Claro, ayudo a Alexa a subir a la camilla y luego os dejo.

Antes de irse le hizo un ademán a su hermana y desde una rendija que dejó abierta en la puerta le pasó su teléfono.

—Saca fotos con mi móvil —le indicó—. Hazlas con el mío, no con el de ella, y que se le vea la cara.

—Esto te saldrá caro.

—Gracias. —Noah le plantó un besazo en la mejilla.

En cuanto él se fue, Nacary intentó charlar con Olivia para ganarse su confianza. Le explicó que no llevaban el mismo apellido porque tenían diferentes padres. Cuarenta minutos más tarde, Noah esperaba ansioso a que su hermana saliera y le dijese cómo estaba Olivia.

—¿Por qué tarda tanto? —se preguntó en voz alta.

«En realidad no es tanto. Sé cómo es esto: primero seguramente ha hablado con ella para infundirle confianza, y con suerte hasta le ha sacado la confesión de quién es el hijo de puta que le pega sin piedad. Debe de haberle hecho tomografías y placas para corroborar las lesiones, además de las fotografías que le pedí. De todos modos podría darse un poco de prisa, que yo estoy aquí comiéndome las uñas.»

La puerta se abrió y Nacary le hizo un gesto para que entrara; antes le pasó el móvil con disimulo. Solamente tuvieron que mirarse para saber que las fotos estaban ahí.

—¿Cómo está?

—Bien, ya le he explicado todo a Alexa. Suerte que ha venido. Le he recolocado la costilla, si la observas ahora respira mucho mejor; tiene una pequeña fractura pero por suerte no ha comprometido ningún órgano, y tampoco hay riesgo de que lo haga. Eso sí, necesita hacer reposo. Le he colocado un vendaje y lleva una prescripción de antiinflamatorios para contrarrestar el dolor; también debe aplicarse compresas de hielo para bajar la inflamación.

»Alexa, nada de esfuerzos para que pueda soldarse; como te he dicho, tardará unas semanas y será bastante doloroso porque las costillas se mueven hasta cuando se respira, pero sólo queda tener paciencia. Para dormir, te aconsejo que lo hagas semisentada, quizá sea más cómodo. Y cuídate mucho, por favor, verdaderamente hoy has tenido suerte.

Ella asintió con la cabeza.

—No te preocupes, yo me encargaré de que así sea, luego te llamo.

Olivia no podía creer lo que escuchaba. Miró confundida a Noah, que le acariciaba con suavidad el hombro mientras hablaba. No era la única extrañada: Nacary también se preguntaba por los actos de su hermano, a quien veía preocupado, solícito.

Regresaron al apartamento de Noah, aunque no había sido fácil convencer a Olivia para que volviera con él. Ella se había empeinado en que la ayudara a conseguir una habitación de hotel. Una vez en la casa fue otra odisea persuadirla de que se acostara en su cama, pero tras insistir mucho, Noah lo consiguió.

—Antes permíteme cambiar las sábanas, porque cuando mi amigo me ha llamado ya estaba metido en la cama.

—¿Solo o acompañado? —Olivia se ruborizó al instante de haber hecho la pregunta y se disculpó—. Perdona, no es de mi incumbencia, no tengo derecho a preguntarte eso.

—En mi casa siempre duermo solo.

Se miraron.

—Entonces ¿por qué quieres cambiar las sábanas? —dijo ella, y él sonrió—. Con que las estires es más que suficiente, no me hagas sentir que soy un estorbo, por favor, aunque lo sé de todas maneras.

—¿Ya empezamos?

Ella quiso negar con la cabeza, pero ese simple movimiento la hizo quejarse de dolor.

—Déjame ayudarte para que te acuestes. Buscaré un pijama mío, te quedará un poco grande, pero...

—Será perfecto —lo interrumpió ella.

Noah le quitó el calzado y le masajó los pies. Luego la levantó, le puso el pantalón, le dio la vuelta y le subió la prenda por los brazos. Como llevaba la venda puesta no se la veía desnuda, pero aun así Noah admiró la piel traslúcida de sus hombros, uno de los pocos sitios donde no tenía moretones. Era tersa, perfecta, sintió la tentación de acariciarla, pero no era lo correcto.

—Por favor, Noah, agradezco tu ayuda, pero no me mires los hematomas —rogó ella avergonzada.

Él se apresuró a cubrirla, le dio la vuelta otra vez, la miró a los ojos por unos instantes y acercándose más de la cuenta dijo:

—Como que me llamo Noah Miller, te prometo que tu piel nunca más tendrá este color. No lo permitiré.

La promesa no sólo era para Olivia, también para sí mismo.

Habría querido asaltar su boca, devorarla, apropiarse de ella, pero tras una profunda respiración se decantó por darle un tierno beso en la frente. La ayudó a meterse en la cama, colocó varios almohadones y almohadas para que quedara semirrecostada y cuando se cercioró de que estaba cómoda fue hacia el vestidor a buscar ropa de dormir para él.

Los calmantes finalmente hicieron que el dolor cediera un poco y Olivia concilió el sueño.

Miller, tras buscar unas mantas y una almohada, se instaló en el sofá del salón. Estaba incómodo, normalmente dormía en bóxer y si estaba muy cansado, como era el caso, prefería hacerlo desnudo, pero con Olivia en su casa y después de todo lo que estaba pasando pensó que no era lo adecuado, así que se puso un pantalón de pijama.

Miró la hora. Era tarde, pronto amanecería. Por suerte no tenía que ir a trabajar por la mañana porque era su día libre. Sonrió de forma infantil, ya que no quería dejarla sola.

Cogió el móvil y una a una fue pasando las fotos que su hermana había tomado de las laceraciones del cuerpo de Olivia. Cuando quiso darse cuenta, estaba apretando tanto las mandíbulas que tuvo la sensación de que los dientes iban a estallarle en mil pedazos. Estaba acostumbrado a ver esa clase de fotografías por su

profesión —en realidad las había visto peores—, pero la impotencia que experimentó viéndolas fue tal que se sintió un novato.

Olivia aún dormía. Noah entró sigilosamente y se quedó un larguísimo rato mirándola, mientras admiraba lo hermosa que era, feliz de que estuviera a salvo descansando en su cama. Indagó en su mente, queriendo encontrar una respuesta a lo que sentía. Interrumpiendo sus pensamientos y como si presintiera que estaba siendo observada, ella abrió los ojos y le regaló una cálida sonrisa.

—Buenos días. ¿Has podido descansar?

—Sí, tu cama es muy cómoda, gracias.

—Te he traído algo para desayunar. Como no sé lo que te apetece, he preparado varias cosas. —Olivia quiso incorporarse, pero la asaltó un dolor en la costilla—.

No te esfuerces, yo te ayudo.

Noah dejó la bandeja sobre la mesilla de noche y la asistió para que se sentase.

—¿No tienes que ir a trabajar?

—Hoy es mi día libre, así que no te preocupes. —Le regaló una sonrisa de lado mientras señalaba la bandeja—. Como verás, no hay una gran variedad de comida

entre lo que he traído; la verdad es que no se me da muy bien mantener la despensa, por lo general no acostumbro a desayunar aquí.

Olivia estuvo tentada de preguntarle a qué se dedicaba, pero contuvo la curiosidad al tener en cuenta que así le daba pie a que él también preguntase.

—Todo parece exquisito, no te preocupes.

Miller se sentó en la cama y puso la bandeja entre ambos para compartir el desayuno. Ella cogió su taza y sorbió de su café, reconociendo al instante el sabor que invadió su boca y la extasió.

—¿Jamaica Blue Mountain Coffee?

—Sí —contestó Noah sorprendido.

—Es mi preferido, y el que acostumbro a tomar.

—También el mío.

Ambos se quedaron pensando en la coincidencia, pero Olivia rompió el hechizo que se había creado entre ellos.

—Necesito volver a dejarte claro que no acostumbro a quedarme a dormir en casa de desconocidos.

—Lo hablamos anoche, Alexa, no es necesario que sigas explicándomelo.

—Tampoco quiero que te hagas una idea errónea de lo que puede llegar a pasar entre tú y yo. —Olivia se quitaba un peso de encima al decírselo, necesitaba dejarlo bien claro—. No busco una aventura.

Él sonrió por la seriedad con la que ella habló, le miraba la boca mientras lo hacía y sintiéndose tentado de comérsela a besos. Le fascinaba notar que su mirada la estaba impacientando y que sus palabras sonaban temblorosas. Sumido en sus pensamientos, dejó de escucharla.

—Noah, ¿me estás oyendo?

—Perfectamente.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Por lo visto no me estabas escuchando.

—Me has pillado. —Le hizo un guiño y se miraron mientras él levantaba las cejas. Ambos empezaron a reír a carcajadas, pero al instante una punzada en las costillas hizo que ella dejara de hacerlo—. Lo siento, no ha sido mi intención que te doliera.

—¿Por qué haces todo esto por mí? —Volvio a formularle la pregunta que él no había oído—. Me cuesta entenderlo, Noah, no hallo una razón válida para que actúes así conmigo, me parece increíble que un perfecto desconocido me brinde ayuda.

—No sé, Alexa, es extraño para mí también, porque no soy precisamente un filántropo que recoge a gente necesitada en la calle, pero... tú anoche necesitaste ayuda y yo necesité brindártela. Creo que ésa es la única explicación que puedo darte.

—Lo pensé anoche mientras intentaba conciliar el sueño, y llegué a la conclusión de que no está bien que me quede aquí. Verás, agradezco sinceramente tu hospitalidad, pero no quiero liar tu vida, tú te has portado tan bien conmigo que no lo mereces, eres un buen hombre y yo... sólo podría ser una complicación para ti.

—¿Adónde irías? ¿Tienes adónde ir?

Ella se quedó pensando.

—Tengo muchos lugares adonde ir, pero en todos lados me encontrarían, ninguno es una buena opción. De todas formas...

Noah la interrumpió.

—Entonces, mi casa es una buena opción.

—Entiende que no puedo aceptarlo, esto es algo que debo resolver sola.

—¿Qué temes, Alexa? ¿A quién le temes tanto? Aunque no me lo hayas dicho, sé que es tu marido quien te ha dejado en este estado.

Olivia hundió la mirada en las sábanas mientras se retorció los dedos.

—Me da mucha vergüenza... Él antes no era así, pero tiene mucha presión en su trabajo, y eso le pone los nervios de punta.

—Eso es precisamente lo que menos quiero escuchar de tu boca: justificarlo no es la elección adecuada para irte de mi casa. —Noah apartó la bandeja y la cogió de las manos—. Te juro que puedo protegerte, créeme que puedo hacerlo.

Lo miró a los ojos. Necesitaba creer en lo que le decía, necesitaba hacerlo aunque fuera un perfecto desconocido.

—Mi esposo tiene mucho poder, tú... tú no lo conoces.

—Yo también tengo el poder suficiente para contrarrestar el suyo. —Olivia entrecerró los ojos, calculando las palabras que con tanta firmeza había dicho—. ¿Me creerías si te digo que la ley está en mis manos?

Noah se acercó un poco más, le despejó la cara, echó su cabello hacia atrás y le acarició la frente con una suavidad extrema. Habría querido abrazarla, pero se contuvo de nuevo.

—Soy detective del Departamento de Policía de Nueva York, puedo protegerte. —Olivia abrió mucho los ojos y tragó saliva—. Tranquila, te prometo que conmigo estás a salvo, Alexa, no haré nada que tú no quieras que haga. Además...

—Tengo que irme.

Intentó salir de la cama.

—¿Adónde irás Alexa? Acabas de decirme que no tienes adónde ir; por favor, no seas terca.

—No importa, debo irme.

—¿Sabes que la violencia de género mata en el mundo a más personas que cualquier enfermedad que se te ocurra? En estadísticas, suman más las mujeres muertas por violencia de género que por accidentes de tránsito; incluso mueren más mujeres por esta causa que por una guerra.

—Tengo que irme, debo hacerlo.

Noah la cogió de los hombros intentando hacerla recapacitar, pero ella ya estaba de pie.

—Entiende lo que te digo, Alexa: cada quince segundos una mujer es agredida en alguna parte del continente. Déjame ayudarte, no quiero llegar un día a una casa porque mataron a una mujer a golpes y cuando abra la bolsa mortuoria encontrarme con que eres tú. ¿Quieres seguir perteneciendo a esa estadística, o quieres una vida con igualdad de posibilidades?

—¡QUIERO RECUPERAR MI VIDA! ¡Por supuesto que lo quiero! —gritó y se echó a llorar—. Pero no sé cómo hacerlo, no sé, me he olvidado de cómo se hace, me he olvidado de todo lo bueno de la vida, me siento muerta. Es un laberinto que parece no tener salida, y me encuentro atrapada en él.

—Christ, chist, no llores. Te he dicho que a mi lado no quiero que llores. A mi lado sólo quiero verte sonreír.

Olivia sintió que se desintegraba con la dulzura con que Noah se había expresado, y él la abrazó y la sostuvo. Hacía mucho tiempo que no la trataban así, demasiado tiempo que no sentía el abrigo de los brazos de un hombre. Se impregnó de su olor, y aunque le hacía daño mover las extremidades se aferró a él como si fuera un naufrago y Noah fuera la única tabla en el océano a la que agarrarse; se sintió protegida, cuidada. Cerró los ojos y lo disfrutó, guardó en su corazón herido ese abrazo, ese gesto de cariño que necesitaba más que nada en el mundo.

Él le acarició la espalda, recorriéndola con las palmas abiertas con la sola intención de calmarla, tratando de ser su alivio, su roca. Tuvo una sensación extraña y desconocida, una sensación que le costaba entender porque, como decía ella, ellos eran casi dos desconocidos. Pero esa necesidad de protegerla, de no dejarla ir, lo hizo pensar de nuevo en que quería conocer a esa mujer más profundamente, que no se trataba solamente de un acto humanitario. La mujer que él creía que se llamaba Alexa lo atraía mucho, comprendió que el deslumbramiento de la primera vez que la vio todavía continuaba, que no era una más, que no le era indiferente, que su piel se electrificaba con solamente mirarla. Si bien tenía sensaciones carnales con ella y así había sido desde un principio, ahora quería ahondar mucho más en su vida. No le importaba la carga que llevaba, se sentía un titán, un verdadero gigante para luchar contra lo que fuera.

Se dio cuenta con ese abrazo de que no la dejaría ir porque la quería en su vida; entendió que ansiaba ser quien le devolviese la sonrisa.

En el mismo instante en que se sintió imbatible también se sintió vulnerable, temeroso de que a ella no le ocurriera lo mismo que a él, y aunque no era prudente necesitaba probar, necesitaba tantear el terreno.

Se apartó de ella, relajó el abrazo y sin dejar de sostenerla la cogió del mentón y la obligó a que se centrara en él; la recorrió con una mirada mordaz, una mirada ansiosa que ella le sostuvo aunque lo contempló temerosa; aun así Noah entrevió en Olivia su misma ansiedad. Poco a poco fue disminuyendo el minúsculo espacio que los separaba, Miller se acercó más y ella otro tanto, se rozaron con el aliento, respiraron fuerte, y entonces, traspasando todas las barreras, unieron sus labios, se dejaron llevar por un beso calmado, cariñoso, se acariciaron las lenguas con sencillez, se probaron delicadamente.

Sin proponérselo, esa caricia fue dando paso a otras emociones, lentamente, ese beso delicado y sereno se fue transformando en uno urgente, vigoroso y anhelante. Deseos de seguir probándose, danzaron sus lenguas imperiosas, se recorrieron con ellas una y otra y otra vez, hasta que a ambos les faltó el aliento.

Cuando se apartaron, con prudencia y retomando la misma sensatez con la que se había conducido hasta entonces, Noah se disculpó por la vehemencia y el arrebató.

—No lo sientas, Noah. Yo no lo siento, porque ha sido el beso más hermoso que me han dado.

Lo miró, sus palabras habían salido de su boca sin casi pensarlas, habían brotado de sus entrañas, de esas entrañas que se habían sentido vivas cuando él entró en su boca.

Sin hacerla esperar, él volvió a arrebatar sus labios, volvió a apoderarse de ellos consumiéndolos con los suyos. Su lengua danzaba locamente con la de ella, le mordía el labio superior porque el otro lo tenía lastimado, deslizó las manos para sostenerla de la nuca y sentirla más suya aún, la despojó de toda razón intensificando el beso y acrecentando el deseo; finalmente, transportándolos muy lejos, el beso caló muy hondo en cada uno.

Les faltaba la respiración.

—Tengo miedo, sé que esto no está bien —dijo ella acariciándole la boca, repasando esos labios que se habían apoderado de los suyos.

—Has dicho que te ha gustado mi beso.

—Y lo confirmo, pero soy consciente de que no está bien.

—¿Y qué es lo correcto? Nos hemos dejado llevar por nuestras ansias, por la atracción; lo hemos disfrutado, y al menos lo he disfrutado.

—Pero estoy casada, Noah, y no está bien, yo no soy así... No busco una aventura, te lo dije.

—No quiero una aventura, quiero conocerte.

—No es posible que tú y yo avancemos, estoy casada. No está bien —insistió mientras él la mantenía abrazada.

—¿El color de tu piel sí está bien? ¿El morado con que está teñida sí está bien?

Ella negó con la cabeza.

—Dios, Noah, no puedo creer que esté aquí, hablando de esto contigo y a centímetros de tu boca. —Cerró los ojos, inspiró y los volvió a abrir—. Y menos puedo creer que no quiera dejar de hacerlo. Debo de estar loca por sentirme así.

—No estás loca, simplemente estabas dormida y has descubierto que puedes sentir. Has descubierto que tu cuerpo no sólo siente dolor físico, y estás asombrada por eso.

—Pero en la vida es necesario cerrar un capítulo para poder abrir otro.

—Lo cerraste anoche, cuando te fuiste de tu... —pensó lo que iba a decir, pero lo hizo igual—... de tu cárcel. Has dado el primer paso y el más importante, has dicho basta, has puesto un punto final a lo que no quieres más en tu vida. ¿Acaso me estoy equivocando?

—Necesito absorber la seguridad de tus palabras, necesito hacerlas mías.

—No hay nada que te lo impida.

—Te equivocas, hay mucho... demasiado tal vez. Mi familia, ellos no lo entenderán.

—Alexa, ¿qué es lo que no entenderán? —Se apartó de ella, se agarró la cabeza—. Solamente tienes que mostrarles tu cuerpo golpeado.

—No es tan fácil, dicho así suena muy simple, pero mostrar esos hematomas supone una gran humillación para mí. Mis padres son muy exigentes con las costumbres, para ellos el matrimonio es para toda la vida, sería una afrenta a nuestro buen nombre que yo me separase. Yo siempre he hecho lo correcto, todo como debe ser, como se esperaba, y sería una gran desilusión para ellos, para mi padre más que nada. Ellos tienen un nombre en la sociedad en la que se mueven, y...

—Alexa, no puedes cerrarte de esta forma. ¿Crees que tus padres no entenderán el calvario por el que estás pasando? No puedo creer lo que estoy oyendo, estamos en el siglo XXI y no me entra en la cabeza lo que estás diciendo; despierta al hoy y al ahora, por favor. ¿De qué valdría un sacrificio así? Además, eres una persona adulta.

El móvil de Olivia sonó. Ella lo buscó en el bolso y dudó si contestar.

—Si es él no respondas —le espetó Noah.

Después de comprobar que no era su esposo, ella atendió la llamada.

—¿Dónde mierda te has metido? Por favor, dime que estás bien, porque te juro que tengo el corazón encogido. Menos mal que pudiste coger el móvil.

—Estoy bien, no te preocupes, te juro que estoy bien.

Noah la miraba pensativo.

—Tu marido está loco, acaba de irse de la galería y lo ha roto todo. Por favor, no regreses, dondequiera que estés quédate ahí, irte es lo mejor que has podido hacer en la vida.

—Amiga, estoy bien, te juro que estoy a salvo y no pienso regresar.

—Dios por fin ha hecho el milagro y te has ido de esa jaula.

Noah le arrebató el móvil y cortó la llamada.

—¿Qué haces?

—No quiero que rastreen esa llamada hasta que decidamos qué hacer. Habla con tu amiga desde mi teléfono.

—Él no sabe que existe este teléfono. No está a mi nombre, mi amiga me lo compró para que pudiera llamarla cuando la necesitase, sin que pudiera controlarme.

Miller no se extrañó al saber que la controlaba, sabía que los maltratadores actúan así.

—Bien pensado, pero si pretendes que no te encuentre, ahora no es seguro. Si tu marido tiene recursos suficientes como para buscarte, lo primero que hará será mirar en los registros de tus amigas y de todas las personas que él considere que pueden ayudarte. —Noah permanecía con la mano extendida ofreciéndole su teléfono—. ¿Tienes los recursos? —preguntó ante la mirada atónita de Olivia, que asintió con la cabeza—. Toma, entonces habla desde mi móvil.

Llamó a su amiga:

—Hola, Olivia, soy Alexa de nuevo.

—Oli, ¿eres tú? ¿Qué estás diciendo? ¿El maldito Murray te ha pegado en la cabeza y te crees que eres yo? ¿Estás bien? Tu nombre es Olivia, y el mío es Alexa.

—Sí, sí estoy bien, te llamo desde este número porque es más seguro, para que no nos relacionen si él me busca. Estoy bien, me encuentro bien, te lo juro, un amigo me está ayudando, no te alarmes, no quise ir con vosotros porque allí me encontraría.

Hundió la mirada en el suelo, se sentía incómoda hablando frente a Noah y además le apenaba cada vez más haberle mentido con su nombre.

El detective notó su incomodidad y decidió dejarla sola para que pudiera hablar con su amiga.

—Olivia, ¿dónde mierda estás? ¿Amigo, has dicho? ¿Qué amigo? Tú no tienes amigos.

—Estoy en casa de Noah.

—¿Y ése quién es?

—¿Recuerdas al que me ofreció la copa en el bar?

—¿Qué? Olivia, ¿estás de broma?

—No es broma, ya sé que todo es muy irreal e increíble, pero el destino lo ha puesto en mi camino y me está ayudando.

—Me muero, Oli. —A Alexa le entró la risa—. ¿Estás en su casa?

—Sí, he pasado la noche aquí, pero no empieces a maquinarse en tu cabeza, que nada es como piensas.

—Espera que me siento, porque esto es demasiado. ¿Has pasado la noche con él?

—No es lo que estás imaginando, que te conozco, así que no empieces. Noah es todo un caballero y te aseguro que en las condiciones en las que me encuentro no estoy para eso.

—¿Que te ha hecho el bruto de Wheels? No me asustes.

—Me ha fracturado una costilla. —Del otro lado de la línea se oyó claramente la exclamación que Alexa dejó escapar ante lo dicho por Olivia—. No es nada grave, no te asustes, ya me ha visto un médico, te juro que estoy bien. Sólo necesito que me ayudes a pensar adónde ir, porque como comprenderás no puedo seguir quedándome aquí. Noah es muy hospitalario, pero no puedo implicarlo más en esto; además no es correcto, él ni me conoce y yo estoy invadiendo su vida.

—¿Que no es correcto dices? Nena, métete en su cama, móntatelo, vuélvelo loco, déjate llevar por la pasión y cómete a ese caramelo que está para chuparse los dedos; ya verás como él te cura de todos los males.

—No tienes remedio. Te estoy hablando de algo importante y mira con lo que sales.

—Déjate de tonterías, que ese macho te tiene más ganas que Adán a Eva. ¡Dios, me mueroooo! No puedo creer dónde estás. Cuéntame, ¿cómo es? ¿Cómo has ido a parar ahí?

—No puedo contártelo ahora, sólo te diré que es divino. Si me llamas recuerda que tú eres Olivia y yo soy Alexa —habló casi en secreto.

—Mierda, Oli, ¿por qué le has mentido?

—No sé, tenía miedo, estaba muy asustada porque acababa de escaparme y eso fue lo que salió de mi boca. Ahora me arrepiento, pero no sé cómo confesarle la verdad, me da mucha vergüenza. ¿Qué ha dicho el ogro?

—Me encanta que lo llames ogro. Está loco, me ha amenazado, pero yo no lo temo, así que no debes preocuparte. Pero sí ha roto todo en la galería, lo siento mucho, no ha habido forma de frenarlo; ha entrado con sus matones, esos que hace llamar sus guardaespaldas, y nos ha exigido a Ed y a mí que le digamos dónde estás. Si sigue jodiéndome lo denunciaré. Antes tú estabas de por medio, pero ahora que tú no estás con él, ¡que se pudra!

—Por favor no hagas nada, cuando vea que no vuelvo se le pasará. No te metas en líos con él, sabes que tiene poder.

—No lo temo.

—Hazlo por mí, necesito que me olvide, no lo provoques.

—Está bien, tranquilízate, con tal de que no vuelvas con él haré lo que me pidas. Quiero verte.

—No sé, ¿y si te siguen?

—Puedo ir a la casa de Noah, creerán que tengo algo con él. Para despistar podría dejarse ver y yo hasta estaría dispuesta a sacrificarme y que me dé un beso de recibimiento, para que sea más creíble.

—Ya está bien, no tienes límites. ¿Crees que Noah se prestaría a una cosa así?

—No te molestes; será sin beso, no te pongas celosa.

—Luego te llamo, contigo es imposible hablar seriamente.

Olivia cortó la comunicación y fue hacia la sala. Noah no estaba a la vista, pero se oían ruidos de mancuernas o discos de pesas. Siguiendo los sonidos abrió la puerta que la condujo a donde él estaba, recostado en un banco de gimnasia levantando peso. Al verla entrar, dejó la barra apoyada en la horquilla y se incorporó ágilmente, cogió una toalla para secarse un poco la transpiración y se quedó sentado mirándola.

—No era mi intención interrumpirte, prosigue, por favor.

—No lo has hecho, solamente he venido a hacer un poco de ejercicios para darte intimidad.

Ella miró a su alrededor evitando su mirada. Noah estaba demasiado sexy, sudoroso, y sentirlo así le produjo un escalofrío en la piel que le recorrió toda la columna vertebral.

—¿Has podido hablar tranquila? ¿Estás segura de que esa persona no dirá tu paradero? Aunque... no puedes vivir escondida.

Noah se acercó a ella, la cogió del mentón y le dio un tierno beso mientras buscaba su mirada.

—Lo sé, pero necesito tiempo. —Le guiñó un ojo y ella sonrió tímidamente, derretida por la proximidad de él—. Mi amiga es la que estaba conmigo la otra noche en el bar, es como mi hermana, te aseguro sin temor a quemarme que pondría las manos en el fuego por ella.

—Perfecto. Voy a darme una ducha, puedes sentirte como en tu casa.

—Te aseguro que no quiero sentirme como en mi casa. Noah —Olivia lo llamó antes de que saliera; a Noah le encantaba escuchar cómo pronunciaba su nombre—, ¿sería mucho abuso pedirte que mi amiga venga a verme? Es que juntas podríamos pensar adónde debería ir.

—Sí es para eso, entonces te digo que es un gran abuso por tu parte. —Sonrió y levantó una ceja—. No la quiero aquí porque no quiero que te vayas. —Se miraron con solemnidad—. Pero... comprendo perfectamente que necesitas independencia y me parece muy bien que comiences a darte cuenta de que puedes tomar todas las decisiones que creas conveniente.

Le facilitó su dirección para que se la pasara a su amiga y se acercó a ella para buscar su boca y besarla, lamió sus labios, resiguiéndolos, introdujo la lengua y Olivia lo acogió. Consideraba sus besos relajantes y exquisitos, y aunque casi no lo conocía no podía evitar el contacto con él.

—Si finalmente cambias de opinión y decides que deseas quedarte aquí, sabes que puedes hacerlo. Yo no estoy en todo el día, por lo general me voy muy temprano y vuelvo por la tarde, así que si quieres mi casa es tu casa; piénsalo.

Ella levantó con esfuerzo los brazos y se asió de su cintura arrebujándose en su pecho.

—Estoy sudado.

—No me importa, sólo deseo sentirte y comprobar que no estoy dentro de un sueño.

Él le besó la base de la cabeza; su comentario lo había enternecido.

—No es un sueño, así es como debe ser tu vida. Has de ser la única dueña de tus decisiones y no pasar por ningún sinsabor, o al menos no deben ser más de la cuenta.

Como ninguno de los dos sabía cocinar, el servicio de entrega de comida a domicilio fue la mejor opción.

En total complicidad y como si se conociesen de años, almorzaron juntos en la cocina. Noah le habló un poco de su trabajo y de su ciudad natal. Olivia tan sólo se refirió a su pasión por la pintura y a sus estudios en bellas artes. No podía creer lo bien que se sentía en compañía de aquel hombre, estaba tan relajada que le costaba reconocerse.

—¿No deseas acostarte un rato?

—Te lo agradezco, pero estoy bien. A veces hasta yo me asombro del poder de recuperación que tiene mi cuerpo, siempre se cura antes que mi alma.

—De eso me encargaré yo, haré que tu alma se cure tan rápido como tu cuerpo. Ven, vamos a sentarnos un rato en el sofá.

La ayudó a que se acomodara, poniendo algunos almohadones tras su espalda para que estuviera más a gusto. Para crear un clima propicio encendió el equipo de sonido y saltó *Happy*,* de Leona Lewis.

—¿Te apetece que hablemos? Prometo no entrometerme en lo que no quieras.

Era obvio que tarde o temprano las preguntas llegarían. Aunque durante la comida él se había dedicado a hablar de sí mismo, no resultaba extraño que Miller quisiera saber un poco más de ella.

—¿Qué quieres saber, Noah? A decir verdad, no sé cuánto estoy dispuesta a decir. Sé que es injusto porque tú amablemente me has dado acogida en tu hogar y en tu vida, pero te pido que me entiendas.

Olivia se puso alerta, su cuerpo se tensó de pronto y Noah, comprendiendo al instante cuánto le costaba hablar, le acarició el brazo.

—Si no estás a gusto puedo entenderlo. Quiero que te sientas animada y en confianza, quiero conocerte, que me conozcas; es increíble la atracción que siento por ti, me gustas mucho, eres una mujer hermosa por fuera y estoy seguro de que también lo eres por dentro, por eso espero descubrirlo. También creo que eres una mujer muy inteligente, ésa es otra de las cosas que quiero conocer de ti, saber de tu inteligencia, de tus dotes.

—Espero que comprendas que me siento vulnerable, que no es que no tenga en cuenta lo que haces por mí. Estoy tan necesitada de afecto que no sé si me equivoco, espero que no, pues tus palabras y todos tus gestos me reconfortan, y el hecho de que sin conocerme me estés brindando tu ayuda me hace cosquillas en el alma. Pero a pesar de que me tienes encandilada, soy consciente de que quizá no sea el mejor momento en mi vida para iniciar algo.

—Puede que estemos equivocándonos los dos, pero cómo saberlo si no lo intentamos. Sé que los besos que nos hemos dado pueden confundir las cosas, así que, si lo deseas, por el momento podemos probar a ser amigos.

Se quedaron mirándose unos instantes y Noah, dispuesto a seguir adelante, persiguió sus instintos, los que le decían que esa mujer era muy especial y que no debía dejarla escapar, y le preguntó:

—¿Cuánto hace que estás casada?

Olivia se mostró un poco vacilante ante la pregunta, tomó una bocanada de aire y contestó:

—Seis años.

—¿Puedo preguntar qué sientes por él?

—Es difícil. —Lo pensó unos instantes, tragó saliva y continuó—: Hasta ayer quería seguir intentándolo, o al menos necesitaba creer que había una solución posible, pero ahora se ha acabado, necesito sentir que le importo a alguien. —Probó lo dicho en el fondo de los ojos de Noah, que la miraba con anhelo—. Necesito hacer algo para sentirme bien conmigo misma. Creo que hace tiempo que lo desprecio, pero me negaba a aceptarlo.

Noah le acarició la mejilla.

—¿Por qué piensas que seguías a su lado, entonces? —Le habló en un tono tan dulce que ella se sintió confiada.

—Porque es lo que todo el mundo esperaba que hiciera, que lo acompañase, que lo apoyase. Nadie sabe en realidad cómo es, ante los ojos de la gente es el esposo perfecto, el yerno perfecto. —Su voz era vacilante y hablaba muy bajito, con mucho pesar—. Poco a poco fue alejándome de todo lo que me gustaba, me trajo a Nueva York persiguiendo su sueño, y se suponía que los míos también, pero fui quedando relegada progresivamente. No es que no me diera cuenta en todo este tiempo, pero él es muy hábil para hacerme sentir poca cosa, se encarga a diario de menospreciarme. No quiero que malinterpretes lo que voy a decir, pero tu forma de tratarme me hace ver las cosas de otra manera. Aunque los pocos que sabían mi situación me lo decían, creo que necesitaba que un hombre me tratara bien para poder marcar la diferencia.

—No te trato de ninguna manera especial, sino como debería hacerlo todo el mundo, como debe hacerlo cualquier hombre.

—Si supieras...

—Cuéntame, quiero saberlo todo.

—Dame tiempo, me cuesta mucho y no quiero que me tengas lástima, no es lo que intento conseguir de ti.

El timbre sonó e interrumpió a Noah, que se había aproximado y tenía toda la intención de besar a Olivia.

—Me debes un beso —le dijo mientras se ponía de pie y la señalaba; ella se sintió algo cohibida, por el ímpetu con que Noah se mostró dueño de sus labios, y le sonrió de forma muy sexy intentando dejar a un lado su timidez. Desarmado por esa sonrisa que lo tenía aturdido, decidió hacer esperar a quien llamara, regresó, se estiró por encima del respaldo del sofá y poseyó sus labios.

—Ya no te debo nada.

—Te equivocas, voy a demostrarte que todos tus besos son míos, voy a apropiarme de ellos. Siempre me deberás uno más, porque me he dado cuenta de que me estoy aficionando a tu boca.

El timbre volvió a sonar y el corazón de Olivia se llenó de emoción; él era fresco, atento, y se mostraba tan cariñoso que su actitud le producía una profunda ilusión.

En el salón, acompañada por Miller, irrumpió la verdadera Alexa.

—Ha llegado tu amiga.

—Hola, Oli —dijo la verdadera Olivia rápidamente para que no se olvidara de disimular.

—Alexita, mi vida, estás hecha un desastre. —Su amiga la abrazó—. Tienes una cara horrible, está azul violáceo en su máxima potencia.

—Oli, siempre tan explícita. No es necesario que resaltes tanto lo que quisiera borrar.

—Ay, es que me ha impactado. Gracias a Dios que finalmente te has ido de allí. —Al ver el estado en el que se encontraba su amiga, no había podido reprimirse y sus palabras habían salido disparadas de su boca.

—¿Queréis tomar algo? —preguntó Miller, cambiando de tema al ver lo avergonzada que Olivia se sentía; ambas contestaron que no—. Bueno, en ese caso me voy y os dejo solas para que podáis hablar tranquilas. Volveré dentro de un rato, sentíos como si estuvierais en vuestra casa y disponed de todo libremente.

—No es necesario que te vayas, Noah.

A Olivia se le atravesó un nudo en la garganta, consideraba que no era justo que él se tomara tantas molestias.

—No te preocupes por mí, voy a ver a mi amigo, al que dejé anoche en su casa pasado de copas. Volveré pronto.

—Gracias por todo lo que estás haciendo por mi amiga —dijo la rubia recién llegada.

—Realmente lo hago con muchísimo gusto.

Se fue.

—Virgen santísima, está para comérselo. Ay, cómo le mordería esa boca.

—No tienes remedio ni juicio, Alexita, eres una fresca.

—Oli, pero si no digo más que la verdad, no sé cómo puedes estar tan tranquila. Escúchame bien: si yo lo tuviera sólo para mí como lo tienes tú, ya lo habría devorado, te lo juro.

Olivia se retorció las manos y apartó la mirada de su amiga.

—¿No me digas que te lo has comido, Olivia? Yo esa mirada la conozco...

Olivia sonrió tímidamente y asintió con la cabeza mientras una chispa de picardía asomaba en sus ojos.

—¡Me muero, me muero! —Alexa gritaba exageradamente mientras se sentaba en el sofá—. Quiero que me cuentes cómo besa.

—No sé.

—Ay, Oli, ¿cómo que no sabes? En una escala del uno al diez. ¿Cuánto le das?

—Diez —dijo dejando escapar una risita pueril—. Me ha comido la boca y me ha encantado —terminó confesando mientras se cubría la cara.

—Amiga, ya decía yo que con esos labios ese caramelo no podía ser más que un depredador. Aaah, y te hacías la mosquita muerta.

—No me digas eso, que me arrepiento.

—Ni se te ocurra arrepentirte, Olivia Moore, porque la que te muele a palos soy yo. —Olivia hundió su cabeza en su regazo—. Perdón, perdón, como siempre soy una bruta y una lengua floja, ya sabes que hablo sin pensar, como si tu cuerpo necesitase un solo moretón más, qué bestia soy.

—No te preocupes, sé que sólo ha sido una manera de hablar, tú jamás me harías daño.

—Por supuesto, Oli, si te quiero como a la hermana que nunca tuve. Te he traído ropa, amiguísima, he supuesto que saliste con lo puesto, así que aquí tienes todo lo que compramos el otro día y algunas cosas mías.

—Gracias, has supuesto muy bien. Cuéntame ahora, ¿qué ha dicho Murray?

—Primero vino muy mansito, pero cuando vio que no estabas se enfureció y empezó a romperlo todo. Ed llegó justo entonces y, aunque lo echó, sus matones le dieron un empujón y lo dejaron sentado de culo en el suelo. Ha intentado asustarnos para que le digamos tu paradero, pero tú no te preocupes por nada. Estoy segura de que estarán vigilándome, pero juro por mi vida que no te encontrarán, así que ahora cuando me vaya, le pediré a Noah que se deje ver conmigo para que crean que estoy con él, que a eso he venido. Tú no te preocupes, no permitiremos que te encuentre.

—No puedo vivir toda la vida escondida; además, a cuento de qué estoy complicándole la vida a Noah.

—Ay, Oli, te aseguro que Noah quiere mucho más que complicarse la vida contigo.

—Siento que lo estoy usando, Alexita.

—Pero no seas boba, es obvio que él no está dispuesto a dejarse usar más de lo que desea ser usado.

—Necesito irme de aquí, no es lógico que me instale en la casa de un desconocido; además, no es la forma adecuada de iniciar algo.

—Iniciar algo... ¿He oído bien? ¿Piensas iniciar algo con él?

—No lo sé, es una forma de hablar, pero de la forma en que lo dices... Lo cierto es que nos estamos conociendo, pero ésta no es forma de hacerlo. No puedo mudarme aquí como si tuviésemos una relación de tiempo atrás.

—Pero no estás pensando en volver a tu casa, ¿verdad?

—No, no voy a volver con Murray, pero necesito tiempo para ordenar mis ideas, necesito curar mis heridas físicas para poder enfrentarme a él. Y si en el proceso puedo seguir viendo a Noah, lo haré, aunque un par de besos no garantizan nada, y quizá cuando me vaya se olvide de mí; es lo más probable, soy plenamente consciente de que supongo un verdadero problema para quien sea.

»De todas formas, reconozco que me gusta, ahora que he probado sus besos me he dado cuenta de que estaba anestesiada, de que Murray había adormecido todos mis sentidos y me había quitado hasta la voluntad de sentir. Me estaba secando por dentro.

—No puedo creerlo, Oli, te escucho y me parece un sueño. Dios ha obrado el milagro y por fin te has desengañado. ¿Sabes? Tiaré ha llegado a Nueva York, me llamó anoche y me dijo que se quedará en su casa de Long Island. ¿Qué te parece si la llamamos para ver si puedes ir a pasar unos días con ella? Estoy segura de que ella misma te invitará, cuando hicimos la carrera de bellas artes nos llevábamos muy bien, y ayer me preguntó por ti, me dijo que quiere venir a ver la galería.

—¿Tú crees, Alexa?

—Sí, déjame buscar su teléfono. Aunque insisto en que yo me quedaría con ese caramelo, que está para rechuparse los dedos. Está más buenazo que el pan, Olivia, ¿has visto la espalda que tiene?

Olivia asintió, no podía negar que Noah era muy apetecible, pero aun así le dijo:

—Quiero hacer las cosas como corresponde.

—Está bien, lo entiendo, ya sé que tú no eres yo y que eres muy correcta. Haremos las cosas como te parezca; mientras no vuelvas con el ogro, yo te apoyo en todo.

—¿Qué sorpresa verte por aquí!

—¿Cómo estás? Anoche me quedé preocupado por ti.

—Sólo estoy resacoso. Gracias por irme a buscar.

Noah le dio un golpe en la espalda para hacerle entender que no había para tanto.

—¿Has denunciado el robo de tus tarjetas?

—Sí, esa zorra me las va a pagar en cuanto me la encuentre. Ya he ido por mi coche también.

Sonó el timbre y Brian se mostró extrañado al saber quién se anunciaba a través del telefonillo.

—Sí estás ocupado me voy, tal vez esperabas a alguien y he venido a interrumpir.

—No te preocupes, es mi cuñado, el excelentísimo senador Murray Wheels.

—¿Wheels es tu cuñado?

—Sí, ¿no lo sabías?

El golpeo en la puerta interrumpió la conversación.

—¿Qué haces cuñado? Pasa, pasa, ¿a qué se debe tu honorable presencia? ¿Acaso le ha pasado algo a mi hermana? Porque para que vengas en persona hasta aquí...

—No, todo está bien.

«Este idiota no sabe nada, estoy perdiendo el tiempo aquí.» Murray lo consideraba demasiado estúpido para fingir tan bien. No aceptó entrar, se quedó unos momentos en el *hall*, acompañado por uno de sus guardaespaldas.

—He venido porque estoy planeando el cumpleaños de tu hermana —disimuló— y quería avisarte personalmente de que no te comprometas para ese día, pues es muy importante que nos acompañe toda la familia.

—Está bien, cuenta con ello; ¿quieres pasar a tomar algo?

—No, ya me voy. Iba de paso, ya sabes que mi agenda siempre es muy ajustada.

—Lo sé, por eso no salgo de mi asombro. No puedo creer que hayas venido a decirme esto en persona. No te preocupes, nos vemos en el cumpleaños.

—Te enviaré la invitación.

—Perfecto, que sean dos.

—Por favor, cuidado con quién traes, será una fiesta de gala con personalidades muy importantes, así que no aparezcas con cualquier impresentable.

—Tranquilo, cuñado, sé ubicarme.

Murray se fue blasfemando por lo bajo, no se le ocurría dónde buscar a su esposa; ya había llamado a sus suegros y había usado subterfugios, y llegado a la conclusión de que con ellos tampoco estaba. Sólo le quedaba seguir vigilando al gay y a la atolondrada de Alexa para ver si se encontraban con ella.

«Cuando te tenga en mis manos, Olivia, te haré pagar muy cara esta estupidez», pensó en voz alta.

—Disculpe, no lo he oído bien. ¿Cómo dice, señor? —le preguntó su chófer.

—Nada, no te hablaba a ti. Llévame a mi despacho.

En el apartamento de Brian, éste servía dos succulentos vasos de zumo de frutas para apaciar la resaca que amenazaba con no irse. Desde la cocina, observó a Noah, que estaba pensativo en el salón. Brian lo conocía muy bien y sabía que algo lo preocupaba.

—¿Pasa algo, Noah? —le dijo mientras le acercaba la bebida que había servido.

—Cómo me conoces.

Miller sonrió mientras aceptaba el vaso y sorbía de él. Se echó hacia atrás, cruzó una de las piernas y comenzó diciendo:

—He conocido a alguien. —Brian entrecerró los ojos mientras se sentaba frente a él, había conseguido acaparar toda su atención—. No es una más, creo que es especial, no es como las mujeres que estamos acostumbrados a frecuentar. Es culta, delicada, no para pasar el rato.

—Estás hasta el cuello, Noah. Te oigo y no te creo.

—Tampoco yo puedo creer lo que estoy diciendo, y mucho menos lo que estoy pensando, pero creo que es hora de sentar cabeza, estoy harto de relaciones superficiales que no llegan a nada, que me dejan vacío y hastiado. Si es posible, pienso involucrarme seriamente con ella.

—Y en la cama, ¿cómo es?

—Todavía no nos hemos acostado.

—¿Cómo es eso? ¿Estás tan idiotizado y aún no te la has tirado? Noah Miller, esto sí que es fuerte. ¿Qué has bebido?

—Te digo que no es una mujer simplemente para echar un polvo. Se está separando, el marido es un malnacido hijo de su madre que está lleno de mierda y le pega.

Brian frunció el ceño.

—¿Estás seguro de que te quieres meter en algo tan complicado?

—Sólo sé que he probado su boca y quiero más, lo quiero todo. Deseo protegerla, devolverle la confianza en sí misma. No sabes lo bonita que es, su piel es tan tersa que parece de porcelana, y verla así, toda amoratada, me revuelve la sangre. —Apretó con fuerza el vaso y sus nudillos se pusieron blancos—. Encontraré a ese malnacido y le colocaré mi arma entre los ojos, para que se entere de que nunca más le pondrá un dedo encima, porque ahora Alexa tiene quien responda por ella.

—Alexa... un nombre interesante. Aunque conozco a una Alexa que me saca de quicio.

—Toda ella es interesante, parezco bobo cuando estoy a su lado. Brian, desde que era adolescente que no me sentía así de inseguro con una mujer. Alexa me desequilibra.

—Ya lo veo, sueñas bastante perturbado.

—Hola, mi *arma*, qué *placé escuchá* tu voz.

—Estoy con Olivia, le he contado que estás en Nueva York.

—Me muero por veros a las dos, a *vé* cuándo nos encontramos.

—Nosotras también tenemos muchas ganas de verte y recordar anécdotas de la universidad.

—¿Qué días aquéllos! Aunque muy pronto nuestro cuarteto se convirtió en trío, pues Oli se enredó con el *abogao* y terminamos perdiéndola. Edmond me ha llamado esta mañana, me ha dicho que le has *pasao* mi número.

—Sí, me ha dicho que te llamaría. Tiaré, te pongo en la línea a Oli, quiere saludarte.

—Hola, Tiaré, que alegría escucharte. ¿Cuándo has llegado de Sevilla?

—Llegué hace unos pocos días y he *venío pa* quedarme, mi *arma*, me he *separao* de mi canijo.

—¿Tú también? Creo que nos vendrá bien vernos para consolarnos mutuamente.

—¿Es que te has *separao* de tu político? ¿Qué me estás diciendo, he oído bien?

—Sí, es largo para hacerlo por teléfono, pero ya te contaré.

—Pero *entonce*, ¿por qué no te vienes unos días conmigo? Ay, qué ilusión verte, no sabes, tengo una vista preciosa del mar desde mi estudio, te aseguro que aquí encontrarás la calma necesaria, desde que he *llegao* estoy pinta que te pinta.

—Qué tentador. Quizá acepte tu ofrecimiento, porque la verdad es que ando un poco descolocada. Ahora estoy en casa de un amigo, pero me siento un poco incómoda aquí.

—Pues *entonce* no se hable más, ¡te vienes conmigo!

—Me has convencido.

Alexa oía la conversación, dando aplausos silenciosos al ver que todo estaba saliendo mejor que bien. Olivia, después de apuntar la dirección, se despidió y quedó en avisarla de cuándo iría.

—Sabía que no habría necesidad de pedirle si podías ir.

—Me ha encantado oírlo, siempre tan solidaria. Además, ese acento sevillano te llega al alma y te levanta el ánimo, estoy ilusionada con volverla a ver.

Habían charlado tanto que el tiempo había pasado volando. Alexa había ayudado a Olivia a darse un baño y a cambiarse de ropa.

Se oyó el ruido de la llave en la cerradura. Noah estaba de vuelta con suministros que había adquirido en el mercado. No era lo que acostumbraba a hacer en su rutina diaria, pero al tener una huésped en su casa quería surtir la despensa y el congelador.

Dejó apoyadas las compras en la encimera y se acercó hacia donde estaban las mujeres. Fue realmente extraño llegar a su casa y encontrar gente en ella, pero al ver a Olivia supo que le encantaba que estuviera sentada en su salón.

Se acercó a ella y le dio un beso en la coronilla.

—¿Te encuentras bien? Veo que recibir la visita de tu amiga te ha puesto de muy buen humor, se nota en tu mirada.

—Si la conocieras tanto como yo te aseguro que coincidirías conmigo. Esta mujer es capaz de levantar a los muertos de sus tumbas.

—No es para tanto, tú eres mi amiga y me quieres —dijo la verdadera Alexa.

—¿Te quedas a cenar con nosotros? —propuso Noah.

—¿Cocinas? —La rubia se mostró asombrada—. Dímelo despacio, bombón, porque eso sencillamente te haría perfecto. Eres buen mozo, quiero decir que estás buenísimo, o sea, ¡estás que rajas la tierra de bueno! Y si además cocinas...

Noah se rio sin parar por la desfachatez con la que le hablaba. Olivia se mordía el labio inferior y negaba con la cabeza sin poder creer que su amiga fuera tan insolente. La conocía bien, pero jamás dejaba de asombrarse de su espontaneidad. Noah, por el contrario, parecía muy divertido.

—Siento decepcionarte, te aseguro que lo he intentado varias veces, pero la cocina y yo no nos llevamos bien; como mucho una hamburguesa o algún congelado que sólo se tenga que calentar. Pero si te quedas pediremos comida árabe; ¿os gusta?

—Me quedo, pero yo cocino.

—Ella es una excelente cocinera, Noah —apuntó Olivia halagando a su amiga.

—Entonces no se hable más. Si se trata de comida casera es imposible negarse, pero no sé si tendré todo lo necesario para que la hagas.

—Déjame dar una ojeada a ver qué tienes y en esto —chasqué los dedos— te arreglo una cena.

—Adelante —Miller hizo un ademán con la mano—, la cocina es toda tuya. Si te falta algo me lo dices y llamo al dependiente del mercado para hacerle un pedido.

—No te preocupes, bombón, en un segundo te digo lo que necesito.

Cenaron animadamente los tres. Alexa preparó un pollo frito y unas judías negras para chuparse los dedos. Hablaron de la galería de arte mientras Noah, para mimar a Olivia, le daba raciones pequeñas en la boca.

A la vez que ellos disfrutaban de los cariñitos, la verdadera Alexa los observaba ilusionada; hacía tanto que no veía a Olivia sonreír de esa forma que le estremecía el corazón ver que su amiga se encontraba relajada, despreocupada, sin tener que adoptar una actitud fingida. Se dijo entonces que si cerraba los ojos e intentaba volver atrás, por más que hiciera un escrutinio en su memoria, realmente no recordaba haber visto a Murray tratándola de esa forma, ni siquiera cuando se suponía que estaban bien, ni siquiera cuando eran novios.

Por el contrario, Noah se mostraba solícito y Alexa notaba claramente que estaba interesado en su amiga. Viéndolos en ese entorno, sólo deseaba que Olivia se animara y que realmente encontrase la fortaleza necesaria para volver a vivir.

—«Ojalá que esto siga adelante —pensó en silencio mientras bebía su copa de vino—. Oli necesita volver a ilusionarse.»

Cuando terminaron de cenar, la rubia y Noah quitaron la mesa y lavaron los platos sucios. Una vez que estuvo todo en orden, como ya era un poco tarde, la invitada decidió retirarse.

Puesto que suponía que era muy posible que la siguieran, le sugirió a Noah que la acompañase a la salida para que la vieran con él. A éste le pareció adecuado.

—Gracias por acompañarme, caramelito. La verdad es que mi querida amiga necesita recuperarse físicamente para hacer frente a lo que seguro que vendrá.

—¿Qué vendrá? —Noah miró a la rubia inquisitivo.

—Te lo contaría todo, pues veo que tienes las espaldas bien anchas para hacerle frente al ogro, pero no me corresponde, es ella quien debe sincerarse contigo. —Lo miró sonriendo mientras él estudiaba cada una de sus palabras al bajar en el ascensor—. Dale tiempo, estoy segura de que muy pronto lo hará; si algo la conozco, sé que lo hará.

—¿Sabes? En otro momento habría usado todos mis recursos para averiguarlo, y créeme que los tengo, pero también quiero oírlo todo de su boca, así que no utilizaré las armas de las que dispongo para averiguarlo. Metiéndome en bases de datos podría desentrañar el misterio enseguida, pero así actuaría el Noah Miller detective, y con ella quiero ser el Noah Miller hombre.

Salieron del ascensor y se dirigieron a la calle.

—Sólo te pido que la cuides. No le hagas daño, por favor, demasiado le han hecho ya.

—Descuida, sé reconocer a una mujer íntegra y cuándo no es alguien para pasar el rato, y ella se ha convertido en mi meta, no voy a dejarla sola.

—Gracias, Noah. No sé si eres muy creyente, pero creo que Dios ha puesto la mano y ha hecho que vuestros caminos se junten.

Lo abrazó, muy agradecida, y él la sostuvo, cerró los brazos y le demostró que correspondía a su muestra de cariño.

Tras despedirse de la verdadera Alexa, Miller regresó al apartamento. Olivia estaba sentada en el sofá, inmersa en las notas de *Somebody*,* una canción que le encantaba; permanecía con los ojos cerrados mientras disfrutaba de la letra y la melodía. Noah la sorprendió al hablarle:

—¿Quieres acostarte? ¿Estás cansada?

Ella negó con la cabeza.

—Ahora que mi amiga se ha ido, quiero hablarte de algo. —Noah se tumbó en el sofá y apoyó la cabeza en su regazo mientras ella jugaba con su pelo—. Sé que me ofreces tu casa con mucho gusto.

—Pero... —dijo él entrecerrando los ojos.

—Pero necesito encauzar mi vida, necesito enfrentarme a este proceso y para ello me hace falta un lugar.

—Aquí tienes un lugar. ¿No quieres un lugar en mi vida?

—A decir verdad, creo que sí, pero convendrías conmigo en que nos acabamos de conocer, y no es lógico que me venga a vivir contigo. Tú tienes tú vida, tus horarios, tus costumbres, tus gustos, y yo, yo no sé dónde estoy situada, necesito buscar un equilibrio, y sobre todo necesito independencia.

»¿Sabes? En mi vida siempre he dependido de alguien, cuando estaba soltera vivía haciendo todo lo que querían mis padres. Vengo de una familia muy conservadora; mi padre, aunque es un gran hombre, tiene un carácter muy fuerte y muchas veces es demasiado autoritario. De vivir en la casa paterna, me fui a vivir con mi esposo, que poco a poco empezó a tomar decisiones por mí. Como yo estaba acostumbrada a eso no le di mayor importancia, pero todo fue a más, él cada vez ha ido tomando más y más decisiones, hasta el punto de no tener ni una sola a mi cargo. Tal vez sea porque mi carácter es bastante dócil, por así decirlo, pero estoy cansada de cómo soy hoy; quiero ser yo por una vez en la vida, quiero encontrarme a mí misma tomando decisiones, bien o mal, equivocándome o acertando, pero necesito hacer algo por mí y para mí.

Noah se aferró a sus muslos y sintió cómo se tensaba al hablar.

—Tranquila, entiendo perfectamente lo que me estás explicando. Sé de sobra que todo lo que me estás diciendo es verdad y lo puedo comprender. Pero aun así, quiero que entiendas algo: no te dejaré irte de aquí hasta estar convencido de que el lugar a donde vas es seguro. ¿Cómo te lo explico sin que creas que estoy coartando tu libertad? Te aseguro que no es eso lo que quiero. Alexa, a diario veo casos de violencia de género en mi profesión. Tu esposo no debe de estar muy feliz con tu marcha, por eso mismo necesito protegerte, cerciorarme de que tu integridad física está a salvo. He de asegurarme de que nada malo va a pasarte nunca más.

»¿Sabes una cosa? A mí me sería muy fácil averiguar quién es tu esposo y hacerle saber que no estás sola, que supiera claramente que no se podrá acercar más a ti. Pero estoy dispuesto a hacer las cosas a tu manera, darte tiempo para que tú me digas quién es él cuando puedas superar tus miedos; quiero que sepas que a tu lado tienes a un hombre que está dispuesto a darte tu lugar y que no va a manipular ninguna de tus decisiones.

—No te haces una idea de lo importante que eso es para mí, pues no sólo necesito creer en mí misma, sino también volver a confiar en que lo blanco es blanco y lo negro es negro. Estoy acostumbrada a oír que todo es blanco y claro, pero a puertas cerradas todo se tornaba negro y oscuro.

—Lo sé, entiendo perfectamente todo el daño que te han hecho, sé que no sólo son marcas físicas, que hay muchas emocionales que debes sanar y éstas son las que más tiempo llevarán, pero te ayudaré a que lo hagas; si me lo permites, claro.

—Sí. —Lo miró esperanzada—. Por supuesto que te lo permito —contestó con toda seguridad.

Él se incorporó ligeramente y respiró muy cerca de su rostro, rozándola con la punta de su nariz, le dio cálidos besitos y fue descendiendo a su cuello; habría querido seguir bajando, pero sabía que debía contenerse, ella aún estaba muy dolorida y tenía que tratarla como a una flor, además no quería meterle prisa: debía conformarse con besos.

Se apartó unos instantes para mirarla a los ojos, para ahondar su mirada café en la cetrina de ella, y entonces, sin demorar más el inminente beso, acarició primero sus labios con los suyos, le dio unos mordisquitos, los repasó con la lengua y finalmente los cogió con atropello y placer, repasándolos una y otra vez con su lengua ansiosa.

Ambos estaban tan vehementes y exaltados que olvidaron el corte y el moretón que ella tenía en la boca.

Sus ansias eran tales que apagaban todo el dolor, transformándolo en deseo.

Noah colocó la mano bajo el trasero de ella; aunque pugnaba por contenerse, era casi imposible; se apoderó de sus nalgas, las acarició, las sostuvo entre las manos apretándolas.

Preso de la seducción que sus besos le producían, ella levantó los brazos y se aferró a su cuello, quería dejarse llevar. Él se apartó y sonriente la miró con anhelo; Oli, impaciente, se apoderó nuevamente de sus labios y notó una punzada en su vagina; se sintió feliz por estar así, hacía tanto que un hombre no le despertaba esas ansias, esos escalofríos y esas cosquillas que invadían su cuerpo.

—Noah...

—¿Qué?

—Te deseo, pero tengo miedo de estar equivocándome.

—Yo también te deseo, pero mi miedo es diferente al tuyo: temo hacerte daño físico.

Con la respiración entrecortada se alejó de ella, la miró a los ojos, se puso de pie y la cogió en sus brazos. Caminó con ella hacia el dormitorio y la tumbó sobre la cama, pero en ese momento ella se quejó, una mueca de dolor le invadió el rostro y le cortó la respiración.

—Perdón, no he querido causarte dolor.

—No me has hecho daño, no te aflijas, es esta costilla. —Se tocó el costado—. No veo el momento de que sane.

—¿Has tomado la medicación?

—Al pie de la letra.

—Bueno, tenemos tiempo, lo importante es que te alivies.

—Perdón por ser una carga, qué vergüenza.

—Chist —se inclinó y le dio un sonoro beso—, no me pidas nunca más perdón. Tú y yo debemos terminar de hablar, hemos dejado la conversación a medias.

—¿Quieres dormir conmigo en tu cama y así terminamos de hablar? Estoy segura de que ese sillón es muy incómodo para pasar otra noche ahí.

—Acepto. —Guiñó un ojo—. Voy a apagar las luces.

Olivia temblaba, no se reconocía tan lanzada; pensó que quizá se había contagiado de Alexa.

La ayudó a que se metiera en la cama y luego comenzó a desvestirse. Sin disimulo, Olivia se lo comía con la vista; cuando se quitó la camiseta y su torso quedó desnudo pensó que se le detendría el corazón: era perfecto, torneado en su justa forma, fuerte, atlético y muy varonil.

«Dios, cuando se lo cuente a Alexita, se muere. Pero si me he mojado con sólo mirarlo, me siento una perversa y me da vergüenza lo que estoy sintiendo, pero no me importa, cómo lo disfruto.»

Noah se quedó en bóxer, se metió en la cama junto a ella y le posó la mano en la frente.

—¿Te sientes bien?

—Sí, ¿por qué?

—Te noto acalorada, me ha parecido que tal vez tenías fiebre...

Se rio a carcajadas; la había estado observando con el rabillo del ojo mientras se desvestía.

—No te burlas.

—Ven aquí, déjame abrazarte —dijo jocoso.

—Estás muy chistoso.

—Un poquito. —Le besó el cuello—. Tendrás que pensarte bien adónde te irás, mira qué bien puedo cuidarte si te quedas aquí conmigo.

—Tramposo.

—Solamente estoy mostrándote lo que te perderás si te vas; en cambio si te quedas puedo darte muchos besos —le dio muchos besos en la mejilla—, calentarte los pies —enredó los suyos con los de ella— y abrazarte muy fuerte para que no sientas frío en las noches del invierno. Bueno, eso no te lo puedo demostrar ahora, porque sé que te duele la costilla.

—Me lo he imaginado de todas maneras y sé que sería muy agradable.

—Te aseguro que sí.

—Eres una tentación, Noah Miller, haces que no me reconozca a tu lado. Si supieras lo tímida que soy, te aseguro que tú también estarías asombrado.

—Eso es muy bonito. —Se besaron—. Deja tu timidez y sigue así, te aseguro que me encanta.

—Pero si seguimos así nunca terminaremos de hablar.

—Es que tú eres una adorable tentación, Alexa. —Le quitó el pelo de la frente—. Pero me preocupa de verdad adónde irás.

—No debes preocuparte, aunque agradezco que lo hagas. Una amiga ha llegado de España, de Sevilla exactamente, tiene una casa en Long Island y me ha invitado a que me quede con ella. Mi marido no conoce a Tiaré.

—Perfecto. Puedo llevarte mañana cuando vuelva de trabajar.

—No es necesario, pediré un taxi.

—¿También rechazarás que te lleve?

—No te rechazo, Noah, te lo he explicado en el sofá.

—Lo sé, lo siento, me he expresado mal. Quiero llevarte y ver el lugar para quedarme tranquilo.

Sonó el buscapersonas y acto seguido el teléfono de Noah.

—Dame un segundo. —Miró la pantalla de su teléfono y contestó, algo extrañado por recibir una llamada en su día libre—. Hola, Eva.

Al contestar miró a Olivia, y ésta no pudo dejar de sofocarse al oír que lo llamaba una mujer. Él se dio cuenta.

—Perdón por la hora, Noah, pero he recibido una información: creo que tenemos al que se nos escapó. Ya se ha lanzado la alerta y la orden de allanamiento para irrumpir en el lugar viene en camino. Voy para allá, los refuerzos ya han salido.

—Gracias por avisarme, verifico la alerta y salgo también.

—Sé que es tu día libre, pero también sé que quieres atraparlo.

—Ni lo dudes. —Cortó el teléfono y se incorporó en la cama—. Lo siento, Alexa, voy a tener que irme, es por un caso en el que trabajo. La que me ha llamado es mi compañera, la mujer que viste el otro día en la tienda.

—Ah —dijo ella fingiendo desinterés—. No la recuerdo bien, pero me pareció bonita.

Él se rio.

—Si no la recuerdas bien... ¿cómo sabes que es bonita?

—Así que lo admites: es guapa.

—Sí —dijo él mientras se calzaba los vaqueros sin pérdida de tiempo—. Creo que Eva es guapa, pero no es mi tipo, además es mi compañera de trabajo, y en la policía nunca se mezclan las cosas. —Se quedó mirándola a los ojos mientras sacaba de un cajón la tobillera para ponérsela y guardar su arma de repuesto—. Al menos yo no las mezclo.

—¿Vas a un sitio peligroso?

Ella observaba muy atenta todos sus movimientos.

—Un poco, pero estoy entrenado para el peligro, no debes preocuparte —respondió mientras se calzaba la funda de su arma reglamentaria en la cintura.

—¿No son demasiadas armas?

—¿Te asustan?

Ella asintió con la cabeza.

—No temas, sólo hay que tenerles respeto. Podría enseñarte a usarlas. —La miró a los ojos—. Aún debo llevar más armas, pero no pongas esa carita por favor, se te ve muy angustiada.

—Me asusta cómo te estás preparando, parece que vas a la guerra.

—No voy a un lugar muy bonito, por eso tengo que ir preparado.

—¿Te pondrás un chaleco antibalas?

—Lo tengo en el coche. —Se acercó y le habló sobre los labios mientras alternaba con besos—. Intenta dormir, espero no tardar demasiado. Descansa, te prometo que iré con cuidado. Y no temas por mí, sé preservarme y mantenerme a salvo.

Ella asintió con la cabeza.

Noah llegó al punto de encuentro y se reunió con el resto del equipo que participaría en el procedimiento. Se pusieron de acuerdo y trazaron una estrategia para irrumpir en el barrio, infestado de pandillas. Se cambió al coche de Eva y quedó a cargo del operativo.

—¿Quién te ha informado de esto, Eva? —preguntó en cuanto se quedaron solos.

—Uno de mis confidentes. El malnacido está escondido en la casa de su abuela. Desde que se nos escapó, las imágenes que tomamos de las cámaras de seguridad del parque han ayudado para que demos con él.

Llegaron al edificio de la avenida Fulton, que estaba en unas terribles condiciones y parecía que iba a caerse como un castillo de naipes; el lugar estaba a unos metros del Bronx-Lebanon Hospital Center.

Con movimientos precisos y sincronizados rodearon el edificio. Cuando el perímetro estuvo asegurado, Noah y Eva, en compañía de otros agentes del Departamento de Policía de Nueva York, ingresaron en la vivienda ubicada en el barrio de Morrisania, en el suroeste del Bronx.

Subieron hasta el segundo piso. Cubriéndose la espalda contra la pared, los dos detectives se apostaron uno a cada lado de la puerta de entrada y llamaron a la puerta. Nadie contestó.

—¡Simon, sabemos que estás ahí. Sal con las manos en alto, entrégate, estás rodeado! —gritó Noah.

—¡No tienes escapatoria, no pongas las cosas más difíciles! —añadió Eva, pero el silencio era monstruoso.

Al oír los gritos, varios vecinos se asomaron desde otras viviendas, pero ellos les indicaron con ademanes que se metieran dentro; los francotiradores estaban apostados frente a la puerta, cubriendo a los detectives. Noah contó hasta tres y derribaron la entrada para introducirse por la fuerza.

Entraron en la humilde vivienda, pero lo que encontraron ahí no era precisamente lo que esperaban.

—¡¡Mierda!! —gritó Noah gesticulando.

Una mueca de frustración se instaló en su cara y en la de Eva. El lugar era una masacre, la anciana estaba tirada en el suelo sobre el charco de su propia sangre. Eva se inclinó para tomarle el pulso, pero ya presentaba signos de rigor mortis. Siguieron indagando en el resto de las habitaciones y hallaron a Simon en su cama, acribillado a balazos.

Después de constatar que no había nadie más y que todos los moradores estaban muertos, depusieron las armas. Noah llamó por radio al equipo forense y solicitó también la presencia del fiscal de distrito. Mientras esperaban su llegada para poder comenzar a rastrear la escena del crimen, envió a algunos de sus efectivos para que empezaran a recabar testimonios y así conseguir posibles testigos entre los vecinos.

—¿A quién nos enfrentamos? ¿Quién está detrás de esto, que no quería que lo encontráramos con vida? —dijo mientras echaba un vistazo al lugar, sin tocar nada.

—Quizá sólo sea un ajuste de cuentas, Noah, no nos precipitemos a pensar que hay algo más.

—No sé, Eva, esto me huele mal, sabes que soy muy perceptivo y rara vez me equivoco. Creo que hay un pez muy gordo aquí metido que no quiere que lleguemos a él; además, mira esta escena del crimen: no hay casquillos de balas, eso significa que es un profesional y que ha barrido muy bien el lugar para no dejar huellas. Lo que de peor humor me pone es que tanto tú como yo sabemos que es uno de los nuestros.

Llegó el fiscal Benson y el equipo empezó a rastrear la escena. Se tomaron fotos, vídeos y recabaron todo tipo de pruebas, que servirían para reconstruir los últimos minutos de las víctimas. Se batió completamente el apartamento para hallar alguna huella dactilar.

—Miller, ¿hay algún testimonio de alguien que haya escuchado o visto algo?

—Nada, Benson, parece que lo ha hecho un fantasma. De las cámaras del vecindario no se podrá obtener demasiado, pues sólo funcionan las de la esquina del hospital, que por supuesto revisaremos; pero soy poco optimista porque están muy lejos. El resto están destrozadas, dicen que es inútil arreglarlas, pues las vuelven a romper.

»Con respecto a los disparos, nadie oyó nada, aunque con tantos como hubo eso es poco probable. Por más que usaran silenciador, el disparo tuvo que oírse de todas formas, pues sólo en las películas las armas dejan de emitir sonido alguno cuando se les pone el silenciador. Es obvio que la gente de por aquí no quiere involucrarse, lo cual no es una novedad en estos barrios.

—Sabemos en qué zona estamos, Miller, eso no es de extrañar. Por otra parte —dijo el fiscal—, tenemos una escena del crimen demasiado limpia para ser un ajuste de cuentas de pandillas. ¿Por qué estabais buscando a este infeliz?

—Distribución de drogas —contestó Eva—. Se nos escapó hace unos días, te lo hemos puesto en el informe para obtener la orden.

—Tienes razón, lo siento, es que vengo de una masacre en una familia. Un tipo ha matado a su esposa de un centenar de puñaladas y al bebé le ha destrozado el cráneo. Otro caso de violencia de género, el muy cabrón tenía una orden de alejamiento para no acercarse a su familia —contó con pesar—. Aunque uno está acostumbrado a ver a diario estas cosas, algunas veces no puedo sino sentir escalofríos; en esos momentos sólo quiero salir corriendo y abrazar a mi familia.

—Hacemos lo que podemos, Benson, pero el sistema falla con demasiada frecuencia —dijo Noah, en cuyo pensamiento inmediatamente apareció un rostro: el de

Olivia. Deseó salir pronto de ahí y regresar a su lado para saber que estaba bien y a salvo.

Tras largas horas de barrer el lugar minuciosamente, de recoger muestras de ADN y de recolectar huellas dactilares para pasarlas por las bases de datos de criminales de la nación, el lugar empezó a despejarse, el equipo forense se llevó los cuerpos para realizarles las autopsias y Eva acompañó a Noah a recoger su coche.

—Esto está difícil —dijo cuando subieron al automóvil.

—La verdad siempre sale a flote. Si hacemos bien el trabajo lo lograremos, no te desanimes —apuntó él.

De regreso a su apartamento, Noah fue directo a la nevera a servirse un refresco, luego caminó hacia el dormitorio y abrió la puerta con sigilo. Olivia sintió sus pasos cuando se aproximaba y abrió los ojos de inmediato.

—Noah, ¿eres tú? —preguntó en la oscuridad.

—Sí, tranquila.

—¡Por fin has llegado! —exclamó mientras Miller encendía la luz de la mesilla.

—Aún estás despierta.

—He dormitado a ratos, pero estaba muy intranquila.

Noah se inclinó y la besó en la boca.

—Ya puedes calmarte, estoy bien. —Le guiñó un ojo, se puso de pie y abrió los brazos para demostrárselo—. De una pieza, tal como me he ido.

—No bromees, Noah, sé que para ti tu trabajo es lo más natural, pero cuando te he visto irte con todas esas armas me he quedado con el corazón en un puño. Ven, acuéstate, debes de estar cansado.

—Un poco. La verdad es que en el mismo momento nunca lo noto, creo que por la adrenalina que me recorre el cuerpo, pero cuando todo pasa la tensión se hace sentir.

—Para colmo, no estoy en condiciones de mover los brazos con normalidad, como para hacerte unos merecidos masajes.

—Eso suena prometedor, ya los probaré —dijo mientras se despojaba de todo cuanto llevaba puesto—. Voy a darme una ducha y me acuesto.

Se metió en la cama y se abrazaron en la oscuridad.

—Hasta que puedas darme esos masajes me conformaré con tu olor, creo que es el mejor elixir para dormir placenteramente y olvidarme de todo.

Se quedaron en silencio.

—¿Ya te has dormido?

—Casi. —La voz de Miller sonó pesada y algo ronca—. ¿No puedes dormir?

—Creo que estoy desvelada, pero no te preocupes, intenta descansar que mañana tú trabajas.

Él contestó con un gruñido y se durmió, estaba exhausto.

Por la mañana, Noah y Olivia comieron en la cocina. Ella se había levantado temprano para sorprenderlo con el desayuno, y como todo lo hacía a cámara lenta, le llevó bastante tiempo prepararlo.

—Mmm, exquisito como tú.

—Hacía mucho que no preparaba el desayuno.

Noah evaluó las palabras dichas, eran toda una revelación.

—¿Tienes personal de servicio que lo hace por ti?

Ella asintió con la cabeza.

—Pero me ha encantado hacerlo. No siempre he tenido quien lo hiciera por mí. Cuando me casé apenas nos alcanzaba para pagar el alquiler. Papá quería ayudarnos, pero nosotros deseábamos hacer nuestro propio camino.

Olivia se mostraba comunicativa. Miller miró la hora de soslayo, y contrariado se dio cuenta de que ya llegaba tarde.

—Me encantaría quedarme y que siguiéramos hablando, pero debo irme al trabajo. El capitán nos estará esperando para que le pasemos todo el informe de anoche.

—Pareces preocupado. ¿No fue bien anoche?

La miró mientras se colocaba su chaqueta y guardaba su arma en la funda.

—La verdad es que no, pero no quiero agobiarte con mi trabajo.

—No me agobias, puedes compartirlo conmigo si quieres.

—Tú también puedes compartir todo conmigo. —Olivia lo miró sin contestarle—. Pero sin prisa, puedo esperar a que estés preparada —dijo muy dulcemente y se apoderó de sus labios.

Olivia se los ofreció gustosa, sin demora, él la agarró del trasero tal como se encontraba, sentada en uno de los taburetes altos de la cocina. Llevaba puesto un pijama de seda, y las manos ávidas de Noah se deslizaron por la prenda. Haciéndole un hueco entre sus piernas, ella las abrió para sentirlo; Noah estaba erecto, su miembro descansaba contra el pubis de ella mientras seguía apoderándose de su boca como un depredador. Agitado, casi sin respiración, se apartó a desgana de sus labios, sabiendo que no podía seguir adelante.

—Volveré temprano y te llevaré a casa de tu amiga —dijo mientras apoyaba la frente en la de ella.

—Gracias, te estaré esperando.

—Recuerda no usar tu teléfono. Veré si puedo conseguirme uno para que nos comuniquemos cuando no estés aquí.

—Déjame que te lo pague.

—No es necesario. Me voy, que se me hace tarde y no quiero enfurecer a mi jefe tan temprano; te aseguro que cuando está de mal humor es muy mal jefe. —Le dio un beso casto y se apartó para irse—. Deja todo esto así, cuando vuelva lo ordenaré. No hagas esfuerzos innecesarios, que te quiero repuesta cuanto antes. —Le dirigió una mirada oscura, regresó y volvió a atrapar su boca—. Ahora sí me voy, tu boca me distrae demasiado.

Olivia sonrió jubilosa, así era como se sentía. Cuando él estaba casi cerrando la puerta lo llamó:

—¡¡Noah!! Creo que te echaré de menos.

El detective le guiñó un ojo y desapareció.

Olivia se quedó sola, sintiendo que no cabía en ella, plena como hacía mucho tiempo que no estaba. Estaba llena de alegría y se mostraba entusiasmada. Con cuidado se bajó de la banqueta y comenzó a recoger las cosas del desayuno, estaba feliz haciéndolo. Parecía que por fin encontraba un rumbo en su vida, porque Noah le daba sentido, la animaba, la hacía sentir bella, importante. Aunque sabía que era muy pronto para estar así y que no era prudente ilusionarse demasiado, no le importó; tenía muy pocos momentos de dicha, por qué privarse. Mientras lavaba las tazas y las demás cosas se encontró con que sonreía bobamente, pero no le importó, llevaba tanto sin hacerlo que le pareció lo más adecuado.

—Sólo espero que este sueño no se termine demasiado rápido —dijo en voz alta, a modo de súplica.

Por la tarde, como Miller le había dicho, llegó temprano para llevarla a casa de su amiga.

Durante las siguientes noches, Noah fue cada día a visitarla, cenaban juntos con Tiaré y luego su amiga esgrimía una excusa y los dejaba solos para que se hicieran arrumacos y planes en la intimidad. Pero ese día, cuando había transcurrido casi un mes, los planes eran otros.

—Mi *arma*, estás radiante —dijo Tiaré cuando entró en el cuarto y encontró a Olivia frente al espejo; estaba terminando de arreglarse—. Definitivamente, el detective te sienta bien.

—¿Te parece que estoy bien?

—Tú siempre lo estás. Pero con ese vestido que te has puesto, al canijo le va a dar un ataque al corazón, se quedará ojiplático.

—¿No crees que parezco demasiado formal así? —Dio una vuelta para que su amiga la observara—. Mejor me pongo unos vaqueros, que es más el estilo de Noah.

—Mi *arma*, así salgas con unas bragas en la cabeza, para Noah estarás hermosa ¡Si te come con la *mirá!* Ese hombre sólo piensa en quitarte lo que llevas puesto, así que no creo que le importe mucho lo que te pongas. Pero déjame decirte que te ves elegante y *sofisticá*, pero no como la esposa del senador, si eso es lo que te preocupa; esa Olivia pertenece al *pasao*.

—Soy feliz, Tiaré, soy feliz como nunca creí que volvería a serlo. Además, ya me siento bien, la costilla casi ni me duele, ¿sabes? —Se aferró al cuello de su amiga y le habló al oído—. Hoy haremos el amor por primera vez, me siento bien, y creo que él también lo ha planeado, por eso cenaremos en su apartamento. Como no quiere presionarme en nada, sé que está esperando que le dé un indicio de que ya estoy restablecida del todo.

—Pues ya voy entendiendo por qué estás tan resplandeciente.

—Sí, mi sevillana hermosa, hoy por fin seré suya.

—Ese canijo tuyo te tiene *prendá*, y no es *pa* menos, porque es un buenorro. Hoy cenaré solita, no queda otra —hizo un mohín—, pero no os aflijáis. Creo que me meteré en el estudio, sabes que adoro el aroma a trementina y óleos, me prepararé un bocadillo de pechuga de pollo, que en mi tierra llamamos serranito, con pimiento frito, jamoncito, tortilla francesa y tomate. ¡Y le pondré también alioli, hummm, creo que me rechupetearé los dedos! Comeré allí mientras pinto. Tú diviértete y déjate llevar, que estoy segura de que ese chaval sabe muy bien cómo conducir. Óyeme: ponte bien perraca y deja que ese tío te cale bien *calá* y te lleve hasta el cielo. ¿Qué ropa interior llevas?

—Me he puesto un conjunto negro de encaje.

—Mi *arma*, se quedará con el ojo como bacalao cuando te vea, estoy segura de que te lo quitará con los dientes. —Soltaron una carcajada—. ¿Cuándo hablarás con él? Quanto más tiempo dejes pasar, más mentiras le dices; no le hará mucha gracia enterarse de que tú no te llamas Alexa, como cree. Acepta mi consejo, no esperes más, no dejes pasar más tiempo.

—Déjame disfrutar el día de hoy. Te prometo que me armaré de valor y se lo diré todo, pero temo que quiera ir a enfrentarse a Murray y eso me hace temblar.

—No pongas excusas, Olivia. Lo que yo creo, mi *arma*, es que tú quieres enterrar a Olivia y por eso con él has tomado otra identidad. Pero ésa eres tú, y sé que llevas una historia de mierda a cuestas, y aunque te cambies el nombre, si no te enfrentas al pasado no lo dejarás nunca de lado. Noah no merece que le sigas mintiendo, es un buen tío y cree en ti, es paciente y no te exige, pero todo tiene un límite, y a nadie le gusta pasar por tonto; además, si las cosas continúan avanzando entre vosotros, tendrás que hablar. ¿Hasta cuándo crees que él seguirá sin preguntar?

—Lo sé, pero deja que haga acopio de valor. Como tú dices, debo enterrar el pasado y para eso debo sentirme segura, en mi cuerpo todavía guardo cada herida infligida por ese malnacido. Sé que con Noah conseguiré olvidarlo todo.

El timbre sonó. Olivia se abrigó rápidamente, cogió su bolso y salió al encuentro de Miller. Al verse se dieron un efusivo beso, él la devoró con los labios y la abrazó muy fuerte.

—Hum, qué buen recibimiento. —Hundió la nariz en su cuello—. Hueles a Jasmin Noir de Bvlgari; sin temor a equivocarme te digo que es el que llevabas puesto el día que te conocí en el bar.

—¿Cómo lo sabes?

—Sé reconocer muy bien el perfume de una mujer, y más el de una muy especial.

—Eres un marrullero.

—También.

—Y un vanidoso, que se las da de sabelotodo.

—No te digo que no. Pero subamos al coche, que nos helaremos aquí fuera, creo que nevará.

Le cerró la puerta del acompañante, frotó sus manos, les echó un poco de aliento y dio la vuelta para acomodarse dentro del coche.

—¿Cómo te ha ido el día? —preguntó ella.

—Muy bien, bastante tranquilo. ¿Y el tuyo?

—Aún sigo con *Esperanza*.

—¿Con quién?

—*Esperanza*, así he decidido llamar el cuadro que pinto.

—¿Cuándo podré verlo?

—Cuando esté terminado. Confío en que te guste.

—¿Y falta mucho?

—Estoy dándole los retoques finales.

—Seguro que me encantará.

Llegaron al apartamento, se metieron en el garaje y tomaron el ascensor. Olivia estaba muy audaz. En cuanto se puso en marcha, se aferró al cuello de Noah.

—Estás muy guapo. Me gusta cómo te quedan los vaqueros con esta camisa y esta chaqueta de cuero.

—Tú estás preciosa.

Noah se apartó y le soltó el lazo de la gabardina de color burdeos que Olivia usaba como abrigo, deslizó su mano ansiosa por la estrecha cintura y la miró recorriéndola. Pasó su mirada café por el escote y se detuvo admirando la sensualidad de sus senos, le acarició la cintura y se cautivó con sus caderas; le recorrió el largo de las piernas, acariciándola sin tocarla, y así continuó vagando por su cuerpo, hasta detenerse en los tacones de ante granate que ella llevaba puestos.

—Me encanta cómo te queda este vestido gris, resalta tus formas, estás muy sexy, y esos tacones... ponen en alerta todos mis sentidos. Te contaré un secreto: lo que me atrajo de ti la primera vez que te vi fueron tus tacones; estabas soberbia, elegante, resaltabas entre todas las mujeres aquella noche. —Hizo una mueca calculadora— Es realmente una lástima, estás bellísima, pero este vestido —se acercó a su oído— te durará muy poco puesto, así que déjame admirarte bien, porque tengo planeado quitártelo en cuanto entremos en el apartamento.

—Eso es muy prometedor... la verdad. —Lo miró a los ojos—. La verdad es que había pensado desprenderme de él yo misma, si tú no te decidías.

Noah apesó sus labios, tentado por los deseos que no tenía intención de frenar más; le levantó el vestido y la arrinconó en el fondo del ascensor mientras le sostenía la pierna y acariciaba su muslo, enredada en su cadera; la aprisionaba a la vez que la besaba y le restregaba su sexo abultado bajo los vaqueros.

—No veo la hora de tenerte, esto es una tortura. Estoy así desde el día que te vi en The Counting Room. Te aseguro que no puedo desearte más de lo que te deseo.

Las palabras realmente sobraban, sus cuerpos estaban enardecidos. Noah quería tomarla ahí mismo, quería hacerla suya, perderse en ella de una vez.

Se apoderó de sus nalgas mientras le besaba el cuello, levantó la mano y apesó uno de sus senos por encima del vestido, sosteniéndolo con ganas; lo palpó, pero eso ya no era suficiente, era lo que venían haciendo desde hacía tiempo, besos, toqueteos y ponerse a mil. Olivia estiró la mano para oprimir los botones y detuvo el ascensor. Noah la miró incrédulo, pero aceptó el reto.

Le quitó el abrigo, que cayó en el suelo, y le dio la vuelta como si estuviera a punto de cachear a un delincuente. Le indicó que abriese las piernas y le levantó el

vestido deslizándolo por sus caderas. Le admiró las nalgas, las palpó con la palma de la mano bien abierta, las acarició primero y luego las apretó con ganas. La piel de Olivia era tersa, perfecta, tal como la había imaginado. Le echó las bragas a un lado y deslizó la mano para acariciar su hendidura: estaba lista, preparada, su vagina lo esperaba ansiosa.

Noah se acercó a su oído para morderle el lóbulo de la oreja. El lugar donde se encontraban era muy ilícito, y eso lo hacía todo más excitante. Se oyó el sonido del cierre del pantalón de Noah y cómo se rasgaba el envoltorio de un preservativo. Aunque no había habido un interludio, en ese instante no importaba, puesto que llevaban un mes en el entreacto. Olivia sintió cómo su cuerpo se sacudía ante la expectación del momento, se acomodó para darle paso abriendo más las piernas y lo miró por el espejo del ascensor. Sus miradas, en ese instante, presa de la seducción que sentían, se encontraron devorándose una y otra vez. Noah tenía el pene preparado para penetrarla, lo sostenía en la mano, le acarició la vulva con él y finalmente, se enterró en ella.

—Eres extremadamente deliciosa —dijo mientras comenzaba a moverse.

—Tú también eres perfecto, te siento muy bien.

Miller se introducía en ella despiadadamente, y Olivia lo seguía con movimientos acompasados. De pronto se oyó que alguien gritaba a viva voz y sin pausa:

—¡Ascensor, ascensor...!

El ascensor, que hasta el momento permanecía detenido por la intrepidez de los amantes, reanudó la marcha. Sin más remedio, interrumpidos por el grito incesante, se recolocaron las ropas. Sin parar de reírse, ascendieron hasta el apartamento de Noah mientras éste intentaba guardar su erección, que era realmente dolorosa.

Ella acomodó su falda, se puso el abrigo y el bolso que recogió del suelo e intentó serenarse, pero era imposible. Salieron del ascensor risueños y casi corriendo. Rápidamente, Miller abrió la puerta y de un manotazo encendió el interruptor de la luz. Querían lidiar con la urgencia, sin embargo, era absurdo intentarlo. Noah apretó los labios de Olivia, la envolvió con los brazos y la abrigó contra su pecho. Ella, anhelando lo que ya había probado, le quitó la chaqueta de cuero, le desabrochó la camisa y sus manos candentes le acariciaron el pecho. Se besaron con desenfreno, con pasión y lujuria, siguieron probándose mientras se despojaban de toda la ropa y se admiraron al quedarse desnudos.

—No puedo creer que por fin te haya probado.

La voz de Olivia estaba cargada de deseo. Su pecho se inflamaba ante lo inminente, lo deseaba aún más que antes de haberlo experimentado en el ascensor. La expectativa terminaría aniquilándola; pensó si alguna vez se había sentido así y tuvo miedo, porque la fiercilla indomable que tenía dentro salía de sopetón y sin pedir permiso para desear a ese hombre, verdaderamente lo deseaba demasiado.

—No había imaginado que sería de esta manera, había planeado una noche muy especial para nosotros, quería que fuese muy romántica y la recordases para siempre. —Miró hacia la mesa del comedor y ella se sintió conmovida por cómo estaba dispuesta; le encantó saber que él se había esforzado tanto para agasajarla—. Pero en la escuela me enseñaron que el orden de los factores no altera el producto, así que empezaremos por el postre.

—Me parece la noche más especial que he vivido en mi vida. Sin reglas, sin protocolos, sólo haciendo lo que nos venga en gana, lo que deseamos. —Le regaló una sonrisa pícaro, que evidenciaba su deseo. Estaba tan desinhibida que él la miró ilusionado—. Te deseo, Noah, hazme tuya, termina lo que has empezado en el ascensor, no aguanto más.

Era imposible controlar los latidos de su corazón. La cogió de una mano y la llevó hacia el dormitorio, apartó el cobertor con urgencia y, apoderándose nuevamente de sus labios, la empujó para que cayera sobre la cama. Su cuerpo cubrió el de ella mientras sus manos ansiosas recorrían cada centímetro de piel. Agarró uno de sus pechos y comprobó que eran perfectos, mejor de lo que suponía palpándolos sobre la ropa. Olivia tenía los pezones tan erectos que sintió dolor, la caricia parecía meterse bajo su piel. No obstante, las manos de Noah vagaban por su cuerpo, eran demoleadoras y la obligaban a retorcerse por la expectativa. Miller se movía, friccionando su sexo erecto en la pelvis de ella, que había abierto las piernas y le había hecho un hueco en su intimidad, invitándolo a que entrara. Noah sentía que sus entrañas se desharian, pues esa mujer tenía en él el poder de una enfermedad. Así se sentía a su lado desde el instante mismo en que la había conocido, le hacía perder la razón. Sin perder más tiempo se colocó un condón y de un impulso experto se posicionó en la entrada de su vagina para penetrarla. Comenzó a moverse dentro de ella, entrando y saliendo varias veces. Olivia gemía en su boca y él necesitaba encontrar una armonía, porque de otra forma se perdería en el éxtasis del orgasmo.

Salió de ella y Oli protestó, él la miró sonriendo lujurioso.

—Necesito controlarme, necesito que nos calmemos para poder disfrutarte como deseo.

Tras hablarle rozándola con la calidez de su aliento, su lengua húmeda y tibia bajó por su cuello, y sin poder detenerse siguió bajando para tomar uno de sus pechos, rodear su pezón y succionarlo. Ella le revolvió el cabello mientras Noah continuaba bajando con su ávida lengua, marcando un rastro de besos. Lamió su monte de Venus, le abrió los labios de la vagina y la besó, la probó con deleite y comprobó lo exquisita que era. Volvió a pensar en ella como en una enfermedad, porque cada rincón de su cuerpo que podía poseer lo debilitaba. Levantó la cabeza y la miró extasiado, ella tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta mientras gemía, perdida en sus lametones.

—Alexa, mírame y dime que te gusta así. —Ella no reaccionó de inmediato, estaba perdida porque era la primera vez que estando con él se sintió Olivia, se sintió la que quería ser, la mujer amada, la mujer deseada—. Alexa, mi amor, dime que te gusta, sedúceme con tu cuerpo —volvió a llamarla y entonces ella abrió los ojos y asintió con su cabeza, las palabras no le salían, se contorsionó contra él arqueando su espalda.

—Continúa, por favor, no pares, á-ma-me —dijo entrecortadamente.

Noah estaba resucitando todos sus sentidos, su cuerpo volvía a renacer, sentía que era su depredador porque le robaba hasta el último dejo de cordura; laborioso, acometido y gallardo, seguía lamiéndola con afán. Luego se incorporó, se arrojó frente a ella y cogiéndola de las caderas volvió a enterrarse; comenzó a moverse abriendo una brecha en su hondonada, perdiéndose en ella una y otra vez, y otra y otra, y otra vez más. Después de penetrarla varias veces, se apartó nuevamente para abrirse camino con más furia; él gemía roncamente cada vez que entraba en ella, sus cuerpos ya estaban preparados para la fase final, ella empezó a temblar y entonces abrió los ojos y los clavó en los de él, que estaban atentos a sus emociones.

—Me tienes cautivado, Alexa, estoy perdido.

Como un depredador que jamás abandona hasta no obtener todo lo que desea de su presa, Noah siguió entrando en ella, irrumpiendo en su cuerpo.

Entregados, abandonados a las modulaciones que se escapaban de sus gargantas, con una última penetración se corrieron, llegaron al orgasmo y se fusionaron, transformándose en un todo casi indivisible sólo separado por el látex del condón.

Olivia estaba aferrada a su espalda, lo tenía prisionero contra su pecho, y con la respiración entrecortada le habló al oído:

—Gracias. —Él levantó la cabeza, le costaba sostenerla porque había quedado abatido; el orgasmo había sido casi mortífero. Le dio un relajado beso en los labios —. Me has mostrado en todos los sentidos de la existencia que estoy viva, que mi cuerpo vive, siente, y se estremece con el tuyo.

—Me siento realmente privilegiado.

Noah salió de su interior, se retiró el condón, lo anudó, lo desechó y se tumbó de lado para mirarla.

Permanecieron en silencio admirándose. Él le acariciaba las caderas y ella jugaba con sus labios, mientras Miller le besaba el dedo que los trazaba.

—Sé que tenemos que hablar, que hay muchas cosas que quieres que te cuente, que estás a la espera de muchas revelaciones. Reconozco que has sido muy paciente, soy consciente de que muchas veces te has contenido y no me has preguntado, y que hasta has reprimido las ganas de investigar por tus medios; no sabes cuánto te lo agradezco, sólo te pido que me des un poco más de tiempo.

—Tranquila, tenemos tiempo. Hoy no está permitido que el pasado se entremeta entre nosotros, ha sido demasiado hermoso tenerte y es un día especial, porque por fin hemos podido entregarnos a lo que nuestros cuerpos deseaban.

—Me has hecho sentir muy especial.

—¿Cómo de especial? —le preguntó con una sonrisa dulce, mientras afianzaba su abrazo y rozaba con su nariz la de ella.

—La más especial. Además, me he sentido sumamente cómoda.

—Eso me gusta y me importa mucho. Me encanta que expreses todo lo que sientes.

—Todos estos días, mientras pensaba en nosotros, en el momento en que estuviéramos así, íntimamente, tenía mucho miedo de sentir pudor. Es que... eres mi segundo hombre.

—Sólo quiero ser el último.

—¿Es eso verdad?

—¿Por qué no tendría que serlo?

—No sé, sentirme así, cuidada, muchas veces me parece que no pertenece a mi realidad.

—Eso es lo que más quiero, que tú seas mi realidad y yo la tuya. Me tienes embobado.

—¿Lo has disfrutado tanto como yo?

—Ha sido increíble, mejor que como lo imaginaba. ¿No tienes hambre?

—Sí, mucha, pero no quiero salir de tu abrazo y mucho menos de la cama.

Se rieron y se removieron entrelazando las piernas.

—Luego volvemos.

—Necesito sentirte así muy cerca, espera un rato, por favor.

Sus ojos se pusieron acuosos y de pronto el llanto se hizo incontenible.

—Eh, ¿qué pasa? Eres mi princesa, y las princesas nunca lloran por nada. —Le besó el hombro, le llenó el cuello de besos mientras con las manos le recorría la

columna vertebral, enroscó más sus piernas a las de ella y entre los besos que dejaba sobre su piel le susurraba para que se calmara—: Chist, Chist, quiero verte sonriendo, no tienes que sentirte así a mi lado, aunque si lo necesitas debes saber que puedes llorar en mi pecho todo lo que desees, eso sí, sólo si me prometes que luego me sonreírás como a mí me gusta. —Ella estaba inconsolable—. ¿Quieres contarme por qué lloras? Quizá si me lo cuentas, si te desahogas, te sentirás mejor. Sé que te he dicho que había tiempo para que habláramos, pero si lo necesitas, si tienes la necesidad, hagámoslo.

—Abrazame muy fuerte, Noah, necesito que todas las partes desgarradas que tengo se unan con tus abrazos, ahora sé cuán mágicos son. Tengo miedo.

—No debes tener miedo a mi lado.

—Lo sé, supongo que es cuando pienso en todo a lo que deberé enfrentarme...

—Estaré a tu lado acompañándote. Nadie, óyeme bien, Alexa —la cogió del mentón, obligándola a que lo mirase—, mientras yo esté a tu lado, nadie volverá a

hacerte daño ni te obligará a hacer algo que no desees.

—Siento mucho haber arruinado este momento.

—No has arruinado nada; por el contrario, lo has hecho más íntimo aún, me encanta que confíes en mí de esta forma, me encanta poder ser tu muro de contención.

—No quiero que sientas lástima por mí.

—¿Acaso crees que por eso estoy aquí contigo? ¿Tan poco te transmito? —La abrazó más fuerte, abrió las manos y le rodeó toda la espalda con ellas—. Si hay algo que tú no me provocas es precisamente ese sentimiento, te doy permiso a que pienses en cualquier otro, menos en ése; tú me suscitabas cariño, seducción, pasión, ganas de protegerte. Quizá al conocer tu historia tuve lástima por ti, pero ahora es diferente, ahora está naciendo un sentimiento que noto aquí. —Cogió su mano y la apoyó en su pecho; su corazón tamborileaba sin cesar—. Alexa, siento cosas por ti que realmente nunca he sentido antes por otra mujer. Sé que es muy pronto, pero sólo pienso en ti todo el día, estás metida en cada uno de mis poros. —La miró profundamente a los ojos—. Si tú te atreves, yo me atrevo; si tú estás dispuesta a intentarlo, lo intentamos.

Ella pegó el cuerpo al de él y tomó posesión de su boca, esa boca que acababa de decirle las palabras más bellas, las que toda mujer alguna vez desea escuchar. Sus lenguas tibias se acariciaron danzando y se convirtieron en ardientes deseos. Olivia se escapó del beso, estaba jadeante, y sobre sus labios le dijo:

—Sí, me atrevo, sí deseo intentarlo.

Volvieron a probarse, a confundir sus alientos y a interrumpir el paso del tiempo, en donde ellos se detenían para amarse, para saborearse y gustarse. Noah rodó sobre ella, separó levemente su cuerpo para acariciarle el rostro, para admirarla, porque ella era su princesa y él era el príncipe valiente que acudía a rescatarla, que entraba en su vida para que ningún conjuro maléfico pudiera alcanzarla.

—Lo lograremos, estoy seguro de que a tu lado encontraré mi tiempo perdido.

Ella asintió con la cabeza y enroscó las piernas en la cintura de él.

—No sé, Noah, cuánto tiempo habrás perdido, pero estoy segura de que no ha sido más que el que he perdido yo.

—No esperemos más, entonces, empecemos a recuperarlo.

Miller le mordió el labio inferior y se lo tironeó, ella se rio e hizo lo mismo.

—Amo tu boca, tienes una boca muy atractiva, detective Miller. Hoy no sonará el buscapersonas, en mitad de todo, ¿verdad?

—No, están apagados el buscapersonas, el móvil y he desconectado el teléfono fijo también. Tenemos toda la noche para nosotros.

—Eso significa... ¿que me cacheará toda la noche, detective?

—Pues necesito hacer un registro muy exhaustivo, el de esta noche es un procedimiento muy específico y trabajo solo, me han asignado como agente encubierto.

—¿Y piensa efectuar algún arresto?

—Espero que no sea necesario, sería muy desagradable que se resistiera a mi autoridad, porque puedo ser muy duro y agresivo. —Él cerró los ojos y se puso serio al darse cuenta de lo que acababa de decir—. Perdón, no he querido insinuar...

—Jamás te compares. —Le mordió el labio—. Sé que siempre vas a cuidarme.

—Siempre, que no te quepa la menor duda.

—Detective Miller —ella utilizó el mismo tono bromista de instantes atrás, quería retomar el momento—, quiero conocer su dureza, aunque ya tengo una idea de cómo es. —Movi6 la pelvis para frotarla contra su sexo, que pareció revivir—. Quiero conocer también toda su opresión, aunque también tengo noción de cómo es, pues en esta posición se siente muy bien todo el peso de la ley. —Él sonrió de lado—. ¿Sabe? Creo que me resistiré a su autoridad, porque quiero conocer el castigo que tiene para mí.

—Le aseguro que será el más placentero de los castigos.

—¿Más placentero que el que me ha impartido hace un rato?

—Puedo esforzarme un poco más y proporcionarle uno más placentero, voy a demostrarle que soy muy profesional y que sé lidiar con rebeldes.

—Entonces creo que me convertiré en su rebelde sin causa, porque quiero mucho más de ese castigo que he probado. Ahora sé que eso es todo lo que necesito para sentir que estoy viva.

Dejaron de hablar, ya no era necesario decirse nada más, necesitaban calmar con caricias y besos el fuego que surgía en ellos. Necesitaban aplacar las ansias, que los transportaban a un apasionado estado de embriaguez.

Noah comenzó a besar todo su cuerpo y fue dándole lametazos, mordisquitos, succiones, quería probarla toda. Mientras la besaba, admiraba la sedosidad de su piel, tersa, transparente, perfecta. Olivia se retorció ante cada roce, la boca inquieta de Miller se había apoderado de todos sus sentidos y era la culpable de toda su excitación.

Él le indicó que se diera la vuelta, que la quería boca abajo, pero Oli se tensó.

—¿Qué pasa?

—No quiero que veas mi espalda.

Él la miró sin entender, aunque algo intuyó. No pensaba forzarla a nada, hizo un repaso en su mente de las fotos que guardaba en su móvil, pero sólo recordaba moretones.

Volvió a tomar sus labios, la besó con ganas, con arrebatos, quería que olvidara, que se alejase del mundo cuando estaba con él.

Se arrodilló frente a ella, cogió una de sus piernas y la acarició de arriba abajo, comenzando desde el muslo, primero con la mano y luego con la boca, repitiendo la tarea con ambas. Cuando iba a continuar, Olivia, velozmente y de improviso, se sentó en la cama.

—Túmbate, también quiero darte placer.

Se subió a horcajadas sobre él y lo besó de la misma forma que Noah había hecho. Estaba tembloroso, muy receptivo; finalmente, ella fue bajando con sus besos hasta tomar su pene sin dejar de mirarlo con cierta picardía; primero pasó la lengua rodeando su glande y luego se lo metió en la boca. Lo succionó por un rato, hasta sentirlo inseguro, levantó la cabeza y lo miró.

—Ven aquí —dijo Noah.

Buscó rápidamente un condón y se lo puso. Ella gateó sobre su cuerpo y se acomodó sobre su sexo a la espera de que él la penetrara; el detective movió las caderas para enterrarse en ella punzante y sin demora. Se tomaron de las manos, Olivia bajó la cabeza para buscar su boca y descontrolados se volvieron a saborear al compás del balanceo de sus cuerpos, perdidos en la lujuria que emitían sus centros. No lograban quedarse quietos, arremetían con lascivia el uno contra la otra, gemían, gruñían, jadeaban mientras intentaban llegar al ápice de todas sus sensaciones, mientras intentaban llegar al éxtasis que sus cuerpos demandantes exigían.

Miller soltó sus manos y se aferró con fuerza a sus caderas, salió y volvió a enterrarse en ella, la cogió encajando los dedos en los muslos y le ordenó que lo mirase.

—Mírame. —Ella levantó la cabeza y se irguió sobre él—. Sedúceme —le ordenó mientras hundía mucho más las manos en su carne, para que ella arqueara más su cuerpo.

Olivia apoyó las manos sobre las de él y clavó la mirada en esos ojos café que le exigían placer; se movió con más arrobo sobre su pene mientras sus pechos danzaban acompañados.

—Ámame, Noah.

Él, extasiado, movió con más arrebato las caderas para hundirse más en ella, gruñó cuando sintió que Olivia estaba llegando al escalón más alto de sus sensaciones, notó cómo se tensaba y una serie de espasmos llegaron al pene. Se rio con deleite, sabiendo que ella estaba corriéndose y qué él era el artífice de todas sus sensaciones, en ese momento él también se tensó y entrecerró los ojos, dejándose ir al mismo tiempo que ella.

Olivia cayó sobre su pecho.

Sintiéndose aniquilado una vez hubo vaciado todo su esperma, Noah se aferró a su cintura y la rodeó con los brazos mientras la aprisionaba contra él, hundió la cara en su cuello mientras aguardaba a que sus alientos se apaciguaran. La besó.

—¿Estás bien? —se preocupó en saber.

—No podría estar mejor.

Se retiró de ella, pero permanecieron juntos unos cuantos instantes más, sin moverse; por fin Noah, con la respiración casi recuperada por completo, le habló:

—Me ha encantado. Eres increíblemente apetitosa. ¿Te has sentido cómoda?

Ella se movió y se puso de espaldas sobre la cama. Noah se tumbó de lado mirándola mientras le apartaba unos mechones de pelo que se habían cruzado en su rostro.

—Eres un prodigio, Noah.

—Uff, voy a estallar de soberbia.

Olivia levantó las manos y hundió los dedos en los mechones de su cabellera, luego las bajó y le acarició la boca.

—Gracias, detective. Después de haber probado su cacheo, creo que me resistiré mucho más a menudo a su autoridad.

Él bajó la cabeza, y le mordisqueó un seno.

—Y yo creo que me siento más orgulloso que nunca de mi profesión, porque tener bajo mi custodia a una rebelde sin causa como tú no es labor fácil.

Se rieron con ganas.

—Ahora sí que me muero de hambre, Noah. El desgaste físico y el alivio emocional han despertado desmesuradamente mi apetito.

—¿Y tu apetito se calma con comida?

—Uno sí, el otro sólo con tus besos y tus caricias.

—¿Sólo con besos y caricias? —Hizo un mohín muy chistoso.

—Para empezar me causa bastante alivio, pero luego debo confesar que no es suficiente.

—Me ha gustado mucho hacerte el amor.

—Y a mí me ha encantado que me lo hagas. Tu amor y unas sesiones de sexo son mágicos, y eso sí que calma verdaderamente mi apetito.

—Me moría de ganas de estar así contigo.

—Yo también.

—¿Tenías muchas ganas?

—Muchísimas, Noah Miller. No puedo creer que formes parte de mi vida y que me hagas sentir tan libre.

—Eso ha sido muy bonito.

—Tú eres bonito.

Él se rio pudoroso.

—Entonces ¿puedo quedarme tranquilo sabiendo que he superado tus expectativas?

Olivia le guiñó un ojo.

—Y yo, ¿he superado las tuyas?

Miller puso un gesto pensativo y ella abrió los ojos a la espera de la respuesta.

—Has traspasado todos los márgenes de sensatez, me has vuelto loco, muy loco. No sé qué haré para dejar que te levantes de esta cama, creo que te haré mi esclava sexual. —Le hizo cosquillas—. Amo el sonido de tu risa; a veces, antes de dormir, te imagino riendo a mi lado, y no sabes lo placentero que es.

—Detective Miller, cuando me habla así realmente me deja sin voluntad.

—Quiero enamorarte y que me enamores, quiero más, mucho, mucho, mucho, mucho más —dijo mientras la besaba por todas partes, en el rostro, en el cuello, en los senos, en el vientre.

—Es usted insaciable, detective.

—Tu cuerpo me hace sentir así. Pero debemos alimentarnos, así que te demostraré que aún me queda un poco de cordura y me iré a lavar, así podrás levantarte de la cama y asearte también. Luego calentaremos la cena, que aún nos está esperando, y después volveremos, y nos quedaremos así toda la noche, y te haré el amor hasta que me pidas que pare.

—Hummm, qué propuesta más cautivadora. Pero debo corregirte algo: nunca conseguirás que te pida que pares, eso sencillamente no está en mis planes.

Se besaron una vez más y luego hicieron lo que habían planeado.

Por la mañana Olivia se despertó primero, se sentó en la cama y lo miró dormir a su lado. Ese hombre se estaba metiendo en su vida poco a poco.

La tentación de acariciarlo era muy grande y se sintió impelida a hacerlo, pero no quería interrumpir su placentero sueño. Noah dormía profundamente con ambos brazos bajo la nuca y la boca ligeramente abierta, deseó reseguir con los dedos esos labios carnosos que tan bien la besaban. La sábana se había corrido levemente y dejaba escapar la desnudez de su cuerpo masculino, lo admiró de hito en hito, recorrió con la vista cada milímetro de su piel, posó los ojos en su sexo, ese sexo que se había abierto paso dentro de ella, devolviéndole todo el sentir que creía haber perdido al lado de Murray.

Se levantó de puntillas y se puso la camisa de Noah. Fue hacia el comedor y cogió su móvil del bolso; era temprano, pero quería llamar a Alexa. Su amiga tardó en contestar.

—Oli, ¿te has vuelto loca? Anoche salí y estoy muerta de sueño. ¿Has visto la hora que es?

—Aaaaaaaaah —gritó entre dientes.

—Mierda, ¿qué pasa?

—¡Soy feliz! Noah es un depredador, hemos estado haciéndolo toda la noche. No podía esperar a contártelo, me siento viva, me siento completamente viva y me siento la mujer más atractiva del mundo. Es un hombre increíble y muy experimentado.

—Mierda, mierda, ya me has espabilado. Ahora tienes toda mi atención. ¿Dónde estás?

—En el comedor de su casa, él aún duerme.

—Habla más fuerte, que no te oigo.

—No puedo, no quiero despertarlo.

—Pero me has despertado a mí, así que quiero detalles. Quiero saberlo todo. ¿Cuántas veces lo habéis hecho?

—Muchas... Ahora no puedo contarte, luego te lo explicaré todo, lo prometo, sólo quería compartir mi felicidad contigo.

—Te perdono que me hayas despertado porque te oigo muy feliz, pero no te salvarás de contármelo todo. Ahora sólo dime una cosa: ¿es una nueve milímetros o un calibre veintidós corto?

—Ni una cosa ni la otra, es una escopeta recortada con doble cañón. —Ambas se carcajearon—. Chist, que vas a hacer que lo despierte y necesito que recargue las balas, te aseguro que anoche usé hasta las de la recámara. —Volvieron a reírse.

—No puedo creer lo que estoy escuchando. Pero me agrada notarte tan feliz, amiga, ¡cuánto me alegro!

—¿Se nota demasiado mi alegría?

—No importa cuánto se note, lo importante es que estás verdaderamente feliz. Dime por favor que has hablado con él y que ya sabe que eres Olivia Moore, esposa del senador Murray Wheels.

Olivia se quedó en silencio.

—Te mato. Te mato, Oli, ¿por qué eres tan cabezona?

—Porque tengo miedo de que todo esto se termine, hace mucho tiempo que no soy feliz.

—No puedes edificar una relación sobre una mentira, ¿en qué mierda pensabas anoche mientras te follaba? Ya lo sé, no me digas nada: es más que obvio no pensabas. Pero, Oli, no dejes pasar más tiempo, tienes que sincerarte con él. No te entiendo, Noah tiene espalda suficiente para todo, para ti, para el senador y para todo el que se presente a dar batalla.

—Basta de sermones, Alexita, no te he llamado para esto, no me estropees la alegría.

—No es mi intención, sólo es que deberías hablar. Noah es muy comprensivo y te entenderá, pero no dejes pasar más tiempo. Mierda... ¿no te das cuenta acaso de que por cubrir tu verdadera identidad cada día cuentas más mentiras? Y lo que es peor, nos estás mezclando a todos en ellas; no decepciones a ese hombre, que no lo merece; si sigues mintiendo, quizá no pueda perdonarte.

—Lo sé, lo sé, pero ¿qué hago? ¿Por dónde empiezo? Tengo pánico de lo que pueda pasar, aún no estoy preparada para enfrentarme a Murray.

—Hace semanas que te fuiste de tu casa, debes comportarte como una adulta.

—Te prometo que cuando despierte hablo con él.

—Me parece bien.

—Te dejo, creo que me está llamando. Adiós, Alexita, luego te cuento.

—Suerte, amiga, verás que todo irá bien.

Olivia guardó el teléfono en su bolso y regresó al dormitorio. Noah, remolón, se desperezaba en la cama.

—¿Dónde estabas? —le preguntó adormilado.

Olivia tuvo ganas de tirarse encima de él y comérselo a besos, hasta recién levantado era extremadamente sexy, pero contuvo sus instintos, pues no quería que pensase que era una insaciable.

—He ido a beber agua.

—Ven aquí, acuéstate otra vez conmigo que aún es muy temprano para que nos levantemos.

Ella volvió a meterse en la cama y se acurrucó de espaldas junto a su detective, que no tardó en abrazarla y le besó la nuca hambriento.

—Me encanta el olor de tu pelo.

Ella aún llevaba puesta la camisa de él. Noah le acarició los pechos sobre la tela y los apretó en su mano al tiempo que la besaba en el cuello con habilidad; mientras la distraía con sus labios y desabotonaba la prenda, movió la mano para descubrir su piel a la vez que se pegaba más a su cuerpo, acomodando su sexo entre las nalgas. Mordió la redondez de su hombro.

—No quiero quitarme la camisa, Noah.

Él la hizo girar para que quedara frente a él.

—Quiero sentir tu piel en contacto con la mía. Intimamos mucho anoche, ¿recuerdas? ¿Qué es lo que no quieres que vea?

—Dame tiempo. Es difícil y doloroso mostrar eso.

—Estoy acostumbrado por mi profesión; además, no creo que sea tan desagradable, estoy seguro de que nada en ti es desagradable.

—Pero esto es mío, es algo que me duele mucho más allá de lo que me dolió en su momento. Odio mi espalda. —Estaba tensa y con los ojos acuosos—. Sé perfectamente que lo has tocado, pero no puedo, te pareceré una chiquilla pero no puedo.

—Tranquila, te he dicho que a mi lado tienes todo el tiempo que necesites para lo que sea, no quiero que te sientas forzada. —Le acarició la espalda de arriba abajo—. Todo lo curaremos juntos, si me lo permites, quiero que tu dolor sea mi dolor y ayudarte a que juntos lo hagamos desaparecer.

—Eres muy bueno.

—No soy bueno, es que tú me pones en un estado que ni yo mismo conocía de mi carácter. —Cambiando de tema para alejarla de los pensamientos tristes, le dijo—: No me ha gustado despertarme y no verte a mi lado.

—Lo siento. Por el contrario, yo me he quedado mirándote un buen rato; duermes con la boca abierta.

Sonrieron.

—¿Te burlas de mí?

—Eres guapo incluso cuando duermes, jamás me burlaría.

—Menos mal que no estaba babeando.

—¿Babeas?

Rieron a carcajadas.

—Creo que no, así que no te preocupes, me parece que no corres riesgo de despertar con hilos de baba en el pelo. —Siguieron riendo—. Te propongo algo.

—¿Qué?

—Un fin de semana alejados de todo y de todos. En mi trabajo tengo pendientes unos días libres, y si los pido estoy seguro de que no me los negarán. —La miró profundamente a los ojos—. Te propongo que nos vayamos a Austin, conozco un lugar donde podremos descansar y disfrutar juntos del fin de semana. ¿Qué dices? — Afianzó su abrazo—. Me encantaría que fuésemos.

Olivia no necesitó pensarlo demasiado y le dio enseguida una respuesta.

—Me parece estupendo.

Se besaron.

—Entonces déjame hacer unas llamadas y arreglarlo todo. Vístete para que vayamos a recoger tus cosas a casa de Tiaré.

Noah buscó su calzoncillo y se lo puso, salió de la habitación y encendió el teléfono móvil para llamar al capitán, quien de inmediato le concedió los días que le pedía. Luego hizo otra llamada.

—Harrison, soy Noah Miller.

—Buenos días, señor Miller, ¡qué sorpresa escucharlo! ¿Ocurre algo?

—Necesito el avión de la compañía para ir a Austin. ¿Puede encargarse de arreglarlo?

—Por supuesto, señor, me alegra que haga uso de sus bienes, su padre estaría encantado de verlo.

Noah no dijo nada ante el comentario de su empleado pero hizo una mueca de fastidio, porque ni él podía creer la llamada que acababa de hacer. Entonces se dio cuenta de que estaba tan loco por Alexa que hasta era capaz de comerse su orgullo y hacer uso de lo que había prometido no tocar jamás.

—Llame también a los caseros de la casa de Austin y avise de que iré acompañado, que abastezcan el congelador, me dejen un automóvil preparado para moverme por la ciudad y se tomen el fin de semana libre, no los necesitaré. Ah, y que alguien me vaya a buscar al aeropuerto; ocúpese, por favor.

»Otra cosa, no quiero que el personal de a bordo del avión se refiera a mí como el dueño de nada.

—Perfecto, señor, como usted lo ordene.

—Espero su llamada para que me indique el horario del vuelo.

—Me ocupo de todo y lo llamo en un rato.

Al mismo tiempo que él terminaba la llamada, Olivia salía del dormitorio ya lista. La besó y ella se aferró a su cintura.

—¿Todo bien?

—Todo perfecto, voy a cambiarme. —Le guiñó un ojo.

—Mientras tanto prepararé el desayuno.

—Sólo unos cereales con leche para mí.

—Eso no es un desayuno.

—Quiero salir cuanto antes a recoger tus cosas.

—Ansioso...

—Muy ansioso —le corroboró, mientras desaparecía dentro del dormitorio.

En el momento en que compartían el desayuno sonó el teléfono de Noah.

—Harrison.

Se levantó del taburete y caminó hacia la mesilla junto a la ventana, donde tomó nota de los datos que su administrador le pasaba.

—Perfecto, estaremos puntuales, gracias por todo. —Colgó la llamada y se dirigió a Olivia—. Todo arreglado, tenemos que estar en el aeropuerto a las 11.00, así que mejor será que nos demos prisa.

—¿Cómo has conseguido tan pronto un vuelo?

—Un buen amigo nos ha facilitado su avión privado y nos ha prestado su casa en Austin, que está vacía estos días. Vamos, apresúrate a terminar tu desayuno o se nos hará tarde.

Olivia terminó de beber su café y untó una tostada con mermelada que comió rápidamente, mientras Noah daba cuenta de sus cereales y se iba a preparar su bolsa. Al cabo de unos minutos, salió del dormitorio.

—¿Estás lista?

—Listísima —le dijo mientras se ponía su abrigo.

Salieron abrazados del apartamento rumbo al garaje y partieron.

Detenida en un alto dentro del coche, Eva repasaba lo mal que había empezado su día. Estaba contrariada y con un humor que ni ella aguantaba; saber que Noah se había tomado esos días y no lo vería la había puesto en un estado de enajenación que no lograba controlar.

Quería deshacerse de esos sentimientos, pues era consciente de que no tenía ningún derecho a sentirse así, pero parecía inevitable: cada día se le hacía más difícil trabajar a su lado. Si cerraba los ojos aún recordaba aquel beso. Noah era muy dulce besando, pero a la vez una fiera, se acordaba de cómo invadió su boca con la lengua y se sentaba con sólo imaginarlo; una punzada en la entrepierna le recordaba constantemente cuánto lo deseaba.

Sacudió la cabeza y golpeó el volante mientras se amonestaba por sentirse así. Miró hacia otro lado, intentando distraerse con el panorama, pero, para su sorpresa, de pronto se topó con el coche de Noah.

«Es él, estoy segura. —Los vidrios tintados no le permitían ver con seguridad, pero para ella la silueta del detective era inconfundible—. ¿Con quién está? Creo que es una mujer.»

El tránsito avanzó y la detective Gonzales comenzó a seguirlo cautelosamente. Dejó que la adelantase y ya no le quedaron dudas: la matrícula del deportivo era la del automóvil de Miller. Con precaución para no ser vista, los siguió hasta Glen Cove. Allí, agazapada, lo vio bajar del coche y tender una mano a su acompañante, y quedó pasmada al ver con qué consideración la trataba. Miller cogió por la cintura a Olivia, con un gesto que demostraba demasiada confianza entre ellos, se lo veía muy interesado y sin ningunas ganas de disimular. Los vio adentrarse en una casa, y decidió esperar a que saliesen para seguirlos de nuevo.

El detective Miller estaba tan embobado con su acompañante, que ni advirtió que los estaban siguiendo.

Finalmente Noah y Olivia partieron desde el aeropuerto La Guardia y, en poco más de tres horas, aterrizaron en el aeropuerto internacional de Austin-Bergstrom.

—Señor Miller, nos vemos el domingo a las seis de la tarde.

—Perfecto, seremos puntuales —le contestó al piloto, cuando se preparaban para bajar del jet.

Al salir de la terminal aeroportuaria, un coche con las iniciales IM, de las Industrias Miller, los esperaba para trasladarlos hasta Hill Country, pero Olivia no prestó atención al auto, sólo tenía ojos para Noah.

Llegaron a la casa, una villa de estilo italiano con los exteriores construidos en piedra y enclavada en lo alto de las colinas de Austin. Tenía unas vistas asombrosas al lago.

—¡Qué exquisitez de lugar! —exclamó Olivia, impactada por la naturaleza que la rodeaba.

—¿Te gusta?

—Esto es un oasis, verdaderamente, es un lugar increíble el de tu amigo —expresó entusiasmada por la geografía, mientras Noah ayudaba a Julián a bajar los

bolsos.

—Gracias, Julián, yo me encargo, no necesito nada más.

—¿Está usted seguro? Mire que a mi esposa y a mí no nos cuesta nada atenderlos.

Ambos se miraron entendiéndose.

—No es necesario.

—De acuerdo, en ese caso, que tengan una confortable estancia.

Noah se lo agradeció con un movimiento de cabeza y Olivia le dedicó una sonrisa amigable al sexagenario antes de que se retirara.

Entraron en la lujosísima casa, donde todo estaba silencioso y acomodado, tan encantador por dentro como lo era por fuera.

Miller dejó las bolsas apoyadas en la entrada, junto a la escalera de hierro y mármol. Ella ya estaba escudriñándolo todo, preparándose para salir al exterior de la casa, a disfrutar de las vistas desde las terrazas. Una vez allí admiró la piscina de borde infinito, el spa y la cascada, que se complementaban muy bien con el interior de la casa. Mientras miraba extasiada e inspiraba fuerte para nutrirse con el aire puro del lugar, Noah la sorprendió abrazándola desde atrás, abrió las piernas para afirmarse y aprovechó para dedicarse a besarle en esa parte del cuello y hablarle al oído:

—Apelo a que en este lugar te olvides del mundo, y que tu mundo desde hoy sea yo.

Ella se dio la vuelta y lo miró profundamente a los ojos, anhelante, levantando la mano para regalarle una caricia en la mejilla. Sus palabras la habían dejado tambaleando, pero entonces recordó las palabras de Alexa:

«Si sigues mintiendo, quizá no pueda perdonarte».

Un escalofrío le invadió el cuerpo y de inmediato intentó hablar:

—Tengo que decirte algo.

Él negó con la cabeza y su tono de voz sonó rotundo.

—Este fin de semana lo que menos quiero es hablar. Deseo muchas cosas —la miró con picardía—, pero te aseguro que en ninguno de mis planes está el que nos sentemos a hablar, al menos no ahora. Por cierto, ¿recuerdas que esta mañana ha quedado algo a medias?

—Pero es necesario que hablemos.

—Te he dicho que aquí nos olvidaremos del mundo exterior, crearemos uno únicamente para nosotros dos. Para eso hemos venido.

—Es muy tierno todo lo que me dices, pero creo que es necesario que sepas algo.

—Alexa, este fin de semana nada de recuerdos, nada que tenga que ver con el pasado, que se pueda entremeter entre nosotros. Déjame disfrutarte, déjame hacerte feliz. Prohibido hablar de cosas tristes.

Volvió a aprisionarla contra sí y le devoró la boca posesivamente. Cuando él la besaba ella dejaba de pensar...

Un teléfono sonaba insistente en uno de los cajones del escritorio de Wheels, pero él estaba enterrado en Samantha, a punto de conseguir un orgasmo, y aunque no quería parar sabía que si intentaban comunicarse con él a través de esa línea era por algo importante.

A regañadientes salió del interior de la joven.

—Vístete y márchate —le dijo.

—¿Qué?

—Que te pongas la ropa y salgas de mi despacho —ordenó casi gritándole.

—Pero...

—¿En qué idioma hablo que no entiendes?

Él ya se había subido los calzoncillos y los pantalones y se preparaba a atender la llamada.

—¿Qué sucede? —contestó tajante.

Se quedó escuchando lo que le decían, su rostro se transformó de inmediato y la ira en él fue claramente palpable.

—Un momento. —Tapó el altavoz y fulminó con la mirada a su amante—. Te he dicho que te des prisa, mueve el culo y lárgate de una vez.

La mujer se marchó de la oficina con un gesto obsceno, estaba que se la llevaban los demonios.

—Prosigue —ordenó furioso, dispuesto a seguir escuchando lo que le decían.

Después de oír algo que evidentemente no le gustó, pegó un puñetazo en el escritorio y el lapicero que estaba apoyado cayó, haciendo que todos los bolígrafos quedaran esparcidos en el suelo.

—Mantenme al tanto y no pierdas de vista el objetivo, en cuanto tengas noticias me avisas.

Colgó la llamada y tiró de malos modos el móvil en el cajón, que golpeó al cerrar, como si el mobiliario fuese el culpable de lo que le habían dicho. Se agarró la cabeza con las manos mientras intentaba poner en orden los pensamientos, pero estaba tan furioso que serenarse era imposible; por primera vez sentía que su imagen política estaba verdaderamente en juego. Dejó caer sus brazos y los apoyó sobre el escritorio, necesitaba sostener con ellos el peso de su cuerpo; con los puños cerrados se apoyó en la mesa haciendo presión, como si quisiera traspasar la madera. En aquel preciso instante, su vista se centró en el retrato que descansaba sobre su mesa, una fotografía de Olivia y él. La cogió entre las manos y la contempló por unos instantes: un raptó de ira incontenible se apoderó del correctísimo senador Wheels y, descargando su furia, la arrojó contra la pared.

—Me muero de hambre —le dijo Noah a Olivia.

Estaban en la habitación principal, abrazados en la cama con dosel entre la seda de las sábanas; acababan de hacer el amor.

—Te recuerdo que has renunciado a la atención del personal doméstico; yo en la cocina no soy muy buena y por lo que sé tú tampoco, así que te propongo que nos levantemos y veamos qué hay en el congelador, porque más que un bistec y una ensalada, hum, no creo que pueda preparar nada.

—Un bistec y una ensalada suena perfecto, yo te ayudaré. —Rodó sobre su cuerpo y la aprisionó con el suyo mientras le acariciaba la cara—. Te aseguro que no me importa que no sepas cocinar, eres una excelente amante y eso lo compensa todo; además, siempre podemos coger el teléfono y pedir comida a domicilio.

Mientras le hablaba reseguía sus pómulos y la angulosidad de su rostro angelical; delimitó con el pulgar su perfecta boca rosada y admiró sus ojos almendrados de largas pestañas; por último se inclinó y besó el lunar que Olivia tenía casi donde comienza la línea nasolabial.

—Pero eso no es sano, nada como la comida casera.

—Tú no eres sana para mi salud mental ni física y no me resisto, tampoco me quejo, así que la comida —hizo un movimiento despreocupado con la mano— es un pequeño detalle en mi organismo.

Ambos se rieron. Él le mordió el labio y le plantó un besazo. Luego se levantó para meterse en la ducha.

Estaba aclarando el jabón de su cabello cuando sintió que golpeaban la mampara de la ducha, se escurrió el agua de la cara y abrió los ojos: Olivia tenía los labios pegados al vidrio y Noah posó los suyos también para intercambiar un beso a través del cristal. Espontáneamente, Noah agarró la empuñadura de la puerta, abrió la ducha, y le dio la mano para invitarla a entrar. Olivia llevaba puesta una camisa de él y lo miró titubeante, pues la tentación era demasiado grande.

—Vamos, ven a ducharte conmigo. —Ella negó con la cabeza y tragó saliva; por más deseos que sentía de meterse con él se mostraba indecisa y consideró al instante que no había sido una buena idea aparecer por el baño—. Vamos, prometo cuidarte mucho.

Le guiñó un ojo, tentándola aún más.

Temblorosa, Olivia comenzó a desabotonarse la camisa, él sabía que suponía un gran esfuerzo y notó de inmediato lo tensa que se encontraba. Sintió angustia al verla tan indefensa y le dijo:

—Sólo si lo deseas, no quiero que hagas nada que no te guste.

Oli inspiró hondo y cerró los ojos, descubriendo los hombros y dejando caer la camisa al suelo. Tenía la respiración agitada y las piernas eran gelatina. Noah seguía con la mano extendida, esperándola pacientemente, y ella, tras desnudarse, abrió los ojos y se concentró en ese hombre que la tenía obnubilada por completo, se aferró a su mano, que estaba dispuesta a ofrecerle seguridad, y entró en la ducha. Se quedó mirándolo mientras recibía de su parte una sonrisa increíble. Miller, con sus fuertes y torneados brazos, envolvió la desnudez de su cuerpo y la puso a su lado.

Bajo el chorro de agua, con sus expertas manos, le peinó el cabello hacia atrás mientras ella se dejaba llevar; luego la apartó por un instante para coger el jabón y comenzar a deslizarlo por la extensión de su maravilloso cuerpo, la mantuvo frente a él, esperando que ella se relajara, no intentó darle la vuelta y eso la tranquilizó. Luego cogió el champú y le lavó con paciencia y mucha ternura todo el largo de su pelo, finalmente la enjuagó y mientras ella mantenía los ojos cerrados él la admiró con ganas, recorriendo ese rostro que cada día le era más conocido.

—Creo que estoy sintiendo cosas importantes por ti —le soltó sin pensarlo. Olivia abrió los ojos y los clavó en los suyos, escuchándolo con detenimiento—. Jamás he sentido esto por una mujer, así que creo que es amor.

A ella le encantó lo que estaba escuchando, le maravilló pensar que ese sentimiento que creía perdido podía ser posible.

—También creo que me estoy involucrando mucho; la intensidad de mis sentimientos cuando estoy contigo me hace pensarlo. En el instante mismo en que te acercas miles de mariposas recorren mi cuerpo, las siento tan sólo con que poses la mirada en mí. A veces ni siquiera es necesario que estemos juntos para experimentarlas, aparecen simplemente con pensar en ti.

Se besaron una vez más y, sin dejar de mirarse a los ojos, él acabó con la limpieza. Se sentía cuidada y protegida a su lado. Noah era atento y delicado y la hacía sentir una princesa de cuento en todo momento, pero le gustaba que también tuviera su personalidad. Olivia lo miró profundamente a los ojos y le dijo:

—Gracias por este baño tan tierno.

—Me ha encantado mimarte, la verdad es que es una faceta de mí que también estoy descubriendo.

Noah no presagiaba siquiera lo que Olivia había decidido. En aquel momento, cuando solamente pretendía que ella se sintiera confiada, se dio la vuelta para enseñarle su espalda.

El detective tragó saliva y cerró los ojos. Tenía aún la esponja en la mano y como acto reflejo la oprimió con furia, sintiendo en sus entrañas una impotencia infinita y, a la vez, una necesidad de hacer justicia. Era imposible ser escéptico, pues tenía ante sus ojos la comprobación absoluta de la flagelación que ese cuerpo había soportado.

Nublado por el odio, en un primer momento solamente pensó en maldecir, tuvo ganas de romper todo, de exigirle que le dijese el nombre de su ex para buscarlo y hacerle pagar con sus manos cada una de esas cicatrices. Pero entonces, en un raptó de cordura, supo que debía encauzar su postura, que debía reaccionar. Su expresión

era hostil pero no quería que ella lo notase, pues había sido muy valiente mostrándole lo que tanto dolor le causaba: se había deshecho de sus miedos para compartirlos con él.

Sacudió la cabeza sin que ella se enterase y le dio infinidad de besos en el hombro y en el cuello sin hacer ningún comentario. Olivia permanecía con la vista fija en las baldosas de la pared mientras él pensaba: «Prometo que me cobraré cada una de tus marcas, juro que conseguiré justicia por ti».

Noah cogió el jabón nuevamente para lavar esa parte de su cuerpo que antes había omitido para no incomodarla, se lo deslizó por la espalda intentando restarle importancia y esperando que ella se apaciguara. En silencio, continuó recorriendo cada estigma —porque eso era lo que representaban para ella esas cicatrices—, estigmas sobre su piel que le recordaban a cada instante lo que anhelaba olvidar.

Una cosa había sido verla con moretones, que tarde o temprano desaparecen, pero esas cicatrices eran un recuerdo constante de su dolor.

Prosiguió con la tarea de lavarla. Olivia permanecía rígida, podía advertirse en la tensión de su musculatura lo incómoda que se sentía y el enorme esfuerzo que le suponía mostrarse así, desprotegida. Cambiaba el peso de un pie al otro, evidenciando su indecisión de seguir ahí o volverse y que Noah dejase de compadecerse de ella.

—Esta noche iremos a la ciudad a cenar, conozco un buen restaurante. Quiero que te relajes y que no pienses en nada, porque aquí nadie nos puede reconocer, así que puedes estar tranquila. De todas maneras —le dio la vuelta para que lo mirase—, a mi lado nada ni nadie podrá hacerte daño nunca más.

Las palabras de Noah desataron un estremecimiento en su cuerpo. Olivia sintió claramente cómo se le crispaba la piel y él también lo advirtió. Levantó los brazos y se aferró a su cintura, palpando la musculatura de su físico y apoyando la mejilla en el pecho del detective, buscando el cobijo que le acababa de ofrecer con sus palabras. Noah no dudó en ratificarle lo expresado, cerró su abrazo rodeándole el cuerpo y la apretó más contra sí. Entonces Olivia no pudo contener más sus emociones, que se desataron como un huracán. Estalló en un llanto irrefrenable, mientras Noah no cesaba de besarle el pelo y acariciarle la espalda e intentaba consolarla recorriendo con las manos su omóplato, como si intentase borrar con sus caricias las laceraciones impresas en su piel.

Las sensaciones del detective eran una maraña de sentimientos encontrados; en sus brazos ella se mostraba como un ser indefenso, devastado por la arrogancia y la malicia de un hombre que se había atrevido a humillarla de todas las maneras posibles, hasta el punto de hacerla sentir despreciable y sin derecho a nada.

Olvidando la sensatez de demostrarle protección y consuelo, en ese momento ansió, nuevamente y casi sin poder contenerse, agarrarla de los hombros y exigirle el nombre de su exmarido; su esencia así lo exigía, su puesto como detective de la policía de Nueva York debía garantizar la seguridad de los ciudadanos de acuerdo a las órdenes de las autoridades políticas, y Olivia no sólo era una ciudadana del estado, también era su mujer, y las ansias por hacer justicia tenían un peso emocional inescrutables. Anhelaba que de una vez por todas ella se sincerase, para poder ir en busca del desgraciado que la había flagelado de tal forma, sentía cómo se le revolían los intestinos y se descubría ávido por hacer justicia.

«Hijo de puta, ya llegará tu hora. Y cuando llegue el momento, a ver qué valiente eres conmigo. Juro hoy ante esta mujer que tengo cobijada entre mis brazos que ese día llegará, y cuando me veas temblarás de miedo, sentirás tanto desasosiego como el que le has hecho sentir a ella. Ya veremos cuán hombre eres frente a un hombre de verdad.»

Buscó en su interior las palabras que esa dañada mujer necesitaba y esperaba mientras continuaba sollozando apoyada en la corpulencia de su pecho.

—Llora todo lo que necesites, desahógate, saca toda esa angustia y deshazte de ella por completo. Como te he dicho, en mis brazos también puedes llorar si es lo que necesitas para aliviarte, quiero demostrarte que a mi lado todo lo que anheles es posible.

—No tienes idea de todo lo que he pasado, nadie sabe las humillaciones que he tenido que soportar, ni siquiera mis mejores amigos lo saben, porque no todas las veces recurría a ellos; el terror que sentía en muchas ocasiones me paralizaba; por más que lo pienso y lo pienso, no entiendo por qué la vida se ensañó de esta manera conmigo. No es justo mirarme al espejo y que estas cicatrices me recuerden a cada instante el calvario que viví.

»He soportado insultos, humillaciones, siempre buscaba la forma para hacerme sentir insignificante a su lado. Me pegó con el puño cerrado, me dio bofetadas, patadas, me azotó con la hebilla del cinturón. ¡Dios! Parecía no existir forma de detenerlo, y se deleitaba de manera macabra golpeándome. Cuando todo comenzó yo le suplicaba que parase, y entonces tomaba conciencia ante mis súplicas y paraba, pero... —hablaba de forma entrecortada, entre sollozos y espiraciones, mientras Noah seguía abrazándola y conteniéndola en su abrazo—, pero en los últimos tiempos ya no había manera de detenerlo, solamente cesaba cuando veía que yo no tenía más aliento para suplicarle. Entonces me dejaba tendida, sin fuerzas, gimiendo de dolor, desgarrada por dentro y por fuera.

»El día que me encontraste —levantó la vista para hablarle mirándolo a los ojos; se sorbió los mocos—, ese día particularmente sentí el hedor de la muerte: pensé que me mataría, su rostro era mísero y perverso, más que otras veces. —Volví a refugiarme en su pecho, tiritaba como una hoja mientras se lo contaba—. Si en ese momento su teléfono no hubiese sonado no sé lo que habría pasado... por eso me fui, porque me di cuenta de que si me quedaba quizá hoy no estaría viva.

Noah cerró por un instante los ojos, imaginando lo que Olivia le contaba, y cada vez era más grande su ansia por convertirse en su justiciero. De pronto tuvo miedo de lo que iba a preguntarle, porque entonces no podría esperar más para encontrarlo. Ella estaba muy receptiva y parecía dispuesta a sincerarse de una vez.

—Contéstame con la verdad, no sientas vergüenza, por favor. —Le habló de una forma muy apacible, la cogió del mentón e hizo que lo mirase nuevamente—. ¿Te ha obligado a tener sexo? ¿Te ha violado alguna vez?

—No, te juro que no —contestó rápidamente sin dejar de mirarlo a los ojos—. Aunque cuando practicaba sexo con él era como si me estuviese violando —respiró fuerte y hondo—, ya no me tocaba más que para pegarme. Hacía varios meses que no practicábamos sexo —le ratificó para que no le quedasen dudas.

—Alexa... eres mi princesa.

Miller le acarició el rostro sin poder evitar compadecerse de ella, pero a Olivia no le importó; por el contrario, en ese momento lo agradeció.

—Realmente a tu lado me siento como tal, gracias. —Se besaron castamente—. Eres un hombre maravilloso, Noah Miller, jamás creí que pudiera sentir lo que siento a tu lado. Me tratas siempre tan bien, me haces sentir tan bien, eres tan atento. No quiero pasar nunca más por todo lo que he tenido que pasar.

»Siento terror, Noah, tengo mucho miedo... No quiero verlo, sé que es inmaduro actuar de esta forma y que en algún momento, tarde o temprano, tendré que verlo para resolver mi situación, pero no quiero hacerlo ahora, no me siento preparada en este instante. Necesito fortalecerme para no quedarme paralizada por el miedo cuando él vuelva a mirarme. —Olivia hablaba deprisa y casi sin aliento; desesperada, indefensa, no se molestaba en ocultar sus verdaderos sentimientos—. Abrazame fuerte, Noah, por favor, abrázame, no me dejes, no permitas que nada malo vuelva a ocurrirme.

—No lo permitiré, tranquila, mientras yo permanezca a tu lado ten la plena seguridad de que te protegeré. Nadie volverá a tratarte mal, nadie volverá a hacerte daño. Debes tener más confianza en ti misma, porque estoy seguro de que en tu interior hay una gran luchadora que es capaz de resurgir de entre las cenizas. Eres inteligente, una mujer preparada, y quiero que sepas que me siento muy orgulloso de ti, porque eres muy valiente y que te fueras de su lado lo demuestra.

»Las cifras de mortalidad por violencia doméstica son verdaderamente escalofriantes, pero... ahora no quiero que te sigas angustiando, intenta alejar y dejar todo atrás, yo te ayudaré a que pases página. —Hizo una pausa, y sin poder contenerse más le preguntó—: Dame su nombre. —La miró fijamente a los ojos. Ella se sintió aterrorizada—. Dame su nombre para que pueda hacer justicia por ti, por tantas mujeres que sufren como tú y no se atreven a decir basta.

—Nooo, no quiero, no quiero que intentes hacer nada, por favor, prométeme que no harás nada, te lo suplico, tengo miedo. —Lo cogió del rostro y lo llenó de besos en los pómulos y los labios, totalmente desesperada—. Prométemelo, Noah, por favor, prométeme que te mantendrás alejado de él.

—Tranquila, hermosa, tranquila, basta de angustiarte, no debes tener miedo por mí.

—Sí lo tengo, y tú también deberías, él es... —casi lo soltó todo pero se detuvo— una persona con muchísimo poder.

—¿Quién es tu exmarido Alexa, quién es?

Ella negó con la cabeza, no estaba dispuesta a pronunciar su nombre, no estaba dispuesta a poner en riesgo todo.

Se puso las manos en la cara y estalló en un llanto más profundo, estaba aterrorizada, temblaba desenfajada imaginando las cosas que podían suceder. Miller decidió darle más tiempo y no seguir presionándola, la consoló nuevamente, la protegió de inmediato con un abrazo cerrado, la azuzó para que supiera que a su lado estaba segura, y así, entre caricias y tiernos besos, ella comenzó a encauzar sus sentimientos, encontrando en su detective amparo y seguridad.

Terminaron sentados en el suelo; él la había acogido y tenía su espalda apoyada en su pecho y la rodeaba con sus fuertes brazos, meciéndola como a un niño mientras el agua caía incesante sobre sus cuerpos, lavando las penas, escurriendo las amargas y dejando el sabor de la posibilidad de que todo lo malo quedara en el pasado. Ella aún lloraba, pero no con la desesperación de instantes atrás; sus lágrimas se habían convertido en la única medicina al alcance de los brazos del detective, que parecían el lugar indicado para deshacerse de todos los malos recuerdos. Él la arullaba con paciencia, ansiaba que se tranquilizara a su lado, le acariciaba los brazos,

los hombros, el cuello, mientras su respiración se acompasaba. Con mucha ternura le peinaba el cabello, entendía que era necesario dejarla desahogarse, y ahí estaba él como una roca para ella, aunque por dentro solamente era un volcán a punto de entrar en erupción.

Miller percibía cómo el odio se acumulaba en su interior y en sus pensamientos, sólo ansiaba saber quién era el desgraciado que había dañado tanto a esa mujer, que ahora era la suya; le daría un tiempo más, sólo unos días, y si ella no se decidía a hablar buscaría datos por sus medios. No podía seguir con los brazos cruzados, no podía seguir sin hacer nada, porque ése no era él. Era consciente de que se lo había prometido pero todo tenía un límite y el de él estaba llegando a su fin.

—Ahora eres mi mujer y voy a tratarte como a una dama, de la única manera que mereces ser tratada. Te prometo que voy a resarcirte de todo y a hacerte muy feliz.

Los demonios de Olivia aún permanecían al acecho, pero Noah, con su inmensa paciencia y bondad, había logrado que se calmara. Le infundía confianza y la ayudaba a creer que una nueva oportunidad para ser feliz era verdaderamente posible a su lado. Pero aún no se sentía confiada ni preparada para enfrentarse de lleno a su pasado; solamente pensar en el nombre de su exesposo le helaba la sangre y le encogía el corazón.

Estaba en la habitación terminando de vestirse, Noah había bajado a beber un vaso de agua a la cocina. Lo hizo de un tirón y abrió el grifo del fregadero para enjuagar el vaso.

—Muchacho testarudo, deja eso, que bien puedo hacerlo yo.

—¡Josefina!—dijo espantado ante la aparición—. Casi me matas del susto.

Se acercó a besar a la mujer entrada en años que conservaba toda su elegancia. Sus ojos azules, con algunas marcas producto de la edad, lo miraban muy cariñosos. Miller le depositó un beso en la coronilla y la abrazó muy fuerte, demostrándole un gran afecto.

—Ni que fuera un espectro para que te asustes al verme. Estoy vieja, pero intento mantenerme. —Se tocó el cabello rubio.

—Estás hermosa, eres una viejecita muy guapa. Pero es que se suponía que no debías aparecer por aquí.

—¿Tan desagradable e impresentable es tu madrina? ¿Crees que sabiendo que estás en la casa no voy a acercarme a saludarte? ¡Como si te viera a menudo! Y no me llames vieja.

Le dio una palmada en el trasero.

—No seas protestona y no sugieras cosas que no son ciertas. No se trata de eso, es que la persona que me acompaña... no sabe que esta propiedad es mía.

—¿Y de quién se supone que es?

—De un amigo.

—¿Quién es esa mujer que te acompaña? Porque para que la hayas traído aquí y hayas roto tu promesa de no pisar nunca la casa de tu padre es obvio que se trata de alguien muy importante para ti.

—Mira que eres curiosa... Dime una cosa, que no me he enterado: ¿desde cuándo has cambiado de profesión? Que yo sepa el detective soy yo, pero parece que la investigadora eres tú.

—Mi Julián me ha dicho que es una mujer muy hermosa la que te acompaña, y que se nota además que es muy fina.

—Y no habrás tardado en llamar a mi madre para contárselo.

—Mira que eres bueno esquivando interrogatorios... No lo he hecho, no soy una chismosa. ¿No irás a ver a tu madre? Estás a un paso de Houston, y se apenará mucho cuando se entere de que has estado en Austin y no has ido a verla.

—No tiene por qué enterarse... —Arqueó una ceja mientras la miraba fijamente, en tono de advertencia.

—Aaah, no me pidas eso, yo nunca miento.

—Sé de sobra lo mucho que le mentías a mi padre para que no nos encontrara, y si mal no recuerdo, varias veces fue por expresa petición mía. ¿Acaso has olvidado las mentiras que le contaste cuando enfermó y comenzó con la búsqueda? El muy desgraciado intentaba lavar sus culpas. Hipócrita, después de renegar durante años de mi existencia.

—Pero eso fue porque a ti nada puedo negarte —intentó justificarse. Noah la miró de forma calculadora.

—Por esa misma razón no le dirás nada a mi madre y ahora mismo desaparecerás.

—Tramposo, cabezota y malcriado. Déjame al menos que os atienda durante vuestra estancia en Austin.

—Jamás. Que Julián y tú estéis en esta casa como caseros es porque os empeñasteis vosotros. Aquí es donde siempre habéis vivido y no hay nadie mejor para hacerlo, pero consentir que me atiendas como una sirvienta, ¡eso no lo permitiría ni loco!

Olivia entró en la cocina guiada por el bullicio de las voces.

—Aquí estás... —Sonrió mientras se plantaba a su lado.

—Sí, estaba hablando con la señora encargada del aseo de la casa, que muy gentilmente me estaba ofreciendo su ayuda. Alexa, ella es Josefina, la esposa del señor que nos fue a buscar al aeropuerto.

—Encantada, señora.

—Le aseguro que el gusto es totalmente mío, señorita.

Le extendió la mano y Olivia le devolvió el saludo con un cordial beso. Josefina, casi sin disimulo, la miró de arriba abajo, comprobando por sí misma lo guapa que era la mujer que acompañaba a su ahijado. Le había caído muy bien de entrada y se notaba a simple vista que era una persona con mucha clase, pero también sencilla, humana y muy simpática. Oli le ofreció una sonrisa verdaderamente generosa y le acarició el hombro para darle a entender que no se consideraba más que ella; eso terminó de conquistar a Josefina.

—Le estaba diciendo al señor que en realidad no me ocasiona ninguna molestia atenderlos.

Noah se encubrió un poco tras la figura de Olivia e hizo una mueca de desaprobación, amonestando en silencio a la mujer; esto fue suficiente para que ella entendiera; él entrecerró los ojos y movió la cabeza en señal de reprobación.

—No es necesario, Josefina —se adelantó—, solamente nos quedaremos unos pocos días y tengo planeado que Alexa conozca el lugar.

Olivia lo cogió del rostro y le dio un casto beso en los labios.

—Noah, hace frío para salir de esta hermosa casa, tan sumamente acogedora. Para conocer el paisaje y admirarlo me conformo con comer aquí y luego sentarnos frente a la estufa de leña en el mirador, disfrutando de la vista del lago y las colinas. Desde que llegamos que se me ha metido esa idea en la cabeza... —Hizo un guiño y juntó las manos a modo de súplica—. Acepto tu invitación para salir esta noche a cenar, pero... —miró alrededor e hizo un ademán con la mano— esta finca es demasiado hermosa como para no disfrutarla los pocos días que estaremos. Sabes que la cocina y yo no nos llevamos bien, así que me parece que deberíamos reconsiderar el ofrecimiento de la señora Josefina y permitirle que mañana nos haga un fabuloso almuerzo.

Él la miró a los ojos y adoró la manera en que ella lo miraba. Se sintió un elegido, su mirada era límpida, sincera y angelical; cómo negarse si se lo estaba pidiendo de una manera que era para comérsela a besos. En ese momento tuvo la indómita tentación de apoderarse de sus labios, pero si lo hacía, Josefina se horrorizaría por su lujuria y saldría corriendo a contárselo todo a su madre. Aunque las cosas iban bien con Olivia; sin embargo, todavía era muy pronto para presentarla, aún había muchos asuntos por resolver.

—De acuerdo, Josefina. Pero ustedes siéntense con nosotros a comer, como cuando está su jefe —dijo Noah hablándole de usted para disimular delante de Olivia.

—No, señor Miller, eso no. El jefe no está, así que no es necesario; además, no es ninguna regla insalvable.

—Oh, señora, de verdad no nos molestaría compartir la mesa con ustedes. Por lo que veo es la costumbre en la casa, así que... ¿por qué romperla? Mañana comeremos los cuatro juntos, y como la mesa del comedor es muy grande, mejor lo hacemos aquí, este lugar es más cálido.

—No, señorita, ¿cómo vamos a hacer eso?

—No hay discusión: o comemos los cuatro juntos o renunciaremos a su comida y nos iremos a un restaurante a almorzar solos. ¿Verdad, Noah?

—Así es.

A Noah le encantó la sencillez con que Olivia contestó a su madrina y sonrió satisfecho. Le había gustado la manera en que se había impuesto; le puso la mano en la cintura ajustándola contra su cuerpo y le besó el pelo mientras con disimulo le guiñaba el ojo a Josefina, demostrándole lo orgulloso que la compañía de esa mujer lo hacía sentir.

—Gracias, señorita, ambos son muy amables. ¿Por qué no me orientan y me dicen qué les apetecería comer? Se lo prepararé gustosa.

—¿Qué le parece si nos hace estofado de cordero con patatas, como la última vez que estuve aquí?

No era cierto que Noah había estado ahí, pero adoraba el estofado de su madrina y de pronto tuvo ganas de que Olivia lo probase.

—Me encantará complacerlo. ¿A la señorita le apetece comer lo mismo? No tiene más que pedirme lo que desea, su paladar quizá está acostumbrado a otras comidas.

—Me parece perfecto, un buen estofado se aviene con este clima. Si me conociese sabría que soy muy sencilla, aunque debo reconocer que el único sabor que no sustituyo es el de mi café favorito.

—En la alacena tiene su café, ¿lo ha visto?

—Sí, muchas gracias.

—A mí no me lo agradezca, agradézcaselo a él, que nos pasó el dato para que tuviéramos cuando llegasen.

Ella le cogió el rostro entre las manos y mirándolo muy de cerca le dijo:

—Gracias por el detalle de pensar en lo que me gusta. —Le besó la punta de la nariz.

Josefina supo al instante que el sentimiento que se profesaban era verdaderamente importante; se miraban con mucha ternura, más allá de sus ojos, porque cuando lo hacían se miraban el alma. Era la primera vez que veía a Noah tan entusiasmado con una chica, desde jovenzuelo siempre había sido un gran conquistador, y cuando trabajaba de modelo mucho más; pero jamás lo había visto así con ninguna conquista. En cambio, esta mujer realmente lo tenía prendado, se notaba lo embobado que estaba con ella.

«A cada cerdo le llega su san Martín», pensó.

—Bueno, ¿vamos? O no conseguiremos mesa y tendremos que hacer cola.

—Que disfruten de la salida.

Ambos le dieron las gracias. Noah le ofreció la mano a Olivia y la guio hacia la puerta.

—¿Ya estás lista?

—Sí, ahora me pongo el abrigo.

—Déjame decirte que estás guapísima.

La apartó sosteniéndole la mano y la alentó para que se volviera. Llevaba unos pantalones de antilope de color marrón y una camiseta de manga larga a rayas, en color natural, que se ceñía a su cuerpo descubriendo claramente la voluptuosidad de sus formas. En el cuello llevaba anudado un pañuelo a cuadros del mismo tono y acompañaba su estilismo con unos botines marrones de tacón que la hacían que se viera muy esbelta y elegante.

Noah la ayudó a colocarse una chaqueta de cuero y le alcanzó el bolso que había sobre el sillón.

—Gracias.

Olivia le dio un beso en la boca, mientras lo apesaba del mentón de forma sugerente.

—No te comportes así —la miró entre las pestañas observándola al detalle y concluyó que era la mujer más hermosa que jamás había visto—, porque ahora mismo lo que me apetece es no salir por la puerta y subir la escalera para apoderarme de tu boca y de todo tu cuerpo y dejarte sin sentido.

—Es muy seductora su propuesta, detective Miller, pero necesito alimentar mi cuerpo para poder ofrecerle en la cama lo que usted se merece, pues me consta que es muy exigente... —se acercó a su oído—... y esta tarde me ha dejado sin fuerzas. —Se apartó de él mirándolo a escasos centímetros, al tiempo que calculaba su excitación al oír sus palabras; notó claramente cómo cambiaba el ritmo de su respiración, y le fascinó saber que era la causante de que sus emociones afloraran—. Lléveme a comer y prometo que cuando regresemos lo compensaré por todo.

—Te tomo la palabra, creo que cenaremos muy rápido, ya tengo ganas de regresar.

Miller condujo hasta Arboretum Boulevard, un lugar muy cercano al centro de la ciudad y a tan sólo diez minutos de la finca. Tras aparcar el coche descendió y lo sorprendió una fría ventisca. Dio rápidamente la vuelta para ayudar con mucha gentileza a que su bella acompañante bajara del vehículo.

—¡Qué frío!

—Ha descendido la temperatura, creo que lloverá —la rodeó con el brazo tomándola del hombro—; apresurémonos.

Noah se sentía desorientado por momentos ante sus sentimientos, lo que esa mujer le producía no lo había experimentado con ninguna otra, pero de algo estaba seguro: no estaba dispuesto a frenar sus impulsos, ni mucho menos a escatimar sus sensaciones; le encantaba disfrutar luciendo con ella sin tener que preocuparse por ser reconocidos por alguien, aunque eso a él lo tenía sin cuidado, pero sabía que ella aún se sentía demasiado insegura y pretendía darle confianza. Comenzaron a alejarse del parking del restaurante y accionó el mando a distancia para cerrar el Cadillac ATS Coupé. Inmersos en su mundo, caminaron risueños y apresurados, ella agarrada de su cintura.

—Creo que ha sido una buena idea venir a Austin.

—Yo también lo creo, me encanta poder caminar a tu lado despreocupada.

—Muy pronto lo solucionaremos todo, y verás que no deberemos alejarnos de Nueva York para hacerlo.

Él se mostraba siempre muy confiado en lo que decía y le contagiaba el entusiasmo. Olivia quiso creer que tenía razón y, mirándolo fijamente, inspiró con fuerza para impregnarse de su aroma tan varonil.

Caminaron escasos metros hasta la entrada de Eddie V's, un lujoso restaurante con un ambiente muy parecido a los de Nueva York. En la entrada, Noah la cogió por la cintura y la acompañó con la palma de la mano para que entrase, muy pegadito a ella y sin perder el contacto. Por primera vez en su vida le agradó tener los medios suficientes para halagar a Olivia como él consideraba que ella merecía, y también por primera vez no renegó del dinero de su padre.

Después de hablar con el relaciones públicas se acercaron hasta la barra para tomar una copa. La parte del bar se veía imponente dentro del moderno local, donde destacaba una lámpara de formato ovalado montada sobre una estructura de acero y caireles que parecía suspendida sobre el amplio mostrador. Se sentaron en las sillas altas de madera oscura y respaldos de cuero mientras esperaban que se desocupara alguna mesa. Olivia echó una mirada general al sitio, que le pareció muy elegante y sofisticado. Sonaba un blues, y estaba segura de que conocía la canción, así que hizo un esfuerzo por recordar el título: *Little black submarines*.^{*} Miró el comedor del local, donde las mesas estaban vestidas con mantelerías blancas y bastante distanciadas unas de las otras, ofreciendo, según el parecer de Olivia, suficiente intimidad a los comensales para que las conversaciones no se mezclaran entre sí.

—¡Qué lugar tan fantástico!

—Verás que no sólo tiene un aspecto ostentoso, también se come muy bien.

En ese instante el barman se acercó para atenderlos, y se decidieron por un margarita para Olivia y un Lemon Drop para Noah.

—¿Te sientes cómoda?

—Especial —dijo acariciándole los labios—, así es como me siento, creo que ésa es la definición perfecta de cómo me haces sentir en cada instante.

Noah besó el dedo que reseguía su boca.

—Me alegra mucho que te sientas de esa forma, porque es lo que mereces.

—No sé si es lo que merezco, pero tú eres tan considerado que me lo haces creer.

—Debes dejar de sentirte insegura e invisible, hazme caso cuando te digo que tú brillas a dondequiera que vas.

—Es que el pasado muchas veces se apodera de mis ilusiones y no me permite conservar la esperanza, pero tú siempre te encargas de hacerme sentir perfecta.

Gracias, Noah —añadió con timidez. Dudó si continuar expresando lo que sentía, tal vez para él las cosas no eran de la misma forma, pero aun así tenía la necesidad de decirle cuánto significaba que hubiera aparecido en su vida—; a veces, cuando me quedo sola, mis pensamientos no tienen sosiego. —Bebió para aclararse la garganta y continuó—. Es verdaderamente asombroso cómo apareciste en mi vida, y aunque aún no logro deshacerme por completo de mis tormentos, a tu lado siento que todo es posible; tú me das fuerzas y me aferro a la esperanza, eres mi salvador de ojos marrones.

Él se acercó y le acarició la cara; la escuchaba con atención.

—No creo haber hecho tanto por ti, solamente te he tratado como era debido. Lo importante es tu determinación, tu entereza para salir adelante y la decisión de alejarte de lo que te hace daño. Creo que ha sido maravilloso que nos hayamos conocido, pero yo no te he salvado de nada, tú te has salvado a ti misma.

—No te desmerezcas, estoy segura de que sola habría claudicado en mi intento por alejarme de... —Frunció los labios, levantó la mano y bordeó de nuevo el contorno de su boca—. Perdóname, tal vez te agobio diciéndote todo esto y te cargo con una responsabilidad que no quieres llevar a tus espaldas; además, no quiero aburrirte.

—Nunca, óyeme bien, nunca más pienses eso, porque no es lo que he querido decir. Simplemente anhelo que des crédito a la maravillosa mujer que eres.

Ella respiró ruidosamente.

—Cuéntame de ti, Noah, siempre hablamos de mí, pero deseo saber de tu vida, que seguramente ha sido más bonita que la mía.

Él clavó la vista en su copa, delineó el borde con el dedo y lo llevó a su boca para chupar el azúcar que lo decoraba. Hizo una profunda inspiración, apresó con las manos la de ella, y se la llevó a la boca para darle un beso en los nudillos.

—Alexa, mi vida no ha sido tan fácil como tal vez tú te estás imaginando. —Había decidido sincerarse, de pronto tuvo ganas de compartir con esa mujer algunos de sus secretos—. Crecí en un hogar sin padre. —Levantó la vista y siguió hablándole a los ojos, mientras con el pulgar le acariciaba la mano—. Mi madre trabajaba muchas horas para poder mantenernos así que, de niño, siempre quedaba al cuidado de alguna vecina, pues la familia de mi madre había permanecido toda en Madrid y no sabían de nuestra situación. Mi hogar no fue un hogar normal, mi madre llegaba tan cansada a casa que nunca tenía tiempo para mí, y aunque suene a reproche no lo digo con esa intención; sé que hizo lo que pudo, y no la culpo por no ser una madre atenta y cuidadosa; criar a un hijo sola no es fácil, pero su cariño jamás me ha faltado.

Olivia lo escuchaba en silencio.

—Puedo imaginar lo duro que debió de ser para ella.

—Sí lo fue. Luego se casó, y Armand fue lo más parecido a un padre que he conocido, aunque él y yo nunca nos llevamos bien. —Lo dijo con pesar, pues en realidad le habría gustado entenderse mejor con él—. Desde un principio fui un niño difícil, yo tenía ocho años cuando apareció en nuestras vidas y jamás le permití que me dijese qué hacer, continuamente le recordaba que no era mi padre, y estaba convencido de que me apartaría de mi madre. De mayor comprendí que le tenía muchos celos; aun así, ese hombre tuvo mucha paciencia conmigo. —Esbozó una tenue sonrisa al recordar lo rebelde que había sido en su adolescencia, pero prosiguió con lo que estaba diciendo—. Creo que soportó tanto porque amaba mucho a mi madre. Cuando nació Nacary...

—La doctora.

—Sí, ella. —Tuvo un fugaz recuerdo de las circunstancias en que Olivia había conocido a su hermana, pero se deshizo de él tan rápido como le había llegado, no quería dejar que pensara en cosas desagradables—. Cuando nació yo quedé bastante relegado en el hogar, y aunque mi madre intentaba no hacer diferencias, siempre las hubo: yo era su hijo, pero no el de su esposo, y a medida que fui creciendo las diferencias entre él y yo fueron haciéndose más evidentes. Armand murió muy joven a causa de un accidente cerebrovascular y entonces nos quedamos los tres solos. Yo ya era bastante mayor y me tocó hacerme cargo de la familia hasta que Nacary terminó sus estudios.

—¿Y tu padre, Noah? Tu verdadero padre, digo.

—Uff, sabía que harías esa pregunta.

—No tienes que contestarla si no lo deseas. —Él respiró profundamente, mientras aclaraba en su cabeza qué decirle y qué no—. Tienes los mismos privilegios que yo: sólo lo que tengas ganas de contar.

Noah le cogió la mano y se la llevó hasta su boca para darle besos en la palma y la muñeca, mientras ella le ofrecía una sonrisa verdaderamente dulce ante el gesto.

—Mi padre era un malnacido, uno de esos tantos a los que no les importa nada y sólo usan a la gente para satisfacer sus deseos. Mi madre fue uno de sus caprichos, uno que tuvo consecuencias impensadas; como él le dijo una vez, la de ellos fue una relación con efectos colaterales. Ella no tenía lugar en sus planes y yo mucho menos, por eso quiso deshacerse de nosotros dándole a mi madre un cheque en blanco y haciéndole firmar documentos en los que estipulaba que jamás lo molestaría, pues había sido resarcida económicamente.

—Lo siento.

—No te preocupes, la vida se cobró con él cada uno de los desprecios que nos hizo.

En ese mismo momento, la conversación tan profunda que estaban manteniendo fue interrumpida por el camarero, que les informó de que tenían una mesa libre, lista y esperándolos.

Se acomodaron rápidamente y pidieron la comida con la misma prisa. Mientras esperaban que les sirvieran, se tomaron de la mano entrelazando los dedos; la imagen era la de dos enamorados perdidos que no podían dejar de estar en contacto el uno con el otro.

Finalmente les llevaron la cena.

—Ahora es tu turno, háblame de tu familia —dijo Noah mientras llenaba las copas con vino.

—Mi familia tiene una empresa naviera. La fundó mi abuelo materno, pero como no tuvo hijos varones y él consideraba que una mujer, o sea mi madre, no sería capaz de llevar adelante ninguna negociación, consiguió para ella lo que se dice un buen partido, para que se casara y se hiciera cargo del negocio familiar cuando él no estuviese. Mi padre es quien lo dirige todo. Lo de ellos fue un matrimonio arreglado a medias, y aunque mi madre se enamoró perdidamente del exitoso y guapo ingeniero que siempre fue mi padre, jamás le habrían permitido escoger otro.

—¿Y tu padre la quiere?

—Su matrimonio es bastante raro, jamás los he visto discutiendo, pero tampoco los he visto prodigándose una caricia. Con los años todo fue enfriándose, o realmente nunca hubo una llama verdadera. Mi padre es un hombre de mucho carácter, pero aun así se podría decir que se llevan bien. Con nosotros, porque tengo un hermano, no ha sido de esos padres omnipresentes, la empresa siempre lo ha absorbido mucho, y mi madre... tampoco ha sido muy cariñosa; ella se cuida mucho, y sintió pánico por perder la figura en cada uno de sus embarazos, así que, una vez nos tuvo, una niñera la ayudó con nosotros para que ella pudiera ocuparse de recobrar su imagen tan preciada; es de esas mujeres que temen al paso del tiempo y pasan más horas frente al espejo de lo normal. No es una mala madre, pero debo reconocer que no ha sido la mejor, siempre se ha mostrado algo desapegada; le enseñaron que las mujeres sólo se ocupan de organizar al personal de la casa y otras cosas banales acorde a la posición económica que tienen. Adora su círculo social sobre todas las cosas. Lo más importante para ellos es el qué dirán y conservar su estatus, en eso no hay concesión. Ahora que lo pienso, no sé de quién heredé mi carácter sumiso, porque mi madre a lo único que ha consentido es a casarse, aunque como mi padre le gustaba eso no representó mayor esfuerzo para ella.

—Todos tenemos personalidad —la animó—, sólo que a algunos nos cuesta más que a otros encontrarla. A veces resulta más cómodo esperar que otros tomen decisiones por nosotros. Pero siempre hay un momento en la vida en que debemos hacernos cargo de las propias, y es entonces cuando nos damos cuenta de que somos mucho más capaces de lo que creíamos.

—Tu madre ha hecho un gran trabajo contigo, eres un gran hombre, y además muy guapo; seguro que se siente muy orgullosa de ti. Y por cierto —ladeó la cabeza y entrecerró los ojos—, ¿qué opina de tu trabajo?

Él se rio levemente.

—Obviamente, no está de acuerdo.

—Creo que tu madre y yo nos entenderemos, pues no comprendo por qué escogiste esta profesión habiendo tantas otras. —Noah siguió riéndose mientras le acariciaba la mano—. No te rías, realmente sufro a diario esperando que me llames y respiro aliviada cuando oigo tu voz.

—¿Tanto te importo?

—Y yo, ¿te importo?

—Mucho, nena. Mira, hay dos cosas que no se pueden ocultar: estar borracho y estar enamorado. Te lo he dicho en la ducha: creo que mis sentimientos por ti se están convirtiendo en algo muy importante. Pero no me has contestado: ¿tanto te importo?

—Muchísimo, Noah, eres todo lo que alguna vez imaginé. Eres un hombre increíble y un gran amante, a tu lado he vuelto a sentirme viva y absolutamente mujer. Me importas mucho, tal vez demasiado, tengo miedo de que te canses del gran problema que sé que soy y me dejes.

—Tú no eres un problema, eres mi hermosa realidad, la que quiero vivir, la que no perdería ni dejaría por nada del mundo.

Se miraron ilusionados a los ojos, y en ese momento acudieron a retirar los platos.

—Me ilusiona mucho todo lo que me dices, me haces sentir valiente, a tu lado pienso que podré con todo.

—Seré tu roca, Alexa, estaré a tu lado para apoyarte. —Sus miradas se hicieron aún más profundas. Finalmente Noah rompió la magia—. ¿Deseas tomar postre? ¿O prefieres que vayamos a un bar a beber la mejor cerveza de Austin?

—Vayamos por la mejor cerveza de Austin, quiero hacer cosas que dejé de hacer hace mucho.

—Perfecto, déjame pagar la cuenta.

Salieron a la calle, y el frío viento de la noche de Austin los volvió a sorprender arrebolando sus rostros. En ese mismo instante ella, importándole muy poco el clima, extendió las manos al cielo y gritó:

—¡¡Estoy viva!!

Noah, contagiado por su arretrato, la cogió entre sus brazos y la alzó haciéndola girar. Rieron como locos, hasta que finalmente la dejó en el suelo.

Preso de una emoción incontenible, la agarró de la nuca y de la cintura, acercándose a su boca con gran necesidad de apoderarse de ella. Olivia también se aferró a él, disfrutando verdaderamente de la aproximación y de esos brazos que la sostenían en plena calle. Ella cerró los ojos esperando el dulce contacto de sus labios, y se entregó al arrobamiento que sabía que sentiría al probar su boca, porque ya lo conocía. Entonces, expertamente, él le rozó primero los labios con los suyos, tentándola, y ella abrió los ojos queriendo protestar, pero Noah estaba decidido a estirar el momento. Tras ofrecerle una sonrisa que decía «también deseo tu boca», sacó la lengua y le humedeció los labios. El efímero contacto fue más que suficiente para hacerla estremecer. Miller se sintió sumamente viril: Olivia potenciaba todas sus sensaciones; tenerla en sus brazos, gozar de su belleza, de su inteligencia y poseer su cuerpo era a cada instante más perfecto. Sin más tardanza, después de aguzar los sentidos, levantó una ceja y sonriéndole maliciosamente apresó su boca, bebiéndola por completo, mientras con la lengua acariciaba locamente la de ella. Se separaron sin aliento y volvieron a regalarse dulces sonrisas.

—Vayamos por nuestra cerveza, te llevaré a un lugar muy mítico de Austin, espero que te guste.

—Seguro que será estupendo.

The Ginger Man no estaba lejos, a tan sólo quince minutos de donde se encontraban. Cuando entraron, el ambiente era bastante ruidoso y estaba casi a tope. Olivia se quedó fascinada con el lugar, y lo que más le impactó fue la larga barra con infinidad de cervezas para elegir; era uno de esos bares con historia, un clásico de Texas.

Se sentaron muy juntos en un lugar apartado en el área de sofás, uno de los pocos que quedaban libres; habían pedido una pinta de 512 IPA, una clásica cerveza texana de color ámbar.

—¿Te gusta el lugar?

—Me encanta, además, en mi vida he tomado una cerveza tan rica como ésta.

—Creí que dirías que la compañía es lo que más te gustaba.

—Eso no es necesario decirlo, sabes que no existe mejor compañía para mí que tú. —Se dieron un beso.

—Creo que mi entrepierna te reclama.

—Noah... —Ella miró hacia todos lados, ruborizada.

—Dame otro beso.

La cogió por la nuca y volvió a reclamar sus labios, atrapándolos en su boca. Olivia sintió que una fascinación los envolvía y se dejó llevar por el erotismo que ese hombre le provocaba, se olvidó de todo, del lugar donde estaban, de la gente que los rodeaba y disfrutó de su aliento, de su sabor.

—Definitivamente... —Noah le cogió la mano y se la apoyó en su abultada cremallera—, mi bragueta está en apuros a causa de tus besos.

Ella miró para ver si alguien los observaba, pero todo el mundo parecía ensimismado en lo suyo, así que no quitó la mano, lo contempló con lascivia y jugueteó con sus dedos ansiosos sobre ella.

—Terminemos pronto la cerveza, creo que mi cuerpo también reclama el tuyo.

Ambos se rieron. En ese momento, un grupo que se presentaba esa noche en el lugar comenzó a cantar *I'm a man*,* de Bo Diddley, y Noah se la tarareó al oído.

—¡Detective Miller! —Olivia se acercó al oído para hablarle—. Es usted una caja de sorpresas, no sabía que cantara tan bien.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, un día de éstos te daré un concierto para ti sola. Ahora mi plan es otro, ya te lo he dicho: en una hora a más tardar quiero estar perdido en ti.

—Pues terminemos pronto nuestras cervezas.

Mientras terminaban las bebidas, Noah pasó el brazo por encima del respaldo y le dio unas sutiles caricias en el hombro. Con la otra mano tamborileaba su pinta al ritmo de la canción y a ratos se acercaba al cuello de Olivia para besarlo. Ella estaba muy alegre y entusiasmada; escucharon dos canciones más y se marcharon.

Llegaron a La Soledad, que era como se llamaba la finca. Olivia estaba muy risueña, pues la pinta de cerveza y el vino con que habían acompañado los mariscos habían revitalizado su humor.

El enorme recibidor de la mansión los acogió en la fría noche de Austin, proporcionándoles de inmediato cobijo y bienestar. Noah tenía toda la intención de ir directo hacia la planta superior.

—¿Qué pasa?

—Voy por un vaso de agua fría, creo que el alcohol se me ha subido un poco.

Olivia cerró los ojos, frunció la boca y se tambaleó, demostrándole que estaba algo nublada y volátil.

—Te acompaño.

Caminó a su lado cogiéndolo de la cadera, entraron en la cocina y Noah, en un movimiento que no le causó mayor esfuerzo, la cogió por la cintura y la sentó sobre la mesa de la isla central.

—Quédate aquí, ya te traigo el agua.

Olivia esperó paciente, apoyando las manos en el mármol, mientras seguía con la mirada todos los movimientos de su detective. Se quitó la chaqueta que llevaba puesta y la dejó caer al suelo, pues la calefacción no la hacía necesaria y la visión de su hombre mucho menos. Cuando Noah se acercó se encontró con una mirada lasciva; la subyugaba hasta tal punto que a ella le parecía irreal sentir los calores que sentía en pleno otoño. Con desparpajo, se pasó la lengua por los labios y luego cogió el vaso que él le ofrecía. Se bebió el agua de un sorbo. Cuando la acabó dejó el vaso apoyado en la encimera y abrió ligeramente las piernas en actitud seductora llamando a Noah para que se acercara a ella.

—Vayamos a la cama, ayúdame a bajar —le dijo mientras él se situaba en el hueco que ella le había hecho entre sus piernas.

Miller tenía toda la intención de hacer lo que ella le pedía, pero con tan sólo posar las manos en su cintura sintió cómo su sexo cobraba vida propia. Se acomodó entre sus piernas y bajó las manos hasta las caderas, tomándola con fuerza de ellas y situándose de manera que, al afirmarla contra su cuerpo, Olivia pudiese sentir lo excitado que estaba. Ella tenía las manos apoyadas en sus hombros, ladeó la cabeza para echar el cabello hacia un lado y ofrecerle su cuello. Noah resopló como un toro bravo y se cobijó en su cuello mientras inhalaba como un poseo su olor, sacó la lengua y le dejó unos besos húmedos en él. Olivia lo cogió del rostro con ambas manos y lo admiró; presa del ardor que Noah desataba en ella, de manera poco delicada le acarició los labios con el índice y fue suficiente para que él tomara su boca. Le mordió los labios, los succionó sin sutileza ni cortesía, los consideró suyos, exclusivos, los arrebató como quiso.

De pronto se encontró con sus manos acariciando desmedidamente sus pechos y gimiendo en su boca. Alocado, sediento, borracho de tanto placer, cogió la camiseta por abajo y se la quitó, admiró sus pechos, que se transparentaban bajo el encaje del sujetador, y los deseó de manera irrefrenable. Olivia comprendió su mirada cargada de erotismo, llevó las manos al cierre de la espalda, desabrochó la prenda y con un movimiento muy sensual la deslizó por sus brazos dejándola caer al suelo. Noah se relamió y apresó uno de sus senos con la boca, acarició el pezón con la lengua en todas direcciones hasta que la oyó gemir y suplicar de apasionamiento. Levantó la cabeza para mirarla con lujuria. Presa de esa mirada mordaz y del trato despiadado que habían recibido sus pezones, ella levantó las manos para quitarle la camisa y comenzó a desabotonarle los botones con urgencia, pero éstos le parecían interminables; él la ayudó con los de la manga y acabaron rápidamente de quitársela, ansiaba regresar al lugar que había abandonado. Volvió a apresarle los pechos con las manos y los labios y se perdió en ellos.

Cautivo de su frenesí, de pronto la tumbó sobre la encimera, provocándole una sacudida en el cuerpo por el contacto con el mármol helado, pero los besos apagaron el estremecimiento y el ardor regresó. Miller, con sus versadas manos, resiguió el largo de sus piernas hasta quitarle el calzado y subió hasta la cremallera para desabrocharle el pantalón. Ante la urgencia que sentía por poseer a esa mujer, volvió a invadir su boca y finalmente, sin dejar de besarla, consiguió desabrocharle los pantalones; ella lo ayudó levantando las caderas y en un solo movimiento le quitó también las bragas. Noah disfrutó del placer extraordinario que tenía ante sus ojos: Olivia desnuda sobre la encimera era un alborozo inacabable.

Se maravilló de las formas de su cuerpo y vagó con la mano definiendo las curvas que se manifestaban ante él mientras ella se retorció con su tacto. Ipso facto, Noah comenzó a desvestirse, se quitó las Converse sin desanudarlas y a tirones se despojó de los vaqueros. Sus bóxeres estaban a punto de explotar, su erección era sumamente manifiesta.

La cogió de las nalgas y la situó en el borde del mármol, le levantó ambas piernas dejándola expuesta para él y se agachó ligeramente para lamerla. Con la lengua, le rodeó los pliegues de la vagina, repasándola una y otra vez; luego la tensó para acariciarle el clítoris hasta casi hacerla estallar en un orgasmo. Intentando moderar su excitación, se apartó y se quedó mirándola unos instantes, disfrutando de su belleza. Finalmente se deshizo de los calzoncillos, que se deslizaron por sus piernas hasta los tobillos, se ayudó moviendo los pies y los hizo a un lado.

Con bravura, cogió su erección y la situó en el acceso que Olivia le facilitaba; ella se mostraba mansa y serena. Lentamente se introdujo en ella mientras se aferraba con las manos a su cuerpo. Como un prefacio de lo que vendría, ambos sintieron la magia al entrar sus cuerpos en contacto; Noah entró y salió varias veces mientras Olivia arqueaba su cuerpo para encontrarlo en cada embate. Sus sexos eran una conjunción extraordinaria, parecían Saturno y Júpiter en plena alineación en el solsticio de invierno.

Se fusionaban a la perfección, con armonía y en sincronía. Sus cuerpos se sentían como en medio de una profecía: lo que allí estaba ocurriendo no se trataba de astronomía, ni astrología, ni geomancia, tampoco de genética, ni medicina; era más bien un proceso de física cuántica, la unión perfecta entre la ciencia y la espiritualidad del deseo que ellos sentían.

Siguieron contoneándose, construyendo en sus entrañas con perfecta fricción el aniquilamiento, que llegaría de un momento a otro; podía verse por el inminente arrobamiento de su piel, estaban indefectiblemente a punto de encontrar el alivio ansiado. Sus miradas eran intensas, oscuras, sus sensaciones estaban todas centradas en el acoplamiento de sus cuerpos. Después de varias embestidas más, de cambiar el ritmo por momentos y retomarlo por otros, se dejaron ir, se entregaron al placer inconmensurable que sus cuerpos les proporcionaban y llegaron a un orgasmo mortífero que ya no pudieron ni quisieron detener. Olivia gritó su nombre mientras le exigía que no parase; Miller, ronco y poderoso, emitió un clamor mientras se descargaba en ella. La baño con su panacea y se consumió de placer.

Satisfecho, y casi sin restos en su cuerpo, el detective se dejó caer sobre el pecho de su amante, ansioso por recobrar el aliento. Olivia, agradecida por el momento compartido, lo acarició hundiendo los dedos en su cabello, luego bajó las manos y las pasó por su espalda una y otra vez, hasta que sintió cómo la respiración de ambos comenzaba a calmarse. Consciente de que no podía seguir en esa posición, ya que la cocina no era el lugar más indicado para estar así, Noah le dio un beso en medio de los pechos y se retiró de ella.

En ese preciso momento él cayó en la cuenta de lo que había ocurrido. El pánico se hizo evidente en su rostro y no pudo ocultarlo.

—¿Qué sucede? —preguntó ella alarmada.

—Perdón, nena, no sé qué me ha pasado.

—Noah, no me pidas perdón, ha sido maravilloso.

Se sentó en la encimera y él la ayudó a bajar. Olivia fue por papel de cocina para limpiarse, mientras Noah, aún pasmado, seguía sin moverse.

—¿Por qué te arrepientes de lo que ha pasado? A mí me ha parecido hermoso.

Ella estaba aferrada a su cintura, mientras él sólo atinaba a agarrarse la cabeza.

—Es que... —Miró su sexo—. No me he puesto preservativo, ninguno de los dos nos hemos detenido. Lo que he hecho es sencillamente imperdonable, parezco un inexperto que no ha pensado en las consecuencias y que solamente se deja llevar por el deseo.

Ella, entendiendo su preocupación, comenzó a reír.

—Tranquilo, detective, sé que usted y yo somos personas sanas.

—Alexa, no es solamente por eso.

Ella lo miró pensativa.

—Deja de angustiarte, no estoy en mis días fértiles.

—Aun así, es una falta de responsabilidad.

—Te aseguro que no me has dejado embarazada.

—No me lo perdonaría.

—No tendrás que perdonarte nada, sé lo que te digo.

Olivia le resigió las facciones del rostro y le acarició el entrecejo para que suavizara el gesto de preocupación.

Abandonando su abrazo, maldijo no haberse detenido, pues ella sí se había dado cuenta de lo del preservativo; ahora toda la magia del momento anterior se había perdido. Se inclinó, cogió la camisa de Noah y se la colocó mientras él se ponía el calzoncillo.

—¿Cómo te protegías con tu ex? ¿Tomas la píldora? —Noah seguía preocupado.

—Hace unos años él se hizo la vasectomía.

—¿No pensasteis en tener hijos?

Olivia, mientras comenzaba a caminar para salir de la cocina, emitió una honda espiración.

—Cuando nos casamos, imaginábamos el momento de tener una familia propia y soñábamos con eso. —Noah la seguía, subían la escalera—. Luego su profesión lo absorbió tanto que él decidió que no era conveniente que por el momento tuviéramos descendencia, pero yo ansiaba ser madre. Así que me quedé embarazada a propósito.

Noah se frenó en seco y la agarró por el codo.

—¿Tienes un hijo?

Olivia lo miró estudiando la expresión en su rostro. Y le contestó con voz muy firme:

—Si tuviese un hijo estaría a mi lado, jamás me habría ido sin él. —Él la miró y se sintió apenado por haberle hecho esa pregunta—. Estaba de poco más de tres meses cuando sufrí un aborto. Necesitaba ser madre, cada día me sentía más sola. Sé que no estuvo bien la decisión que tomé por mi cuenta.

—Lo siento.

—Luego él se operó, porque quería esperar a que nos asentáramos para tener familia, y como ya no confiaba en mí...

Siguieron ascendiendo en un incómodo silencio y entraron en el dormitorio principal evitando mirarse.

Ambos se metieron en la cama y observaron el techo, cada uno sumido en sus pensamientos. Olivia se dio la vuelta y colocó la cabeza sobre su pecho; él la abrazó de inmediato.

—¿Sigues preocupado?

—Sí.

—Tienes razón, no hemos sido responsables, pero conozco mi cuerpo y te repito que no estoy en mis días fértiles; en cuatro días me toca el periodo, así que no hay de qué preocuparse, de verdad. De todas formas te comprendo, aunque lamento que se haya arruinado el bonito momento que hemos pasado.

—Yo también lo lamento. Es que no entiendo cómo me he dejado llevar de esa forma.

—No seas tan duro contigo mismo, nos ha superado el instante.

—Ésa no es una razón de peso.

—Deja de angustiarte. Comenzaré a tomar la píldora para que no nos vuelva a pasar, pero soy muy regular y mis ciclos siempre son de veintiocho días. ¿Quieres que busquemos en internet cómo se calculan los días fértiles?

—No es necesario.

—Pero te dejaría más tranquilo.

—No se trata solamente de mi tranquilidad, sino de que siempre he criticado a mi padre por no cuidar a mi madre y mira lo que he hecho yo ahora.

—Chist, no te agobies. Tú no eres él.

—Por supuesto que no soy él, jamás dejaría un hijo tirado, aunque tú y yo no terminemos juntos.

Olivia se aferró con fuerzas a su cuerpo, la asustó pensar en que ellos podían dejar de estar juntos. Hacía poco que se conocían, pero su cuerpo ardía a su lado, sus entrañas, que antes estaban adormecidas, habían vuelto a despertar, a vibrar: él la hacía sentir mujer, amiga, amante y muy deseada.

—Supongo que tienes razón, no es seguro que sigamos juntos.

Noah notó la angustia en sus palabras.

—Eh.

Se movió para quedar frente a ella, pero Olivia fue más rápida y se puso de pie saliendo de su abrazo. No estaba segura de sus emociones y no quería que todo terminase así; debía ser consciente de que en realidad sólo estaban en una antesala de apasionamiento y no podía bajo ningún punto de vista exigirle más compromiso.

—¿Por qué te apartas de mí?

Noah se había levantado tras ella, que permanecía junto a la ventana. Olivia cogió aire y decidió mirarlo a la cara.

—No me hagas caso, regresemos a la cama.

—Quiero que me digas qué te pasa, sabes que puedes decírmelo todo. —La miró a los ojos, infundiéndole confianza.

—Es que... no es lógico que me sienta así; sé que es muy pronto, pero...

—Vamos, no des más vueltas y dilo.

—No me ha gustado pensar en que podíamos alejarnos, pero entiendo que apenas estamos conociéndonos.

—Tampoco pienso en alejarme de ti, tampoco lo quiero. Hoy te he dicho que siento cosas importantes y no te he mentado, pero al decir que no sabía si terminaríamos juntos me refería a que no tenemos todas las respuestas a lo que pueda ocurrir en el futuro.

—Lo sé, no soy tan necia, solamente me he sentido insegura, no me hagas caso.

La acogió con ímpetu mientras sus brazos se cerraban en su cuerpo; Olivia, gustosa, se acurrucó en ellos. La escasa luz nocturna que entraba por la ventana iluminó a los amantes, que se cernían en un abrazo interminable, un abrazo que ninguno deseaba que acabara. Para ambos era muy reconfortante sentir el calor que sus cuerpos irradiaban, y se resistían a abandonarse. Olivia levantó la cabeza y la tiró hacia atrás para encontrar la mirada de Noah. Un rayo de luna iluminaba sus ojos y reverberaba su mirada ambarina, una mirada que expresaba lo mismo que sus cuerpos: necesidad, cariño, ilusión.

—Vamos a acostarnos, la noche es fría para que estemos quietos aquí.

—Me gustas demasiado, Noah, me siento viva a tu lado.

—Ven conmigo.

La cogió de la mano y la guio hacia la cama. Sus vidas estaban desordenadas por las emociones que experimentaban, todo cambiaba, y a ratos esto los pillaba por sorpresa y no sabían cómo lidiar con los sentimientos que surgían.

Incluso Noah se sintió descolocado al pensar que su esposo realmente había sido muy importante en su vida; le causó dolor saber que lo había sido hasta el punto de querer tener descendencia con él. Intentó deshacerse de esos pensamientos, no era ninguna novedad que ella había tenido un pasado, así que para qué agobiarse cuando él pretendía ser su presente y su futuro.

Se dijo finalmente que debía centrarse en eso.

De madrugada, Olivia se removió buscando el calor del cuerpo de Noah. Estiró las manos mientras escudriñaba el espacio, pero se sintió muy sola en la enorme cama. Algo aturdida, sin saber a ciencia cierta cuánto había dormido, buscó su móvil para ver la hora. Se frotó los ojos y se extrañó de que él no estuviera a su lado.

Aunque Miller había intentado restarle importancia al descuido de no haber usado preservativo, sabía que se había quedado preocupado, así que supuso que por

eso no estaba durmiendo junto a ella. Se levantó y salió del dormitorio, siguiendo el sonido de las notas de un piano, bajó la escalera y entró en la sala: allí estaba él, con una copa de ron apoyada en la tapa mientras tocaba y cantaba. Olivia se asombró de lo bien que lo hacía y lo escuchó en silencio intentando no interrumpirlo, pasó a hurtadillas y se acomodó en el sillón, donde se sentó recogiendo las piernas.

Abrazada a ellas, apoyó el mentón en las rodillas para oírlo con más comodidad. Estaba prendada oyéndolo cantar *She Will Be Loved*.^{*} Lo hacía abstraído, mantenía los ojos cerrados y se dejaba envolver por la melodía y la letra de la canción. En cierto momento, presintiendo su presencia, abrió los ojos y la vio, la miró fijamente y siguió cantándole sin despegar la mirada de la de ella, que le sonreía henchida.

Miller empezó a cambiar el gesto de su rostro y también comenzó a sonreírle. Olivia se acercó y se apoyó contra el piano provocativamente. Quería dejarlo terminar, pero era una gran distracción, y cuando culminó la canción Noah abandonó las teclas del piano y acarició sus curvas, recorriéndolas con las manos. Ella iba vestida con una camisa que había recogido del suelo antes de salir de la habitación, y él se encargó de quitársela y dejarla en ropa interior. Palpar su cuerpo era afrodisíaco; la sentó sobre el piano y comenzó a saborearla con los labios, desnudándola por completo.

—No tenemos preservativos aquí.

—Chist, tú no te preocupes por nada, yo me encargo de todo.

Sintió unos labios que le besaban la mejilla, y unas dulces caricias vagaban por su abdomen y ascendían por sus pechos, acunándolos. Las manos no vacilaban en sus movimientos: sabedoras de lo que hacían, se acometían a la tarea de acariciarla. Olivia abrió lentamente sus ojos marrones y los clavó en los de Noah.

—Buenos días.

—Hola...

Las manos del detective seguían deambulando por su cuerpo, recorrieron su plano abdomen, sus armoniosas caderas y sus torneados muslos; ávidas, regresaron a sus pechos atrapando un pezón entre los dedos. Excitado y con una increíble erección matinal, Noah reptó en la cama para mirarlo con los labios. Lamió el pezón mientras lo rodeaba y arrancó de la garganta de su chica suaves jadeos que inundaron la mañana de Austin. La entrepierna de Olivia se humedeció de inmediato, buscó restregarse en él, buscó el roce perfecto y lo encontró enseguida en su sexo, que estaba erecto y preparado. En ese momento un gemido salió de la garganta del detective, terminando en un soprido parcialmente contenido. Su aliento erizó los pezones de Olivia, provocándole un hormigueo en todo el cuerpo.

—Qué hermoso despertar —dijo ella con voz grata y dulzona.

—¿Te gusta?

Noah bajó la mano, la que antes acunaba su pecho, y la llevó hasta su pubis, acariciando su hendidura.

—Mucho.

—¿Cuánto es mucho?

—Demasiado.

—Hmmm, ¿realmente esto te parece demasiado? —Le preguntó deslizado uno de sus dedos en su interior—. Porque si es demasiado puedo detenerme.

—No, por favor, no pares —le rogó con la voz entrecortada y cogiéndole la mano para que no la quitara—. Me he expresado mal, no quiero que pares.

Siguió acariciándola, moviendo los dedos casi al punto de terminar con su sano juicio. Olivia encorbaba la espalda y él disfrutaba viéndola, le encantaba ser quien desencadenara su enardecimiento. Sin dejar de acariciarla y de entrar y salir de ella con sus intrépidos dedos, la besó en la boca con ansia, jugó con su lengua, se enredó con la de ella saboreándola, hurgando, invadiéndola con la suya.

—No puedo dejar de desearte.

Noah le hablaba sobre su boca entre lametazos lascivos. Su lengua y sus manos estaban llevando a Olivia al límite.

—Me estás haciendo perder la razón.

—Es lo que quiero, volverte loca, que me desees, que no puedas vivir sin mis caricias, sin mis besos, quiero que sientas lo mismo que siento yo.

—Lo has logrado, entonces, porque siento que no podría vivir privada de esto que me das.

Olivia se movió dejándolo de espaldas, apartó su pelo hacia un costado y se arrodilló sobre él. Inclinando la cabeza, desenfrenada y atrevida, cogió su erección con la boca, la atrapó con ella envolviéndolo con los labios.

Noah soltó un jadeo ronco y oscuro, y los gemidos penetraron en las paredes de la habitación hasta que le rogó que se detuviera.

Abandonó su postura y se situó sobre el cuerpo de ella para hacer uso de su experiencia y hacerla gozar; la penetró con todo el control que consiguió y, con urgencia, se enterró en ella y comenzó a moverse dándole fuertes empellones, que empezaron siendo suaves y ondeantes y pasaron a ser furiosos e intempestivos; ambos jadeaban y clamaban de gozo, se movían en sincronía para encontrarse.

Amalgamados, fundidos de pasión, se meneaban aunados con el único fin de avivar el placer.

Súbitamente Noah se detuvo abandonando su interior; su control había llegado al límite de todo. Sabiendo que no podría más, se estiró sobre su cuerpo para coger del cajón de la mesilla de noche un preservativo, que con apremio y desenvoltura rasgó con los dientes.

—Tomemos precauciones —le dijo mientras lo hacía rodar por su miembro.

Expectante, jadeante y ardiente, Olivia lo miraba, se mordía los labios mientras se retorció esperando.

Miller retomó la posición y se situó sobre ella para comenzar nuevamente con la tarea. Entró y salió varias veces, su mirada estaba clavada en Olivia mientras sus brazos sostenían el peso de su cuerpo para no aplastarla, aunque en realidad eso era lo único que deseaba, aplastarla con todo su cuerpo, hacerla sentir que era él quien estaba sobre ella y dentro de ella.

Una sinfonía de jadeos y gemidos habían invadido el dormitorio, los amantes lujuriosos se contoneaban inmersos en la pasión que sus cuerpos experimentaban.

—Noah, voy a correrme.

—Espera, aún no —dijo mientras salía de su interior.

—Por favor.

—Un momento, preciosa, ten paciencia, un momento.

Él se puso de lado y la movió con sus fuertes brazos haciéndola girar para le diera la espalda. Se detuvo por un instante mirando las laceraciones. Pasó su palma abierta acariciando ninguna en particular, hasta deslizarla por toda la espalda, y le habló al oído mientras situaba nuevamente su miembro en la hendidura.

—Voy a hacer que te olvides de todo lo malo por lo que has tenido que pasar, con mi cuerpo voy a curarte de todas tus heridas, de las visibles y de las que ocultas en tu alma.

La empotró nuevamente, la promesa estaba formulada y no se detendría hasta cumplirla. Mientras reseguía con la mano la curvatura de su silueta, apoyó la palma en la cadera sintiendo cómo ardía su piel, la ensambló contra él dándole un empellón y con la mano descendió por su muslo para tomar su pierna, sosteniéndola en alto para enterrarse más adentro. Olivia giró la cabeza para encontrar sus labios.

Ambos jadearon en la boca del otro y usurparon sus alientos, mientras el éxtasis soñado los envolvía.

Llegaron a la culminación, a la explosión de todas sus emociones, al pináculo de cada uno de los embistes sucedidos en ese lapso, y se dejaron absorber por el arrobamiento de sus cuerpos y sus entrañas, en el que cada uno conseguía la paráfrasis mágica del placer, consumado en el orgasmo.

Noah la abrazó con fuerza, y permanecieron muchos minutos en esa posición, mientras él le depositaba interminables besos en su espalda.

—Hmmm, detective, ¿sabe qué creo? Que me encanta el despertar que ha elegido para el día de hoy.

—A mí me ha fascinado despertarte de esta forma. —Intentó moverse.

—No, quédate así un ratito más, no salgas de mí.

—Creo que puedo complacerte, no me supondrá demasiado esfuerzo y menos si me lo pides así.

El teléfono de Noah sonó, interrumpiendo el estado mágico en el que se encontraban.

—Por fin me contestas, te he dejado mensajes de voz, anoche me salía directamente tu contestador.

—Lo siento, no he revisado nada.

—¿Dónde estás? Ayer fui a tu casa.

—No estoy en la ciudad, estoy en Texas.

—¿Has ido a visitar a tu madre?

—No.

—¿En qué andas, Noah? ¿No puedes hablar o me da esa impresión?

Mientras hablaba con Brian, Noah se levantó de la cama y se dirigió al baño. Bajando el tono de voz, le informó a su amigo:

—Estoy con Alexa en Austin.

—¿En Austin? Mierda, esto sí que no me lo esperaba. ¿No me digas que estás en la casa de tu viejo?

—Sí —contestó cortante.

—Entonces, lo de esta nena va en serio.

—Te lo dije.

—Sí, me lo dijiste, y si mal no recuerdo, te aconsejé que te apartaras de ella; una mujer casada no hará más que complicarte la vida.

—Está separada y pronto se divorciará. Ella quiere terminar todo vínculo con él.

—Ok, ok, entonces veo que tendré que buscar por otro lado.

—¿El qué?

—Tenía dos angelitas estupendas para salir esta noche. Tú te las pierdes, te aseguro que son como comerse un jamón de pata negra.

—Paso, por ahora no cuentas conmigo.

—Te oigo y no lo creo. Mi amigo de andanzas me abandona, realmente me cuesta creer que hayas caído en las garras de una mujer. A ver cuándo me la presentas, que tendré que dar mi valoración de sus tetas y su culo.

—Mira, si quieres conocerla mejor que vayas quitándote esos pensamientos de la cabeza; no tienes permitido mirarla como imagino que la mirarás, si no ni lo sueñes que te la presentaré.

—Pero tú estás más grave de lo que pensaba. Estás embocado con esa mujer. Jamás me has escatimado a ninguna de tus chicas.

—Alexa no es una de mis chicas. Quiero algo serio con ella, no es una mujer como las que tú y yo estamos acostumbrados a follarnos para quitarnos las ganas.

—Estás susceptible, ni que fuera Teresa de Calcuta. Ha estado casada, así que lo que sabe no lo ha aprendido contigo precisamente.

—Eres un capullo de mierda.

—Uff, cómo estás, veo que el amor te ha dado fuerte, y confieso que ya estoy intrigado por conocerla: pero te advierto, el culo y las tetas se los voy a mirar, porque los ojos se han hecho para eso.

—Más te vale que sepas estar en tu sitio.

—Ya he entendido que no es una de las chicas que estamos acostumbrados a compartir, así que quédate tranquilo. Cuando regreses organiza algo para que la conozca. Quiero descubrir a la mujer que ha hecho que mi amigo rompa todas sus promesas y haya ido a Austin.

—Deja de burlarte, cuando llegue a Nueva York te cuento, ella no sabe que esto es mío.

Brian se rio con sorna.

—Eres un bastardo. Bueno, no quería decir eso, pero lo eres con todas las letras.

—Ya lo sé.

—Y si ella es tan importante para ti, ¿por qué mierda le has mentido?

—No lo sé. Te dejo, cuando llegue a Nueva York te llamo.

—Yo sí lo sé: eres un idiota que no termina de aceptar lo que te dejó tu padre. Disfruta de todo sin sentirte culpable, no seas tonto, con lo que os hizo pasar ese viejo de mierda en tu niñez y adolescencia a ti y a tu madre, merece que te malgastes cada céntimo de su fortuna.

—*Ciao*, Brian, no quiero seguir hablando.

Lo cortó, en ese momento Olivia entraba en el baño para meterse en la ducha.

Se ducharon juntos.

Mientras bajaba la escalera, sus pensamientos vagaron y repasaron la relación que estaba construyendo junto a esa mujer, que como Brian decía lo tenía embobado. Había llegado a la conclusión de que ella era la indicada, la que siempre había esperado, la que estaba escondida en sus sueños y en sus pensamientos.

El aroma a tocino lo alegró al entrar en la cocina, estaba de muy buen humor.

Noah sorprendió a Josefina desde atrás, le dio un beso en la mejilla y le quitó la espátula de la mano para ayudarla con el desayuno mientras esperaba a Olivia, que se había demorado.

—¿Qué haces?

—Te ayudo. Con el desayuno me llevo bien, más no me pidas.

—¡Buenos días!

Olivia entró en la cocina unos minutos después, también se mostraba de muy buen humor. Noah se dio la vuelta para admirarla y le guiñó un ojo.

—Buenos días, señorita Alexa.

Josefina miraba a uno y a otra sin poder disimular la alegría que le causaba ver el entusiasmo de ambos.

«Creo que le haré una llamadita a mi querida Ana, no podré guardarle el secreto a mi ahijado; mi amiga no me lo perdonaría.»

—Siéntate a la mesa, que ya lo llevamos todo —le indicó Miller.

Noah y Josefina llevaron a la mesa lo que faltaba.

—Venga, Josefina, siéntese con nosotros. ¿Dónde está Julián?

—Me encantaría señor, pero tengo cosas que hacer. Mi Julián anda arreglando el jardín, la mala hierba parece una plaga y no se puede desatender. Yo iré a echarle una mano con los rosales, de éstos me encargo yo. —Noah agitó la cabeza y le sonrió con cariño—. Que disfruten del desayuno.

Su ahijado la miró reprendiéndola por no haber querido quedarse, pero aun así la dejó ir.

—¿Qué quieres que hagamos? ¿De verdad no quieres que salgamos a dar un paseo?

Olivia se estiró por encima de la mesa y le dio un besazo ruidoso en medio de la boca.

—Deseo quedarme aquí contigo, no quiero ir a ningún lado, al menos hoy no —dijo mimosa—. Ya veremos los próximos días, si nos aburrimos podremos buscar diversión extra.

—Diversión extra... hummm sé cómo conseguir diversión extra sin salir de aquí: nos encerraremos los próximos días, nos vamos a entretener mucho y te prometo que sin caer en el hartazgo, al menos por mi parte sé que no voy a hartarme. Lo único... ven aquí —la llamó agitando el índice y ambos se levantaron acortando la distancia por encima de la mesa—, es que tendré que ir al centro comercial —le hablaba tan cerca que su aliento la excitó— a por una provisión extra de preservativos, porque con el plan que me he forjado en la mente los que he traído no serán suficientes.

—Creo que tu plan me gusta mucho, ve a por eso mientras yo termino de recoger estas cosas.

—No quiero que hagas nada.

—Tranquilo, detective, mis anillos no se caerán por lavar unos pocos trastos sucios —dijo estirando y sacudiendo las manos.

La marca en su dedo anular evidenciaba aún que ahí había habido una alianza. Noah le cogió las manos y sin decir nada se las besó.

—Dime una cosa: ¿hace mucho que conoces a Josefina? —preguntó Olivia.

—¿Por qué haces esa pregunta?

—Porque tienes un trato muy familiar con ella. No es que me molesta, ni que crea que no debes tenerlo porque sea la criada, en realidad me intriga.

—Me encanta lo perceptiva que eres. —Entrelazaron las manos—. Josefina y mi madre son buenas amigas. Ella trabaja aquí desde hace muchísimos años.

—Ah... o sea que a través de ella conociste a tu amigo, al dueño de esta casa.

—Sí, todo fue a través de ella.

«Lamentablemente, que mi madre conociera al desgraciado de mi padre fue a través de ella», pensó.

—Y tu amigo, ¿dónde está?

—Tiene una empresa de desarrollo y diseño electrónico, por esa razón viaja mucho y casi nunca está en la ciudad.

—¿Y hace mucho que lo conoces? Debe de ser un gran amigo para dejarte su casa con todas estas comodidades y poner a nuestra disposición su avión privado para que los usemos a gusto y *piacere*.

—Mi amigo es muy buen amigo, y muy generoso.

Habían terminado de desayunar. Noah no quería seguir con ese tema, realmente era algo de lo que no se enorgullecía y negarlo era como demostrar que él no era el dueño de todo aquello, así que se levantó y decidió engatusarla hablándole de otra cosa.

—Es verdad que iré a la ciudad a comprar lo que te he dicho, porque no es broma, en casa no tenemos suficiente cantidad, y además quiero ir a por unas cervezas de las que bebimos anoche, sé que te gustaron y a mí me apetecen. Me he dado cuenta de que echaba de menos tomarme una buena cerveza texana y no había reparado en ello en Nueva York.

—Tómate todo el tiempo que necesites, te estaré esperando.

—¿No prefieres venir conmigo?

—No, me quedaré aquí, estoy algo perezosa hoy, aunque eso no significa que no te vaya a echar de menos. Además he visto una biblioteca muy interesante.

—En ese caso... —se acercó peligrosamente a ella, hasta casi rozarla con los labios mientras la cogía por la cintura—, creo que iré solo, así cuando regrese tendrás muchas ganas de mí.

—Siempre tengo ganas de ti.

—Si no fuera porque no tengo muchos preservativos, te juro que no me iba. Por cierto... —le mordió el labio y bajó las manos hasta sus nalgas y las apretó con fuerza, mientras la unía más a su cuerpo. Ladeó la cabeza y miró la encimera de la isla de la cocina— anoche fue muy excitante lo que pasó aquí; ¿tú qué opinas?

—¿Me creerías si te digo que jamás había sido tan osada?

Él se quedó mirándola, estudiando sus palabras. Sin permiso y presa de un gran arrebató, la besó con fuerza, con verdadera sensualidad mientras hurgaba su boca con ímpetu y violencia. Sin aliento y sólo porque las voces de Julián y Josefina los interrumpieron, se apartaron el uno de la otra. Como Noah tenía una magnífica erección, cogió a Olivia por detrás y se escudó en ella para que no lo notasen; ella estaba ardiente y avergonzada por la incómoda situación en que habían sido sorprendidos, pues el beso y las caricias en ese instante eran realmente escandalosos.

—Perdón... —dijo Josefina mientras se le escapaba una risita.

Noah la miró, se la quería comer cruda, y Julián le dio un codazo sin disimulo.

—Afuera hace frío, pero haciendo las tareas realmente no se siente. Veníamos por un refresco, y como estamos acostumbrados a estar solos...

—Tranquilo, Julián, nosotros ya nos íbamos, la cocina es suya.

Noah cogió a Olivia de la mano y la sacó de ahí.

Salieron riéndose, como si fueran dos adolescentes pillados in fraganti.

—Gracias por todo lo que me estás haciendo vivir, incluso por este abochornamiento. Creo que mi vida ha vuelto a tener sentido a tu lado.

—Ahora me voy, pero cuando regrese me lo agradecerás como corresponde, porque te aseguro que la erección que has provocado no se calma sólo con palabras bonitas.

—No pierdes ninguna oportunidad.

—Jamás, siempre que pueda tener tu cuerpo y calmar mis ansias, así será.

El teléfono de Olivia sonó, era la verdadera Alexa. Cogió la llamada y, mientras ella hablaba, Noah se despidió, pero antes le llenó el cuello de besos; luego partió hacia la ciudad.

—He ido a casa de Tiaré y me he encontrado con que te fuiste de viaje con Noah. ¿Cuándo regresas? Podrías haberme avisado.

—Lo siento, serán sólo cinco días. Todo surgió de improviso, me lo propuso y no me pude resistir. Alexita, me siento tan feliz.

—Ya era hora de que te atrevieras a vivir. Necesitaba contarte algo, por eso fui hacia allá.

—¿Ha pasado algo? ¿Acaso... Murray anduvo por allí?

—Olvidate de ese desgraciado, bórralo de tus pensamientos.

—Lo intento, te lo juro, sólo que aunque ahora todo sea cupido y flechazos, sé que tendré que regresar a la realidad y enfrentarme a él. Quiero divorciarme.

—¡¡Guau!! Dime que no estoy soñando. Me parece que tu detective te tiene muy contenta, porque si no no me explico este cambio y que estés tan decidida a dejarlo todo atrás.

Olivia se había alejado de la sala, no quería que nadie la escuchase al hablar. Aunque afuera hacía frío y ella estaba algo desabrigada, salió a la terraza en busca de un poco de intimidad para poder charlar tranquilamente con su amiga.

—Noah es maravillosamente sexy, apasionado, atento y me calienta como nunca creí que un hombre podría calentarme.

»Con Murray jamás tuve el sexo que tengo con él. ¿Sabes?, es muy imaginativo.

—Ay, Oli, necesitabas una buena sacudida y por lo visto el detective te está dando de lo lindo.

—Pero no se trata solamente de sexo. Noah me trata como si fuera de la realeza, con respeto, me valora, me hace sentir importante, me hace sentir una persona.

—Eres una gran mujer, no creo que le cueste demasiado esfuerzo tratarte así. ¿Dónde estáis?

—En Texas, en la casa de un amigo de Noah. Dime, ¿qué era lo que me querías contar?

—Estoy preocupada por Edmond, anda muy deprimido.

—¿Por qué?

—No me lo ha dicho, pero creo que otra vez se ha peleado con Curt.

—Dios, Ed está como yo: no quiere convencerse de que esa relación terminó hace tiempo.

—Lo sé, pero es que a mí no me habla, por eso quería que saliéramos los tres y que intentaras averiguarlo. Realmente no sé cómo ayudarlo, se cierra en banda, se sume en sus problemas y no me permite penetrar la muralla que levanta, ni siquiera intenta desahogarse conmigo, pero yo sé que no está bien. Ya sabes cómo soy yo, y él también sabe que no tengo tacto y que terminará oyendo cosas que no quiere, por eso me esquivo, pero como tú eres toda una *lady*, estoy segura de que contigo se abrirá.

—Cuando regrese hablaré con él.

—Puedes hablar, ¿no?

—Sí, estoy sola.

—Entonces cuéntame con lujo de detalles todo lo que pasó con Noah.

—Cuando vuelva te prometo que no escatimaré en detalles. No es para contarlo por teléfono, sólo te digo, Alexita, que estoy embobada con este hombre.

—Eres consciente de que Murray no te lo pondrá fácil, ¿verdad?

—Lo sé, pero aunque tenga que renunciar a nuestros bienes, porque sé que eso será lo que más le preocupe, no me importa irme sin nada de lo que me corresponde; sólo ansío mi libertad y poder vivir mi vida.

—También deberás enfrentarte a tu padre.

—Estoy decidida a todo. Cuando llegue, con el primero que hablaré será con Brian, sé que él no me dejará sola en esto y me apoyará.

—Eso es lo que tendrías que haber hecho hace mucho tiempo, te lo dije hasta el cansancio, pero tú parecías estar ciega y sorda.

—No me regañes, no necesito saber lo estúpida que he sido todo este tiempo, no me hagas sentir una débil sin carácter.

—Olivia, no empieces a menospreciarte. Vamos, amiga, la autoestima bien arriba, que seguro que Noah te la ha levantado y mucho.

—Ni te imaginas cuánto. Me hace sentir espléndida, única, especial en todo momento, es muy atento.

—Ya le has dicho que eres Olivia Moore, ¿no?

—No.

—Te mato, Olivia. ¿Cuántas veces te has acostado con él, y no has sido capaz de decirle tu verdadero nombre?

—Lo intenté, te juro que lo he intentado, pero a su lado únicamente puedo pensar en sus besos y sus caricias.

—No me jodas, Olivia, el pasado no se borra ignorándolo. Debes enfrentarte a él para sacarlo del camino. Sólo así tus miedos desaparecerán. Qué ganas con inventarte una identidad que no es la tuya. Noah... se va a enfadar y con razón. Pobre bomboncito, deja ya de mentirle.

—Basta, lo sé, no pretendo ignorarlo ni tampoco vivir en una mentira, solamente me estoy permitiendo un poco de felicidad. Cuando llegue a Nueva York pondré cada cosa en su lugar, te lo juro, pero es que todo se ha enredado tanto... en cuanto se dé la oportunidad se lo diré.

—No se tiene que dar la oportunidad. ¿Estás oyéndote? ¿A quién quieres engañar? Tú debes buscar el momento y que de una vez Noah sepa a qué se enfrenta, o mejor dicho, a quién. Ay, Olivia, estás haciendo las cosas mal, después no digas que no te avisé.

—No quiero escucharte más, Alexa.

—Porque no te conviene.

—Habla cuando vuelva, adiós.

—Habla con Noah, hazme caso. Adiós.

Ana estaba en el saloncito del fondo junto al leño, recostada en un cómodo diván y cubierta con una manta de lanilla, mientras leía relajada uno de sus clásicos favoritos de la literatura inglesa romántica, *Cumbres borrascosas*. Le encantaba esa historia de amor y de venganza, de odio y locura, de vida y de muerte, tal vez porque en un punto se sentía identificada con ella. Arrebatadora y romántica, una venganza que se prolonga hasta el final y un amor que va más allá de todo.

Cada vez que la releía sabía que algún día tendría que hablar con Noah para poner las cosas en su lugar, era necesario que su hijo pudiera deshacerse del odio visceral que sentía por su padre, pero remover esa historia era muy difícil para ella, era una parte muy dolorosa de su vida que siempre esquivaba por cobardía; pero sabía que tarde o temprano debería hacerlo, aunque entonces se encontrara con el desamor de su hijo. El miedo la paralizaba, porque era consciente de que al romper el silencio se expondría a eso por haberle ocultado por tanto tiempo lo que desde hacía mucho debería haber dejado de callar.

Había sido muy cómodo todos esos años que él creyera que su padre simplemente no lo quería, cuando la realidad no era ésa exactamente.

Sus culpas la atormentarían toda la vida, pero lo que había sucedido era una verdad humillante, una verdad que hasta su padre había preferido callar para que la deshonra y la vergüenza no fueran tantas.

Ella había sido débil de joven, se había debatido, como la Catherine de Emily Brontë, entre la pasión ardiente y el amor romántico y puro. Había sido capaz de alejar a dos hermanos, haciendo que por su culpa se enemistaran para siempre.

Cuando lo recordaba, se le helaba la sangre y el corazón se le estrujaba. Jamás olvidaría esa tarde de mayo en que ella y el hermano de su prometido se quedaron solos. Se dejó llevar por una atracción lujuriosa, por la seducción de un hombre que siempre había envidiado lo que tenía su hermano, y no le importaba nada con tal de arruinarle la vida. En ese momento en que el arrobamiento de la pasión la había hecho sucumbir al continuo acercamiento de Francis, el padre de Noah, Brandon Miller, los descubrió haciendo el amor en la casita del fondo de la alberca.

Durante mucho tiempo odió a Brandon por no haberla perdonado por su error, y luego consideró que no merecía saber que Noah era su primogénito, puesto que lo culpaba por haberla dejado sola y embarazada sin querer saber nada de ella. Pero ahora Noah tenía edad suficiente y tenía derecho a saber la verdad; se lo debía a Brandon, no podía seguir dejando que su hijo creyera que había sido un desalmado, cuando lo cierto era que no había podido con el engaño de ella y su hermano. Un engaño que empañó todo el amor que sentía, un engaño que fue más brutal que cualquier otro y que no sólo separó a dos hermanos, sino a ellos y a un padre de su hijo.

El ruido de la puerta la hizo regresar de la abstracción de sus pensamientos, y unas voces cada vez más nítidas la hicieron darse cuenta de que sus pensamientos habían sido premonitorios. La voz masculina que preguntaba por ella era verdaderamente inconfundible.

—Está en el saloncito del fondo —le indicó la criada—. Se pondrá muy contenta al verlo.

Noah entró por la puerta, ella lanzó el libro al suelo y se levantó tan rápido que hizo temblar los muebles.

—¡Hijo! Dime, por favor, que no estoy soñando.

Noah la cogió entre sus brazos, la levantó en el aire y la llenó de arrumacos.

—¿Por qué no me has avisado de que vendrías?

—No quiero mentirte, la verdad es que no pensaba hacerlo, pero como imagino que Josefina no se aguantará y te lo contará todo... por eso he venido.

—Gracias por tu sinceridad, aunque la verdad, no entiendo qué tiene que ver Josefina con tu visita.

Noah miró a su madre con cara de circunstancias, era difícil para él decir lo que estaba a punto de decir.

—Estoy pasando unos días en Austin, en La Soledad.

Ana lo miró atónita, si algo no esperaba era recibir esa noticia.

—Me parece perfecto. —Intentó restarle importancia, aunque no sabía si su cara había dicho lo que en realidad quería decir—. Ésa es tu casa, me alegra que al final hayas decidido ocuparla.

—No estoy ocupando la casa, ni pienso instalarme en ella definitivamente; no imagines en tu cabeza cosas que no he dicho.

—Noah, hijo querido, te digo que me agrada saber que estás ahí, no importa bajo qué circunstancias, pero has de estar al tanto de que me haría muy feliz saber que finalmente has espantado todos los demonios del pasado, tu padre descansaría realmente en paz si de una vez por todas pudieses perdonarlo.

—Las cosas están como siempre, continuo pensando exactamente lo mismo del viejo Miller.

—No lo llares así.

—¿Quieres que hablemos? Porque si vas a seguir con esta conversación, me voy.

—Cabezota.

Ana se colgó de su cuello y le dio un cálido beso en la mejilla y un golpecito en la base de la cabeza.

—He conocido a alguien que... madre, no sé si el amor es así, pero presiento que sí, porque últimamente hago cosas estúpidas como venir a La Soledad.

—Uno nunca debe arrepentirse de las cosas que se hacen por amor, no importan las consecuencias. Además, ya me agrada esa chica, porque si ella consigue que te reconcilies con esa parte de tu vida de la que no quieres hablar creeré que es un regalo del cielo.

—Es que yo te prometí que nunca pisaría esa casa y...

—Noah, esa casa es la de tu padre, la que te dejó, la que siempre debiste ocupar, y me encanta que estés ahí; además esa promesa no me la hiciste a mí, sino a ti mismo. Bien sabes que yo...

—Basta, no quiero hablar de él. Sólo he venido a verte y a decirte lo que no me apetece que sepas por Josefina, sino por mí.

—Me habría encantado que tú y tu padre hubieseis podido limar asperezas antes de que él muriera, habría supuesto un gran alivio para mí.

—¿Alivio? ¿Después de todos los desprecios que nos hizo? Mamá, sin duda tú te has ganado el cielo en la tierra.

Ana Rodríguez fue cobarde una vez más, pensó que podría seguir hablando, recapitó que era el momento, pero temía demasiado perder el respeto de su hijo. Brandon, antes de morir, le había pedido que nunca lo hiciera, pero aunque ella en su lecho de muerte se lo había prometido era consciente de que su silencio era ruin, tan ruin como lo que había hecho aquella tarde de mayo. Aun así, aunque considerase realmente la posibilidad de romper su promesa, las palabras no salieron para expresar lo que verdaderamente quería decir.

—Háblame de la chica que está contigo. —Prefirió desviar el tema.

—La verdad es que estamos empezando una relación muy bonita. Es un poco pronto, pero me gusta mucho —ratificó con seguridad.

—Eso sí que es una buena noticia. Quiero saberlo todo, es la primera vez que hablas de esa manera de una mujer y presiento que estás más cautivado de lo que de verdad quieres demostrar.

—Prefiero no dar muchos detalles, te pido que lo entiendas, es que aún nos estamos conociendo.

—Al amor se apuesta, Noah, al amor no se le debe temer porque el tren puede pasar sólo una vez, y si no nos subimos puede dejarnos esperando para siempre en el andén, así que no andes con remilgos ni inseguridades: coge el toro por los cuernos y pelea.

—Te aseguro que es lo que estoy haciendo, mamá.

—Me alegro, entonces, pero, si es así, ¿por qué guardarte los sentimientos? ¿Tu madre no merece compartir tu felicidad?

—Si pensara eso, no estaría aquí.

—¿Cómo se llama? ¿Es bonita? Cuéntame.

—Se llama Alexa, y es hermosa, única, la mujer más bella de la tierra.

—¿Cuándo la podré conocer?

—¿Ves? Pones primera y arrancas acelerando para ganar posición. Ya llegará el momento, no te precipites. Te digo que estamos conociéndonos.

—Noah, si realmente no lo creyeras importante no la habrías traído a La Soledad. Si has compartido esa parte de tu vida que guardas con tanto recelo...

—No sabe que La Soledad es mi casa.

—¿Cómo? ¡Qué hijo tan cabezota tengo! ¿Por qué no se lo has dicho? ¿Acaso crees que es una cazafortunas?

—No, por supuesto que no, simplemente no me apetece compartir eso con Alexa; ella es de una familia bien y con mucho dinero, no está buscando a alguien con posición.

—Entonces no te entiendo. Eso es tuyo y te acompañará el resto de tu vida. No es bueno construir una relación sin sinceridad, a nadie le gusta que le mientan.

—No son mentiras, simplemente oculté ciertos detalles. —Ana lo miró meditativa—. No me mires de ese modo, no he querido decírselo y punto.

—Un momento, no me levantes la voz, que yo no soy uno de los reos a los que tú acostumbras a detener, así que conmigo no te pongas en plan autoritario, porque eso no funciona en esta casa. Cambiemos de tema: estás aquí y no quiero discutir. Supongo que sólo te quedarás un rato, sentémonos. —Ana se acomodó en el sillón y dio una palmada al asiento para que Noah se instalase a su lado—. Me encanta que hayas venido a verme, la verdad es que os extraño demasiado y aunque amo Texas, estoy pensando seriamente en irme a Nueva York para estar más cerca de ti y de Nacary.

—¿De verdad, mamá? Sería fabuloso, podríamos comprar una casa donde vivir los dos juntos.

—Calma, calma, tú tienes que hacer tu vida. Si decido irme, no quiero ser una carga para nadie.

—Mamá... hablas como si fueses una anciana, y tú estás muy joven aún.

—No me refero a mi edad, sino a no interferir en vuestra vida. Si me voy para allá también quiero mi espacio, bien sabes que estoy acostumbrada a vivir sola.

—No eres vieja, pero eres una pesada.

Noah se quedó un rato más en casa de su madre, hablaron de todo un poco, se tomaron un café y luego regresó a Austin, no sin antes realizar las compras que necesitaba. Pasó por una tienda y se surtió de cerveza y preservativos, y en el camino de regreso puso la música a todo volumen y dejó que el buen humor se expandiera por todos los resquicios de su cuerpo. Estaba exultante, feliz, parecía un hombre nuevo.

Un profundo sopor la había adormecido por completo, estaba acurrucada en el mirador en uno de los divanes mientras hojeaba un libro de la surtida biblioteca de la casa.

Cuando entró en esa estancia le fue difícil escoger un libro, ya que los títulos que atesoraban esos estantes eran a cuál más sorprendente. Finalmente, su vista se fue hacia un anaquele que reunía libros de arte valiosísimos, tanto en precio como en valor espiritual. Para una persona como ella, que adoraba el arte y todo lo que tuviera que ver con él, leer esos títulos le hacía verdaderas cosquillas al corazón.

Noah entró en el gran salón y no vio a nadie, se dirigió al dormitorio creyendo que allí podría encontrar a Olivia, pero tampoco estaba allí, regresó sobre sus pasos y se encaminó resuelto a la cocina, donde se oían ruidos de cacharros. Al entrar se encontró con Josefina, que estaba preparándolo todo para el almuerzo, que casi estaba listo. La halló a punto de poner la mesa.

—Jose, ¿y Alexa?

—Ven conmigo.

Lo cogió de una mano y lo guio hasta el mirador.

—Se ha quedado dormida. Es hermosa hasta cuando duerme, no te culpo porque tengas esa cara de papanatas cuando la ves, la he cubierto con una manta para que no tenga frío. —Le guiñó un ojo. Noah se quedó embelesado y su madrina se retiró dejándolos solos—. No tardéis, la comida ya casi está.

—De acuerdo —dijo él en un susurro.

Se aproximó con sigilo hasta donde ella estaba descansando, se quedó extasiado viendo la belleza particular de esa mujer, que lo sumía en un estado de ensoñación permanente, le despejó la frente y con el dedo índice definió sus facciones con mucha sutileza, como quien toca las frágiles alas de una mariposa. No quería despertarla bruscamente, le acarició la fina y respingada nariz, le perfiló los labios y se acercó para darle un cálido beso en el lunar de su rostro. Olivia se movió ante el contacto, y el libro que tenía bajo la manta se deslizó cayendo al suelo. Noah lo recogió y miró la página que ella estaba leyendo. En ella se podía admirar una de las pinturas más famosas de Sandro Botticelli.

Leyó el pie de página:

Venus y Marte

Autor: Alessandro di Mariano di Vanni Filipepi, apodado Sandro Botticelli (1445-1510)

Fecha: 1483.

Museo: National Gallery de Londres.

Características: 69 x 173,5 cm.

Material: Óleo y temple sobre tabla.

Estilo: Renacimiento italiano.

Miró durante un rato, y aunque le pareció una imagen sugerente, no era un tema del que él entendiera, así que no pensó demasiado en el significado del cuadro.

Olivia sintió la proximidad de él y abrió los ojos, ofreciéndole un suave aleteo de pestañas mientras se rebullía adormilada en el diván. Lo miró holgazaneando y posó la vista en el libro que él sostenía en la mano.

—Es una de las pinturas más hermosas de Botticelli, se cree que la hizo para un cabezal de cama de la familia Vespucci.

Noah volvió a mirar la imagen y dijo:

—Soy muy ignorante en esto, realmente me encantaría saber de qué hablas.

—El tema de la tabla es el triunfo del amor sobre la guerra. Venus —señaló a la mujer que estaba en la imagen— es la diosa del amor y la belleza, y aquí aparece vigilante mientras su amante, Marte, el dios de la guerra y símbolo del deseo violento, duerme. La pintura está inspirada en la mitología romana. Las joyas y los peinados están tomados de la moda *quattrocentista* —continuó explicándole—, sin embargo, se interpreta como contemporánea la idea de que hacer el amor agota al hombre y da fuerzas a la mujer, que era algo con lo que bromeaban entre sí los esposales de la época.

—Pues no estaban nada equivocados. —Ambos se rieron—. Tú me agotas, y el resto no sé si decirlo, porque no quiero que me mires jactanciosa como Venus mira a Marte.

Se miraron a los ojos profundamente, se desearon una vez más.

—¿Estabas aburrida?

—Para nada, sólo que aquí —inspiró con fuerza mientras se incorporaba y lo agarraba del cuello— se respira paz, y mientras miraba esta hermosa pintura de Botticelli me adormeci un rato.

Olivia cogió el libro y se quedó mirando la pintura unos instantes más.

—¿La has visto en persona alguna vez? —preguntó Noah.

—No —dijo apenada.

—La verdad es que me encantaría llevarte a verla, pero no entendería qué es lo que debo mirar. Claro que si tú haces de maestra podría aprender y disfrutar a tu lado. Con tu explicación de ahora me ha resultado muy fácil entender por qué la mujer miraba de esa forma y por qué el hombre yacía indefenso. —Hizo una pausa mientras consideraba el cuadro, pensando: «Así me tienes, derrotado frente a tu dulzura, eres una diosa, comprendo muy bien cómo se siente ese hombre». Sin embargo le dijo—: Sé que es algo que te fascina, y quisiera compartir contigo tu pasión.

—Noah Miller, no puedo creer lo que me dices, eres tan bueno.

—Quiero complacerte y halagarte, que te sientas cuidada, acompañada, quiero que a mi lado no te falte nada, quiero cuidarte y que me permitas hacerlo.

—Eres increíble, Noah, eres mi paz.

—Quiero ser tu paz y creo que también empiezo a querer ser mucho más.

—También yo quiero ser alguien muy importante en tu vida. —Olivia se sentía en falta con ese hombre que le ponía el corazón en la mano—. Quiero que hablemos... es necesario que sepas algo.

Se quedaron mirándose fijamente a los ojos, su profunda mirada de color café indagaba en la de ella, que intentaba buscar en su cerebro las palabras adecuadas para confesarle su verdadera identidad. En ese momento Josefina se asomó en el mirador y los llamó a comer. Noah no iba a forzarla a nada, ya llegaría el momento en que ella pudiera sacar de su magullado corazón todo lo que anidaba de forma dolorosa y punzante.

—Vamos a comer, luego hablaremos, seguro que lo que tienes que decirme puede esperar, pero te aseguro que mi apetito no.

—Glotion, vamos a comer.

A la mañana siguiente, mientras Oli dormía, Noah se fue a la ciudad y regresó con un equipo completo para pintar. Cuando ella se despertó la cogió en volandas, le vendó los ojos con un pañuelo de seda italiana y la llevó hasta el mirador, donde la depositó en el suelo y le quitó la venda. La sorpresa hizo que a Olivia le cosquilleara el alma. ¿Cómo podía haberse dado cuenta ese hombre de que cada vez que ella se sentaba en ese mirador lo único que ansiaba era tener sus pinceles, sus óleos y un caballete con un lienzo para plasmar ese maravilloso paisaje obra de la naturaleza? Se movió con ligereza y lo atrapó por el cuello, pegó un salto, gritando alborozada, trepó enredando las piernas en las caderas de él, que la recibió gustoso, y juntos dieron vueltas mientras ella tiraba la cabeza hacia atrás y cerraba los ojos, para que la

brisa del lugar la acariciara de manera insolente, casi tan insolente como las manos de Noah, que se hundían en su trasero y tomaban de ese cuerpo armonioso que deseaba a cada instante sin poder contenerse.

Se detuvo con ella en brazos y se besaron apasionadamente hasta que la falta de aliento les impidió continuar con el beso y los obligó a apartar los labios.

—Gracias por estar tan atento siempre; me siento egoísta. Dime, en este mismo instante, ¿qué podría regalarte para que te sientas tan contento como yo?

—Tu sonrisa, tu alegría, tus besos, tu compañía son mi regalo, no necesito otra cosa más que verte feliz y complacida. Cuando te conocí, tu belleza era indiscutible, pero tu mirada estaba apagada, taciturna; en cambio, ahora tus ojos brillan y quiero que siempre sea así, que siempre conserves esa expresión en tu rostro. Prometo que voy a trabajar arduamente para que así sea. Tu felicidad es mi mayor regalo.

El resto de los días en La Soledad pasaron volando. El tiempo parecía no ser suficiente y las horas del día eran pocas para la pasión que sus cuerpos reclamaban. En varias ocasiones, Olivia intentó buscar el momento adecuado para sincerarse, pero cada vez que pretendía hacerlo ocurría algo y no se lo podía decir, o simplemente terminaba decidiendo que no quería estropear el romance de esos días. En realidad, aunque se negara a reconocerlo, sus amigos tenían razón: lo único que estaba haciendo era evadir la realidad, una realidad que quería enterrar en el pasado, una realidad que sólo de pensar en ella la paralizaba.

El último día en Austin, Olivia despertó con fuertes dolores, ya que le había venido la regla y tenía cólicos. Aunque estaba apenado por verla dolorida, Noah se sintió aliviado; tras la imprudencia de no usar condón esperaba la regla de Olivia como los niños esperan la Navidad.

Oli se había quedado acostada en la cama, no se encontraba bien, así que se tomó un calmante y guardó reposo hasta la hora en que deberían partir.

—Lamento no ser la mejor compañía y haber arruinado nuestro último día en Austin.

—Tú siempre eres la mejor compañía para mí, y no has arruinado nada: la madre naturaleza es parte de esta relación y hay que aceptarla.

Sus obligaciones como detective lo reclamaban, pues debía regresar a la realidad, aunque lo único que él anhelaba era que Olivia fuera su realidad en todo momento.

Esa mañana Noah se despertó con bastante mal humor; durante la noche Oli se había encontrado mal y cuando llegaron de Austin le había solicitado que la llevara a casa de Tiaré, así que se había despertado solo y contrariado en su cama de Nueva York. Después de tantos días compartidos a su lado, supo que la extrañaba como nunca había imaginado que podría hacerlo.

Se metió en el baño y se preparó a desgana, era la primera vez desde que estaba en el cuerpo policial que iba sin ánimos al trabajo.

Cuando llegó al departamento de policía, antes de bajar de su coche le envió un mensaje a Olivia, que ella contestó de inmediato.

Hoy me he dado cuenta de que no soporto la soledad de mi cama, me haces falta.

También te he echado de menos, me has hecho falta. Creo que no fue una buena idea pedirte que me trajeras aquí.

Haberme llamado. Te juro que, de haberlo hecho, habría salido despedido a buscarte.

De pronto sintió que le golpeaban el vidrio del coche, apartó por unos segundos la vista de la pantalla del móvil y se encontró con Eva de pie junto a la ventanilla. Bajó el cristal y la saludó con una gran sonrisa.

—Buenos días, compañera.

—Buenos días, Noah. ¿Preparado para reincorporarte al trabajo?

—Preparadísimo —mintió intentando sonar convincente.

Tecléo una corta despedida sin esperar la respuesta y salió del coche.

Eva caminó a su lado y se sintió estúpida por alegrarse de verlo; la imagen de él en su deportivo junto a esa mujer se instaló en su memoria y en vano intentó esconder esos sentimientos. Presa de los celos, se contoneó a su lado, y eso la hizo sentir más estúpida cuando notó que él ni la miraba, incluso hasta pareció fastidiado por haberlo interrumpido dentro del coche.

—Me extrañó que decidieras tomarte unos días.

—Los necesitaba. Me fui a ver a mi madre.

—¿Fuiste solo o con tu hermana? Porque tienes una hermana, ¿no?

—Fui solo, mi hermana tiene trabajo, no podría haber coincidido con ella.

Noah caminaba con las manos en los bolsillos de los pantalones.

«Mentiroso», pensó ella, sintiéndose molesta al darse cuenta de que Noah ocultaba la relación con esa mujer.

Eva sintió una punzada en el pecho, bajó los párpados y continuó caminando a su lado. Si él escondía esa relación, era obvio que se trataba de alguien importante, pues se aprestaba a protegerla. Lo notó parco en su respuesta aunque intentó mostrarse despreocupado.

Ese día Olivia estaba muy perezosa, ni siquiera se había vestido, así que se dirigió en pijama a la cocina en busca de un almuerzo decente; mientras caminaba, no dejaba de estirar el cuerpo. Oyó que llamaban a la puerta, así que fue a abrir. Quitó el cerrojo y se asomó para ver quién era, y casi tuvo un infarto al encontrarse con Wheels en la entrada. De inmediato intentó cerrar, pero él, enfurecido y dispuesto a todo, le dio un empujón y entró en el salón con una mirada furibunda. Aunque ella trató de no demostrarle miedo, la verdad es que estaba paralizada.

—Vete, Murray, todo ha terminado entre tú y yo, no quiero verte ni saber de ti.

—Sinceramente, creo que tu cerebro no funciona. Nada ha terminado, y mucho menos porque lo digas tú.

—No te tengo miedo, vete.

—Creo que no lo entiendes, no me iré de aquí sin ti.

—No pienso ir a ninguna parte contigo.

Él dio un paso y ella otro hacia atrás mientras tragaba saliva.

«¿Dónde se ha metido Tiaré? —pensó desconcertada al ver que, a pesar de los gritos, su amiga no aparecía—. Debe de estar en el taller, no me oírás.»

—Oh, querida mía, sí que vendrás conmigo, y te digo aún más: saldrás de esta casa muy mansamente, te subirás al coche y regresaremos a nuestro hogar.

—Ni lo sueñes, he tomado una decisión y nada hará que me aparte de ella. Lo nuestro se acabó, quiero el divorcio —le espetó en la cara.

—Idiota. —La cogió de la barbilla con fuerza—. Jamás te daré el divorcio. Tu estupidez no va a tirar por la borda mi candidatura, no me veré envuelto en ningún escándalo amarillista por tu culpa.

Olivia le quitó la mano de la barbilla con ímpetu.

—Ni lo sueñes, no volveré contigo.

—Perfecto, mi amor, ¿no quieres volver? —Frunció los labios—. Tranquila, no te sulfures, mira lo calmado que estoy yo. —Sacó un sobre del interior de su chaqueta y se lo entregó de mala manera—. Toma, mira esto con calma, puedes leerlo con detenimiento, estoy seguro de que te va a interesar.

Olivia tiró el sobre al suelo, y manteniéndose en sus trece le volvió a gritar:

—¡No existe nada que pueda convencerme para que regrese a tu lado! Te desprecio, te odio, Murray, déjame en paz, olvídate de mí y sigue con tu vida como mejor te plazca.

Él la miró de forma despreciable, la recorrió con la mirada despectivamente y con gran cinismo chasqueó la lengua. Luego dijo:

—No, mi tesoro, no te conviene contradecirme, ni mucho menos ponerme más furioso de lo que ya estoy, sabes de sobra que no es bueno ponerme en ese estado.

—Continuaba mirándola de forma nefasta, él se agachó, recogió el sobre del suelo y se lo entregó con furia poniéndoselo en las manos—. ¡Ábrelo! —Le dio un grito espeluznante, que hizo que Olivia se sobresaltara.

Pero a pesar del sobresalto, no estaba dispuesta a dejarse vencer por el miedo. Pensaba en Noah, en los días vividos a su lado, en lo feliz que se sentía junto a él, y eso le daba fuerzas para seguir enfrentándose a él.

—Un hombre no debe golpear a una mujer jamás. Ni con la palabra debe hacerlo, y tú me has humillado de todas las maneras posibles. Se acabó, Murray, se terminó todo. Ve a un psiquiatra, porque estás enfermo, necesitas ayuda.

—Pedazo de mierda, te he dicho que mires lo que hay en ese sobre.

Se lo quitó de la mano y sacó lo que contenía para exponerlo frente a sus ojos.

Eran fotografías...

Olivia posó la vista en ellas y no pudo apartarla al ver a Brian en la imagen que se descubría aplastante ante sus ojos: en ella se le veía claramente extendiendo la mano, saludando a alguien que Olivia no conocía. Los latidos de su corazón se aceleraron de golpe, tuvo mil y un pensamientos, sobre todo la apremiante necesidad de saber por qué Murray le estaba enseñando esas fotografías.

Cuando recapacitó, el sentido común de inmediato le hizo intuir que no se trataba de nada bueno si Murray las tenía en su poder y se las estaba enseñando. Un dolor familiar en el pecho la invadió de golpe, las sostuvo en la mano y empezó a pasarlas una a una. Era una secuencia de imágenes donde se notaba claramente que Brian le entregaba un sobre a ese desconocido. En cuanto terminó de ver las fotografías, comenzó a leer un informe detallado de la INTERPOL que las acompañaba.

En él pormenorizaban los delitos cometidos en México y Estados Unidos por Mario Aristizabal Montoya, apodado «El jefe», un narcotraficante buscado por múltiples crímenes: asesinato, fraude, tráfico de drogas, de armas y blanqueo de dinero entre otras cosas.

La lista era extensa y escalofriante, tanto o más que estar viendo a su hermano mezclado en supuestos negocios con ese hombre.

El informe estaba acompañado por fotografías que dejaban a la vista el rostro del citado narco.

Abrió las manos espantada y lo dejó caer todo al suelo. Se agarró la cabeza con las manos y permaneció inmóvil sin poder creer lo que estaba viendo. El asombro no le permitía razonar, así que continuó azorada ante el descubrimiento; no podía creer en lo que su hermano se había mezclado, y mucho menos quería imaginar lo que Murray sería capaz de hacer con esas fotografías.

Wheels se agachó y recogió las fotos en silencio, mientras una mueca de triunfo se asomaba a su rostro. La miró con cinismo y sonrió mordaz y autocomplaciente. Olivia tan sólo tuvo que estudiar su gesto unos instantes para comprender en ese mismo momento que estaba perdida, que nuevamente la esperaba una vida de sinsabores. Se sintió como un manso cordero acechado por su presa, a la espera de ser devorada.

Las manos que en ese instante sostenían su cabeza cayeron laxas a los lados de su cuerpo en señal de sumisión, y Murray lo disfrutó todavía mucho más. Los pensamientos que invadieron la mente de Olivia plantaron en su alma un desasosiego muy conocido, una inquietud que pensaba que ya no sentiría nunca más.

—Supongo que no querrás que le entregue estas fotografías a la DEA.

Olivia cerró sus ojos para imaginar la mirada calma, solícita y amorosa de Noah, y se puso a rezar en silencio para que cuando abriese los ojos Murray hubiera desaparecido de su vista y fuese una angustiante pesadilla. Entreabrió los ojos y comprobó que no era así: sintió auténtico terror y supo que la felicidad que días atrás había creído conseguir se esfumaba.

—Toma, querida, éstas son para ti.

La puerta de atrás se abrió y dejó filtrar una brisa que hizo ondear las cortinas de la sala. Era Tiaré.

—Hola, mi *arma*, ¿pasa algo? —preguntó en español al ver la cara de circunstancias de los allí presentes.

Olivia intentó recomponer la compostura.

—Tiaré —le dijo con un hilillo de voz, y en un intento por ocultar su congoja carraspeó para continuar hablando—: Te presento a Murray, mi esposo.

La sevillana buscó en el fondo de sus ojos las respuestas, pero sin evidenciar nada, y más recompuesta, Olivia escondió sus verdaderos sentimientos. Wheels, con su máscara de hombre intachable, le extendió la mano ofreciéndole un afectuoso saludo.

Si Tiaré no hubiera sabido lo que en verdad escondía ese disfraz, jamás habría podido suponer que se trataba de un lobo con piel de cordero.

—Siéntate, Murray, me pongo ropa decente y estoy contigo —dijo Olivia.

Él sonrió amablemente y se sentó mientras la veía alejarse por un pasillo. La anfitriona ofició como tal y le ofreció algo para tomar, pero lo rechazó, de manera que Tiaré se disculpó y salió tras su amiga.

—¿Te has vuelto loca, mi *arma*? ¿Adónde piensas ir con ese *pardito*? —protestó ceñuda.

—Tranquila, sólo pretende que hablemos. Iremos a un lugar concurrido, si eso es lo que te preocupa; me ha invitado a tomar un café y que aclaremos algunas cosas en buenos términos. Tú sabes que es imperioso definir mi situación cuanto antes, debo poner cada cosa en su lugar —mintió tragando saliva.

—¿Estás segura, Olivia? Tu actitud cuando he entrado no me ha parecido ésa.

—Sí, muy segura. Es difícil la situación pero creo que ha comprendido —le espetó, mientras terminaba de vestirse.

Tras arreglarse Olivia fue hacia la sala donde Murray la estaba esperando.

—Vamos —le dijo en un tono que no revelaba nada.

El senador se despidió muy cordialmente de Tiaré y salieron de la casa. En la calle, Dylan los esperaba con la puerta abierta del coche oficial, un Cadillac DTS.

—Buenas tardes, señora Wheels.

—Buenas tardes, Dylan.

Olivia temblaba como una hoja; Murray se sentó a su lado sin pronunciar palabra, mientras el ambiente se cargaba de un hedor a miedo insostenible. El automóvil se puso en marcha y se alejaron.

Llegaron a la mansión de Park Avenue, el silencio durante el viaje fue incómodo y desesperante. Murray observaba el perfil de Olivia, y meditaba mientras se tocaba la barbilla. Se sentía poderoso, omnipotente, un káiser. Al examinar su gesto, Olivia supo de inmediato que el indulto había llegado a su fin. Bajó con paso vacilante y anheló salir corriendo en dirección contraria, para huir de ese hombre que se erguía triunfante a su lado; aunque su expresión era fría, ella sabía que bajo esa aparente frialdad se ocultaba su lado más perverso.

La realidad era aplastante, parecía imposible huir a su desventurado destino. Cerró los ojos levemente sin dejar de preguntarse: «¿Por qué, Brian, en qué pensabas para meterte con un tipo de esa calaña?». Atravesó el umbral de la lujosa vivienda, sin más opción. De inmediato, y aunque todo estaba pulcro como de costumbre, el característico olor de la casa le causó repulsión. Intentó serenarse para poder dar rienda a sus pensamientos, pero Murray no estaba dispuesto a dejar que lo hiciera. En cuanto estuvieron a resguardo de las miradas de los ciudadanos de Nueva York, la cogió por un brazo y la guio de malos modos al dormitorio, donde de un empujón la tiró sobre la cama.

—No se te ocurra ponerme un solo dedo encima. Si pretendes que siga a tu lado, ni se te ocurra volver a maltratarme, porque a eso sí que no estoy dispuesta.

Probó una advertencia que al senador le entró por un oído y le salió por el otro.

—¡No estás en condiciones de envalentonarte! —le gritó Wheels.

—Te equivocas, tú crees tener ventaja sobre mí por poseer esas fotografías, pero esa ventaja no incluye que vaya a seguir permitiendo tu maltrato. Te juro por mi vida, Murray, que si me golpeas...

—¡¿Qué?! ¿Llamarás a la policía? ¿Me pondrás una denuncia? ¿Qué mierda harás? ¿Acaso te olvidas de quién soy yo, pedazo de basura?

El senador levantó la mano para atizarle un bofetón, pero era tanta su ira que consideró que con eso no era suficiente; fuera de sí, se abalanzó sobre ella tomándola del cuello y se lo apretó con todas sus fuerzas. A horcajadas encima de su cuerpo, su expresión era decidida, y aunque Olivia intentaba zafarse denodadamente, él tenía mucha más fuerza. Sin embargo, ella también estaba resuelta a escapar de su agarre, esta vez el miedo no iba a paralizarla como lo había hecho otras veces. Noah le había enseñado que así no se trataba a una mujer, y estaba dispuesta a no permitir sus maltratos nunca más. La presión con que ella sujetaba su muñeca lo asombró, pero aun así, Murray no cedía. Olivia finalmente cogió impulso y, posicionándose, le dio un fuerte rodillazo en sus partes que lo hizo quedar sin aliento.

Ella tosía mientras se masajeaba el cuello, él se retorció en la cama de dolor. Arrastrándose, se apartó como pudo de esa bestia con disfraz de príncipe azul, y casi sin aliento le dijo:

—Si quieres tu candidatura, si pretendes que esas fotografías me retengan a tu lado, no te atrevas a acercarte nunca más a mí. Yo permaneceré en esta casa, seré la esposa que pretendes que sea a los ojos de todos, pero eso no incluye que te me acerques. Lo nuestro, a partir de hoy, es un simple acuerdo.

»Te juro, Murray, te lo juro por todo el amor que una vez te tuve, que esas fotografías sólo serán el pase a tu candidatura mientras no me pongas un solo dedo encima.

Wheels se levantó furioso aguantándose la entrepierna. Se la quedó mirando, estudiándola con desprecio.

—De acuerdo, cariño, mientras continúes aquí no me costará esfuerzo permanecer sin tocarte, pero el resto de las condiciones las pondré yo. Ya verás lo amenos que haré tus días a mi lado. Te prometo una vida de felicidad, mi amor.

Se rio, y una mueca sarcástica se instaló en su cara; su semblante artero producía verdadera aversión.

Salió del dormitorio. De inmediato se oyó el ruido de la llave y aunque Olivia quiso correr para abrir la puerta, no fue tan rápida: ese perverso la había encerrado.

—¡Murray! ¡No soy tu prisionera, no puedes hacerme esto, eres un retorcido hijo de puta! —gritó.

—Deja de gritar, ya sabes que aquí nadie oye tus gritos, somos todos sordos ante tu voz —dijo con guasa, y se marchó.

Aferrada al picaporte, se dejó caer en el suelo. Lloró amarga y desconsoladamente su martirio parecía no tener fin; maldijo a Murray, aunque eso no era nada nuevo, también a todos sus chivatos, que por un jugoso sueldo se convertían en sus carceleros. Insultó a su hermano, al destino, a la vida, pero aunque siguiera haciéndolo, nada cambiaba de rumbo, su vida miserable tenía un solo cauce y parecía ser la desolación y la infelicidad. Continuó llorando sin disimulos, gritó de dolor, de indignación, de impotencia, estaba hecha una piltrafa, con el alma muy dolorida. Finalmente el llanto y la melancolía la vencieron.

Se despertó y sintió que sus pensamientos iban a la deriva. Le punzaba la cabeza y no sabía a ciencia cierta si estaba anocheciendo o era el albor de un nuevo día.

Se encontró tendida en el suelo, probó a girar la cabeza intentando estudiar el entorno, hasta que se incorporó con torpeza y se acercó con pasos temblorosos a la lámpara de la mesilla de noche. Al encender la luz, de su pecho escapó un suspiro sin querer. La realidad era fatigosa y aplastante: seguía allí, no lo había soñado, estaba en el triplex de Park Avenue. Se masajeó la nuca y se sintió abatida, entrecerró los ojos y sus lágrimas volvieron a deslizarse sin permiso por sus mejillas, se cubrió la boca mientras destinaba un pensamiento a Noah, luego a Tiaré, a Alexa, a Ed, a Brian, a las fotos...

Se secó las lágrimas con resolución, no podía seguir sin hacer nada porque comenzarían a buscarla y Murray cumpliría su amenaza.

Se tocó el pecho; por suerte, había tenido la prudencia de esconder su móvil en el sujetador antes de salir de casa de Tiaré. Se sentó en el borde de la cama, mientras revisaba el móvil, y trazó rápidamente un plan. Temiendo que alguien pudiese entrar, decidió que era mejor meterse en el baño, donde podría encerrarse con el seguro de la puerta. Usó el inodoro como asiento y se sostuvo la cabeza mientras leía los mensajes que Noah le había enviado; lo que antes le hacía cosquillas en el alma, ahora le producía dolor, sus palabras de amor la acibillaban, pues no había sitio para ellas. Tenía también dos llamadas perdidas de él.

Con resolución tomó una profunda bocanada de aire y tras masajearse la frente se armó de valor y decidió llamarlo. Había que controlar el punto de inflexión.

—Por fin, princesa, estoy en un proceso de allanamiento de morada y no veo la hora de terminar el día para ir a verte, pero creo que esto se alargará hasta la madrugada.

—No te preocupes y haz tu trabajo tranquilo, llamaba para avisarte de que estoy en casa de mis padres.

—¿Cómo?

—Sí, lamento no haberte llamado antes, pero lo decidí en el último momento, y temí que si escuchaba tu voz no sería capaz de viajar.

»Noah, necesito unos días con mi familia para poner las cosas en orden aquí.

—¿Estás bien? Te noto extraña.

Se disculpó con Eva y le hizo señas de que salía un momento para hablar más tranquilo.

—Sí, estoy bien, no te preocupes, te juro que estoy bien.

—¿Puedo quedarme tranquilo, entonces?

—Te aseguro que sí, puedes estar muy tranquilo.

—Te echaré de menos.

—Yo también, pero era necesario hacer este viaje, que también forma parte del cambio. Debo enfrentarme a mis padres y comenzar a sincerarme con ellos para empezar a dejar atrás todo lo malo.

Noah se sintió descolocado. Por la mañana no imaginó que ella pudiera salir de la ciudad; lamentó también que no le hubiera pedido que la acompañara, se sintió excluido, pero aun así puso todo de su parte para entenderla. Al mismo tiempo, ella se sentía fatal por estar mintiéndole, pero consideró que no había otra cosa que pudiera hacer.

—¿Seguro que estás bien? Te noto rara —insistió.

—No debes preocuparte por nada, estoy bien, solamente se trata del cansancio del viaje. No veas fantasmas donde no los hay.

—De acuerdo, preciosa, te mando un beso, te quiero.

—Yo también. No lo olvides nunca, pase lo que pase: no olvides cuánto te quiero.

—¿Qué puede pasar, Alexa?

—Nada, es sólo una forma de hablar, detective, no se ponga suspicaz con mis palabras que no hay motivo alguno para hacerlo. Concéntrate en el trabajo, Noah, sabes que me desespera mucho tu profesión, y si sé que estás disperso por mi culpa, no me lo perdonaré.

—Tranquila, escucharte me ha devuelto a mi centro de gravedad, ahora que por fin he oído tu voz no imaginas lo tranquilo que me quedo.

—Yo también necesitaba escucharte.

«Tu voz me da fuerzas, no te haces una idea de cuánto ansío en este momento uno de tus abrazos y tus besos», continuó pensando, pero se lo guardó para sí.

—Ahora me quedo más tranquila también.

—¿Cuántos días te quedarás?

—Aún no lo he decidido, hay muchas cosas que aclarar.

—Aunque me moriré de añoranza, entiendo perfectamente que hayas ido.

—Gracias por comprenderme.

—No me lo agradezcas, Alexa.

En ese mismo momento el fiscal de distrito llegó al lugar, así que Noah tuvo que despedirse y regresar a sus obligaciones.

En cuanto cortó la llamada, Olivia se desmoronó. Se sentía fatal por mentir de esa forma, pero no deseaba involucrarlo en nada, ni mucho menos ponerlo en riesgo.

Aunque quería contenerlas, las lágrimas brotaban de sus ojos como el agua de un manantial. Su congoja era inmensa, y su desdicha infinita.

Tras un buen rato llorando se obligó a calmarse; aún tenía que llamar a Tiaré y a Alexa para convencerlas de que estaba bien y de que no se les ocurriera llamar a Noah. Utilizando el mismo argumento, se encargó de hablar con las dos; necesitaba ganar tiempo y decidir qué hacer.

—Pero si te fuiste sin ropa, mi *arma*, ¿qué me dices?

—Tiaré, te digo que fue bien. Murray comprendió que todo ha terminado y se empeñó en que buscara ropa en mi antigua casa, que estaba más cerca del aeropuerto.

—Vale, vale, avísame en cuanto llegues. Te deseo mucha suerte.

—Gracias, la necesito. Ya he llamado a Noah y a Alexa, así que no te preocupes por nada, en cuanto pueda pasaré a por mis cosas.

Salió del baño, miró la hora y se tumbó un rato. Oyó que quitaban la llave a la puerta y se sentó para estar atenta, apoyada contra el cabezal de la cama. Pasaron unos minutos pero nadie entró de modo que, titubeante, se puso en pie, trató de abrir la puerta y comprobó que estaba sin seguro. Salió al pasillo, miró a ambos lados pero no vio a nadie, caminó hasta el salón principal y se sintió más extraña que nunca en ese lugar. Dándole un gran susto, Cliff le habló:

—Buenas noches, señora, la mesa está servida en el comedor.

—Buenas noches, Cliff, no voy a cenar.

—Déjate de estupideces y ve al comedor a comer —la increpó Murray, que salía de su despacho.

—No tengo apetito —contestó ella, sosteniéndole la mirada.

—Cliff, llévale la cena al taller o a donde la señora te indique, y prepara la habitación de huéspedes.

—Enseguida, señor.

Se quedaron mirándose, midiéndose, estudiándose.

—Me imagino que tampoco querrás compartir la habitación conmigo. —El silencio paralizaba la sangre, y el odio con el que se miraban también—. Mientras tú cumplas, yo cumpliré, querida. —Se acercó y la cogió del mentón con fuerza—. Y otra cosa: aquí no quiero ni al gay, ni a la cabeza hueca de Alexa.

—Si no quieres que nadie sospeche de los verdaderos motivos por los que he vuelto, tendrás que aguantarte —le habló desafiante, se quitó su mano de encima y desapareció de la sala.

Su cabeza era un hervidero de tormentos. Los recuerdos, desbocados, se apoderaban de cada uno de sus pensamientos sin un momento de reposo. El sueño la había abandonado, y en su afán abrumador por encontrar una solución para salir de allí, la madrugada la había sorprendido despierta.

—Alexita, perdón por la hora.

—¿Qué pasa, Oli, tienes insomnio? Eso es por irte sola de viaje; si te hubieras llevado al detective seguro que también estarías sin dormir —se rio a desgana—, pero apuesto a que el desvelo sería más placentero.

—Necesito que hablemos.

—¿A las tres de la madrugada? —Alexa se sentó en la cama—. Dime.

—Estoy hecha una mierda —le dijo llorando amargamente. Su amiga se espabiló de golpe.

—¿Qué pasa, Oli? El antipático e intolerante de tu viejo ha puesto el grito en el cielo cuando le has dicho que te quieres divorciar, ¿verdad? Olvídate de la familia.

Es hora de que vivas tu vida, ya basta de pretender agradar a todo el mundo; haz como Brian y deja de martirizarte.

—No me nombres a Brian, todo esto es por su culpa.

—Ay, Olivia, o yo estoy muy dormida, o no entiendo ni jota. ¿Qué mierda tiene que ver Brian en todo esto?

—No estoy en casa de mis padres.

—¿Qué?!

Se sentó de golpe, apoyando los pies en el suelo, y si algo le faltaba para terminar de espabilarse el frío del mosaico fue de gran ayuda.

—He regresado con Murray. —Un silencio tormentoso se instauró en la línea—. ¿Sigues ahí?

—La verdad es que debería colgarte. Definitivamente, tu cerebro está muerto.

—Tuve que hacerlo, no es que quisiera, pero te juro que no me quedó alternativa.

—Deja de mentir, no hay motivo alguno que justifique que hayas regresado con esa bestia. ¿Sabes qué, Olivia? No me interesa saber los motivos, no me interesa saber más nada de tu vida, arréglate como puedas. Pero te digo una cosa, no cuentes con que vaya a ir a tu funeral, porque eso es lo que conseguirás junto a él: un ataúd lujoso y digno, claro está, como te corresponde por ser la esposa del senador Murray Wheels, que al parecer es lo que tú ansías. No me llames más, porque hoy mismo me olvidaré de que existes.

»No puedes jugar con la gente que te quiere, pero tú juegas con los que te queremos y te burlas de todos nosotros. Tú, tus motivos y Murray, ¡idos todos a la mismísima mierda!

Alexa colgó exacerbadamente. No quería oír ninguna justificación más. Olivia había acabado con su paciencia.

«Que Dios la ayude si no quiere ayudarse», pensó, aunque sonase frío y despiadado, tirando el teléfono sobre la mesa de noche y metiéndose con furia nuevamente en la cama.

Desde que había hablado con Olivia estaba inquieto, y ahora, por si fuera poco, no podía conciliar el sueño, algo le decía que las cosas no iban bien, puesto que cuando habló con ella la sintió rara, desganada, su voz sonaba triste y apagada.

«Uff... no es posible la hora que es y yo sigo tejiendo ideas en mi cabeza. Si te dijo que no pasa nada es porque no pasa nada.»

Intentaba convencerse, pero su instinto de sabueso le decía que no era así. Se levantó en la penumbra, salió de la habitación, se sirvió un vaso de leche y luego se acercó a la ventana. De inmediato, sin encontrarle sentido a lo que estaba haciendo, regresó al dormitorio para buscar su móvil y releer los últimos mensajes que ella le había enviado, en varios de los cuales le pedía que confiara en ella.

«¿Por qué tiene tanto interés en que confíe en ella? Mañana la llamaré temprano y le preguntaré qué es lo que me oculta.»

Se terminó de beber la leche y se acostó nuevamente, necesitaba dormir al menos unas horas para no estar tan disperso en su trabajo.

Sin embargo, parecía imposible no pensar en su artista plástica, que lo desorientaba, ejerciendo sobre él un poder que consumía su esencia. Su naturaleza de detective frío y calculador se iba al garete, rebelándose contra el fuego abrasador que esa mujer había provocado en él desde que la vio por primera vez en el bar. Su energía se soliviantaba cuando de ella se trataba, y en un contrasentido, pues si bien en muchas ocasiones se sentía su dueño, siempre que pensaba en todo lo que ella no le contaba se sentía tan lejano como en aquel momento, en que intuía que las cosas no estaban en el mismo sitio en que habían quedado la última vez que se habían visto. Se volvió a amonestar en el silencio de la noche por tener esos pensamientos, se sintió ofuscado por acumular esas inseguridades en su cerebro; ¿qué le pasaba con esa mujer? ¿Por qué a su lado de pronto se sentía héroe y titán y otras veces un hombre frustrado y sin voluntad?

Se dio la vuelta disgustado y se acomodó en la cama; quería desbaratar esos pensamientos, pero parecía imposible, su frustración llegaba con la falta de conocimiento. Ella, con su rostro angelical, se adueñaba de su eje de concentración, la había notado lejana, volátil, y le resultaba imposible no enredarse en la maraña de frustraciones que sentía en aquel momento.

Olivia se despertó por la mañana con las ideas más claras, la noche le había servido para pensar y resolver qué hacer. Murray no podía paralizarla, no podía quedarse sin actuar como otras veces. Se vistió con un atuendo clásico, un vestido negro de líneas rectas con escote barco y lazo en la cintura, y se calzó unos zapatos de tacón de aguja forrados en satén negro. Llevaba el pelo suelto con ondas marcadas, y se había puesto unos pendientes de perlas. Apareció altiva en el comedor, donde Wheels estaba desayunando mientras leía el periódico y sorbía café. De inmediato tuvo su atención, se la quedó mirando por encima de las páginas pensativo.

—Vengo a avisarte de que voy a la galería.

—No lo harás —dijo con una calma desesperante mientras volvía la vista al periódico, ignorando sus intenciones.

—Sí, Murray, iré. Si quieres que esto siga adelante, debo ir para calmar a Ed y a Alexa.

—De acuerdo. —Cerró el periódico—. Tengo un día muy tranquilo en el despacho, así que te acompañaré.

—Creo que no lo has entendido, te he dicho que voy, pero sola. Ayer te dije que tenemos un trato, y lo cumpliré, sabes perfectamente que esas fotos te dan el poder suficiente para que no haga nada estúpido como tú dices. Para ello, has de dejarme hacer las cosas de tal manera que parezcan creíbles.

Wheels dudó, entrecerró los ojos y estudió sus palabras.

—Me parece a mí que tienes demasiadas ínfulas.

—Es muy probable, no soy la misma que se fue de esta casa, golpeada y humillada. —Él se puso de pie y se acercó amenazador, pero Olivia no se inmutó—. Mira, será mejor que depongas esa actitud hostil, porque no te conviene. Finalmente he comprendido que tu poder sobre mí no existe; si me golpeas, me las ingeniaré para que todo el país se entere, y eso no sería bueno para tu candidatura. Además, tú tienes las fotografías que incriminan a Brian, pero yo también tengo mi as en la manga. Sí, no me mires así, sin creer lo que estoy diciendo: también tengo fotos de cuando me fui de aquí con una costilla fracturada. Las fotografías podrían aparecer en manos de un periodista, junto a una succulenta historia de violencia de género.

El senador la escuchó atento, y aunque era bueno ocultando su desconcierto, la confusión que le provocó lo dicho por Olivia era una realidad. Sintió que estaba caminando sobre una fina capa de hielo, pero desde luego no pensaba demostrar su debilidad.

—Me sería muy fácil desacreditar todo lo que dijese.

—Es posible, pero también es cierto que la duda y el daño a tu imagen política estarían hechos.

—¡Zorra! —Estuvo a punto de darle un sopapo.

—Venga, Murray, adelante, dame más pruebas para añadir a las que ya tengo, que haré un hermoso dossier con ellas. Pero procura dejarme una buena marca, te

aseguro que en este momento es lo que más deseo —le contestó mientras le ofrecía la mejilla.

El senador Wheels no daba crédito a lo que estaba oyendo, no podía creer que Olivia se atreviera a enfrentarse a él de esa forma. Era obvio que los días que no había estado en casa la habían envalentonado, y él no era tan tonto como para arriesgarse, así que no pondría a prueba si la estúpida de su mujer tenía las agallas suficientes para hacer lo que le estaba diciendo. Aun así, no iba a dejar que ella tuviera poder sobre él. De un manotazo descargó su ira sobre las cosas que descansaban en la mesa del comedor. Barrió todo de una vez, desparramándolo por el suelo. Olivia tembló; aunque intentaba no demostrarlo, Murray seguía aterrorizándola.

—Más te vale que encuentres un motivo bien creíble para decirle a la cabeza de chorlito de tu amiga por qué has vuelto a mi lado, y más te vale también que se lo crea y no venga a husmear a mi casa, ya te he dicho que no la quiero aquí; ni a ella, ni al invertido de tu amigo. —Le dio unos golpecitos en la base de la cabeza con el puño, mientras se acercaba a ella con maldad—. No creo que dentro de esta cabeza pueda haber ideas buenas (pedir o esperar eso de ti es como pedirle peras al olmo), pero como tu amiga —utilizó un tono despectivo— todavía es más tonta que tú no te costará un gran esfuerzo convencerla. —Dio un paso para alejarse del lugar pero volvió—. Y ni se te ocurra mencionarle las fotografías a nadie, porque te aseguro que, si lo haces, tu hermanito irá directo a la cárcel o, lo que es mejor, el narco podría enterarse, y al ver un flanco amenazante, podría cobrárselo muy bien.

Se rio con sarcasmo y lo disfrutó, porque aunque Olivia quiso disimular, su rostro se tornó pálido al pensar que a Brian le pudiera pasar algo, y supo de inmediato que con esa gente no se jugaba. Murray tenía razón: su hermano en manos de ese narco corría verdadero peligro.

—Idiota, la próxima vez que me amenaces recuerda esta conversación. Apuesto a que te lo pensarás dos veces antes de abrir esa boca insulsa que tienes, que no sirve más que para decir estupideces; eres tan inútil y frígida que ni siquiera me la has mamado como Dios manda en todos estos años, ni para eso sirve esa bocaza insustancial que tienes.

Pasó junto a ella, pero a pesar del miedo y la humillación que sentía Olivia permaneció de pie con firmeza. Había entendido que su postura, aunque intentaba no demostrarlo, desestabilizaba a su marido, de modo que consideró que ése era el camino correcto.

Antes de salir se encerró en el baño, debía llamar a Noah antes de que él lo hiciera.

—Hola, Alexa, lo mejor para comenzar el día es oírte.

—Produces el mismo efecto en mí, señor detective.

—Te noto de buen humor; ¿has podido descansar?

—Sí, creo que el viaje y los nervios por venir a mi casa me habían puesto en tensión.

—Me alegro de que hayas encontrado tu centro. ¿Has hablado ya con tu familia?

—Aún no, anoche llegué cansada y hoy mi padre se ha ido temprano al trabajo, lo intentaré más tarde.

—¿Estás segura de que quieres pasar por esto sola?

—Debo hacerlo, Noah. Te echo de menos.

—Yo también, no te imaginas lo que ansío abrazarte y besarte. No tienes idea de lo descentrado que me tiene saber que no estás en Nueva York, hace que me pase el día preguntándome qué estarás haciendo.

—Detective Miller, yo estoy bien, y pensando en usted a cada instante, pero le ruego concentración. Noah, por favor, no me digas eso, me agobia pensar que por mi culpa no estarás atento en tu trabajo, que considero poco normal.

—Alexa, mi trabajo es más normal que el de muchos, llevar un arma a cuestas no marca la diferencia.

—No claro, la diferencia la hace la gente a la que persigues, que también va armada y nos les importa el valor de una vida humana.

—No temas, por favor, te aseguro que nuestro entrenamiento es el adecuado para lidiar con esos a los que tanto temes. Hermosa, escucha una cosa: cuando hay una amenaza, lo mejor es neutralizarla, no temerla, y eso es lo que yo hago, neutralizo a la gente que es un riesgo en las calles, estoy entrenado para sacarlos del camino y que no sean un peligro para nadie.

—Suenas muy confiado, detective.

—La actitud es lo más importante en mi trabajo, no puedo darme el lujo de tener inseguridades, necesito actuar siempre con convicción, si vacilo es cuando me vuelvo vulnerable.

—Perfecto, entonces no vaciles, demuéstrales el depredador que eres. —Noah se rio—. ¿Qué?

—Me ha hecho gracia el término depredador. ¿Eso me consideras?

—Pues sí, y por muchas razones. Eres un depredador en la cama, un depredador de mi corazón, de mi cuerpo, de mis labios, y ahora me acabo de enterar de que eres un depredador en las calles, aunque transites por el lado de los buenos. Pero teniendo en cuenta lo nocivo que eres para mi salud mental, no sé si eres tan bueno, Noah Miller.

—¿Así que no soy bueno?

—Creo que no, eres mortífero y devastador. Me quitas la voluntad y sólo deseo estar entre tus brazos.

—Bueno, creo que el descanso de la noche te ha ido muy bien, hasta te ha puesto en plan revelador de sentimientos. —Hubo una pausa en la línea—. Me agrada saber lo que te provoco.

—Jactancioso, así es como suenas en este momento.

—Imposible disimularlo, y tampoco quiero, así es como deseo sonar. —Ambos se rieron—. He llegado al aparcamiento del departamento de policía, debo bajar del coche.

—Ok, Noah, te mando un beso. Te echo de menos, los días en Austin fueron los mejores de mi vida.

—Prometo que tendremos muchos más días como éstos, o mejores aún. *Ciao*, preciosa, recuerda que eres mi princesa.

—*Ciao*, tú recuerda que eres mi depredador personal.

Colgó el teléfono y se quedó mirándolo mientras las lágrimas se le escapaban. Se sentía fatal, la voz de Noah la había ablandado y realmente no sabía cómo lo había hecho para disimular y no ponerse a llorar mientras le hablaba. Se apremió a recuperar la compostura.

Olivia llegó a Clio Art Gallery; Dylan la había llevado hasta el lugar, pero como era temprano, ni Alexa ni Ed se había presentado aún.

Entró con sus llaves y recorrió la galería, maravillándose con las pinturas de un artista londinense que habían adquirido en consignación. Lo consideró muy bueno, le gustó mucho la forma en que definía los trazos de los rostros, los miró de un lado, de otro, se alejó para admirarlos con otra perspectiva, y siguió gustándole; consideraba su técnica muy buena, los sombreados y los colores que el artista conseguía despegaban la imagen del lienzo y le daban vida propia.

Sintió el ruido de la cerradura en la puerta y supo que alguno de sus amigos había llegado.

Alexa, al entrar y ver que la alarma no estaba puesta, imaginó que Ed ya estaba allí.

—Hola, Edmond, ¿es que te han echado de tu casa, que has llegado tan temprano?

Las dos amigas se encontraron a mitad de camino.

—Hola, Alexita.

—Vaya, pero mira a quién tenemos aquí —le habló despectivamente, dejándole claro que aún estaba enfadada—, a la señora dueña del lugar. ¿Ha venido a controlar a sus empleados, jefecita? Enseguida estoy con usted, señora Wheels, y le informo de las últimas novedades en la galería.

—No seas mala, Alexa, sabes que no he venido a eso.

—¿Ah, no? Y entonces ¿qué necesita, señora Wheels? —Remarcó el apellido con cinismo; la noche anterior, cuando Olivia le reveló dónde estaba, había terminado con su paciencia.

—Nada ha cambiado, Alexa, no he regresado con Murray por voluntad propia. No puedo decirte la razón porque no quiero mezclarte en esto, que es muy peligroso, y cuanta menos gente lo sepa te aseguro que es mejor.

—Farsante, ni tú te crees lo que estás diciendo. ¿Sabes qué creo? Que eres una masoquista, que te gusta que ese malnacido te golpee, que lo disfrutas.

—¿Por qué eres tan cruel, Alexa? ¿Cómo puedes suponer siquiera que me gusta que Murray me maltrate? Como si no me conocieras.

—No te pongas en plan de víctima, que si has regresado a su lado, no existe ninguna otra explicación.

—Volví bajo amenaza, tiene algo que puede... —hizo una pausa pensando las palabras que usaría— hacerle mucho daño a alguien que adoro, y debo proteger a esa persona. Que esté nuevamente con él es circunstancial, sólo intento ganar tiempo para conseguir eso que posee.

Alexa la miraba incrédula, le hacía notar que no le resultaban verosímiles ni una sola de sus palabras y se reía con burla.

—Y dices que no ha cambiado nada? Hipócrita, resulta que ahora ni siquiera confías en mí y me dices una sarta de estupideces sin revelar nada significativo.

—Créeme que es mejor así, amiga, no es bueno que más gente sepa la verdad. Es algo peligroso. Estoy aquí porque le he dicho a Murray que vendría a contarnos una excusa creíble a ti y a Ed para que no sospecharais del verdadero motivo por el que he vuelto con él.

Olivia había conseguido la atención de su amiga.

—¿Me estás diciendo que te está chantajeando con algo fuera de la ley?

—Sí —afirmó con rotundidad.

—En ese caso, Noah es la ley, pero prefieres alejarte de él y caer en el juego de Murray; ¿por qué no se lo cuentas al detective si es algo deshonesto como dices?

—Noah aún no sabe quién soy.

—Infáme, no tienes perdón. —Alexa levantó el tono de voz para expresarse— Si yo fuera Noah, cuando me enterase te mandaría a paseo, como corresponde. ¡Y encima vuelves con tu marido! No esperes otra cosa, porque has tomado a ese hombre por estúpido, como pretendes hacer con todos.

—Murray tiene pruebas en contra de mi hermano. Brian está metido en un lío muy grande y me amenaza con entregarlas.

—¡Mierda! ¿En qué anda el insensato de tu hermano?

—No puedo decírtelo, es algo muy peligroso.

—Peligroso... peligroso... ¿Cómo de peligroso?

—Muy peligroso.

—¿Cómo, Olivia?

Alexa insistió y como su amiga siempre la convencia con facilidad, Olivia cerró los ojos y una lágrima se escapó corriendo por su mejilla. La miró fijamente y le dijo:

—Drogas.

—¿Consume drogas? ¿Qué tiene eso de peligroso? Bueno, es peligroso para su salud, pero si está tan descerebrado como para caer en eso es su elección de vida, no entiendo que eso implique que debas volver con el bestia de tu marido.

—Creo que está en negocios con un narco.

—¡Mierda! Tu hermano es un verdadero idiota. Siempre me pareció medio flojito de cascos con las mujeres, pero esto me deja sin palabras.

—No sé qué hacer, no sé cómo salir de las garras de Murray, lo odio, lo detesto, siento asco de él, no quiero permanecer un solo día más en esa casa, pero no tengo alternativa: me amenaza con entregar las pruebas a la DEA y también al mafioso.

—Ven aquí. —Se sentaron en un escalón del suelo—. Tienes que contarle esto a Noah, él sabrá cómo ayudarte.

—¿Estás loca? ¿Qué quieres, que apresen a mi hermano? Por otra parte, jamás podría pedirle que infrinja la ley por mí.

—A ver, mente brillante, ¿qué otra solución se te ocurre?

—No sé, si la supiera no estaría en casa con Murray.

—¿Has hablado con el cabeza hueca de tu hermano?

—No, aún no lo he hecho. Anoche me quedé tan angustiada después de que habláramos que lo único que quería era venir y hacerte saber cómo son las cosas, ya sabes que no soporto pelearme contigo. Además, no sé qué hacer para acercarme a Brian, Murray me tiene vigilada y si se entera de que hablo con mi hermano, entregará lo que tiene.

—¡Bastardo! Maldito infeliz, no es justo que se salga con la suya.

—Nada en mi vida es justo, es obvio que la felicidad no es una posibilidad para mí.

—Vamos, Oli, arriba el ánimo, encontraremos una solución.

—¿Qué solución, Alexa? Esto no es broma, detrás hay gente muy peligrosa.

—Pero no puedes resignarte simplemente y sacrificar tu felicidad por...

—Voy a hacerlo. —La cortó en seco—. Es mi hermano, Alexa, Brian es mi hermano, no seré yo quien lo entregue.

El teléfono de Alexa sonó.

—Ed, ¿qué pasa, te has quedado dormido?

—Curt y yo nos hemos reconciliado y me ha invitado a pasar el día a su casa de la playa. ¿Te importa si hoy no voy?

—No te preocupes por nada, ve y disfruta del día, que aquí todo está tranquilo.

—¿Seguro que no te importa?

—No, amigo, tú que puedes disfrutar del amor, ve y hazlo. Eres un afortunado.

—¿Y el polista?

—El polista es otro tarado para mi colección que se cree que porque tiene dinero y fama sólo importa él. Bueno, *ciao*, amigo, atiende a tu media naranja y disfruta del cuerpazo que Dios te regaló, aunque considere de por vida que eres un desperdicio para nuestro género.

—¿Qué polista? —preguntó Olivia extrañada cuando ella colgó.

—Un idiota que conocí la semana pasada, pero ya es historia. Es un engreído que cree que va a manejarme a su antojo. —Olivia agitó la cabeza, no podía creer lo rápido que Alexa conocía a hombres y lo pronto que se deshacía de ellos—. Volvamos a lo nuestro, insisto en que debes hablar con el buenorro de Noah.

—No lo haré, Alexa —dijo con convicción—. No voy a ponerlo en peligro, no pienso mezclarlo en esto, entiendo que debo proteger a la gente que amo, aunque eso arruine mi felicidad.

—Tu felicidad y tu vida, porque estar al lado de ese inhumano... Temo por ti, amiga.

—Lo tengo amenazado, le he dicho que poseo pruebas de la última paliza que me dio, y creo que se lo ha creído.

—Ese tipo es una bestia; ¿hasta cuándo crees que podrás frenarlo?

—No lo sé, pero no tengo otra elección. —Se agarraron con fuerza las manos—. Mañana también vendré temprano, trata de estar aquí y deja el coche en la entrada trasera, así yo podré ir a casa de Brian.

—Cuenta con ello, amiga. Es indispensable que hables cuanto antes con él para saber a ciencia cierta a qué te enfrentas.

—Sí, estoy de acuerdo.

—¿Has hablado con Noah?

—Sí, Alexita, no sabes cómo me duele mentirle, pero oír su voz me da fuerzas. He sido tan feliz a su lado que no quiero rendirme, pero cada día siento que no tengo salida.

—La encontraremos, amiga, te juro que la encontraremos.

Al día siguiente, por la tarde, Olivia permanecía refugiada en su estudio cuando Cliff llamó a la puerta y ella lo hizo pasar.

—Señora, la busca la asesora de imagen del señor, la señorita Samantha Stuart.

A Olivia le extrañó que la buscara a ella.

—Cliff, el señor Wheels no está en casa.

—No le busca a él, sino a usted.

Se sintió más extrañada aún, pero de todas formas salió a atenderla.

—Buenas tardes, señora Wheels.

—Buenas tardes, señorita Stuart.

Se saludaron con un desgano apretón de manos. A Olivia no le apetecía fingir que se alegraba de verla, y no le importaba mostrarse descortés con ella, así que no se molestó con formalidades.

—Usted dirá, ¿qué necesita?

—Estoy aquí para ayudarla a organizar su cumpleaños.

Era obvio que Murray no pensaba desistir de usar cada oportunidad para lanzar su candidatura. Olivia, hastiada, elevó los ojos al cielo.

—Sentémonos —dijo señalando los sofás de la sala.

Samantha la siguió, y extrajo de su portafolio una carpeta que contenía el plan trazado para esa fecha.

—Bueno, como no nos queda mucho tiempo, déjeme decirle que ya he formulado una lista de invitados que darán prestigio al evento. También he convocado a algunos medios de comunicación para que la fiesta salga en las crónicas sociales, pero de eso nos encargamos con su esposo.

—No entiendo a qué ha venido, si ya lo tiene todo organizado. Supongo que la lista también estará aprobada por mi marido, así que no le encuentro mayor sentido a esto.

Samantha se la quedó mirando y le extendió la lista.

—Me gustaría que le diera una ojeada para saber si quiere invitar a alguien más.

Olivia cogió la lista a desgana, miró y vio los nombres que le interesaban: sus padres, Ed y Curt, Alexa y Brian. Todos los que le importaban estaban ahí. No pudo dejar de pensar por un instante en Noah; días atrás se había ilusionado en festejar su cumpleaños con él, pero ahora que no parecía posible agradeció no haber mencionado la fecha en que los cumplía.

—Quita a Ed y a Curt, para entonces no estarán en la ciudad.

—Perfecto; ¿alguna otra modificación que quiera hacer?

—No, todo me parece bien.

—Su hermano ha pedido dos invitaciones, ¿sabe cuál es el nombre de su acompañante? Es para encargarse de la invitación e incluirla en la lista.

—No tengo ni idea, acabo de enterarme de que no está en el país, si lo llamo le preguntaré.

Pensó que no tenía ganas de llamarlo por teléfono, y a que si lo hacía no se podría aguantar y le hablaría de las fotos. Prefería esperar a que regresara.

Había pasado más de una semana, y Olivia supuestamente seguía en casa de sus padres.

El humor de Noah se había agriado, no podía dejar de pensar en ella y ansiaba verla más allá de todo razonamiento. Estaba tan fastidiado que le costaba concentrarse en el trabajo, y eso lo ponía de muy mal humor. Desde que la había conocido se había apoderado de cada uno de sus pensamientos, y estaba comenzando a sentirse un estúpido por estar tan pendiente de ella. De pronto se vio sentado tras su escritorio y odió depender de las órdenes de un superior, aunque se dio cuenta de que, en realidad, no tenía por qué hacerlo, pues era el dueño de una de las empresas de desarrollo electrónico más grandes de Texas. Si no fuera policía, podría disponer de sus horarios como y cuando quisiera, y ésa le pareció la mejor solución, ya que lo que más deseaba en ese momento era salir corriendo a buscarla a dondequiera que estuviese. Pero pronto se deshizo de esos pensamientos, ¿desde cuándo imaginaba que podía hacer otra cosa que no fuera la que hacía? Ofuscado, arrojó al suelo el bolígrafo que tenía en la mano al caer en la cuenta de lo que su atormentada mente conjeturaba: no podía creer lo que esa mujer hacía con él, era capaz de desbaratar todo lo que antes tenía muy claro.

El departamento estaba aquel día sumergido en un silencio inusual. Noah miró a su alrededor y cada uno estaba enfrascado en sus tareas. Sólo se encontró con los ojos de Eva, que lo miraba sin disimulo, estudiándolo, pero eso no le preocupó.

«Alexa, no soporto un día más sin verte. No es posible que sólo esté pensando en ti durante todo el día, como un bobo.»

Sintió una desazón en el pecho, pues hacía días que tenía la sensación de que para ella no era lo mismo, únicamente lo llamaba una vez al día y siempre esgrimía excusas para cortar deprisa la conversación. Luego, las veces que él intentaba llamarla, siempre salía el contestador. Cada día la notaba más distante, y eso le ponía de un humor de perros; saber que él se había entregado por completo lo hacía sentir un estúpido.

Por su parte, para Olivia había sido imposible comunicarse con su hermano: Brian estaba en Portugal en medio de una campaña publicitaria, y le quedaban unos días para regresar de Lisboa. Aun así, lo que ellos tenían que hablar no era para hacerlo por teléfono, así que debía esperar a que regresara.

Esa mañana, después de desayunar en el estudio, hastiada de todo cuanto la rodeaba, se dirigió al salón. Se sentía abrumada en esa casa, las horas del día parecían no tener fin y ni siquiera pintar la abstraía de los problemas; eso era grave, pues la pintura era su pasión. Se pasaba el día pensando en Noah, añorando sus besos y sus caricias.

Murray, que había salido muy temprano, volvió de pronto acompañado por Samantha Stuart. Saludaron a Olivia de pasada y se encerraron a trabajar en el despacho. Oyó tras la puerta que preparaban un viaje a Washington; de vez en cuando Murray debía trasladarse allí por su cargo como senador. Sintió alivio, le hizo ilusión pensar que se alejaría de la ciudad y ansió con todas sus fuerzas que no la obligase a acompañarlo.

Se dejó caer en el sillón de la sala y se repantigó en él dando un suspiro. Estaba agobiada, alrededor de sus ojos la coloración violácea se acentuaba por el agotamiento físico y mental que experimentaba, ya que hacía días que no dormía bien. Nada parecía tener solución; esa semana había tenido que acompañar a Murray a varios actos de campaña y mostrarse como una esposa abnegada, volcada en la carrera política de su esposo y decidida a acompañarlo en el camino, haciendo ver que creía en él de todo corazón.

Por otra parte, cada vez le costaba más mantener la mentira que le había contado a Noah, ya no sabía qué excusa poner para que él siguiera creyendo que continuaba en casa de sus padres. Sentía a cada instante que lo perdía y que un abismo había comenzado a abrirse entre ellos; eso la desanimaba cada vez más, porque la brecha parecía insalvable.

Era miércoles, y por suerte Wheels no la había obligado a ir con él de campaña, así que a pesar de las órdenes que éste había dado obligó a Dylan a llevarla a la galería.

—Si usted no me lleva, me voy sola, y seguro que su patrón se enfadará bastante cuando se entere. ¿O es que pretende mantenerme encerrada contra mi voluntad?

Cuando Dylan se preparaba para estacionar delante de la galería vio el coche de Noah frente a Clio. Casi se muere de un síncope.

—He cambiado de opinión, lléveme de regreso a casa —ordenó con apremio.

El prosaico guardaespaldas se dio la vuelta con extrema parsimonia y la miró por encima de las gafas.

—¿No me ha oído, Dylan? Volvemos a Park Avenue.

El hombre bufó, puso la marcha y se alejó del lugar.

—Tranquilo, caramelito. Alexita necesita estos días con su familia, debe de estar creando el ambiente propicio para hablar con su padre, para ella es muy importante que acepten vuestra relación.

—Me siento un estúpido. La llamo y nunca puede contestar el teléfono. Mi paciencia tiene un límite, y con tu amiga he sido más paciente de lo que todo humano puede serlo; ya empiezo a creer que soy un idiota por tener tantos miramientos con ella.

—Te entiendo, créeme que lo hago. Noah, Alexa se muere por ti, de la misma forma que tú te mueres por ella.

—La siento muy distante. Yo no soy así y eso me enfurece, parezco un inseguro y un inexperto.

—Bombonazo, te aseguro que ella nunca ha sido tan feliz como lo es a tu lado. La haces sentir una reina.

Oír eso lo alegró, pues necesitaba creer en lo que la rubia le decía, pero aun así no le bastaba con lo dicho: necesitaba hechos, necesitaba que Olivia se la jugara por él tanto como él lo hacía por ella, necesitaba que actuase de la misma forma que él, dejando de lado su orgullo.

—Te aseguro que no existe nadie más transparente que mi amiga, y que todo cuanto hace es por defender vuestra relación. La familia de Alexa no es fácil, su padre es muy autoritario, de hecho a su exmarido se lo escogió él.

Noah la miró calculando cada palabra.

—Supongo que sabes que aún no sé quién es su ex, y eso me cabrea, y acabo de enterarme de que su familia pactó ese matrimonio. Me cuesta creer que en pleno siglo XXI aún haya matrimonios arreglados.

—¿No lo sabías? No estaba al tanto —mintió Alexa—. Bueno, lamento la indiscreción, no es a mí a quien corresponde hablar de su vida. Entiendo que eres lo mejor que le ha pasado, sé reconocer a un buen hombre y tú lo eres; hasta me da un poco de envidia, pues yo no puedo encontrar por ningún lado a uno como tú —bromeó para quitarle un poco de seriedad al asunto. Noah sonrió con desgana, no era ningún tonto y sabía de sobra que lo quería engatusar con su adulación—. Ya te lo contaré, no es que no confíe en ti, más bien es todo lo contrario, creo que lo hace para protegerte.

—¿Protegerme? ¿De qué me tiene que proteger?

Las alarmas de Noah sonaron con esas palabras.

Alexa se arrepintió de inmediato de lo que había dicho, era una bocazas; largó un impropio para sus adentros amonestándose a sí misma. A Noah se lo veía tan mal que en realidad no sabía cómo tranquilizarlo. De todas formas, ese hombre tenía toda la razón para estar como estaba; si se ponía dos minutos bajo su piel a Alexa le resultaba increíble que a pesar de las facilidades que tenía para averiguarlo todo no lo hubiera hecho hasta el momento. Lo miró fijamente a los ojos y no lo consideró un estúpido, aunque supuso que así sería como él se sentiría al averiguarlo todo. El hombre que tenía delante no era un debilicho ni un tipo sin carácter; se podía deducir en el ancho de su cuello, en los músculos que se le marcaban, en sus mandíbulas cuadradas, que apretaba mientras pensaba en cada palabra que ella decía, en sus manos, de gran tamaño, venosas, potentes. Comprendió que frente a ella había un hombre de carácter fuerte y portentoso, pero que estaba sumamente enamorado de su mejor amiga y por eso había decidido darle espacio y tiempo. Había resuelto ser paciente, todo lo paciente que Olivia necesitaba que fueran con ella, debido a lo dañada que

estaba por causa del malnacido de Wheels.

Él le agarró el antebrazo para hacerla salir de su mutismo y volvió a preguntarle:

—¿De quién me tengo que proteger? ¿Qué clase de persona es el ex de Alexa?

—No, bombón, no imagines nada raro, yo soy una exagerada, siempre me pasa esto. No quería decir protegerte, me he expresado mal, debí haber dicho hacerte a un lado. Alexa pretende afrontar esto sola y quiere preservar vuestro amor.

Sé quedó mirándola, no le cuadraba la explicación, no del todo.

—Yo estoy en esto con ella, no entiendo por qué me quiere dejar al margen, no quiero que afronte nada sola, y menos a esa bestia. Cuando regrese me lo tendrá que decir todo, no esperaré más; esto te lo digo a ti y espero que no se lo cuentes, pero de ese infeliz voy a encargarme con mis propias manos.

Alexa no pudo disimular la alegría que las palabras de Noah le producían, pensó que eso era lo que Murray necesitaba, una buena lección.

Por un instante bajó la posibilidad de contárselo todo de una vez, pero para ella era muy importante la amistad de Olivia y no quería traicionarla, no podría soportar que ya no confiase en ella; además, era justo que le permitiera tomar sus propias decisiones. Equivocada o no, ella tenía que aprender a actuar en consecuencia con sus actos y no dirigida por nadie, como siempre había sido.

—No te enfurezcas, sé de sobra cuánto te cuesta contenerme, supongo que mucho más teniéndolo todo a tu alcance. Créeme que tu esfuerzo me produce admiración y sé que sabes que Alexa necesita que confíen en ella y que la dejen hacer a su modo. Hace mucho que no toma sus propias decisiones, creo que en realidad nunca lo ha hecho. Por eso es importante que le des espacio y tiempo.

—Lo sé, por eso me aguanto, sé que necesita que confíen en ella.

Cerró el puño y lo apretó con ímpetu, imaginando el momento en que por fin pudiera tener frente a él al exmarido de la que consideraba su mujer.

En ese instante Ed ingresó en la galería por la puerta de atrás con unos empleados; llevaban una colección de pinturas del artista que exponía esa semana.

—¿Os conocéis? Creo que no.

—No formalmente, pero lo recuerdo muy bien. Éste es el adonis que le pagó la copa a nuestra querida amiga en The Counting Room.

—Tú debes de ser Edmond. Alexa me ha hablado mucho de ti.

—Espero que lo que te haya dicho sea bueno.

Noah extendió la mano para saludarlo, pero Ed no resistió la tentación y le dio un suave beso en la mejilla, deseaba poder olfatear su masculino olor. Noah sonrió, Olivia ya le había hablado de las preferencias sexuales de su amigo, que no se preocupaba en disimular.

—Espero que no lo tomes a mal, pero he de decirte que saber que llevas un arma y una placa me resulta sumamente atractivo. Supongo que más de uno te lo habrá dicho...

—A decir verdad, eres el primer hombre que me lo dice. Debo reconocer, y tampoco lo tomes a mal, que por lo general esos halagos los recibo de parte de mujeres.

Los tres se rieron.

—¿Nuestra amiga ya ha vuelto? ¿Ése es el motivo de tan encantadora visita?

—No, Ed, sigue en casa de sus padres —le hizo saber Alexa.

—Ok, ok. —Dio un suspiro exagerado—. No quiero parecer descortés, pero alguien debe trabajar en esta galería, así que si me disculpáis os dejo un instante. Voy a comprobar que se baja la colección de Merleau con cuidado, que si les quito un ojo de encima a los operarios tratan esas piezas de arte como bultos en el puerto.

—Yo también aprovecharé para irme, debo trabajar —dijo Noah mirando su reloj.

Camino al departamento de policía recibió una alerta, un código 10-40 en el que le pedían que cambiara de frecuencia. Tras ese código llegó un 10-0 y un 10-80.

—Atención, nos encontramos en las ruinas de Yonkers Power Station. Un muerto en la escena con un disparo en la cabeza. Detective Miller, se requiere su presencia, código 10-20, por favor.

—Código 10-4. Estoy en camino a pocos minutos del lugar.

—Código 10-4, detective, comprendido.

—Noah, ¿dónde estás?

Recibió una llamada de su compañera casi de forma inmediata.

—En camino acudiendo a la alerta, en diez minutos estoy ahí. Eva, ¿también te han convocado?

—Sí, estoy a punto de llegar.

Gonzales y Miller llegaron casi a la vez al lugar de los hechos y caminaron hacia la zona precintada, un área de más de cincuenta metros donde gran parte del personal de investigación ya estaba trabajando. El fiscal había llegado pero estaban aguardándolos a ellos, ya que unos compañeros detectives habían reconocido a la víctima como un delincuente al que ellos habían apresado semanas atrás y al que por falta de pruebas habían tenido que dejar en libertad. Respondiendo a los códigos, esa investigación les pertenecía.

—¡Putá mierda! —gritó Miller a su compañera al divisar el cuerpo del fallecido mientras iba poniéndose los guantes de látex: había reconocido a las claras a Leonard LeBron—. Es evidente que alguien no quiere que queden cabos sueltos —dijo fastidiado a Eva, sin que nadie más lo oyese— y es más que obvio que con éste y con Simon Shawn nos estábamos acercando demasiado al topo. Es triste saber que hay un topo entre nosotros, además, a esto ya no se le puede aplicar el *Código azul del silencio*.*

Cuando estuvieron lo suficientemente cerca se saludaron con el fiscal a cargo y con los peritos, y comenzaron de inmediato a impartir órdenes para dirigir la investigación.

—Se infiere a priori que estamos en la escena del crimen, lo que se puede presuponer por la cantidad de sangre hallada en el lugar —acotó Noah y corroboró uno de los expertos.

El detective García se había acercado a él y tras saludarlo le pasó la información recabada a su llegada. Hora y fecha exacta de la comunicación del hecho y datos de los comunicantes, a quienes señaló además con la mano, se trataba de dos vagabundos. También le indicó el tiempo exacto de la llegada del personal policial al lugar y los acompañó a la escena utilizando la misma ruta segura que él había seguido y anotado hacia unos momentos.

—He llegado hasta aquí porque en cuanto lo he reconocido os he convocado. Así que os lo dejo, todo vuestro. *Au revoir!* —se despidió en francés y se retiró.

—Comencemos con el rastillaje del lugar, a ver si encontramos casquillos o incluso el arma —ordenó Eva a un grupo de agentes que maniobraban linternas en su mano.

—Delimiten bien todas las vías de entrada y salida y requisen los alrededores —añadió Miller.

Un agente se acercó a Noah, que estaba de pie mirando y estudiando el panorama en la central eléctrica del Yonkers de Nueva York y del río Hudson. Eva estaba inclinada sobre el cuerpo, hurgando en los bolsillos del cadáver, pero la documentación ya había sido retirada por García.

Se peinó toda la zona, se tomaron muestras y huellas. Tras recabar todas las pruebas trasladaron a los vagabundos a la comisaría de policía para tomarles declaración, de la cual no se obtuvo nada significativo. El dato más relevante fue que tres días atrás el cuerpo no estaba; ellos no siempre dormían allí, pero el viernes sí lo habían hecho y aseguraban rotundamente que no estaba.

Como se trataba de un lugar abandonado, tampoco se obtuvo ningún testimonio que pudiera arrojar un poco de luz al asunto. Restaba esperar el informe de balística y de la autopsia para ver qué podían aportar. También quedaba recabar testimonio de su círculo íntimo y familiar, para determinar cuándo había sido la última vez que se lo vio con vida. Teniendo en cuenta el historial de la víctima, sabían que no sería fácil encontrar colaboración en su entorno, ya que seguramente tampoco andaban en cosas legales y escatimarían información incluso aunque pudiera servir para esclarecer el asesinato de uno de los suyos.

Olivia no estaba precisamente animada. Por la tarde, sus padres la habían telefonado para avisarla de que se encontraban alojados en el hotel St. Regis de Manhattan. La amargó caer en la cuenta de que aunque ella vivía en un lugar con muchas habitaciones, ellos preferían alojarse en un hotel, pero entonces decidió no pensar en eso: así eran ellos, su trato siempre había sido displicente y no iban a cambiar ahora.

Debía asumir que sus padres no eran padres comunes, cariñosos y devotos de sus hijos; tenían otras prioridades, los negocios por encima de todo y el exclusivo círculo social al que pertenecían; en su modo de vida no cabía la posibilidad de viajar a Nueva York y alojarse en casa de su hija, no estaría bien visto que no lo hicieran en un hotel de primerísima línea.

Indefectiblemente, los pensamientos de Olivia se trasladaron a su hermano. Brian no era como ellos, pero de todas formas tenía un carácter bastante desapegado de los valores familiares y no lo culpaba, así los habían criado, aunque el alejamiento de sus padres había vuelto a Brian más terrenal.

Intentó desembarazarse de esos razonamientos que desde niña la atormentaban, pues la hacían sentir como un bicho de laboratorio entre los amigos que no pertenecían a su estatus, aquellos que siempre había intentado cosechar, porque para ella las clases sociales no contaban. Aunque había sido instruida en los mejores colegios, jamás había tenido en cuenta los escalafones y sí a aquellas personas que la hacían sentir bien y cómoda. Recordó a sus entrañables amigos, a quienes desde hacía muchos años consideraba parte de su familia, y sonrió orgullosa. Alexa la acababa de avisar de que ya salía hacia su casa, y Edmond, entusiasmado desde Londres, la había telefonado antes de entrar en la subasta de la famosa casa Sotheby's.

—No te preocupes, Ed, sabes que no te pierdes nada, tú conoces la verdad de por qué estoy aquí: esto no es más que una simple pantomima de prensa que muy poco tiene que ver con una fiesta de cumpleaños. Me encantaría decirte que nos resarciremos a tu regreso, pero Murray está bastante quisquilloso con mis salidas. Bah, no sé de qué me asombro.

—Igualmente, tesoro, no te preocupes que ya nos veremos, lamento que haya coincidido esta subasta con tu cumple, porque al menos si estuviésemos todos los que te queremos mucho te sentirías más acompañada.

—Ed, ojalá pudiera estar donde estás tú, de verdad, no te aflijas.

—Te he mandado un regalo que te encantará.

—Amigo, no hace falta que te gastes dinero. ¿Curt ya ha llegado?

—Aún no, llega de madrugada en un vuelo directo desde Barcelona.

—Sí, ya me lo habías comentado. Compra muchas cosas bonitas para la galería, aprovecha esta liquidez que tenemos en Clio para hacerte con buenas obras de arte. Y luego olvídate del trabajo y disfruta del viaje.

—Gracias, corazón, sabes que te adoro. No me cabe duda de que a pesar del desánimo que siento en tu voz sabrás encontrar el equilibrio y estarás soberbia. Prohibido pensar en el detective, porque eso te desmoralizará aún más.

—Como si fuese tan fácil no pensar en él. —No pudo evitar sentirse atormentada—. A veces creo que habría sido preferible no conocerlo, te aseguro que esto duele más que muchos golpes de los que he recibido por parte de Murray.

—Deja de decir gansadas y de ser tan negativa, ya encontrarás una solución. Además, sabes lo que pensamos Alexa y yo: Brian será tu hermano, pero no es justo que cargues con sus errores. Hoy regresa, y seguro que podrás hablar con él.

—Eso espero —dijo ella con evidente cansancio—. Con respecto a Brian, ya os lo he dicho: es mi hermano y si está en mi mano protegerlo lo haré, en eso no hay discusión.

—No sigamos hablando de eso, que sé que eres muy testaruda y no te convenceré; además, no es mi intención amargarte más de lo que estás. Ahora respira profundamente, céntrate en estar radiante en tu vestido de noche y sonríe exultante como sólo tú puedes hacerlo, aunque el mundo se derrumbe a tu alrededor. Te admiro, amiga, aunque tú no lo creas, te admiro por tu entereza. No hace falta que te diga que te quiero.

—Gracias, Ed, yo también te quiero, pero te aseguro que mi entereza está llegando a su fin; para la maquilladora no ha sido fácil cubrir mis ojeras, y aunque el vestido es realmente extraordinario, no sé si podrá disimular mi amargura.

Olivia cortó la llamada.

Sumida en el desánimo, se disponía a esconder muy bien el móvil, pero fue demasiada la tentación y se apoderó de ella. Sin querer ni poder resistirse, comprobó que el cerrojo del baño estuviera puesto y llamó a Noah. Marcó su número con el corazón desbocado, la sangre le bombeaba por el cuerpo a una velocidad anormal, sintió desesperación por escuchar su voz, necesitaba sosegarlo oyéndolo; pero la suerte parecía que ese día no estaba de su lado: le salió el contestador y eso hizo que se sumiera más en el desánimo, se sintió abatida y muy pesimista; se había ilusionado con escucharlo, aunque sólo fuera para recobrar fuerzas y salir a hacerle frente a la noche. Noah era su calma, su esperanza, pero cada día ese anhelo por ser feliz se mostraba ante sus ojos más inalcanzable. Recordó los días en que Murray había viajado a Washington.

Confiada, se había alegrado de que no la obligase a ir con él, ya que quedarse sola en la casa le daría la oportunidad de poder registrarla y buscar los originales de las fotos de Brian, pero muy pronto ese entusiasmo se fue apagando, a medida que los lugares se acababan y no hallaba nada. Desgraciadamente, las ilusiones de poder marcharse de esa casa se disiparon en un tris al comprobar que allí no había nada; ni siquiera fue capaz de abrir la caja fuerte de la casa, que estaba disimulada tras un cuadro en la biblioteca: Wheels le había cambiado la combinación.

Recordó con pesar lo estúpida que se había sentido desde ese día, su ánimo había caído en un pozo del que cada vez le costaba más salir. Se sintió una fracasada.

Emitió un hondo suspiro y se obligó a deshacerse de sus pensamientos: era imperativo hacerlo, pues necesitaba centrarse en su papel de esposa del senador Murray Wheels.

Como la maquilladora y la peluquera ya habían terminado con ella, se quitó la bata de seda que llevaba puesta y se dispuso a enfundarse en un vestido de la colección de Armani Privé, de líneas muy simples en blanco y negro, que realzaba su busto y la estrechez de su cintura. Pensaba acompañarlo con joyas de diamantes de Le Vian; éstas habían sido regalo de Murray para jactarse especialmente esa noche y quedar ante todos como un esposo muy considerado. Llamaron a su puerta:

—Señora, su hermano al teléfono.

Olivia se apresuró a contestar al oír el aviso de Cliff.

—Hermanita, ¡feliz cumpleaños! —Como hablaba por la línea de la casa, donde todas las llamadas eran grabadas, Olivia se contuvo con cada una de sus palabras—. Mi móvil murió en Lisboa, ¿me estuviste llamando? No sé qué le pasó, creo que tendré que cambiar ese aparato, acabo de llegar a Manhattan y ya estoy preparándome para ir a tu fiesta.

—Te llamé para recordarte lo de la fiesta —dijo con fingida importancia.

—¿Papá y mamá ya han llegado?

—Me han llamado desde el hotel.

—Nos vemos en un rato. Iré acompañado, ya he avisado a la organizadora de la fiesta, no creo poder soportar a papá toda la noche con su verborrea exagerada. Sin duda tendrá preparado un sermón para darme, así que me llevaré a un acompañante.

—Bueno, no llegues tarde —lo conminó.

—No lo haré, sabes que tú eres siempre mi prioridad.

—Sí claro. —Aunque no quiso sonar incrédula, no supo si pudo disimularlo—. No llegues tarde, Brian, por favor —repitió antes de cortar.

Había terminado de arreglarse. Frente al espejo de su vestidor se dio una última mirada, se roció con abundante Sí de Armani y salió para dirigirse al salón de la mansión, donde ya se oía el bullicio de los últimos preparativos y una música de fondo muy suave. Así el picaporte y cerró los ojos; con vacilación volvió tras sus

pasos y regresó rápidamente al lugar donde había dejado escondido su móvil, entre las toallas. Se encerró rápidamente en el baño y volvió a marcar el número de Noah.

—Hola, hermosa.

Su corazón dio un brinco al escuchar su voz y una sonrisa se le dibujó en la comisura de los labios; oírlo era suficiente para que su corazón latiera desbocado de pasión, de amor, de felicidad, de esperanza.

—Te echo de menos —se animó a decirle, y no era mentira. Lo extrañaba tanto, añoraba sus besos, sus manos recorriendo su cuerpo, su aliento velándola en las noches y sus susurros desmedidos mientras le hacía el amor y la colmaba de muestras de cariño.

—No creo que tanto como yo, si no ya habrías regresado.

En ese momento, Murray llamó a la puerta del baño y ella presurosa cortó la llamada y apagó el teléfono.

—Sí —contestó con un hilo de voz.

—Han llegado tus padres, te esperan en el salón. Date prisa.

—Ya voy, sólo he venido al baño para no tener que hacerlo cuando lleguen los invitados.

Se arrepintió de dar tantas explicaciones, Murray no era tonto y no quería que advirtiera su nerviosismo por haberla pillado in fraganti. Se apresuró a esconder el teléfono y salió de allí; Wheels aún no se había ido. La miró estudiando su gesto.

—¿Qué ocurre?

—Nada, ¿por qué? —Intentó serenarse, respirar pausadamente, para que no se diera cuenta del susto que se había llevado. Él la siguió mirando, mientras entrecerraba los ojos.

—Vamos —le dijo mientras estiraba la mano para que se la tomara—. Espero que sepas comportarte.

—Sabes que sé hacer muy bien mi papel, seré la esposa ideal, tenemos un trato.

Murray sonrió burlón. Olivia, sin disimular su desprecio, le ofreció la mano.

—Cambia esa cara de culo entonces.

—La cortesía exige siempre reciprocidad, mis buenos modales los guardo para quien los merece.

Murray hizo caso omiso a sus palabras, continuó riéndose de manera irónica mientras caminaba junto ella con actitud pedante. Sabía cuánto le molestaba que la tocara, y lo hacía a propósito.

Al otro lado de la línea...

—Hola... hola... —Chasqueó la lengua—. Se ha cortado —dijo Miller con una mueca que demostraba su hastío. Intentó llamarla, pero le salía invariablemente el contestador.

—¿Qué pasa? Pareces contrariado.

—Era Alexa, pero se ha cortado y no logro retomar la llamada.

—Los sistemas de comunicación cada vez van peor —le dijo Brian al detective mientras se adentraba en el tráfico de Nueva York. Ladeó la cabeza mientras estudiaba el gesto decepcionado de su amigo, que no se resignaba y seguía intentando comunicarse—. Mira lo que me pasó a mí en Lisboa, aún no sé si fue el teléfono o un problema de la compañía de comunicaciones. Ya te volveré a llamar, ahora cambia esa cara e intenta divertirme, aunque no creo que sea una de las fiestas que nos gustan. La vida de mi hermana es tan aburrida y protocolaria... —sacudió los hombros—, pero dicen que para gustos no hay colores.

—Creo que ha sido un error aceptar acompañarte, no debí dejarme convencer.

Brian volvió a estudiarlo. Noah sacudía la cabeza aseverando sus palabras mientras se pasaba la mano por la frente y, rendido, depositaba su teléfono en el fondo del bolsillo interno de su chaqueta.

—Esa mujer te está haciendo daño. Mujeres... Yo por eso no me enrolló con ninguna en especial, sólo terminan complicándote la vida. Amo demasiado mi libertad, prefiero picotear en cada flor y no empecinarme con una.

En la sala, Olivia se encontró con sus padres. Benjamin Moore le dio un beso en la frente y la agarró de los hombros mientras la admiraba unos instantes, a la vez que deslizaba la mano por el brazo hasta cogerle la suya:

—Me alegra que te hayas puesto el brazalet que te regalamos.

—Gracias, papá, por hacerlo llegar con anticipación para que pudiera lucirlo esta noche.

—Hija querida, estás bellísima —dijo su madre, Geraldine Mayer, mientras abría los brazos para estrecharla.

Olivia se rebujó en ella esperando encontrar la contención que necesitaba, se aferró a su cuerpo con ímpetu y desesperación, mientras cerraba los ojos para profundizar en su abrazo.

—Bueno, bueno, no nos arruguemos la ropa, Oli.

Se separó sin poder ocultar su desilusión, bajó la vista y se lamentó por haber tenido la osadía de arruinarle a su madre el modelo de Cavalli. Geraldine la miró escudriñándola de pies a cabeza y sin percatarse del gesto contrito de su hija le dijo:

—Esos pendientes y ese collar no te los había visto. Murray... —Miró a su yerno y aseguró—: Apuesto por el buen gusto que éste es tu regalo.

—Acierta, suegra —le dijo mientras se aferraba a la cintura de Olivia y la pegaba a su cuerpo—. Se ven preciosas estas joyas en mi joya, ¿verdad? —La besó detrás de la oreja y Olivia sintió una náusea en el estómago y un repelús en todo el cuerpo.

—¿De qué diseñador son? —se interesó Geraldine con insistencia.

—Diamantes de Le Vian, querida.

Murray contestó con una postura claramente jactanciosa; no se apartaba de Olivia y permanecía con una mano en el bolsillo del pantalón.

Continuaron conversando, la campaña política fue el tema por excelencia, sólo se apartaron unos instantes de la conversación para hablar de los negocios de la familia Mayer-Moore. Los camareros, a petición del senador, sirvieron champán y algunos bocadillos que todos dejaron de lado. Olivia se decantó por un zumo natural de frutas, ella rara vez bebía alcohol y como ese día estaba tan apática, lo rechazó de plano; además, beber champán significaba integrarse en el festejo, y ella no tenía nada que festejar.

Al cabo de un rato, los invitados comenzaron a llegar. Políticos de las altas esferas, economistas, funcionarios del gobierno con sus esposas, prestigiosos periodistas de los medios más influyentes y poderosos empresarios, entre otros, se dieron cita en la mansión neoyorquina.

Quien no conocía el tormento que significaba para ella esa reunión habría dicho que Olivia se mostraba entusiasmada, sólo bastaba con verla para afirmarlo, porque en su rostro se veía una sonrisa que tenía ensayada al dedillo y que no desvelaba en absoluto el desdén y el agobio que sentía.

De pronto, vio entrar a Alexa y suspiró aliviada: por fin iba a dejar de sentirse desubicada y como un pez fuera del agua. Se pegaría a ella y pasaría el resto de la noche junto a su amiga del alma.

—Oli, mi vida, ¡feliz cumple! —Se abrazaron con efusividad. Desde la otra punta de la sala Wheels las miró con fastidio, no la soportaba y no podía disimular—. Amiga mía, toma tu regalo, me lo querían quitar en la entrada pero yo deseaba dártelo en mano. Joder con el protocolo estúpido de tu marido; con tal de llevarle la contraria, lo haría mil veces más.

Olivia la miró con dulzura, amaba la espontaneidad de su amiga y lo mucho que siempre la hacía sentir querida.

—Gracias, Alexita. Ven, vayamos allá sobre esa mesa, así lo abriré. Estás muy guapa, ese vestido de color natural te sienta muy bien, apuesto a que serás objeto de muchas miradas esta noche.

—No me interesa en absoluto, aquí sólo hay estirados y son todos de la misma calaña que el ogro. Para muestra, basta un botón.

Las dos se rieron a carcajadas, el humor de Olivia había cambiado considerablemente. Se retiraron unos metros hacia una mesa que estaba junto a una de las contraventanas y Olivia abrió el obsequio con ilusión.

Era un camafeo, una réplica de la famosa obra *La primavera* de Botticelli, el pintor favorito de Olivia.

Ella lo admiró embelesada, conocía muy bien la pintura y la reproducción estaba muy bien lograda: copiaba casi a la perfección cada detalle del original. En ese mismo instante quiso quitarse el pesado collar de diamantes que llevaba puesto y colocarse ese camafeo.

—¿Te gusta? Es de un artista florentino del siglo pasado. El camafeo es de plata antigua y para pintarlo utilizó la misma técnica que el genio de Botticelli: temple de huevo.

—Es magnífico, me has dejado sin respiración.

—Qué bien que te guste. También estuve a punto de ir a comprar un frasco de tu perfume favorito para acompañar esto.

—Alexita, ambas cosas me habrían encantado, pero esto habla de lo mucho que me conoces. Me has dejado sin palabras, amiga.

En ese momento vio con el rabllo del ojo que Brian entraba en el salón. Se movió para tener una mejor visión de la entrada de su hermano, que parecía un dandi enfundado en un traje negro de Dolce & Gabbana. Era guapo por cualquier lado por donde se lo mirase, y traía un bronceado perfecto que sin duda había adquirido en las playas de Lisboa. Olivia lo quería muchísimo, e iba a protegerlo pasara lo que pasase.

De pronto, sintió que el suelo se movía bajo sus pies, la boca se le secó de pronto y las piernas se le quedaron como un flan. Palideció hasta tal punto que Alexa la cogió por el codo y le preguntó:

—¿Te encuentras bien? —Olivia se dio la vuelta con ímpetu para esconder su rostro—. ¿Qué pasa, Oli?

—Vuélvete, no mires atrás —consiguió advertirle, y con un hilo de voz siguió hablando para poner al tanto a su amiga—. Brian acaba de llegar, pero no ha venido solo, está con...

—¿Con quién? —Intentó darse la vuelta pero Olivia se lo impidió.

—Con Noah —susurró.

—¿Qué? ¿Estás de broma?

—¿Tengo cara de estar de broma?

—No, por supuesto que no, tienes cara de muerta, así que debe de ser cierto.

—No puede ser, no puede serlo.

—Tranquila, respira profundamente, no vaya a ser que te me desmayes aquí. Pensemos...

—¿Qué quieres que pensemos? Noah cree que estoy en casa de mis padres, acaba de entrar con mi hermano y Brian vendrá a saludarme y me lo presentará. ¿De qué coño se conocen?

—Dile: «Hola soy Olivia Moore» y listo.

—Alexa, no es momento para bromas. Esto desatará la furia de Murray, por Dios, las fotos de Brian... —Se cubrió la boca—. ¿Qué voy a hacer?

—Jódete. Si, no me mires así, con esa cara de cordero degollado: esto pasa por no haber hablado con Noah cuando debiste hacerlo. Hazte cargo, no te queda otra opción. Yo te lo advertí en más de una ocasión.

—Oli, me están entrando ganas de hacer caca de los nervios.

—Ni se te ocurra dejarme sola —la miró a los ojos—, te lo haces encima, Alexa,

Olivia cogió una fuerte inspiración, se aferró a la mano de su amiga y se dio la vuelta. Era en vano ocultarse, porque lo inminente estaba a la vista y el encuentro era impostergable e ineludible.

Sus padres detuvieron en el camino a Brian, los momentos se hacían eternos.

Noah todavía no la había visto; como ellas estaban al final de la sala permanecían ocultas tras la concurrencia.

Olivia aprovechó para mirarlo bien. Estaba magnífico, sin temor a equivocarse podía asegurar que él también llevaba un traje de D&G —sabía reconocer el corte de tanto vérselo a su hermano— azul oscuro de tres piezas y con rayas finas, acompañado con una camisa blanca de cuello italiano y una corbata azul con rayas transversales; los zapatos, de cordones, eran de piel acharolada. La musculatura de sus piernas se marcaba visiblemente en los muslos, que se adherían al pantalón de corte perfecto.

Dio un respingo al ver la familiaridad que sus padres mostraban con él; Alexa y ella no pudieron dejar de mirarse, absolutamente pasmadas por la situación. Benjamin Moore parecía conocerlo muy bien, abrazaba a Noah y le daba palmadas en la espalda con entusiasmo. Se apartó un instante pero le dejó una mano apoyada sobre el hombro mientras le hablaba, intercambiaron algunas palabras y sonrisas y pronto la madre señaló hacia el final del salón, en dirección a donde ellas se encontraban. Brian, esbozando una gran sonrisa, buscó entre los presentes hasta dar con Olivia. Casi en el mismo instante Noah la descubrió, y ella tuvo que aferrarse a la mesa para no caerse.

—Sonríe, sonríe... —dijo Alexa entre dientes—. Murray está pendiente de todo.

Brian salió caminando, Noah lo seguía.

—Allá está mi hermana, ven, que te la presento —le dijo mientras señalaba a las dos mujeres que permanecían de piedra, sin saber qué hacer.

Notó un gran escozor en los ojos, sintió cómo la vista se le nublaba, apretó la mandíbula y experimentó un gran dolor por la presión que ejercía: había descubierto a quien él creía Alexa en la fiesta. Cerró el puño y lo apretó con fuerza, intentando serenarse y encontrar su centro; sin embargo, respiraba de manera desacompañada y las aletas de la nariz se le agitaban, demostrando la furia que sentía; el efecto sorpresa lo había dejado tambaleando, percibió cómo cada músculo de su cuerpo se tensaba, cómo cada tendón se le anudaba, y entonces la ira se apoderó de todo su ser.

Para sumar más sorpresas a la que ya sentía y exaltar su contienda, Brian no abrazó a quien él creía Olivia, sino a quien él conocía como Alexa.

—Hermanita de mi corazón, ¡feliz cumpleaños! —La cogió de una mano y la hizo girar—. Hola, Alexa. —Le dio un beso en la mejilla a la rubia—. Vaya, debo reconocer que tú también pareces una dama de la alta sociedad de Nueva York, estás muy guapa con ese vestido.

—Siempre eres desagradable con tus comentarios —le contestó Alexa sin disimular su fastidio.

—Algún día terminarás reconociendo que mis halagos te gustan.

Noah no apartaba los ojos de Olivia, estaba furioso.

—Os presento a mi gran amigo Noah Miller. Alexa es la amiga de mi hermana Olivia —explicó.

Olivia estiró tímidamente la mano y Noah la sostuvo en la suya, mientras la saludaba con un movimiento de cabeza. Ella había dejado de respirar, pero no se había dado cuenta.

—Hola, Noah, encantada —dijo Alexa con la clara intención de que separasen el contacto de sus manos. Se acercó a él y lo besó en el pómulo mientras aprovechaba para hablarle entre dientes—. Cambia esa cara, por favor —lo conminó—. Disimula.

Si algo no tenía Noah eran ganas de disimular, quería coger del brazo a Olivia y llevársela de ahí para que le diera una explicación.

«Me has visto la cara, ¿tan estúpido puedo ser para haber caído en tu juego?», pensaba mientras mataba con la mirada a Oli. En ese instante Murray se acercó.

—Cuñado. —Brian lo saludó con formalidad, con un correcto apretón de mano—. Te presento a un gran amigo, Maximilian Miller, dueño y presidente de Industrias Miller en Texas.

Presentó a su amigo con todas las florituras y utilizó su segundo nombre porque él siempre bromeaba con que sonaba más importante, ya que se trataba del nombre del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y del rey de los romanos. Alexa elevó una ceja y Olivia de pronto comprendió muchas cosas. Miller masculló un insulto por dentro, ante lo que Brian había revelado.

—Amigo, te presento a mi cuñado, el senador Murray Wheels.

Miller clavó la vista en ese asno e intentó por todos los medios dominarse, ya que en ese momento lo único que deseaba era desenfundar su Beretta y pegar un tiro entre ceja y ceja al desgraciado.

Wheels, después de saludarlo, aferró a Olivia de la cintura y la pegó a su cuerpo. Noah, sin poder disimular, miró con fastidio su mano apoyada en la cadera y creyó que estallaría.

—Toma, éste es tu regalo —señaló Brian mientras sacaba una caja de joyería.

—¿Por qué no lo has dejado en la entrada? Es muy vulgar que Olivia se ponga a desenvolver un regalo aquí —le recriminó Murray.

—Cuñado, no te enfades por no seguir tu protocolo y pongámosle un poco de espontaneidad a la fiesta. Es el cumpleaños de mi hermana, no un entierro.

Con manos temblorosas, Olivia abrió el obsequio y quedó pasmada ante lo que halló: era la nueva versión del *Rolux Oyster Perpetual*, que conjugaba materiales preciosos con un engastado de ensueño; la caja y el brazalete eran de oro de 18 quilates y estaban enaltecidos por un bisel y eslabones que contenían de forma maravillosa incrustaciones de deslumbrantes diamantes.

—Mira lo importante que eres para mí, hermana, que me he gastado todo el salario de la campaña que he ido a hacer a Lisboa, y más también —dijo Brian fanfarroneando; quien lo conocía sabía que siempre bromeaba así.

Olivia pensó en ese momento de dónde provendría en realidad ese dinero, de dónde lo habría sacado Brian para comprar una joya tan costosa.

—Y esto es para tu estudio. —Le extendió una bolsita—. Sabes que de cada lugar que voy siempre te traigo un souvenir. Éste es el Gallo de Barcelos, símbolo de Portugal —explicó.

—Gracias, Brian.

A pesar de que había tenido la lucidez necesaria para elucubrar la procedencia del dinero de Brian para el regalo, la mirada cetrina y mortífera que Noah le destinaba hacía que sus pensamientos perdieran peso y razón.

Murray no se había percatado del intercambio, porque estaba concentrado en el embajador de Colombia, que acababa de llegar con su esposa. Miraba hacia la entrada.

—Ven, querida, déjale eso a Alexa y acompáñame, quiero presentarte a alguien.

Murray la arrancó del círculo y ella caminó como pudo, intentando clavar los pies en el suelo.

—Voy a buscar algo para beber —dijo Brian.

—Tranquilízate, Noah, sé que estás que se te llevan los demonios, pero te aseguro que hay una explicación para todo —intervino Alexa.

—La verdad es que no sé si quiero oír alguna explicación, lo que he visto me basta y me sobra.

Sus ojos desprendían rencor.

—No es lo que crees. —Alexa quiso tranquilizarlo.

—¿Ah, no? ¿Y qué debo creer, según tú?

—No me corresponde explicártelo a mí.

—¿Sabes qué? —le dijo acercándose de manera intimidatoria y hablándole en un tono que hizo que Alexa temblara—. Ya me habéis tocado demasiado las pelotas con las explicaciones que tú no me puedes dar y con las que tu amiga nunca me dio. Me importa una verdadera mierda lo que tenga que decirme, me he hartado de que me veáis cara de idiota, A-l-e-x-a —expresó su nombre de forma despectiva.

—Bueno, tú tampoco eres ningún santo. Por lo que he oído también tienes tus secretitos; ¿no eras detective y te llamabas Noah?

—Ése soy yo —afirmó de forma categórica sin molestarse en dar más explicaciones.

—Brian no te ha presentado de ese modo.

Brian llegó con copas y una botella de champán y Benjamin Moore se acercó en ese momento.

—¿Cómo va esa empresa, muchacho? Espero que te hayan servido mis consejos para decidirte y hacerte cargo de todo.

—Aprecio su ayuda, señor Moore, pero tengo a gente muy idónea dirigiéndola.

—Déjame decirte que no deberías ser tan confiado; a un capital tan grande como el que tú posees no es bueno quitarle el ojo. Es increíble que tu compañía sea la que me provee la tecnología de seguridad durante tantos años.

—Los negocios y ese mercado tan complejo no son lo mío.

—No me digas que no son lo tuyo, si sé muy bien que estudiaste ingeniería; deberías retomar tu carrera y alejarte de tu oficio de detective. No puedo creer que con el imperio que amasas hayas sido compañero de este badulaque y ahora seas un funcionario público.

Noah estaba realmente fastidiado, todo su pasado había sido expuesto ante Alexa, que lo miraba de forma inquisitiva.

—¿Interrumpo? —dijo Murray acercándose por detrás de Benjamin. Había quedado intrigado con el hombre con el que su cuñado había llegado.

—Mi querido yerno, tú nunca interrumpes —dijo Moore—. Aquí estoy, hablando de negocios con mi proveedor de ingeniería electrónica; su empresa es la que nos pone todos los circuitos de seguridad y los de los ordenadores de los barcos que construimos.

—Muy interesante. ¿Sólo se especializa en lo que mi suegro destaca, señor...?

—Miller. —Noah le indicó de manera pedante que lo llamase por su apellido.

Alexa, al ver que Olivia miraba la escena desde lejos sin atreverse a acercarse, se apiadó de su amiga y fue a hacerle compañía.

Noah le refirió muy por encima lo que su empresa hacía.

—Ofrecemos servicios de ingeniería electrónica, básicamente diseñamos y desarrollamos partes o equipamientos electrónicos, completos o no. Nos encargamos del diseño, del ensamblado y a veces hasta de la producción de los mismos. Realizamos prototipos específicos para un medio determinado, software, hardware, microcontroladores; en fin, la ingeniería electrónica y sus ramas son muy extensas, y en nuestra empresa simplemente nos ajustamos a las necesidades de cada uno de nuestros clientes.

—¿Diseñan circuitos de detección perimetral?

—También lo hacemos.

—¿Circuitos que detecten hasta el vuelo de una mosca?

—No sé cuáles son los requerimientos a los que se refiere exactamente y la finalidad y las necesidades del proyecto, conviniendo esas necesidades es que nuestros ingenieros lo trazan para que abarque el rango requerido.

—Debería dejarme su teléfono, porque resulta que tengo un amigo que tiene una constructora y está buscando esta tecnología punta en materia de seguridad. Necesita que sea un circuito sin fallos, que le garantice protección segura y sea impenetrable. Si mi suegro dice que su empresa es de confianza, seguro que es la indicada para el trabajo.

A Noah le extrañó que una empresa constructora necesitase de tantas medidas de seguridad, pero como no quería desatar un escándalo, no se detuvo demasiado en el análisis de las palabras de ese payaso.

Su voz lo enardecía, y se estaba conteniendo de no romperle la cara ahí mismo, aunque si pensaba en las mentiras que Olivia le había dicho su ira se disparaba por otro lado.

—Después te daré los teléfonos y te indicaré con quién debes hablar —le dijo el viejo Moore a su yerno; a Noah le agradeció su orientación dándole un apretón en el hombro.

—Perfecto, Benjamin, esta semana espero todos los datos.

El detective no sabía hasta cuándo iba a poder contener sus impulsos, todas sus emociones eran una maraña de desprecio, sus entrañas se revolvían con cada palabra, con cada gesto, estaba furioso y al igual que un depredador, sólo quería salir a la caza de ese ser que le repelía.

Desde una distancia considerable, Olivia observaba.

—Me van a estallar el corazón y la cabeza; acompáñame al baño.

Olivia y Alexa se alejaron del salón. Noah, atento a todo, vio por dónde se escapaban y comprendió que era el momento perfecto para abordarla.

—Necesitaria ir al baño —Miller se excusó ante los presentes.

—Por ese pasillo —le indicó Brian, que estaba aburrido y no se molestaba en disimularlo.

Cuando se quedaron solos, su padre aprovechó para ofrecerle una retahíla de reproches, los mismos de cada vez que se veían. Murray, cuando vio de qué iba la cosa, así que se retiró sin que lo advirtieran.

—No entiendo por qué te empeñas en seguir viviendo la vida loca cuando podrías estar haciendo una gran carrera, o al menos empapándote de los negocios de la familia.

—No empieces, papá, por favor. —Brian se bebió todo el contenido de la copa de champán de una vez—. Cuándo te enterarás de que no seré nunca lo que tú quieres que sea, porque... —Frenó sus palabras, no quería que todo terminara en una discusión, como siempre que se veían, y estropearle el cumpleaños a su hermana.

—Termina la frase, ni siquiera tienes la hombría suficiente para hablar sin tapujos.

—Papá, no es el lugar ni el momento. Te aseguro que hombría me sobra, y aunque no me dedique a vivir la vida como tú pretendes, eso no me hace menos digno. Pero claro, tus estándares sólo se adaptan a tu dogma de empresario y ceguera moralista como miembro de la *high society*. Eres un hipócrita que sólo se preocupa por el qué dirán y vives tu vida vacía de sentimientos. No sabes cuántas veces Olivia y yo necesitamos un abrazo tuyo y de mamá en vez de un sobre con dinero como regalo de cumpleaños, que además, como nos despertábamos tarde, lo traía nuestra niñera, porque vosotros ya no estabais en la casa.

»Y encima vas de predicador, cuando toda la vida has tenido a tus amantes trabajando para ti. Y mi madre... cuando no es el chófer, es el jardinero, o el entrenador personal... Por favor.

Aunque se había querido contener, la locuacidad había aflorado de su boca, y esta vez, además, había dicho más de lo que otras veces se habría atrevido.

Brian se apartó y se fue al patio trasero a fumar un cigarrillo, necesitaba endemoniadamente una dosis de tabaco para apaciguar su ira.

Noah se metió por el pasillo. No le costó descubrir las cámaras de seguridad que pondrían al descubierto a quien las vigilase que estaba introduciéndose allí, así que caminó esquivándolas.

En aquel preciso momento Alexa y Olivia salían de la habitación de ésta, y se toparon con Noah, que iba decidido a encontrarla aunque tuviera que abrir cada una de las puertas. Las dos se pararon en seco, él clavó su mirada adusta cargada de rencor, reproche y cuestionamientos en Olivia, y arremetió como un toro de lidia, furioso, en su dirección.

—Tranquilízate, Noah.

Alexa intentó detenerlo, pero sus palabras ni siquiera fueron tenidas en cuenta.

Miller cogió a Olivia de un brazo, por la altura del codo, y la metió nuevamente en la habitación de donde la había visto salir. Alexa entró tras ellos.

Sin poder refrenar su ira, la arrinconó contra la pared, mirándola de forma acusadora. Olivia temblaba, jamás lo había visto en ese estado, él siempre había tenido buenos modales y mucha paciencia con ella.

—Me has mentado, me has usado, esperaste a recuperarte y me tuviste como tu enfermero personal y resulta que ahora vuelves con...

Ni siquiera podía pronunciar su nombre del asco que le daba. Le hablaba muy de cerca, su aliento no la acariciaba como otras veces, por el contrario, la golpeaba en la cara, la acicateaba con ferocidad. Parecía una fiera, un tigre de Bengala asediando a su presa y mostrándole los dientes. Ése era un lado que ella no conocía en él, un lado animal que la asustaba. Cerró los ojos, no quería pensar así; «Noah no es como Murray», se repetía para desechar esos pensamientos dolientes que le oprimían el pecho. Olivia lo agarró desde atrás y quiso apartarlo.

—Por favor, Noah, te arrepentirás, no actúes como un troglodita, no hagas que ella termine viéndote de la misma forma en que lo ve a él.

Alexa parecía haber leído los pensamientos de Olivia, pues era un poco la voz de su conciencia; muchas veces sabía lo que su amiga pensaba antes de que lo dijera, le bastaba con verla para imaginar lo que estaba sintiendo. No obstante, apenas pronunció esas palabras le invadió el arrepentimiento por haber dicho aquello de ese hombre: Noah no tenía nada que ver con el bárbaro de Wheels.

Miller, mostrando un atisbo de raciocinio, se apartó de Olivia, se agarró la cabeza y profirió un insulto.

Olivia permanecía contra la pared tibia, muda, no podía articular una palabra, por más que lo intentaba ni siquiera se sentía con derecho a llorar.

—Hace semanas que has vuelto con él, hace semanas que te burlas a diario de mí, inventando una mentira tras otra para que me conforme. ¿Hasta cuándo pensabas seguir mintiéndome? ¿Hasta cuándo me ibas a ver la cara de estúpido? El bueno y comprensivo de Noah, necesito tiempo, me dijiste... tiempo... ¿para qué necesitabas tiempo? No te entiendo, te traté como a una reina, dejé mi orgullo de lado por ti, fui tu títere, te burlaste de mí.

Golpeó la pared a escasos centímetros de ella.

Y en ese momento, se le formó una mueca más sombría, la miró a los ojos y la detestó. Se asustó por sentirse así, pero fue lo que experimentó al darse cuenta de todo lo que había dejado a un lado por ella, se sentía humillado en todos los sentidos, asqueado, sin fuerzas; por ella había traspuesto el umbral al mundo de su padre, a una parte de su vida que siempre había detestado.

—Olivia, ¡explícaselo, por Dios! —rogó Alexa.

Se sentía trastocada por la desesperación de Noah: como él decía, no era justo.

Pero Olivia no podía y tampoco quería revelar nada, no iba a exponer a su hermano: el mismo Noah podía ser quien lo encerrara por mantener tratos con el narcotráfico.

—Lo siento, Noah, o Maximilian, no sé cómo debo llamarte.

Él la miró letalmente.

—Como más te guste, ambos nombres son míos, no voy por la vida inventándome identidades falsas.

Olivia cogió aire antes de volver a hablar.

—Murray ha cambiado, ya no es el que era. Que yo me alejase le hizo darse cuenta de cuánto me ama, y he decidido darle otra oportunidad a nuestro matrimonio.

Alexa no daba crédito a lo que decía su amiga, que parecía haberse vuelto loca. La miraba pasmada.

Las palabras de Olivia provocaron en Miller un efecto destructor, dejó caer las manos a los costados del cuerpo y se sintió más humillado aún, más insultado, abochornado, herido en su amor propio. Había vuelto con su esposo, eso era lo único cierto. Entonces, pensó en el rol que él desempeñaba y se preguntó desorientado si alguna vez había ocupado un verdadero lugar en su vida; se dijo que no, que tan sólo había sido un objeto de uso.

«Eso es lo que Alexa ha hecho conmigo: usarme.» Sonrió con desánimo, ultrajado; en su inconsciente seguía llamándola Alexa.

—Falsa, sin escrúpulos, eso es lo que eres, una mujer que sólo toma lo que necesita para su bienestar, un fiasco en todos los sentidos, Olivia Moore, o debo decirte Olivia Wheels, porque creo que ése es el apellido que te gusta llevar.

Le tiró en la cara una tarjeta personal, pero antes escribió rápidamente en el anverso.

Línea directa de violencia doméstica de la ciudad de Nueva York (las 24 horas) 1-800-621-HOPE (4673)

—Suerte, quizá a su lado consigas lo que anhelas.

Lapidario, preciso, y sin moderar su cinismo, le lanzó esas palabras filosas antes de girar sobre su cuerpo; con un movimiento rápido su chaqueta se batió en el aire del ímpetu con el que se contorsionó, y casi llevándose por delante a Alexa salió de la habitación dando un portazo.

No podía quedarse en ese lugar, así que regresó al salón y buscó a Brian. Lo encontró apartado de la *crème de la crème*, y aunque no tenía ánimos, una sonrisa deslucida asomó por la comisura de sus labios: su amigo no perdía la oportunidad e intentaba seducir a una de las camareras, que preparaba una bandeja de blinis, unas tortitas finas de origen eslavo a base de harina, huevos, leche y levadura, acompañadas con crema de limón y caviar.

—Noah, ¿dónde te habías metido?

—Lo siento, Brian, sabes que te aprecio y por eso accedí a acompañarte, pero este ambiente de víboras adineradas no es lo mío. Me voy.

Ni siquiera le permitió esgrimir una súplica para que se quedara un rato más. Noah se marchó dejándolo con la palabra en la boca.

Maldijo por no haber ido con su coche y haber permitido que Brian lo pasase a buscar. No quería ir a su casa, sabía que se agobiaría allí, donde guardaba recuerdos vividos con ella, necesitaba despegarse.

Levantó las solapas de su chaqueta para resguardarse del frío, que de todas formas se coló sin permiso.

Era una gélida noche en Nueva York y una ráfaga de viento lo azotó en la cara; como si los golpes que había recibido no hubieran sido suficientes, el viento insolente le arreboló las mejillas y empujó su cuerpo. Se sentía pulverizado, sin fuerzas, Olivia con sus palabras lo había atravesado, como un torero atraviesa con el estoque al toro, y lo había herido de muerte.

Una voz que surgía de sus entrañas, sin embargo, le gritaba: «Resiste, levántate, brama y embiste con la furia con que lo haría un toro acorralado con un par de banderillas clavadas en el morrillo».

Inspiró con fuerza; no obstante, su resolución no hallaba calma, sentía terribles punzadas en las sienes y las palabras no cesaban de repetirse en su cabeza: «Lo siento, Noah. Murray ha cambiado, ya no es el que era. Que yo me alejase le hizo darse cuenta de cuánto me ama, y he decidido darle otra oportunidad a nuestro matrimonio».

Miró hacia el firmamento, nubarrones grises amenazaban con una lluvia inminente, metió las manos en los bolsillos de su pantalón y caminó por Park Avenue hasta conseguir un taxi.

—¿Adónde lo llevo, señor? —le preguntó el taxista con acento extranjero.

Se quedó mirándolo unos instantes, porque en realidad no sabía hacia dónde ir.

—¿Adónde va? —repitió aquel hombre para sacarlo de la sumisión en que estaba.

—Al Connolly's de la Cuarenta y Cinco. ¿Sabes dónde queda?

—¿Quién no conoce el Connolly's?

—Eres inmigrante, ¿verdad?

Se puso a charlar con el taxista, necesitaba que los sonidos dentro del automóvil se metieran en su cerebro para dejar de pensar en ella.

—Sí, señor.

Lo notó tímido al darle la información.

—¿Dominicano?

—Salvadoreño, señor. William Javier Mena Rojas, para servirle.

—¿Tienes tus papeles en regla?

—Sí, claro.

Pero la forma escueta en que ese hombre contestó le dio a entender a Noah que no era así.

—¿Estás casado?

—Así es, tengo dos hijos y mi esposa está embarazada.

—Supongo que sabes que aunque ahora vayas a tener un hijo estadounidense, eso no cambia tu estatus de inmigrante.

El salvadoreño lo miró por el espejo retrovisor.

—¿Es usted policía?

—El lugar adonde te he pedido que me lleves me ha delatado, ¿verdad?

El hombre asintió con la cabeza mientras elevaba las cejas.

Noah sacó un bolígrafo y una tarjeta personal y garabateó en el anverso. Se la pasó cuando se detuvo en su destino, de pronto sintió la necesidad de ayudar a ese hombre; ya que no podía ayudarse a sí mismo, decidió hacer algo por un semejante que también sufría, aunque su padecimiento no pudiera compararse con el de Noah.

—Toma, William, ve a Inmigración y pregunta por Thomson Bloomberg, dile que vas de mi parte y entrégale esta tarjeta. Él te ayudará a ti y a tu familia con la documentación.

También le dio el dinero del trayecto.

—Oh, señor, muchas gracias. No me debe nada, descuide, el viaje corre por mi cuenta.

—Toma, hombre, es tu trabajo y debes pagar el alquiler del coche. Con este frío no debe de haber muchos pasajeros, así que supongo que no será una buena noche.

—Gracias, señor —leyó la tarjeta— Miller.

Noah le hizo una seña con el pulgar hacia arriba y bajó del automóvil ágilmente.

—Que Dios lo bendiga.

El detective entró en Connolly's y se dirigió a la barra, donde no tardaron en atenderlo. Pidió una cerveza Guinness negra. Miró en torno al recinto, que estaba casi a tope a pesar del clima. Siempre era así; entre asiduos clientes y turistas no era extraño que ese bar de estilo irlandés, regentado por un exmiembro del Departamento de Policía de Nueva York, se encontrase a rebiar. Al realizar su escrutinio, Noah halló algunas caras conocidas, pues al igual que él muchos colegas preferían ese lugar para relajarse y pasar un agradable momento entre amigos.

El barman le acercó su cerveza y Noah se la terminó de un trago, miró fijamente a los ojos al camarero y le pidió otra mientras le extendía el dinero para pagar.

Cuando llegó su segunda Guinness, a diferencia de la primera, se quedó mirando el contenido mientras estudiaba la pinta, pasó el dedo por el contorno del recipiente y apoyó un codo sobre la barra.

Lo enfurecía que Olivia, con aquellas palabras, tuviera el poder de devastarlo como lo había hecho.

Dominado por la violencia, volvió a beberse la pinta de un tirón.

«Debo sacarla de mi cabeza, debo olvidarla —se exigió, y supo al instante que sería imposible, porque ella estaba fundida en su piel y en su alma como nunca lo había estado otra mujer; baluceó un insulto por sentirse así—. Es increíble que justo haya decidido abrir mi corazón a la única mujer que no puedo tener.»

Sus pensamientos no tenían justificación ni sosiego, parecía imposible alejarla de sus recuerdos y se atormentaba pensando en ella. Se acordaba una y otra y otra vez del momento en que la vio de pie al final del salón, aún no sabía que era Olivia Moore. Sonrió a desgana, con una mueca incrédula, elevando apenas las comisuras de los labios: ella era la hermana de su mejor amigo, qué ironía, ¿cómo era posible que no lo hubiera sabido?

«Es simple, ninguno de los dos habló de nuestras familias, y nos respetamos.»

De pronto la sonrisa cínica del senador Murray Wheels tomó posesión de sus recuerdos y se presentó con frenesí en su memoria, exacerbando mucho más esa veta furiosa que se había apoderado de él. Rememoró el instante en que asíó a Olivia por la cintura y eso le agrió mucho más el humor, a niveles exorbitantes. «Bastardo.»

Se preguntó si acaso sabía lo que había entre él y ella. Repasó en el resto de la conversación mantenida con él, rebuscó algún indicio entre las palabras y llegó a la conclusión de que no. Ese malnacido le hablaba amigablemente, aunque quizá con astucia había escondido sus verdaderos sentimientos; después de todo era un zorro y, aunque se asemejaba a otros, tenía la total percepción de que éste además escondía muchos secretos.

Se maldijo y se arrepintió por no haberle advertido de que si la volvía a golpear, le clavaría una bala en el medio de los ojos, pero rio de manera inconsciente y se preguntó con qué derecho, si Olivia ya había elegido.

«Olivia, Olivia, Olivia», repitió varias veces su nombre en silencio para acostumbrarse a llamarla así.

—¿Has visto la forma en que me ha mirado? Lo he perdido para siempre.

—Ah, no me vengas con llantos ahora, porque solamente tú, Oli, eres la culpable de que se haya ido mirándote de esa forma.

—¿Y qué querías que hiciera? Estoy atada de pies y manos, y lo sabes muy bien.

—Decirle la verdad, hablarle de una vez con la verdad y de frente, era tu oportunidad de sincerarte de una maldita vez, pero en cambio... preferiste contarle esa sarta de estupideces. ¿Acaso no has visto el dolor en sus ojos? Olivia, ¿cómo has podido? Se ha ido muy dolido, creyendo cosas que no son.

—¡No puedo enviar a Brian a la cárcel! —le gritó de forma desesperada, y se fue a llorar mientras se cubría la cara con ambas manos.

—Olivia, escúchame, por favor, tranquilízate. Brian es su amigo, buscará la manera de ayudarlo, no lo dejará a su suerte. Ahora, sabiendo que entre ellos existe una amistad, las cosas cambian.

—No... no... no... no lo entiendes, será una vergüenza para mi familia, mi padre y mi madre estarían en boca de todos. Y por otra parte, Noah no va a comprometer su puesto por cubrirlo a él, una cosa es que sean amigos y otra es pedirle que haga la vista gorda a un delito. ¿Cómo piensas que él accedería a eso?, ¿te has vuelto loca?

—Ah, no, basta, no entiendes nada, nadie le va a pedir que se salga de la ley. —Alexa elevó los brazos al cielo—. Ya está bien, si quieres convertirte en santa mártir Olivia y pensar en todos menos en ti, hazlo, pero no cuentes conmigo. Estoy harta de escucharte mientras te lamentas y que no haces nada. Lo peor de todo es que piensas en todos menos en Noah, y después dices que lo amas.

Alexa salió de la habitación, dejándola sola para que reflexionara. En el pasillo se topó con Murray.

—¿Dónde está Olivia?

—En el baño. —Wheels hizo ademán de ir a buscarla—. ¿No puedes dejarla ni cagar tranquila? —Murray la miró fulminándola—. Perdón, perdón, es que hemos discutido por un tema de la galería, déjame decirte que me alegro mucho de que hayáis arreglado vuestras diferencias.

Murray estaba muy lejos de caer engatusado como Alexa pretendía con sus palabras, pero de todas maneras, decidió dejarle creer que sí lo estaba.

—Ven, acompáñame a beber una copa de champán y brindemos por una nueva etapa. Oli me ha explicado que estáis yendo a terapia y que eso os ha ayudado mucho.

«¿Conque ésa es la mentira que esa idiota ha inventado? Bueno, o esta zorra miente muy bien o de repente las luces de mi esposa se han encendido y ha logrado convencerla. ¿Qué digo? Si ésa es otra zorra y ésta es su cómplice.»

—Murray, ¿me escuchas?

—Sí, por supuesto; ¿decías?

—Que la fiesta está muy bien, que has pensado en cada detalle para agasajar a Oli y eso me gusta; tienes a una gran mujer a tu lado, y es bueno que lo valores.

—¿Por qué te empeñas en hacerme creer que te agrado cuando tú y yo sabemos que me detestas? —Chasqueó la lengua y agitó la cabeza—. Mientes muy mal, Alexa —le habló muy cerca echándole el aliento a alcohol mezclado con tabaco, que a ella le repugnó.

—Imbécil.

—Zorra.

Dio un respingo cuando sintió una mano posándose en su hombro y se volvió bruscamente para encontrarse con la persona que lo tocaba.

—Eva...

Ella se acercó y lo besó en la mejilla. Noah se levantó del taburete que ocupaba y le cedió su lugar quedándose de pie junto a ella.

—¿Qué haces aquí? Me habías dicho que tenías una fiesta.

—Ha acabado temprano —contestó él sin darle importancia.

—Estás muy guapo... —Lo miró de pies a cabeza—, ¿Dolce & Gabbana?

Noah le sonrió sin responderle, pues no le gustaba ostentar; le devolvió la pregunta.

—¿Y tú qué haces?

Eva levantó su pinta.

—Bebiendo una cerveza.

—Por cierto, hoy, cuando me he quedado terminando los informes después de que te fueras, ha llegado el de balística del caso Leonard LeBron.

—¿Ah, sí? ¿Y cuáles son los resultados? ¿Se ha podido obtener algo de eso?

—Más bien poco. —Noah se mostró preocupado—. Se han utilizado balas subcalibradas sabot. —Eva elevó las cejas mientras bebía un sorbo de su cerveza—.

Por la presencia del anillo de Fish, se ha determinado que la herida ha sido pre mórtem, y el único disparo indica que ha sido el mortal. No se encontró un halo de enjugamiento, lo que hace presuponer que el arma fue limpiada minuciosamente para que no quedasen rastros de ella en el cuerpo, y también hallaron el halo de confusión, y esto verifica la presunción de que la herida fue pre mórtem.

»Además, por los signos de quemaduras en la ropa y en el cuerpo, se ha determinado que fue un disparo a distancia, lo que nos indica que bien pudieron utilizar un fusil, pero es casi imposible determinar el calibre por el tipo de bala, ya que no presenta estrías porque la punta está enfundada en polímero y éste es el que agarra las estrías del caño, así que no hay ningún tipo de marcas. Como sabemos, son las ideales para no dejar rastro, porque escapan por completo a toda prueba de balística, ya que es imposible saber desde qué calibre de arma fue disparada esa punta. —Eva silbó mientras seguía bebiendo su cerveza Harp—. Tampoco se encontró tatuaje, y esto asegura que el disparo sí fue hecho a distancia, pero no se sabe a cuánta. Como vimos allí, el disparo ingresó por el orificio ocular, y como supusimos a priori ése es otro indicio a simple vista que nos asevera las primeras presunciones de la distancia.

—Y no se encontraron casquillos, lo que indica que estamos en presencia de un profesional.

—Exacto, nada de huellas, nada de casquillos, nada de nada, tampoco nadie vio nada. Los indigentes aseguran que dos días atrás el cadáver no estaba, porque ellos durmieron ahí, y las pruebas demuestran que no mienten.

»Por la zona y ahora que hemos determinado la lejanía del disparo, podemos suponer que la víctima fue citada en el lugar y su atacante la estaba esperando. De estas presunciones nace la idea de que, si asistió al lugar, es posible que conociera a quien lo esperaba.

—También pudo ser citado por otra persona y que lo estuvieran esperando para matarlo.

—Nuestra experiencia nos dice que es así, Eva. Quiero que vayamos nuevamente a la escena, a ver si encontramos el lugar desde donde fue efectuado el disparo.

—Me aburro, Noah. No he venido a Connolly's para hablar de trabajo, cuéntame algo más divertido, por favor.

Él se la quedó mirando. «Mi vida es un desastre, ¿qué quieres que te cuente? Te aburriría aún más», pensó.

—Será mejor que tú me cuentes algo a mí, creo que últimamente no tengo muchas cosas agradables que contar.

—¿Mal de amores tal vez?

—Eva... —mientras hacía una pausa, le hizo una seña al barman para que le sirviera otra cerveza—, ¿amores has dicho? —Frunció la boca y negó—. Soy un gran partidario de las relaciones sin compromisos.

A Eva le saltó el corazón, porque eso significaba que la mujer con la que lo había visto no significaba nada.

—Cuando me besaste en mi casa no me lo pareció, porque... si mal no recuerdo, te negaste a seguir.

Noah se acercó bastante sin apartar los ojos de su boca.

—¿Tú querías que siguiera?

—Si hubieses seguido te habrías dado cuenta.

Ambos se rieron con lascivia.

—¿Y es muy tarde para averiguarlo?

Ella cogió su mano y miró la hora en su reloj, dándole claras muestras de que se moría por tener contacto físico con él.

—Son las 23.30, ¿te parece tarde? A mí no.

—Estoy sin coche.

—Tengo el mío. Te espero allí en cinco minutos, así no nos verán salir juntos.

Miller la acompañó con una mirada al irse, le clavó los ojos en el trasero e intentó imaginarse poseyéndolo. De inmediato el rostro de Olivia acudió a su memoria,

pero decidió desecharlo. Bebió unos cuantos sorbos de su nueva pinta y luego, decidido a pasar un buen momento que le permitiera olvidar los malos, salió a la calle, se detuvo en la entrada para localizar dónde estaba Eva estacionada y, al advertir que ella le hacía luces, caminó a paso firme hacia el lugar.

Se metió en el automóvil, y en cuanto lo hizo apesó sus labios. La cogió por la nuca, apremiado por poseer su boca la engulló por completo. Eva, laxa y entregada, lo dejó entrar sin milgones y le ofreció su lengua ansiosa por sus besos. Ella sintió que flotaba, había añorado mucho el contacto que había establecido en su apartamento, lo había ansiado demasiado, ahora entendía cuánto.

Insolente, bajó la mano y le resiguió el pabellón de la oreja, y esa caricia provocó que él intensificara el beso. Bajó con sus dedos ávidos por sus pectorales mayores, lo acarició de forma desmedida por encima de la camisa y luego decidió seguir su recorrido de dedos ansiosos bajando hasta su cintura. Sin detener el camino que había emprendido, y al notar cómo Noah se tensaba con su contacto y abarcaba con posesión su omóplato, continuó bajando hasta apoyar su mano en la bragueta, la cerró con apremio sobre su bulto y pudo palpar de inmediato que su miembro estaba caliente y duro. Noah se separó, apartó la boca interrumpiendo el beso, miró la mano ansiosa de Eva en su bragueta, se rio de modo licencioso y le ordenó que arrancara.

—Vamos a mi casa, estamos más cerca —le indicó Noah mientras se ajustaba el cinturón de seguridad. Necesitaba llevarla a su apartamento, porque de inmediato pensó que de esa forma podría borrar las huellas que Olivia había dejado en su cama.

Llegaron, y Noah, con un ademán de la mano, la invitó a pasar. Eva se quedó de pie en la sala y rápidamente estudió el lugar.

—¿Qué quieres tomar?

—Nada.

Agitó la cabeza mientras le contestaba, la detective no quería demoras. Decidida a conseguir lo que había ido a buscar, con el índice señaló las dos puertas que estaban visibles.

—¿Cuál es tu habitación?

—La de la izquierda —le indicó Noah mientras se desembarazaba de su chaqueta y la dejaba apoyada sobre el respaldo del sillón.

Eva caminó hacia donde Noah le había dicho, de pronto el móvil de él sonó y sin mirar de quién se trataba lo apagó y la siguió.

En la habitación los besos tomaron preponderancia, se desnudaron mutuamente y se entregaron al deseo que sus cuerpos irradiaban. Eva Gonzales demostró ser una amante muy buena y desinhibida, pero aunque Noah disfrutó y el sexo sirvió para saciar su instinto animal, no pudo evitar en cierto momento cerrar los ojos y figurarse a Olivia extasiada en sus brazos; eso le bastó para poder conseguir el orgasmo. Imaginó que la estaba penetrando y con cada empuellón intentó descargar su ira, su fastidio y su mal humor.

Eva quedó tendida boca abajo mientras Noah le acariciaba la espalda; estaba agotada. A pesar de que había echado un buen polvo, para él no había sido suficiente para transformar su mala energía; le enfadaba haber tenido que necesitar imaginarse con Olivia para poder correrse.

—Me siento extraña en tu cama.

—¿Es muy incómoda? —preguntó con talante bromista. Eva se incorporó ligeramente y le besó la punta de la nariz.

—No, tonto, no lo digo por eso, sino por estar así contigo. —Lo miró a los ojos, expectante por saber lo que él le contestaría.

Noah la abrazó, hizo que apoyara el rostro en su pecho y le besó la base de la cabeza, mientras le acariciaba la espalda con la palma extendida.

—Somos adultos, Eva, tú y yo convinimos en venir aquí y que esto ocurriera; ¿te arrepientes?

—Para nada, solamente me pregunto cómo seguirá esto ahora.

Noah hizo una mueca imperceptible para ella, una sonrisa desganada de lado, mientras elevaba las cejas.

—Mañana iremos a trabajar como de costumbre y seremos los buenos compañeros que siempre hemos sido —le contestó de forma pausada y serena—. ¿Estás de acuerdo?

Ella cerró los ojos con fuerza antes de contestarle, le habría encantado que de su carnosa boca saliesen otras palabras.

—Me preocupaba que no fuera así. —Levantó la cabeza y le depositó un casto beso en la boca. No sabía cómo lo iba a hacer para quitarse a Noah de la cabeza.

—Creo que será entretenido ser compañeros y amantes.

Volvieron a tener sexo, y aunque a Noah le costó concentrarse en su rostro, finalmente disfrutó de su cuerpo. Eva era una mujer muy tentadora y de profusas curvas, y Miller, apelando a su control y su experiencia, se mostró bastante imaginativo. Aunque a ratos, indefectiblemente, caía en el derrotero de sus pensamientos y sus recuerdos, se instaba a despojarse de ellos, cerraba los ojos y se exigía sentir; entonces la inventiva de Eva tomaba la iniciativa y lo rescataba, para llevarlo de regreso al momento que estaba viviendo con esa mujer de pelirroja cabellera y curvas sinuosas.

Sudorosos, jadeantes y excitados, frotaron sus cuerpos, chocaron y enredaron manos y lenguas, una y otra vez hasta llegar al orgasmo.

Inmediatamente después de obtener el alivio, y tras cerciorarse de que ella también lo había alcanzado, se levantó al baño.

Se aseó y se paró frente al lavabo con los brazos en tensión mientras se miraba en el espejo. Un dejo de amargura y desilusión era evidente en sus ojos chispeantes, que estaban apagados y sin brillo; se odió por sentirse así, e incluso tuvo ganas de romper el espejo que osaba descubrir ese dejo de flaqueza en él.

Descorazonado y entregado, sabiendo que nada lo sacaría de ese estado, dejó caer la cabeza y el agobio lo invadió por completo, aunque se resistiese era inevitable sentirse así. El recuerdo de Olivia no lo dejaba en paz.

Exhaló el aire con fuerza por la nariz y chasqueó la lengua amonestándose, pues no le parecía posible que una mujer actuara de esa forma y le quitara todo el dominio de sí mismo; maldijo su nombre y su existencia, aunque en el fondo sabía que se trataba solamente de palabras que se aprestaba a absorber sin conseguirlo; eso lo frustraba aún más y exacerbaba más su mal humor.

En ese instante, sintió que nada de lo que acababa de ocurrir con su compañera tenía mayor sentido, y a pesar de lo que le había manifestado a ella, no estaba muy seguro de si quería que se volviera a repetir.

Salió del baño y la encontró dormida, siguió hasta la sala y miró tras los cristales de la ventana: había comenzado a llover.

Recordó que cuando entraron había recibido una llamada, así que atravesó el salón desnudo y buscó el móvil. No recordaba dónde lo había dejado, finalmente lo encontró apoyado sobre una mesa que estaba junto al sofá. Lo encendió y buscó la llamada; era Olivia.

«¿Qué quiere?», se preguntó fastidiado.

Vio que le había dejado un mensaje de voz, pero no se molestó en escucharlo, no le interesaba oír lo que tenía que decirle.

Volvió a apagar el teléfono y regresó a la cama; Eva se rebulló con el movimiento que él hizo al acostarse, pero por suerte no se despertó; no creía poder seguir lidiando con ella más tiempo esa noche.

Puso los brazos tras la nuca, apagó la luz de la lámpara y se quedó en silencio en la oscuridad, intentando que sus pensamientos se limpiaran con el sonido de la intensa tormenta que se desataba fuera.

Entró en el apartamento de Noah con el juego de llaves que aún conservaba; le temblaba el cuerpo y no conseguía dominarse, pero era tarde para arrepentimientos.

No encendió la luz, conocía el camino.

Se había dejado convencer por Alexa. Según ésta, si no quería perderlo del todo era imperioso que saliera a buscar a Noah y le explicara la verdad de por qué había regresado con Murray.

Pero lo cierto era que la degradación que sintió después de que todos los invitados se hubiesen marchado fue lo que la hizo decidirse a hacerlo.

Olivia, con la poca energía que le quedaba, se quitó la ropa de fiesta y también el maquillaje. Como sabía que le costaría conciliar el sueño, tras enfundarse en un pijama de raso azul salió hacia la cocina para proveerse de un vaso de leche tibia con miel, como su nana Eustaquia hacía cuando ella era niña y tenía pesadillas. Cerró los ojos y le dedicó un cálido recuerdo a esa mujer que le había demostrado verdadero cariño; no pudo contener un suspiro cargado de frustración, pues había muerto muy joven a causa de una enfermedad pulmonar.

Al pasar por el despacho de Wheels vio luz bajo la puerta y se extrañó; ella suponía que ya se habría ido a acostar, lo había visto entrando en el dormitorio principal, que ahora ocupaba solo. Miró la hora en el reloj que le había regalado su hermano y eso la sumió en otro intrincado pensamiento; recordó a Brian y los líos en que estaba metido, pero se exhortó a seguir su camino y a deshacerse de esas cavilaciones que sin duda la atormentaban, aunque no tanto como la mirada de desilusión que Noah le había manifestado esa noche. De pronto, le pareció oír voces y una risa de mujer, y estuvo segura de no haberse equivocado.

«¿Con quién está Murray? Si se han ido todos...», se preguntó.

Con sigilo se aproximó a la puerta y arqueó el cuerpo para espiar por la rendija de la cerradura; recordó la cámara de vigilancia que en su recorrido apuntaba al despacho y la evitó antes de agazaparse.

No le sorprendió lo que vieron sus ojos, sino que confirmó lo que ella sospechaba: Olivia siempre había intuido que entre ellos había algo. Aun así, no pudo evitar sentir náuseas al ver a Murray entre las piernas de Samantha, que echaba la cabeza hacia atrás mientras él le apesaba un pezón con la boca y se enterraba en ella con furia desatada.

Se olvidó por completo del vaso de leche que había ido a buscar y regresó resuelta a su dormitorio, donde se vistió rápidamente con un pantalón de chándal, una camiseta de algodón ceñida al cuerpo y un impermeable ligero con capucha, pues oía que ya había comenzado a llover. Se calzó las zapatillas de deporte que utilizaba en casa cuando Murray no estaba, y con el mismo apremio con que se había vestido, se dirigió a su estudio, donde buscó entre las pinturas que estaban apiladas en un rincón y se hizo con un sobre que había adherido en la parte trasera de una de ellas. Lo metió en su bolso y, de puntillas, salió de la mansión evitando las cámaras de vigilancia.

Noah continuaba sin pegar un ojo, con los brazos bajo la nuca y mirando el techo. El sonido de la lluvia, que arreciaba esa noche en la ciudad, amortiguaba los otros ruidos de la noche, engulléndolos de manera ensordecedora; pero no fue suficiente para acallar el ruido de la llave en la cerradura de la puerta de entrada. Eva, extenuada, dormía a su lado ajena a todo.

Alertado por los particulares ruidos que oyó, se incorporó en la cama a oscuras, buscó a tientas la Beretta 92 FS 9mm Parabellum que descansaba en su mesilla de noche y la empuñó sin que le flaqueara la mano. Se abrió la puerta del dormitorio y la claridad de la noche neoyorquina, que se colaba por los ventanales del salón, permitió ver una figura, asegurándole que no se había equivocado. Preparado para recibir al intruso que se había escabullido dentro de su vivienda, apuntó con firmeza al objetivo mientras accionaba el interruptor de la luz para ver el rostro de quien estaba entrando.

Suerte que encendió la luz y no disparó a oscuras. Ella casi se muere de un síncope al encontrarse con el cañón de la semiautomática de Noah, y él por caer en la cuenta de que casi dispara contra Olivia.

Miller bajó el arma de inmediato y exhaló el aliento contenido.

Pasado el pánico por haberse encontrado apuntada con el cañón del arma, dedicó una mirada a la acompañante que dormía ajena a todo cuanto acontecía en esa habitación; la mujer que estaba con la espalda desnuda y tapada a medias parecía cansada, sin duda a causa de la noche de sexo que Noah le había concedido.

Demudada, atónita y sin fuerzas, Olivia creyó que se caía al suelo, las piernas le flaquearon (por suerte estaba agarrada al picaporte de la puerta), sintió que la tierra se abría bajo sus pies y un terrible dolor le recorría el pecho y la dejaba sin aliento. Habría querido proferir un grito, pero lo acalló mordiéndose el puño, y por más que lo intentó no pudo disimular el gesto de pánico y congoja.

Noah se había puesto los bóxer y había salido tras ella, pero Olivia no se detuvo, había escapado del apartamento sin siquiera pensarlo.

Abatida, desilusionada, recapacitó de inmediato que no era lícito recriminarle nada: lo había perdido y ella era la única culpable, había abierto la mano como quien la abre para soltar un pájaro, propiciándole la ansiada libertad.

Noah cogió sus prendas, que estaban esparcidas en el dormitorio, y comenzó a vestirse para salir tras ella. En contra de su razón, su voluntad y la atracción que sentía por Olivia lo hacían actuar como un inconsciente para buscarla. Salió al pasillo colocándose la camisa y fijó la vista en el ascensor que descendía. Sin demora y por instinto, bajó por la escalera esperando poder interceptarla antes de que ella llegara a la calle, bajó desquiciado los escalones de tres en tres, saltando en cada descanso para tomar un nuevo tramo de escalera, hasta que por fin llegó a la planta baja. En el mismo instante en que entró en el vestíbulo del edificio la vio desaparecer tras la puerta de entrada. Corrió escasos metros por la calle, salió despedido y la vio apresurarse a la esquina de la Cincuenta y Nueve con la avenida Amsterdam, y con la última gota de aliento que le quedaba, la llamó por su nombre:

—¡Olivia! —Sonó tan extraño llamarla de esa forma que se paró en seco mientras se amonestaba por haberla perseguido.

Ella se detuvo, se volvió y lo miró a los ojos, buscó empaparse de su mirada de color café, esa que la calmaba, esa que extrañaba y necesitaba tanto como el aire para respirar, pero no la encontró; por el contrario, se topó con una despojada de emociones. Le dolió profundamente la manera en que él la miraba, nuevamente con desprecio, como había hecho en la fiesta, y entonces se dijo que ya no quedaba nada, ya no valía la pena permanecer allí, no tenía sentido explicar nada. Con el raballo del ojo vio que un taxi se aproximaba, y sin dejar de mirar a Noah extendió la mano para detenerlo. No iba a privarse de los últimos minutos que tenía para admirarlo, lo recorrió de pies a cabeza, lo admiró devorándolo: soberbio, inaccesible, tan masculino. Estaba erguido, con las piernas entreabiertas y la camisa sin abotonar, sus pectorales marcados se veían en la abertura, y deseó sus labios con desesperación mientras él apretaba las mandíbulas.

«Te amo, tú eres mi hombre, mi amor, el único que me hace sentir viva», se dijo.

La lluvia caía sobre ellos, que permanecían mirándose obstinados.

Noah no atinó a nada, sólo la observaba con rencor, de una forma apática y con un profundo reproche que no mermaba, por el contrario, se acrecentaba mientras más la veía. Ella entonces se permitió flaquear, recordando la espalda desnuda de aquella mujer a su lado, y sus lágrimas brotaron y traspasaron la muralla que se había impuesto esa noche, cuando lo descubrió entrando en su casa con Brian. La lluvia confundía sus lágrimas, por lo que quizá él ni se dio cuenta de ellas. El taxi se detuvo, y sin que Miller tratara siquiera de detenerla, Olivia se montó en él y se alejó del lugar.

No quiso darse la vuelta para ver si él se quedaba mirando cómo se alejaba, no tenía sentido.

Cuando llegaba a la mansión de Park Avenue, desde la esquina divisó que el portón se abría y un coche salía del garaje; entonces hizo que el taxista se detuviera, le pagó el viaje y caminó los metros que le quedaban por llegar. Entró esquivando una vez más las cámaras; ya había aprendido perfectamente cómo hacerlo, tenía los tiempos incorporados a cada paso que daba.

Al entrar en la sala se encontró con Murray, que bebía un brandy y fumaba un cigarro; el sobresalto fue tal que se quedó paralizada. Por suerte él no la vio, estaba de espaldas, así que regresó al vestíbulo para ir al corredor que la llevaba a la cocina y desde el cual también podía acceder a los dormitorios. Lamentablemente no parecía ser su día de suerte, el agua acumulada en la calle le jugó una mala pasada y sus zapatillas chorrearon al tiempo que chapoteaban y la ponían en franca evidencia. Corrió hasta desaparecer por el otro pasillo, pero Wheels se asomó en la unión de ambos y la pilló. «Sólo me faltaba esto», pensó mientras cerraba los ojos. Desquiciado, caminó a su encuentro y ella se aferró la correa del bolso, temblorosa y paralizada; conocía muy bien esa mirada.

Él, sin meditarlo, le cruzó la cara de un bofetón que la hizo trastabillar.

—¿De dónde vienes?! —le gritó furibundo.

—Tan sólo he salido a caminar. Permíteme explicártelo, por favor.

El sopapo la había nublado y se halló suplicándole mientras él la zarandeaba y le gritaba, pero muy pronto la ira y el asco la invadieron y decidió no permitir que la siguiera maltratando.

—¿A quién quieres hacerle creer eso? —Murray la agarraba por el codo y la sacudía mientras le imprimía presión con la mano. La metió en su habitación de un empujón.

—¡Basta! Eres un descarado, estabas fornicando en tu despacho con tu amante, ¿y te atreves a hacerme reproches a mí?! —le gritó envalentonada; se había prometido que no iba a permitir que la azotara como antes—. Si no quieres que arruine tu carrera, no me vuelvas a poner una mano encima. Teníamos un trato, y si esperas que se cumpla, mantente bien lejos de mí o me importará una mierda que muestres las fotos de Brian, no lo pagaré con mi integridad física.

Wheels, que la sostenía del pelo, le dio un tirón y la arrojó sobre la cama. Se fue del dormitorio dando un portazo.

—Dios... ¡jayúdame!

Estaba temblando por el miedo y por el frío. Se encerró.

Noah regresó tras sus pasos, completamente empapado. Al llegar a la entrada del edificio se dio cuenta de que no había cogido las llaves. Le dio un puñetazo a la pared y se sentó en el umbral de la entrada, apoyó los codos en las piernas y dejó caer su cabeza atormentada mientras se pasaba las manos por la cara para escurrirse un poco el agua. Resopló como un fuelle que atiza el fuego, y tras una pausa, se golpeó la pierna con la palma de la mano y se puso de pie nuevamente: no le quedaba otra opción que despertar al encargado del edificio, a Eva no quería llamarla.

Mientras esperaba se preguntó una y otra vez a qué había ido Olivia; le costó trabajo pensar en ella como Olivia, se dijo que era mejor, porque así sería más fácil olvidarla; meditó también que no le diría nada a Brian de la relación que habían mantenido.

Estaba con ambas manos apoyadas en el marco de la puerta y con la cabeza caída pensando cuando la puerta se abrió:

—Señor Miller, va a pillar un resfriado, está empapado.

—Discúlpame, Manuel, por interrumpir tu sueño, he salido tan deprisa que he olvidado las llaves.

El barrigudo empleado estaba desgreñado y con claros signos de haber sido despertado, cubierto por una bata de franela que le destacaba aún más la barriga.

«Y los zapatos», se dijo el hombre al ver a Noah. Éste llevó también la vista a sus pies desnudos cuando el empleado lo miró. Se sintió ridículo.

—No se preocupe, señor, para eso estoy. Tome la llave, mañana me la devuelve.

—Muchas gracias.

Subió por el ascensor y entró en su piso. Al hacerlo recordó la llamada que Olivia le había dejado en el contestador, pero le urgía quitarse esa ropa mojada, o enfermaría al final. Así que fue hacia el baño, y para su sorpresa se encontró con Eva despierta, sentada en la cama abrazándose las piernas y apoyando el mentón en las rodillas. Lo miró con verdadera extrañeza.

—Por la hora y la lluvia que hay fuera, no creo que hayas salido a correr —bajó la vista a sus pies descalzos—, y menos sin las zapatillas.

Él no le contestó, pasó directo al baño y se deshizo de su ropa empapada. Se secó enérgicamente con una toalla para acelerar la circulación sanguínea y que se le pasara el frío. Salió del baño ignorándola, no le apetecía dar explicaciones ni tenía por qué darlas; lo que ellos habían tenido no contemplaba esos privilegios.

Fue a la cocina y tiró el poco café que quedaba en la cafetera para preparar uno nuevo y bien caliente. Eva se asomó a la sala, estaba vestida.

—Creo que mientras dormía me he perdido algo.

No recibió ninguna contestación, Noah siguió haciendo lo que hacía con aire concentrado. Ella se acercó, lo cogió de la barbilla y le plantó un besazo en la boca que él no le negó, pero que tampoco disfrutó. Estaba cabreado y no se molestaba en disimular; si ella lo había notado y había decidido irse, mucho mejor. Pero de pronto tuvo un viso de cortesía, se dio cuenta de que Eva no tenía la culpa de nada y le dijo:

—Disculpa, no quería que esta noche terminase así.

—No te preocupes, Miller, no más intimidad de la que hemos compartido. —Le guiñó un ojo y él, después de exhalar aire, dio la vuelta y la acompañó a la salida.

Antes de que ella se fuera, la cogió por la nuca y le dio un beso en los labios que empezó tímidamente y que ella se encargó de transformar en uno vehemente y desbocado.

Se separaron sin decirse nada, y Gonzales se fue.

En cuanto cerró la puerta, él, como un poseso, caminó con ansia el trayecto que lo apartaba de su móvil, buscó el mensaje en el contestador, se repantigó en el borde de la cama y lo escuchó:

«Perdón, mi amor, no quise herirte, tampoco fallarte, te aseguro que todo el tiempo he pensado en ti, tú eres lo más importante en mi vida».

—Pero volviste con él.

Su voz sonó condenatoria. Volvió a escuchar el mensaje y se le hizo un nudo en la garganta, en ese momento anheló que esas palabras fueran ciertas y recordó el momento en que discutían en la fiesta, cuando Alexa exhortó a Olivia a decir la verdad.

—¿Qué verdad? ¿Qué mierda pasó para que regresaras con él?

Se dejó caer en la cama, ni siquiera tenía ganas de tomar café, lo único que deseaba era que esa noche acabara de una vez.

Olivia, en su casa, lloraba sin consuelo mientras se deshacía de las prendas mojadas. Lo dejó todo en el baño y se arrojó bien después de pasarse una mullida toalla por el cuerpo y de utilizar el secador para el cabello. Preparada para meterse en la cama, no podía dejar de llorar. Lloraba por su suerte, por su mala suerte, por su dolor, por su desdicha, por su amor perdido. Le dolía la mejilla izquierda, se miró en el espejo, estaba segura de que al día siguiente la bofetada tendría una tonalidad purpúrea venosa y rojiza.

—¿Que más va a pasarme? ¿Por qué no puedo ser feliz como tantos otros?

De pronto, su llanto ya no fue más un lamento: ahora lloraba de enfado, de ira, de decepción. No podía apartar de su mente la imagen de esa mujer durmiendo al lado de Noah; se maldijo por haberle hecho caso a Alexa, se había humillado.

«No entiendo para qué me siguió, si es obvio que ya no le importo, ya me ha encontrado reemplazo.»

Siguió llorando otro rato.

—¡¡Lo odio, odio a todos los hombres!! —gritó con ganas.

La mañana clareó con los primeros destellos de luz, el sol se erigía tímidamente sobre la ciudad de Nueva York, escondido en las nubes más altas. Ya no llovía, pero los nubarrones negros que aún podían verse lucían amenazadores.

A primera hora, Noah fue a la galería. Se quedó apoltronado en su coche, había dormido mal y estaba de pésimo humor, y vigilaba la entrada desde la esquina. Llevaba las Ray Ban puestas y su cabeza era un martilleo incesante, había tomado un analgésico y bebía un café que había adquirido en un puesto callejero de la esquina; sabía asqueroso, parecía agua sucia. De pronto vio llegar a Alexa, así que salió del coche resuelto a interceptarla antes de que entrase.

—Caramelito, ¡qué sorpresa! ¿Tú aquí?

Alexa vio que él la miraba con cara de enfado. Por encima de las gafas, sin mediar palabra, la cogió del codo, le quitó las llaves de la mano y abrió la puerta.

—Espera que desactivo la alarma, intuyo que estás de mal humor.

—¡De muy mal humor! —Sonó tan furioso, que Alexa sintió un escalofrío—. Y no querrás que me ponga de peor humor, porque te aseguro que sería espeluznante.

—¿Peor que anoche?

—Peor que anoche.

—Tranquilízate, déjame preparar café para que nos sentemos a conversar. Acompáñame al altillo, que ahí estaremos más cómodos.

Subieron la escalera y Alexa, tras quitarse el abrigo y el bolso, se ocupó del café.

—Siéntate.

Noah se quitó las gafas, se las guardó en el bolsillo de la chaqueta y a continuación se acomodó en el sillón. Tenía muy mal aspecto, estaba ojeroso y muy serio.

Alexa puso el servicio de café sobre una bandeja, la apoyó en la mesa baja y mientras ella se sentaba, Noah la ayudó a servirlo.

—Tienes muy mal aspecto.

—Ni sé lo que siento. —Hizo una pausa, mientras sorbía el brebaje—. Estoy cabreado, desilusionado, apesadumbrado... —chasqueó la lengua—, asqueado. Tu amiga se burló de mí, y tú... también has sido su cómplice.

—Lo siento. —Alexa frunció la boca—. No pienses ni por un momento que para mí fue cómodo mentirte.

—¿Y para ella sí? Porque lo hacía muy bien.

—Quítate esas ideas de la cabeza, no seas tonto.

Alexa se estiró, le acarició la mano que tenía apoyada en el respaldo y se sentó a su lado.

—Cuéntamelo todo, dame una razón para no pensar ni creer lo que creo, y no me vengas con que no te corresponde porque eso ya me ha tocado demasiado las pelotas. He venido por respuestas y las quiero ya.

En la galería, debido a la falta de muebles, los sonidos retumbaban por nimios que fueran. Por eso se oyó claramente cómo se cerraba una puerta. Alexa dio un respingo.

—Ed está en Londres —dijo alertada.

Noah metió la mano bajo la chaqueta y desabrochó el cierre de la pistolera axilar, preparando su arma.

—Alexita, soy Oli. ¿Dónde estás?

—No quiero verla —le indicó él entre dientes.

—¡Ya bajo, he subido a hacer café! —gritó Alexa para que no subiera, pero al salir se la encontró en la escalera—. Joder, Olivia —casi tira la bandeja—, ese hijo de puta te ha pegado otra vez.

—Tranquilízate, fue sólo una bofetada, pero me la dio tan de lleno que me ha dejado este moretón. Sabes que mi piel se resiente con facilidad, pero te aseguro que en este momento hay otras cosas que me duelen más que esto.

Noah, que permanecía atento y por lo tanto había escuchado el intercambio con claridad, no se pudo contener y salió del altillo. La sangre se le había calentado, iba a hacer lo que hacía tiempo tendría que haber hecho. Olivia se quedó anonadada al verlo, no imaginaba que se lo encontraría ahí. Miller bajó como un torbellino y le agarró la cara para observarla con detenimiento, aunque desde lejos ya se notaba el moretón. El simple contacto hizo que ambos se estremecieran.

—Voy a molar a palos a ese hijo de puta.

Esclavo de una fiereza incontenible, intentó seguir bajando, pero Olivia y Alexa lo retuvieron.

—Noah, por favor, no cometas una locura. —Olivia lo sujetaba por la cintura mientras le suplicaba forcejeando con él, la cercanía de sus alientos era palpable—. Te lo ruego.

—Espera, caramelito, tienes que tranquilizarte. Ese hijo de mala madre se lo merece, pero no es el momento. ¿Por qué no habláis vosotros dos? Yo me voy a la oficina, subid al altillo y aclaradlo todo.

—Yo no tengo nada que aclarar —dijo Olivia soltando a Noah y alejándose de él.

Él se sintió afectado por la serenidad con que Olivia se había expresado.

Se miraron con seriedad y enfado. Alexa aún cargaba la bandeja, se la puso en las manos a Olivia y bajó dejándolos solos mientras refunfuñaba de forma ininteligible.

El silencio se hizo muy doloroso. Noah no bajaba la vista, la miraba acusador, y Olivia otro tanto. Finalmente, sin poder contenerse y sorprendiéndola, él le tocó la mejilla magullada y Olivia tragó saliva con dificultad. Miller cogió la bandeja y cogió de la mano a Olivia para guiarla hacia arriba. Dentro, depositó la bandeja sobre la mesa, el silencio no menguó, ninguno estaba dispuesto a romperlo. Las formas del silencio podían ser muchas, y en ese caso se manifestaba en miradas peyorativas, cargadas de reproche, dolor y angustia.

—Ambos nos merecemos una explicación, ¿no crees?

Noah decidió romper con sus palabras el mutismo que a ambos los había invadido.

—Yo no necesito ninguna explicación, lo que vi anoche en tu cama me bastó para saber que ya me has reemplazado.

—Yo sí necesito una explicación, y yo sí exijo una, estoy aquí precisamente por eso, y qué mejor que escucharla de tu boca y no por terceros.

—Pero yo no quiero dártela.

—Mira cómo te ha dejado ese hijo de puta. —Quiso volver a tocarle el rostro pero ella se lo apartó.

—No es tu problema.

—Te equivocas, sí que lo es. Soy un oficial de la fuerza pública.

—No quiero que te metas en mi vida. Anoche... con esa que metiste en tu cama, tú mismo decidiste salir por completo de ella.

—¿Qué me reprochas? Yo te encontré en tu casa con tu marido y descubrí que me has estado mintiendo todo este tiempo. No sabes todo el orgullo que yo me he tragado por ti. Me has decepcionado.

—¿Y tú a mí qué? Tú también me mentiste. Y luego me demostraste que podías revolcarte con cualquiera de la misma forma en que te revolcaste conmigo, porque ahora eso es lo que creo, que sólo he sido un revolcón para ti.

—Lo mío es diferente. Y yo contigo no me di un revolcón, no tienes derecho a decirme eso.

Medían sus fuerzas, cada uno gritaba más y más fuerte a medida que intercambiaban frases.

—¿Por qué es diferente? Lo de ésa tampoco parecía un revolcón, porque si lo hubiera sido no se habría quedado durmiendo en tu cama.

Se observaron con rencor y el silencio que los invadió nuevamente se transformó en castigo mutuo.

—Yo confíé en ti, te di mil oportunidades para que te sincerases, fui paciente, no tenías necesidad de mentirme. Hace semanas que me tienes engañado, y resulta

que nuevamente estás conviviendo con él.

En un raptó de irracionalidad, la cogió por la cintura y la ciñó contra su pecho, no podía evitar el deseo que ella le despertaba. La quiso besar por la fuerza, pero Olivia le negó la boca.

—No me toques. —Él hizo caso omiso y siguió intentándolo sin éxito. Lo indignaba su frialdad.

—A ese infeliz anoche lo dejaste manosearte. No —se corrigió—, a él le permites mucho más, le permites que te golpee. ¿O es que acaso te gusta?

—¿Cómo te atreves a decirme algo así? Eres un desgraciado.

—Me volví loco cuando te aferré de la cintura. —Respiraba con dificultad—. Creí que moriría cuando te descubrí en la fiesta. En un primer momento pensé que sentías vergüenza de mí, de mi entorno, que como te movías en ese círculo social me habías dejado de lado, y te odié por ser tan frívola, pero cuando comprendí que eras la hermana de Brian, cuando me di cuenta de que ésa era tu casa... —Hasta ese instante en que se apartó de ella, Noah le había hablado con la cabeza apoyada en su frente. Pero al alejarse la miró desdeñoso—. ¿Y me reprochas que me encuentre con alguien?

Se quedó mirándola unos instantes, y luego comprendió que todo lo que debía saber ya lo sabía. Se movió con ligereza, agarró el picaporte y salió del lugar. Bajó los escalones de dos en dos, estaba furioso, preguntándose qué mierda le reprochaba si ella ya había elegido, y además, como había dicho, ella ya no era su problema.

Cuando llegó al salón se encontró con Brian y con Alexa.

«Bingo —pensó—. No falta nadie.»

—¿Noah? ¿Qué haces aquí?

Miller se pasó la mano por la frente.

—¿Y tú qué haces? —Intentó eludir la respuesta con otra pregunta.

—Es la galería de mi hermana —le contestó como si no fuera una obviedad—. Ella me ha citado aquí.

Olivia se encontró con todos al bajar, y entonces Brian se dio cuenta de que ambos llegaban del altillo y a juzgar por las caras que tenían, algo no iba bien.

—Yo me voy, que te lo explique tu hermana.

—Nooo, mi querido detective, de aquí no te vas, y ésta —dijo Alexa de forma despectiva refiriéndose a Olivia— va a explicarlo todo ahora mismo, pero a los dos, porque yo ya estoy harta de dar la cara y de estar en el medio. Por otra parte, no voy a permitir que esto vuelva a ocurrir.

Agarró a Olivia del brazo y la puso frente a Brian para que viese el moretón del pómulo.

—¿Qué mierda te ha pasado, Olivia? —Brian, que hasta ese momento no se había dado cuenta, cogió desesperado el rostro de su hermana para ver más de cerca el golpe—. ¿Quién te ha hecho esto?

—¡¡Basta... por favor basta!! Quisiera morirme aquí mismo para dejar de sufrir —gritó, abrazándose a Alexa mientras lloraba—. No tengo más fuerzas, no cabe en mi cuerpo una sola humillación más.

La correa del bolso se le deslizó por el hombro y cayó al suelo en aquel momento, de manera que las fotografías de Brian que llevaba guardadas allí se desparramaron. Brian se reconoció enseguida, levantó una y preguntó:

—¿Qué es esto, por qué estoy yo en esa fotografía?

Alexa chasqueó la lengua.

—Bah, como si no supieras lo que estabas haciendo con ese narco.

Las alarmas de Noah sonaron al escuchar esa palabra, miró lo que se había abierto como un abanico en el suelo y su vista reconoció de inmediato el logotipo de la DEA, con el águila, y el de la INTERPOL, con la espada atravesada. Se agachó y cogió los papeles, los leyó rápidamente y no tardó en comprender lo que eso significaba.

—¿En qué mierda te has metido, pedazo de idiota? —dijo mientras se agarraba la cabeza con ambas manos sin soltar las hojas de papel.

De pronto lo entendió todo, en un abrir y cerrar de ojos comprendió que Olivia estaba amenazada y que por eso había regresado con su marido. Cerró los ojos con fuerza, la vista le escoció, las sienas le latieron y la garganta se le hizo un nudo.

La había prejuzgado, ahora lo entendía. Se apoyó contra la pared más cercana, porque el llanto de Olivia lo estaba rasgando por dentro. Se acercó a ella y quiso abrazarla contra su pecho, pero ella le gruñó en la cara:

—¡No te atrevas a tocarme, no me toques nunca más! Estoy harta de todos los hombres que hay en mi vida; de mi padre, que me condenó a la infelicidad manipulándome; de mi exmarido, que se encargó de hacer más amargos cada uno de los días de mi existencia; de ti, Brian, que me arrastras en tus cosas, y de ti —miró a Miller con rencor y se encargó de sonar muy despectiva—, a quien consideré otra clase de hombre; sin embargo, me has defraudado como todos. Siempre terminé llorando y sufriendo por vuestra causa y estoy harta, estoy cansada de vivir la vida pensando en los demás.

Brian le había quitado los papeles de la mano a Noah.

—Un momento, este tipo que está conmigo en la foto, ¿es un narco?

—¡Como si no lo supieras! —le gritó Olivia—. Deja de hacerte el tonto.

Noah lo agarró de la ropa y casi pegando la cara a la suya, le exigió a Brian que le contara cada detalle.

—No sé nada, te juro que no sé nada más de lo que se ve ahí. Era la primera vez que veía a ese tipo en mi vida. Me cago en la puta, Noah, estoy cagado, fue un favor que le hice a mi cuñado.

»¿Cómo podéis creer que yo estoy metido en algo así? —Noah lo soltó y dio un paso atrás mientras intentaba serenarse y ordenar el rompecabezas de los hechos—. Olivia, hermanita, tranquilízate, te juro que no estoy metido en nada raro, tienes que creerme. Tu marido va a tener que explicarme esto.

—No vas a pedir ninguna explicación —le indicó Noah, más bien fue una orden—. ¿O acaso quieres aparecer muerto?

—¿Cómo? —Brian abrió los ojos como platos.

—Tranquilicémonos todos —exhortó Alexa—. Vamos al altillo, tomemos café; gritando no nos vamos a entender.

Estaban todos sentados. Noah, antes de subir, había recogido todo lo del bolso y tenía en su poder las fotos y los informes, que estaba releendo.

—Esto no es broma, Brian. ¿Estás diciendo la verdad, que sólo fue un favor?

—Te lo juro, yo soy un bala perdida, ya lo sabes, pero no sería capaz de meterme en algo así. Me conoces como nadie, a mí me gusta pasarlo bien, pero sabes de sobra que las drogas las prefiero bien lejos, tú y yo hemos salido miles de veces, nos han ofrecido consumirlas y siempre las he rechazado. ¿Te parece que me metería en algo así? ¡Qué va! Si te digo que el intachable senador se tendrá que explicar, es porque es así. ¿En qué mierda está metido tu marido?

—Murray no es mi marido, hace tiempo que dejó de serlo, ahora sólo tenemos un trato. —Miró odiosamente a Noah a los ojos—. Yo aparento ser la esposa más feliz del mundo, como pantalla para su carrera, y él no te manda a la cárcel.

—¿Qué? Si yo no he hecho nada para ir a la cárcel.

—¿Por qué mierda no me lo dijiste todo, Olivia? ¿Cómo pensabas frenar esto sola? ¿Por qué no confiaste en mí? —Noah se lo reprochaba, no podía contenerse.

—Te lo dije.

Alexa se lo dijo en la cara a Olivia, que no le contestó, sólo la miró para que se callara.

—Brian, hasta que se demuestre que tú no tienes nada que ver, podrías pasarte un buen tiempo en la cárcel.

—¿Qué?

—Por eso te digo que de esto no hables con nadie.

—¿Murray te ha pegado?

—Esto no es nada, tu cuñadito hace años que muele a palos a tu hermana. Si tú la hubieras visto como yo la vi no creerías que aún estuviera con vida, pero como es una cabezota...

Brian se quedó de piedra, se acuclilló frente a Olivia, que se retorció las manos, y las cogió entre las de él.

—Oli, ¿es eso cierto? —Olivia se abrazó a su hermano y lloró desconsoladamente hundiendo la cara en su cuello, él, para que se tranquilizara, le acarició la espalda y le dio besos en el pelo—. ¿Por qué no me lo dijiste, por qué me entero ahora?

—No era fácil, él... él me tenía tan sometida que yo no era dueña de mis pensamientos. Además, era muy humillante para mí.

—Quiero matarlo, Olivia, quiero pegarle hasta que no pueda más.

—Yo también quiero destriparlo —intervino Miller—. Pero ahora, con esas fotos, el muy desgraciado nos tiene atados de pies y manos. Escuchadme muy bien: ni una sola palabra a nadie de todo esto. ¿Quién más lo sabe? —le preguntó a Olivia, que se negaba a contestar.

—Ed también lo sabe —dijo Alexa. Noah clavó los ojos en Olivia.

—Nadie más —aseguró ella.

—Edmoncito es una tumba, no hay de qué preocuparse, caramelito.

—¿Caramelito? —Brian lo miró y Noah puso los ojos en blanco—. ¿Qué me estoy perdiendo? ¿Os conocéis de antes? Alexa... Alexa se llama tu chica... —Señaló a Noah y a Alexa—. Un momento, tú dijiste que estaba casada y que su marido... ¡Oh, Dios mío! ¡Tú y Oli...!

—Eres corto, nene... ¿cómo puedes tener tantas mujeres, con tan poco cerebro? —Alexa se mofó.

—Porque tú, eres muyyyy larga, tengo lo adecuado para mantener contenta a una mujer, si quieres puedo enseñártelo.

—Voy a terminar creyendo que el mito de los modelos es cierto, son sólo una cara bonita.

—Cuando quieras, te demuestro si sólo se trata de lo que ves. Nena, te aseguro que tengo mucho que ofrecerte —se miró la entrepierna.

—Paso de ti, no estoy interesada, eres un pedante que no termina de madurar.

—¿Tienes miedo?

—¡Basta! Basta ya por Dios, no es momento, me harta que os peleéis cada vez que os veis, ¡¿por qué no os vais a un hotel, os desfogáis, y os dejáis de estupideces y juegos de palabras?! —gritó Olivia para que cesaran de una vez.

—No sé de donde sacas que puedo tener ganas de esta.

—Un momento, me llamo Alexa, y te aseguro que he salido con tipos mejor plantados que tú, así que no te envalentes, chiquito, soy yo la que no tiene ganas de ti.

—¡¿Queréis parar ya?! —volvió a gritar Olivia exasperada—. Por una vez en la vida, podrías tomarte las cosas en serio. —no podía creer que su hermano aún tuviera ganas de bromear.

—¿Puedo hacerme cargo de esto? —Noah levantó las fotos y los informes.

—Ya te has hecho cargo, no entiendo para qué preguntas.

—Un momento, ahora la irracional eres tú, Olivia. Se trata de mi pellejo; si vosotros tenéis otro problema, lo arregláis aparte, yo voto porque sí te hagas cargo, no quiero ir a la cárcel —dijo Brian.

Noah se puso de pie.

—Lo primero es que nadie más se entere. Esta gente no son simples matones. Si estorbas o consideran que eres un problema o cabo suelto, te matan y sanseacabó.

Brian palideció, y a Olivia se le escapó una exclamación seguida de un escalofrío.

—Por otra parte, ese desgraciado debe seguir creyendo que nadie lo sabe y que te sigue teniendo en un puño.

—No tenía otras intenciones.

—Me duele mucho pedirte esto. —Se agachó frente a Olivia y quiso tomarla de las manos, pero ella se las negó—. Sólo necesitaré unos días para investigar, y aunque me duela admitirlo, hasta que no pueda seguir la pista estaré nadando en hielo. ¿Crees que serás capaz de hacerlo?

—Está en Washington.

—¿Cuántos días?

—No lo sé, él nunca me dice nada, y ahora menos todavía. —Olivia le contestaba sin mirarlo—. Sé que está allí porque oí que se lo comentaba a Cliff.

—¿Quién es Cliff?

—El mayordomo.

—Perfecto. Necesito investigar, pero no será fácil, porque no debe quedar nada registrado.

—Por favor, Noah.

—Tranquilo, confía en mí, Brian.

—Sabes que confío como si fueras mi hermano.

—Olivia, no quiero que te arriesgues por nada, déjame manejar esto a mí, intenta cruzarte lo menos posible con él. Nada querría más que pedirte que te fueras de allí, pero la gente con la que imagino que está metido el senador no se anda con advertencias: extirpan el problema de raíz, y si se sienten amenazados por algo es lo que harán, por eso es preciso que él siga creyendo que te tiene comiendo de su mano. ¡Dios! No puedo creer que realmente te esté pidiendo esto.

—De todos modos, estoy segura de que no utilizará esas fotos, porque él también caerá por su peso —intervino Alexa.

—Eso es lo que menos importa. Si ellos se sienten amenazados no sólo corre peligro Olivia, lo corre todo su entorno íntimo; esa gente terminará con todos los cabos sueltos, y listo. No se arriesgarán a dejar a nadie que pueda saber algo.

»No permitiré que te pase nada, no debes tener miedo. Sólo necesito que me cuentes todo lo que sabes.

—No sé absolutamente nada, he aprendido a no oír. Ahora entiendo por qué me golpeaba cuando creía que lo espiaba.

—Mi hermana no puede seguir en esa casa, Noah.

—No queda otra opción, si me voy me temo que sería peor. Ahora sé un gran secreto, uno que nos pone a todos en peligro, y si él lo puso de manifiesto es porque no le importa nada con tal de conseguir lo que desea. No tengo miedo por mí, sino por vosotros. Sé que a mí no me hará nada porque se estropearían sus planes, pero para forzarme lo hará a través de vosotros, ya lo ha demostrado con estas fotos. Estoy convencida de que debo permanecer en la casa; siempre lo he sabido, por eso regresé. —Miró a Noah con ojos desafiantes.

—Tendrías que habérmelo contado y yo ya podría haber averiguado algo, hace quince días que estás perdiendo el tiempo en esa casa.

—Ya sé que yo pierdo el tiempo, y me ha quedado muy claro que tú no lo pierdes, anoche lo comprobé.

Olivia sentía la cabeza abotargada. Noah le siguió sosteniendo la mirada. Se puso en pie, cogió los papeles y las fotos y dijo:

—Me voy, cuando tenga novedades os informaré. Recordad no levantar sospechas. Una cosa más. —Miró severamente a Olivia, clavó la mirada en ella, se agachó y sacó su pistola de repuesto de su pantorrilla—: Quiero que tengas esta arma y que mantengas el móvil encendido. Aunque no me contestes, quiero que en cuanto veas mis llamadas me las devuelvas, para estar tranquilo sabiendo que estás bien. Mantenlo bien escondido, porque es el único medio que tenemos para comunicarnos contigo.

—No es necesario. No me gustan las armas, les tengo mucho miedo.

—Sí que lo es, y no hay discusión. Se usa así. —Le mostró rápidamente cómo se quitaba el seguro—. Luego te firmas con ambas manos, apuntas y disparas.

—No la usaré, no la quiero.

—La madre que te parió, Olivia, guarda esa arma y no discutas más. —Alexa se la quitó de la mano a Noah, cogió el bolso de Oli y la metió dentro.

—No te expongas, por favor, y recuerda todo lo que te he dicho —indicó Miller con gesto penetrante—. Tú, Brian, vente conmigo, necesitamos que me des detalles de ese encuentro.

Muy temprano, el senador Murray Wheels cogió un vuelo a Washington acompañado por su asesora de imagen, la señorita Samantha Stuart. Necesitaba que todos creyeran que el suyo era estrictamente un viaje oficial. Aunque pasaría por el Capitolio para hacerse cargo de algunas de sus actividades como senador, su destino para el fin de semana era otro.

Llegaron al aeropuerto nacional Ronald Reagan de Washington, en el condado de Arlington, Virginia, el más cercano a Washington D.C.

Desde ahí se trasladaron al barrio Capitol Hill, a su oficina ubicada en el Hart Senate Office Building, donde pasaron toda la mañana y gran parte de la tarde atendiendo asuntos de Estado. A eso de las cinco, se trasladaron al hotel Jefferson, donde cada uno ocupaba una suite de lujo.

En el ascensor se separaron y Murray le indicó a Samantha que estuviera lista para las ocho.

—Nos encontraremos fuera del hotel.

—Perfecto, ahí estaré.

—Recuerda todo lo que hemos hablado estos días y descuida, te prometo que lo pasaremos muy bien.

A la hora prevista se encontraron. Samantha llegó primero y se saludaron con corrección, sin evidenciar el trato verdadero que entre ellos existía.

—¿Preparada?

—Sí, Murray.

—Ya nos están esperando, así que pongámonos en marcha. Te aseguro que nos divertiremos mucho el fin de semana.

—No me cabe duda de que si es contigo, lo pasaré de fábula, quiero ser parte de todo tu mundo.

Caminaron hasta la esquina, donde los esperaba un Lincoln MKS de color negro con vidrios oscuros. Quien los había ido a recoger les abrió la puerta para que se acomodaran en el interior y luego se ocupó de sus equipajes.

El viaje fue corto, llegaron al aeropuerto Ronald Reagan y en un vuelo previamente arreglado, partieron en un Learjet 70 a Houston, Texas, donde los aguardaba otro avión privado que abordaron de inmediato y que los trasladó hasta Albuquerque, Nuevo México.

Después de un tranquilo viaje, y alrededor de la una y media de la madrugada, aterrizaron en una pista privada donde los esperaba una Lincoln Mark de doble cabina en color negro. En ella se trasladaron hasta una villa de tres acres de estilo mediterráneo a los pies de las montañas de Sandía. Era una verdadera fortaleza infranqueable. La casa relucía en medio del desierto, y la intensa actividad que en ella había no se correspondía con la hora que era.

Bajaron de la camioneta, y la persona que los había recogido en el aeropuerto se ocupó del equipaje.

—Tranquila, relájate, todo está bien. —Murray cogió a Samantha de la mano y la besó en el cuello—. Recuerda lo que te dije en el vuelo: no llames a nadie por su nombre si no te lo indican.

Antes de entrar, otros dos hombres, con pistolas axilares y conectados a un sistema de comunicación interno por medio de micrófonos inalámbricos que se divisaban tras su nuca, los revisaron con sensores, buscando micrófonos ocultos, y los cachearon.

—No te preocupes, esto es por nuestra seguridad; verás que sólo ahora te sentirás intimidada, pero te aseguro que te sentirás muy bien aquí.

Samantha sólo asentía y sonreía aferrándose a la mano de Wheels.

Una parte de la casa estaba ambientada con el mejor arte español, mientras que en la otra descollaban claramente las reminiscencias de México. Entraron en un vestíbulo circular donde preponderaba el estuco, las mayólicas españolas y el mármol travertino. Allí, un hombre muy hospitalario con aspecto de rudo los recibió con muy buen talante: el tipo medía no menos de metro ochenta, tenía una ancha espalda que revelaba un muy buen estado físico, pelo castaño peinado hacia atrás, mandíbulas marcadas, nariz aguileña y una barba no muy cuidada. Vestía ropa de marca y fumaba habanos, y hablaba inglés con muy mala pronunciación.

—¡Ha llegado mi querido diplomático favorito!

—¿Qué cuentas, Jefe? —Ambos se estrecharon en un abrazo—. Te presento a la señorita S.

—Un placer. —Aquel hombre le cogió la mano y se la besó mientras le recorría sin disimulo cada una de sus curvas—. Mi amigo siempre con tan buen gusto.

—Muchas gracias —contestó ella tímidamente, y Murray la aferró de la cintura para darle confianza mientras le guiñaba un ojo al anfitrión.

—Aaah, siempre tan extravagante en tus gustos, mi querido senador, nunca una enchiladita, lo tuyo es la centolla o el caviar.

Los tres se rieron mientras ingresaban en la mansión. El mexicano, cuando hizo el comentario, acarició con el revés de la mano la mejilla de Samantha; ella se puso alerta, pero luego intentó serenarse.

—Como te habrá explicado nuestro amigo, no sabemos cuándo las paredes oyen aquí, así que debemos ser cuidadosos con la mención de nuestros nombres. —Samantha sonrió—. Pero tranquilos, todo está en orden —asintió con la cabeza—, Murray, Samantha, el equipo de detección de micrófonos acaba de hacer una pasada previendo vuestra llegada y la casa está muy limpia.

—Muchas gracias, Mario, por la consideración —dijo Wheels mientras entraban en la lujosa mansión.

—Adelante, por favor, sentíos como en vuestra casa. Sabes que así es como debes sentirte en mi humilde morada, tu casa es mi casa, mi *güey*. —Una mujer en bata de seda apareció en la escena bajando la escalera muy sensualmente—. Aimara, cariño. —El mexicano estiró la mano y la escultural rubia de ojos azules se acercó a ellos; cuando la tuvo a mano, la besó escandalosamente en la boca frente a los recién llegados, le metió la lengua hasta la campanilla y le apretó las nalgas—. Les presento a la luz de mis ojos.

Era su nueva amante.

Tras los saludos se sentaron en la amplia sala y el atento personal de servicio trajo una cubitera con champán francés.

A comienzos de la década de 1980, la ruta de la heroína era una gran industria a nivel mundial. En el este de Asia, donde no tenía parangón ni competencia, estaba a cargo del general Khun Sa, el rey del opio, también conocido por el alias Chang Chifu. Controlaba el setenta por ciento del negocio al mando de un ejército de rebeldes shan equipado con fusiles, lanzagranadas, aparatos de radio y mulas. Pero la consolidación de los cárteles colombianos de Medellín y Cali, a mediados de la década, transformó el escenario del comercio internacional de drogas. Por ese entonces, los capos Pablo Escobar Gaviria y Gilberto Rodríguez Orejuela conquistaron el lugar del general Khun Sa y fueron acusados por la DEA de inundar de cocaína y heroína el mercado estadounidense. Estaban asociados con la Cosa Nostra, la antigua mafia estadounidense, que amplió su dominio en Europa asociándose con la Camorra y la 'Ndrangheta de Calabria, y por ese entonces también ejercían una clara hegemonía sobre el conocido Triángulo de Oro, región urbana colombiana, a través de una alianza con los traficantes de opiáceos asiáticos a partir de intereses recíprocos.

A finales de la década de 1990 todo parecía estar organizado a la perfección, y la cocaína procesada por los cárteles de Medellín y Cali, que salía hacia Europa y Estados Unidos a través de ocho rutas marítimas, parecía no tener obstáculo alguno. Pero con la administración Bush llegó el cambio, y tuvieron que empezar a cambiar su itinerario, pues durante su gobierno la guerra al narcotráfico se volvió prioritaria.

Desde entonces, los mercaderes de la droga han tenido que modificar constantemente las rutas, y los cárteles que tenían concentrado su poder fueron perdiéndolo. La cocaína y la heroína colombiana, pero también la peruana y boliviana, sustituyeron la tradicional ruta marítima del Caribe, con eje en Panamá y destino final en Miami, por la del Pacífico, con base en los puertos mexicanos, otorgándoles, de esta manera, poder a los cárteles de México y permitiéndoles convertirse en los amos del narcotráfico por su estratégica ubicación.

Estas organizaciones criminales, con el correr de los años, han tenido cambios medulares y reajustes que han permitido la formación de nuevos grupos, llegando así a crear nuevos pactos y alianzas que han llevado a treguas. De esta forma es como surge el poderío de Mario Aristizabal Montoya, un narcoterrorista de la nueva era.

Desde 2008 se había afianzado en el poder y había sembrado el terror en una franja de su ciudad, dándose a conocer como un narco al que no le importaba nada con tal de acceder al control del cártel que lideraba. Con actos de violencia similares a los que cometen las organizaciones Al Qaeda, el IRA y las FARC, y a fuerza de violencia desmedida, se había dado a conocer imponiéndose como un líder indiscutible, que fusilaba a cuantos se le atravesaran, si colaboraban con el gobierno para su

captura y para decomisar los estupefacientes que él traficaba.

A Aristizabal Montoya se le adjudicaba un buen número de ejecuciones indiscriminadas en bares, el estallido de varios coches bomba en ataques contra policías y medios de comunicación, y se sabía que era el autor de masacres a expatriados, logrando de esta manera infundir el terror al instalar una guerrilla urbana utilizando a su propia comunidad como escudo.

El poderío económico de este individuo constituye su principal arma, porque con él financia su red de inteligencia, su logística operativa y la adquisición de recursos técnicos, equipos y armamentos. Ahora incluso conseguía codearse con el poder de Estados Unidos para darle un visto de legalidad a sus actividades. Su rastro se había perdido hacía ya algunos años, estaba siendo buscado por todos los organismos y las autoridades tenían un amplio conocimiento de que aún lideraba el cártel que él mismo fundó como rama paralela al de Juárez.

Montoya en la actualidad le seguía causando incomodidad al gobierno mexicano, pues su escape era la clara pauta de la debilidad y la ineptitud de los organismos de seguridad del país y del creciente poder de los cárteles de la droga, con redes de inteligencia dotadas de tecnología de alta gama que tenían un mayor grado táctico que las autoridades mismas.

Los negocios se dejarían para el otro día, ahora, como buen anfitrión que era, Montoya les daba la bienvenida en su fortaleza y los agasajaba como él sabía, con excesos y demostrándoles que a su lado era posible una vida donde sólo regían sus propias leyes, proporcionándoles de esa manera diversión asegurada.

Se acercó a Wheels y le habló en complicidad.

—Mi buen amigo, qué suerte que nuestra relación finalmente haya llegado a un buen entendimiento y juntos podamos hacer tantos negocios beneficiosos para ambos.

—Tu poder y el mío son una mezcla explosiva.

—Hermosa chica, mi buen amigo, ¿te parece que podría probarla?

—¿Quién puede decirte que no?

Los dos rieron a carcajadas y se acercaron a sus mujeres.

El champán estaba haciendo su efecto y la droga consumida también; las risas, los besos y las caricias a altas horas de la madrugada ya eran casi incontrolables.

—¿Por qué no nos damos unos chapuzones en la piscina? —sugirió el anfitrión y todos estuvieron de acuerdo.

En cuanto llegaron a la piscina cubierta y climatizada la rubia debilidad del narco, que parecía la más achispada, se quitó la poca ropa que llevaba y se lanzó al agua. Su hombre, sin pensarlo, se deshizo de la suya y se tiró tras ella, la buscó de inmediato sin preocuparse de esconder las ganas que tenía por poseer su cuerpo.

—¿Prefieres irte a cambiar? —le preguntó Murray a Samantha, pues la notó vacilante. Ella observaba tímida, pero excitada, la manera en que Mario y Aimara se acariciaban—. No tenemos por qué hacer lo que hacen ellos si no quieres.

Wheels se acercó a su boca, la cogió de la nuca y la besó con extrema pasión, tentándola con la esperanza de despertar todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo. Mientras la acariciaba con sus manos ansiosas, sintió cómo Samantha comenzaba a vibrar entre sus brazos. Avivada por la mezcla de alcohol y droga que había en su organismo, y por las caricias y los gemidos de la otra pareja, se sintió incitada a lo mismo. Murray comenzó a desvestirla, y ella no se negó. Dentro del agua, caricia va, caricia viene, beso va, beso viene, terminaron los cuatro disfrutando de un alocado sexo compartido.

Era de madrugada, y Olivia daba vueltas de un lado al otro en la cama sin poder conciliar el sueño. Había sido un día muy intenso, y aunque hacía dos días que no pegaba un ojo, las preocupaciones y los problemas no disminuían, no le daban paz. De pronto su móvil vibró bajo su almohada.

—Hola... ¿estás bien?

Aunque no hubiera mirado la pantalla antes de atender, habría reconocido su voz de inmediato. No le contestó.

—Sé que estás ahí, porque oigo tu respiración. Siento muchísimo cómo han terminado las cosas. —Noah seguía hablándole pero ella permanecía muda, se hizo otro silencio en la línea—. Sólo he llamado para tranquilizarte, y que sepas que ya me estoy ocupando de todo.

—No hacía falta que llamasen, ya dijiste que lo harías.

—Quiero que me avises en cuanto él regrese. Adiós.

Miller cortó la comunicación, sintiéndose muy contrariado por no poder refrenar su instinto. Se dijo que Olivia tenía razón, esa llamada carecía de sentido, y se amonestó por haberla hecho.

Se dirigió a servirse otro café y regresó a su mesa de trabajo, donde estaba recabando toda la información posible acerca de Murray Wheels y de Mario Aristizabal Montoya.

Ahondó en los registros financieros del senador. Había decidido comenzar por él para dar con la forma de relacionarlo con el narcotráfico. No le fue muy difícil encontrar un incremento de su patrimonio, que distaba mucho del declarado hacía dos años. Buscaba en su cabeza la fórmula mágica de cómo lo había conseguido, y en ese instante vino a su mente lo que éste había comentado acerca del perímetro de seguridad para una empresa de construcción. Recordó que le había dicho que era para un amigo, aunque era probable que no quisiera revelar en ese momento sus otras actividades. Su instinto le dijo que debía buscar por ese lado; finalmente encontró una empresa con sede en Miami en la que el senador figuraba como uno de los socios mayoritarios con el noventa por ciento de las acciones.

Anotó el nombre de la empresa, SADOX. Buscaría páginas de informes bancarios, relaciones de pago, cartas, transacciones, agendas y lista de bienes de la empresa.

Siguió indagando y consiguió relacionar a Wheels con otras cuatro empresas constructoras. Sonrió con sorna.

—El hijo de puta está blanqueando dinero.

Se adentró en la campaña política y en los fondos declarados para la misma. Muchos provenían de personalidades muy conocidas, pero nada relevante en las sumas de dinero, hasta que, finalmente, encontró una donación de 500.000 dólares de una empresa constructora con sede en Nueva York. Según lo declarado, la donación había sido de un amigo suyo.

—Hijo de su madre, se autodonó y utilizó un testamento.

Necesitaba investigar también las propiedades que Wheels poseía y si se le había ocurrido poner alguna a nombre de Olivia. Tembló sólo de pensarlo; inconscientemente se encontró rogando que no la hubiera involucrado directamente en nada.

Tras otra hora más buscando una aguja en un pajar se apretó los ojos. Tenía la cabeza congestionada, estiró los músculos y se exigió seguir, pero estaba exánime, el cansancio comenzaba a pesarle. Decidió guardar toda la información recabada en un archivo encriptado e hizo una copia en un disco externo que colocó en una caja fuerte disimulada en un falso acabado de una de las paredes del gimnasio. Luego se exigió tranquilizarse, sabía que no sería una investigación fácil, pero tan pronto como se dispuso supo que no sería posible, y a que el tiempo no era su aliado y lo único que él quería era sacar a Olivia cuanto antes de allí.

Encontrar información de Montoya era lo que menos le preocupaba; era pan comido, ya que se trataba de un delincuente muy conocido y buscado. El problema sería vincularlo con Wheels.

Se quitó la ropa y se metió en la cama. Aunque estaba muerto de cansancio, Morfeo parecía haberlo abandonado, y seguía haciendo anotaciones mentales de cosas que quería verificar.

Se dio cuenta de que sus pensamientos no tenían sosiego, y así llevaba varios días. Finalmente, cuando el sueño pareció vencerlo, consideró muy bueno que Wheels no supiese que él era detective.

«Por fortuna, Brian en la fiesta no lo mencionó, aunque su padre lo sabe», se dijo amargamente antes de dormirse.

A media mañana, el capitán Donovan Martens llamó a Noah y a Eva para hablar del topo que había entre ellos. Los de Asuntos Internos estaban poniéndose nerviosos y el tiempo se acababa. El capitán los tenía resoplando en su nuca y muy pronto toda su unidad se vería afectada por una investigación si ellos no lograban apartarlo.

—¿Qué novedades tenéis?

—Está difícil, capitán. Todo lo que habíamos conseguido se esfumó con la muerte de Simon Shawn y Leonard LeBron —dijo Eva.

—Ahora resta esperar a ver a quién ponen a distribuir en la zona —acotó Noah—. Enterarnos llevará algún tiempo pero nos conducirá al traidor, tengo a todos mis informantes alerta.

—Y de la investigación de esas muertes ¿qué se ha obtenido?

—Ninguna pista. Todo parece indicar que es obra de alguien que sabe muy bien lo que está haciendo. En el último crimen se usaron subcalibradas sabot y eso nos ha dejado sin muchas opciones —añadió Noah.

—Como dice Miller —acotó la detective—, parecen ir un paso por delante de nosotros.

—Sabéis muy bien que el crimen perfecto no existe, así que seguid buscando pruebas, alguien más tiene que saber algo. Indagad en el entorno de esos dos, que de ahí tiene que salir algún dato. El último crimen es demasiado limpio, pero en el de Shawn y la anciana estoy seguro de que alguien del vecindario tuvo que haber visto algo, volved allí. —Ambos asintieron con la cabeza—. Se nos agota el tiempo, muy pronto tendremos a todos los de Asuntos Internos pegados al culo.

—Noah, yo me encargo de regresar a Morrisania. Volveré a interrogar al vecindario para ver si doy con alguien que haya visto u oído algo, también revisaré las cámaras de nuevo. Tú busca en el Yonkers, a ver si logras determinar desde dónde se efectuaron los disparos a LeBron y así poder levantar alguna huella. A ti te gusta desguzar los informes de balística, así que ocúpate de atañerte a la trayectoria y a la inclinación del disparo, para ver si logras desentrañarlo.

—Perfecto, me iré con alguien del equipo forense a ver si puedo reconstruir eso para determinar el lugar, aunque con las balas sabot será bastante impreciso todo.

Noah llegó a las ruinas de la estación hidroeléctrica, donde ya estaba esperándolo un equipo de criminalística. Cuando bajó del coche, uno de los indigentes que habían encontrado el cuerpo de LeBron andaba por las inmediaciones.

—¿Cómo le va, detective? —Noah se quitó las gafas y saludó al hombre con un asentimiento de cabeza. Sacó unos dólares y se los dio para que se comprara algo de comer—. Muchas gracias, espero que usted tenga mejor suerte que su compañera.

Noah se extrañó ante el comentario, pero escondió su sorpresa disimulando tras la expresión de su rostro lo que sentía.

—Eso espero.

—La detective Gonzales no me vio. Parecía apurada, pero creo que se fue de mal humor, o eso parecía.

Noah le tocó el hombro.

—Si ella viene, no le comente nada, porque se supone que lo que hacemos es una investigación encubierta y nadie debería haberla visto. ¿Contamos con su discreción, amigo? Para nosotros es muy feo saber que hemos fallado en nuestro trabajo. No la desilusione, ¿de acuerdo?

«¿Para qué me ha hecho venir si ella y a había vuelto?»

—Por supuesto, no se preocupe, seré una tumba.

Después de algunas horas de mediciones, los expertos determinaron el posible punto de origen de la parábola, pero debido a las balas que se habían utilizado el resultado era bastante equívoco, por lo que tuvieron que ampliar el perímetro en esa dirección. Barrieron el lugar pero no encontraron nada. La distancia establecida era extensa, así que todo indicaba que era muy probable que hubieran utilizado un fusil.

Frustrado, Noah no volvió a la comisaría. Su turno había terminado, así que se dirigió a su casa, pero en el camino conectó el manos libres y llamó a Alexa.

—Hola.

—Detective, ¿sucede algo?

—Necesito ver a Olivia —le soltó sin pensar.

—¿Qué quieres que haga?

—No sé, inventa algo para sacarla de esa casa y que vaya a la galería.

—No es tan fácil. El muy desgraciado la tiene vigilada con sus lacayos.

—¿Cómo? ¿No la deja salir?

—En teoría Olivia había llegado a un acuerdo con él de que la dejaría ir a la galería, y él accedió. Pero la realidad es otra. Él dice a qué lugares puede ir, y como sabrás yo no soy santo de su devoción.

—¿Cómo lo hizo para salir el otro día? Le dije que no se arriesgara.

—No subestimes a Olivia, ella es muy inteligente y te aseguro que ya no es la Oli sumisa y calladita de antes.

—No quiero que se enfrente a él.

—Confiemos en que sabrá cuidarse.

—Ese tipo no razona. Sé el patrón de esos enfermos: se sienten poderosos golpeando a mujeres indefensas, todo les va bien como excusa para desatar su violencia. Quiero sacarla de allí y me siento impotente por no poder hacerlo. No sabes cuánto necesito verla, es necesario que hablemos.

—Déjame advertirte que no creo que quiera verte; la liaste bien liada.

—Supongo que te refieres a lo que pasó en mi casa.

—Sí, me lo ha contado. Los hombres encontráis rápidamente sustitución. Tiene a tu pelirroja entre ceja y ceja, y a ti ni te cuento.

—Ella me echó de su vida, tú la escuchaste esa noche.

—Lo sé, pero no perdiste el tiempo. Mierda, Noah, saliste de la fiesta y te fuiste a follar; no entiendo esa bendita forma que tenéis los hombres para olvidar.

—Lo hecho, hecho está, llorar sobre un muerto son lágrimas perdidas.

—¿Eso quiere decir que te arrepientes?

—Mi arrepentimiento no cambiaría las cosas. Ella me mintió.

—¿Sí que eres orgulloso! No te imaginaba así.

—Soy muy orgulloso, y por ella me comí el orgullo lo que no te imaginas.

Un silencio se instauró en la línea.

—¿Vas a ayudarme o no?

—Ay, Dios, si no fuera porque sé que os morís el uno por el otro... Ve a la galería y espera en la entrada de atrás. Yo iré a buscarla a su casa y la llevaré allá, pero no te dejes ver, seguro que nos sigue su guardaespaldas.

—¿Harás eso por mí?

—Sí, detective, aunque mi amiga se cabree conmigo y aunque no te lo merezcas.

—Gracias.

—Lleva comida para dos y una buena botella de vino o champán. La verdad es que no sé por qué lo hago, porque creo que la otra noche tu cerebro se trasladó a tu entrepierna. Mejor corta antes de que me arrepienta.

Noah sonrió ilusionado y asintió a todo.

El hastío y la soledad moraban en su cuerpo, la felicidad concebida semanas atrás se había esfumado y parecía una utopía imposible de alcanzar.

El recuerdo de Noah y de sus caricias merodeaba por cada centímetro de su piel, y mientras las imaginaba sentía cómo le rasgaban el alma, porque se habían convertido en una mera quimera que la agobiaba. De todas formas, se obligaba a no borrarlas de su memoria, ya que formaban parte de lo mejor de su vida.

No obstante, consumida por la realidad inmediata, le resultaba muy doloroso pensar en aferrarse al recuerdo. Wheels nuevamente había encontrado la forma de hacer que se doblegara, obligándola a aceptar su voluntad. Una vez más se había convertido en su verdugo y en el dueño de su destino. Una espada de Damocles yacía sobre su cuerpo, una sombría y pérfida ilusión por conseguir la felicidad se esfumaba con tanta facilidad como partículas al viento.

Tumbada en su cama, miraba el techo despojada de toda esperanza; su mente sólo guardaba un rostro y una boca suntuosa y gallarda que le había dado los más dulces besos y a la que añoraba más de la cuenta, aunque se exhortaba a despreciarla por haber sido capaz de besar otros labios.

Llamaron a su dormitorio y el pomo de la puerta se movió. Alexa asomó su rubia cabellera, sorprendiéndola y alejándola de sus tormentos. Olivia se incorporó en la cama para recibir a su amiga; verla era siempre motivo de alegría, pues con ella se sentía acompañada.

La rubia le explicó que acudía a rescatarla de la soledad, sin embargo Oli, que ese día estaba muy desanimada, la escuchó con agobio. El buen humor de su amiga siempre se le contagiaba, pero esa vez no lograba seducirla, ya que el abatimiento y el derrotismo se habían instalado en ella. Estaba segura de que ni las miles de ocurrencias de su querida amiga y aliada podrían mitigar su pena.

—Venga, Olivia, vamos, salgamos de este mausoleo.

—No tengo ganas.

—Pediremos comida y nos repantigaremos en el diván de la galería, para recordar viejos tiempos y oír música. ¿Qué te parece? ¿No es una buena idea?

—Estoy harta de vivir de recuerdos.

—Bueno, hoy recordamos y mañana dejas de hacerlo.

—Prefiero que sea hoy mismo. Te digo que no tengo ganas.

—¿Justo hoy se te ocurre dejarlos atrás? No seas aguafiestas, te he venido a buscar. Salgamos de esta jaula y construyamos juntas un momento que sirva para olvidarte de todos los problemas.

Costó convencerla pero finalmente lo hizo, Alexa era muy pertinaz.

Había pasado una hora. Noah esperaba dentro del coche impaciente, mirando su reloj a cada rato, cuando por fin sonó su móvil con un mensaje de Alexa:

Prepárate, estamos saliendo para allá.

Gracias.

Las amigas, finalmente, entraron en la galería.

—Ve al altillo y pon música, yo mientras iré a la oficina a pedir comida por teléfono.

En cuanto Olivia desapareció en la escalera, Alexa salió por la puerta trasera para dejar entrar a Noah.

—Dame las llaves de tu coche y llévate el mío. Cuando Olivia se vaya con el guardaespaldas sales tú, y que ella te indique cómo poner la alarma.

—Gracias.

—Ve y arregla el desaguisado, espero no arrepentirme de lo que estoy haciendo.

En cuanto terminaron de hablar Alexa se marchó.

Olivia sintió pasos en la escalera, y supuso que se trataba de Alexa. Puso *Unconditionally*,* de Katy Perry, y se quedó delante del equipo de música seleccionando más canciones.

—¿Qué has pedido para comer? Yo no tengo mucho apetito.

Olivia habló en voz muy alta para escapar de la amargura que la canción le producía, se dio la vuelta y al hacerlo no se encontró con su amiga. El cambio la dejó de una pieza y sin reacción: ahí estaba él, recorriéndola con la vista.

Se saborearon con la mirada.

Estaba ligeramente recostado contra el marco de la puerta, su cabeza despreocupada colgaba hacia un lado, en un claro gesto seductor. Apoyado con las piernas cruzadas, estaba sexy, tenía el cabello algo despeinado y vestía una camisa blanca con rayas azules y corbata roja. Llevaba su arma en la cintura, junto a la placa que lo identificaba como detective, y de abrigo lucía la chaqueta azul del traje y un sobretodo de cachemir negro.

Le dedicó una mirada lobuna y una sonrisa que hizo que el corazón de Olivia trepidara. Su interior ardió, pues el deseo que ese hombre le produjo le envolvió en llamas y se estremeció. De pronto se sintió débil, sintió cómo el deseo abrazador la traicionaba, y aun en contra de lo que ansiaba expresar sólo pensaba en echarse en sus brazos y cobijarse en su pecho. El deseo era brutal, pues ella sabía muy bien lo que sentía cuando la abrazaba.

Se amonestó por pensar así, se reprendió por su debilidad y se exigió imaginarlo en la cama con aquella mujer cuyo rostro no había visto pero sí su desnudez. Recrear esa escena finalmente tuvo el efecto esperado: la hizo escapar de su ensoñación y la devolvió a la realidad, y la verdad era que eso la enfurecía, le hacía añicos el corazón. Sintió llagas en el pecho, y su cuerpo se encontró traspasado por una lanza dolosa que no pedía permiso y que se enterraba en su carne, anidándose muy hondo en sus sentimientos.

—¿Qué haces tú aquí?

Le pareció que sonaba sin convicción, aunque se empeñó en mostrarse fuerte. Olivia se sintió débil frente a él, había querido manifestarse de forma iracunda y expresar su enojo, pero su cuerpo la traicionaba frente a ese hombre que la desarmaba; aun así, rebuscó en su interior fatigado y abatido y se aventuró a mostrarse soberbia y enojada, ansió lograrlo y no desfallecer en el intento.

—He traído comida y vino para que cenemos. —Le enseñó la bolsa con las provisiones.

—No pienso compartir nada contigo. ¿Dónde está Alexa? ¡Me va a oír!

—Se ha ido, estamos tan sólo tú y yo.

«Tú y yo —repetió ella en su cabeza—. Nunca más seremos tú y yo, lo nuestro no tiene futuro, quizá nunca lo tuvo.»

—Necesito que hablemos —continuó Noah muy tranquilo.

—Si tienes alguna novedad en tus investigaciones, con una llamada habría sido suficiente.

Noah dejó las cosas que cargaba apoyadas sobre la encimera, se deshizo de su abrigo quedándose en camisa y también se despojó del arma y la placa. No hizo caso al estúpido comentario esquivo que ella había hecho. Mientras ella lo seguía con la mirada, se volvió para verla. Olivia supo al instante que si permanecía allí, su cuerpo traicionero se vería expuesto al anhelo que Noah le ocasionaba. Cogió su bolso e intentó salir, dando un paso para irse, pero Miller la detuvo tomándola por la muñeca.

—No te irás, no lo permitiré, debemos hablar.

—Tú y yo no tenemos nada de lo que hablar. Es más, incluso puedes dejar esa maldita investigación, que nos conducirá a todos a la muerte.

Noah la miró con firmeza, clavando sus ojos de color café en ella.

—¿Ahora me estás pidiendo que sea cómplice de un delito?

—No. —Se mostró rotunda—. Tan sólo te estoy pidiendo que te alejes de mi vida.

La cogió por la cintura y la atrajo con furia hacia él, sintiéndola temblar de deseo en sus brazos. Dispuesto a no dejarla escapar, marcó territorio con su aliento, depositándolo en su rostro. Le indicó con su respiración entrecortada cuánto anhelo le producía su cercanía. Olivia cerró los ojos, no podía sostenerle la mirada.

—Eres una mentirosa. Me deseas tanto como yo a ti.

Olivia levantó los brazos e intentó apartarlo, pero Noah empleó toda su fuerza y no se lo permitió, acometió contra ella y permaneció pegado a su cuerpo, acorralándola contra la puerta. Olivia sintió su erección apoyada en su estómago, palpó sus ansias por poseerla y creyó arder en su propio infierno.

Miller, embrujado, hundió el rostro en su cuello y la deseó, se impregnó de su aroma, y maravillado siguió aspirándola mientras sus fosas nasales aleteaban de necesidad y pasión.

—Te necesito —le musitó anhelante—, te echo de menos —ratificó con una voz cargada de erotismo y calor.

—No es cierto, ya me has sustituido en tu cama. Parecía muy relajada la pelirroja que dormía a tu lado, es obvio que te esmeraste por dejarla en ese estado.

—Por Dios, ¿cómo puedes pensar eso?

—Porque lo vi con mis propios ojos.

—Me habías apartado de tu vida. —Al tiempo que le lamía el cuello, Noah abrió con la pierna las de ella para frotarse contra su pelvis. Le sostenía los brazos sobre la cabeza, y con la otra mano le apretaba las nalgas—. Cuando entré en la fiesta —le hablaba entre lametazos y jadeos—, cuando lo comprendí todo, te aborrecí por regresar con él. Luego tú dejaste que pusiera su inmunda mano en tu cadera —le mordió el cuello y le oprimió con más fuerza las nalgas—, y después me diste a entender que lo elegías a él. Exploté, me sentí traicionado, me habías mentido todo el tiempo.

—Tú también me has dicho muchas mentiras, me has llevado a Austin engañada, me has hecho creer otra cosa, tampoco has sido sincero. —Volvio a querer apartarlo, pero él se empecinó más en su agarre.

—Es diferente, sólo omití detalles de mi posición económica. —Ella esquivaba su boca, él intentaba sin éxito encontrarla mientras le hablaba—. Tú, en cambio —le mordió el hombro—, ni siquiera me habías dicho tu verdadero nombre, y yo me sentí el hombre más estúpido del mundo. En ese momento me sentí usado.

Golpeó la puerta con el puño mientras expulsaba todo el aliento contenido por la nariz. Olivia se sobresaltó.

—No te asustes, jamás te haría daño. —Le acarició la cara.

Quiso besarla nuevamente, pero Olivia siguió resistiéndose a él. Forcejearon, y Noah buscó su boca con determinación; no iba a claudicar porque la deseaba, ansiaba probarla con desmesura.

Su dulce aspecto no concordaba con lo aguerrida que estaba siendo, pero Miller se mostraba soberbio, aventurado a conseguir lo que anhelaba, y no pensaba ceder. Hipnotizada por su sola presencia, Olivia miró el brillo acerbo de sus ojos, que dejaba al descubierto su altivez, una altivez que la subyugaba porque tras ella encontraba el deseo vivo que despertaba en él. Maravillada por notar ese fuego, extasiada por sentir lo mismo, decidió dejar de luchar contra lo que ambos anhelaban, tímidamente entreabrió la boca y le dio paso, él la cogió por la nuca y arremetió con coraje en su cavidad, hizo bailotear su lengua enredándola con la de ella mientras impulsaba jadeos incontinentes, que se perdían confundiendo sus alientos, ansiaba demostrarle el poder que tenían sus besos.

Olivia no quería ceder, pero ya lo había hecho; odiaba perdonarlo tan pronto, pero no lograba resistirse, aborrecía sentirse sin dignidad como se sentía y que no le importase que él se hubiera desfogado con otra, por ira, por venganza o por lo que fuera. Estaba claro que su cuerpo, en brazos de Noah, se resistía a actuar con criterio, se volvía insensato, imprudente, disparatado, y sólo se dejaba llevar por el deseo y el atrevimiento. Se apartaron agitados, se miraron a los ojos, y sus miradas llameantes e indecentes no lograban abandonarse. Entonces un cariz de virtud se apoderó de su cuerpo y Olivia lo apartó.

—¡Me has defraudado, Noah! —le gritó colérica, con la sola intención de no sucumbir ante él—. No puedo quitar de mi mente la imagen de ella durmiendo a tu lado, fui a explicártelo todo y me encontré con...

—¡¡¡Putá mierda!!!! No significó nada, tan sólo me desahogué. Me mentiste, me habías mentido durante semanas, me sentía el más estúpido, el más idiota de todos. Habías vuelto con él y era en lo único que pensaba, en querer olvidarte, en quitarte de mis pensamientos y de mis sentimientos... Tuviste miles de momentos para explicármelo todo y no lo hiciste.

—¡No tienes derecho a reprochármelo! —le gritó ella.

—¡Oh, sí, por supuesto que tengo todo el derecho! —Él gritó mucho más— Tú me lo otorgaste. Después de todo lo que me usaste, te atreves a decirme que no tengo derecho. Me dijiste que tu cuerpo había renacido a mi lado, me dijiste que te habías vuelto a sentir mujer con mis caricias, ¿o debo creer que en eso también me has mentido?

—Yo no te usé.

—¿Ah, no? Demuéstrame entonces, demuéstrame que no he sido sólo un salvoconducto para ti, demuéstrame que lo que me has dicho es cierto.

—¡Como si te importase! ¡Como si tú sí hubieras sentido algo por mí!

—Tienes razón, no lo sentí: no hables en pasado porque mis sentimientos hacia ti no se han acabado.

—Mentira, mientes, eres un embaucador, me sedujiste, me enamoraste y luego ante el primer tropiezo te desfogaste con la primera que se te cruzó; no es cierto que me lleves en tu corazón.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Te olvidas de lo que me dijiste? Me revelaste que lo preferías, Olivia, y hasta me resulta extraño llamarte por tu nombre.

—¡Todo lo hice para protegerte! —Gritó más fuerte liberando su enfado—. ¿No te has dado cuenta? Yo sabía que Murray estaba metido en cosas raras, siempre me golpeaba si pensaba que escuchaba tras las puertas. No quería inmiscuirte porque sabía que no te detendrás hasta descubrirlo todo, no podría soportar que te pasara algo, él es peligroso, lo hice por tu seguridad, mi amor...

Rota de dolor, se puso a llorar, se deslizó por la puerta arrastrando la espalda y se quedó en cuclillas. Se agarraba la cabeza con las manos y se la veía desesperada.

—Tendrias que haber confiado en mí, yo sé cómo hacerlo caer, tengo los medios y estoy entrenado para eso. Sólo quiero protegerte, quiero ser el que te cuida, el que te haga sentir segura, quiero hacerte feliz. Me dolió mucho que no confiaras en mí, después de todo lo que habíamos compartido no me parecía justo tu engaño.

Noah se acuclilló frente a ella, y con su mano la cogió por el mentón haciendo que lo mirase, barrió sus lágrimas con los dedos y le acarició el rostro. Luego la agarró de las axilas y la urgió para que se pusiera en pie, recibéndola en el cobijo de sus brazos y en el de su pecho mientras ella continuaba llorando sin consuelo. Oli se sintió tan necesitada de ese contacto que levantó los brazos y se aferró a su cuello, se cobijó en él y se dejó impregnar de su olor y del calor de su cuerpo. Lloró un rato, mientras las lágrimas parecían purgar sus pesares se dejó guarecer en su abrazo y se animó a sentir su protección.

Las lágrimas de pronto cesaron, y una intensa necesidad de sentirse suya se apoderó de ella, un cosquilleo le atravesó el vientre y se instaló a la altura de su ombligo. Entonces se apartó, buscando su mirada; él era suyo, así había sido y quería que siguiese siéndolo; sin reprimir su instinto lo besó, fue ella esta vez la que se apoderó vehementemente de sus labios, enredó los dedos en su nuca y lo apresó con una llama viva de ansiedad y posesión. Miller, por supuesto, no se negó a lo que sus labios le demandaban, la recibió con la boca y la lengua, la palpó sediento y la acarició con anhelo. Sus manos se transformaron en caricias desmesuradas, que no tardaron en levantar su falda, se aferró a su trasero y lo sobó, lo estrujó hundiendo los dedos en su carne, quería hacerle entender que le pertenecía, que su piel sedosa y tersa, era sólo suya. No pensaba, tan sólo actuaba conforme a sus deseos, liberó una mano de sus nalgas para levantarle la camisa, se metió presuroso bajo la prenda y le acarició los senos, los apretó con desesperación, quería imprimir su huella en una de las partes que ansiaba de su cuerpo, no había duda de su anhelo, quería dejar su pesada huella en Olivia.

Desquiciado, poseso, restregaba su erección en el vientre de ella demostrándole lo empalmado que estaba. Ambos respiraban escondiendo los jadeos en sus bocas, estaban ansiosos, desbocados. Incontinentes, se lanzaron a sentir y a avivar lo que sus cuerpos les reclamaban.

Noah le arrancó las bragas, se las hizo trizas y ella, invadida por la misma urgencia, le llevó las manos a la bragueta para despojarlo de su pantalón, que bajó junto con los bóxer, consiguiendo así liberar su tiesa erección. La sostuvo entre sus manos mientras él acariciaba su hendidura. Entonces Olivia experimentó una indómita necesidad, un agujón se clavó en el centro de su sexo y sus fluidos brotaron preparándola para recibirlo.

Miller la aferró de las caderas y ella trepó por su cuerpo, él la guio sobre su miembro y se introdujo en ella invadiéndola por completo. Olivia enredó las piernas en su cintura y se aferró con fuerza de su nuca, y él la penetró sin cansancio, acometió dentro de ella invadiéndola con su carne. Sobre pasados, emitieron gemidos que ninguno de los dos pudo controlar. Noah la atizó con su tieso miembro mientras la sostenía con la espalda pegada a la puerta.

Transformados en un vaivén de sensaciones, en un bamboleo de hostigamientos enrevesados, chocaron sus pelvis hasta que una sensación de placer los invadió; en el preciso momento en que alcanzaron el clímax, clamaron, gritaron sus nombres, se mordieron lujuriosos al tiempo que consiguieron el éxtasis. Olivia permaneció aferrada a su cuello, y Miller, sin aliento y con las piernas temblorosas, continuó imperturbable aguantando su peso, la bajó lentamente y se agachó hasta ponerse a su

altura, permaneciendo en su interior.

—Te amo —le dijo casi sin respiración—. Ahora lo sé, te amo y este sentimiento que nace de mi interior lo curará todo y alejará el mal que nos rodea, porque es tan grande y poderoso que será suficiente para preservarnos a ambos.

—Yo también te amo, no hay nada que ansie más que permanecer así contigo, nunca fui tan feliz como lo soy en tus brazos.

No podía seguir negando lo que su cuerpo gritaba: ese hombre era el único que sosegaba su desdicha, el que la hacía estremecer de pasión, el que la hacía sentir viva. Amaba el volcán que desataba en su interior con sólo mirarla, sus manos en su cuerpo eran la calma, la sanación a todas sus congajas.

Se apartaron, pero la necesidad que sentían el uno por la otra los volvió a invadir, se besaron, y todo volvió a comenzar porque la erección de Noah cobró vida nuevamente.

Confuso por el ardor irresistible que su proximidad le producía, apenas alcanzaba a comprender que esa mujer era su centro, que sólo ella podía hacerlo vibrar y dejarlo indefenso, al punto de sentir que su voluntad se revitalizaba sólo con su cuerpo.

Noah la sostuvo de la mano, la miró tempestuoso y la condujo hasta el diván, donde se deshicieron de sus prendas y se recostaron para amarse sin prisas y gozarse sin apremios, indagando en sus bocas y resiguiendo cada músculo y cada curva con caricias anhelantes, besándose en cada milímetro, recorriendo con sus lenguas la piel y los sexos del otro. Miller la cubrió con el peso de su cuerpo mientras ella le ofrecía el centro de su universo, recibéndolo gustosa; lo absorbió con su vagina y él la penetró sin descanso, la poseyó sin urgencia, hasta que ambos sintieron que alcanzaban el orgasmo ansiado.

Cansados, permanecieron recostados en el diván de estilo francés, enfrentados con sus cuerpos desnudos.

—¿Tienes frío? —preguntó Noah mientras recorría las curvas de la cadera de Olivia con sus largos dedos, observando cómo se estremecía.

—Un poquito. —Olivia señaló un armario con su cabeza—. Ahí tiene que haber alguna manta.

Hizo un amago para levantarse pero él no se lo permitió, la aferró de la cintura y le besó la nariz.

—Voy yo.

Tras conseguir un cobertor para arroparse, se tumbó nuevamente a su lado y permanecieron un largo rato admirándose, con las piernas entrelazadas y acariciándose los rostros en silencio. Noah la tenía cobijada contra su pecho y le pasaba la mano por la espalda, palpando toda su piel.

—Quiero sacarte cuanto antes de esa casa, no soporto pensar que él está bajo tu mismo techo. —La miró sin disimular sus celos—. ¿Dónde duermes?

Olivia le acarició el entrecejo.

—No debes preocuparte, no comparto la habitación con él. He impuesto mis reglas, y si él está en casa siempre me encierro.

Noah le acarició la mejilla, en su pómulos aún había vestigios del golpe que había recibido; lo observó con el ceño fruncido y ensimismado.

—Me cobraré cada uno de sus golpes, ten por seguro que se arrepentirá de todos ellos, me rogará clemencia, te lo prometo.

—Chist, no pienses, no malgastemos el tiempo pensando en eso, mejor imaginemos lo felices que seremos cuando por fin podamos estar juntos.

—Voy a protegerte siempre, si es necesario hasta con mi vida.

—No digas eso, porque no quiero tu vida a costa de la mía, sólo te quiero a mi lado, sólo ansío ser feliz contigo. ¿Te he dicho que me encantan tus labios? —le dijo mientras los reseguía—, los he extrañado tanto.

Noah le depositó un beso en la yema de sus dedos.

—¿Por qué te golpeó? ¿Qué excusa puso para hacerlo? Quiero saber de qué vil excusa se valió el muy hijo de...

—Me descubrió cuando llegaba de tu casa la noche de la fiesta. —Noah intensificó el abrazo y cerró los ojos con fuerza, apretó las mandíbulas y pafó como un caballo salvaje—. No te agobies, cuando salí de la casa lo oí con su amante, encerrados en el despacho, se lo hice saber y lo amenacé con que si me volvía a tocar desataría un escándalo. Me amenazó otra vez con las fotos de Brian, pero no me amedrentó, no es tonto, le dije que si lo hacía iba a terminar con su carrera y que eso implicaba que no volviera a golpearme ni a tocarme. Por supuesto que no voy a arriesgarme, pero eso él no lo sabe con certeza. Tú me das fuerza para enfrentarme a él.

—No me fío, no es una persona para fiarse, no tires de la cuerda, por favor. Prométeme que te cuidarás, que te preservarás para mí.

—Te lo prometo, no hay nada que desee más.

Hicieron una pausa y se alimentaron de sus miradas.

—¿Por qué no me dijiste que eras dueño de una fortuna tan cuantiosa? ¿No confiabas en mí, acaso me crees una cazafortunas? ¿Por qué trabajas como detective si tienes una empresa tan importante?

—¿Cuántas preguntas! —Noah dio un suspiro y frunció los labios—. No se trata de eso, cómo puedes pensarlo, es una parte de mi vida que odio y que tiene que ver con mi padre biológico. —Ella notó cómo se tensaba.

—Sí no quieres hablar de eso no te preocupes, puedo entenderlo.

—Basta de secretos, no quiero que existan más secretos entre tú y yo. —Hizo una pausa y prosiguió—. Como te he contado, mi padre abandonó a mi madre cuando quedó embarazada y siempre renegó de mí. Pero cuando enfermó empezó a buscarnos hasta que finalmente dio con nosotros. Estaba agonizando cuando pidió vernos, y mi madre fue, yo no. —Hizo un gesto que no demostraba arrepentimiento—. Él le pidió perdón y le dijo que haría lo que debería haber hecho, protegerme económicamente. Pero a mí eso no me sirve, para qué quiero su dinero si nunca fui merecedor de su cariño. Mi madre le facilitó los medios para que realizara una prueba de ADN, le dio un cepillo de dientes, cabellos míos, en fin, lo hicieron todo a mis espaldas. Quise rechazar la herencia, pero si no la aceptaba pasaba a manos de mi madre y ella no iba a rechazarla, pues quería que todo pasase a mis manos, como él ambicionaba y como según él me correspondía, ya que soy su único descendiente. Entonces, mi madre y Brian se empecinaron tanto que finalmente me convencieron para que la aceptara. Nunca he tocado un céntimo de esa herencia, jamás he usado ningún bien de los que he heredado, tan sólo dispongo del dinero suficiente para que mi madre tenga todo lo que necesita, pero para mí no quiero nada.

—Lo siento.

—Me costó mucho ir a La Soledad. Allí fue donde mis padres se conocieron, donde me concibieron y donde mi padre echó a mi madre como a un perro cuando se enteró de que iba a tener un hijo. Pero cuando fuimos sólo me importó verte feliz a ti; sabía que era un lugar donde te sentirías en paz y por eso no lo dudé, además, sé que estás acostumbrada a vivir con comodidades; si es por ti, porque nada te falte, estoy dispuesto aparcarme mi orgullo.

—Me siento tan egoísta, intenté tantas veces sincerarme, pero... tenía miedo de que todo se acabase; por momentos sentía que viviendo otra vida nada de lo que me había ocurrido sería cierto. Me engañé a mí misma y fui muy injusta contigo. De todas formas quiero que sepas que a mí los lujos no me importan, lo único que deseo es tenerte a ti a mi lado.

—Basta, no te apenes más, estamos juntos ahora y nada importa. Saldremos adelante, verás que encontraremos una solución.

—¿De qué conoces a mi hermano? Aún no puedo creerlo.

—Éramos compañeros, antes de ser detective trabajé como modelo.

—¿De verdad? —Él asintió con la cabeza—. Te buscaré en revistas. Entonces, ese día que nos encontramos en la puerta de su apartamento venías de estar con él. ¿Brian era el amigo que había bebido? —Noah asintió con la cabeza—. Nunca lo imaginé.

—Yo tampoco me imaginé nunca que podías tener que ver con él.

—Estuve a punto de llamar a su timbre ese día, y justo cuando me arrepentí apareciste tú. Me asusté y por eso te mentí con mi nombre. —Noah le besó la nariz—. Lo siento tanto, quiero que entiendas que el poder de Wheels me hizo actuar como lo hice, aunque también es cierto que tú me diste toda la confianza y...

—Basta. Dejemos eso atrás, volvamos a comenzar.

—¿Has podido averiguar algo de las fotos?

—Estoy haciendo mi trabajo, pero prefiero que no lo sepas. No quiero que te mezclen en nada, así que mientras menos conozcas mejor.

—Durante el viaje anterior de Murray busqué como loca los originales de las fotos, pero no los encontré.

—No te arriesgues, Olivia. Llegado el momento conseguiremos una orden de registro; no levantes sospechas, necesitamos pescarlo desprevenido.

—Tiene una caja fuerte en su despacho, pero no la he podido abrir porque le cambió la clave.

—No intentes más locuras. Dime sólo una cosa: ¿usa tarjetas de crédito?

—No. Hace algunos años que dejó de hacerlo, ¿por qué?

—Porque no he encontrado estados de sus cuentas.

—Incluso me quitó las mías también. Hace años que me obliga a manejarme con efectivo, aunque yo sólo gasto lo de la galería. ¿Por qué crees que lo hace?

—Tengo una teoría, pero prefiero no decírtela.

—Quiero saberla, Noah por favor. —Lo miró seriamente—. Hemos dicho que no más mentiras.

—Creo que blanquea dinero, y como no puede justificar su entrada de capital no recurre a transacciones bancarias, pues su estándar de vida se contradice con su sueldo.

—Y lo que entregó Brian en su nombre, ¿qué será?, ¿tienes idea?

—Brian dice que no sabe lo que era, que cuando el infeliz le pidió el favor le dijo que era la documentación de unas encuestas y unas proyecciones de campaña, y que insistió en que lo entregase en mano a esa persona; el sobre parecía contener papeles, pero estaba cerrado. Le dijo que tenía una agenda complicada y no podía viajar, y como se había enterado de que Brian iba a una producción de fotos le pidió si podía hacerle el favor. Para darle el sobre lo citó a almorzar en Delmonico's; veré si allí hay cámaras que lo muestren entregándole ese sobre, aunque ésa no sería una prueba muy buena.

»Usó como excusa hablar de tu cumpleaños y terminó pidiéndole eso, también le dijo que no quería mandar las cosas con otra persona, porque en una campaña era muy fácil que se vendiese la información, le hizo creer que no confiaba en nadie más que en él. Mira, Brian será cualquier cosa, pero le creo, me contó varias veces la historia y siempre de la misma manera, dice no haber visto nunca el contenido de ese sobre y que el tipo se presentó a él con otro nombre, Murray le hizo creer que se llamaba Rafael Hernández. Es obvio que todo fue premeditado para someterte.

—¿Tú crees que entregará esas fotos?

—A decir verdad, no, salvo que él quede en evidencia; entonces sí, tal vez sería capaz de usarlas para dañarlo y vengarse de ti. Pero no te preocupes, encontraremos la forma de probar que Brian no tiene nada que ver y que ha sido utilizado.

—¿Qué hay de esa mujer que estaba contigo, quién era?

—Nadie de importancia, alguien que conocí ese día y nunca más veré. Te juro que no debes preocuparte por ella, quiero que te olvides de eso, por favor. Confía en mí y prométeme que no te arriesgarás más. —Noah cambió de tema a propósito, para obligarla a pensar en otra cosa.

Olivia rodó sobre su cuerpo y quedó encima de él.

—Confío en ti. Pero así como me has pedido que yo no me arriesgara, yo te pido lo mismo.

—Si me lo pides, así, de esta forma, ¿cómo negarme? —La agarró de las nalgas y se metió un seno en la boca, la pasión entre ellos volvió a desbordarse y de nuevo hicieron el amor.

Exhaustos tras otro orgasmo aniquilador, Olivia cogió la muñeca de Noah y miró la hora.

—Debo irme.

—No quiero, no.

—Tampoco quiero, pero debo hacerlo, afuera está Dylan esperándome.

—Dios, ¿cuándo volveré a verte?

—No lo sé, a Murray no le gusta que me vea demasiado con Alexa. Pero puedo salir esquivando las cámaras.

—No quiero que lo hagas, no quiero que te expongas. Aunque me muera por verte, prométeme que no harás nada de eso.

—Te llamaré.

—Yo también.

La lluvia arreciaba en Manhattan, el amanecer lo había sorprendido con un aguacero que parecía eterno. El otoño, bien entrado en la ciudad, se caracterizaba por el rojo cerúleo y por el amarillo oro de los árboles en los parques, que proveían a los que los transitaban una vista casi de postal.

Era una fría tarde, y el clima la hacía aún más inhóspita. Olivia pensó que era ideal para quedarse en el estudio, bebiendo litros de café y pintando mientras oía una selección de música de Leona Lewis. La tentación era grande, ya que por esos días disfrutaba de la soledad de la casa mientras Wheels estaba en Washington desde hacía dos semanas. Pero aunque era un plan muy tentador, desistió de esa premisa porque realmente disfrutaba de su actividad de los jueves.

A eso de las dos de la tarde, Olivia llegó asistida por Dylan a la catedral de San Juan el Divino en el número 1047 de la avenida Ámsterdam, sede del arzobispado de la iglesiaiscopal de Nueva York. El guardaespaldas estacionó el coche, retiró varios paquetes del maletero y ayudó a Olivia a bajar. La cubrió con un amplio paraguas para resguardarla de la lluvia y se encargó de acarrear las provisiones que cada semana llevaban al lugar.

Tras atravesar el colosal pórtico de bronce, llamado el Portal del Paraíso, Olivia Moore ingresó en la catedral anglicana más grande del mundo, según el libro Guinness. Como cada vez que entraba en la nave de la iglesia, no pudo dejar de maravillarse por el espectáculo de luces que se proyectaba en el interior a través del rosetón, compuesto por más de diez mil piezas de cristales de colores; la artista que anidaba en Olivia la llevaba a maravillarse y a sentirse subyugada por el espectáculo. Se santiguó, y aunque lo conocía casi de memoria, admiró una vez más la arquitectura y el arte del lugar.

Dylan, mientras tanto, se dedicó a dejar los suministros para el comedor comunitario que funcionaba los domingos, ese fin de semana además tocaba la ya tradicional revisión de VIH que se llevaba a cabo una vez al mes, así que también se encargó de dejar el material para que se ejecutasen las pruebas de detección y prevención. Por su parte, Oli también colaboraba en el programa de la diócesis Carpenter's Kids o Niños del Carpintero, que ayudaba a los huérfanos del VIH/sida en Tanzania. Ella era, entre otras cosas, la encargada de obtener fondos de contribuciones dirigidas a la Congregación de San Salvador, en la que el objetivo principal de la misión era asegurar que cada Kid Carpenter recibiera un uniforme, un par de zapatos y útiles escolares adecuados para que pudieran asistir a la escuela primaria. Con esos fondos también se les proporcionaba el desayuno en los días lectivos. Además, Olivia colaboraba en eventos especiales como la Feria de Artesanía, que se lleva a cabo en diciembre, y ya estaban empezando a hacer planes. La única parte que odiaba de la obra en la que colaboraba con abnegación era que Murray la usase para beneficio propio, aunque de no ser así el senador jamás la dejaría acercarse y mezclarse con la pobreza.

—Muchas gracias, Dylan, me quedaré un rato rezando y luego iré a ver a los niños, al reverendo y a las voluntarias. Si lo necesito para algo lo llamaré.

—Estaré en el coche esperándola, señora.

Olivia se quitó los guantes, se desabrochó el abrigo de lanilla que llevaba puesto y se encaminó a paso seguro por la nave central, donde encendió una vela votiva. Luego se dirigió al deambulatorio, situado detrás del coro, caminando de puntillas para que sus tacones no retumbaran. Pasó por la capilla del trabajo, levantada en honor a los bomberos y especialmente a los caídos en los atentados del 11 de septiembre de 2001; junto a la escultura conmemorativa dejó una pequeña ofrenda floral. Después de elevar una plegaria por esos héroes se dirigió a la capilla dedicada a san Marcos, donde se erige el Monumento Nacional del SIDA; allí se arrodilló en el reclinatorio y elevó en silencio una oración por todos los enfermos.

Como si de un hábito seguido al pie de la letra se tratase, se levantó y se encaminó hacia el arco de Pearl Harbor. Al llegar dirigió la mirada hacia el oeste para admirar la luz natural que entraba por las ventanas de la nave y que creaba, casi de manera dramática, un tono crepuscular muy azulado, se impregnó y disfrutó con las sensaciones. Luego anduvo hasta el cruce y admiró desde ahí el ábside y el coro, y finalmente llegó al altar mayor, se arrodilló en un reclinatorio y oró durante un largo rato:

«Dios misericordioso, te pido piedad, soy tan sólo una pobre pecadora que hoy viene en busca de tu perdón. Transito por esta vida en búsqueda de paz y vengo a rogarte para que me ayudes a encontrarla en el camino que has designado para mí. Sé que no me abandonarás, sé que siempre estarás para protegerme, en ti confío.

»Cuando me desposé con Murray prometí que lo sería hasta que la muerte nos separe, pero tú más que nadie sabes que si sigo a su lado eso ocurrirá muy pronto. Temo por mi vida, creo que el Maligno se ha apoderado de él. Mi cuerpo, mi mente y mi voluntad han soportado mucho, pero he llegado a un punto en que ya no puedo hacerlo más.

»Te suplico clemencia, ya que su alma se ha tornado oscura. Dios, Señor mío, él también forma parte de tu rebaño, te lo pido por él en el nombre del amor que una vez nos tuvimos.

»Protégenos del mal, que se empeña en caer sobre mi familia y mis afectos, te pido que intercedas para librarnos de él.

»Ilumina mi camino y permíteme transitarlo junto al hombre que hoy amo. Noah, con sus atenciones, se ha adueñado de mi corazón herido, y lo está sanando de las heridas que ha recibido. Permíteme ser feliz a su lado, bendice nuestro amor con tu misericordia. Gracias, Dios mío».

Rogó con infinita fe y sintió que su Dios la había escuchado. Se puso en pie y se hizo la señal de la cruz.

Estaba tan concentrada en su rezo que no lo había advertido, pero Noah Miller estaba allí. Sabía que asistiría y la había esperado, siguiéndola en silencio con mucha cautela y gran disimulo.

A decir verdad él no era un creyente fervoroso, pero estar ahí había potenciado su ánimo:

«Dios, la amo, dame fuerzas para protegerla, dame vida para hacerla feliz y sabiduría para alejarla del mal que la amenaza». Desde una distancia prudencial había probado una súplica desmesurada.

Olivia se puso de pie, y se dirigió hacia la capilla de san Salvador, donde frente al altar, y notablemente emocionada, también elevó una plegaria. De pronto percibió que alguien se situaba a su lado, pero no le prestó demasiada atención, ya que intuyó que se trataba de otro fiel, así que siguió elevando su ruego. En ese mismo instante una mano cogió la suya y sobresaltada miró a ver quién era. Casi se muere de la emoción cuando comprobó que Noah la sujetaba, habría querido lanzarse a sus brazos pero se contuvo:

—Mi amor, nos pueden ver. —Miró rápidamente hacia los lados y temió no contener las ansias de abrazarlo mucho más.

—Lo siento, sé que ha sido una imprudencia, pero aunque creí que podría limitarme a admirarte y a permanecer alejado de ti, me ha sido imposible conseguirlo.

En unos pocos segundos la arrastró tras una columna y la besó con desespero. Le quitó el aliento con el beso y él también perdió el suyo. Se separaron, ella reprimió una sonrisa.

—Estás loco, pero me encanta tu locura.

—Sí, por tu culpa perderé la razón.

La estrechó nuevamente contra él y volvió a besarla. Se apartó a regañadientes, sólo porque un viso de cordura de pronto lo invadió, haciéndolo caer en la cuenta de dónde estaban.

—Te extraño, Noah, te necesito mucho. —El tono de su voz dejó salir toda su amargura.

—Yo también, no te imaginas cuánto. —Noah la abrazó con fuerza hasta casi comprimirle los pulmones, no quería dejarla ir. Se miraron a los ojos, y aunque sabían que era una imprudencia estar allí de esa forma, no lograban separarse.

—Vuélveme a besar —le rogó ella.

Un caos de pensamientos se aglomeraban en sus mentes, un tropel de frases pugnaban por salir en aquel momento, pero ambos sabían que no era sensato tomarse más tiempo. Separaron sus labios, tras engullirse una vez más con desesperación.

—Ve, vete a hacer lo que sea que hayas venido a hacer, porque si continúo teniéndote así de cerca, te cargaré sobre mi hombro, te sacaré de aquí y te meteré en el coche, donde te desnudaré y te haré el amor.

—Detective Miller, creo que eso que ha dicho es más que tentador. No me ha convencido para que me vaya, en realidad lo que anhelo es sólo eso y nada más que eso que me acaba de proponer.

—No me tientes, Olivia, te juro que es lo que en este momento más deseo. —Apoyó la frente en la de ella, temiendo la respuesta a lo que le iba a preguntar—. ¿Ha regresado?

—Aún no, sigue en Washington. Un besito más, sólo un beso más y me voy. —Noah la complació, el placer de ella era también el suyo.

No obstante, aunque ella sabía que debía irse, no pudo resistirse a la tentación de robarle otro beso más.

—Eres mortífera, vas a matarme de anhelo. Perversa, vete ya de una vez.

—Adiós, mi amor, gracias por la hermosa sorpresa. Y no estés intranquilo, te prometo que sabré cuidarme.

Marchó a paso seguro mientras se tocaba los labios y sonreía extasiada; miles de mariposas bullían aleteando en su estómago y una necesidad la envolvía haciéndola arder de deseo. Pugnaba en sus sentimientos la lógica de actuar con cuidado ante la desmesura que ese hombre le provocaba. Por un momento fantaseó con darse la vuelta y buscarlo para admirarlo una última vez, pensó si era prudente, pero entonces se dijo que nada de lo que allí acababa de ocurrir había sido prudente. Aplacó sus ansias y se volvió para buscarlo, pero no lo halló. ¿Acaso había sido un sueño? Ella sabía que no lo era porque aún sentía el fragor de sus besos y la caricia de su lengua.

Debía concentrarse en lo que había ido a hacer a la catedral, pero después de aquellos besos a escondidas le iba a costar un esfuerzo.

Había sido un día agotador por muchas razones, odiaba el papeleo en la comisaría y había tenido que lidiar con él, ya que se habían hecho varias detenciones en las que había participado. Eso, sumado a su ánimo sombrío después de haber visto a Olivia por la tarde, lo había puesto de muy mal humor, hasta el punto de agarrarle cada uno de los músculos.

Llegó a su casa y, tras ponerse ropa cómoda, se internó en el gimnasio para descargar su ira en las máquinas de ejercicio. Su rostro era un claro espejo de su interior atormentado y sus ojos centelleaban furiosos. Hizo acopio de toda su ira y con cada esfuerzo descargó su aliento, gruñendo como una fiera salvaje. Finalmente, cuando advirtió que sus músculos estaban demasiado sobrecargados, y antes de hacerse daño, salió de allí, corroído por la furia que amenazaba con no abandonarlo. Se internó en el baño e intentó relajarse bajo el chorro de agua, procurando que la ducha calmara al animal que llevaba dentro. Noah cerró los ojos mientras apoyaba las manos sobre las baldosas de la pared y bajó la cabeza, permitiendo que el agua le cayera con fuerza en la nuca. Soltó un alarido para deshacerse de su rabia, se sentía impotente, pero era necesario que recobrara la calma, necesitaba focalizar y encauzar sus prioridades.

Debía alejar sus tormentos, pero saber que Olivia permanecía en esa casa y que en cualquier momento Wheels podía regresar lo sacaba de quicio. Se obligó a serenarse, trazó una guía mental para centrarse en los siguientes pasos que daría, necesitaba idear un plan para no alejarse de su objetivo. Murray Wheels se había convertido en su obsesión y necesitaba acorralarlo con pruebas irrefutables, acabar con él, era en lo único que pensaba y no hallaba la paz.

Tras otro rato bajo el agua, salió de la ducha y cogió una esponjosa toalla con la que se secó enérgicamente. Fue hacia el vestidor, buscó unos bóxer y se los puso junto con unos vaqueros que no se preocupó de abrochar, quedándose con el torso al desnudo. Fue a la cocina para prepararse la cena, abrió el congelador y miró las cajas de alimentos congelados que se acumulaban allí, decidiéndose por una que contenía arroz con pollo frito. Dispuso un wok sobre el fuego, vertió un chorro de aceite y echó el contenido de la bolsa para cocinar los ingredientes mientras revolvió continuamente; algo fácil para una persona que se consideraba una nulidad en materia culinaria. Cuando supuso que todo estaba cocido pero crujiente, se sirvió la ración en un plato, llenó un vaso con zumo de naranja y se sentó a la mesa baja del salón ante su portátil.

Mientras comía, se preparaba para abrir el archivo encriptado que contenía la información que estaba reuniendo de Wheels y Montoya. Estaba estancado en la investigación y eso lo tenía de muy mal humor. Leía y releía los datos que había obtenido, pero no lograba combinarlos.

El timbre sonó y lo sobresaltó, pues no esperaba a nadie. Sorbió del vaso, se limpió la boca y se dirigió rápidamente al portero automático. Al saber quién se anunciaba cerró los ojos con un claro fastidio, pero aun así la dejó pasar. Fue rápidamente a ponerse una camiseta y con las prisas olvidó cerrar el archivo del ordenador. Llamaron a la puerta, su visitante ya estaba allí.

En cuanto abrió, Eva lo sorprendió tomando su boca por asalto, por lo que Noah, sin mostrarse grosero, intentó rehuir sus labios. La detective se lo quedó mirando mientras intentaba entender la causa de su rechazo. No había considerado esa posibilidad mientras iba al apartamento de Miller; si bien desde la noche en que habían estado juntos no habían tenido más contacto que el del trabajo, ella suponía que todo estaba claro y que ambos estaban dispuestos a satisfacer las necesidades del otro. Pero era cierto también que la noche en que intimaron pasó algo que Eva no llegó a adivinar; aún recordaba a Noah empapado, y no sabía cómo encajar ese detalle, no lograba desentrañar lo que había sucedido mientras ella dormía.

—Adelante.

Cuando Eva entró hizo uso de su vista de lince e indagó rápidamente la estancia, un hábito adquirido por su profesión que sólo le llevó unos pocos segundos. No obstante, Noah también era muy perspicaz y tenía el mismo hábito que ella, así que se percató de inmediato en cómo ella fijaba la vista en el ordenador y probó a distraerla ofreciéndole algo para beber, artimaña que funcionó porque la hizo darse la vuelta. La distrajo con una charla locuaz, mientras Noah descorchaba y servía una copa de vino blanco para cada uno. Tras algunos minutos el ordenador entró en modo de reposo y la pantalla finalmente dejó de mostrar el documento que Noah tenía abierto.

—Creo que he interrumpido tu cena —dijo la detective mientras miraba hacia la mesa baja.

—¿Has cenado tú? —preguntó Noah.

Ella negó con la cabeza; en aquel momento Miller cogió la caja de congelados que aún descansaba sobre la encimera y se la enseñó.

—¿Te gusta el arroz con pollo frito?

—¿Cocinarás tú?

—Prometo no envenenarte. —Ambos rieron y Eva asintió.

Noah se puso a preparar la comida y a remover sin parar. La detective Gonzales se acercó peligrosamente y tras meter la mano bajo la camiseta de Miller le acarició la cintura y los abdominales. Él se tensó.

—Creo que hoy no tengo un buen día —le dijo excusándose.

De pronto, el ruido de la llave en la puerta hizo que prestaran atención y se apartaran de inmediato. La puerta se abrió y Olivia entró en el apartamento. Allí se encontró con la mirada de Noah y Eva. Se frenó en seco.

—Hola —saludó evidenciando una gran timidez.

Se quedó sorprendida y recordó rápidamente a Eva como la mujer que lo acompañaba aquel día en la tienda; de inmediato se preguntó qué hacía allí con él, en una actitud tan cotidiana. Recordó también a la pelirroja que dormía junto a Noah y una punzada en su estómago se instaló como una daga.

—Eh, ¡qué sorpresa!

Noah intentó demostrarle que nada era como lo estaba imaginando. Retiró el wok del fuego y salió a su encuentro, la besó inocentemente en los labios y la cogió de la mano.

—Alexa —él le hizo un guiño cómplice que ella comprendió de inmediato, le estaba pidiendo que fingiera—, te presento a la detective Gonzales, mi compañera.

Olivia intentó tranquilizarse, esa mujer no podía ser la que estaba con Noah aquella noche. Maldijo el estupor que había sentido ese día, puesto que le había impedido fijarse con detenimiento.

«Qué cínico, ahora soy la detective Gonzales. Vaya, vaya, Miller, ya entiendo el porqué de tu rechazo.»

Eva estiró la mano, a la vez que salía de la isla de la cocina.

—Encantada, Alexa, soy Eva.

—Lo mismo digo, es un placer conocerte.

—Estábamos a punto de cenar, ¿te apuntas? —dijo Noah.

Las dos mujeres, se miraban con desconfianza y estudiándose, ninguna se preocupaba en disimular. Finalmente Olivia aceptó la invitación.

—¿Me ayudas con la mesa?

Noah le quitó el bolso de la mano, lo dejó apoyado sobre el sofá y aprovechó para cerrar el portátil.

—¡Vamos a comer arroz con pollo frito, Eva acaba de llegar —se apresuró a explicar.

—¿Te echo una mano con la preparación? —Olivia se ofreció al ver la caja de congelados.

—Juro que con los congelados puedo, no temáis. —Los tres rieron—. Si hace falta pedimos comida por teléfono.

Finalmente Olivia se animó, no creía posible que Noah se hubiera podido acostar con su compañera. Se deshizo de sus pensamientos contradictorios, prefería creer que no era ella. Muy suelta y familiarizada con los espacios de la casa, se encargó de preparar la mesa del comedor. Eva permaneció atenta a todos los movimientos, la seguía con la mirada aunque también colaboraba, calculaba la familiaridad que había entre ellos y se sintió molesta, pero intentó ocultar sus sentimientos.

Mientras tanto, Noah observaba desde la cocina el ir y venir de las mujeres, intentando dilucidar lo que Eva tramaba y comenzó a sentirse incómodo. Era un momento desconcertante; si bien Eva y él tenían claro que lo ocurrido entre ellos sólo había sido un desahogo, por cómo Gonzales miraba a Olivia podía casi afirmar que estaba fastidiada. Pensó que era probable que muy pronto comenzara a hacer preguntas y ese pensamiento lo hizo derivar en la certeza de que no estaba dispuesto a que su compañera indagase demasiado en la vida de Olivia.

Por su parte, le pareció que Oli se mostraba tranquila cuando pasaba junto a él o le esquivaba buscando los utensilios, batía las pestañas y le dedicaba una mirada pícaro que lo ponía a mil y le arrancaba escalofríos del cuerpo. Era consciente de que haber encontrado ahí a Eva la había descolocado, e imaginaba con seguridad que estaría tejiendo una y mil conjeturas en su cabeza; además, el modo altanero que había demostrado al tomar las riendas del asunto era una clara evidencia de que estaba marcando su territorio. Le gustó ese sentido de la posesión que ella marcaba sobre él, así que admiró que se sintiera así.

Se sentaron a cenar. Mientras intentaban entablar una conversación, Eva quiso dejar claro el entendimiento que había entre ellos y comenzó a referir anécdotas vividas en el trabajo. Al principio a Olivia la fascinó, pues conocer esa faceta del Noah profesional la llenó de orgullo, pero muy pronto la situación comenzó a hacer mella en ella, ya que no le gustó ver la camaradería que había entre ellos. Eva también hablaba de su familia y de lo bien que él les había caído, y no escatimó en hacer alarde de lo fascinados que estaban con el detective. Olivia se mantuvo al margen, prefirió permanecer callada mientras intentaba concentrarse en el alimento y sabía disimular muy bien, tal como siempre hacía cuando estaba junto a Murray. De pronto se le hizo un nudo en el estómago y las lágrimas pugnaron por desbordarse de los ojos, revolvió la comida en el plato y comenzó a odiar el momento: si algo no quería era sentirse con Noah como se sentía junto a Murray; entonces se dio cuenta de que había dejado de prestar atención a lo que Noah y Eva comentaban como simple mecanismo de defensa, pues los celos la estaban corroyendo por dentro.

La detective, que por supuesto era muy perspicaz, se sintió triunfante: había logrado lo que se había propuesto, captar la atención de Miller y relegar a un segundo plano a la muñequita de colección que tenía sentada a su lado. No obstante, aunque Noah había accedido a ese juego para dejar fuera de posibles interrogatorios a Olivia, se percató de la apatía de ésta y, dándole ánimos, le pasó la mano sobre el hombro, y haciendo circulitos en él le habló:

—¿No te gusta la comida?

—Está riquísima —contestó ella llevándose un bocado a la boca.

Él le guiñó un ojo y continuó comiendo. Con un simple y grácil ademán trasladó la mano hacia su nuca, y la detuvo en esa zona, donde le prodigó unas caricias turbadoras que le demostraban que Eva y él podían ser camaradas en la profesión, pero con ella era diferente. Hechizada por el contacto permanente de su mano, se amonestó por haber tenido de pronto esos celos estúpidos que no había podido controlar y se reconfortó en la caricia, en el placer de ese ir y venir que esos dedos le brindaban con sólo rozar la base de su cuello.

Eva sintió que no podría disimular mucho más y temió estallar en ira y ponerse a hacer reproches, pero entonces se obligó a entender que no tenía derecho: ellos habían tenido sexo bueno, irrefrenable y lujurioso, pero sexo sin compromisos. Cerró los ojos y tragó saliva, esperando que no se hubieran percatado de su debilidad. En aquel instante se disculpó y se levantó para dirigirse al baño. Al quedarse sola se sintió peor aún, pues cuando pasó por el dormitorio de Noah y miró la cama no pudo evitar recordar los momentos vividos con él; envidió y odió a Olivia por tener toda su atención. Se apoyó sobre el lavabo con las palmas de las manos, se contempló con fijeza en el espejo, hizo acopio de autocontrol e inspiró y espiró varias veces.

En Washington, Murray estaba metido en la cama, revisando unos discursos que debía dar en unos días, cuando su móvil sonó. De inmediato se puso alerta, era una llamada en la línea que se relacionaba con sus actividades privadas. Fijó los ojos en la pantalla y tras constatar de quién se trataba, atendió:

—¿Qué sucede?

—¿Cuándo vuelves?

—¿Qué necesitas, para qué me quieres en Nueva York?

—Yo no te necesito para nada, simplemente te advierto de que creo que tu mujercita sigue burlándose de ti. Adivina con quién se ha visto hoy.

Wheels apretó el puño y casi destrozó el aparato. La respiración se le había acelerado y aunque no contestaba, su ira era plausible y manifiesta al otro lado de la línea.

—¿Qué pasa? ¿Te has quedado mudo? Necesitas que te lo diga con todas las letras para convencerte de que no estás siendo muy sagaz con tu mujer. —Su interlocutor largó una carcajada—. La paloma vuela del nido en cuanto el palomo se aleja. —Continuó riéndose.

—No te pases... imagino que al menos ya sabrás de quién se trata.

—Eso te lo sigo debiendo, pero muy pronto lo averiguaré. No deberías estar tranquilo, alguien podría verlos y en un plis tu carrera se esfumaría. ¿Te has puesto a pensar qué escandaloso sería?

—Ocupate de averiguar la identidad de ése o pagaré a alguien más eficiente para que lo haga. Últimamente todos los trabajos los haces a medias o tardas una eternidad, ¿acaso estás perdiendo tu tacto?

—Tranquilízate, pronto lo conseguiré.

—Te estás volviendo ineficaz.

Murray cortó contrariado. Nadie hasta el momento había podido ser más sagaz que él para meterse por el ojo de una aguja en su escalada al poder, y no iba a ser precisamente Olivia la que estropease sus planes.

«Zorra infeliz, parece que no entiendes que las cosas se hacen como yo digo. Ahora comprendo tu repentino envalentonamiento...

»Parece que las fotos de tu hermanito no han sido suficiente para que entiendas quién manda. —Se rio con sorna—. Tendré que explicártelo mejor, y te aseguro que lo que estoy pensando no te gustará. Siempre he sabido que no tenías muchas luces, pero ahora me doy cuenta de que no tienes ninguna. Lo que te espera, mi adorada esposa... lo que te espera.»

Partió un lápiz que tenía en la mano.

—No sabía que tenías una relación tan estrecha con tu compañera, que por cierto es muy bonita y... pelirroja.

Noah sabía muy bien por qué decía lo de pelirroja, pero hizo caso omiso al comentario. La miró enarcando las cejas.

—Eva y yo nos llevamos bien y nos entendemos de maravilla en el trabajo. También es cierto que es una mujer atractiva y conozco a su familia, pero no mantengo un contacto permanente con ellos, creo que lo que ha contado ha sido un poco exagerado.

—¿Y cuál es el motivo para que exagerara?

—Ninguno, es que ella se expresa así. —Intentó no darle importancia y Olivia lo miró ladeando su cabeza.

—Es pelirroja.

—¿Y qué?

—No te hagas el tonto, que no te pega.

—Eva es mi compañera —le ratificó para que no le quedaran dudas.

—Eso espero. —Noah le robó un beso—. No veo la hora de que se vaya.

—¿Tienes prisa?

—Mucha, quiero tenerte solamente para mí, pero además debo regresar.

—Luego hablaremos de eso, creí haberte pedido que no salieras.

—Y después de verte hoy por la tarde, ¿cómo pensabas que me iba a controlar? Eres el único culpable.

Eva Gonzales, tras refrescarse la cara y dominarse, se reunió con ellos nuevamente e interrumpió la conversación que mantenían. Al salir notó una vez más la complicidad entre ambos, por lo que volvió a fastidiarse.

—¿Tomamos café? —sugirió el detective.

—Sí —contestó Eva. Sabía muy bien que eso fastidiaría a Olivia.

Las mujeres se sentaron en el salón mientras Noah preparaba el café.

—Alexa, ¿podrías recoger la mesa, por favor?

Se sentaron los tres a charlar y el tiempo de las preguntas finalmente no se pudo obviar.

—¿A qué te dedicas, Alexa?

—Soy administrativa en una empresa exportadora.

Noah festejó la respuesta, su chica era muy lista.

Eva siguió indagando sin tregua y Olivia contestaba con seguridad, como si realmente estuviese dando respuestas fidedignas.

—¿Y cómo os conocisteis?

—Nos presentó una amiga común —se adelantó Noah sin desvelar absolutamente nada—. Por cierto, ¿por qué no dejas tu papel de detective por unos segundos?

—Sabes que me cuesta, no quería incomodarte, Alexa.

—No lo has hecho, no te preocupes.

—Me alegra saberlo. Noah, mi madre y mi padre me han dicho que les encantaría que un domingo compartieras un almuerzo con la familia.

—Desde luego, será un placer. Ya lo organizaremos.

Siguieron charlando de tonterías sin importancia. Terminaron de beber el café y Eva anunció que se marchaba.

—Ha sido muy agradable conocerte, Alexa.

—Lo mismo digo.

—Adiós, compañero, tres es multitud.

«Ya era hora de que te dieras cuenta», se dijo Olivia.

Definitivamente Eva no le había caído bien, y ella siempre era muy perceptiva con las personas, la vida le había enseñado a serlo.

Miller y Gonzales se encaminaron hacia la salida. Olivia, sin disimulo alguno, no les quitó el ojo de encima, había algo en esa mujer que la inquietaba, y además la había descubierto reparando en la boca de Noah con denodado apetito. Él decía que sólo era su compañera, pero era pelirroja y eso la tenía verdaderamente inquieta. En ese instante, mientras luchaba con sus conjeturas, no le gustó ver cómo lo cogía innecesariamente por la cintura para despedirse, pero no pensaba hacer ningún comentario, simplemente no iba a ponerse a su altura. Por su parte, Noah mantuvo la distancia y le ofreció la mejilla rápidamente para despedirse.

—Gracias por la cena y la buena compañía, aunque la imaginaba de otra forma —le dijo la detective entre dientes, y Noah ensayó una mirada fría—. Tranquilo, desde aquí no puede oírme.

El decidió no contestarle, tan sólo la miró amonestándola por la acotación innecesaria.

Miller entró, se acercó al sofá desde atrás y por encima del respaldo, volcando su cuerpo sobre éste, hizo que Olivia reclinara la cabeza y le apresó los labios, que primero lamió y luego los sorbió con los suyos. Se apartó y le dijo:

—Eres muy desobediente, te dije que no debías salir de casa; ¿por qué te has arriesgado?

No le permitió que contestara, con arrebató volvió a apresar sus labios, el éxtasis que le provocaba saborearlos era mayor que su enfado, y los cogió deseoso de mucho más. Olivia, anhelante por disfrutar de ellos, le dio paso en su boca y gozó de su mullida y candorosa lengua, que hurgaba, viraba y circulaba por toda su cavidad. Se separaron casi sin aliento, las fosas nasales del detective aleteaban mientras intentaba serenarse, y Olivia respiraba también con una agitación manifiesta. Para Noah pensar en detenerse parecía imposible, ya que la urgencia de hacerla suya, de poseerla, de amarla, era irrefrenable. Él era consciente de su deseo mordaz y no dejaba de sorprenderse, cada día se hacía más difícil desistir de tenerla. Oí, demostrándole la urgencia que ella también sentía, comenzó a despojarse de la ropa, primero el jersey de hilo que llevaba puesto, luego el calzado y finalmente los pantalones. Noah la miraba con verdadero anhelo mientras, decidido a obtener lo que ambos ansiaban, le quitó la camiseta y la dejó caer sin más. Caminó con rapidez, dio la vuelta y se quedó frente a ella, pero antes, con el mando a distancia, puso música. *How Blue Can You Get** empezó a sonar.

Tomándola de una mano, la invitó a que se pusiera en pie y la incitó a que con sus manos le acariciara el pecho. Oli sintió como si sus palmas se hubiesen posado en una hoguera, y supo que ésa era la hoguera en la que quería quemarse, la de su corazón, que retumbaba ensordecedor en su mano. Tomando el control, Miller la asió de los hombros y le chupó el cuello, reptó con la lengua hasta apoderarse con los labios del lóbulo de su oreja, luego abandonó esa parte y con la lengua le practicó círculos en el pabellón auricular, recorriendo hábilmente los pliegues y haciéndola estremecer de lujuria.

—Te pedí que no salieras de la casa, te pedí que no te expusieras —la regañó entre lametones.

—Necesitaba verte —le contestó Olivia jadeando.

—Me has visto esta tarde.

No podía detener sus lamidas.

—¿Acaso pretendías que después de los besos que me diste en la catedral me conformaría?

—Tienes que hacerme caso, tenemos que ser prudentes porque así no funcionan las cosas.

—No quiero ser prudente, quiero tenerte, poseerte y que me poseas, quiero que me hagas vibrar y me hagas tuya una y otra y otra vez. —Le clavaba las uñas en la espalda mientras le hablaba entre gemidos. Noah la miró tomando su rostro y le mordió los labios—. Para mí éste es el funcionamiento perfecto.

—Así no puedo protegerte, estamos dejándonos llevar por la pasión.

—Te deseo...

—Yo también...

—Hazme tuya entonces —le ordenó, dedicándole una mirada oscura.

Estaba tan deseosa que ni ella misma se reconoció en el tono en que le habló, su voz salía entrecortada por la urgencia y era un tono muy pasional el que utilizaba. Noah volvió sobre su cuello y nuevamente a su oreja, y en aquel momento Olivia experimentó un cosquilleo que se instaló en su vientre y culminó en su vagina; sus fluidos se desbordaron pringándole la ropa interior.

Con impaciencia, llevó las manos hasta la cremallera de los vaqueros de Noah y lo acarició por encima de la tela, ansiosa por comprobar lo duro que estaba. Lo acarició con movimientos ascendentes y descendentes, provocándole gemidos que él no pudo contener, resopló y se frotó en ella. Él llevo sus grandes y expertas manos a la ondulación de sus pechos, los acogió, disfrutando de cómo rebasaban en ellas, y enardecido por las caricias que Olivia le practicaba en su tieso sexo, los apretó con fuerza, arrancándole un quejido audible. Se preocupó por saber si le había causado dolor e intentó alejar las manos, pero entonces, sorprendiéndolo, ella le dijo:

—No pares, me gusta.

El instinto rudimentario de ambos se despertaba con ansias, él necesitaba saber que era el dueño de su cuerpo y de sus sensaciones, y ella necesitaba saber que le pertenecía.

El detective bajó las manos hasta las nalgas, se las separó mientras las acariciaba, y Olivia con destreza le bajó el cierre y sacó su pene, claramente envarado por el momento.

Ahogaban los gemidos con los besos mientras se despojaban de toda la ropa; Noah la sentó en el sofá, le hizo que apoyara los pies en el borde y se metió entre sus

muslos para disfrutar de su humedad. La consumió con la lengua, la hizo gritar, jadear, arquearse, la sostenía de las caderas mientras con su boca bebía de ella, era casi una tortura.

—Noah, voy a correrme si no paras.

—Hazlo, déjame probarte, déjame hacerlo, te deseo íntegra.

Ella arqueó la espalda y arremolinándole el pelo mientras oprimía su cabeza contra su sexo, se entregó a la exaltación del placer y sucumbió a su afanosa lengua, que la hizo sentirse delirante, ardiente y lasciva.

Cuando sintió que ella llegaba al orgasmo, él acompañó el momento introduciendo también los dedos. La urgencia se apoderó de Miller, tiró de sus caderas y la manejó a su antojo, le hizo que bajara las piernas y le indicó que no las cerrara para poder meterse en el hueco entre ellas. Dejó su trasero en la orilla del sillón y con su jugosa boca buscó sus labios, hablándole sobre ellos:

—Tienes el sabor más refinado que he probado en toda mi vida.

Cogió su pene y lo dirigió a su entrada, lo enterró en ella, invadiéndola con su carne, y comenzó un lento vaivén de sus caderas. Estaba arrodillado y se movía dándole suaves embestidas, hasta que ella le pidió al oído:

—Más, quiero sentirte más hondo.

Sus palabras volvieron a despertar su lado animal y entonces, despojándose de todo miramiento, se hundió en ella con profundas y brutales estocadas.

—¿Así es como me quieres? —Ella se quejaba—. Contesta, ¿así es como me quieres? Esto es lo que te mereces por haberte expuesto, ahora voy a castigarte muy fuerte para que no lo olvides.

—No temas, Dylan está esperando en la entrada de Clio, he salido por detrás.

—¿Estás loca? ¿Por qué no me lo has dicho antes? Te habría pedido un taxi, mira todo lo que estás tardando.

No dejaba de castigarla con su sexo mientras le hablaba, cada vez la penetraba con más fuerza.

—¿Y dejarte aquí con ésa? —Ella le mordió el labio con brusquedad y Miller se enterró en ella con más furia—. Además he venido a buscar esto, y no me iba a ir sin ello.

Noah salió de ella, la cogió por la cintura y la acomodó a lo largo del sillón, tumbándose sobre su torso y volviendo a penetrarla. Olivia enredó las piernas en su cintura y él, agarrándola por las nalgas, se introdujo en ella una y otra... y otra... y otra... y otra... y miles de veces más, hasta que ambos consiguieron lo que necesitaban para saciar sus ansias.

Gritaron, se entregaron al placer ensordecedor que les abría las entrañas y que hacía que les temblaran las extremidades, el corazón, el alma.

Extenuados, consumidos por la fogosidad que se había desatado entre ellos, él, sin salir de su cuerpo, le acarició el contorno de la cara y le besó los lunares. Habló con dificultad mientras tomaba bocanadas de aire:

—Oli, cuando todo esto pase seremos más que felices.

—Yo también quiero hacerte muy feliz. Quiero ser cada uno de tus sueños.

Se calmaron, fueron al baño a limpiarse y se vistieron. Estaban listos para salir.

—¿Dónde te ha dejado el taxi?

—He hecho que me dejara en la calle de atrás.

—Eres muy lista. —La besó y le mordisqueó con mimo los labios antes de salir del apartamento—. Y una imprudente que no hace más que ponerse en peligro: has caminado sola, con todos los peligros que la noche acarrea. Que sea la última vez que lo haces.

La miró indicándole que estaba hablando muy en serio. Bajaron en el ascensor mientras Miller continuaba con la reprimenda.

—Si me hubieras avisado habría ido a esperarte.

—Como si hubieras podido, ¿acaso ya no recuerdas a tu visita?

—La habría despachado.

—¿Lo habrías hecho?

—Por supuesto. —La miró con fijeza— Por ti puedo alejarme de la vida de muchos, si la recompensa es que tú continúes en la mía.

Salieron a la calle y se separaron, pero antes de salir, se dieron un último beso de despedida y él aprovechó para impartirle la última recomendación.

—Avisame en cuanto llegues.

—Lo prometo.

Noah salió primero con un abrigo con capucha. Se detuvo a unos cuantos metros fingiendo atarse los cordones y esperó que Olivia lo adelantara. Luego comenzó a caminar detrás de ella, a una distancia prudente para que no pudieran relacionarlos, recorrieron unas cuantas calles, ella se montó en un taxi y se marchó.

Un nuevo preludio del amanecer daba paso a un nuevo día, y eso indicaba que la mañana llegaba acompañada de nuevas oportunidades, así lo sintió Olivia cuando se despertó. Noah era su nueva oportunidad, su meta, su advenimiento, su único camino. Se sintió reconfortada al recordar el ímpetu con que se habían amado, aún no había abierto los ojos. Remoloneando se removía en la cama mientras advertía el dolor en su pelvis por los fuertes embistes de Miller. Lo que había pasado entre ellos había sido maravilloso, rudo, lujurioso, habían rozado la obscenidad, no habían evitado gritar y expresar el placer; estaba casi segura de que los vecinos de Noah los habían oído, la música no había podido amortiguar su lujuria. Sonrió y lentamente abrió los ojos.

Casi se muere de un paro cardíaco cuando vio a Murray sentado en el sillón que estaba al otro extremo de la habitación.

Se incorporó en la cama y echó un vistazo hacia la puerta, estaba segura de que la había dejado con cerrojo. Temblaba sin parar, veía el hielo en su mirada y sabía que no presagiaba nada bueno.

—¿Cómo has entrado? ¿Qué quieres? ¡Vete de aquí!

Él no le contestó, seguía mirándola amenazadoramente y Olivia no podía contener el susto. Wheels se levantó con total parsimonia y se quedó de pie a un lado de la cama; su mirada ahora era mortecina, casi espeluznante.

—¿Dónde estuviste anoche?

—En Clio con Alexa, cenando y viendo películas hasta tarde y colocando algunas obras de las que ha traído Ed.

Él movió la cabeza, incrédulo por la facilidad con la que ella mentía. Descontracturó el cuello y aflojó el nudo de su corbata, luego comenzó a arremangarse la camisa.

—Vete, quiero cambiarme.

—¡¡Mentirosa!!

Wheels cogió impulso y le rasgó la carne con la bofetada que le cruzó la cara.

El golpe fue preciso y demoledor, le cortó el pómulo y el dolor en la carne la asoló. A sabiendas de que esta vez no podría detenerlo, Oli intentó escabullirse de su furia y probó a encerrarse en el baño, pero Murray, con rapidez, la agarró por el tobillo arrastrándola por encima de la cama. Olivia intentó luchar, intentó defenderse, pero él estaba tan furioso que todos sus esfuerzos fueron totalmente en vano; le atizaba golpes con las manos abiertas, con los puños cerrados, despiadadamente y sin tregua, hasta el punto de casi dejarle la cara desfigurada. Parecía que gozaba viendo el cambio de color en su piel, parecía que la sangre que brotaba de sus labios y de su nariz lo complacían, porque entonces, con un nuevo ímpetu, le atizaba otro golpe para que la magulladura se hiciera más intensa.

La precipitó al suelo arrastrándola sobre la cama; su cuerpo y su cabeza dieron contra el suelo y comenzó a patearla. En un intento por frenar una de las patadas, Olivia puso su pequeña y frágil mano para protegerse y sintió un ruido seco, notó un fuerte dolor en uno de los dedos de la mano y supo que se lo había roto.

Wheels le pegó hasta que se cansó de hacerlo; Olivia se quejaba en el suelo. Él cogió de ella lo que quiso y como quiso.

—Vuelvo a irme de viaje —le informó airado mientras se alejaba—. Como se te ocurra poner un pie fuera de esta casa juro que te enviaré la cabeza de tu hermano de regalo, y no quiero aquí a la golfa de tu amiga, porque también me las cobrará con ella. Espero que ahora hayas entendido que las cosas se hacen a mi modo, zorra.

Hizo un último comentario burlón mientras ella estaba tirada en el suelo. Poco después, Murray se marchó dando un portazo.

Quería encauzar sus pensamientos, ya que no estaba dispuesta a dejarse vencer, no iba a hacerlo, se dijo que él no iba a salirse con la suya. Se miró la mano y efectivamente no podía sostener el dedo anular de la mano derecha. Se arrastró por el suelo y con muchísimo esfuerzo se puso en pie. Aferrada al picaporte, mientras la apnea se manifestaba de forma importante en ella, se cerró la bata y salió al pasillo, donde la encontró Cliff. Apiadándose por una vez, la sostuvo por las axilas y la devolvió al dormitorio.

—Necesito un médico, me falta el aire, no puedo respirar.

—Sabe, señora, que no puedo hacer eso.

—Me asfixio, Cliff, por favor —le rogó mientras él la tumbaba en la cama, le acomodó varias almohadas y la dejó casi sentada.

—Pida ayuda por sus medios, estoy solo en la casa porque Dylan ha ido por un encargo y tardará. Anahí ha salido a hacer compras, yo me encargo de desconectar las cámaras.

—Necesito un médico, me falta el aire, no puedo respirar.

—Sabe, señora, que no puedo hacer eso.

—Me asfixio, Cliff, por favor —le rogó mientras él la tumbaba en la cama, le acomodó varias almohadas y la dejó casi sentada.

—Pida ayuda por sus medios, estoy solo en la casa porque Dylan ha ido por un encargo y tardará. Anahí ha salido a hacer compras, yo me encargo de desconectar las cámaras.

Sonó el móvil de Noah.

—Hola, mi amor, qué bien oírte por la mañana.

—No puedo respirar —le indicó casi sin aliento, el esfuerzo que hacía para hablar era titánico—. Necesito un médico, me ha pegado mucho, pero no vengas, creo que ha descubierto lo nuestro.

—Mierda, mierda. —Se agarró la cabeza, salió despedido hacia el garaje—. Voy a matarlo, lo voy a matar, te lo juro, voy para allá, por favor, dime qué te ha hecho. Estás en la casa, ¿verdad?

—Estoy en casa, pero déjame hablar. —Se le cortaba la respiración, sus esfuerzos por expresarse eran inmensos—. Cliff me ha dicho que apagará las cámaras para que me atienda un médico. Pero tú no vengas, te lo ruego, envía a alguien que no tengo mucho tiempo, luego el mayordomo tendrá que volver a encender las cámaras. Si tú vienes perderemos la posibilidad de atraparlo, y no quiero que se salga con la suya.

—No voy a hacer eso, se acabó Olivia, te voy a buscar yo mismo, no voy a permitir que pases un día más en esa casa, verás como ya arreglaremos lo de Brian de otra forma.

—Necesito un médico, por favor, me ahogo. —Noah creyó que enloquecería, mientras la escuchaba casi desfalleciendo—. Tenemos que atraparlo, esto no cambia nuestros planes. No hagas que me arrepienta de haberte llamado, me pediste que confiara en ti y lo estoy haciendo, se enseñará con mi familia si me voy, por favor.

Estaba realmente demasiado ahogada, así que Miller comprendió que no era bueno seguir discutiendo, no quería continuar perturbándola, la oía muy mal y se le cortaba la respiración, así que decidió hacer lo que ella le pedía para no alterarla más, estaba muy asustado por ella, y lo primero era proporcionarle asistencia.

Colgó la comunicación y llamó a su hermana, le pasó la dirección de la galería, la de la entrada trasera y le contó grosso modo la situación, rogándole que fuera hacia allá lo antes posible. Luego llamó a Alexa.

—El hijo de puta ha vuelto a golpearla, hay que ir a por ella, la oía muy mal, respiraba con mucha dificultad.

—¿Qué?

—Lo que te digo, sólo me ha dicho que le ha pegado mucho, pero se niega a que vaya yo y no quiero angustiarla más, ¿Edmond está contigo?

—Sí, está aquí.

—Perfecto, tú quédate ahí, que mi hermana es médica y está en camino para asistirle; pasaré a por Ed. Sólo espero tener fuerzas para no irrumpir en esa casa y sacarla yo mismo.

Se metió en el coche y salió escopetado de la comisaría de policía. En el camino llamó al capitán y se inventó que su madre había sufrido un accidente.

—Ve tranquilo, mantenme informado de cómo está.

Transcurridos unos escasos minutos recibió una llamada de Eva, pero no la atendió.

Avanzaba por las calles y el tránsito parecía engullirlo, conducía a ciegas. Cuando llegó, Edmond lo esperaba en su coche, así que se cambió de vehículo y en el

camino llamaron al móvil de Olivia para indicarle que Ed estaba muy cerca. Después de discutir con Edmond porque la desesperación casi le hizo renunciar a la promesa que le había hecho a Olivia, remitió sus ansias de ir a su rescate y se bajó en la esquina contraria al tráfico. Edmond siguió hasta la entrada trasera y Noah tecleó el número de Ed en el móvil, indicándole que dejara la llamada abierta para poder escuchar y salir en su ayuda en caso de que algo pasara.

Como bien había dicho Cliff, había apagado las cámaras y le había facilitado una toalla y hielo a Olivia para que se la colocara en el ojo, que ya se le había comenzado a cerrar por los golpes. La pobre caminó con dificultad hasta salir por la puerta trasera; Edmond no tenía manera de entrar porque Murray había cambiado las cerraduras, así que sólo le restaba esperarla, ansioso. Al verla asomarse por el quicio se apresuró a sostenerla; tenía muy mal aspecto, así que con premura se encargó de meterla en el coche, horrorizado por el estado en que la encontró, pero todo era tan apremiante que no intercambiaron palabras, pues lo único urgente era salir de ahí cuanto antes. La sentó en la parte trasera, porque tumbada le costaba aún más respirar.

—Ya la tengo conmigo, Noah —lo avisó claro y fuerte para que éste escuchara por el móvil.

Edmond detuvo el coche en la esquina y Noah se subió, atendiendo a Olivia de inmediato.

—Tranquila, ya estás a salvo —le dijo mientras le estudiaba las laceraciones.

Cogió la toalla que llevaba y le taponó las heridas con ella. Habría querido abrazarla, pero era imposible hacerlo por la cantidad de golpes que presentaba, la apnea que exhibía era importante. Olivia, agotada, lo oía a lo lejos. Miller le cogió la mano y notó lo azul de sus uñas, temió que tuviese un pulmón perforado porque ella no hablaba, sólo se quejaba y lo miraba a los ojos sin aliento.

—Sáltate todos los semáforos, Ed, y me encargo de eso luego —indicó Miller.

La contemplaba en silencio mientras le acariciaba la frente, que era uno de los pocos lugares donde no tenía golpes; el resto del rostro estaba destrozado. Tenía una corte profuso en el labio, y otro en el pómulo, la nariz aún le sangraba y el ojo derecho ya no podía abrirlo.

Noah se sentía impotente, quería matarlo con sus propias manos, pero ahora lo único urgente era asistir a Olivia.

Llegaron a la galería, el detective la bajó en sus brazos y Alexa comenzó a llorar en cuanto la vio entrar. Agitó las manos y maldijo, porque el estado en que se encontraba Olivia era calamitoso.

—Ay, amiguita querida, no es justo que te pase esto —exclamó mientras Ed la abrazaba y ella se mordía el puño.

Nacary ya estaba ahí aguardándolos, había ido con un equipo de oxígeno y rayos X portátil, pues suponía que necesitarían hacerle placas; al verla, creyó que no iba ser posible asistirle allí y que tendría que trasladarla al hospital. Noah la recostó sobre el diván.

—Vamos, cariño, aguanta, sé que esta posición es incómoda, pero debo hacerte una exploración minuciosa —indicó Nacary en tono cariñoso.

Cogió unas tijeras y le cortó la ropa para buscar en su piel signos que le indicasen si tenía alguna hemorragia interna. Por suerte no identificó ninguna señal: Olivia en todo momento mantenía la conciencia e intentaba colaborar.

—Noah, ayúdame a sentarla para revisar los signos en su espalda. Esto dolerá —la avisó la médica, y comprimió con las manos las zonas intercostales, haciendo una ligera presión, para identificar el lugar de una posible fractura—. Tose, por favor. —Olivia se quejó de que le dolía el lado derecho—. Respira hondo ahora. —Volvió a notar dolor en ese lado.

Le hizo unas placas para identificar la fractura y comprobar la existencia de otras lesiones intratorácicas asociadas. Por suerte, no había hemo, ni neumotórax, tampoco se observaba ninguna contusión pulmonar de consideración.

—Tranquila, teniendo en cuenta la cantidad de golpes que has recibido es increíble que no tengas nada considerable. Son sólo golpes superficiales, salvo la quinta y la novena costilla, que sí están fracturadas.

—¿Seguro que no tiene nada interno? Su cuerpo es un puro hematoma. —Miller quiso cerciorarse.

—Calma, por favor, milagrosamente todo está bien. —Le estrechó la mano, y Olivia se quejó de dolor, entonces Nacary se dio cuenta de que tenía una fractura en el dedo anular de la mano derecha—. Te inyectaré analgésicos para intentar normalizar tu dificultad para respirar, que se debe al dolor que te causa la fractura. No es otra cosa, tranquila, es importante que no tengas neuralgia para que respire normalmente y así no se te hagan secreciones en los pulmones.

—Déjame tomar fotos de los golpes —pidió Noah.

Olivia no quería acceder, se sentía humillada. Él quería atrapar a Murray de cualquier forma, su cara estaba transfigurada, cada moretón era un puñal que se clavaba en su pecho, apretaba las mandíbulas y bramaba como un animal salvaje.

—La estás poniendo nerviosa, y necesita calmarse para que el oxígeno le entre por la cánula nasal, ¿no ves que está con hipoxia? —Le enseñó el color azulado de los labios—. ¿Por qué no vas un rato afuera mientras yo termino de ponerle los vendajes? Dame la cámara, y o haré las fotos.

Lo empujó hacia el exterior. Noah, con su desesperación, estorbaba más que ayudar.

Nacary, mientras tanto, colocó una férula en el dedo de Olivia y le inmovilizó la fractura intercostal con un vendaje elástico adhesivo; consideró que era lo mejor, ya que un vendaje más rígido podría hacer que se desencadenara una neumonía.

Buscó fracturas en las piernas y ahí descubrió las claras marcas de los dedos en la parte interna de los muslos.

La miró a los ojos...

—Lo matará, no se lo digas, por favor. —Olivia le imploró—. No desates una desgracia peor, deja que al menos se calme. Luego se lo diré.

Lo pensó una, dos, mil veces, hizo varias fotos de esa zona, pero con su móvil, en silencio también tomó muestras y luego siguió examinándole el resto del cuerpo, pero no halló ninguna otra fractura. Ya más calmada, Olivia manifestó un dolor intenso en la nariz.

—No tienes nada, has recibido un golpe que te ha hecho sangrar, pero no veo que el tabique se te haya desviado, aunque con la hinchazón no puedo asegurarlo; aplicate hielo. Ahora déjame revisarte los cortes del labio y del pómulo, que como no paran de sangrar, tendré que suturarlos.

Después de darle tres puntos en el pómulo, finalmente se ocupó del ojo, que tenía totalmente cerrado, limpiéndoselo con cuidado.

Noah no había aguantado más y ahí estaba nuevamente.

—No me mires así, de aquí no me muevo —le advirtió a Nacary, que lo miró amenazadoramente y siguió con la revisión.

—Necesitarás consultar con un oftalmólogo para asegurarnos de que el golpe no ha causado nada grave, puede que hayas tenido pérdida de líquido u otra patología, también debemos descartar un desprendimiento de retina.

Le hizo unas pruebas básicas pero no era su campo, y además era necesario que la revisaran con instrumentos adecuados.

—Yo me encargo —indicó Noah.

Olivia estaba bastante abotargada como para refutar nada, pues el efecto de la analgesia estaba comenzando a adormecerla.

Nacary les dio todas las indicaciones por escrito; Noah escuchaba las recomendaciones con mucha atención, pero aunque se mostraba preocupado y atento la angustia estaba dando paso a su lado salvaje y sólo pensaba en vengarse. Alexa y Edmond, que también habían entrado, ayudaban a que Oli se vistiera con ropa que tenía en la galería.

Miller acompañó a su hermana a la salida.

—¿En qué lío está metida esta chica, Noah?

—No puedo contártelo, sólo te digo que es la mujer que amo y no me detendré hasta ser feliz con ella.

—Pero ¿está casada?

—El tipo la obliga a estar a su lado, a su debido tiempo te enterarás, pero no prejuzgues, que te conozco.

—Nadie obliga a nadie a permanecer donde uno no quiere. No te engañes.

—No hagas conjeturas, no lo sabes —le habló tajante.

—No quiero que te ocurra nada, así que lo mejor es que te alejes de ella antes de que esta podredumbre te alcance.

—Soy mayor de edad y sé lo que hago.

—Tú no sabes lo que haces, desde que decidiste meterte en la policía la pobre mamá y yo vivimos implorándole a Dios por tu culpa.

Noah refunfuñó y tras despedirla regresó al interior de la galería y se acercó a Olivia.

—Ven, siéntate a mi lado y cambia esa cara que no me ha pasado nada —habló ella de manera muy apagada.

—¿Nada? ¿Te estás oyendo? Has tenido suerte, eso es todo, pero de ahí a considerar que el estado en el que te encuentras no es nada... Vamos para casa.

—No iré, regresaré a Park Avenue.

—Ni lo sueñes. —Se rio sarcástico, indicándole que no había la más mínima posibilidad que la dejase ir.

—Noah, debo regresar para que podamos atraparlo.

—No lo harás, no puedo permitirlo, lo que me pides va en contra de mis principios; se supone que debo protegerte, y sin embargo mírate.

—Creo que Noah tiene razón, Oli, no puedes continuar en esa casa.

—Si me voy irá tras mi familia, Ed.

—¡Voy a volverme loco de impotencia! —gritó Miller.

—No es tu culpa.

—Si lo es, por haber creído que estarías a salvo con esa bestia a tu lado. Claro que es mi culpa, tendría que haberte arrancado de su lado el mismo día que entré en la fiesta. Vamos a casa, Olivia, no discutas más, no vas a convencerme. A partir de este momento las decisiones las tomo yo.

—Cliff se ha arriesgado por mí, debo regresar.

—Ah, bueno, sólo me faltaba oír eso —dijo Alexa exageradamente—. Que se pudra ese viejo cotilla, seguro que se ha asustado y no quería que te murieras ahí, por eso te ha ayudado.

—Si me voy desataré aún más su furia y arremeterá contra Brian.

—La que está desatada es MI FURIA —dijo Noah—. Perfecto, regresa, yo me iré a buscarlo a Washington, haré lo que tendría que haber hecho hace tiempo, molerlo a palos y así cobrarme cada uno de los que él te ha dado.

Se levantó y golpeó con fuerza la mesa.

—Oli, por favor, sé coherente, no puedes permanecer más en esa casa. —Alexa le rogaba queriendo hacerla entrar en razón.

—No la intentes convencer de nada, porque yo ya he decidido por ella y por todos. Es mi responsabilidad preservar su integridad física y todo se hará a mi modo

—voceó Noah, y nadie se atrevió a contrariarlo. Estaba iracundo, y en sus ojos llameantes podía advertirse claramente la bestia que anidaba en su interior. Murray había logrado despertar por completo al depredador que vivía en él, sus pupilas estaban dilatadas, sus iris se veían más cetrinos y profundos aún—. Vamos, Alexa, tú te vienes con nosotros.

Miller le dio indicaciones a Edmond, lo quería lejos de la ciudad, porque se negaba a acompañarlos. Cogió en sus brazos a Olivia, que estaba bastante abotargada por la medicación.

—¿Adónde vamos? —alcanzó a preguntar con un hilillo de voz.

Noah le besó la frente.

—A La Soledad, déjame cuidarte. —Ella se cobijó en su cuello sin chistar y se dejó reconfortar en la fortaleza de sus brazos; ya no tenía fuerzas para discutir—.

Vamos a tu casa, Alexa, para que recojas tus pertenencias, te sigo con mi coche.

Llegaron al aparcamiento del edificio de Alexa y la esperaron para que fuera en busca de sus cosas, luego pasaron por casa de Noah. Al entrar en el apartamento, recostaron a Olivia en la cama.

Alexa se preocupó porque su amiga se sintiera cómoda, abrió la cama y colocó varias almohadas. Cuando Noah la depositó sobre el colchón, irremediamente Oli se quejó.

—¿Te he hecho daño?

—No te preocupes, es que creo que no me ha dejado ni un lugar sano en el cuerpo, me duele todo, no se trata de un descuido tuyo.

—Ya, nena, descansa un rato mientras hago todos los arreglos para que viajemos.

Le acarició la frente y le besó con sumo cuidado el ojo que no tenía hinchado. Estaba irreconocible.

—Perdóname por fracasar, te prometí que nunca más pasarías por esto y mira cómo estás. Dios, no puedo creer el aspecto que tiene tu tersa piel.

—No te angusties más, ya estoy contigo, y si estoy a tu lado sé que no puede pasarme nada malo.

—Descansa, no hables, descansa ya.

Esperó a que se durmiera, luego salió del dormitorio y comenzó a hacer todos los arreglos para viajar hacia Austin; necesitaba sacar a Alexa y a Olivia de la ciudad sin dejar rastros. Terminó de trazar el plan en su cabeza y llamó a su antiguo compañero.

Collin Crall actualmente era agente del FBI. Había llegado el momento de ponerlo al tanto de todo, debía barajar las cartas y jugar su mejor mano.

—C.C., soy Noah. —Se dio a conocer porque lo estaba llamando desde el teléfono seguro que le había dado a Olivia para que no pudieran rastrear sus llamadas, el de Noah se había quedado sin batería.

—Amigo, qué alegría saber de ti.

—Necesito tu ayuda.

—Dime, sabes que cuentas conmigo.

—Por teléfono no puedo hablarlo. Te espero en mi casa, es algo delicado, necesito que te encargues de una investigación que no puedo dirigir porque soy parte involucrada, tengo un interés particular en ello.

—¿Parte involucrada? ¿En qué estás metido?

—No estoy metido directamente, pero... no te diré nada más por teléfono, te espero.

—El tono de tu voz me asusta, en poco más de media hora estaré allí.

Colgó y se puso a prepararlo todo, recogió el pendrive, su portátil, ropa y unas armas extra. El timbre sonó y Noah indicó a Alexa que enseguida volvía, quería hablar a solas con su antiguo compañero para poder explayarse mejor.

—Cierra con cerrojo y no abras a nadie hasta que yo regrese —le dijo a Alexa.

—Entendido, caramelito, ve tranquilo.

En la entrada se encontró con C.C. y se dieron un abrazo y un fuerte apretón de manos.

—Hablemos en la camioneta, luego subimos, lo que tengo que contarte es muy delicado y no quiero seguir inmiscuyendo a gente en esto.

—Estás asustándome.

—No te preocupes, cuando veas lo que pondré en tus manos me lo agradecerás, te lo aseguro.

Noah le expuso toda la situación, le habló de Olivia, de Brian, del senador Wheels. También le habló de lo que creía que eran empresas fantasma que se dedicaban a blanquear dinero proveniente de la organización narcoterrorista de Montoya.

C.C. estaba atónito ante toda la información que su amigo le brindaba y por las ramas que había encontrado en Nueva York. Miller, por supuesto, le documentó todas sus sospechas, luego le entregó la información reunida en el pendrive y le expuso las copias de las fotografías de Brian, pero le explicó que eso no lo podían usar hasta que encontraran la manera de probar que lo habían utilizado como cebo.

—Lo que se me ocurre y creo que podría ser una buena opción es ponerle un micrófono a Olivia, para así obtener una confesión.

—Me niego.

—Pero me dices que has dado vueltas a todo del derecho y del revés y que no encuentras la conexión. Noah, no veo otra forma de hacerlo y que sea legal para que podamos usarla.

—Te he dicho que no, y si no piensas ayudarme sin inmiscuir a ella, seguiré en esto solo.

Noah estaba plantado grotescamente y no pensaba ceder.

—Tranquilízate, no nos apresuremos, seguramente hallaremos algo que dé sustento a esto que me estás entregando, sabes perfectamente que tarde o temprano

encontraremos su talón de Aquiles.

Collin siguió con una serie de preguntas que, Noah de acuerdo a lo investigado, supo documentarle muy bien.

Cuando hubo agotado sus principales dudas, y a la vista de una sustanciosa causa de blanqueo de dinero, el agente del FBI se encargó de guardar la información que su amigo le había confiado. Seguidamente hizo todos los arreglos pertinentes para conseguir que viajaran a Austin sin dejar rastros; por supuesto que obtener todo le llevó bastante tiempo, pero finalmente pareció lograrlo.

—Ahora ven, quiero que conozcas a Olivia.

Subieron al apartamento, Noah llamó a Alexa para que les flanqueara la entrada.

—Alexa, él es Crall, una persona de mi entera confianza.

—Encantada.

Se saludaron con un beso y ella se ofreció a prepararles café. Luego Noah le hizo a Collin un ademán para que lo siguiera, abrió la puerta del dormitorio y dejó que viese el estado en que se encontraba Olivia, que dormía ajena a todo.

—¿Tú crees que voy a arriesgarla? —C.C. se llevó las manos a la cabeza—. Por poco la mata, debemos buscar otra manera de implicarlo, porque ni loco permitirá que vuelva a estar cerca de él, tendrán que matarme para que vuelva a ponerla en sus manos.

—Sé de sobra cómo están funcionando tus pensamientos, así que quítate la responsabilidad de encima; valoraste la causa y por eso dejaste que ella siguiera con él.

—Eso es exactamente lo que me reprocho, haber priorizado la causa por encima de su seguridad, me siento un hijo de puta. —Cerró los ojos, a la vez que expulsaba las últimas palabras.

—Actuaste con profesionalidad para que no se nos escapara un pez gordo. Noah, esta gente necesita ser arrancada de raíz, lo hiciste porque sabes perfectamente que una denuncia por violencia doméstica sólo sería una piedra en el camino de este tipo.

—Mientras más lo pienso, peor me siento. Podría haberla sacado de allí y hacer que a la familia le pusieran custodia, que por otra parte es lo que quiero que hagáis; no me extrañaría que intente forzarla a regresar utilizándolos a ellos.

—Despreocúpate, te prometo que me ocuparé de todo.

—Te juro que la veo y lo único que deseo en este momento es ir tras él y olvidarme de que soy policía. Ansío salirme de la ley y meterle un tiro en la frente, no sé cómo no lo he hecho en vez de haberte llamado.

Cerró la puerta.

—Prométeme que no te vas a tomar la ley por tu cuenta.

—Ayúdame para que no tenga que hacerlo.

C.C. le puso una mano en el hombro...

—No usaré las fotos de Brian por el momento. Pero necesitamos encontrar a Montoya, es necesario hallar su madriguera. ¿Me has dicho que la reunión fue en Phoenix?

—Así es.

—Y ahora vas a Austin.

—Sí, allí estará segura.

—¿Piensas llevarla a la casa que era de tu padre? —Noah asintió. Collin abrió los ojos como platos, no pudo evitar mostrarse asombrado—. Estás hasta la médula con Olivia.

Alexa, que se había mantenido apartada en la cocina, llegó con el café. C.C. aceptó pero Noah se disculpó, tenía el estómago destrozado por los nervios y no soportaría una gota más de cafeína.

—¿Y ella quién es? —preguntó C. C. para conocer el papel de Alexa en todo eso.

—Amiga de Olivia, la que te comenté que nos acompañará a La Soledad.

—¿Y él quién es? —preguntó Alexa en tono pretencioso mientras destinaba una mirada golosa a aquel hombre de cabello castaño claro con mirada azul grisácea, que a simple vista exponía un buen cuidado de su físico y además hacía gala de su aplomo.

—Amigo y excompañero de Noah.

—¿También eres detective? —Alexa le recorrió los pantalones ajustados que llevaba puestos y que le marcaban considerablemente la musculatura de las piernas.

—Agente del FBI —aclaró Crall.

Noah sonrió, y de inmediato intuyó que se habían atraído. Sintiendo que sobraba, los dejó conversando y fue a ver a Olivia.

Entró en la habitación sigilosamente y se quedó observándola mientras dormía. Saber que por fin la tenía junto a él le daba cierta tranquilidad.

El teléfono vibró en el bolsillo del agente del FBI, así que se retiró para contestar la llamada, que era la que estaba esperando para que pudieran viajar y sacar de una vez a Olivia de la ciudad. Cortó la comunicación y avisó a Miller, quien llamó al piloto de su avión para avisar de que ya estaba listo para viajar, le pasó los datos de los pasajeros y le preguntó si ya tenía horario de vuelo.

—Perfecto, en una hora estaremos allá. —Colgó—. Collin, todo está arreglado.

—Iremos en mi camioneta y nos encontraremos allí con los agentes, que nos llevarán la documentación para que podáis salir de Nueva York.

Alexa fue por el equipaje de ambas y se lo entregó a Collin, quien de inmediato salió para cargarlo en la Chevrolet Suburban negra que conducía. Tras cargar las pertenencias de las mujeres y de su amigo, se encargó de meter la camioneta en el aparcamiento del edificio. Noah y Alexa, mientras tanto, se ocuparon de despertar y abrigar a Olivia para trasladarla al aeropuerto.

Casi estaban llegando a destino. Aunque el vuelo fue muy tranquilo, Oli no paró de quejarse, porque el efecto de los calmantes comenzaba a disiparse y estaba muy molesta por los dolores que tenía en todo el cuerpo.

—Resiste, querida amiga, en un rato te toca la medicación y sentirás alivio, aguanta un poquito más.

—Es terrible cómo duele, es un dolor insoportable que me quita el aliento.

Alexa acompañaba a su amiga, que iba semitumbada en un amplio sofá. Noah se encontraba en el otro compartimento hablando por teléfono con su hermana; se había levantado como un torbellino para poder comunicarse con ella y que le diera una solución para que Oli dejara de sufrir, no soportaba oír la quejarse.

—¿Qué pasa, Noah?

—No para de quejarse del dolor, esos calmantes que le has recetado no sirven.

—No hay nada más fuerte que eso que le he recetado, adelántale la toma y sube medio miligramo más, pero si con eso no se calma habrá que inyectarle morfina; no creo que su aparato digestivo resista más medicación.

Julián los recogió en el aeropuerto. El asombro en la cara de aquel hombre fue tal por el estado en que vio a Olivia que se puso tenso.

—Señorita... ¿Qué le ha pasado?

—Parece que me ha atropellado un tren, ¿verdad? He sufrido un ataque.

—Lamento mucho el estado en que se encuentra, sólo espero que su estancia en la villa sea propicia para una pronta recuperación.

—Gracias, Julián, seguro que así será —contestó Miller por ella—. Todos la mimaremos para que así sea. —Olivia sonrió al hombre y Noah le besó el cabello mientras la acomodaba en la camioneta—. Lo siento, hermosa, sé que duele que te movilizas pero pronto llegaremos y podrás descansar.

—No te preocupes, soy consciente de que me tienes entre algodones, me doy cuenta, pero es que me duele cada centímetro del cuerpo y no puedo evitar quejarme.

—Lo siento mucho... no tienes que afligirte conmigo, quéjate todo lo que desees; ya llegará el momento de que te arranque otros quejidos que me gustarán mucho más. —La besó con ternura nuevamente en el pelo—. Ahora debemos esperar, creo que no estás para esa clase de quejidos.

—Ya sentiré alivio, no te amargues, pero si continuas con esos comentarios seguiré quejándome; no me hagas reír y menos tentarme así, que por supuesto que no estoy en condiciones de esos quejidos que quieres oír.

Mientras tanto Alexa le dio la mano al hombre que los había recogido. Noah estaba tan pendiente de Oli que había olvidado hacerlo, no tenía cabeza para nada.

—Encantada, Julián, soy Alexa, amiga de Olivia.

—El gusto es mío, señorita. —El tipo estaba un poco desorientado con los nombres, no sabía si había entendido bien—. ¿Usted también se llama Alexa? Qué casualidad.

Los tres sonrieron. Mientras Noah lo ayudaba a guardar las maletas le dio una palmada en la espalda y pensó que luego se lo explicaría todo a él y a Josefina.

Al llegar a La Soledad fue el turno de su madrina para quedarse helada, se cubrió la boca con la mano y elevó una plegaria, a la vez que en su rostro se evidenció un gesto de angustia que no pudo retener. Cuando por fin reaccionó, no escatimó en soltar millones de palabrerías evidenciando su pasmo. Sin dejar de parlotear, resuelta y solícita, los ayudó a instalarse. Mientras ella y Noah se encargaban de Olivia, su esposo acompañó a Alexa hasta la habitación que Josefina había preparado para ella.

—Puedes tratarme sin disimulo —le indicó Noah a Josefina—, ya sabe que eres mi madrina.

—Oh, cuánto me alegro de que hayas aclarado las cosas. —Le acarició el carrillo a Miller, luego se acercó a Olivia y le besó la frente—. Descansa, tesoro, y ya sabes, pídemelo que necesites.

Oli estaba exhausta, le ofreció una deslucida sonrisa porque lo que necesitaba era dormir, los calmantes estaban haciendo efecto, y el dolor había mermado considerablemente.

—Te prepararé una rica y sustanciosa sopa, porque con el labio así no creo que puedas comer otra cosa. Entre todos nos ocuparemos de mimarte —añadió la mujer.

—Gracias, tengo un aspecto espantoso, lo sé, Josefina —contestó con un hilillo de voz.

—Cariño, pronto bajará toda esa hinchazón y los moretones desaparecerán. No te aflijas, tu piel muy pronto estará fresca y hermosa como siempre.

—Ahora vuelvo —indicó Noah a Olivia, haciéndole una seña a Josefina para que lo siguiera. En el pasillo emitió un suspiro muy hondo y audible mientras apoyaba una de las manos en el hombro de su madrina, estaba cansado.

—¿Qué le ha ocurrido, tesoro? Tiene una pinta terrible, casi no la reconozco.

—Por suerte está mejor de lo que parece. Nacary la ha atendido y dice que lo que tiene más grave son las costillas rotas. La han golpeado brutalmente.

—¿Quién ha sido capaz de ensañarse así con esa criaturita?

—Dame un segundo —le indicó mientras se retiraba para contestar una llamada.

—C.C. ¿Todo bien? ¿Habéis llegado bien?

—Acabamos de hacerlo.

—Tengo buenas noticias.

—Cuéntame.

—En cuanto os he dejado en el aeropuerto me he encontrado con el fiscal James Bonham. Le he presentado todos los informes, y está con la boca abierta ante la red de conexiones que al parecer tiene el senador Wheels con Montoya.

—No le habrás mostrado las fotos, ¿no?

—Tranquilo, amigo, te he dicho que no lo haría. Ya se están labrando las órdenes para intervenir todos los teléfonos de las empresas que al parecer están involucradas, también los del senador y los de su despacho. Incluso se nos ha ocurrido poner micrófonos, pero no sabemos si están equipados con contramedidas para detectarlos, así que lo más probable es que infiltremos a gente para saber con qué tecnología cuentan.

—Recuerda lo que te he dicho: está pendiente de instalar un perímetro de seguridad en la constructora de Nueva York, quizá ésa sea una buena forma de meterse. No le habrás hablado de Olivia al fiscal, ¿verdad?

—Qué desconfiado estás. Te he prometido que intentaremos dejarla fuera de esto. Recuerdo lo del perímetro, y lo tendré en cuenta.

—Quiero dejarla al margen, no quiero verla mezclada en esto.

—Lo intentaremos, Noah, lo intentaremos... pero ella es su esposa, quizá en algún momento tenga que declarar.

Noah chasqueó la lengua.

—Bonham cree que tenemos un gran caso y será tratado con absoluta discreción. No desea que nada se filtre, te prometo que atraparemos a ese malnacido.

—¿A qué juez le han pedido la orden? —quiso saber Noah.

—A Daltrey, y si tenemos suerte, jugaremos con un poquito de celeridad por su parte, ya que es de conocimiento público que si de narcoterroristas y blanqueo de dinero se trata es un defensor tenaz de la ley. ¿Cuándo volverás?

—No lo sé, pero no puedo ausentarme demasiado del trabajo, lo he dejado todo alegando que mi madre ha tenido un accidente.

—Mañana voy a Phoenix, al lugar donde Brian se encontró con Montoya; veré qué puedo averiguar.

—Mantenme al tanto, por favor.

—Descuida, cualquier novedad te la haré saber. Quédate tranquilo que ya estamos trabajando, mantente al margen y no estropees la investigación, sabes que si te relaciona nos anularán todas las pruebas.

—Lo sé, lo sé, soy consciente de ello, por eso te lo he dado todo a ti.

Tras hablar con Collin, Noah se dirigió a la cocina, donde se dedicó a explicarles a grandes rasgos a Josefina y a Julián lo que le había ocurrido a Olivia, así como el verdadero nombre con que debían llamarla. La pareja escuchó atenta mientras procesaban la información.

—La cuidaremos, tesoro, aquí estará bien y tranquila y se repondrá de todo.

—Gracias, madrina.

—Si es la mujer que amas, lucha por su amor, y si dices que ella también te ama, nada os impedirá estar juntos. Presiento que no nos lo has contado todo, tus juegos de palabras y tus silencios me lo dicen.

—Hay cosas que no puedo contaros, Julián... No porque no confie en vosotros, sino porque mi deber es protegeros a todos.

Hizo una pausa.

—¿Eso quiere decir que tú también estás en peligro?

—Mi profesión es arriesgada, así que no sé de qué te asombras, padrino.

—Olivia está en peligro, ¿por eso la has traído aquí?

—Todos corremos peligro en este mundo hostil. Sabéis que esta casa es segura, pero mañana vendrán de Industrias Miller a controlar el sistema de alarmas y a reforzar y a cambiar todo lo que haga falta, así que tendréis a gente trabajando durante toda la semana, podéis quedaros tranquilos.

—Como ha dicho Julián, aquí la cuidaremos bien. Y por favor, deja de dar explicaciones: ésta es tu casa, muchacho, no tienes que pedir permiso a nadie para traer a quien tú quieras.

—En todo caso los que estamos de más somos nosotros.

—Ni en broma digas eso, Julián.

Noah salió dispuesto a darse una ducha, la necesitaba. En la escalera se encontró con Alexa, que bajaba.

—¿Todo está bien, te sientes cómoda?

—¿Cómo no estarlo en este caserón? ¿Todo esto es tuyo, Noah? En mi vida he visto una casa tan lujosa; bueno, la de los padres de Oli es enorme y lujosa también, pero esto, y el entorno... no tienen parangón —exclamó, y Noah sonrió a desgana mientras se metía las manos en los bolsillos del pantalón; sabía que tenía razón, pero él no disfrutaba del lugar—. Está bien, y a sé que recelas de todo esto, no pretendo que me lo cuentes. Pero déjame decirte igualmente que es un lugar hermoso.

—Disfrútalo como si fuera tu casa y haz lo que te apetezca.

—Gracias, sobre todo gracias por haber aparecido en la vida de Olivia, y por quererla.

Alexa se echó a llorar, Noah sacó las manos de los bolsillos y la abrazó.

—Hey, boba, no llores.

—No puedo verla sufrir más, la quiero mucho, ¿sabes?, como si fuera una hermana, y es tan buena que no es justa la vida de mierda que tiene.

—Está en mis planes hacerla muy feliz.

—Lo sé, pero hasta que ese hijo de mala madre desaparezca, le hará siempre la vida imposible, es un enfermo.

—Tranquila, no estoy de brazos cruzados. Si por mí fuera, ¿sabes lo que haría? Me saltaría la ley y le daría lo que merece.

—¡¡Ni se te ocurra!! —lo amonestó y le pegó en el pecho—. ¿No conoces el dicho ese «mala hierba nunca muere»? ¿Para qué arriesgarte cuando puedes destruirlo de otra forma?

—Tranquilízate, no lo haré, sé que Olivia no necesita que las cosas se resuelvan con más violencia a su alrededor.

Siguió cavilando pero ocultó sus pensamientos. «Pero si tuviera la oportunidad... no sé de lo que sería capaz.»

Su cabeza, en el momento de acostarse, se había convertido en un hervidero de pensamientos. Ella, sin embargo, dormía gracias a los calmantes. Noah se acostó a su lado, y aunque su mente y su cuerpo estaban exhaustos, no podía dejar de observarla. No conseguía perdonarse a sí mismo por haberla dejado en aquella casa, se consideraba responsable del estado en que Olivia se encontraba.

«Tendría que habérmela llevado mucho antes de Nueva York y podría haber evitado la tremenda paliza que ese cabrón le ha dado. Dios, ¿en qué estaba pensando para dejarla en sus manos, expuesta de esa forma?»

Se preguntaba una y otra vez por qué se había dejado convencer aquella mañana. ¿Por qué le había permitido que regresara a esa casa?

El miedo de Olivia, el de Brian y el de Alexa no eran excusa; él había obrado de forma poco profesional. Tendría que haberse atendido a lo que sabía por norma, como procedimiento ante las pruebas que tenía en sus manos. Conocía la respuesta y la eludía, pero aunque no la dijera, era una verdad. Saberla lo enfadaba mucho más: se había cegado por la ira y los celos de haberla visto en la fiesta con Wheels, de que le hubiera permitido que pusiera sus manos en su cuerpo, pavonearse con ella ante todos; Noah había decidido castigarla por mentirle, por haberlo apartado de su lado, por no haber confiado en él, y ahora las consecuencias estaban ante sus ojos.

Era el único culpable, la verdad le atizaba como un mazazo en la espalda. Deseaba tener la oportunidad de poder cobrarse cada uno de esos golpes que ella había recibido para aplacar su culpa, que no tenía perdón. Hablaría con C.C.; de una forma u otra él debía tener esa posibilidad.

Por los ventanales se colaba la iluminación nocturna que iluminaba tenuemente la habitación. Noah continuó mirándola en silencio, contrariado, descolocado y presa de las sensaciones que Olivia conseguía arrancar de él. Se removió en la cama y se quedó boca arriba, colocó los brazos tras la nuca y miró a su alrededor, y de pronto, en esa habitación, se sintió como un completo desconocido. Suspiró.

Él, un hombre pragmático, rígido, de pensamientos sólidos, se volvía dubitativo ante esa mujer.

Siempre había renegado de sus orígenes, y ahora por el amor de Olivia era capaz de dejar a un lado todo su orgullo y mostrarse vulnerable y maleable; había olvidado todos sus principios y creencias, sentía que por primera vez tenía la felicidad entre sus manos. Ella le hacía olvidar todo, los tiempos de infelicidad inconsciente en que nada de lo hecho parecía ser suficiente para sentirse colmado, el desprecio e inexistencia de su padre y los días de soledad infinita que le habían moldeado un talante resentido y amargado. No obstante, aunque la vida le ponía a esa mujer en su camino y le daba una oportunidad para ser feliz, su contienda emocional en esa casa estaba levantada en armas y no le daba paz. Se preguntaba por qué, si su amor por un lado le hacía tanto bien, por otro le hacía sentir que estaba perdiendo el honor. En esa casa, su pasado, su historia, sus recuerdos más dolorosos estaban impregnados, pero paradójicamente, ahí se erigían los más bellos que formaban parte de su presente, esos días que había pasado con Olivia allí constituían el deseo de una vida apacible junto a ella.

Con la mente llena de cuestionamientos, un impulso lo llevó a levantarse de la cama. Oli se rebujó, pero continuó durmiendo. Miller salió de la habitación y bajó la escalera, y aunque era tarde llamó a su madre. No sabía cómo iniciar aquella conversación, pero su conciencia le decía que era preciso hacerlo. Ana se asustó por recibir una llamada a esas horas:

—¿Qué pasa, hijo? ¿Estás bien, le pasa algo a tu hermana?

—Nada, mamá, no te alarmes. Perdona la hora pero necesitaba hablar contigo; estoy en Austin —comenzó diciendo.

Frustrado por no poder abandonar la lucha entre sus sentimientos y su conciencia, comenzó a explicarle todo lo que sentía, le habló como nunca antes lo había hecho, se desintegró y se despojó de sus angustias; necesitaba que su madre le diera su aprobación, sentía que le estaba fallando.

—Tesoro de mi corazón, ¿cómo puedes pensar así? ¿Cómo puedes creer que me estás ofendiendo? Mira, voy a decirte algo: sabes que en esa casa fui muy feliz con tu padre, en ella pasé los momentos más dichosos de mi vida, y creo que también los más amargos, pero... —Pensó en decirlo todo, pero no era apropiado hacerlo por teléfono, así que, hundida por una nueva oportunidad perdida, se avino a decirle a Noah lo que éste ansiaba escuchar—. Aunque la historia entre él y yo no acabó bien, me hace ilusión que la tuya con Olivia sí sea una historia con un buen final. Tesoro, vive tu vida, sé feliz y no mires atrás. Olvida el pasado y céntrate en vivir el presente, en vivir tu amor, en hacerla dichosa, en ser feliz. Noah, no importa cuándo, dónde ni cómo, sólo se trata de aprovechar el momento.

»Hijo querido, creo que la vida te está dando, a través de Olivia, la oportunidad de reconciliarte con tus orígenes; ella ha venido a quitarte ese agobio que no te deja disfrutar de lo que por naturaleza te pertenece.

—Pero...

—Pero nada —lo cortó en seco—, déjate de nimiedades estúpidas y de culpabilidades.

Continuaron hablando largo rato, y Ana se interesó más en el estado de Olivia. Miller intentó sincerarse todo lo que pudo, pero obviamente escatimó información.

Por último le manifestó su agobio por tener que regresar a Nueva York y dejarla allí. Su madre intentó calmarlo, alegando que la dejaba en buenas manos.

Estaba dormido profundamente. A altas horas de la madrugada por fin lo había conseguido.

—Noah... Noah... llaman a la puerta.

—¿Qué pasa, te encuentras mal?

—No te asustes, están llamando a la puerta.

Al ver que no contestaban, la persona desconocida abrió tan sólo una rendija y sin entrar ni dejar que se oyera su voz se metió en el dormitorio.

—Tesoro, despiértate.

Noah, al oír esa voz, se sentó en la cama.

—¡¿Mamá?!

—Sí, tesoro, soy yo.

Volvió a cerrar la puerta para no invadir la privacidad de la pareja.

—¡¿Tu madre?! Oh, Dios, estoy horrible... —dijo Olivia sin aliento.

—No te alteres, ella lo comprenderá.

—Cariño, os he traído el desayuno, he venido a mimaros —les dijo Ana desde fuera.

—¿Cómo ha sabido que estábamos aquí? —preguntó Olivia.

—Anoche hablé con ella. No pensé que vendría, pero debí suponer que no se aguantaría. Voy a levantarme y le digo que no entre.

Noah se puso en pie y se pasó la mano por su corto cabello para alisarlo, estaba en bóxer.

—Pero ¿cómo? Va a pensar que soy una desconsiderada y una mal educada. No es precisamente en el estado en que me habría gustado conocerla, pero ya está aquí.

—Te caerá bien... —Él la miró con ilusión mientras se ponía un pantalón de pijama—. Entra, mamá.

—He llegado y Josefina os estaba preparando el desayuno, así que he querido sorprenderos trayéndolo yo misma a la cama —dijo al tiempo que empujaba una mesa con ruedas.

—No tienes remedio.

Noah salió a su encuentro y se abrazaron cálidamente mientras él la arropaba en sus brazos y le besaba la base de la cabeza. Olivia, observando la escena entre madre e hijo, no pudo evitar sentir unas enormes ganas de llorar, pero logró contener las lágrimas; ese abrazo tan sentido entre ellos la había emocionado, se alegró de que su hombre fuera tan afortunado. Ella no recordaba haber recibido un abrazo así de su madre, y en ese momento lo necesitaba.

Desde su posición estudió a Ana a conciencia. Se la veía impecable, sencilla, con un corte de pelo escalado hasta la base de la nuca que le daba un estilo desenfadado y muy actual. Su rostro era rectangular, con pómulos marcados y labios medianos, del mismo tamaño, en armonía con el resto de su cuerpo. Continuó observándola y finalmente llegó a la conclusión de que esa mujer tenía la mirada y la sonrisa más dulces que jamás había visto.

Noah la cogió de la mano y la instó a acercarse a Olivia.

—Hola, tesoro.

—Hola —contestó Oli tímidamente.

Ana se sentó en la cama con mucho cuidado, le cogió la mano y se la besó.

—Estoy horrible, lo siento. Ésta no es la forma en que imaginé conocerla, señora.

—No te preocupes por nada y llámame Ana. Como he dicho al entrar, he venido a mimaros. Anoche Noah me explicó lo que te ha ocurrido. —Buscó la mano de su hijo y aferró las de ambos—. Espero que no me consideres una entrometida, en realidad he dudado mucho si venir, pero noté a Noah muy preocupado por tener que regresar a Nueva York y dejarte aquí. Entonces pensé que tal vez podría venir y quedarme a cuidarte para que mi hijo se sienta más tranquilo.

—Mamá, ¿harías eso?

—Por supuesto, ¿no ves que estoy aquí? Siempre y cuando Olivia quiera que me quede; no deseo agobiarte —le dijo volviendo la vista a ella.

—Pero, Ana, usted tendrá sus cosas, y dejarlas de lado por mí no me parece justo.

—Uf —elevó los ojos al techo—, tengo tanto que hacer... Mi hijo me ha puesto personal para todo lo que antes hacía sola, tengo quien cuide de mis plantas y del parque, también a una persona que organiza las compras y la casa y que pasea y asea al perro; en fin, el tiempo me sobra y me paso el día leyendo, tejiendo, bordando o haciendo caridad en la iglesia, cosa que por supuesto me encanta, pero que por venir aquí y quedarme contigo no significa que no pueda seguir haciéndolo.

—Gracias, mamá. —Noah le besó la mano.

—Muchas gracias, Ana, pero no quiero irrumpir en su vida como una carga.

—Quítate esos pensamientos de la cabeza, la verdad es que me sedujo la idea de que tú y yo podamos conocernos durante estos días en que te recuperes. ¿O es que no te interesa conocerme?

—Todo lo contrario, me fascina la idea.

Ana le dio una suave palmada en la mano y le ofreció una sonrisa franca y muy sincera.

—Además, tengo unos remedios caseros que acelerarán el proceso de desaparición de esos moretones —explicó—. Quiero cuidarte, quiero ayudarte a que cures esas marcas que te atormentan cuando te ves en el espejo, y también quiero poner mi granito de arena para que sanen las que están en tu alma y que no se ven.

De repente la emoción la embargó y Olivia comenzó a llorar, se sentía sensible.

La consolaron entre los dos y, cuando se hubo calmado, Ana los dejó para que desayunaran; todo estaba enfriándose con tanta conversación. Se marchó, prometiendo volver luego con unas compresas de vinagre de manzana y agua para aplicarle en los moretones y que se desinflamara más pronto.

Por la noche, después de cenar, Noah estaba sentado en el despacho comprobando una información que C.C. le había enviado: la grabación de una cámara de seguridad de un hotel que localizaba a Mario Aristizabal Montoya en el Country Inn & Suites By Carlson de Mesa Arizona, a sólo unos treinta kilómetros de Phoenix, el día en que se encontró con Brian Moore.

Noah lo llamó por teléfono, quería saber con detalle lo que había averiguado.

—El tipo sabe moverse, lo siento; no hay ningún rastro, después de todo un día por Phoenix, Tempe, Glendale y Sun City, esto es lo único que he conseguido. Del senador, nada que lo relacione, antes de llegar recibí el análisis de las huellas de las fotografías (no te desesperes, quien lo realizó me debía un favor, así que no se sabrá nada), pero lamentablemente sólo se encontraron cinco huellas: las de Olivia, las del senador, las de Brian, las tuyas y las de la amiga de tu chica.

—¿Qué hay de los teléfonos?

—Están consiguiendo las órdenes. ¿Cuándo vuelves?

—Pasado mañana, no puedo estirar más mi ausencia.

—¿Y Olivia cómo está?

—Mucho mejor, me asombra lo fuerte que es, a veces la miro y parece muy frágil, sin embargo... Hoy la he llevado a ver a un oftalmólogo y por suerte no hay daños en su ojo. Es increíble que después de semejante paliza sólo tenga dos costillas fracturadas. ¿Por qué no te vienes y regresamos juntos?

Collin no lo pensó dos veces y aceptó de buen grado el ofrecimiento de su amigo. Recorrer el trayecto en un vuelo privado, casi en mitad de tiempo de lo que lo haría en un vuelo comercial, no era para despreciarlo; además, ir allá significaba que podría ver a la rubia que lo había dejado más caliente que una brasa.

Se despidió de su amigo porque tenía otra llamada entrante, y suponía que era la que estaba esperando.

En la planta superior Alexa no dejaba de bromear, intentando animar a Olivia, que continuaba cabizbaja y no lograba contagiarse de su entusiasmo. La rubia era un cascabel por naturaleza, y ella sentía admiración por su buen talante, le habría encantado ser como Alexa, siempre servicial, risueña e independiente, con una sonrisa perpetua en los labios y eternamente feliz y agradecida con la vida, como si lo tuviese todo, cuando en realidad había crecido con muchas carencias. La había criado su abuela materna, jamás había conocido a su padre y su madre la había dejado con aquélla para irse tras un hombre que no la aceptaba con una hija.

Baddie, así se llamaba su abuela, la había criado con mucha firmeza, obligándola a estudiar porque no quería que fuera una bruta sin cultura como ella ni como su madre; con su nieta quería enmendar todos los errores que había cometido con su hija, a quien había consentido demasiado y jamás había obligado a nada. Olivia no consideraba que Baddie fuera una bruta, pues aunque no poseía títulos universitarios era una anciana muy culta, que leía todos los libros que caían en sus manos, y además una mujer muy experimentada por los años y la vida que le había tocado llevar.

—Es asombroso cómo Noah te cuida, me das envidia.

Oír el nombre del hombre que amaba la sacó de la cavilación en que Olivia estaba sumergida.

—¿Tú envidias de mí? Si tienes al hombre que quieras a tus pies.

—No es así, si fuese como tú dices no estaría sola; sin embargo, a la hora de encontrar un hombre en quien apoyarme estoy más sola que una viuda en la cama.

—Eso es porque no te tomas a ningún hombre en serio, siempre les encuentras un pero y terminas apartándolos de tu lado. En realidad, las veces que han querido algo serio contigo has huido despavorida.

—Bah, no empieces con el bobo de Charles, sabes perfectamente que lo único importante para él era su madre. Yo no estoy para casarme y convivir con mi suegra, aunque si fuera como Ana, la verdad es que no me molestaría. Me ha caído bien la madre de Noah, ¿y a ti?

—A mí también, me parece una mujer súper agradable y con nobles sentimientos.

Un golpeo en la puerta interrumpió la conversación de las amigas. Alexa habló en voz alta para que quien fuera entrase.

—Hola, vengo con las compresas de vinagre y agua helada.

—Muy bien, Ana, te ayudo y lo hacemos entre las dos —dijo Alexa.

—¿Desde qué teléfono me estás llamando?

—Desde uno público, como me indicaste. ¿Qué pasa?

—Estoy en Austin con tu hermana.

—¿Qué?

—Vete a mi casa, no quiero que te quedes en la tuya. Da unas cuantas vueltas y antes de entrar cerciorate bien de que nadie te ha seguido. Llamaré al portero y le diré que te facilite la llave para que puedas entrar, cancela tu agenda hasta que yo te lo diga; pasado mañana regreso.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Por qué tantas recomendaciones?

—Murray destruyó a golpes a Olivia, tiene dos costillas fracturadas, la cara lacerada y el cuerpo es un solo moretón.

—Lo mato, te juro que te cuelgo y yo mismo voy y lo mato. —Apretaba los puños, pateaba la cabina telefónica y blasfemaba sin parar.

—Tranquilízate, Brian, no vas a hacer nada.

—Empiezo a creer que no tienes sangre en las venas, y después dices que estás enamorado de mi hermana. Si fuera así, tú mismo habrías ido a despedazar a ese bastardo.

—Por favor, cállate y escúchame. No está en Nueva York.

—Entonces está en Washington, el muy cobarde se ha ido a esconder tras su investidura. Pero te juro que no me importa nada, me subo ahora mismo en un avión y voy a buscarlo.

—¡Joder, Brian, escúchame y deja de decir estupideces! —Se oyó un resoplido en la línea—. ¿Te crees que no es eso lo que deseo hacer? Te juro que no sé cómo me aguanto, pero cuando miro a Olivia encuentro las fuerzas, porque ella me necesita y eso me hace darme cuenta de que no vale la pena apartarme de la ley y de que tengo los medios para hacerle pagar de otro modo. De algo estoy seguro, y es que mientras yo viva nunca más va a acercarse a ella, porque entonces sí te juro que lo mato. —Un profundo silencio se había cimentado en la línea—. ¿Me has escuchado?

—Aquí estoy.

—Créeme, amigo, cuando vi a Oli en el estado en que estaba lo único que quería era que la viese un médico, cuidarla y protegerla; además ella me imploró que no hiciera nada por ti. Me siento en una encrucijada —se dejó caer en el respaldo del sillón—; por un lado mi instinto animal quiere hacer justicia por mi mano, pero por tu hermana, por ti y tu familia quiero hacer las cosas como corresponde. La justicia tiene un largo brazo, Brian, y si no lo creyera así nada de lo que una vez creí tendría sentido, mi profesión no la tendría.

—Pero alguien tiene que vengar a Olivia.

—La venganza es sólo el placer de las pequeñas almas —dijo, citando a Juvenal—, y tú y yo tenemos que ir a por todo. Lo voy a meter en la cárcel, lo voy a denostar como persona, lo voy a arruinar, a bajarlo del pedestal en el que se encuentra. Le voy a demostrar que no es invencible ni intocable...

«Y llegado el momento, te lo prometo por mi vida, también tendré mi oportunidad de ser su verdugo y cobrarme cada uno de los golpes que se atrevió a impartirle a Olivia», se dijo en una promesa muda que se hizo a sí mismo, porque no podía alentar a Brian a que quisiera hacer justicia por él.

—Confía en mí —añadió Noah.

—Siempre he confiado en ti, pero es que esto me supera.

—Te entiendo.

—¿Cómo está mi princesa?

—Ah, no... ahí tendremos nuestro primer encontronazo, porque ahora es mi princesa. Quédate tranquilo, Olivia es fuerte, mucho más de lo que nosotros creemos, y se está recuperando.

—Me siento tan poco hombre por no haberme dado cuenta de todo esto. Yo... yo creía que ella era feliz.

—No te atormentes, no podías saberlo, ella estaba adoctrinada por él para que nadie lo supiera.

—La idiota de Alexa debió haber abierto la boca mucho antes.

—Eh, no la tomes con ella, es su amiga y la acompañó como pudo; es difícil ayudar a alguien que no quiere ayudarse.

—Eres un buen amigo, Noah Miller, y me honras con tu amistad. Sé que en este momento estás separando las cosas y me estás hablando como el gran hombre que eres. —Oyó cómo sonreía—. Gracias por dejar de lado tus demonios y comerte tu orgullo. Sé que no es fácil para ti estar en ese lugar, y eso me demuestra lo mucho que ella te importa. No puedo creer que vayas a ser mi cuñado, ¡de haber sabido que os ibais a gustar, te la habría presentado antes!

—De haber sabido que tu hermana era tan hermosa yo mismo te lo habría pedido.

—Me está dando un poco de repulsión lo que estoy pensando; te conozco demasiado, tú y yo hemos compartido muchas noches de descontrol sexual y la verdad, prefiero no imaginarte en plan de macho en celo con mi hermana. Sé que eres muy morboso con tus mujeres, así que... en este preciso momento me estás dando asco.

—Tu hermana es una dama.

—En la cama, y calientes, todas dejan de serlo.

Ambos se rieron a carcajadas.

Noah, después de colgar con Brian, se quedó revisando nuevamente el video que C.C. le había enviado. Aisló parte de las imágenes para separar los rostros de los que acompañaban al narcotraficante. Los técnicos de su empresa de desarrollo electrónico, que habían estado por la mañana mejorando los sistemas de alarmas de la casa, habían encriptado la IP de su computadora y de su teléfono, y le habían provisto de otras medidas de seguridad como una línea fija de teléfono encriptada para que pudieran comunicarse con él cuando estuviera en Nueva York. Finalmente, Noah había hecho acopio de su orgullo y había decidido usar los beneficios de Industrias Miller; Olivia lo necesitaba, se dijo para convencerse y no sentirse tan frustrado faltando a su palabra.

Metió las fotografías en un programa de identificación facial que utilizaban en el departamento de policía y se quedó a la espera de resultados.

Mientras tanto, cogió los mapas satélite de la región y empezó a buscar en ellos; su instinto le decía que si el encuentro había sido en Phoenix y Montoya se había hospedado en Mesa, su escondite no estaba tan lejos.

Los miraba sin saber por dónde empezar. Haciendo un repaso de la información que manejaba, y teniendo en cuenta las actividades de los sospechosos, asumió una suposición acerca de la forma en que podían llevar a cabo el acto delictivo, lo que lo llevó a pensar que, para transportar la mercancía, lo indispensable para ellos podía ser una pista clandestina de aterrizaje. Dedujo también que estaban casi en la frontera con México, y Montoya era mexicano. Esto lo hizo incidir en la búsqueda de propiedades con esas características, pero debía establecer un lugar, así que, teniendo en cuenta posibles pasos entre una y otra frontera, buscó los que lindaban con el límite norte del desierto de Sonora. Recorrió el mapa de un extremo a otro, pero era como buscar una aguja en un pajar; era tarde y los ojos le ardían de fijar tanto la vista en la pantalla del ordenador. Volvió la atención al software de reconocimiento facial, pero éste seguía en marcha sin arrojar resultados. Se tumbó en la butaca para descansar su agarrotada espalda, sentía que su estado de ánimo se estaba agriando por no encontrar respuestas.

Cogió el informe del perfil psicológico de Montoya y lo releyó, esperando encontrar en él algo que le permitiera desentrañar dónde buscarlo.

«Se lo considera un hombre falto de sentimientos de culpa, angustia o remordimiento, con importantes carencias en el discernimiento de valores. Ventajista, peligroso criminal con desmedidos deseos de poder y un líder nato ante cualquier grupo. Se adapta medianamente a la sociedad y es manipulador y seductor en sus relaciones personales. Astuto para evadirse, muy peligroso por su rol de líder. Es un hombre ubicuo. No tiene objetivos definidos más que el poder que le otorga el dinero; por tal motivo, no tiene miramientos para buscar la forma de obtenerlo. Es inquieto y busca constantemente lo inalcanzable, no tiene límites de poder. No le gusta tener una vida rutinaria, por lo tanto no acata discernimientos establecidos, es poco paciente y sus caprichos y deseos deben tener una satisfacción inmediata.

»Establece muy escasas relaciones emocionales o lazos afectivos estables. No desarrolla un sentido de los valores sociales. No acata órdenes y cree que lo que hace lleva ganancias al país en donde se asienta, por esa razón se cree digno de vivir por encima de la ley, rompiendo las reglas. Los únicos ideales que persigue son lograr dinero y bienestar materiales, y controlar a otras personas para lograr satisfacciones inmediatas. Es egocéntrico, ordenado y perfeccionista, no acepta errores y jamás asume los propios.

»Según su anterior lugarteniente, Ramón Chávez, quien se alejó de sus filas para formar su propio imperio pero fue capturado, Mario Aristizabal Montoya tiene una especial fascinación por el oro y en la casa que habita en Juárez tiene grifos, duchas, llaves, picaportes y ornamentaciones de este material precioso.»

Era primordial dar con el paradero de Montoya para poder ubicar de alguna forma al miserable de Wheels.

De pronto, un golpeo en la puerta lo hizo salir de su abstracción. Se abrió una rendija y Ana se asomó por ella.

—¿Interumpo?

—Tú nunca interrumpes.

Noah cambió la pantalla del ordenador para que no viera lo que hacía.

—¿No piensas acostarte? ¿Quieres tomar un café?

Miller miró su reloj.

—No creí que fuera tan tarde, creo que mejor me iré a dormir —dijo estirando los brazos y cada una de las vértebras de su columna.

—Pareces cansado, hijo.

Noah se puso en pie, dio la vuelta al escritorio y abrazó a su madre.

—Lo estoy. Pero tenía que atender unos asuntos del trabajo que mi jefe me ha pedido. —Puso una excusa para no revelar sus verdaderas investigaciones, no quería darle a su madre la oportunidad de que indagara—. Ahora me pregunto, ¿qué haces tú levantada a esta hora?

—Nos hemos quedado charlando con Alexa para entretener a Olivia y se me ha pasado la hora.

—¿Oli todavía está despierta?

—Con la sarta de estupideces que hemos dicho Alexa y yo, creo que la hemos desvelado.

Noah entró en la habitación. Alexa aún estaba allí, arreglándole las manos a Olivia para matar el tiempo.

—¡Pero mira quién ha llegado! Aquí lo tienes; la susodicha estaba extrañada de que tardases.

Noah se acercó y besó candorosamente la frente a Olivia; anhelaba poder estrecharla entre sus brazos, pero el estado en el que se encontraba lo hacía desistir de oprimirla contra su pecho; en ese momento era una muñeca de porcelana.

—Te he invadido la habitación, caramelito.

—Ésta es tu casa, Alexa. Además, veo que mi hermosa chica está muy animada, así que, por lo visto, tu compañía le resulta muy beneficiosa.

—Mentiroso, de hermosa no tengo nada, parezco Celia Mae de la película *Monstruos, S.A.* de Disney, por lo púrpura y por el único ojo que tengo a la vista entre tanta hinchazón.

Alexa se rio y se revolvió en la cama.

—¡Estás igual, amiguita! No lo había pensado.

—No muevas la cama —se quejó Olivia.

—Perdón, es que me ha hecho mucha gracia la comparación. De todos modos, el ojo se ha deshinchado bastante con el bistec que te puso Ana, es increíble.

Noah hizo un gesto adusto.

—No me parece motivo para bromear el estado en que te encuentras.

—No seas aguafiestas, Noah, desdramaticemos un poco —lo amonestó Alexa.

—No se trata de desdramatizar, sino de que tome conciencia y no se le ocurra nunca más alejarse de mí.

Se hizo un silencio que Alexa rompió al levantarse de la cama.

—Hasta mañana. —Le dio un beso a su amiga, otro en la mejilla a Miller y le dijo al oído—: No seas duro, está muy sensible. —Él entrecerró los ojos—. Me voy a dormir.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Noah suavizando el gesto cuando se quedaron solos.

—Mucho mejor, pero necesitaría darme un baño.

—Ya me encargo, deja que ponga a llenar el jacuzzi.

Olivia lo oía andar, el borboteo del agua se oía claramente, y también cómo Noah abría y cerraba armarios. La hora tan tardía de la noche potenciaba los sonidos, que llegaban para romper el monótono silencio. Miller volvió a la habitación, sacó de los cajones ropa interior limpia y perfumada para ambos y la dejó preparada. Concentrado, pero caminando grácil y seductor, se despojó de su camiseta, desabrochó el primer botón de su vaquero y se quitó sus Converse bajo la atenta mirada de Olivia; ella admiraba su cuerpo mientras iba y venía ocupándose de todo.

Cuando la bañera estuvo lo suficientemente llena, Miller echó un gel de espuma, fue a por ella y la ayudó a trasladarse hasta allí.

—Quiero caminar —le hizo saber Oli—, tengo que hacerlo.

Se empeñó al ver que él no estaba dispuesto a ceder y pensaba llevarla en brazos.

—Mira que eres testaruda, vamos despacio.

Tambaleante y a paso muy lento, llegaron al cuarto de baño. Noah la dejó sentada en el retrete y terminó de desvestirse, luego la desvistió a ella con cuidado y se metieron en el agua.

La recostó sobre su pecho. Al primer contacto con el agua caliente, el cuerpo de Olivia se estremeció, sintió un escozor que poco a poco fue cediendo para inmediatamente dejarla laxa, percibió cómo el torrente sanguíneo se le aceleraba y su circulación drenaba sangre por todo su cuerpo. Miller puso en marcha el jacuzzi y el masaje la relajó aún más.

—¿Te sienta bien? —indagó él, preocupado por su bienestar.

—Perfectamente, y a tu lado parece irreal. ¿Qué has averiguado?

—Te suplico que ahora disfrutemos el momento, no empieces con las preguntas.

—No empieces tú con tus juegos de palabras para evitar contestarme, no me vas a distraer.

Noah comenzó a darle besos en el cuello, en los hombros, detrás de la oreja, mientras los alternaba con suaves pasadas de sus manos en los brazos y piernas.

—Estás intentando hacerte el sueco y que me olvide de lo que te acabo de preguntar.

—Sí, eso mismo estoy haciendo; además, quiero mimarte, cuidarte, arrullarte en mi pecho, lavarte, adorarte con mis manos y mis besos. Quiero curar con ellos todas las heridas.

—Eres un zalamero, sabes que todo eso me deja sin voluntad.

—Es lo que quiero. Quiero conseguir que con mis besos te olvides de todo. —Le hablaba susurrándole al oído, mientras continuaba con sus expertas caricias.

—Noah, por favor, todo esto me encanta, pero necesito respuestas, necesito saber qué harás, no puedo vivir escondida en Austin.

—Chist, tú no debes preocuparte, todo está en manos de quien debe estar.

—¿Y en manos de quién se supone que debe estar todo?

—Eres insistente —resopló—. ¿Recuerdas a C.C., el que nos llevó al aeropuerto? Mi excompañero es agente del FBI y está encargándose de la investigación.

—Tengo recuerdos borrosos de ese día, estaba muy dopada.

—Lo sé, mañana lo conocerás porque vendrá aquí. Te aseguro que es de mi entera confianza y está moviendo cielo y tierra para conectar a Wheels con Montoya.

—¿Y ha podido averiguar algo?

—Tú ocúpate de ponerte bien, que te echo demasiado de menos. —Le mordió la oreja y la abrazó posesivamente aunque sin hacer presión.

Permanecieron en silencio, un silencio que ocupó todo y que acrecentó el sentimiento de culpa que Noah profesaba al reparar en los cardenales que ella exhibía; cerró los ojos y se sintió más culpable aún, de pronto tuvo la necesidad de expresar lo que sentía y le habló al oído:

—Perdóname. Estás así por mi culpa. —La locuacidad se le había esfumado, las palabras no le salían porque ese sentimiento parecía ingobernable en su cuerpo.

—Noah, no te sientas culpable por nada.

—No tendría que haber permitido que regresaras a esa casa. Pero me dejé cegar por el enfado de que me mintieras y eso me hace el único responsable de que hayas tenido que pasar por todo esto nuevamente, te juro que la culpa me está matando, sólo espero que puedas perdonarme.

Olivia lo escuchó silenciosamente mientras Noah le refería su pesar; se había abierto ante ella sin caer en ninguno de los subterfugios de los que últimamente se había valido para no hablarle.

—Yo me empeciné en volver por Brian —afirmó la joven sin dar el brazo a torcer.

—Pero yo no te lo tendría que haber permitido, esa noche ya había dado indicios de que volvería a tornarse violento. Eres lo que más quiero, y me comporté como un necio haciéndote sufrir. Debo pedirte perdón por todo, por la humillación que pasaste al llegar esa noche a mi casa y que me vieras en la cama con otra, fui un iluso al pensar que podía borrarte de mi vida; perdón por no haberte cuidado, por no poner por encima de todo lo que significas para mí y haberte expuesto. Te prometo, y no es en vano, que te cuidaré con mi vida. No soy un charlatán, voy a demostrarte que puedes confiar en mí.

—Basta, Noah, por favor, basta. No quiero que te sientas culpable. Yo tomé una decisión y nadie me obligó, asumo todas las consecuencias.

Él sacudió la cabeza, porque no lo creía así, pero para no incordiarla no siguió con el asunto, Olivia podía ser muy tozuda si se lo proponía. Tenían las manos entrelazadas.

—¿Por qué, cuando me llamaste avisándome de lo que había pasado, me dijiste que él sabía lo nuestro?

—Por algo que me dijo cuando me asestó el primer golpe y... —dudó en continuar—, por lo que dijo cuando se fue.

—Quiero que me lo cuentes todo, todo.

Olivia dudó una vez más, pero Miller insistía y la animaba a sincerarse; además, le pesaba todo tanto que finalmente ella se dejó vencer por sus resquemores y le relató con un hilo de voz cada uno de los hechos, le contó desde que había despertado esa mañana feliz por el recuerdo de sus caricias y sus besos, hasta que su felicidad se había transformado en tormento cuando abrió los ojos y lo vio allí sentado mirándola impasible.

—Me preguntó adónde había ido por la noche, y cuando le respondí que estuve con Alexa me gritó que era una mentirosa y comenzó a golpearme.

Revivió cada golpe, cada atropello, revivió cada palabra, cada grito; de repente paraba su relato y él la animaba a que continuara, necesitaba oírlo todo para poder hacer su trabajo y dilucidar cuánto sabía Murray.

—No entiendo por qué dices que sabe de lo nuestro.

Olivia no le había contado nada verdaderamente revelador.

A ella le faltó el aliento, sabía que después de contar lo que estaba a punto de contar nada sería igual, dudó una vez más si continuar, pero ella también necesitaba sacarlo todo, necesitaba mutar de piel, salir de la que llevaba y hacerse con otra para comenzar de nuevo. Se echó a llorar y finalmente dijo:

—Prométeme que no dejarás de amarme después de que te lo cuente todo.

—Jamás, jamás podría dejar de amarte.

Noah le aferró las manos con fuerza y le besó la mejilla y el cuello, cerró los ojos para profundizar su promesa y el beso. Se estaba preparando para escuchar lo que no deseaba oír, presentía que no era algo bueno. Incluso lo supo antes de que ella lo expresara, se sintió temeroso, cobarde, más cobarde que nunca, y rogó e imploró a su Dios que no fuera lo que estaba intuyendo.

—Cuando ya me tenía desprovista de todas las fuerzas... —Hizo una pausa, y tras ella se hizo un silencio insondable hasta que finalmente reunió coraje y continuó—: Me violó, yo no quería, te juro que luché para quitármelo de encima, pero no pude, sentí mucho asco, pero no tenía más fuerzas.

Noah se levantó del agua y apretó los puños, mientras salía de su garganta un grito impío, un grito resonante que masculló entre dientes, un grito que le quemó en la garganta y que se la destrozó; pero ese dolor no llegó a superar el sufrimiento que había horadado su pecho. De su cuerpo caían gotas de agua mezcladas con sudor, producto del estrés que la noticia le había ocasionado en el torrente sanguíneo, llevando a subir su adrenalina de manera inusitada.

—Cuando se estaba yendo —continuó ella relatando temblorosa entre respiraciones y sollozos—, me indicó que se iba de viaje nuevamente, y que si salía de ahí me enviaría la cabeza de Brian. Antes de cerrar la puerta dijo, burlándose de mí: «Ahora ya tienes lo que saliste a buscar por ahí. No entiendo, Oli, por qué necesitas que otro satisfaga tus necesidades, cuando bien sabes que siempre estoy dispuesto a darte mi amor».

La verdad tronó contra su entendimiento y se insertó de lleno en su alma. Noah apretó los dientes y los hizo rechinar, sintió las mandíbulas entumecidas por la presión.

Ciego por el escarnio al que su mujer había sido sometida, creyó que se abrían grietas a sus pies y él era alcanzado por el magma que ascendía a través de las fisuras de la tierra; su cuerpo ardía de rabia, de impotencia, de dolor, creyó que era más de lo que podía soportar. Sacudió la cabeza y pensó en retrospectiva, ansió que la misma grieta lo tragara. Un cariz de cordura moderó su temple y lo hizo reparar en los sollozos sin consuelo que Olivia emitía. Se obligó a buscar la templanza que su ánimo había perdido y volvió a sumergirse en el agua para acunarla en su desdicha.

—Te amo, no llores, lo superaremos, lo superaremos todo, te prometo que mi amor será lo suficientemente grande para acallar tu dolor.

—Perdóname, me pediste que me protegiera y no lo hice. Cuando lo tenía encima de mí, en lo único que pensaba era en los besos y las caricias que me habías regalado la noche anterior, pensé en todo momento en ti, y en cuanto me di cuenta de que luchar era en vano, separé mi cuerpo de mi mente y me transporté a otro lugar.

Aunque Miller intentó contenerlas, no lo logró. Sus lágrimas brotaron sin mesura y se hundió en el cuello de Olivia: no la merecía, no se creía digno de ella. Él la había desprotegido, sentía que se la había servido en bandeja y ahora se consideraba un ser despreciable a su lado; su egocentrismo lo había llevado a darle la espalda y ahora no había marcha atrás.

Tragó el nudo de sensaciones que se había desatado en él, estaba devastado. La consoló hasta serenarla, la aseó como un experto hasta que se cercioró de que la lavaba íntegramente, como si haciéndolo sacara las huellas que ese malnacido había dejado en ella. Se enjabonó él con rapidez y salió del agua para secarse deprisa, después la ayudó a ponerse en pie y la cobijó en su pecho, envolviéndola en una mullida, fragante y suave toalla. En silencio, la levantó en sus brazos y la llevó a la cama. La secó, le aplicó el vendaje en las costillas, como le había explicado Nacary que lo hiciera, y pensó en que tendría que instruir a Alexa para cuando él ya no estuviera en Austin. Le secó el pelo y luego la ayudó a que se acostara, acomodó las almohadas para que quedara semisentada y se aseguró de que estuviera cómoda, arropándola en el más profundo de los silencios, un silencio que recrudecía el momento. Se acostó a su lado y apagó la luz.

Su cabeza era un martirio de pensamientos. Deseaba inmolarse; si con eso hubiera podido cambiar el curso de las cosas, en ese momento le habría entregado su alma al diablo con tal de volver la página y reescribir la historia.

Ninguno de los dos dormía, ninguno de los dos tenía la paz suficiente para conciliar el sueño.

—¿Duermes?

—No.

—Me odias, me desprecias, te da asco tocarme, ¿no?

—No, Olivia, ¿cómo puedes creer eso? —Aunque se esforzaba, no podía darse la vuelta y enfrentarse a sus ojos, que brillaban en la oscuridad de la habitación—. Deja de pensar bobadas.

—¿Por qué no me hablas? De pronto te has puesto frío conmigo.

Miller apretó los ojos y respiró de forma disonante. Se obligó a mirarla, pero no pudo.

—Me odio a mí mismo. No soy digno de tu amor.

—No puedo abrazarte, no puedo darte la vuelta, hazlo tú, por favor —le imploró—. Tu amor es lo mejor que me ha podido pasar en la vida, ¿cómo puedes decir eso?

—Un amor que te pone en brazos de otro.

—Dios, no tendría que habértelo dicho, sabía que me rechazarías.

—No te rechazo, Oli.

—Abrazame, entonces.

—No puedo, no debo hacerlo, no te merezco, me estoy castigando a mí mismo por no protegerte. Me considero tan nocivo como él en tu vida.

Olivia emitió un grito de dolor, y es que a pesar de la inmovilidad por la fractura, se había incorporado en la cama.

—¿Qué haces? ¡Vas a lastimarte!

—Tú me estás lastimando, al negarme tus abrazos. —Noah se arrodilló en la cama y la ayudó para que se recostara—. Hace un momento en la bañera me has dicho que lo superaremos, que tu amor es inmenso para que pueda olvidarlo todo, y ahora, ¿qué me dices? Necesito un abrazo que me haga sentir que me amas. ¿Es mucho pedirte?

—Es que... no quiero hacerte más daño, y últimamente todo lo que hago te daña, estoy devastado, creo que en el fondo eres más fuerte que yo.

—Te doy mi fuerza, entonces, pero no te alejes, te necesito a mi lado.

Miller se acercó a sus labios, se los lamió, ella no podía devolverle el beso porque los tenía muy lastimados, apenas podía moverlos para gesticular palabras.

—Te amo —le dijo arrullándolos. Siguió besándolos suavemente.

—Eres la fuerza de mis latidos, por ti me levanto cada día, sólo deseo que llegue el momento de que podamos vivir esto que sentimos, sin necesidad de ocultarnos, necesito que la gente vea y sienta lo mucho que has cambiado mi vida, que me vean feliz, en paz, que me vean cómo soy, porque tú con tu amor has rescatado a ese ser que vivía en mí y que estaba muriendo poco a poco cada día y que ha vuelto a renacer por ti, por tu amor.

—No te dejaré sola en esto. No estás sola, aunque dude de mi esencia, aunque dude de cómo seguir, aquí estaré siempre que me necesites.

Miller no pudo conciliar el sueño durante toda la noche. Se sentía enfadado con la vida misma, se preguntaba una y otra vez hasta cuándo Oli tendría que padecer tantas desdichas. Ella decía que él era su salvación, pero él no lo consideraba así, puesto que no atinaba con sus actos para que dejara atrás sus padecimientos. Aunque su amor hacia ella era cada día más profundo, lo que había sucedido lo convertía, a su entender, en un ser poco digno de estar a su lado. Por otra parte, lo sublevaba la masedumbre con la que ella aceptaba su destino, esperando un cambio que parecía llegar siempre a medias y que él no era capaz de entregarle por completo, aunque así lo quisiera.

Sentado en el sillón del despacho, miraba a través de los ventanales, con la vista perdida en el paisaje y la mente concentrada en averiguar qué era lo correcto. Por momentos ansiaba olvidarse de que era detective de la policía, anhelaba dejar a un lado su cargo y su juramento y que prevaleciera el hombre indomable que habitaba en él, esa fiera que anidaba en sus entrañas y que amenazaba con salir como un depredador, para apartarse de la ley y hacer justicia con sus propias manos. Lo sucedido lo ponía cara a cara con la verdad de sus tormentos, esos que cada día se apoderaban más y más de sus sentimientos, esos que le hacían entender que ya no le bastaba con la justicia de la ley, y él, que no temía a casi nada, tenía miedo entonces de lo que sería capaz de hacer. Era en aquel momento cuando sentía que perdía los valores recogidos a lo largo de su vida, dejaba de invocar sus preceptos y de atenerse a su hegemonía y a su idiosincrasia, exhortándose a recordar su juramento: «Juro lealtad a la bandera de Estados Unidos de América y a la República por la que se sostiene, una nación sometida a Dios, indivisible, con libertad y justicia para todos».

Necesitaba creer nuevamente en ese juramento realizado, necesitaba creer que con la ley en sus manos, y el buen uso de ella, podría conseguir la justicia que Olivia merecía y esperaba de su parte.

Era pasado el mediodía y después de renunciar a sus bajos instintos, probaba a hilar datos y transitaba entre hipótesis formuladas. Lo que Olivia le había revelado aquella noche lo había desequilibrado, pero de todas maneras intentaba encauzar sus pensamientos para poder desmadejar lo que Wheels había dicho. Todo le hacía suponer que el senador no sabía a ciencia cierta quién era él, porque de ser así, lo habría utilizado con Olivia para doblegarla nuevamente. Estaba casi seguro de que sabía de su existencia, pero no de su identidad, lo que le permitía, sin duda, seguir jugando con ventaja, pero una ventaja que estaba a punto de desaparecer.

Se encontraba concentrado estudiando los activos de las compañías en las que participaba el senador y que él consideraba una pantalla; en todas se repetía un patrón: aceptación de varias transferencias de pequeños valores, depósitos de cheques y órdenes de pago (*money orders*) en giros postales que se transferían a las Islas Caimán.

Frente a tantos movimientos de activos en las empresas donde figuraba como socio, si se cotejaban las cuentas de Wheels él sólo vivía de su sueldo de senador, lo que hacía suponer que los estados de sus finanzas reflejaban resultados muy diferentes ante el apogeo de las empresas que él encabezaba.

Por otra parte, comparando el resultado de otras empresas del mismo sector con las que estaban bajo su lupa, no se obtenían los excelentes resultados de éstas y el crecimiento tan rápido.

Empezó a indagar en las obras que supuestamente se llevaban a cabo en ellas y descubrió que, en varias ocasiones, sus empresas se habían presentado a concurso en obras públicas del estado y que él había ganado en la mayoría, lo que indicaba una maniobra arriesgada puesto que involucraba en el blanqueo al mismo estado de Nueva York.

Miller estaba pletórico ante los nuevos descubrimientos, sentía que lo tenía cada vez más acorralado, y lo mejor de todo era que no sospechaba que se trataba de él; pero aun así no conseguía conectarlo con Montoya. Rastreando los activos de cancelación de grandes préstamos que las compañías habían adquirido en diferentes bancos, vio que en cuanto Wheels se incorporaba a dichas empresas, repentinamente y sin justificación aparente se realizaban cancelaciones de deudas contraídas.

Llamaron a la puerta del despacho, era Julián.

—Entra, padrino.

—Te buscan, querido, un tal Collin Crall está en la sala esperándote.

—Gracias, ya voy.

Guardó la información conseguida y salió a su encuentro. Allí se fundieron en un sentido abrazo.

—C. C., qué bien que hayas venido.

—Vaya, debo confesar que estoy consternado con el lujo de este lugar. Jamás imaginé que villa La Soledad fuese un paraíso así.

—Es sólo una casa, no le des importancia, sabes perfectamente que yo no se la doy.

—No entiendo qué leches haces trabajando de detective, con todo este patrimonio. —Hizo un ademán con la mano abarcando el lugar.

—Mi vida es la de detective de la ciudad de Nueva York, esto es un extra, que cuando apareció no tuve opción de rechazar y que hoy utilizo tan sólo porque Olivia lo necesita. De no ser por ella, jamás habría puesto un pie en esta casa, y lo sabes perfectamente.

—Estás loco, siempre lo he sabido, y ahora que veo este lugar termino de comprobarlo.

—Noah, ven por favor, porque yo ya no puedo con ella —dijo Alexa entrando en el salón. Los hombres le dedicaron toda su atención—. Hola —balbuceó ella tímidamente al ver a Collin sentado en la sala.

—Hola, Alexa —dijo él poniéndose de pie para saludarla. Mientras desplegaba toda su sensualidad, le dio un beso en la comisura de los labios.

—No sabía que estabas tan bien acompañado —dijo la joven ofreciendo una sonrisa descarada.

—Muchas gracias, espero ser realmente una buena compañía, pero para ti.

—Hola, estoy aquí —dijo Noah y los tres se rieron—. ¿Qué has dicho, Alexa?

—Ah, sí, que vayas y te hagas cargo de Olivia, porque la voy a tirar por el balcón de la habitación. Se nota que se siente mejor y está más cabezota de lo habitual, se quiere levantar.

—Ya me encargo yo —dijo Miller, dirigiéndose hacia la escalera, y antes de desaparecer solicitó—: ¿Serías tan amable de indicarle a C. C. dónde están las habitaciones? Me ha dicho Josefina que ha preparado una para él, pero no está para llevarlo, ha salido con mi madre. Te dejo con Alexa, amigo, creo que no te disgustará que lo haga.

—Claro, no te preocupes, yo me ocupo de que se instale cómodamente —bromeó la joven.

Noah entró en la habitación, Olivia estaba sentada en un lado de la cama.

—¿Qué haces levantada?

—Me siento mejor, quiero pasar el día contigo porque mañana te vas.

—No estoy de acuerdo en que te levantes, prefiero que te quedes en la cama. Nacary fue muy clara: si te mueves, tendrás dolor y no se te puede ajustar el vendaje para que no se mueva tanto la fractura, porque eso podría ocasionarte una neumonía. No busquemos complicaciones innecesarias, por favor, Olivia. No abuses de tu pronta recuperación.

Ella hizo un ademán para ponerse en pie, pero cualquier acción que llevara a cabo le suponía una gran agonía.

—Me harás enfadar, Olivia. —Ella no le hizo caso.

—¿Me ayudarás a vestirme o me dejarás hacerlo sola? —Caminaba hacia el vestidor, donde suponía que estaba su ropa.

—No puedes ser tan cabezota.

—No quiero ser una carga para nadie, y menos para ti. Sólo me quedan los morados, por suerte hoy he amanecido con el ojo desinflamado y en unos días me quitarán los puntos del pómulo, sólo espero que no me quede una cicatriz muy grande. Lo más incómodo son las costillas y el corte de la boca, que no me permite moverla con libertad.

—¿Lo más incómodo? —Noah se pasaba las manos por el pelo y la miraba fulminándola—. ¿Sólo lo consideras incómodo? Yo lo considero gravísimo.

—Porque eres un exagerado.

—Contigo es imposible.

—Gracias por no imponerte más de la cuenta y dejarme decidir, sé que no soy buena paciente, no soporto estar en la cama. Pero sobre todo, quiero disfrutarte antes de que te vayas.

Noah se pasó la mano por la frente.

—No me fastidies con lo de las decisiones, eso es jugar sucio y lo sabes bien, estás abusando de mí. Déjame al menos llamar a Nacary y ver si te autoriza a que andes. —Habló sin convicción—. Estoy más loco que tú por ceder a tus caprichos y a que te levantes.

—No seas exagerado —dijo Nacary por teléfono—. No está postrada, si ella considera que puede hacerlo, siempre y cuando no haga esfuerzos mayores, déjala que se levante.

Olivia esbozó un gesto triunfante al oír a su cuñada al otro lado de la línea, pues lo había obligado a que pusiera el altavoz para escuchar.

Finalmente estaban en la sala, Oli se había salido con la suya y se había levantado, pero reposaba en el sofá; ésa había sido la condición para dejarla bajar después de que Miller hablase con su hermana.

—¿Dónde están todos? Me has dicho que ha llegado tu amigo.

—Mi madre y Josefina han ido de compras. Alexa y Collin, supongo que arriba, ella iba a indicarle cuál era la habitación que debía ocupar.

—¡Qué peligro! Alexa me ha manifestado que tu amigo le gusta.

Sonó el timbre, Julián estaba en el jardín, así que Noah fue a abrir. Cuando abrió la puerta, no pudo disimular su asombro.

—¿Qué haces aquí?

—Necesito ver a mi hermana. Y no empieces a sermonearme —le advirtió cortándolo en seco—, no soy tan inconsciente, he tomado un vuelo a Dallas y de ahí otro a Houston, donde alquilé un coche de mala muerte que me trajo hasta la entrada de la ciudad, y finalmente he cogido un taxi para llegar hasta aquí. —Noah cerró los ojos aliviado por la respuesta y abrazó a Brian mientras le daba la bienvenida—. Ha sido un viaje eterno, pero sé que mi hermana me necesita.

—Bien pensado, ven, vamos a sorprender a Oli. —Entraron en la sala—. ¡Mira a quién te traigo! —expresó Noah con voz alborozada.

Olivia al verlo se emocionó de inmediato y se cubrió la cara con las manos sin poder contener las lágrimas. Brian corrió a su lado para abrazarla y llenarla de besos.

Una vez sobrepuesta de la emoción, lo interrogó:

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo lo supiste?

—Necesitaba verte, ayer hablé con Noah y entre coger un vuelo a Washington y arruinarlo todo, hice acopio de mi instinto y he venido a verte, quería que supieras que no estás sola. —Le besó las manos y continuó hablando—. Te aviso de que me llamó papá furibundo, está al tanto de que dejaste tu casa. Murray le ha dicho que te has ido con tu amante, y esta mañana papá me ha llamado a mí para ver qué sabía.

Noah y Olivia se miraron.

—Hipócrita, ¿qué le dijiste a papá?

—La verdad...

—¿Qué? —preguntaron los dos a la vez.

—La verdad es lo que habría querido gritarle, pero también quiero a ese hijo de puta en la cárcel, así que fingí que me enteraba de todo y hasta renegué de ti, Oli, para que el viejo me creyera. Amigo, cuando lo detengan, que a alguien se le escape un disparo y le impacte a Murray, hazme el favor.

»Disfruto de antemano pensando en cuando papá y mamá se enteren de que el gran senador es un corrupto, ¡qué desprestigio para la familia! —se mofó—. Lo mejor de todo es que él lo eligió para ti, recuerdo cuando te convencía de que era el mejor candidato. Ahí lo tiene ahora, se va a tener que tragar sus palabras; las veces que me ha dicho que por qué no era como Murray, llegó a decirme que deseaba que él fuese su hijo y no yo.

Noah le dio una palmada en el hombro.

En ese preciso instante entraron Collin y Alexa, él le susurraba algo al oído y ella se retorcía por lo dicho.

Brian los miró calculando la complicidad entre ellos. Noah se percató de inmediato del gesto de enfado de su amigo y se extrañó. Inmediatamente, el afamado modelo se puso en pie y salió a saludar a Collin, que también se alegró de verlo.

—¿Cómo estás?

—Bien, muy bien, trabajando. Tú siempre tan condenadamente guapo, Brian, no es justo, no dejas mujeres para nosotros.

—Tienes lo tuyo C. C., no te hagas el humilde. ¿Cómo estás, Alexa?

Se acercó, la cogió del brazo y le dio un beso bastante largo.

—Hola, Brian, no sabía que vendrías.

—Nosotros tampoco lo sabíamos —dijo Olivia.

—¿Cómo estás, Olivia? Te veo más repuesta —expresó Collin mientras se acercaba a saludarla.

—Mucho mejor. Disculpa, te recuerdo vagamente de cuando nos llevaste al aeropuerto, estaba muy narcotizada por los calmantes ese día.

—No te preocupes, ya tendremos tiempo para conocernos.

—Gracias, Noah ya me ha contado que llevas la investigación.

—Así es, tú despreocúpate, que Noah y yo nos encargaremos de hacerle pagar todos sus delitos al senador. Incluso llegará el momento en que puedas cobrarte los que ha infligido a tu persona.

—Déjame darte las gracias también, agente especial del FBI: me tranquiliza saber que alguien de confianza está ocupándose de todo.

Brian y él se palmearon las espaldas.

Por la noche, todos se reunieron en la sala para cenar en el comedor. Noah y Crall se apartaron un momento y se quedaron en el despacho hablando un poco del caso. El detective le dio a su amigo las últimas novedades que había descubierto y analizaron juntos la situación. El agente del FBI también tenía la corazonada de que la guarida del narcoterrorista se encontraba próxima a la frontera con México, y consideraba viable la opción de buscar una pista clandestina para dar con él.

—Lo que necesitamos, además de encontrarlo, es relacionarlo con el senador; eso es lo que hoy por hoy me quita el sueño.

—Tal vez si le pusiéramos un micrófono a Olivia como te sugerí... ¿lo has pensado?

—Ni se te ocurra volver a mencionarlo. No insistas más, porque no voy a exponerla, puedes quitarte eso de la cabeza, jamás lo permitiré.

—Te entiendo, pero por el momento no veo otra salida.

—Yo creo que esto terminará cayendo por su propio peso; es como un juego de dominó en el cual una ficha acabará desmoronando a la otra, sólo debemos dar con la información precisa.

—Yo también lo creo, pero sabes que investigaciones así pueden durar mucho tiempo, y Olivia también necesita recuperar su vida normal, no puedes mantenerla aquí aislada de todo.

—Eso también lo sé, y es lo que me preocupa. Aún jugamos con el efecto sorpresa, el senador no sabe quién soy yo y qué lugar ocupó en la vida de Olivia, por eso la voy a mantener aquí oculta, pero en cuanto descubra a qué me dedico no le costará imaginar que estamos tras él, y sabrá de inmediato que haber puestos las fotos de Montoya y de Brian en nuestras manos ha sido su sentencia. Quedarían expuestos a todo.

—Y tú también, y lo sabes. Si eso ocurre, harían desaparecer todas las pruebas y nada de lo que hoy tenemos nos serviría.

»Voy a conseguir una orden para peinar la zona, quiero que un avión sobrevuele el lugar en busca de algo que nos lleve a ellos. Necesitamos movernos con rapidez.

En la cocina, Ana y Josefina se encargaban de prepararlo todo para servir una suculenta cena.

—Es increíble que en esta casa se oigan tantas voces.

—Ojalá Noah se quedara a vivir aquí —fantaseó su madre.

—Tú podrías hacerlo cambiar de opinión si te decidieras a hablar de una vez. ¿No crees que tu hijo tiene edad suficiente para entenderte?

—Le mentí, le oculté la verdad y le hice creer que su padre lo despreciaba, cuando en realidad hizo lo que su orgullo herido le permitió. No soportó la incertidumbre de no saber si Noah era su hijo o de su hermano, Noah jamás me perdonará haberle mentido. Brandon no soportó mi traición, él me amaba y tú lo sabes, pero las cosas se dieron de tal forma que nada entre nosotros pudo recomponerse. ¿Crees acaso que si le digo todo esto él no me despreciará como lo hizo su padre? No podría soportar el desprecio de mi hijo, Jose.

—Pero Noah tiene derecho a saber la verdad.

—¿Qué verdad es la que debo saber?

Ana palideció de pronto, sintió que las piernas le cedían, tragó el nudo que se le hizo en la garganta y creyó que se desvanecería.

—Mamá, ¿te encuentras bien?

Noah salió a su encuentro y la sostuvo para que no se cayera, la sentó en una silla y Josefina le acercó un vaso de agua.

—¿Estás bien?

—Sí, hijo, estoy bien —dijo con un hilo de voz—, no te preocupes.

—¿Qué es lo que me estás ocultando?

Josefina y Ana se miraron.

—Mamá, ¿acaso se trata de tu salud?

—Voy a terminar de poner la mesa —dijo Josefina; no podría soportar si Ana decidía mentirle a Noah.

—¿Vas a decirme de una vez por todas lo que me ocultas?

Miller se expresó con impaciencia. Ana intentó recuperar la compostura, sabía que de ésta no se libraba, el momento de hablar había llegado.

—Cariño, no te impacientes, ve y disfruta de la cena con tus amigos, te prometo que luego hablamos, te aseguro que no es nada que no pueda esperar unas horas más. Estoy bien, no debes alarmarte.

A regañadientes, Noah aceptó hablar después de la cena. Durante la comida permaneció cabizbajo y meditabundo, y Olivia lo advirtió.

—¿Pasa algo?

—No, nada —aseguró él agitando la cabeza.

—No has tocado tu comida, sólo la has revuelto.

Noah levantó la cabeza, y clavó su mirada inquisitiva en la de su madre, que permanecía expectante a las reacciones de su hijo.

Todos dormían en la casa, incluso Olivia. Noah se levantó y se dirigió a la habitación de su madre, sabía que ella lo estaba esperando, y Ana sabía que su hijo no iba a dejar pasar la oportunidad. Cuando lo vio entrar, se cubrió la cara y se echó a llorar.

—Mamá, me estás asustando por Dios, déjate de intrigas y habla de una vez.

—Perdón, hijo, perdón, te juro que he intentado muchas veces hablar contigo, pero pensar en tu rechazo ha hecho que callara todos estos años.

—¿De qué estás hablando?

—Noah, hijo, sólo espero que puedas perdonarme. —Lo miró a los ojos, respiró profundamente y se armó de valor—. Al principio, enojada por su rechazo, lo culpé de todo, pero luego la vergüenza me llevó a continuar callando.

Lo hizo sentar en la cama junto a ella y comenzó con el relato, un relato que se remontaba casi treinta años atrás.

—Yo acababa de llegar de España, y por medio de una carta de recomendación que traje de un tío mío que trabajaba para la embajada aquí, conseguí el trabajo con tu padre, también por Josefina, que era mi vecina, claro, ella también le habló de mí. Yo le daba clases de francés, así lo conocí, ya lo sabes, él tenía negocios en Francia y yo lo ayudaba con las traducciones. Pasamos muchas horas juntos y nos enamoramos, las clases pasaron de ser simples lecciones a compartirlo todo. No le fue difícil conquistarme, me trataba como un caballero, era muy atento, educado, al ser mayor tenía ese viso de experiencia, y no era inexperto en ningún sentido. Yo lo admiraba; por ese entonces, su negocio era grande y crecía a pasos agigantados. Eso fue lo que más me atrajo de él, su capacidad para negociar, se metía a todos en un puño.

»Tenía una personalidad avasalladora y se imponía dondequiera que entrase, fue el mejor negociador que he conocido. Él significaba la seguridad por encima de la pasión, me ofrecía una vida sin preocupaciones, prometía velar siempre por mí, me amaba y yo lo amaba a él. Era muy apuesto también, se parecía mucho a ti. —Le acaricié la mejilla—. Me sedujo su poder, su intelecto y su protección, yo estaba sola en Estados Unidos y su afecto y ternura me atrajeron de inmediato. Por aquel entonces, su medio hermano llegó un día, pidiéndole trabajo, y él se lo dio. Ellos nunca se llevaron bien, pero cuando tu abuela murió le hizo prometer que seguiría tratándolo como a un miembro de la familia. Eran hermanos por parte de padre, tu abuelo había muerto mucho antes que tu abuela paterna y ella crio a Francis como a un hijo más. Tu tío era un bala perdida que se jugaba todo el dinero que se metía en los bolsillos, por eso siempre vivía al día; pero también era un hombre muy carismático, culto y con muy buena presencia. Tu padre, entregándole un último atisbo de confianza, lo puso a cargo de los negocios de Francia; a Brandon le fastidiaba estudiar el idioma, así que relegó en él esa responsabilidad. Entonces, Francis y yo empezamos a pasar mucho tiempo trabajando juntos, cuando ya estaba comprometida con tu padre.

—No sabía que tú y mi padre hubierais llegado a comprometeros.

—Íbamos a casarnos.

Noah la escuchaba atento y abstraído. Ana estaba revelándole cosas que nunca antes había sabido.

—No lo entiendo, dices que ibais a casaros, luego teníais una relación importante. ¿Por qué os separasteis? Siempre he creído que él te sedujo y cuando supo que estabas embarazada te dejó. Eso es lo que siempre me has dicho.

—Déjame seguir, Noah, es hora de que sepas toda la verdad.

»Tu padre había comenzado a viajar mucho, su negocio había empezado a expandirse y pasaba largas semanas ausente de la ciudad; a veces yo lo acompañaba, pero él siempre estaba en largas reuniones de negocios y yo encerrada en los hoteles, aburrida y sola, así que poco a poco dejé de acompañarlo.

Exhaló un hondo suspiro y quiso continuar, pero los sentimientos le jugaron una mala pasada. Se cubrió la cara con las manos y se echó a llorar nuevamente; aun así, siguió con el relato, sin mirarlo ya a la cara.

—Tu padre había viajado a California, se suponía que era un viaje de unos pocos días, pero se alargó unas semanas porque de ahí se fue a Suiza. Un día de principios de mayo, muy caluroso, yo nadaba en la piscina cuando tu tío apareció en traje de baño y se tiró al agua, nadamos y conversamos un largo rato, una cosa llevó a la otra y nos besamos, terminamos en la caseta del fondo haciendo el amor. No nos dimos cuenta de que nos observaban, y de pronto tu padre irrumpió dentro y lo quitó de encima de mí. Fue muy vergonzoso, se pegaron, ambos quedaron muy magullados, yo me vestí y tu padre nos echó a los dos.

»Era joven, y me embriagué por el embelesamiento de que dos hombres lucharan por mí. Brandon significaba el amor correcto y protector, mientras que Francis era la pasión personificada; cedí a sus encantos y me dejé llevar por la fogosidad que él me demostraba.

»Intenté hablar con Brandon, explicarle, quise arreglar las cosas. Yo lo amaba, Noah, te juro que tu padre fue el gran amor de mi vida, pero él no quiso escucharme y se volvió inalcanzable para mí.

»Habían pasado casi dos meses cuando me enteré de que estaba embarazada. Intenté buscarlo para decírselo, pero no hubo manera de que me recibiera; tu tío, por supuesto, había desaparecido, nunca más supe de él. Yo no sabía qué hacer, ni siquiera sabía...

—Quién era mi padre —dijo apesadumbrado y ella asintió.

—En el fondo sabía que era Brandon.

»Lo encontré un día, mi embarazo ya estaba bastante avanzado y se notaba, me miró con desprecio, con odio, y aun así se acercó a mí y me preguntó de cuánto estaba; creo que en el fondo tenía la esperanza de ser el padre. Pero le mentí, yo estaba dolida por sus continuos rechazos y ya había decidido tenerte sola, no me importaba saber quién era el padre de mi bebé: eras mío, eso era lo único que me importaba.

Noah se levantó de la cama y se acercó a la ventana, corrió la cortina y miró a lo lejos. Una lágrima se le escapó de los ojos.

—Me negaste a mi padre, me quitaste su cariño de manera arbitraria, sólo porque él te había rechazado cuando tú...

—Perdón, hijo, perdón.

Ana se levantó y lo abrazó por detrás. Noah permaneció estático, luego se apartó de ella y la observó con una mirada que rezumaba desprecio.

—¿Cuándo supo él que yo existía? Me refiero a que yo podía ser su hijo.

—Un día estábamos en el centro comercial de Texas, Nacary, tú y yo, y nos lo encontramos. Él te clavó los ojos de inmediato, creo que se vio reflejado en ti en cuanto te vio. A partir de ahí, comenzó a hacerle preguntas a Josefina. Yo había perdido el contacto con ella cuando me casé con Armand, pero ya hacía unos años que nos habíamos reencontrado. Cuando ella me dijo que Brandon preguntaba por mí y que la había interrogado por el padre de mi hijo, tuve miedo de que te apartara de mi lado. Él era poderoso, tenía dinero, y yo le había mentido; tuve miedo de perderle, Noah; él nos buscó incansablemente hasta que dio conmigo, se lo conté todo y decidimos callar para no humillarte a ti y tampoco a mí, eso fue cuando Armand murió. Él me ayudó económicamente desde entonces, aunque no sabíamos si tú en realidad eras su hijo y fuimos cobardes los dos, creo que temimos que no lo fueras. Cuando se supo enfermo, quiso recomponer las cosas contigo, y el resto ya lo sabes.

—Me mentiste, mamá —dijo Noah tras un profundo silencio; se había apartado de su madre y le hablaba receloso, acusador—. Nos impediste disfrutar al uno del otro.

—Dios, te juro que no me enorgullezco, pero ¿qué podía hacer? Yo estaba sola en este país, él me odiaba, me había dicho que me quería ver hundida y arrastrada, me echó con un cheque en blanco en la mano, ésa fue mi indemnización, pero nunca lo cobré. Cuando supe que te tenía en mi vientre te protegí para mí, él nos habría apartado, me despreciaba y tenía poder.

—¿Has sido muy egoísta! —Noah gritaba y lloraba—. Tú sabes que él no te odiaba, de hecho te amó tanto que nunca se casó con otra. Ni siquiera me permitiste despedirme como él merecía.

Los gritos despertaron a Olivia, que dormía en la habitación contigua. Se levantó con dificultad y acudió al lugar donde los reproches y los alaridos de Noah parecían no tener fin.

—¿Por qué le hablas así a tu madre, Noah? Estás haciéndola llorar.

—No te metas, Olivia, ve a la habitación.

—Deja de gritar como un desquiciado, despertarás a todos.

—Si no quieres escucharme vete de aquí.

—Perdón, hijo, perdón.

—No tienes perdón.

—Noah, es tu madre, no le hables así.

—Olivia, te he dicho que no te metas.

—No me grites, Noah, pareces un energúmeno.

—Si no quieres que te grite, vete a la habitación, esto es entre mi madre y yo.

—Tranquilízate, Ana. —Olivia se acercó al tocador, donde había una jarra con agua y un vaso. Lo llenó con dificultad y se aproximó a Ana para que bebiese—.

¿Por qué no os tranquilizáis los dos?

—Perdóname, hijo, te lo suplico.

Olivia seguía sin entender absolutamente nada. De pronto, Noah dio dos zancadas, abrió la puerta y se marchó del lugar, dando un portazo que hizo sobresaltar a ambas mujeres.

Ana lloraba sin consuelo, y por más que Olivia intentaba consolarla, sus esfuerzos parecían inútiles. Finalmente, cuando hubo sosegado el llanto que la aquejaba, se lo explicó todo a Oli.

—No soy quién para juzgarte, sólo puedo decirte que se le pasará; él te adora, Ana.

—Pero le he fallado.

—Todos cometemos errores, él tampoco es perfecto. Déjale procesar la información, no sé si te podrá entender pero al menos lo aceptará. Uno no siempre toma las decisiones apropiadas, pero eso es lo que nos hace humanos; si jamás nos equivocáramos, nos convertiríamos en máquinas. Noah es un hombre de buenos sentimientos, y tanto si te equivocaste como si no, lo que él es como persona te lo debe a ti, que lo has criado con valores morales.

—Me lo debe a mí porque no le di otra opción. —Ana formó una línea con la boca—. Fui muy egoísta, tiene razón.

—No existe un manual donde se aprende a ser madre.

—Te lo agradezco, querida, pero me equivoqué y debo asumirlo. Como dices no hay un manual donde se aprenda a ser madre, pero esto se trata de principios, yo debí pensar en él y no sólo en mí.

—Creíste que lo protegías.

Tras charlar un rato más, Olivia logró que Ana se acostara y que intentara descansar. Acto seguido buscó a Noah por toda la casa, y lo encontró bebiendo brandy en el mirador. Parecía abatido, tenía la espalda doblada hacia delante y se sostenía la cabeza. Concluyó que debía de estar helado, así que fue por una manta. Se la echó en la espalda sorprendiéndolo.

—Quiero estar solo —le dijo él, mientras sorbía la bebida; tenía el rostro anegado de lágrimas.

Olivia se quedó de pie frente a él, y le cogió el rostro por la barbilla, obligándolo a que la mirara. No estaba dispuesta a marcharse, no la iba a apartar de su lado.

—Te amo.

Noah dejó la copa apoyada en el suelo y se aferró a su cuerpo con desesperación, hundió el rostro en el vientre de ella y lloró un rato. Olivia le acariciaba la cabeza en silencio y le tocaba la espalda intentando sosegarlo. Después de unos minutos, él notó que ella tiritaba de frío y se percató de que iba en pijama.

—Vamos adentro, te vas a poner enferma por mi culpa.

Se sentaron en la sala. Noah tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar, la pena lo estaba matando. Pensaba en su padre, en cuánto le había rogado para que fuera a verlo cuando estaba muriendo, y él se negó, ni siquiera le dio la posibilidad de que muriera en paz a su lado.

—No es que quiera justificarla, pero intento ponerme en su lugar. Creo que sentí vergüenza de confesarte que no sabía quién era tu padre, y por eso fue más fácil inventar una mentira. Estaba sola, tenía que luchar por ti y por ella, y creó un mundo para ti en el que te protegió con su amor.

—No tiene perdón. —Noah le contestó con palabras punzantes.

—Sí lo tiene, y la perdonarás, porque sé que no albergas malos sentimientos en tu alma.

—Soy un hombre capaz de empuñar un arma y matar.

—Eres un hombre que empuña un arma porque ésa es tu profesión, pero siempre que lo haces es dentro de la ley, no eres un delincuente que no valora la vida humana.

—No me interesa discutir acerca de mis valores morales. Aunque no creo tener tantos, dejé morir a mi padre solo, no tuve compasión de él.

—No lo sabías.

—Por eso mismo, porque no lo sabía, y porque ella podría haberme sacado de mi error y no lo hizo, no puedo perdonarla.

—Ahora todo es muy confuso, ella te ha echado en la cara una información sin anestesia, y todo hace que parezca la gran culpable. Pero quizá, cuando ambos os tranquilicéis, podrá darte todas esas explicaciones que ahora te carcomen la conciencia. Dale unos días a tu dolor para que puedas asimilar tus pensamientos, y entonces, más calmado, podrás escucharla. Ahora sólo le harías reproches, y eso no está mal, ya que únicamente te ha expuesto la parte más escabrosa de la historia, pero presiento que es más compleja de lo que parece.

—Mi padre fue tan víctima como yo en esta historia. Y mi madre dice que por amor me mintió, pero eso no es amor.

—Estás dolido, por eso dices estas cosas, pero Ana te adora y tú a ella.

—Me quitó la posibilidad de saber de él, de conocerlo, de sentir su amor.

—Te diré lo mismo que le he dicho a ella: nadie es perfecto, y tú tampoco lo eres; acabas de decirme que no te apiadaste de él en su lecho de muerte. Es el destino, debes aceptarlo.

—Es el destino que ella eligió para mí de manera despótica.

—No seas tan duro, Noah, era una mujer sola y rechazada, con un hijo que criar.

—Quizá en un principio fue así. Pero luego, ¿qué? Luego siguió callando, y eso es lo que no le voy a perdonar. Yo no soy como tú, que acepta las cosas mansamente.

—Eso me ha dolido, Noah. Sé que estás enfadado, por eso no te lo tomaré en cuenta. Yo no acepto las cosas, ya no, pero quizá en un momento en que tuve la mente nublada creí que no había otra salida.

—Lo siento, no me hagas caso. Esto ha sido un jarro de agua fría. En un segundo, la historia de mi vida ha cambiado.

—Lo sé, sé también que te duele, porque no tienes tiempo para revertir la historia con tu padre y eso te desconsuela. Pero debes pensar que no fue solamente Ana la que se equivocó, porque él también decidió callar hasta que enfermó, así que no la culpes sólo a ella.

»Quizá lo que te diga no sea un consuelo para ti, pero mírame: tengo a mis dos padres y crecí en un hogar estable, pero sin amor. Tú no los tuviste a los dos juntos, pero ambos te quisieron; en cambio, a Brian y a mí nos criaron las niñeras y crecimos escuchando preceptos de buenos modales y reglas de protocolo, todo lo indispensable para encajar en una sociedad hipócrita.

Noah no contestó, no podía procesar las cosas como ella las veía, su dolor no le dejaba pensar.

—Subamos a la habitación, estás cansado y así no puedes recapacitar. Vayamos a descansar, estoy segura de que mañana lo verás todo más claro.

Miller aceptó subir, aunque sabía que no pegaría ojo en toda la noche. Cuando se pusieron de pie, la cogió de la cintura y hundió el rostro en el cuello de ella para impregnarse de su aroma; luego, asido a su cuerpo, ascendieron lentamente.

Brian daba vueltas y más vueltas sin poder conciliar el sueño, las miradas durante la cena entre Alexa y Collin lo habían puesto de mal humor y no entendía por qué; después de todo a él qué le importaba lo que ella hiciera con su vida, se decía continuamente para convencerse, pero incluso sabiendo eso no podía dejar de irritarse con la situación. Ella siempre lo juzgaba por ser un donjuán que no asumía compromisos, y ahora estaba coqueteando descaradamente con Crall, que no era mucho

mejor que él.

«Y a mí qué mierda me importa si se quieren revolver. ¿Desde cuándo me preocupa a quién le abre las piernas esa tarada?»

Se levantó de la cama hecho una furia, encendió un cigarrillo y salió al balcón, donde se lo fumó con ansia. La noche era fría pero no le importó, el frío que se le colaba por los huesos aplacaba el ardor que experimentaba su ánimo. Miró hacia su derecha y vio el reflejo de la luz encendida en la habitación contigua, la de Alexa. Se aproximó sigilosamente y la espío al traspasar de las cortinas. Al ver que ella se acercaba al balcón, regresó a su sitio con astuto disimulo.

Alexa salió al balcón; tampoco podía dormir. Había conversado hasta tarde con Collin, y cuando se había metido en la habitación las preguntas le llenaban la cabeza. C. C. le caía bien, era atractivo, seductor y parecía una apisonadora, cuando habían subido para irse a dormir la había besado con ímpetu y verdadera excitación. Ella le había correspondido el beso, incluso hasta le había gustado, pero cuando él quiso llevarla a su cama, lo rechazó. Raramente se privaba de disfrutar de un hombre que le agradaba, pero con Collin así había sido; de pronto cuando él había querido avanzar, ella se había sentido insegura. No sabía por qué razón en el momento en que la besó, en su mente se recrearon escenas de la cena; había notado que Brian los miraba inquisitivamente y sin disimulo. C. C. la había hechizado en un primer instante, pero cuando había tenido la oportunidad de tenerlo, la había dejado pasar.

Descolocada por su proceder, aspiró con fuerza el aire que circulaba en la noche en aquel páramo, y el humo de un cigarro llegó hasta sus fosas nasales haciéndola caer en la cuenta de que no estaba sola. Miró a un lado y se encontró con los ojos indiscretos y penetrantes de Brian, que fumaba en silencio apoyado en la barandilla del balcón.

—¿No puedes dormir? —preguntó él.

—Parece que tú tampoco. Pillarás una pulmonía, estás prácticamente desnudo y la noche está helada.

Alexa estaba cansada de ver a Brian. Siempre que leía una revista de moda, lo veía. Sabía que tenía un físico agraciado, pero aun así, sus ojos recorrieron la musculatura de su cuerpo armonioso, y se detuvieron en cada curva como si nunca lo hubiera mirado realmente.

—Te podrías haber puesto un pijama —le dijo llamándole la atención por su falta de pudor—; estás en bóxer —le señaló en tono de reproche, mientras descansaba la vista en el bulto que formaba su sexo bajo la ropa interior.

Brian se encogió de hombros, y al darse cuenta de dónde había fijado la mirada Alexa sonrió licencioso mientras exhalaba una extensa bocanada de humo.

—No se ve nada, ¿o ése es el problema?

—Para lo que hay que ver.

—Si quieres puedo enseñarte, que hay mucho más de lo que te estás imaginando.

—Eres un grosero engreído. No tengo interés alguno en conocer tus atributos, que insisto no creo que sean gran cosa.

Brian, sin pensarlo, se quitó los calzoncillos y se quedó totalmente desnudo. Miró hacia sus partes y curvó ladidamente la boca en un gesto vanidoso mientras le guiñaba un ojo.

—¿Qué te parece lo que ves? Apuesto a que te has quedado impresionada, y eso que el frío juega en mi contra.

—Idiota.

Alexa intentó mostrarse ofendida, pero ¿a quién quería engañar? lo que sentía era una gran excitación. Se dio la vuelta y probó a meterse dentro. Brian, de un rápido movimiento, se subió el bóxer y la siguió para impedirle la entrada, la cogió del brazo antes de que pudiera perderse en el dormitorio y la arrinconó contra el dintel de la puerta. Pegó su cuerpo al de ella y le paseó su aliento por el rostro.

—Estás deseando que te bese, ¿verdad? —Le apoyó su sexo erecto contra el vientre—. Y apuesto a que quieres sentirlo además de verlo —le habló mientras le lamía los labios. Alexa había cerrado los ojos y respiraba con dificultad, su boca se había entreabierto y su cuerpo estaba indefenso y desmadejado entre los brazos de Brian. Sorprendiéndola, él se apartó y soltó una carcajada cuando ella abrió los ojos. Fulminándolo con la mirada, chasqueó la lengua—. ¿Qué pasa, C. C. no te ha satisfecho?

—¡Estúpido, eres un estúpido presuntuoso! —le gritó mientras le propinaba un manotazo en el torso desnudo.

Brian endureció el gesto, la pegó de nuevo a su cuerpo y arrasó su boca con bravura, le metió la lengua recorriendo toda la abertura mientras le demostraba quién tenía el control. La consumió, la saboreó sin consentimiento, le mordió los labios y volvió a entrar con su lengua ávida y letal en su boca. C cogió el lazo de la bata y lo desanudó mientras recorría con las manos la curvatura de su cintura, las deslizó por la seda del pijama buscando la cinturilla del pantalón, metió las manos en él y le oprimió las nalgas hasta hacer que le dolieran; ambos gemían en la boca del otro, presos de una pasión que ninguno sabía que sentían. Con su cuerpo la empujó adentro, y sin soltar sus labios cerró la puerta, la tendió en la cama y se frotó sobre ella; luego con manos expertas la desvistió sin dejar de besarla. Alexa estaba aferrada a su torso musculoso, le clavaba las uñas, le recorría la espalda y se retorció bajo el peso de su cuerpo.

Cuando Brian la tuvo desnuda, se bajó los bóxer dejando que su erección descansara en su vientre, y ella inmediatamente recogió las piernas para darle paso.

—¿Tomas la píldora? No tengo preservativos, si no tendré que terminar fuera.

—Llevo un DIU.

—Perfecto.

Entonces él, de una experta punción, la penetró con vehemencia, se hundió en ella sin piedad, mientras abría una brecha en su hendidura, que recibía a su sexo acunándolo y devorándolo. Se movió con presteza en todas las direcciones, la penetró de mil maneras, demostrándole que era un amante experto, la hizo gemir enloqueciéndola, la hizo estallar en un orgasmo avasallador que siguió a otro cuando él se apartó para hundir la cabeza en su entrepierna. La saboreó despacio hasta hacerla estallar nuevamente, y cuando la oyó retorcerse en su boca, ascendió otra vez para volver a penetrarla.

Brian se movió más rápido, con más profundidad e intensidad, hasta que llegaron juntos al alivio, gritaron saboreando el orgasmo mientras sus cuerpos trascendían arrebatados. Luego él se apartó, tomando una profunda bocanada de aire e intentando recomponer su respiración por el esfuerzo, se puso en pie, cogió los bóxer, se los colocó y caminó en silencio hacia la contraventana.

—¿Adónde vas? —lo inquirió ella sin dar crédito a lo que imaginaba.

—A mi habitación —le contestó él con frescura, sacándola de su duda.

Alexa se incorporó furiosa, agarró su calzado, que descansaba en el suelo, y probó a tirárselo por la cabeza, pero él lo esquivó. Brian amplificó su risa burlona.

—A juzgar por tu gesto de arrobamiento instantes atrás, me atrevo a decir que ya no piensas que mis atributos no valen la pena.

Le guiñó un ojo mientras ella ardía de impotencia.

—¡Estúpido, idiota! ¡Eres un fanfarrón inmaduro! —le gritó cuando él dio otro paso para irse.

—Es posible, pero este fanfarrón inmaduro te ha follado como no te ha follado nadie en tus veintisiete años, ¿me equivoco?

—Pero ¿quién te crees que eres?

—Adiós, Alexa, lo he pasado muy bien.

Por la mañana, todos desayunaron en el comedor salvo Ana, que prefirió hacerlo en la cocina porque no se atrevía a enfrentarse a su hijo. Alexa y Brian ni se habían dirigido una mirada, y el aire entre ellos se cortaba a simple vista. Collin, que había sido rechazado por Alexa, tampoco hacía uso de sus encantos de seductor con ella, y Noah permanecía sumido en sus pensamientos. Olivia los miraba a todos y estudiaba el entorno. De pronto cayó en la cuenta de que Noah ese día se iba y eso también la desmoralizó. No obstante, intentó entablar una conversación.

—¿Ya sabes a qué hora viajas?

—No —dijo él levantando la cabeza para mirarla a los ojos—. Aún no he hablado con el comandante para saber si ya tiene un plan de vuelo, aunque le pedí que fuera por la tarde-noche. Collin, ¿te parece bien que viajemos en ese horario?

—Por mí perfecto.

—Yo también vuelvo con vosotros —acotó Brian—. Mañana salgo para Italia.

—Creí que te quedarías unos días —le manifestó Olivia a su hermano en un tono desesperanzado.

—Tengo compromisos de trabajo, Oli. Noah me sugirió que suspendiera mi agenda, pero como mis obligaciones son en el extranjero sigo adelante con todo.

Además, aquí estarás como una reina, y tienes la compañía de tu querida amiga.

Ambos se fulminaron con la mirada. Alexa estaba furiosa con él.

En ese momento, el teléfono de Collin sonó, se alejó para hablar y cuando regresó miró a Noah, y se entendieron con la mirada. Cuando terminaron de desayunar, fueron a la terraza.

—¿Qué sucede?

—Todas las escuchas están en marcha, tenemos todos los teléfonos del senador y de las empresas intervenidos.

—Espero que se pueda obtener algo de ahí.

—Tranquilo, te aseguro que no se nos escapará, ya estamos trabajando para infiltrar a gente en las compañías, sólo llevamos retraso en eso, porque estamos estudiando cuál es el área en cada una, dónde nos conviene meternos. Haremos justicia, amigo, te lo prometo.

—Necesito neutralizarlo de una vez, necesito atraparlo y poner a Olivia a salvo.

Hacía ya una semana que Noah se había marchado de Austin con la promesa de regresar en cuanto le fuera posible, pero estaba complicado con todas las investigaciones que tenía a su cargo y las horas de trabajo se hacían eternas.

—Te echo de menos.

—Y yo mucho más.

—¿Cuándo te veré? —preguntó Olivia ansiosa.

—Me estás viendo ahora —le dijo Noah a través de la cámara web conectada al skype. Hablaba tranquilo, porque sabía que tanto su IP como el de Olivia estaban encriptados.

—Pero yo me refiero a tenerte a mi lado.

—No lo sé, preciosa —dijo con verdadera aflicción por no poder darle una respuesta concreta—. Estoy hasta arriba de trabajo, pero será muy pronto; la semana que viene es muy posible que me libere y pueda viajar.

»Me alegra ver, que ya no queden secuelas de los moretones en tu rostro.

—Hummm, detective... la semana que viene cuando venga podrá hacer un reconocimiento exhaustivo y constatar usted mismo que también han desaparecido en el resto del cuerpo.

—Ni te imaginas lo ansioso que estoy por llevar a cabo ese peritaje. ¿Cómo están las costillas?

—Ha mermeado bastante el dolor —dijo tocándose el torso—, incluso ya puedo levantar bastante los brazos. Me cuidan mucho y no me permiten hacer ningún esfuerzo.

—Me parece perfecto.

—Hoy hemos ido a un centro de estética; ¿te gusta cómo llevo el pelo? No tenía ganas de ir, pero Ana y Alexa insistieron.

—Estás más guapa que de costumbre, justo iba a decirte lo de tu pelo.

—¿Por qué no has llamado a tu madre, Noah?

—No quiero hablar de Ana.

—Ahora de pronto tu madre es Ana. ¿Así tan fríamente te refieres a ella?

—No voy a discutir contigo, tengamos este momento en paz y hablemos de nosotros.

—Está muy deprimida, añora tus llamadas. Debéis hablar, te fuiste sin siquiera despedirte de ella. Apuesto a que tampoco lo estás pasando bien.

—¿De pronto te transformas en mi conciencia y en la voz de Ana?

—Te amo, Noah, y lo que quiero es que te reconcilies con tu madre, sé cuánto la quieres y lo mucho que te pesa este distanciamiento.

—¿Vas a seguir con esto o podemos hablar de nosotros?

—Está bien, no te molestes.

Llevaron la conversación a otro tema, charlaron un buen rato y luego desconectaron.

El trabajo se presentaba intensísimo, la delincuencia en Nueva York no les daba respiro, pero hicieron un alto para almorzar. A Eva cada día le costaba más apartar sus ojos ansiosos del cuerpo de él. Mirando cómo comía, y sin intención de reprimir sus pensamientos, habló en voz alta desconcertándolo.

—Es sorprendente cómo se puede descubrir que aún quedan brasas encendidas. —Dejó escapar un suspiro cansado.

La detective era consciente de que la hoguera por su parte permanecía encendida, pero también era cierto que por parte de Noah estaba extinguida. Incluso sabiéndolo y aunque se instaba a apartarse, buscaba sin resignación la forma de entusiasmarlo, parecía no importarle intentarlo una y otra vez, aunque sólo se encontrara con su rechazo. Sentía que a su lado, inevitablemente, iba por un camino que era claramente muy destructivo. Se le hacía cada día más difícil dejar de desearlo, aborrecía que él no sintiera lo mismo después de haber probado su intimidad; a veces, para conformarse pensaba: «Si tuviera otra oportunidad...».

Él la miró con pesar. Eva era una buena chica, provenía de una buena familia y le había demostrado que poseía códigos éticos y muy buenos sentimientos, pero él no estaba enamorado de ella. Le tenía afecto, era su compañera y se complementaban muy bien en el trabajo. Cuando compartieron la cama no lo pasó tan bien como ella, pero eso nunca se lo diría, porque sabía que no se trataba de Eva, sino de él. Su cuerpo ese día había estado con ella, pero su alma y sus pensamientos habían permanecido clavados en la única persona capaz de desatar en él sentimientos de posesión y locura.

Olivia Moore era la culpable de que no pudiera sentir y desear a otra mujer más que a ella. Era la dueña entera de su razón y de todo su ser.

—Estoy seguro de que hay muchas hogueras dispuestas a darte su calor. Mírame bien, te confundes: no soy un resplandor, sólo soy una ceniza. Mereces a alguien que realmente avive la llama cada día, para que el ardor no te consuma.

«¿Cómo puedes saber lo que realmente me beneficia? Si ni siquiera te detienes a mirarme. Quiero que vuelvas a consumirme en el ardor que ya probé, no quiero otra hoguera», pensó, pero le dijo algo muy diferente.

—Mientras haya una pequeña brasa encendida, la llama siempre puede reavivarse.

Eva siempre iba de cara y le demostraba a las claras que pensaba seguir luchando por él. Pero Noah Miller también lo hacía y quería desalentarla por completo, necesitaba retomar la normalidad junto a ella y dejar de sentirse incómodo a su lado.

—Creía que todo había quedado claro entre nosotros. No puedo ofrecerte lo que me doy cuenta que esperas, lo siento, te tengo aprecio y respeto, por eso mismo considero que debo ser claro. Somos adultos que disfrutamos de nuestra mutua compañía, nos permitimos traspasar el umbral de la camaradería que siempre tuvimos y pasamos una noche juntos.

»Esa noche tuvimos la opción de detenernos pero ninguno de los dos lo consideró, nos dejamos llevar por el deseo, probamos algo y no funcionó; no quiero que me malinterpretes, eres exquisita, pero... —se detuvo buscando las palabras adecuadas—, aunque lo pasé genial esa noche, creo que es mejor para nuestro trabajo que no repitamos. Ambos sabíamos que no había marcha atrás después de que mezcláramos las cosas, pero aun así nos arriesgamos a calmar las ansias que sentíamos. Ahora es momento de retomar la cordura, la sensatez que nunca deberíamos haber perdido.

«Habla por tí, me exaspera que intentes que yo piense y sienta como tú cuando lo único que deseo es que tú pienses y sientas como yo.» Habría querido decirle eso, pero continuó escuchándolo en silencio.

—Te advertí de que esto podía pasar —siguió diciendo él—, cuando decidiste avanzar supuse que tenías claro que... —Hizo una pausa—. Nunca te prometí nada, nunca fuimos exclusivos.

«Tan sólo fue una noche errónea, en la que te usé para vengarme del cuerpo que ansiaba tener en ese momento y no podía», pensó sin orgullecerse de ello.

Noah elaboró la frase en su mente, pero jamás la ofendería diciéndole eso.

Había sido mezquino por utilizarla, tenía a mano a muchas muñequitas tontas a quienes habría podido llamar aquella noche para desfogar su ira, pero entre todas la había elegido a ella, una mujer a la que conocía muy bien y que era muy cercana a él, una mujer que no merecía que él la usara como lo hizo, para demostrar su virilidad herida. Si desgranaba eso en su cabeza, se daba cuenta de que en realidad lo que había intentado con Eva era que ella le hiciera olvidar a Olivia. Sabía que ninguna de las que habría podido llamar reunía las condiciones suficientes para hacerle sombra a la mujer que le quitaba el sueño, lo que no había pensado era que ni siquiera Eva Gonzales podía con esa premisa.

El silencio se apoderó del espacio que los separaba. A veces un ominoso silencio podía ser más elocuente que cien palabras. Ella lo miró a los ojos, deseó romper toda conexión con él, sabía que le urgía, porque estaba sufriendo mucho, pero entendió que no era posible. Sólo tenía la esperanza de que cambiara de opinión y volviera a verla, porque eso era lo que sentía: que Miller no la veía, que era invisible para él.

Eva suspiró, sintió un escalofrío que le recorría la espalda y con desgana aceptó que él cerrara la puerta. Al menos eso le haría creer, que lo había entendido y que no era necesario seguir dándole vueltas al asunto. Inmediatamente cambió su postura y comenzó a hablar de trabajo, pero no lo engañó:

—¿Estás bien?

—Sí, Noah, tampoco quiero que las cosas cambien. Tú y yo nos complementamos bien en lo laboral y confundimos esa química traspasando umbrales, lo mejor es olvidarnos de lo que pasó, tienes razón y siento mi comentario, es que estoy un poco sola últimamente —bromeó sin convicción—. Quiero seguir siendo tu compañera, y aunque resultaste un gran amante, tengo otras alternativas.

La mente y el cuerpo de Eva Gonzales eran una caldera, si tuviera la posibilidad de volver a estar a solas con él estaba segura de poder superar cada obstáculo que él pusiera en su camino, se esmeraría mucho más.

Esa mañana, mientras ella indagaba disimuladamente, él le había dicho que todo con aquella mujer había terminado.

«Fue algo pasajero, que me entusiasmó en un primer momento, pero éramos muy diferentes; además mi trabajo no es compatible con el amor», había dicho Noah. Eva quería creerlo, necesitaba que fuera cierto, entonces, ¿a qué venía su rechazo?

Quizá debía aceptar que no era su tipo, pero no podía resignarse sin más, ella era tenaz en lo que se proponía, como única mujer estaba acostumbrada a lidiar con hombres y también a hacerlos sucumbir a sus encantos, rara vez no se salía con la suya. Miller se había convertido en su desafío, no iba a aceptar tan mansamente una derrota, sólo se trataba de encontrar el momento para que él estuviera de nuevo con la guardia baja y se volviera asequible. Usaría otra táctica; al parecer, nada de lo conocido con él servía.

—También deseo seguir siendo tu compañero, me encanta trabajar contigo, de verdad que lo disfruto. —La miró de manera subrepticia—. No soy un hombre de compromisos, mi trabajo ocupa la mayor parte de mi vida como para poner atención a una relación de pareja, no soy bueno en esos temas.

—Lo sé, Noah, no debes preocuparte, lo he entendido. —Ella sonrió—. Sólo quería que volviéramos a divertirnos juntos, pero tienes razón, todo comenzaría a embrollarse mucho más y también aprecio mi trabajo a tu lado. Terminemos de almorzar y regresemos a lo que nos compete, que tenemos mucho que hacer. Quiero vacaciones, te aseguro que las necesito.

Noah sonrió con ganas y siguió comiendo, hundió la cabeza en el plato y se llevó un bocado a la boca. Mientras masticaba, la miró pensativo, calculando si realmente podía dejar de estar alerta y bajar la guardia con Eva, preguntándose si se conformaría tan rápido con su rechazo.

«¿Qué piensas? —se preguntó Eva—. Quisiera tener el poder de leerte la mente, Miller.» No podía dejar de estudiarlo.

Él tenía la capacidad de atraer o alejar a las personas, poseía una energía magnética que su cuerpo emitía y de la que ella no conseguía escapar. Aunque se mantenía a raya para no ponerse en evidencia, sentía que no lo conseguía. Noah tenía una fuerza innata, que ejercía en la detective un poder inconmensurable, algo que lo hacía especial y peligroso, ya que era muy fácil caer en su telaraña y terminar rendida ante él.

Estaba jugando con fuego y se había quemado una vez, pero ahora, después de haberlo probado, sabía que la senda por la que transitaba estaba a punto de acabar en un precipicio; quizá era coherente detenerse, había muchas cosas en juego y algunas eran de vital importancia.

Los días transcurrían con dificultad, habían pasado otras dos semanas y a esas alturas el ánimo de Olivia estaba claramente por los suelos; ya no soportaba más tener a Noah tan lejos.

Estaba casi recuperada por completo, le habían quitado la férula de la mano y las costillas ya casi habían soldado; rara vez le molestaban, sólo si se extralimitaba haciendo algún movimiento brusco.

Julián le había acondicionado una de las muchas habitaciones que estaban desocupadas para que ella la transformara en su estudio. Pintar era su pasión, y como ya estaba bastante bien y podía levantar los brazos sin sentir dolor, era en lo que se entretenía.

Había terminado de bañarse y estaba metida en la cama. Cogió su portátil para revisar sus correos; no tenía muchos, ya que muy pocas personas conocían su nueva cuenta. Noah la había obligado a que dejara de utilizar la anterior, para que no la pudieran rastrear. Incluso Edmond, Brian y Alexa habían tenido que cambiar las suyas para comunicarse entre ellos y que nadie pudiera interceptar los correos.

Entre otras medidas de seguridad, Noah se encargó de proporcionar teléfonos seguros a todos para que pudieran comunicarse con ella.

En su bandeja de correo tenía uno de Tiaré, pues Noah les había indicado a los técnicos de su empresa que le vincularan ciertos contactos a esa cuenta; llegaban a su antigua cuenta pero rebotaban a otro servidor encriptado para que ella pudiera leerlos desde la nueva.

Olivia se alegró al saber de su amiga. Tiaré le contaba que había regresado a Sevilla, y también le manifestaba que se había arreglado con su canijo, le decía que las cosas marchaban bien y que finalmente habían decidido suspender los trámites de divorcio; al parecer, lo estaban intentando nuevamente, porque con la distancia los dos se habían dado cuenta de que realmente se querían y que estaban hechos el uno para el otro. En el extenso correo, en el que le relataba con detalle el viaje emprendido y la decisión de no regresar a Estados Unidos, le pedía también una dirección para enviarle sus pinturas, las que habían quedado en Glen Cove y que sabía que eran muy importantes para ella; sobre todo quería hacerle llegar la que ella había titulado *Esperanza*.

Olivia, entusiasmada, contestó el correo, le debía mucho a Tiaré y le prometía que en cuanto pudiese la iría a visitar. Le facilitó la dirección de La Soledad, su nuevo hogar.

Cuando dio al botón de enviar, Alexa asomó su cabellera rubia por el resquicio de la puerta.

—¿Se puede?

—¿Qué preguntas? Claro que se puede. —Alexa de un salto se subió a la cama—. Ven, métete bajo las mantas, que hace frío.

Olivia le dejó sitio, y Alexa se instaló rápidamente a su lado.

—Ay, amiga, como voy a extrañar estas charlas nocturnas cuando estas vacaciones se terminen.

—Yo también te echaré de menos.

—Mentirosa, cuando esto termine estarás tan pegada a tu detective que ni te acordarás de esta pobre amiga, que no tiene quien le caliente los pies.

—Eso siempre y cuando yo también consiga quien me los caliente a mí.

—¿Qué dices, Olivia? Si Noah está loquito por ti.

—Hace tres semanas que no lo veo; al parecer, su trabajo y yo no somos compatibles.

—Olivia, te escucho y realmente no puedo creer lo que estoy oyendo. Ese hombre se desvive por ti, lo que pasa es que ahora estamos en Austin; ¿crees acaso que si estuviéramos en Nueva York no buscaría la manera de verte a diario?

—No lo sé.

—Hoy estás pesimista. Te recuerdo que si estamos aquí exiliadas no es por culpa de Noah, sino por el desgraciado y roñoso de Wheels, que está metido en miles de chanchullos.

—Este exilio empieza a pesarme; ¿hasta cuándo tendremos que estar confinadas aquí?

—Hasta que Noah lo diga, hasta que Collin y él atrapen a tu ex y a los que lo secundan. Por otra parte, esta casa es más que acogedora, es un palacete y es segura; la verdad, no me quejo de este exilio, yo lo paso de maravilla en este páramo soñado.

Olivia se puso de lado y Alexa la imitó quedando amabas cara a cara.

—Es que lo echo tanto de menos... ¿por qué ser feliz me es tan difícil, por qué mi vida es tan complicada?

—Al menos tienes a alguien que te quiere, que vela por ti, que te llama a diario. Mírame a mí, nadie me espera, nadie me llama, a nadie le importo.

—¿Y Collin? Pensaba que hablabais a diario.

—Sí... —dijo con desgana—, puro tonto, sólo quiere meterse entre mis piernas porque se quedó con las ganas cuando estuvo aquí, y en cuanto lo consiga será como todos, a otra cosa mariposa y si te he visto no me acuerdo.

—Creo que la que está pesimista eres tú. Ayer parecías entusiasmada con su llamada.

—Trato de entusiasmarme, si no mejor me pego un tiro.

—Un tiro me tendría que pegar yo, que Noah está a miles de kilómetros y su compañera le tiene más ganas que Eva de probar la manzana. Para colmo se llama Eva.

—Pero el caramelito sólo te tiene ganas a ti.

—Voy a contarte algo que nunca te he contado.

Alexa se apoyó con el codo en la almohada y se sostuvo la cabeza, poniéndose alerta ante lo que su amiga le revelaría; intuyó que era algo que a Olivia realmente le pesaba, y si se lo había guardado hasta ahora, debía de ser importante.

—El día de mi cumpleaños, cuando encontré a Noah en su casa con una mujer durmiendo a su lado... —Hizo una pausa y cerró los ojos, para recrear esa imagen que la torturaba a diario.

—Creí que eso ya estaba enterrado y perdonado, ¿vas a continuar mortificándote?

—Ni enterrado, ni perdonado, lo pasé por alto porque el condenado detective me tiene a mal traer; cuando lo tengo cerca dejo de razonar, incluso si me descuido, hasta dejo de respirar en su presencia. Me atonta, hace que me desmorone con tan sólo mirarme. Bueno, pero no quiero desviarme de lo que iba a contarte. —Alexa asintió con un movimiento de cabeza—. Esa mujer era pelirroja, y su compañera también lo es; aunque esa noche por el aturdimiento no puede verle la cara, estoy segura de que era ella. Cuando nos reconciliamos, una noche llegué a su casa y estaban ahí en una situación muy hogareña. Noah preparaba la cena para compartir un momento juntos.

—Son compañeros, Olivia, pasan muchas horas juntos, por eso advertiste familiaridad entre ellos.

—No soy boba, Alexita, ella intentaba insinuar que eran muy íntimos y se lo comía con la mirada, su vista casi todo el tiempo se iba a sus labios descaradamente.

—Ah, es que el detective tiene unos morros que la comprendo, provoca querer comérselo.

—Estoy hablando en serio, Alexa.

—Y yo también. Veamos, él ese día, ¿cómo te trató?

—Bien, estuvo atento... medido pero atento. Pero me extrañó que delante de ella no dijera mi verdadero nombre.

—Te protegió, aunque ella es su compañera no te expuso.

—Lo sé, pero lo que me pesa es que sé perfectamente que era ella la que estaba en su cama aquella noche, sé que se la tiró.

—Bueno, te recuerdo que tú lo habías dejado aquel día.

—Por eso me tragué el orgullo. Pero no soy estúpida: era ella; además, él no lo negó con vehemencia cuando se lo pregunté, sólo se dedicó a restarle importancia.

—Los hombres a veces son muy obvios. Pero, Oli, estoy segura de que tu detective está que se muere por ti, no debes desconfiar.

—Es que esta abstinencia de no tenerlo cerca me está matando, pienso que a diario están juntos y se me encoge el corazón.

—Cómo te envidio, amiga, cómo deseo sentir algo así por alguien.

—¿Por qué no te das la oportunidad de conocer a Collin? Parece un buen chico.

—Porque sé que no funcionará. Estoy harta de hombres que sólo buscan meterse entre mis piernas y nada más, necesito a alguien que no sólo me haga pasar un buen momento, necesito más, necesito que me consideren como mujer. Lo peor de todo es que hay alguien... —hizo una pausa—; nada, no me hagas caso.

—¿Qué ibas a decirme? ¿Que hay alguien que te interesa seriamente?

—No lo sé en realidad, pero te juro que se metió entre mis piernas y el muy desgraciado me folló como nadie y me hizo sentir lo que ninguno en todos estos años.

—Alexita, ¿estás enamorada?!

—Pero es el peor de todos, y sé que no sirve más que para un muy buen polvo.

—¿Quién es, Alexa?

—No me preguntes, no puedo decírtelo, lo mejor es que lo olvide.

—¿Cómo que no puedes decírmelo? A mí, a tu casi hermana. —Olivia se sentó en la cama y Alexa escondió el rostro en la almohada—. Alexita, ¿lo conozco? Lo conozco. —Olivia rebuscaba en su mente—. Al último que conocí es el actor. ¿Es él? No seas boba, Alexa, sabes que en mí puedes confiar.

Alexa se descubrió la cara lentamente y la miró a los ojos, a punto de echarse a llorar; sus lágrimas asomaban casi rebasando sus ojos, inspiró y se desahogó exponiendo su nombre, lo hizo como el culpable que por fin se confiesa buscando un poco de sosiego en su conciencia, ese nombre era el que llevaba atragantado y el que le partía el corazón y le llenaba el estómago de mariposas.

—Brian... —Se puso a llorar.

—Mierda, te has tirado a mi hermano. ¿Hablas de Brian, mi hermano?

—Más bien él me dejó tirada a mí, después de follarme como una máquina.

—Bueno, bueno, ahórrate los detalles, por favor. ¿Cómo ocurrió?

—No sé, la verdad es que ni yo misma sé cómo ocurrió, pero pasó. Fue cuando estuvo aquí y fue sólo eso, un polvo descomunal. Yo habría querido que se quedara a mi lado y me dijese que para él también había sido único. Pero no lo hizo, se vistió y se fue a la mierda. Lo odio, lo odio con todas mis fuerzas, es un desgraciado de mierda.

Alexa se echó a llorar con más desconsuelo. Olivia la recibió entre sus brazos, era la primera vez que la veía llorando por un hombre y el que le había roto el corazón era su hermano.

—¿Quieres que hable con él?

—Ni se te ocurra, te lo prohíbo, no quiero alimentar más su ego. Jamás debí dejar que pasara.

—Alexa, pero si se notaba que os teníais ganas.

—Ése es el problema, yo creí que sólo eran ganas y me dejé llevar, pero el muy desgraciado me puso patas arriba y ahora no sé qué hacer.

—¿Has probado a hablar con él?

—No pienso hacerlo, te digo que se burló de mí. Folló, se levantó y se fue.

—Me encantaría que tú y él os entendierais, los dos sois explosivos, pero creo que seríais un buen complemento para el otro. Tú con tu carácter estoy segura de que podrías bajarle un poco ese egocentrismo que lo tiene por las nubes, y él a ti también te tendría a raya, porque no te dejaría tomar todo el control en la relación, como siempre haces con los hombres de tu vida.

—No me digas más, amiga, que se me parte el corazón. Ay, Dios mío, ¿cómo he podido caer con un ególatra como él? Yo que siempre he rehuido de esa clase de tipos.

El móvil de Olivia sonó y las notas musicales de *This Love*,* de Maroon 5 inundaron el ambiente.

—No digo yo que tienes suerte, ahí tienes a tu detective.

Olivia atendió la llamada entusiasta.

—¡¡Hola, mi detective favorito!!

—Hola, nena, tengo buenas noticias: al fin esta semana podré ir a Austin.

—¿En serio?!

—Sí, pensaba darte una sorpresa, pero lo cierto es que yo también estoy impaciente.

—Gracias por calmar mi ansiedad, no te lo habría perdonado si no me lo hubieras dicho.

Alexa se levantó y la dejó para que hablara tranquila; además, estaba tan deprimida que verla tan feliz le daba envidia y no quería sentirse así con su amiga. Le tiró un beso al aire, y aunque Oli le hizo señas para que se quedara, no le hizo caso.

—Hummm, apuesto a que yo sé un método con el que me habría ganado tu perdón.

—¿Ah sí? ¿Y cuál es ese método que según tú es tan efectivo? Olivia, lo siento, tesoro, tengo que cortar, mi buscapersonas está sonando.

—Odio ese maldito aparato, siempre nos interrumpe y me deja con el corazón en un hilo, porque no sé cuánto peligro hay a donde vas.

—Prometo que en cuanto me libere te vuelvo a llamar.

—Cuidate, Noah, no te arriesgues, por favor, mi amor.

—¿Cómo?

—Que no te arriesgues.

—No eso no, lo último que has dicho.

—Si serás tonto.

—Tonto o no, quiero oírlo nuevamente.

—Mi amor, sabes que eres mi amor —le dijo con voz solapada e incitante.

—Esa vocecita... me encanta cuando me dices mi amor. Creo que esta noche soñaré contigo, Olivia Moore.

—¿Sólo esta noche? Yo sueño a diario con usted, señor detective, me desilusiona saber que no piensa tanto en mí como yo en usted.

—Sabes que vivo pensando en ti.

—Tendrá que demostrarlo.

—Estoy acostumbrado a conseguir pruebas que validen cada uno de mis actos, no me será difícil probarle que lo que digo es cierto.

—Pues realmente estaré esperando esas pruebas de las que tanto alarde está haciendo.

—Te sorprenderé.

—Hummm, qué impaciencia, detective Miller, ya estoy deseando que sea viernes.

—Ni te imaginas cuánto lo deseo yo. Te dejo, cariño, tengo una llamada por la otra línea; es que me distraes, aún no he contestado al busca.

—De acuerdo, detective, no sea cosa que le pongan un expediente sumarial en su hoja de servicio por mi culpa.

—Adiós.

Noah le lanzó un beso estrepitoso a través de la línea y ella otro. Luego ambos cortaron la comunicación.

Inmediatamente el detective contestó la otra llamada mientras miraba su buscapersonas. La cara se le transfiguró al leer la dirección adonde debía acudir. Al escuchar en la línea la voz del capitán, las alertas dejaron de sonar.

—Miller. —No lo dejó hablar.

—¿Qué pasa con Eva?

—Ven, por favor, ven cuanto antes.

—Pero... ¿está bien?

—No, Miller, me temo que no, es preciso que vengas.

Se colocó la chaqueta rápidamente, puso la pistola en la sobaquera, enganchó la placa en el cinturón y cogió la gabardina, bufanda y los guantes, pues la temperatura en Nueva York había descendido considerablemente. A ciegas, cerró su apartamento y salió diligente hacia el parking para montarse en su Chevrolet Caprice. Rechinaron los neumáticos en cuanto salió la calle, y colocó la sirena para abrirse paso. Aunque pisaba el acelerador a fondo, parecía que los 268 caballos de fuerza del motor no tenían potencia para mover su automóvil según sus necesidades. Finalmente, saltándose semáforos y sorteando calles y avenidas que sabía que estarían congestionadas, llegó al lugar.

Dejó el coche aparcado y se bajó de él casi antes de quitar el contacto del motor. La zona bullía con diferentes vehículos de la policía, que aullaban acudiendo al lugar tras recibir un código 10-00, el cual indicaba que había un oficial en el suelo y que todas las patrullas debían acudir.

El perímetro ya estaba cerrado. Cuando quiso entrar un agente intentó impedirle, así que rápidamente Noah se abrió la gabardina y le enseñó su placa. El oficial en servicio le entregó un par de guantes de látex para que se los colocara, que Noah se puso como acto reflejo, porque no pensaba con claridad, sólo actuaba por instinto. Levantó la cinta amarilla que rezaba «*Escena de crimen, no traspasar*» para traspasar el perímetro delimitado y entrar en la escena del crimen.

En el vestíbulo se encontró con el encargado del edificio, que yacía muerto, pero no se detuvo. Parecía que las piernas no pertenecían a ese cuerpo. Subió los doce pisos, y en el momento en que entró en el apartamento el capitán quiso detenerlo para advertirlo, pero fue en vano: Noah entró como una tromba. Le faltó el aire y sintió que todo se cernía sobre él, necesitó afirmarse, así que tuvo que agacharse y apoyar las manos en las rodillas en busca de sostén. Luego se agarró la cabeza sin poder creer lo que allí sucedía. La unidad especial que investigaba la escena del crimen ya estaba allí, los paramédicos que habían acudido al lugar para intentar una reanimación se marchaban y daban paso a los uniformados, que vestían unos monos oscuros con las letras «Escena del crimen D. P. N. Y.», que indicaban que pertenecían a la Unidad de la Escena del Crimen del Departamento de Policía de Nueva York. Sintió una mano en su espalda, pero no podía apartar la vista del cuerpo que yacía en el suelo.

—Lo siento, Miller, sé por lo que estás pasando, he perdido a dos de mis compañeros en servicio y es como si una parte de uno mismo se muriese.

—¿Quién está a cargo, qué ha sucedido? Quiero el caso.

—Sabes que no puedo dártelo. Strangger y Conelly se encargarán, pero te tendrán al tanto de todo.

—Lo quiero yo, déjeme colaborar con ellos, se lo debo a Eva y a su familia, necesito obtener justicia por ella.

—Te dejaré participar, pero no estarás a cargo de la investigación, tus emociones no te permitirían ser objetivo. Créeme, es mejor así, muchacho.

—No es posible, ¿qué ha sucedido? ¿Han avisado a su familia?

Noah no escuchaba, formulaba una tras otra las preguntas, su cabeza era un tormento.

—Uno de los nuestros se ha ocupado de ir a avisarlos, supongo que de un momento a otro llegará alguien.

Se acercó al cuerpo donde los forenses estaban levantando pruebas y, protegiendo la escena, se acuclilló junto a ella y le echó hacia atrás un mechón de pelo del rostro, admirándola un buen rato. Los peritos se hicieron señas, al igual que los detectives que estaban a cargo, y le dieron espacio para que tuviera unos minutos con su compañera.

La miraba atónito, incrédulo, él estaba acostumbrado a ver cuerpos mutilados, pero ella no era cualquiera. Su camiseta, allí donde había recibido el disparo, presentaba rastros de quemaduras; la levantó ligeramente para comprobar el orificio por donde le había entrado la bala y tenía un halo muy claro.

—¿Habéis hecho una foto de este halo de quemadura? —preguntó.

Strangger, el detective que llevaba el caso, le palmeó el hombro y le dijo:

—Aún no hemos empezado, estábamos esperándote a ti y al fiscal, pero tranquilo, te prometo que descubriremos quién lo hizo.

Noah se levantó, no podía contener las lágrimas y no quería contaminar la escena, así que se sorbió la nariz, se pasó el puño de la gabardina por los ojos y se alejó. De pronto apareció el fiscal y de inmediato comenzaron con el barrido para levantar indicios que pudieran ayudar a esclarecer el crimen.

—En la planta baja yace el encargado, también le dispararon a quemarropa —indicó Conelly—. Será una noche larga.

—¿Han revisado las cámaras? —preguntó MacGraw, el fiscal a cargo—. Siento mucho lo de su compañera, detective Miller.

Se conocían muy bien, varias veces habían trabajado juntos en otros casos.

—Gracias.

—Las cámaras han sido destruidas, suponemos que lo hicieron enseguida, pero ya tenemos las cintas, lo que no sé es si lograremos saber cuántos irrumpieron en el lugar. Lo veremos cuando las examinemos —apuntó el otro detective a cargo.

—¿Posible móvil? —continuó MacGraw.

—Está todo revuelto, así que por el momento vamos por el robo —volvió a contestar el detective, y Miller se había apartado, porque estaba barriendo el lugar a la par que los demás.

—¿Han advertido si falta algo? —se interesó el fiscal.

—Faltan su portátil y sus teléfonos —se apresuró a decir Miller, mientras volvía a acercarse.

—Hay un joyero intacto, su cartera está con todo el dinero, junto a su placa y sus armas, y en su mesita de noche tenía el reloj y algo de dinero y tampoco se los llevaron —indicó Strangger saliendo de la habitación—. O se tuvieron que ir muy deprisa y no pudieron terminar el robo, o lo que los trajo fue otra cosa.

—Un poco extraño que sólo se hayan llevado un portátil y sus teléfonos si han entrado a robar. Creo que aquí hay algo más que un simple robo —se atrevió a asegurar el fiscal.

—¿Qué habría ahí? ¿Quién no quería que se supiera lo que contenía ese portátil? —se preguntó Conelly.

Noah no decía ni una sola palabra, tan sólo escuchaba y guardaba toda la información en su cerebro para después poder hilvanarla.

—Eso es lo que tienen que investigar, señores —dijo el capitán Donovan.

—¿Algún caso en particular en el que estaban trabajando? —preguntó MacGraw directamente a Miller. Noah levantó la vista y miró a su capitán.

—Miller y Gonzales estaban trabajando encubiertos, buscando un infiltrado entre nosotros. —Strangger y Conelly se miraron ante la revelación de su superior.

—¿Hay un topo entre nosotros? ¿Y cómo es que el equipo no está intervenido por Asuntos Internos? —preguntó Conelly.

—Los tengo pegados a mi nuca —dijo Donovan—; después de esto, mañana mismo los tendremos en el departamento de policía.

—¿Había alguna pista del infiltrado? —quiso saber Strangger.

—Nada, teníamos cercados a dos que nos podrían llevar a él y aparecieron muertos —dijo Miller lamentándose—. Los informes de balística informaron de que en ambos casos utilizaron balas sabot, así que de eso no se pudo obtener nada, fueron dos trabajos muy limpios.

Los detectives silbaron.

—Obviamente quien lo hizo conocía muy bien nuestros procedimientos —acotó Conelly.

—Es posible que la detective se hubiera acercado al topo y éste lo advirtiera —conjeturó Strangger.

—Si Eva había descubierto algo, no estoy enterado, pero creo que no, porque habría sido el primero en saberlo; éramos un buen equipo —aseguró Miller.

—¿Algún testigo que haya visto o escuchado algo de lo que acaba de ocurrir? ¿Ya habéis interrogado a los vecinos? —quiso informarse MacGraw.

—Los agentes están en ello, pero al parecer nadie vio ni escuchó nada —dijo Strangger.

—Quiero una copia de todas las declaraciones —pidió Noah.

—La tendrás, por supuesto —le aseguró el capitán para tranquilizarlo.

—Permiso —interrumpió uno de los agentes—. La anciana del piso de arriba dice que es la que dio aviso al 911 y manifiesta que cuando ella entró, acababa de arrancar un coche negro con vidrios tintados, pero que no vio quién conducía y tampoco sabe la marca, porque no sabe de coches.

—Quiero interrogarla —dijo Noah de inmediato.

—Toda tuya —contestó Conelly.

—Llévame con ella —le pidió al agente; en ese momento los de la policía forense estaban ingresando una camilla para levantar el cuerpo de Eva—. Con cuidado por

favor, trátela con cuidado —les indicó Noah a los encargados, que le contestaron afirmativamente apiadándose de él.

Noah fue a la planta baja, donde se encontraba la anciana. Se acercó con mucha amabilidad y se dio a conocer, ordenó que le llevaran una silla para que la señora estuviera más cómoda. En ese instante, se oyó un alboroto en la zona del acordonamiento, Noah estiró la cabeza y reconoció de inmediato a los hermanos Gonzales, que pugnaban por atravesar el vallado, así que indicó a uno de los agentes que le llevara algo de beber a la anciana mientras él se ocupaba de atender a los familiares de Eva.

—Abuela, enseguida regreso. Está bien, agente —miró su placa para saber su nombre— Hutton, yo me encargo de los señores.

Levantó el vallado y los hizo pasar al otro lado.

Le tocó dar la noticia más triste, que nunca pensó que daría, rebuscó cada palabra que expresó, pero sabía que no había ninguna que no fuera dolorosa; se envolvió en una coraza de acero y sacó fuerzas que no sabía que tenía en su interior para explicar lo que no tenía explicación. Los tres hermanos se abrazaron, sólo faltaba el menor, Julio, que se había quedado haciendo compañía a sus padres.

—Queremos verla —pidieron Roberto, Esteban y Luis.

El detective cerró los labios con fuerza, demostrando el gran pesar que sentía, les palmeó la espalda y finalmente asintió apiadándose de ellos.

—Seguidme, por favor, no toquéis nada y caminad por donde yo lo hago.

En el momento de llegar al piso, justo estaban subiendo el cuerpo al ascensor. Noah los detuvo.

—No la toquéis —les indicó a los hermanos mientras solicitaba un par de guantes para ser él mismo quien abriese la bolsa que transportaba el cadáver—. Su cuerpo es la prueba principal, por favor no se acerquen.

Los hermanos Gonzales se quebraron, profirieron insultos y estallaron en llanto, Noah, que se sentía responsable de ellos, los consoló como pudo. Mientras liberaba a los encargados de transportar el cuerpo les hizo una seña con la cabeza para que se la llevaran de allí.

A altas horas de la madrugada, el levantamiento de cuerpos, pruebas, huellas y los análisis forenses habían terminado, se dejó custodia en el lugar para preservar la escena, por si hacía falta regresar. De esa forma estarían seguros de que nadie sin autorización irrumpiría allí.

La anciana no aportó ningún dato nuevo. Noah subió a su coche y fue directo hacia el departamento de policía, entró en el recinto y sus compañeros se asombraron al verlo llegar.

—¿Qué haces aquí? Ve a tu casa a descansar —le sugirió Strangger, que acababa de servirse un café en la máquina expendedora.

—Quiero hacer los informes con vosotros, necesito ser el portavoz de Eva y poner todo este caos en orden.

—Noah —le manifestó Conelly, apoyándole una mano en el hombro—, has trabajado todo el día sin descanso, nosotros elaboraremos los informes y mañana tú puedes leerlos para ver si estás conforme y no se nos ha pasado nada.

»Ve a tu casa y descansa, necesitas asimilar todo lo que ha ocurrido, estoy seguro de que si estás más tranquilo tu mente rendirá mucho más.

Les costó convencerlo, pero finalmente accedió a irse.

De pronto, Miller se encontró frente a la Oficina Forense de Nueva York. No podía concebir que el cuerpo de Eva estuviera en ese lugar, cerró los puños con fuerza asiéndose del volante, hasta que pensó que lo arrancararía si seguía ejerciendo presión. Se sintió impotente y, cuando se quedó solo, se deshizo de la coraza de detective y se puso en la piel del hombre, compañero y camarada; golpeó el volante con la palma de la mano, luego con el puño cerrado, finalmente dejó caer la cabeza sobre él y sintió que se desmoronaba mientras farfullaba insultos. Sabiendo que no podía continuar de esa forma, se exigió mantener la cordura, pero le resultaba difícil. Arrancó el Chevrolet Caprice haciendo crujir los neumáticos, necesitaba alejarse, pasaba de un estado de ánimo a otro en segundos.

Llegó a su casa y se sentó a oscuras en el sofá del comedor, intentando encauzar sus pensamientos, pero el teléfono lo sacó de sus cavilaciones. Miró la pantalla de su móvil. Era Olivia, temió por la hora que era.

—¿Qué sucede, Olivia?

—Eso mismo quisiera saber yo, no he pegado ojo esperando tu llamada. Sabes que me quedo muy intranquila cuando tienes una alerta.

—Perdón, te pido disculpas. Tienes razón, te he dicho que te llamaría, pero ha sido una noche muy larga. Acabo de llegar.

—¿Ahora? Noah, terminarás enfermando por trabajar tantas horas. Te noto abatido.

Miller lanzó un suspiro claramente audible y se puso de pie. Con movimientos lánguidos se quitó el abrigo, mientras se dirigía hacia el dormitorio. Desabrochó su pistola y se desembarazó de ese peso dejándola sobre la mesilla de noche.

—Tienes razón, no estoy bien. Aún me cuesta creer lo que ha ocurrido.

—¿Qué ha pasado, Noah?

—Mi compañera —hizo una pausa—, Eva ha sufrido un asalto. —No entraría en detalles—. Está muerta.

—¡Santo Dios! ¿Cómo estás, mi amor?

—Me siento incrédulo, en mi profesión estoy acostumbrado a esto, pero cuando te toca de cerca se hace muy cuesta arriba.

—Quisiera estar a tu lado.

—No te preocupes, escucharte ya me ha devuelto a la realidad, gracias por haber llamado y discúlpame que te haya tenido en vela toda la noche.

—No te aflijas, olvídalos, es obvio que no tenías la cabeza para pensar en llamarme. ¿Hay alguna pista de quién pudo haber sido?

—Aún no, los encargados están procesando todas las pruebas recogidas en el lugar, veremos qué se puede obtener de eso y de la autopsia. No descansaré hasta encontrar al culpable.

—Ten confianza, y también mucho cuidado. Noah, ¿por qué no tienes una profesión menos complicada? Vivo con el corazón encogido.

—No debes preocuparte. Ahora ve y descansa.

—Tú eres quien debe descansar, te siento hecho trizas.

—Lo estoy, creo que estoy empezando a acusar el cansancio de la adrenalina que ha circulado en la noche por mi cuerpo.

Después de que se despidieran se sentó en el borde de la cama, se inclinó para desatar los cordones de sus zapatos y notó que algo se le incrustaba en el abdomen; se dio cuenta de que no se había quitado la placa. Se quedó mirándola, sosteniéndola en sus manos como en trance. Su vista se fijó en el molino de viento, representativo de los primeros colonos alemanes. Estudió también el reflejo del marino, que simbolizaba el comercio marítimo de la bahía, y el del nativo americano, que representaba a los habitantes de Manhattan. «Una tierra para todos» se dijo, y entonces pensó en Eva, y en su familia, que habían llegado desde México hacía muchos años. Siguió estudiando la placa y paseó la vista por el águila, símbolo nacional; «en Dios confiamos», expresó al mirarla. Luego reparó en las cinco estrellas, representativas de los cinco distritos neoyorquinos, y se detuvo finalmente en la balanza de la justicia, cuyo reflejo es la misión legal de la policía.

—Haré justicia, Eva, no descansaré hasta conseguirla, porque si no, esta placa que tengo entre mis manos no tendría sentido.

A pesar del cansancio, Miller no consiguió pegar ojo. Las imágenes se sucedían a toda velocidad, repasando cada indicio en esa escena del crimen; no podía detenerse. Estaba llegando a la comisaría cuando de pronto, surgió en su memoria el recuerdo de dos noches atrás, cuando él y Eva coincidieron en un club nocturno de la avenida Randall en el Bronx.

Noah había llegado a ese lugar para encontrarse con uno de sus informantes, quien le daría datos jugosos del «Jefe» Aristizabal Montoya, pero ese hombre nunca llegó.

Mientras lo esperaba, entre el gentío, recordó el momento en que divisó a Eva en el salón. Ella estaba discutiendo airadamente con un hombre de apariencia latina que no vestía como la gente que frecuentaba el lugar; esto le llamó la atención, porque se notaba que no pertenecía a ese ambiente. Luego el tipo se fue y en ese momento Noah la abordó:

—Eva, ¿qué haces en este lugar?

—Miller, qué extraño encontrarnos en este sitio, no me cuadra que estés por estos antros.

—Ya ves, el mundo es muy pequeño. A decir verdad, tampoco me cuadra que estés tú. —Ella sólo se rio—. ¿Pasa algo? Porque te he visto discutiendo con un hombre.

—Es el marido de una amiga, lo he seguido para intentar que se reconcilien. Ya ves los lugares que frecuenta, es un bobo que no sabe apreciar lo que tiene. Mientras tanto, mi amiga está llorando en su casa con tres críos. ¿Bebemos una cerveza?

Noah recordó lo nerviosa que se había puesto al verlo, tanto que ni siquiera intentó indagar qué era lo que él hacía allí.

Después de beberse una Budweiser salieron del lugar y en la calle la detective intentó seducirlo de nuevo, colgándose de su cuello para robarle un beso.

—¡¡Qué arisco!! ¿Nunca más me vas a dar el gusto de tenerte? Estoy convencida de que podemos separar las cosas.

—Eva... ya lo hemos hablado.

—Está bien, no digas nada más, con la cara lo has dicho todo.

Noah recordó que después de que él la rechazara ella se mostró ofuscada como nunca y se fue bastante ofendida.

Estacionó su coche en el parking donde siempre lo dejaba, ya tenía su lugar reservado. Entró en el departamento de policía y se dirigió directo a su mesa. Todos lo miraron al entrar; él, que siempre era muy cordial, ni siquiera saludó, pero nadie dijo nada, las miradas lo seguían.

La unidad estaba consternada con la pérdida de la detective Gonzales, un silencio poco común se apoderaba del lugar, como si todos los que allí trabajaran lo hicieran con el más profundo de los respetos en su memoria.

Noah llegó a su mesa, y se encontró con la copia de los informes elaborados hasta el momento, tal como le habían prometido Strangger y Conelly. Los sostuvo entre las manos, pero en ese instante tenía una corazonada, e iba precisamente por ella. Necesitaba hallar el hilo común que unía todos los elementos del caso. Introdujo su clave personal en el ordenador y de inmediato entró en las bases de datos de información criminal que utiliza la policía de Nueva York, pero era como buscar una aguja en un pajar, necesitaba dar con ese rostro, aunque la tarea, de esa forma, era casi imposible. Así que se repantigó en su asiento, resopló, movió el cuello intentando aliviar la contractura que sentía y estiró cada una de sus articulaciones.

«Piensa, por Dios, pareces un novato», se conminó, cerró los ojos y fue a las fuentes, encauzó sus pensamientos y se deshizo de la ansiedad que lo envolvía para apearse a los procedimientos habituales y seguir cada paso como correspondía. Se levantó de su asiento, cerró su ordenador y se dirigió al laboratorio de la unidad, donde entró y buscó al especialista en arte forense.

—Buenos días, Lessin.

—Detective Miller, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Necesito que me ayudes con una identificación; ¿tienes tiempo?

—Para usted siempre, déjeme decirle que me siento muy apenado por la pérdida de la detective Gonzales.

Noah le dio una palmada en la espalda, aún no podía asimilar que Eva no estaría más entre ellos, le costaba aceptarlo.

Con las indicaciones que el detective le proporcionaba, el especialista introdujo una serie de códigos: rasgos de etnia, el largo del pelo, la forma del mentón, complexión de su rostro, barba, bigotes, forma de los ojos, labios, nariz, cejas, orejas.

Finalmente, el software arrojó una identificación que fueron puliendo, hasta que Noah lo creyó casi igual.

—Es perfecto, no lo toques más. Introduzcámoslo en el programa de reconocimiento facial, a ver si arroja algún dato.

—Yo me encargo, detective, en cuanto tenga algún resultado lo aviso, sabe que esto puede tardar varias horas.

—Lo sé, gracias, Lessin.

Antes de abandonar la planta, Noah se dio una vuelta por el laboratorio, donde sabía que trabajaban en el resto de las pruebas que se habían obtenido en la escena del crimen; no quería presionar a los peritos, pero las primeras horas eran siempre las cruciales para la inteligencia criminalística, que debía ser oportuna y susceptible; oportuna porque debía llegar a tiempo a manos del investigador, y susceptible para poder llevar a cabo la acción.

Trabajaban en una huella de calzado que habían encontrado al lado de la mesilla de noche en el apartamento de Eva, y en otra que se había recogido en el vestíbulo del edificio; también en una colilla de cigarrillo que se había encontrado en un arbusto cerca de la entrada, mientras que otros peritos clasificaban la basura que habían llevado de la casa de la víctima. Asimismo se esperaba que llegase la bala extraída del cuerpo de la detective, durante la autopsia, para que los expertos pudieran analizarla.

Cuando estaba subiendo al ascensor, su teléfono sonó. Era Lessin, que estaba pletórico. Noah detuvo el ascensor al escucharlo y salió de él para volver tras sus pasos. Entró henchido de excitación en la oficina del perito.

—Tenemos un resultado —indicó optimista.

Noah miró la pantalla y no tuvo dudas: ése era el hombre que había visto discutir con Eva en el *lounge* de la disco del Bronx. El sospechoso era un delincuente con un abultado expediente, buscado por la DEA, por la Organización Internacional de la Policía Judicial de México y por el FBI, y estaba relacionado con el cártel que encabezaba Mario Aristizabal Montoya. Ese nombre le sonaba mucho a Noah, pero eran cárteles con extensas redes y esa coincidencia no quería decir que tuviera algo que ver con la otra investigación. Leyó su nombre, Pedro Morales, ese rostro ya tenía nombre y apellido, e iría por él. Sintió que el cuerpo le temblaba, no quería imaginar ni conjeturar sin tener pruebas en las manos, debía ser precavido.

—Hazme copia de todo —indicó con voz impaciente.

Bajó raudo y fue a su mesa a buscar su abrigo, tenía el informe apretado entre sus labios mientras se colocaba la gabardina. El capitán salió de la oficina cuando estaba a punto de irse.

—Miller, a mi oficina.

Noah bufó por lo bajo pero no desobedeció la orden; con desgana y a grandes zancadas, se dirigió hacia la oficina de su superior.

—¿Qué necesita, capitán?

—¿Para qué caso es la identificación que has solicitado que te confeccionen?

Miller chasqueó la lengua, apretó los puños y maldijo por dentro a Lessin por ser tan bocazas. No le quedó más remedio que contarle su descubrimiento.

—¿Adónde piensas ir con esa identificación?

—Primero a casa de la familia de Eva, a ver si logran reconocer al tipo como el marido de alguna amiga de ella. Luego al antro.

—¿Y a ese lugar piensas ir solo, sin apoyo? —El capitán lo cuestionó mientras alzaba ambas cejas.

—Mi oficial de apoyo está muerto —le dijo él sin bajar la mirada, y sus palabras se le clavaron en el pecho y con firmeza en su alma; cada vez se hacía más palpable la ausencia de su compañera y empezaba a pesarle.

—De ser necesario, yo seré tu apoyo hasta que se te designe un nuevo compañero. Pero te recuerdo que no es tu caso, sino el de Strangger y Conelly, así que tú irás a ver a la familia de Eva, y te lo permito como deferencia —le indicó cortante, para que se enterara de que no lo perdía de vista—, pero al antro irán los detectives a cargo.

—Pero...

—Pero nada. No vayas por libre, o te juro que te pongo de licencia administrativa.

—No es justo.

—Sí lo es, en el estado emocional en que estás no eres capaz de cuidarte las espaldas, y yo debo velar por todo el personal de mi unidad, no me obligues a confinarte tras un escritorio. Si me entero de que has ido a ese lugar, te quito la posibilidad de obtener información.

Golpearon a la puerta interrumpiendo el reto que Miller se estaba llevando; eran los de Asuntos Internos, que acudían a hablar con la unidad, todo había salido a la luz y ya no había forma de detenerlo. Donavan Martens le hizo una seña a Noah para que se retirara, pero antes le recordó:

—Avisa a los detectives a cargo, que no se te olvide —le dijo con el índice en alto antes de que saliera.

Estacionó el coche frente a la casa de la familia Gonzales y llamó a la puerta después de llenar sus pulmones de aire. El padre de Eva fue el encargado de abrirle y facilitarle la entrada.

—Señor Gonzales, lo siento mucho. —Sus palabras brotaron sinceras—. Aún recuerdo la promesa que le hice, lamento no haber estado junto a ella.

—Pasa, muchacho. —Se abrazaron—. Siempre supe que esto terminaría así, lo he sabido desde que mi hija se empeñó en seguir esta profesión.

—No siempre las cosas terminan así —intentó contentarlo.

Todos los hijos y nueras del matrimonio estaban ahí, saludó a cada uno y acunó en sus brazos a la madre de Eva, besándole la coronilla mientras intentaba darle consuelo, un consuelo que nadie podía ofrecerle, porque lo único que esa mujer ansiaba era que le llevaran a su hija con vida, y eso era imposible. Esperó a que todos se calmaran y a que la señora Gonzales dejase de llorar, luego empezó a hablar pausadamente.

—Sé que no es el mejor momento, pero las primeras horas son las más importantes y no descansaré hasta encontrar quién lo hizo.

—Confiamos en que harás justicia por nuestra hija.

—No le quepa la menor duda, señor Gonzales, no descansaré hasta conseguirla. Necesitaría que contesten algunas preguntas —dijo titubeante—. No puedo revelarles mucho, porque estamos comenzando con la investigación, pero sería de gran ayuda si me dijese si a alguno de ustedes les suena el nombre de Pedro Morales.

—Pedro fue pareja de Eva en la escuela secundaria, antes de que viniéramos de México, fue un amor de adolescentes que no llegó a nada. ¿Por qué nos preguntas por él? —dijo Julio. Noah entrecerró los ojos pero no respondió, a cambio formuló otra pregunta.

—¿Saben de alguna amiga o conocida de ella que en la actualidad tenga tres hijos?

—Eva no tenía muchas amigas, tan sólo dos y son solteras —aseguró Esteban sin temor a equivocarse; todos ratificaron sus palabras. Noah sacó la foto de un sobre de color manila.

—¿No saben si esta persona es el marido o pareja de alguna de las amigas de Eva?

—Ése es Pedrito —dijo la señora Gonzales con total seguridad.

—¿Qué tiene que ver Pedro con la muerte de mi hermana? —lo interrogó con apremio Luis.

—Por ahora nada, sólo estamos reconstruyendo las últimas horas de Eva —dijo Miller con mesura sin revelar nada—. ¿Saben si el señor Morales —le costó pronunciarlo por ser un apellido latino, y Roberto, que hasta el momento se había mantenido al margen, lo ayudó con la pronunciación— está casado?

—Pero ¿Pedro está aquí en Estados Unidos? —quiso saber Luis. Las mujeres no hablaban, dejaban a sus esposos.

—Ha sido visto en las últimas horas en la ciudad y se cree que se encontró con Eva —respondió Noah, sin desvelar nada para resguardar el secreto de sumario de la causa.

Esa gente no sabía más de lo que decía, él era muy perspicaz y notaba que nadie estaba ocultando información, por lo que decidió que era mejor marcharse para no seguir agobiando a esas personas que no tenían sosiego; con sus preguntas inoportunas, sentía que sólo estaba invadiendo la paz familiar. Así que comenzó a despedirse.

—El sábado será el funeral de nuestra hija, esperamos que nos puedas acompañar —lloriqueó la mujer.

—Por supuesto, allí estaré.

En Austin, Olivia se encontraba ensimismada limpiándose las manos, pues pintando se había manchado con óleo, así que empapó un paño con un poquito de trementina para quitarse la pintura. Su teléfono sonó al ritmo de *Don't stop the party*,* de The Black Eyed Peas; no tuvo que mirar la pantalla para saber que se trataba de Brian.

Oli le había asignado esa canción precisamente porque su vida era una continua fiesta.

—Hola, hermanito, ¿dónde estás?

—En el aeropuerto de Madrid, a punto de abordar el vuelo de regreso a Nueva York. ¿Cómo está mi hermana preferida?

—Como si tuvieras otra, eres un bobo.

—Yo no pondría las manos en el fuego, tal vez el viejo Moore anduvo haciendo de las suyas por ahí; ése tiene de esposo fiel lo que yo de celibato.

—Brian, no hables así de papá. No me gusta pensar que engaña o ha engañado a mamá.

—Olivia, a veces pienso que no eres mi hermana. No puedes creer que con la frialdad con la que se tratan nuestros padres no tengan sus aventuras por ahí; tanto mamá como papá tienen sus rollitos bien escondidos, casi te lo puedo asegurar, lo que pasa es que viven de las apariencias. Ahora, que tú quieras pensar que tenemos una familia perfecta, eso es otra cosa.

—¿Por qué eres tan duro?

—No soy duro, soy realista. Despierta de tu burbuja, hermana, y deja de creer que todos son como tú. La verdad, no te merecen como hija.

—Deja ya el sarcasmo, que me gustas más cuando me dices cosas dulces. —Brian se rio.

—¿Noah está en Austin?

—Tal vez venga este fin de semana.

—Tu amiga... ¿sigue ahí contigo?

—¿Te refieres a Alexa?

—Sí, la rubia sabelotodo, que yo sepa no tienes otra amiga.

Utilizó un tono con el que quiso demostrar desinterés. Olivia reía por lo bajo, dándose cuenta de que estaba indagando; él no sabía que ella estaba al tanto de lo que había ocurrido entre él y Alexa.

—Sí, Brian, sigue aquí, firme como soldado de la guardia inglesa. Creo que este fin de semana, además de Noah, viene Collin.

Olivia había decidido provocarlo, no era verdad que el agente fuera a ir, pero quería hacérselo creer para que reaccionase.

—Ah, mira qué bien, que lo paséis bien los cuatro. —Brian sintió un ardor en la boca del estómago.

—¿Por qué no te vienes?

—Paso, tengo una fiesta el sábado y... al parecer ahí la reunión es para cuatro, no para cinco, a menos que a tu amiga le venga bien un trío.

—No seas grosero. Alexa no practica esos juegos, no sé por qué lo insinúas.

—Me tiene sin cuidado lo que le guste a tu amiga.

—No lo parece, porque hace un buen rato que hablamos de ella. ¿Piensas dejarla ir?

—¿Qué dices? A mí no me interesa tu amiga, ¿otra vez con esa estupidez?

—Bueno, menos mal, porque Collin va rápido y te digo que te la sopla en cualquier momento.

—No me interesa con quién se acuesta tu amiga, por mí puede cepillarse al equipo entero de Los Mets.

Estaba ardiendo de ira, y aunque intentaba disimular, Olivia, que lo conocía muy bien, sabía que se estaba poniendo histérico.

—Tengo que cortar, están llamando a mi vuelo.

No era cierto, pero fue la excusa perfecta para no seguir hablando de Alexa.

Se despidieron, y Brian se quedó de un pésimo talante. No podía entender lo que le ocurría. Desde que se había metido en la intimidad de la rubia no había podido dejar de pensar en ella. Estaba trastocado; ni siquiera sabía por qué razón había preguntado a su hermana por Alexa. Por otra parte, ni la pelirroja ni la castaña que se había tirado durante su estancia en Madrid le habían hecho olvidar lo suave que había sido sentir a Alexa cuando estuvo dentro de ella.

—Maldición —explotó, al volcarse encima el café que acababa de sacar de una máquina expendedora.

Miró la hora e iba bien de tiempo, así que tiró el vaso desechable en un cesto de basura y se dirigió al baño para cambiarse la ropa, llevaba una camisa en el bolso de mano. Cuando terminó de abrocharse la prenda, se miró en el espejo y por un momento desconoció su reflejo, se debatía entre la ira y los celos, pero prevalecieron los celos, así que sacó su iPhone y tecleó un mensaje:

¿Ya has encontrado a alguien que te folle mejor que yo? Apuesto a que por más que lo busques no lo encontrarás. Guarda la foto y hazle un marquito, porque en tu vida volverás a ver un pene como éste.

Se abrió la bragueta y se bajó el bóxer para sacar una foto a sus genitales, que adjuntó al mensaje.

Terminó de escribir y dudó unos instantes antes de enviarlo, pero finalmente buscó el número de Alexa y se lo envió.

La rubia se sintió furiosa por ese mensaje tan presumido, así que no dudó siquiera en responderle mientras se preguntaba: «Pero ¿éste qué se cree? Idiota».

La respuesta a Brian le llegó casi de inmediato.

Ególatra, me tiene sin cuidado tu APARATITO. Que sepas que no eres tan bueno como te crees, he gozado con otros mucho más que contigo. Y deja de fanfarronear, porque tampoco la tienes tan grande.

«Eres realmente el mejor, pero no te lo reconoceré; antes muerta.» Alexa reflexionó mientras miraba la fotografía.

Mentirosa, gritaste demasiado para no haber gozado. Y en cuanto al tamaño, tus ojos no dijeron lo mismo, te quedaste con la mandíbula caída cuando lo viste dormido. Sé muy bien lo que tengo, nena.

En ese tire y afloja ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder terreno. Se enviaron una cadena de mensajes que escribieron desbocadamente.

Lo que me dejó con la mandíbula caída fue tu desfachatez.

Pero estuviste muy dispuesta a abrirte de piernas para mi desfachatez.

Vete a la mierda. Eres un presuntuoso que sólo vive para mirarse el ombligo. Y por si lo has olvidado, te recuerdo que parecías bastante ido cuando te enterrabas en mí, tesorito.

Ja, ja, ja, ¿tesorito? Recuerdo que me proporcionó el alivio necesario que necesitaba. Llevaba unos días sin foliar, y tal vez por eso la necesidad se hizo ruidosa.

Ja, ja, ja, no seas farsante, sé reconocer a un hombre que busca alivio y a otro perdido, y tú no entras en los que buscan alivio, porque te recuerdo que te tomaste tu tiempo para disfrutar de mi cuerpo.

Jamás deo las cosas a medias, no te ilusiones.

Pues déjame decirte que para no dejar las cosas a medias no demostraste mucha creatividad. «Macho Man», manda saludos al mejor amigo de tu mano.

Terminó de mandar el texto y bloqueó su número.

—Toma ya, atragántate. ¿Quién te crees que eres? Idiota. —Se dejó caer en la cama, luego buscó la foto que él le había enviado y se quedó admirando su pene—.

Maldito sea, es perfecto.

En Madrid, Brian ya había subido al avión, y estaba que se lo llevaban los demonios porque le hubiera bloqueado el número, no dejaba de maldecirse por haber iniciado esa tonta conversación.

«Me vas a rogar que te folle, te lo aseguro, vas a suplicarme», pensó mientras se acomodaba en la butaca de clase business para dormir.

Ya era jueves, el desánimo de Olivia no mermaba, tenía celos hasta de una persona muerta y eso la estaba sacando de sus cabales. Pintaba en su estudio, cuando explotó en ira y de un manotazo tiró todas las pinturas que descansaban en la mesa de apoyo junto al caballete. Luego se sentó en el suelo y se echó a llorar, se sentía cargada de impotencia, necesitaba ver a Noah cuanto antes o se volvería loca.

*This Love** sonó, y sorbiendo su nariz Olivia se apresuró a coger la llamada; no quería que Miller se diera cuenta de que había estado llorando.

—Olivia. —Dejó escapar su nombre como si fuera un bálsamo.

—Hola, Noah, mañana por la noche por fin nos veremos —dijo entusiasmada.

—Nena, los funerales son el sábado, por eso te llamaba: tampoco podré viajar esta semana.

—No te preocupes —le contestó con un hilo de voz, y la desmoralización fue más que evidente.

—Sí me preocupó, tengo ganas de verte.

—Yo también, pero debes atender tus cosas.

—¿Estás bien, Olivia?

—Perfectamente bien, curada, restablecida y exiliada en Austin.

—Eso ha sonado a reproche.

—Tómalo como quieras. —Se encogió de hombros—. De vez en cuando también puedo dejar de ser comprensiva, ¿no crees?

—Seguro, y me parece bien, pero... ¿sabes qué? No he planeado la muerte de Eva para dejar de verte.

—Últimamente todo es más importante que yo.

—Sabes que no es así.

—No, no lo sé.

—Pues me apena mucho que no lo sepas, porque vivo pendiente de ti.

—Mira, Noah, atiende tus cosas, cuando realmente te quede tiempo para dedicarme a mí, llámame, no te preocupes, ve, y llora tranquilo a tu pelirroja.

Olivia lo cortó ofuscada, ni siquiera sabía muy bien qué era lo que le reclamaba. Miller, al otro lado, no estaba de mejor humor. El detective sabía perfectamente por qué Olivia había resaltado lo del color de pelo, no la creía estúpida y tampoco la subestimaba, sabía que ella estaba enterada de que la mujer que aquella noche había visto en su cama era Eva, pero de todas maneras no podía creer que ella se enfadase porque asistiera a su funeral.

Todo estaba preparado en la calle Setenta y Seis de Manhattan para el funeral que se llevaría a cabo en homenaje a la detective Eva Gonzales en la iglesia católica St. Jean Baptiste.

Oficiales del Departamento de Policía de Nueva York, con sus uniformes de gala de color azul y guantes blancos, se habían congregado en el lugar para darle el último adiós; también los detectives de la ciudad se encontraban allí, enfundados en sus trajes y gabardinas con insignias para escoltar el paso del féretro, cubierto por la bandera de Estados Unidos. Fue entonces cuando sonaron las gaitas y los tambores de la Emerald Society, cuyos sonidos no consiguieron envolver los ecos de los llantos de los allí presentes. Independientemente de los clásicos rituales religiosos, se había previsto un panegírico a cargo del comisionado del Departamento de Policía de Nueva York, exaltando la dedicación con la que Eva había servido a la ciudadanía. Después de su discurso, se oyeron unas palabras por parte del alcalde de la ciudad y otras a cargo del capitán Martens.

Después del emotivo reconocimiento y del sepelio, la familia se trasladó a la casa familiar, ubicada en Brooklyn, donde se llevó a cabo una reunión íntima a la que por supuesto asistió el detective Miller.

—Espéreme un momento —lo detuvo el señor Gonzales antes de que se marchara.

Noah Miller ya estaba dentro del coche, pero quitó la marcha al ver el apremio con el que se acercaba aquel hombre con un sobre en la mano. El detective bajó del automóvil y en un acto reflejo se quitó las gafas de sol a la vez que bordeaba el vehículo para acercarse al señor Gonzales.

—Casi me olvidaba, esto nos lo ha entregado nuestro letrado, junto con otra documentación que Eva ha dejado para nosotros. Este sobre está dirigido a usted.

—¿A mí? —Noah preguntó asombrado.

—Sí, señor Miller, no se asombre, creo que mi hija lo tenía todo previsto por si le pasaba algo, ella sabía que su profesión así lo requería.

—Gracias, señor Gonzales, luego veré de qué se trata.

Noah le palmeó levemente el hombro a aquel hombre, que a pesar de todo se mostraba más fuerte que un roble; cogió el sobre, y lo metió en el bolsillo interno de su gabardina.

A pesar de lo que le había dicho a Olivia, ya lo tenía todo previsto para cuando el funeral terminara, así que partió directo al aeropuerto, donde el avión particular de su empresa lo estaba esperando para llevarlo a Austin. Con Olivia no hablaba desde el jueves, ninguno de los dos había depuesto su actitud; el orgullo había podido con la necesidad imperiosa que sentían de verse a través de una comunicación virtual o de escucharse siquiera por teléfono. Aunque Miller había hecho un esfuerzo para no ceder, no lo había conseguido, la necesidad enardecida e incontrolable de verla lo hacían actuar en contra de su razón.

A bordo del Embraer Lineage 1000 estuvo tumbado en el diván de la zona de estar del avión, se encontraba ansioso, realmente no veía la hora de aterrizar en el aeropuerto internacional de Austin-Bergstrom.

El día no había sido nada fácil. Cuando un miembro de la policía de Nueva York muere, es inevitable hacerse un replanteamiento de la situación de la sociedad, y él no era ajeno a la misma, puesto que era parte activa de ella. Intentó relajarse y olvidarse de todos los problemas que lo rodeaban; necesitaba paz, sus músculos estaban rígidos por tanta tensión, su humor era sombrío y su cabeza estaba a punto de estallar, no tenía lugar para un solo problema más. Se acariciaba la frente mientras pensaba en Olivia, únicamente esperaba llegar para reconciliarse con ella, sentir el calor y el aroma que despedía y disfrutar de su cuerpo hasta perder el control. Precisaba alejarse de las dificultades y encontrar junto a la mujer que amaba un poco de sosiego. Nunca había ansiado tanto a una mujer como ansiaba a Olivia, nunca una mujer había ocupado un lugar tan importante en su vida, ella se había convertido en su centro, en su cordura, en su aire, y tres semanas sin verla se habían transformado en una verdadera tortura.

No había avisado a nadie de que viajaba, el único que lo sabía era Brian, puesto que estaba instalado en su apartamento, ya que no quería dejar expuesto a su amigo a los planes del senador.

El viaje pareció más largo de lo normal, quizá por la prisa incontrolable que sentía por llegar. Cuando bajó del jet, pasó por los controles, que siempre tardaban más a causa de su arma, y en cuanto hubo cumplimentado todos los papeleos se dirigió a la salida con su bolsa de mano al hombro. De inmediato consiguió un taxi, e indicó al conductor adónde quería que lo llevara. Al llegar a la villa, pagó y se dirigió hacia la caseta donde se encontraba el personal de vigilancia de la casa, que lo reconoció en cuanto lo vio bajar del coche. Su empleado, amablemente y mostrándose muy solícito, le abrió el portón y lo saludó con cordialidad, facilitándole el acceso a su propiedad.

Tras recorrer el camino hasta la puerta de la residencia, entró con sus llaves, dejó su bolsa junto a la escalera de mármol y se dirigió hacia el gran salón con expectación, donde vio a Alexa, cómodamente instalada en el sofá Chesterfield mientras leía un libro.

—¡Noah!

Alexa se puso de pie y corrió a recibirlo mientras presentía que su amiga saltaría de alegría, al ver a quien la alejaría de todos sus deseos contenidos y sus miedos.

Miller le hizo una seña con el dedo índice sobre su boca para que guardara silencio.

—Chist, ¿dónde está Olivia?, quiero sorprenderla.

Le dio un beso en la mejilla, mientras se sonreían con complicidad y hablaban en voz baja.

—En el estudio que ha arreglado en el saloncito que estaba desocupado. —Le hizo una seña con el pulgar indicándole el pasillo.

—Luego nos vemos —informó el detective mientras se alejaba para ir en busca de la mujer que le quitaba el sueño.

Olivia permanecía ensimismada, coloreando las diferentes tonalidades de un paisaje que había comenzado a pintar, trabajaba en el fondo y oía música; mientras lo hacía, sonaba *All this time*,* de One Republic. La puerta estaba abierta, y desde el pasillo distribuidor se oían claramente las notas musicales de la canción. Noah se asomó por el quicio intentando no hacer ruido, la admiró en silencio mientras ella cantaba; el detective sacudió levemente la cabeza, incrédulo por todo lo que sentía. Ella tenía un poder increíble, porque con sólo mirarla se apoderaba de todos sus sentidos, y el corazón en el pecho le latía desacompañado. Olivia parecía relajada, su mujer era realmente hermosa y en el aire flotaba la expectativa del encuentro, sólo se estaba demorando por el éxtasis que le producía verla. Ella no parecía percatarse de que él estaba ahí bebiéndosela entera; pero en ese momento algo llamó la atención de Olivia y dedicó una inquisitiva mirada hacia la contraventana.

Se percató de que fuera las luces comenzaban a encenderse, puesto que la noche estaba al caer, y con un movimiento despreocupado dejó apoyada la paleta de colores que sostenía en la mano y el pincel y se dirigió hacia el ventanal para cerrar las cortinas. Tuvo la necesidad de conseguir un poco de privacidad y antes miró a la negrura de la noche y el titileo de las luces a lo lejos. Al darse la vuelta, se encontró con la mirada de color café de su detective, cuyos vestigios de vulnerabilidad eran imposibles de ocultar.

Oli lo miró incrédula, y una sensación extraordinaria de alegría la invadió de improviso. Ahí estaba él, enfundado en su gabardina, formal pero muy sexy con su traje gris. Sintió cómo se le calentaban las mejillas, y en el estómago miles de mariposas revolotearon al verlo. Él la miraba con fijeza, y le recordó la mirada que le destinó cuando por casualidad se vieron en la tienda de ropa. Miller, por su parte, sintió que el corazón le martilleaba dispuesto a salirse del pecho, pero ninguno se decidía a acortar la distancia que los separaba: permanecían inmóviles, extasiados en la mirada del otro, permitiéndole al silencio la complicidad del hechizo que a cada uno lo atrapaba. Finalmente, ella rompió la magia:

—¿Qué haces aquí? Me habías dicho que no vendrías —preguntó con la voz estrangulada, queriendo hacerse la dura por conseguir que estuviera angustiada dos días haciéndole creer que ella era lo menos importante para él.

Se mordió el labio, conteniendo las ganas que la asaltaban de lanzarse contra su cuerpo. Noah estaba de pie, apoyado contra el marco de la puerta con los pies cruzados, se había abierto la gabardina y tenía una mano metida en el bolsillo del pantalón mientras le sonreía de lado, recorriéndola con la vista de arriba abajo.

El detective dejó de contener sus ganas y se aventuró a su encuentro, ella también fue al suyo, pegó un salto y se enroscó en él con las manos y las piernas, formando un perfecto agarre con ellas en su cintura. Miller la recibió complacido, sus manos volaron a sus nalgas y la sostuvo contra su pecho, y Olivia hundió la cara en su cuello mientras reía. Noah inspiró con fuerza para embeberse de su olor, mientras giraba con ella a cuestas. La felicidad que ambos sentían los hacía agonizar de emoción.

La joven levantó su cabeza y ancló su mirada anhelante en la de él, que era casi tan ardiente como el fuego. Miller la sostuvo con una sola mano, y le echó atrás el pelo de la cara con la otra, luego le recorrió las líneas del rostro, le barrió los labios, y entonces, rompiendo las barreras del deseo que se apoderaba de él, dominó su boca, la besó varias veces, la lamio con esmero y finalmente se abrió paso entre los labios para invadirla con la lengua. Olivia jadeaba impregnándose de su aliento, lo recibió tentándolo con la sedosidad de la suya. Se enredaron en un beso urgente, en un beso carente de cuidado. Ella hundió los dedos en su cabello de manera desesperada y se aferró con más fuerza a él, entregándole su alma en ese beso, con el que trataba de apaciguar la ausencia de tantos días.

—Te he echado muchísimo de menos —aseguró ella, apartándose levemente de sus labios para conseguir un poco de aliento. Pero se resistía a dejarlos del todo, por lo que entre cada frase continuaba dándole besos apremiantes.

—Yo también —articuló él mientras la bajaba al suelo—, se me han hecho eternos estos días.

—¿No me mientes?

Noah Miller apartó el rostro levemente para clavar la mirada en la de ella.

—Te he necesitado tanto... —le habló con voz cargada.

Ella vestía un jersey que caía dejando uno de sus hombros al descubierto, la textura de su fina y transparente piel encandiló a Noah, que imaginó el festín que se daría besándole cada centímetro, la apretó contra su cuerpo para hacerle chocar con la dureza de su miembro excitado, producto de esa visión incontrolable que le producía una erección con sólo imaginarla. Volvieron a reclamar sus bocas y, entre los besos, comenzaron a despojarse de la ropa que llevaban puesta; de pronto se encontraron desnudos, enfrentados y admirando cada uno el cuerpo del otro; Miller la fue llevando hasta la chaise longue blanca estilo Chesterfield que había en el lugar, y la depositó en ella para comenzar a disfrutar de su cuerpo con las manos. Olivia tiraba la cabeza hacia atrás mientras se dejaba recorrer por sus dedos ansiosos, que amenazaban con no dejar un milímetro de su cuerpo sin tocar. En aquel momento ladeó la cabeza y se dio cuenta de que estaban desnudos y con la puerta abierta.

—¡La puerta! —exclamó entrecortadamente debido a los jadeos que los dedos intrusos de Noah le provocaban, pero él parecía no escucharla, seguía concentrado en la tarea de acariciarla—. Noah, la puerta está abierta —volvió a insistir, y esta vez él sí la oyó.

Enardecido por sus ansias, no estaba dispuesto a apartarse de ella ni por unos pocos segundos, así que la cogió por la cintura y Olivia volvió a enredarse en él como una planta trepadora, permitiendo que la llevase consigo. Fueron juntos a cerrar la puerta, y cuando regresaban, distraídos por los besos, Noah se lió con las prendas de ambos, diseminadas por el suelo, y cayeron sobre la mesa, donde estaban apoyadas las pinturas.

La paleta de colores se había trasladado por completo hasta sus cuerpos, y eso los hizo reír a carcajadas; rápidamente se deshicieron de la broma y retomaron la tarea que sus cuerpos reclamaban. El detective la miró lujurioso, y llenando una de sus manos acunó uno de los senos de ella; en ese momento se dio cuenta de que le había llenado el cuerpo de pintura, pero la imagen de la transferencia en su piel le resultó sumamente voluptuosa. Se agachó y con la boca atrapó el otro pezón, el cual no estaba manchado, lo rodeó con la lengua, lo succionó y luego lo tomó entre los dientes, causándole dolor. Olivia se arqueó de placer por la caricia de su boca y deseó poseerlo también con la suya. Se apartó de él quitándole su seno de la boca, y antes de que pudiera protestar, bajó y tomó su miembro entre los labios, lo recorrió con la lengua de arriba abajo y luego lo apesó entre los labios, escurriéndolo dentro de su boca; comenzó a mover la cabeza mientras él, con la mano enredada en sus cabellos, la guiaba en la tarea de chuparlo al ritmo que más le gustaba. Las caderas de Noah tomaron vida propia y comenzó a moverse para enterrar su pene dentro de la boca a un ritmo rápido y contundente. Ella escuchaba cómo jadeaba, sabía que lo estaba llevando al extremo y le encantaba sentirse así de eficaz. Pero, por mucho placer que le provocara, Miller no quería correrse en su boca, había esperado demasiado para enterrarse nuevamente en ella y eso era lo que más ansiaba; así que la cogió de los hombros y la obligó a que se detuviera, él se arrodilló a su lado, puesto que, manchados con pintura como estaban, no había otro lugar donde descansar sus cuerpos más que en el parque del suelo. La tumbó y la incitó a que abriera las piernas; con la mano que no tenía pintura acarició los pliegues de su vagina, los abrió como si fueran los pétalos de un capullo y enterró la cabeza mientras desplazaba la lengua de abajo hacia arriba, como si fuera un pincel. Luego se apoderó del clitoris, lo envolvió en un suave masaje circular y cuando lo sintió hinchado entre sus labios comenzó a morderlo suavemente, provocándole espasmos incontrolables que hacían que la espalda de Olivia se arqueara. Sin más pérdida de tiempo, Miller abandonó la tarea y reptó sobre su cuerpo para ubicarse con dominio en la entrada de su sexo. Se frotó primero con su falo erecto para hacerle sentir lo duro que estaba y para colmarla de espera y afán ante la intromisión inminente.

—Venga, Noah, por favor, no tardes más —suplicó Olivia.

—¿Me quieres dentro de ti? —la provocó mientras no cesaba de moverse, tentándola.

Ella no contestó, simplemente bajó una de las manos que tenía aferradas a sus omóplatos, la metió entre ambos, tomó su miembro y lo dirigió a la entrada de su vagina para que él se enterrara en ella.

—Tengo una sorpresa: no necesitarás condón, he comenzado a tomar la píldora.

El detective ardió de deseo al saber que sentiría el calor de su vagina sin que nada se interpusiera entre ellos. Con los brazos en tensión al lado del cuerpo de Olivia, Noah se enterró lentamente probando su amplitud, metió poco a poco su carne en la de ella y se abrió paso dentro, hasta que no quedó ni un centímetro fuera. Tenía la mente en blanco, tan sólo se conminaba a disfrutar de las sensaciones que su mujer le provocaba. Ella cerraba los ojos, sintiendo que su pene la invadía, chocando contra el final de su canal vaginal.

—Mírame —Olivia le hizo caso y abrió los ojos para fijarlos en los de él—, sedúceme.

Ella ondeó el cuerpo de forma acompasada, como poseída, mientras él continuaba haciendo presión contra el final de su acceso.

—Ámame —le rogó ella, y él se entregó de forma desmedida a su petición.

Comenzó a moverse despiadadamente, buscando calmar con su vaivén la agonía que sus cuerpos reclamantes anhelaban conseguir.

—Dime que has pensado mucho en mí, y que soy yo y solamente yo la que ocupa cada uno de tus pensamientos.

—Sólo tú, nadie más tiene este poder sobre mí, a nadie más ansío.

Olivia permanecía aferrada a su cuello, que estaba en tensión por el esfuerzo; todos sus músculos evidenciaban el trabajo que su pene estaba haciendo dentro de ella. Entraba y salía cambiando de ritmo para retrasar el clímax.

Alexa, que estaba en la sala, era testigo audible de la lujuria desatada en aquel lugar, porque ni la música lograba esconder los gemidos. Los oía jadear con claridad cada embestida. Miller clamaba roncamente, y su amiga chillaba con estridencia. Sacudió la cabeza, sonrió con complicidad por el disfrute, pero oírlos era una tortura para su abstinencia, así que se levantó del sillón y se fue arriba.

Ellos mientras tanto seguían entregados a su cometido, todas las fibras nerviosas de sus cuerpos estaban sensibilizadas. Noah se detuvo y ella esgrimió una protesta, pero él diestramente la cambió de posición.

—En la variedad está el gusto, hermosa, y quiero que lo que sientas sea único.

La hizo poner a cuatro patas para comenzar nuevamente a enterrarse en ella. Siguió buscando esa satisfacción perfecta mientras se aferraba a sus caderas, hundiendo los dedos con fuerza.

—¿Me sientes bien así?

—Te siento perfecto, Noah, pero por favor, ve más rápido.

La música había cambiado, pero ellos no se habían dado cuenta, Enrique Iglesias cantaba *Heart Attack*,* y eso era lo que estaban a punto de tener ante tanto placer.

Miller comenzó a potenciar en su cuerpo toda la acumulación de sus sensaciones que pugnaban por salir, y Olivia también sintió cómo se incrementaba esa aglomeración de estremecimientos.

—Voy a correrme —lo avisó ella—, ya no aguanto más, mi orgasmo está llegando —le hizo saber mientras apretaba su pene.

—Hazlo, lleguemos juntos, no nos privemos de nada.

Una sensación empezó a surgir poco a poco y a expandírseles por todo el cuerpo. Olivia llevó tímidamente una de sus manos a los testículos de él y se los acarició

acompañando el momento en que él llegaba al orgasmo, mientras Noah se apoyaba en su espalda y empezaba a eyacular su bálsamo dentro de ella; con la mano, afanoso, le acariciaba el clítoris para proporcionarle un éxtasis más intenso.

Exhaustos, abrazados, llenos de pintura, continuaban agitados por el reciente orgasmo; entretanto se acariciaban lánguidamente los cuerpos. Ella permanecía con su mejilla recostada sobre su musculoso torso y él la acunaba entre sus brazos, a la vez que le besaba el extremo de su cabeza.

—Gracias por esta maravillosa sorpresa, y perdón por mis reproches.

—Chist, no digas nada, todo ha pasado, no te arrepientas de tus reclamos. No quiero que nunca te arrepientas de nada de lo que haces ni de lo que dices.

Olivia levantó la cabeza y apoyó el mentón en su pecho para mirarlo a la cara.

—No ha sido justo que...

Noah tironeó de Olivia, la puso sobre él —era maravillosa la sensación que le producía el roce de su piel desnuda— y le cubrió los labios con un beso, para que no continuara hablando. Cuando abandonó su boca, le dijo:

—Espero que esta pintura se vaya con agua y jabón. —Ella se carcajeó.

—Hemos tenido suerte, ahora estaba usando acrílicos y no óleos. —Miller dejó escapar un suspiro—. Gracias por haber venido, trato de comprender tu trabajo, pero la verdad es que te necesito mucho.

Noah le acariciaba la espalda mientras le daba toques en los labios.

—Tú también me has hecho mucha falta, pero sabes que hasta que resolvamos todo este lío lo más seguro es que te quedes aquí.

Ella salió de encima de él y se puso tensa, mirando el cielorraso al tiempo que él se ponía de lado y entrelazaba su mano con la de ella; tenía un codo sosteniendo su cabeza mientras la miraba con fijeza, esperando que le dijera lo que le pasaba.

—Ayer llamé a mis padres, y hablé primero con mi madre. Saben algunas cosas, porque Murray fue con el cuento de que lo abandoné, seguramente tratando de que ellos me persuadan de volver con él. Me preguntaron dónde estaba. Discutí mucho con mi madre, pero me mordí la lengua para no decírselo todo. Dudo de todas formas de que le preocupe mi salud, estaba horrorizada con el escándalo al que se verá expuesta con sus amistades. —Se mostraba realmente abatida—. Luego, mi padre le quitó el teléfono y también puso de su parte. Me dijo que era una mala hija, que era una mala esposa, que cómo iba a abandonarlo en mitad de la campaña, que todo lo que estoy haciendo pone el apellido Moore en boca de todos, que la prensa, cuando todo salga a la luz, se dará un festín con el desprestigio de mi esposo y de mi familia. Nunca quiero reconocerle a Brian que tiene razón, porque confío en que algún día tengamos con ellos un vínculo verdadero, de padres e hijos, aunque... cada día parece más una quimera lo que anhelo. —Noah le besó la mano—. Sé que ellos no lo saben, pero lo peor de todo es que de todas formas el lodo de Murray los ensuciará, y no sé si alguna vez podrán perdonarme que lo haya sacado todo a la luz.

—¿Dónde está mi Olivia valerosa y guerrera? —Le dio un beso prolongado y tierno—. Si se ensucian con la mierda del senador no pueden culparte a ti, porque el culpable será su adorado yerno, que es un sucio sin escrúpulos al que no le importa saltarse la ley con tal de conseguir más poder.

—Tú no los conoces... ellos me harán responsable; mi madre y mi padre dirán que una mujer siempre debe apoyar a su esposo.

—Olivia, el senador es un delincuente. Estoy seguro de que cuando todo salga a la luz, ellos no te culparán de nada. Mucho peor es que seas su cómplice.

—Si lo hacen no me importa, porque te tengo a ti.

Noah había soltado la mano de Oli y le pasaba los dedos por el valle de los senos, ella le acarició el rostro, ambos se miraron anhelantes.

—Por supuesto, siempre estaré a tu lado.

—Lo sé. —Se dieron un beso calmo—. Quiero que hablemos de la detective.

—¿Qué quieres hablar de Eva? —Él cerró los ojos, realmente no era un tema que quisiera abordar, pero tampoco podía no afrontarlo.

—No quiero que me tomes por estúpida.

—No pienso que lo seas, y nunca te he tratado como tal, sé que sabes perfectamente... —Hizo una pausa—. Y si lo que te preocupa es lo que siento con su muerte... —volvió a hacer otra pausa—, siento un profundo dolor, porque se ha perdido una vida humana y estoy obligado a hacer justicia por ella, pero mi dolor es porque perdí a mi compañera de trabajo con quien era muy fácil trabajar, nos complementábamos muy bien en el plano laboral, y sólo eso —le aclaró, y emitió un suspiro—. Ella y yo siempre tuvimos claro que no había sido una buena idea para nuestro trabajo traspasar el umbral.

No era exactamente así, pero para qué decirlo.

—Entonces... sí era ella.

—¿Quieres que te mienta? Eva está muerta, Olivia, no tienes de qué preocuparte.

—¿Y si no estuviera muerta? ¿Sí tendría de qué preocuparme?

—Tampoco, acabo de decírtelo.

—Bueno, no pienses que vas a ir por la vida coleccionando a mujeres cada vez que nos enfademos y yo voy a perdonártelo. Seguro que tendremos nuestras desavenencias.

Ella se puso tensa, y se sentó sosteniéndose las rodillas con ambos brazos.

—Sé respetar a una mujer, y te recuerdo que me habías sacado de tu vida. Verte abrazada a Wheels tampoco fue muy agradable, y creer que lo habías elegido mucho menos.

—Sabes que tuve mis motivos.

—Pero en ese momento yo no lo sabía.

—Igualmente no pienses que voy a volver a justificar algo así, ni lo sueñes. Según Alexa yo soy la única culpable de lo que sucedió, por no haber sido sincera contigo. Por eso me tengo que aguantar.

El sonrió desde atrás, pero ella no pudo verlo, se había sentado a su lado mientras le besaba el hombro.

—Eres muy importante para mí, Olivia, no está en mis planes faltarte al respeto de ninguna manera. —La rodeó con los brazos.

Los besos y las caricias los fueron envolviendo en un nimbo de pasión que los llevó a amarse nuevamente, pero sin prisa y con mucha pausa. Con un disfrute que parecía no tener fin.

Necesitaban con urgencia un buen baño para quitarse los rastros de pintura seca, así que se pusieron la ropa interior. Noah se asomó para comprobar que no hubiera nadie que pudiera verlos semidesnudos, y cogiéndola de la mano se aventuraron a la carrera hacia la planta superior mientras reían a carcajadas. En el momento en que estaban a punto de entrar en la habitación Alexa salía de la suya, y se toparon. Al verlos manchados de pintura, no pudo evitar morirse de risa.

—Ah, bueno, no sabía que teníais el fetiche de la pinturita —comentó—. Vosotros no os priváis de nada, ¿eh? Veros así es humillante, tened en cuenta que estáis ante una que pasa mucha hambre.

—Alexa... —la reprendió Olivia.

—Y yo que creía que lo había probado todo. Olivia, después te haces la mosquita muerta, mira que eres retorcida, ¿eh? Y tú, caramelito, no te tenía por tan ingenioso.

Noah le hizo una caída de ojos, y una mueca jactanciosa.

—No te contesto, porque sé que tu amiga no lo aprobará.

—Eres incorregible, Alexa —la regañó su amiga sonrojada, mientras Miller abría divertido la puerta del dormitorio y ambos se perdían dentro—. Menos mal que ha sido Alexa, y no Josefina o Julián, los que nos han visto así, ¡qué bochorno!

Dentro del baño, se despojaron de la poca ropa que llevaban puesta para meterse bajo la ducha.

—¡Qué pena! Se ha estropeado toda mi ropa interior, este conjunto me gustaba mucho —se lamentó Olivia, mientras observaba las manchas de pintura consciente de que no se irían de la tela.

Noah le tiró de la mano para que se metiera bajo la ducha con él.

—No te aflijas por eso, ahora ven, quitémonos toda esta pintura, que estoy desfallecido de hambre, por favor.

Se refregaron bastante, pero como la pintura se había secado demasiado, costaba quitarla de la piel y había zonas que habían comenzado a irritárseles. Olivia le restregaba el cuello a Noah, donde estaban claramente marcados sus dedos en color púrpura y amarillo limón; a ratos, ella paraba porque a él le ardía la piel y Miller se abocaba a la tarea de frotarle la esponja en las nalgas y en la espalda, para retirarle a Olivia los restos de pintura roja, blanca y púrpura, que no querían salir. No podían parar de reírse, y es que realmente parecía toda una odisea deshacerse del arte vivo en que sus cuerpos se habían transformado.

Finalmente, al ver la resistencia de algunas manchas, decidieron darse por vencidos, la piel de ambos estaba muy enrojecida. Así que se secaron y se vistieron con ropa cómoda. Noah se puso un chándal y una camiseta de algodón y ella unos vaqueros oscuros que acompañó con un jersey de hilo. Inmediatamente, bajaron a cenar.

Abajo se separaron y él fue hacia la cocina para avisar a Josefina de que había llegado, y ella mientras tanto fue hacia el estudio a poner un poco de orden al desbarajuste que allí había quedado.

Después de cenar los cinco en el comedor de diario, Alexa, Olivia y Noah holgazanearon en los sillones y se dispusieron a ver una película, pero lo cierto era que ninguno estaba interesado en verla; en realidad, Oli y Miller lo habían hecho para no dejar sola a Alexa, que estaba un poco desanimada.

—Os lo agradezco, de verdad, pero creo que es mejor que me vaya a dormir. Estoy de tan mal humor que me temo que no soy buena compañía.

La rubia les dio un beso a cada uno y se marchó hacia su habitación.

—¿Qué le pasa? —se interesó Noah, extrañado por la desgana de Alexa; en realidad esa actitud era rara en ella.

—Ha sucedido algo que no creo que sepas, pero prométeme antes que no dirás nada de lo que te voy a confiar.

—Déjate de rodeos y cuéntamelo, sabes que no haré una promesa si no sé de qué se trata.

—¿Ni porque yo te lo pida?

—Ni porque tú me lo pidas.

—Entonces no te lo cuento.

—Basta, Olivia.

—No voy a traicionar la confianza de Alexa, si no me prometes que no dirás nada. Puedes quedarte tranquilo, que no es nada que tenga que ver conmigo. Venga, Noah, ¿tanto te cuesta?

—Está bien, no diré nada.

—Te lo contaré. Ella y mi hermano... tuvieron algo. ¡Ni una sola palabra a Brian!

—Él está en mi apartamento, pero no me ha contado nada, y eso me extraña, porque siempre hace alarde de todas sus conquistas. —Olivia asintió con la cabeza—.

¡Qué noticia! Siento que a tu hermano no le es tan indiferente lo que ha ocurrido con Alexa. Vayamos a acostarnos, estoy bastante cansado y necesito con urgencia una cama en la que pueda descansar.

Cogidos de la mano, subieron la escalera.

—Hemos hablado de todo y de todos menos de tu madre.

—No empieces.

—No empiezo, simplemente debes tener una charla con Ana y reconciliarte con ella.

—La he llamado durante el viaje —dijo él sin darle demasiada importancia.

—¿En serio? —Olivia lo abrazó en medio de la escalera y cogiéndolo por las mejillas le plantó un efusivo beso en los labios.

—Le he dicho que mañana iré a verla.

—Me parece perfecto. Eres un gran hombre.

Mientras tanto, en su habitación, Alexa ya estaba metida en la cama, pero daba vueltas de un lado a otro sin poder encontrar la postura y mucho menos conciliar el sueño.

Manipuló a ciegas su móvil, que descansaba sobre la mesilla de noche, y lo desbloqueó. Irremediablemente, y aunque se resistía, no encontraba la fuerza para no seguir haciéndolo. Fue en busca de la razón de sus noches de desvelo y entró en los archivos donde guardaba la conversación de Whatsapp que se había enviado con Brian, para leerla una y otra vez.

«Si no le importo, ¿por qué me molesta?», conjeturó, y fue más el deseo de una certeza que ella anhelaba.

Entró en el Whatsapp y desbloqueó el número de Brian, intentando varias veces escribir un mensaje, que borraba y volvía a escribir. «Soy una estúpida, ¿qué intento hacer? Te humilló tanto como pudo, Alexa, y encima piensas en enviarle un mensaje.» En ese instante le llegó un Whatsapp, cuando lo abrió no podía creer lo que estaba leyendo.

Gracias por desbloquearme. Te pido disculpas, me he comportado como un grosero contigo.

«Estaba pendiente de que lo hiciera, eso es obvio.» Alexa creyó que se le saldría el corazón por la boca, se sentía muy emocionada por su suposición. Tenía que contestarle algo, pero estaba tan aturdida que no sabía qué escribirle. Llegó otro mensaje y eso la sacó de sus pensamientos.

Rubia, ¿hacemos las paces?

«Me lo como enterito, qué encantador es», pensó ella mientras tecleaba una rápida respuesta. Y se enviaron varios mensajes.

¿Qué haces con el móvil en la mano a estas horas?
Estoy desvelado, ¿y tú?
¡Qué raro que no estés de fiesta! Es fin de semana.
No tenía ganas de salir.

«No puedo dejar de pensar en ti, rubia, por eso no he salido.» Sus pensamientos lo descolocaban, no podía entender el estado de estupidez en el que esa mujer lo había sumido.

«Esto no tiene sentido —pensaba ella—. Voy a salir muy herida.»

—Ah...
—¿Quieres que te llame por skype?

El corazón les palpitaba desbocado a ambos.

alexitasmith

Le facilitó su nombre de usuario, sin dudarlo, y rápidamente tocó la pantalla para entrar en skype; le faltaba el aire. Activó la cámara frontal, y mientras lo hacía apareció el telefonito en verde agitándose, el cual le indicaba que tenía una llamada. La atendió. En la pantalla, apareció él, metido en la cama con el torso desnudo; su cuerpo era perfecto, delgado, con los músculos bien marcados. Sintió que el deseo la nublabo hasta casi dejarla sin respiración, esa imagen no era saludable para su cordura, estaba sumamente sexy y armonioso en su totalidad, afinándosele la cintura en las caderas. Se miraron largamente, sus miradas se rozaron con la intensidad que trasmutaban; anhelantes y profundas por anclarse en la mirada del otro, parecían encadenados a través de la pantalla. Él no estaba tan jactancioso como de costumbre, sino relajado; ella se mordía los labios y su mirada verdosa bailoteaba alborotada. Brian notó el repelús que ella había sentido en el cuerpo porque sus pezones habían

asomado de repente y se mostraban tiesos tras la seda de su pijama, anheló estirar la mano y apretárselos hasta que le doliesen.

—Hola —dijo él. Ella permanecía muda—, quiero verte —continuó diciendo; no pensaba andarse con rodeos porque no era su estilo, así que lo tomaba o lo dejaba, ésa era su decisión.

—Me estás viendo, Moore.

—Sabes a lo que me refiero.

—Te equivocas, no lo sé. —Alexa se expresó con calma, no era su intención iniciar una discusión.

—No me lo pongas difícil, rubia.

—Creo que te lo he puesto demasiado fácil y eso ha hecho que te confundieras. No me interesa volver a follar contigo por deporte.

—Quiero ser sincero contigo aunque me convierta en tu eterna burla.

—¿Por qué estás tan seguro de que me burlaré? Pruébame, quizá no sea lo que crees que soy, demuéstrame que tú tampoco eres lo que creo que eres.

Brian entrecerró sus ojos rasgados mientras pensaba y éstos se acentuaron más. Debía decidirse a hablar, debía atreverse a exponer sus sentimientos, o de lo contrario dejar las cosas como estaban y esconder su debilidad tras la máscara del hombre lujurioso y superficial que se empeñaba en mostrar. Tomó una bocanada de aire.

—Me fui... porque lo que sentí me asustó.

Alexa estaba a punto de morir ahogada, el oxígeno no entraba en sus pulmones ante lo que había escuchado, pero sabía que no debía confiar en él, que era una sabandija, y se mostró prudente.

—No te entiendo, Brian.

—Rubia, no seas cruel, no empieces a burlarte de mí. —Ella se humedeció los labios—. Y deja de pasarte la lengua por los labios, estoy intentando ser sincero y sensato, y me distraes.

Alexa no podía hablar, sólo asentía con la cabeza, estaba conmovida. Seguían mirándose a través de la cámara.

—¿Tú no tienes nada que decir? —indagó él, probando a encontrar una respuesta a su revelación.

Ella volvió a asentir, pero las palabras parecían no querer salir de su boca, estaba absorta y no podía controlarse ante lo que él acababa de revelar. Finalmente, se armó de valor y moduló la voz.

—Gracias por sincerarte. Yo... no he podido dejar de pensar en lo que ocurrió.

—¿Te has arrepentido...?

Alexa movió la cabeza negando.

—Me esforcé por hacerlo, pero el arrepentimiento no llegó —ratificó sin desviar la mirada—. ¿Y tú? ¿Te has arrepentido?

—Sí. —La cara de ella se transfiguró—. Déjame terminar: me he arrepentido de que las cosas fuesen como fueron, me he arrepentido por haber hecho mal las cosas y tratarte con desinterés. Me gustas, rubia.

Ya estaba, se lo había dicho, aunque quisiera obviarlo se había enamorado, como un verdadero estúpido y sin proponérselo.

—Tú también me gustas.

—Y entonces... ¿qué hacemos?

—¿Qué quieres hacer?

Él la miró con picardía.

—¿Lo intentamos? ¿Intentamos fumar la pipa de la paz y... nos permitimos conocernos?

—Por mi parte está bien, pero te advierto de una cosa.

—¿Qué, rubia? —Él se reía triunfante, y ella creía que se derretiría en la cama.

—Ni se te ocurra traicionarme, porque...

—Me comportaré como un caballero, ya lo verás.

—Una cosa más, y con esto me arriesgo a que te hinchas de orgullo.

—¿Qué?

—Debo reconocer que tienes razón, tienes un pene maravilloso. —Lo miró con picardía.

—Eso ya lo sé. —Se rio presumido.

—No empieces. —Había sido realmente estúpido lo que había dicho, pero había surgido en ella casi como un pensamiento en voz alta.

—No me provoques, entonces. No hagas salir al energúmeno que quiero dejar atrás.

—Tampoco quiero que cambies, me gustas así, energúmeno como eres, pero quiero que sólo seas mi energúmeno.

—¿Quieres ver cómo has puesto a este energúmeno con tus palabras?

—Quiero verlo en vivo y en directo. ¿Cuándo?

—¿Quieres que mañana vaya para allá? —El anhelo le había invadido el pecho, quería coger un avión esa misma noche.

—¿Puedes? —Alexa no podía creer lo que estaba pasando.

—Sí puedo, a no ser que te estropee algún plan.

—Plan, ¿qué plan puedes estropearlo? No me interesa hacer nada con tu hermana y Noah, y a ellos te aseguro que conmigo tampoco.

—¿Y Collin?

—¿Qué tiene que ver él conmigo?

Brian desvió el tema, no quería mostrarse como un inseguro, y maldijo a su hermana; se dio cuenta de que lo había engañado y él había caído como un bobo.

—¿Quieres que vaya hacia la casa? ¿O prefieres que te avise cuando llegue a la ciudad y nos encontramos en alguna otra parte?

—Mejor que nos veamos en otro sitio.

—Perfecto, te llamaré, rubia. ¿Guardaste la foto que te envié, o quieres que te mande otra para que vayas imaginándote lo que probarás mañana?

—Estás demasiado seguro de ti mismo, pero estoy dispuesta a no ponértelo tan fácil. Tendrás que hacer más méritos, no será como la otra vez.

—Veremos cuánta resistencia tienes.

—No seas petulante.

—Te gusta así.

—Adiós, Brian, nos vemos mañana.

Ella cortó la videollamada, y en cuanto lo hizo se puso en pie y empezó a saltar sobre la cama, abrazándose a sí misma mientras reía henchida de alegría. No le importaba cuánto duraría su historia con él, lo único que quería era aventurarse a sentirse en sus brazos nuevamente; tampoco iba a detenerse a pensar si lo que él había dicho era cierto o sólo era una estrategia para volver a echar otro polvo con ella, pero, para convencerse, se dijo que nadie cogía un avión sólo por repetir un polvo. Además, sabía que a Brian no le faltaban mujeres precisamente. En aquel momento, para tranquilizarse, pronunció unas palabras que le dieran aliento: «Te ha elegido a ti entre todas». El sonido de un Whatsapp le interrumpió la algarabía.

No te toques mirándome —le envió una fotografía empuñando su erección—. Guárdate algo para mí.

Estúpido, fanfarrón, eres un engreído.

Sí, rubia, soy un estúpido por estar así con sólo pensar en ti.

Brian estaba bastante cansado de relaciones efímeras, los años pasaban y él no tenía estabilidad emocional. Desde que se había acostado con Alexa, le gustaba pensar en ella como en alguien que podría ayudarlo a calmarse. Vivía frívolamente sin ataduras y sin tener que rendirle cuentas a nadie, pero quizá sentirse apoyado por

alguien también podría resultar interesante. Sabía que la rubia era una buena chica, su hermana le diría que la mejor, y por otra parte le gustaba mucho; probarla había sido nocivo para él, ya que no lograba quitársela de la cabeza.

Brian estaba dispuesto a descubrir si sólo era un capricho, o podía pasar a entablar una relación más seria a su lado. No sería fácil dejar de lado las fiestas que tanto le gustaban; ni las mujeres, que eran su debilidad, pero tal vez Alexa podía cubrir todas sus necesidades y estaba dispuesto a descubrirlo.

El detective Miller, esa mañana, tenía muchos asuntos pendientes, y no le sobraba el tiempo precisamente. Se levantó de la cama, divisó por la ventana que no había grandes vientos y se quedó por unos instantes admirando el paisaje; la escarcha pegada a la tierra evidenciaba que el invierno estaba muy próximo. Estiró su musculatura y se volvió, tan sólo cubierto por los bóxer, para mirar a Olivia, que dormía calma y serena. Admiró una vez más su belleza, su fragilidad. Aunque tenía deseos de despertarla para hacerle el amor, refrenó sus ansias y se encomendó a lo que debía resolver.

Bajó a la cocina, donde los aromas del desayuno lo recibieron. Iba con prisa, así que tan sólo aceptó un café negro y un cruasán y le pidió a Julián que le preparase uno de los automóviles para salir cuanto antes.

Tras resolver lo que tenía más rápida resolución, regresó a la casa. Olivia, sin embargo, continuaba durmiendo, de modo que volvió a marcharse.

Recorrió en coche la distancia hasta llegar a la entrada del Cementerio Memorial Park de Austin, aparcó, y después de hacer algunas averiguaciones en la oficina se dirigió a donde le habían indicado que quedaba la tumba de su padre. No le costó trabajo encontrar la lápida, el sepulcro estaba cuidado y con flores; supuso que Harrison era quien se encargaba de que lo mantuvieran arreglado. Se quitó las gafas de sol, abrió ligeramente su cazadora de cuero y las colgó del cuello de su camiseta. De pie, separó ligeramente las piernas y se afirmó a la tierra frente a la sepultura. Cruzó las manos por delante entrelazándolas y fijó la vista en la lápida: «Brandon Miller 1952-2012», leyó en silencio. Habían pasado dos años desde que había muerto, y era la primera vez que se dignaba pisar su tumba.

Miller, durante esas semanas, había pasado por varios estados de ánimo: furia, desesperación y actualmente se encontraba en un estado de melancolía. Aunque prefería volver al primer estado, su corazón traicionero se empeñaba en no hacerlo. Frente a la tumba de su padre sintió una vez más que nunca podría perdonar a su madre por haberle arrancado la posibilidad de conocerlo, pero también se dividió en la disyuntiva que lo volvía indefenso al estar tanto tiempo lejos de ella. Se pasó las manos por el pelo, humedeció los labios con la lengua y metió una de las manos en el bolsillo del pantalón, de donde extrajo un pañuelo. Se arrodilló, retiró el polvillo que recubría la lápida, acarició el nombre de su padre con la yema de los dedos y fue la primera vez en su vida que estuvo orgulloso del apellido que portaba. Se sintió desmembrado, indefenso, él en ese momento era un hombre en el cuerpo de alguien desconocido, porque no estaba acostumbrado a flaquear por nada.

Esa semana, la muerte de Eva lo había hecho recapacitar acerca de muchas cosas, y su alma permanecía aterida por el solo hecho de imaginar las cosas pendientes que habían quedado entre su padre y él; supo en ese mismo instante que la vida era eso, un cúmulo de circunstancias que uno no planea, que uno no calcula, porque vive el día a día sin pensar en lo que pueda suceder.

También se dijo que bajo ningún concepto aquellos asuntos quedarían pendientes con su madre. Ella se había equivocado sin calcular el daño que les había hecho, pero ¿quién era él para juzgarla?

Comprendió asimismo que su padre la había perdonado, así que si su padre había podido hacerlo, quizá él también podría, sin esperar hasta que no quedara tiempo para decidirse.

Ineludiblemente le dolió saber del tiempo que le había faltado con su padre: jamás podrían contentarse, jamás podrían conocerse. Se secó las lágrimas que habían escapado de sus ojos y suspiró.

—Lo siento —le habló a la tumba—, no soy muy creyente, pero muchos dicen que existe otra vida después de la muerte. Quizá nuestro tiempo esté ahí, en esa otra vida. —Expresó las palabras sin mucha convicción—. Tal vez si no hubiera sido tan orgulloso... pero creo que eso lo he heredado de ti. Así que llevo mi orgullo con honra, porque son tus genes los que me regalaron tu carácter.

Lo envolvió el silencio del lugar y el trinar de algunos pájaros que se posaban sobre otras lápidas cercanas. Hundió la cabeza.

—Papá —pronunció esa palabra por primera vez y le dolió que se perdiera en el aire, así que la dijo nuevamente—: Papá. —Se desmoronó—. Perdón, papá, por no haber sentido piedad por ti, incluso al saber que estabas muriendo.

Estaba en cuclillas, se sostuvo la cabeza y lloró amargamente. Se permitió llorar a su padre como nunca creyó que lo haría.

Un sentimiento de alivio se apoderó de él. Al dejar que salieran de su alma todos esos resquemores que anidaban ahí desde que él tenía uso de razón. No podía volver las cosas atrás, aunque lo ansiara no podía, pero no iba a seguir torturándose con eso, así que simplemente se interesaría en saber más de él, buscaría entre los que lo frecuentaron todos esos años para que le contasen cómo era, reconstruiría su vida y la viviría a través de los recuerdos.

Tras recuperar la compostura, salió del camposanto y tomó el camino que lo llevaba a la casa de su madre.

El encuentro fue muy emotivo, se abrazaron, pero él decidió que lo dejaría todo como si nada hubiera pasado y la trató con normalidad, como si las revelaciones nunca se hubieran interpuesto entre ellos. Ana aceptó el silencio de su hijo; aunque intentó de todas maneras abordar el tema, él la detuvo:

—No hace falta, tus explicaciones ahora no me sirven, no serían suficiente porque llegaron demasiado tarde, pero eres mi madre y no quiero cometer contigo los mismos errores que cometí con mi padre. Me has enseñado a quererte, y por más que te hayas equivocado, no puedo odiarte, me enseñaste que el cariño no se desvanece por algunos actos erróneos. Como me dijo Olivia, yo en mi vida me he equivocado muchas veces y tú nunca me has dejado de querer por mis errores.

»La vida es muy compleja y uno a veces toma decisiones que no siempre son las acertadas, no sé bien qué te llevó a tomarlas, pero no quiero explicaciones, porque nada de lo que me puedas decir puede devolverme el tiempo que nunca tendré con él, así que para qué...

Ana quiso interrumpirlo.

—Déjame terminar. Después de reflexionar durante todos estos días por fin he entendido que tampoco es justo que te haga responsable sólo a ti. Así que, mamá, dejemos las cosas como están, dame tiempo para asimilar esto pero no dudes de mi cariño. Te quiero, mamá.

Noah estuvo un buen rato en casa de su madre dejándose mimar, y luego se fue.

Olivia se despertó, estiró la mano y comprobó que estaba sola en la cama, no había oído a Noah levantarse. Era más de media mañana, hacía tiempo que no dormía tanto y tan bien. Abrió los ojos y sobre la almohada encontró un post-it; se desperezó, se restregó también los ojos y se arrastró con parsimonia hasta quedar sentada contra el respaldo. Leyó:

«Sigue las pistas. Lleva el teléfono contigo».

Frunció el ceño ante el pedido, pero seguiría el juego propuesto por Miller. Encontró otro post-it sobre su mesilla de noche cuando fue a coger el móvil.

«Quiero que te mires en el espejo.»

Ella sonrió, se puso en pie y fue hacia el baño divertida, pero ahí no había nada, así que salió descalza y todavía adormilada. Pensó nuevamente en la pista y fue hacia el armario, donde vio un post-it pegado en el cristal del espejo. Lo cogió para leerlo:

«Quítate el pijama. —Noah sabía que debajo no llevaba nada—. Y hazte una foto frente al espejo».

Algo excitada y risueña, lo hizo. Siguió leyendo:

«Envíamela».

Ella hizo la captura, se mordió los labios y la mandó.

La respuesta no se hizo esperar.

Humm me encanta la textura de tu piel, y tocarla mucho más. Un poco de fetichismo no está nada mal. Después de lo de ayer, he descubierto que jugar nos va bien. Ve al segundo estante del armario, en el compartimento de en medio encontrarás algo para ti.

Había una bolsa en tonalidades rosa con letras en dorado de Victoria's Secret. Dentro, un conjunto de ropa interior idéntico al que se había estropeado con la pintura. Olivia se rio a carcajadas. También había otro postit.

«Póntelo.»

Lo extrajo de la bolsa y se lo puso como él le había indicado. Cuando se dio la vuelta, ahí estaba él siguiendo ávidamente cada uno de sus movimientos. Su mirada punzante la estaba volviendo a desnudar. Vestía todo de negro, llevaba puesta una camiseta con cuello en V, vaqueros y calzaba unas Converse negras de lona. Permanecía cruzado de brazos apoyado en el marco de la entrada al armario, y la miraba entre la espesura de sus largas pestañas con la mandíbula tensa; sus labios estaban sellados, pero los abrió levemente para relamerse.

En el corto espacio que los separaba, ellos no veían nada más que a ellos mismos. A Olivia le tembló el mentón: él era el único capaz de ponerla en ese estado, de hacerla sonrojar y deseárselo a la vez. Continuaron guardando silencio, se contemplaban con emoción y Noah sintió en su interior que se volvía un ser sin dominio. Sus testículos le hormiguearon ante la visión del cuerpo perfecto del que se sabía dueño, sentía la respiración acelerada y sólo con contemplarla su falo había comenzado a hincharse. Caminó con aire triunfante hasta ella, la miró a los ojos, se detuvo a escasos centímetros de su cuerpo para olerla, adoraba el aroma que despedía su piel. Con un rápido movimiento se apoderó de sus manos y las retuvo detrás de su espalda, apoyadas sobre sus nalgas. La inmovilizó mientras agazapaba su cuerpo cubriéndolo con el suyo. Ella sentía un latido implacable que iba profundizando en su pecho y una puntada que nacía en su vientre y se perdía en el centro de su sexo.

Lo deseaba, se deseaban; Noah no se había afeitado esa mañana, pero aunque iba informal se le veía sugestivo. Olivia no tenía planes de apartarse de él, su mirada rígida a veces la ponía como si fuera un flan, le era imposible estarse quieta. Miller la miraba con ansias, la traspasaba hasta despojarla de toda la razón. Sin poder sostenerle la mirada, ella la fijó en el escote en V de su camiseta, pero él no estaba dispuesto a que lo privara de sus ojos.

—Mírame —le ordenó, y ella tímidamente volvió a fijar la mirada en los ojos de él.

El detective la pegó más a su cuerpo, se volvía un condenado poseso cuando la ansiaba de esa forma tan descontrolada; le apoyó el bulto en su pelvis, le encantaba hacerlo para que sintiera lo caliente y excitado que estaba.

Le pasó la lengua por la clavícula, le mordisqueó el cuello y ella lo tiró hacia atrás, para darle más acogida.

—No sé para qué te he hecho poner estas prendas, si te las quitaré. —Sonrió con malicia—. Sólo con mirarte me he puesto duro, como la primera vez que te vi, como cuando te paraste a mi lado y el aroma de tu perfume me embriagó tanto que me provocó una erección.

—No me lo habías contado.

—Ahora lo sabes, así fue desde la primera vez que mis ojos te encontraron. Me reduces a esto, a un hombre sin control, que sólo desea disfrutar de tus caricias y tus besos. Eres dañina, Olivia, pero eres mi mal necesario, ¡¡¡Dios... cómo te deseo!!! Me enloqueces.

Suspiró apretando los ojos. Como él le había ordenado, ella lo miraba sin despegar la vista de su rostro para no perderse ninguna de sus sensaciones.

Respiraba casi colapsada por sus emociones, sintió cómo sus fluidos empapaban su sexo, por las cosas calientes que Noah le decía la estaba enloqueciendo de deseo, de morbo.

Las manos del detective se volvieron inquietas, tomó el diminuto tanga y se lo arrancó. Ella soltó una exclamación.

—No te preocupes, eres mi fetiche, te compraré otro, todos los que quieras; no me importa cuántos si puedo tenerte así para mí.

Noah había roto la prenda femenina que acababa de comprar, pero sus manos urgentes sólo buscaban su placer y no iba a permitir que nada se interpusiera entre ellas. Seguía manteniéndola inmóvil con una de sus grandes manos, por las muñecas, y Olivia no se oponía. Él le mordió los labios mientras intentaba darle placer con las manos; deslizó uno de sus dedos entre las nalgas y le acarició el ano, una y otra vez, mientras con la lengua, ahora dentro de su boca, jugaba con la de ella. La estaba devorando. No dejaba que lo tocara, y eso la estaba volviendo loca. Finalmente, al advertir el momento en que se entregaba a su placer, elevó una de las comisuras de los labios y se apartó, a la vez que le liberaba las muñecas. Olivia, sin pensarlo, cerró las manos, por fin liberadas, en torno a su nuca, lo atrajo con desesperación hacia ella y se apropió de su boca. Noah la acomodó entre sus piernas, mientras continuaba con sus caricias ascendentes y descendentes por sus nalgas, realmente interesado en esa parte.

La cargó en sus brazos, la sacó del armario y la depositó sobre la cama; allí, mientras la miraba, se despojó de su ropa y ella se quitó el sostén, no quería que también se lo rompiera. Lo primero que hizo Miller fue dejar su arma en un lugar seguro, se la sacó de la pantorrilla y la apoyó sobre la mesilla de noche.

No tardó demasiado en desnudarse, todo lo hizo rápido, con urgencia. Se tendió sobre ella, donde las caricias siguieron y los besos los turbaron aún mucho más, hasta que de pronto, unidos por la insolencia de sus cuerpos y por el deseo indomable de sus entrañas, se transformaron en aves migratorias y permitieron que sus cuerpos, por escasos instantes, dejaran de pertenecerles, porque las sensaciones que se despertaron en ambos los transportaban a otros espacios, a otras dimensiones.

Abrazados, envueltos en sudor, con el corazón lleno de placer y los pulmones faltos de oxígeno, se acunaron.

—Los despertares en Austin, cuando estás a mi lado, siempre son los mejores.

—Quisiera que siempre fueran así.

—¿Así de intensos?

—Sí, pero en realidad me refería a que siempre quisiera estar cuando despiertes.

—Eso sería hermoso.

Se ducharon y bajaron, ya era la hora del almuerzo. Josefina les había preparado la mesa en el comedor. Ella y Julián estaban fuera porque habían quedado con Ana para ayudarla con unos muebles que había comprado en Pasadena.

—¿Os vais? No entiendo por qué mi madre fue hasta allí a comprarlos.

—Porque allí vendían lo que le gustaba —dijo Julián.

—Podría haberlos mandado traer.

—¿Y perdernos la diversión del viaje? —Noah agitó la cabeza, tenía la de Olivia apoyada en su hombro—. Disfrutad del fin de semana, tesoros, ya me ha llamado tu madre, feliz —le dijo Josefina a Miller, acariciándole la mejilla—. Me ha contado que esta mañana, muy temprano, la has visitado.

Olivia abrió mucho los ojos mientras se aferraba a su cuello y lo llenaba de besos, sin dejar de saltar feliz por la noticia. Noah, risueño, la pegaba más a su cuerpo.

—Creo que, entre tantas mujeres, no me quedaba más remedio que ceder.

—Has hecho lo correcto —aseveró Oli.

Solamente había dos platos en la mesa, una mesa muy especial que les había preparado Josefina antes de marcharse.

—¿Por qué sólo dos platos? ¿Alexa no come con nosotros? —quiso saber Olivia, que ya estaba a punto de salir a buscarla.

—Alexa no está, tesoro —contestó Jose—. Se ha ido a la ciudad, no he entendido muy bien a lo que iba, pero ha salido muy chispeante.

—¡Qué raro! No me ha dicho nada. ¿Adónde habrá ido?

—Seguro que ha salido de compras, a las mujeres cuando os da un bajón os fascina salir a derrochar dinero. ¿O no tengo razón?

—No me desilusiones, Noah, no seas tan básico para describirnos, no todas somos así. Y Alexa en particular, menos.

—En ese caso no te preocupes, sabe cuidarse, seguro que estaba harta de estar encerrada y aprovechando que estoy aquí ha salido a dar un paseo.

Se sentaron en torno a la mesa y Olivia sirvió la corvina que les había dejado preparada Josefina. Oía muy bien, estaba aderezada con una vinagreta y para acompañarla había una ensalada de aguacates, tomates, lechuga y aceitunas negras. Noah comía sin parar, se notaba que tenía mucho apetito, en cambio Olivia estaba dispersa, revolvía el alimento sin dejar de pensar en Alexa; su amiga hacía días que estaba con el humor verdaderamente tocado y ahora este alejamiento la dejaba muy descolocada.

—No has tocado tu plato —la regañó Miller—. ¿Acaso no te gusta?

—Está muy rico, estoy algo dispersa, eso es todo.

—Come, que has perdido peso.

—¿Te lo parece?

—Sí. —Abrió y cerró las manos—. Mis manos no mienten, ellas lo han notado.

—Tonto.

—Estoy diciendo la verdad, sé que estás bastante perezosa para comer, y yo me entero de todo. —Olivia entrecerró los ojos.

—Así que todos son tus espías.

—Te cuidamos, Olivia, nadie quiere espiarte. Llama a tu amiga, así verás que está bien, y come, por favor.

—No es que sea su niñera, pero ella siempre está pendiente de mí y sé que no lo está pasando bien.

—Por eso mismo, llámala, y así luego comerás. —Él le dispensó una sonrisa que la derretió—. ¿De acuerdo?

Olivia llamó a Alexa, pero le saltó el contestador.

—¿Qué pasa?

—No contesta. —Volvió a intentarlo. Sonó varias veces más, hasta que finalmente respondió.

—¿Qué pasa, Oli?

—Eso me pregunto yo. ¿Dónde estás?

—Estoy en un cine. —La rubia pegó un grito porque Brian, que no se podía estar quieto, le había mordido una nalga—. Lo siento, ha salido una escena de miedo.

Luego te llamo, Oli, todos me miran mal porque estoy hablando en medio de la película.

—Está bien, besitos. —Noah la miró inquisitivo en cuanto cortó—. Está en el cine —lo informó Olivia, cuyo semblante cambió en cuanto escuchó a su amiga.

Noah pinchó un trozo de aguacate con su tenedor y se lo metió en la boca a Olivia.

—Bien, ahora come.

Por la tarde, estuvieron tumbados en el sillón Chesterfield de la sala, abrazados y envueltos en una manta. Noah sostenía la delgada mano de Olivia, admirando sus extremidades largas y cuidadas, mientras ella le daba algunos consejos a la hora de contemplar un cuadro. Algunos conceptos y reglas que lo podían ayudar a comprender mejor no la belleza de la pintura, que es muy subjetiva a cada persona, sino más bien a analizar el porqué y cómo un artista consigue mediante una serie de elementos y técnicas atraer la atención de quien lo mira. Él, aunque la escuchaba fascinado y atento porque admiraba la pasión que ella sentía al hacerlo y también su talento, no entendía ni media palabra de tonos, temas, líneas, acabados y técnicas.

El sonido de la puerta de entrada interrumpió la clase magistral.

—¿Eres tú, Alexita? Estamos aquí en la sala —preguntó Olivia.

—Hola. —Alexa se asomó y saludó estúpidamente con la mano desde lejos—. Me voy a quitar la ropa y el calzado, estoy muerta de cansancio. ¿Josefina ya ha vuelto?

—Aún no, vuelve mañana. —le informó Noah.

—Ah, es verdad. En ese caso no os preocupéis, yo puedo encargarme de la cena, porque vengo con un hambre impresionante y si la dejo en vuestras manos sé que no saciaré mi apetito.

Los tres se rieron y la rubia, que parecía otra persona por el buen humor que irradiaba, desapareció de la escena.

Olivia retomó la explicación en cuanto volvieron a quedarse solos, pero Noah ya no tenía demasiado interés en escucharla, por lo que la interrumpía cada dos por tres con mordiscos en el cuello y en la oreja.

—Compórtate.

—Está bien, señorita maestra.

—No te burles.

—No me burlo —le dijo él mientras seguía con los mordiscos y enroscaba sus piernas con las de ella.

De pronto Olivia cambió de tema.

—¿Nunca has pensado en hacerte cargo de la empresa? Bueno, sé que antes no, pero ahora quizá hayas cambiado de opinión.

—No sirvo para estar tras un escritorio. Dame un beso.

—Hablemos, espérate, estate quieto.

—No puedo, te deseo.

Ella quería hablar.

—En algún momento quizá tengas que involucrarte. Además, no sería tan peligroso como lo que haces. Aunque jamás te pediría que dejes de hacerlo.

La miró intentando mantener la compostura.

—Me gusta lo que hago, gracias por no pedírmelo directamente. —Noah sonrió.

—Ojalá algún día pueda llegar a acostumbrarme.

Había pasado una media hora, y ellos seguían charlando cuando el teléfono sonó; era una llamada interna, hecha desde la caseta de la entrada, por la cual avisaban de que el hermano de la señora Olivia había llegado y se dirigía hacia la casa.

—¿Qué sucede?

—Me avisan de que ha llegado Brian, déjame abrirle.

Noah apartó la manta que los cubría y se dirigió hacia la entrada, donde esperó con paciencia a que llegara su amigo.

—¿Qué haces aquí? —Lo abrazó palmeándole la espalda—. Si pensabas venir, ¿por qué no lo hiciste ayer conmigo? Te habrías ahorrado un vuelo comercial.

—La verdad es no pensaba venir, pero estaba tan aburrido en tu apartamento que miré si había vuelos y me vine.

—Pasa, amigo, que hace frío.

Olivia, que ya había oído la voz de su hermano, salió a su encuentro.

—Hola, Oli, qué guapa estás, se te ve radiante.

—Gracias, qué sorpresa tan agradable. —Lo abrazó y lo miró a los ojos—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a verte. ¿Qué os pasa, tan extraño es verme aquí?

Olivia sonrió y fingió que le daba un golpe en la mandíbula.

—Mientes muy mal.

—No sé a lo que te refieres.

Su hermana prefirió cambiar de tema, por lo visto no estaba dispuesto a desvelar sus verdaderas intenciones aunque ella las suponía muy bien; contuvo el impulso de preguntar por qué tanto misterio, si era evidente que él y Alexa se habían visto. Llegaron casi uno detrás de la otra y el cuento del cine, con Brian allí, le sonaba más absurdo todavía.

—Tendrás que prepararte una habitación, Josefina no está —le indicó su hermana.

—No hay problema.

—¿Cómo te fue por Madrid?

—Muy bien, ya veréis los anuncios; ten —dijo mientras extraía una bolsita que contenía en su interior una taza con un escudo en el que ponía «Calle Atocha», una de las calles del viejo Madrid—. Para que bebas tu café mientras pintas.

—Gracias por acordarte siempre de mí. Es muy bonita. Debes de estar cansado por el viaje, ¿por qué no te instalas?

—Sí, estoy muerto del cansancio, me voy a pegar una ducha y a acomodarme en una habitación. Luego charlamos.

Noah le palmeó la espalda.

—Como en tu casa, amigo. —Brian se alejó, y Noah manifestó sus sospechas—: ¿Crees que han estado juntos? Han llegado casi a la vez.

—Creí que sólo era yo la mal pensada, estoy segura de que sí.

Todo estaba preparado para partir, era lunes por la tarde y bajaban la escalera de la mano. Al llegar al último escalón, Olivia emitió un profundo suspiro mientras se aferraba a la cintura de su detective y hundía la cabeza en su pecho. Él la acunó entre sus brazos y le dio un beso interminable en la base de la cabeza mientras le acariciaba la espalda.

—No quiero que te vayas, llévame contigo.

—Tampoco quiero irme y dejarte aquí, pero es lo más seguro; Collin está convencido de que muy pronto resolveremos esto, anoche hablé con él y te aseguro que todo va muy bien.

Miller recordó la conversación que había mantenido por la noche con su amigo del FBI:

—Noah, amigo, el tipo es un baboso, tenemos infiltrada a una de las nuestras y poco a poco va ganándose su confianza. El senador se relame con el meneo de culo que le hace nuestra agente encubierta, te aseguro que muy pronto lo tendremos comiendo de nuestra mano. Su amante está bastante enfurecida, así que creo que podría convertirse muy pronto en nuestra aliada.

—Sabía que por ahí encontraríamos el punto débil de ese desgraciado. Mantenme al tanto, por favor. ¿Qué has podido averiguar de Pedro Morales?

—El bastardo parece haberse esfumado de Nueva York. Con respecto a tu compañera, ¿se ha sabido algo?

—Aún nada. Nosotros también buscamos a ese malnacido. Creemos que, además de mí él fue de las últimas personas que la vio con vida; las cámaras de su apartamento muestran que aquella noche llegó sola, el día siguiente lo tenía libre y lo pasó en su casa y, bueno, aquella noche entraron y la mataron.

—Este Pedrito ya me empieza a tocar los huevos, aunque es obvio que solamente se trata de una casualidad.

—Sí, pero increíblemente nos puede llevar a Montoya y también a resolver lo de Eva.

—¿Tienes alguna corazonada?

—Sólo una hipótesis extraída del hecho de que ellos fueron pareja. Me atrevo a suponer que Eva lo tenía acorralado con sus actividades en la Gran Manzana. Quizá ella descubrió que el topo que buscamos trabajaba con él e intentó resolverlo sola. Sin duda fue una mala decisión dejarme al margen de lo que descubrió, porque le costó la vida.

—Suena bastante coherente, pero tendrás que conseguir probarlo.

—Si lo encontrase, te juro que me encargaría en persona de hacer hablar al mexicano.

—Tienes que calmarte, no debes permitir que tus emociones te traicionen, no arruines tu carrera ascendente. ¿Por qué no te vienes con nosotros? Sabes que me encantaría tenerte nuevamente de compañero.

—Paso, no deseo tener menos vida de la que ya tengo.

—¡Eh, menuda revelación! Tú diciendo eso, tú, un maniático del trabajo y de tu profesión. Creo que Olivia te ha vuelto muy blandito.

—No te burles.

—He escuchado muchas veces que el amor hace eso con el hombre más metódico. ¿Acaso te perderemos y te buscarás una vida más tranquila?

—Eso sinceramente no lo creo. Sabes que me gusta lo que hago, y no podría vivir sin la adrenalina que irriga mi sangre siendo parte de las fuerzas del orden público.

—¿Por qué los días a tu lado se pasan tan pronto?

Olivia lo sacó de sus pensamientos.

—Eso mismo me pregunto yo. Tienes razón, se han pasado volando. Voy a echarte muchísimo de menos; de todas formas, ve pensando que el viernes vendré directamente en cuanto termine mi turno.

—Me llamarás a diario.

—Por supuesto.

La cercanía de sus labios y del aliento de camino a lo que ansiaban creaba una fotografía perfecta donde todo desaparecía a su alrededor, donde sólo ellos contaban.

La despedida les provocaba una sacudida en lo más profundo de sus entrañas, deseando parar el tiempo para que la vida se detuviera en ese instante. El reloj interno de sus cuerpos les hacía imposible visualizar más allá de sus anhelos, y ellos lo único que ansiaban era permanecer unidos, extasiados mirándose eternamente.

Ella alzó un poco más la cabeza y él se acercó a sus labios para besarlos enfebrecido; necesitaba con urgencia sentir la humedad de su boca, el embiste de su lengua. Hurgó en ella y el delicioso mordisco de sus dientes lo obligó a detenerse, porque no era cuerdo sentirse como se sentía. Se apartó por inercia, porque sabía que debía hacerlo.

Ella lo miró a los ojos y se tocó los labios mientras le decía:

—No aguantaré hasta el viernes.

—No seas cruel. Debo irme.

—Lo sé, pero no puedo mentirte.

—No es lo que pretendo, pero ponme las cosas fáciles al menos.

Noah se acercó y chocó una vez más los labios contra los suyos. Entonces, con un movimiento que la cogió por sorpresa, se apartó, para luego abrir la puerta y desaparecer.

Olivia reaccionó de inmediato a su intempestiva marcha, volvió a abrir la puerta y lo miró alejarse. El frío impávido de la tarde que estaba cayendo la estremeció, se cerró el jersey por el cuello y se quedó mirando cómo se iba.

A punto de subir al coche, donde Julián lo esperaba para llevarlo hasta el aeropuerto, fue sorprendido cuando ella le gritó ensoñadora:

—¡Piensa en mí!

Noah se volvió y se le encogió el corazón por tener que dejarla.

—Siempre.

La semana había pasado casi volando, tan sólo un día más y volverían a verse.

Estaba terminando su turno cuando recibió una llamada de Collin.

—C.C.

—Hola, amigo. Tengo noticias del tal Pedro Morales —soltó sin rodeos.

—¿Qué has sabido?

—Lo siento mucho, ha aparecido muerto en Phoenix.

—¡¡Mierda!! No es posible. Otra vez esa ciudad.

—Es todo un maldito acertijo. Tengo el informe de balística, ha sido fusilado con un AK47.

—El fusil preferido de los narcos.

—Y algo más, hemos encontrado varias armas en su morada. Te lo envío todo por fax, a ver si alguna coincide con la que utilizaron para matar a la detective

Gonzales; desde luego, los informes periciales de esas armas todavía no están; no sabía si ya habías visto la alerta en tu ordenador, por eso te he llamado.

—Te lo agradezco, la verdad es que me estaba yendo y no había visto nada.

—Bien, en un rato te lo mando todo.

Noah, tras colgar con su amigo, esperaba ansioso que llegara el fax. Cuando por fin lo tuvo en sus manos su vista voló a la semiautomática Herstal Five-Seven calibre 5,7 mm que cargaba municiones de 5,7 x 28 mm y era más conocida como Matapolicias, la cual coincidía con el calibre y el tipo de arma utilizado para matar a la detective Gonzales y al portero.

Llamó a la oficina de su capitán:

—Miller, ¿qué haces aún aquí?

—Tengo novedades —le dijo mientras le hacía extensivo el informe con lo requisado en la casa de Pedro Morales.

Duncan echó una rápida hojeada al informe mientras el detective le indicaba:

—Necesitamos seguir de cerca esa arma.

—No la pierdas de vista —exteriorizó el capitán mientras agitaba la cabeza—. ¿Quién mierda está detrás de esto? Estoy casi rogando, Noah, que no sea esa arma, porque no quiero que la muerte de Gonzales quede archivada sin castigo.

En ese momento Noah sintió que se le helaba la sangre y el estómago le daba vueltas, se mostró impotente y abrigó el mismo temor que su superior.

Ya en la tranquilidad de su casa el detective Miller permanecía concentrado frente a la pantalla de su ordenador, comprobando la información del caso de Eva y también todo lo concerniente al senador Wheels y a Montoya, los temas que le quitaban el sueño y se habían vuelto su obsesión.

De pronto parecía haber entrado en una espiral, en la que giraba y giraba sin remedio y siempre volvía al principio de todo: la decepción lo había inundado.

Cerró su portátil de un manotazo antes de que la cabeza le estallara; le urgía hacer un alto, porque sentía que se estaba consumiendo. Se preparó un sándwich y cogió una cerveza de la nevera. En el momento en que sorbía la bebida, el teléfono le indicó que estaba recibiendo una llamada, y de inmediato se le iluminó el rostro al reconocer la melodía asignada; y había hablado con ella, pero escucharla siempre funcionaba como un bálsamo que alejaba cada uno de sus tormentos.

Su voz era tranquila y varonil.

—¡Hola, hermosa!

Un cosquilleo de emoción brotaba en su pecho mientras Olivia le contestaba radiante.

—¿Qué hacías?

—Estoy cenando.

—¿Ahora? ¿Has visto la hora que es? Luego soy yo la que tiene desórdenes alimenticios. —Noah se rio.

—Lo sé, tienes razón, me he entretenido con el trabajo. ¿Y tú qué haces?

—Ya estoy en la cama, Brian y Alexa viven enganchados ahora que han decidido sacarlo todo a la luz.

—Ya veo, les ha dado fuerte a esos dos. Mañana por la noche seremos nosotros los enganchados.

—No veo la hora de que sea mañana.

—Me encanta que estés impaciente.

—Muy impaciente. Necesito una sobredosis de mimos, besos y muchos, pero muchos abrazos.

—Me parece que tengo muchos para darte. Te aseguro que no pienso escatimar ninguno.

En su boca se formó una seductora sonrisa, que demostraba cuánto disfrutaba de ese flirteo.

Impulsada por la emoción que desataba en ella, coquetearon un poco más por teléfono hasta que finalmente se despidieron. Olivia dejó caer su móvil al lado del cuerpo, mientras soñaba desde ese mismo momento con esos besos y esas caricias prometidas.

Convencida de que ahora podría dormir, apagó la luz, se puso de lado aferrada a la almohada y se echó en los brazos de Morfeo.

Miller se quedó como un bobo mirando la pantalla de su móvil, se sentía feliz, satisfecho con la relación que poco a poco iba afianzando con Olivia. Su corazón martilleaba en su oído, así de inseguro lo ponía la artista plástica únicamente con un simple flirteo por teléfono. Su cuerpo despertaba sólo con oírlo, y ya se había figurado una y mil veces cómo sería el fin de semana junto a ella. Tenía grandes planes para ellos, esperaba que Olivia estuviera dispuesta a todo, porque tenía intención de extenuarla de amor.

Sonrió al advertir el mal uso que hacía de sus bienes, teniendo en cuenta que él nunca había pensado en tocar la herencia de su padre; ahora disponer de esa forma descontrolada de su propio avión particular y volar para ver a la mujer que amaba resultaba demasiado increíble.

—Papá... querías que disfrutara de lo que me dejaste y es lo que estoy haciendo. No obstante, reconozco que tendría que esforzarme un poco más por cuidar lo que con tantos años de trabajo te costó conseguir.

«Papá» esa palabra sonaba cada vez más normal en su boca; le gustaba el sonido de esas sílabas y las probaba más a menudo, quería familiarizarse con el término. Anotó mentalmente que llamaría a Harrison para que le diera nombres de los amigos de su padre, quería empezar a recabar datos de su vida.

Olivia se despertó. Le pareció que había dormido muchas horas, pero aún no comenzaba a amanecer; adormilada y confusa, miró hacia la ventana, pero no se veía ni un solo vestigio del sol. Buscó a tientas el teléfono, que recordaba haber dejado junto a su cuerpo cuando por la noche había hablado con Noah, miró la hora y, efectivamente, era muy temprano; estaba inusualmente ansiosa por ver a Miller, pero le fastidiaba que las horas se negaran a pasar.

No pudo volver a conciliar el sueño, así que se levantó a una hora considerable, desayunó en el estudio, donde admiró sentada desde el sillón Chesterfield la pintura a la que había titulado *Esperanza*, y que Tiaré le había hecho llegar la mañana anterior. Era nada más y nada menos que un retrato de Noah que había pintado durante sus días en Glen Cove. Eso era él, su esperanza para ser feliz, su salvador, porque él la había salvado sin duda de seguir sintiéndose alguien intrascendente en la vida. A su lado ella tenía un lugar, él la consideraba un ser pensante y siempre podía tomar sus propias decisiones. Además, entre ellos no todo se basaba en la cama que compartían, y en la cual se llevaban de maravilla, era más que evidente que la relación poco a poco crecía en otros aspectos, y aunque no hablaban demasiado del futuro, sabía que él se moría por hacerlo, pero se contenía para no agobiarla.

El reloj parecía haberse detenido esa mañana, y para colmo a todos les había dado por salir: Brian y Alexa tenían planes para almorzar en Houston; Josefina,

aprovechando el viaje, había decidido ir a pasar el día con Ana; al menos se quedaba Julián, que debía ir a buscar a Noah al aeropuerto. De todas formas, que estuviera Julián en la casa no significaba mucho, ya que él siempre tenía algo que hacer y era como si no estuviera.

—Nos vamos —la avisó Alexa mientras se asomaba por la puerta—. Deja de babear mirándolo, tienes cara de tonta.

La había pillado viendo el retrato de Noah.

—Más o menos la misma que pones tú al mirar a mi hermano. —Ambas se rieron a carcajadas—. Divertíos mucho.

—Tú también.

Olivia hizo un mohín.

—Hasta que llegue Noah, me aburriré como una ostra.

La puerta se cerró y ella volvió a quedar envuelta en sus pensamientos; a pesar de la ansiedad que la embargaba, se sentía inmensamente feliz, finalmente creía que la vida le había dado una oportunidad para serlo. Volvió a mirar la hora y suspiró con cansancio, los minutos avanzaban pero no de la forma que ella quería, era pasado el mediodía y aún faltaban unas ocho horas para verlo.

En el departamento de policía, Noah se preparaba para ir en busca de su almuerzo, cogió la gabardina del perchero y se la colocó.

—¿Sales a por comida? —le preguntó Strangger—, ¿me traes un *bagel* de salmón y verduras?

—Claro. Tú, Conelly, ¿quieres algo?

—Lo mismo, gracias.

En ese momento renegaba con un bolígrafo que se había quedado sin tinta. Noah metió la mano en el bolsillo interno de su gabardina, siempre llevaba uno de repuesto en cada abrigo, lo sacó y se lo facilitó a su compañero, que le dio las gracias.

En ese mismo instante, se encontró además con un papel que extrajo de su bolsillo para ver de qué se trataba: era un sobre, el que el padre de Eva le había entregado tras el funeral y que él había olvidado por completo desde hacía una semana; más que nada porque no había vuelto a usar aquella gabardina en todos esos días.

Continuó su camino hacia el exterior del departamento de policía, caminó por el corredor y cuando llegó frente al ascensor no tuvo que esperarlo porque justo en ese momento se detenía en ese piso, así que esperó a que se vaciara y entonces entró. Apretó el botón para ir a la planta baja y en la soledad del habitáculo decidió abrir el sobre que Eva le había dejado:

Querido Noah:

Estarás extrañado por haber recibido este sobre con estas palabras para ti, pero eres alguien muy importante para mí. Lo lamentable de esto es que si lo estás leyendo es porque yo ya no estoy entre los mortales.

Quiero contarte una historia, que comienza con nuestra salida de México en busca de nuevas y mejores oportunidades. Como sabes, somos una familia numerosa y mis padres siempre se han esforzado por darnos un buen ejemplo y una buena educación, hasta tal punto que mi padre llegó a tener tres empleos y mi madre dos para poder pagar nuestros estudios. Mis hermanos, poco a poco, fueron haciendo sus vidas y se fueron alejando del nido, pero lo cierto es que la economía en mi casa siempre ha sido un tema muy preocupante, y mi padre, con su enfermedad en los huesos, tuvo que dejar de trabajar. Mi madre continuó con sus trabajos de costura, pero los años también han comenzado a pesarle a ella. Inevitablemente, empezaron a atrasarse con los pagos de la hipoteca de la casa, donde tan felices hemos sido y que tanto sacrificio les ha costado. Cuando lo descubrí, todo estaba a punto de perderse, y aunque mi padre no lo dijo jamás, sé lo mucho que eso lo angustiaba. Tampoco fue difícil darse cuenta de que éstos eran en realidad los problemas de tensión arterial que tenía.

Noah ya había cruzado enfrente para comprar el almuerzo para él y sus compañeros. Entró en la tienda, y cuando le tocó el turno, hizo su pedido mientras continuaba leyendo:

No me juzgues, simplemente se presentó la oportunidad y la aproveché, creí que sólo sería una vez, pero poco a poco las cosas se descontrolaron.

La frase leída hizo sonar sus alarmas, así que dejó de prestar atención al dependiente, le extendió dinero de sobra para que se cobrara y se fue sin esperar el cambio.

—Señor, su cambio. Señor...

—Quédese con él —le indicó sin detenerse.

Fui una estúpida por creer que podría alejarme de todo, sabiendo que una vez dentro, no hay vuelta atrás; idiota de mí, si lidiamos a diario con estos delincuentes, pero la desesperación por ayudar a mis padres me puso en el camino equivocado, vi la posibilidad de pagar fácilmente la hipoteca de la casa y me tentó la oportunidad de darles una mejor vejez a mis padres y, como te decía, la aproveché.

Lo siento, nunca quise involucrarte, pero un día por casualidad te vi con la esposa del senador Murray Wheels y los celos me cegaron.

Noah, en ese punto de la lectura, estaba paralizado, el papel en su mano se agitaba producto del temblor que su cuerpo experimentaba, y es que pocas veces la vida lo había pillado tan desprevenido.

El dinero fácil que te comenté anteriormente lo obtuve de trabajos que hice para Wheels y también para un narco llamado Mario Aristizabal Montoya, y contacté con ellos a través de un exnovio mío llamado Pedro Morales.

Perdón, Noah, nunca te delaté, nunca le dije a Wheels que tú eres la pareja de su mujer, juro que te protegí, simplemente los seguí y me aseguré de que él no supiera de ti cuando la encontrase.

—¿Qué mierda hiciste, Eva? No puede ser.

Continuó leyendo, en los siguientes párrafos le indicaba el lugar donde había escondido la llave de una caja de seguridad a la que él tenía autorización para acceder y donde encontraría pruebas para atraparlos a todos, incluso le daba datos para resolver los homicidios de Simon Shawn y de Leonard LeBron, en los que ella y Morales habían participado para cubrir sus propias huellas, ya que los delincuentes conocían a la detective por ser la que les liberaba la zona para que traficaran con la droga en la ciudad.

«Eva era el topo. Esto es increíble.»

Noah recordó el día en que él llegó al Yonkers y el vagabundo le dijo que ella había estado allí; en ese momento no pudo relacionarlo, pero ahora entendía que estaba cubriendo alguna posible huella.

Lo siento, Noah, me he equivocado mucho, creo que me están siguiendo y desconfían de mí, puesto que Wheels me tiene entre la espada y la pared para que le entregue el nombre del amante de su mujer. Entiendo que no tardarán en relacionarnos, por eso me he cubierto con esta carta, para que nada quede impune y que al menos, si muero, todos tengan su castigo. Lamento mi cobardía hasta el final y no haberme sincerado contigo, pero bien sabes que si te lo hubiese contado nadie de mi familia estaría a salvo ahora. Ellos eran mi prioridad.

Encontrarás pruebas suficientes para demostrarlo todo, grabaciones que involucran al senador Wheels y a Montoya, datos concretos del paradero de éste. Una copia de seguridad de mis teléfonos, fotografías, documentación adulterada para la entrada de drogas en el país, entre otras cosas. Quiero salvar al cuñado de Wheels, Brian Moore no tiene nada que ver con ellos, sólo fue usado como cabeza de turco para obtener fotografías y obligar a volver a su mujer. Lo siento, eso fue un plan dirigido por mí, quería verte lejos de ella a cualquier precio. Como verás, la amistad de Montoya y Wheels es muy grande, por eso él accedió a colaborar en eso. Te dejo informes detallados en los que encontrarás documentación para probar la relación entre el senador Murray Wheels y el Jefe Mario Aristizabal Montoya. Desbaratarás una gran red de poder entre un servidor público del Estado y el narcotráfico.

Perdón una vez más, y casi no me atrevo a escribir la palabra, en realidad no sé si alguna vez podrás hacerlo.

En la caja de seguridad también hallarás cartas para mis padres y para mis hermanos, tú sabrás hacérselas llegar.

Me he metido en un callejón que no tiene salida, torcí mi camino, destruí mis ideales y defraudé a los que tanto amo.

Te amaré más allá de la vida.

EVA GONZALES

La carta estaba escrita de puño y letra por la detective para que también sirviera como prueba pericial con el respaldo de una comprobación de caligrafía. Había pensado en todo, aunque demasiado tarde.

Miller, en cambio, no podía pensar, estaba bloqueado, intentaba serenarse pero le faltaba la respiración: jamás habría imaginado que las cosas tomarían ese cariz.

En medio de la calle, intentaba dar sustento a sus pensamientos, debía concentrarse en esbozar una táctica y priorizar las cosas. Sabía que lo que obtendría en esa caja de seguridad sería «información clasificada», que se consideraría delicada o secreta porque involucraba a un senador de la nación, así que decidió llamar antes que a nadie a Collin para ponerlo al tanto de todo. Se lo explicó puntualmente, intentando no pasar nada por alto, y quedó en encontrarse con él donde se hallaba la caja de seguridad. El agente, mientras hablaba con Miller, impartía órdenes a diestro y siniestro para conseguir todas las órdenes necesarias para realizar ese procedimiento.

—Envíame una copia de la carta.

Cortó con Crall y llamó a Olivia, pero ésta no le contestaba. Era necesario hacerla salir cuanto antes de esa casa. Probó con los teléfonos fijos del lugar y nadie respondía.

—Mierda, mierda —blasfemaba mientras caminaba cruzando sin mirar—, algo no va bien, lo presiento.

Sabía que quienes mataron a Eva se habían llevado su ordenador y sus teléfonos, así que era casi seguro que a él ya lo habían relacionado con Eva y con Olivia.

Seguía tratando de comunicarse, iba en el ascensor rumbo a la oficina de su superior, a quien no podía dejar al margen de lo que estaba aconteciendo, no podía saltarse la cadena de mando.

Entró en el piso donde funcionaba la unidad y pasó como un huracán, dejando en el escritorio de Strangger los *bagels* sin darle ninguna explicación.

—¿Y a éste qué le pasa? —le preguntó extrañado el detective a su compañero, quien se encogió de hombros ante la expresión desencajada con la que Miller había llegado.

Noah pasó de largo hacia la oficina del capitán y entró sin llamar.

—¿Qué sucede, Miller? —Sin formular una palabra, le entregó la carta y dejó que la leyera, pero había cosas que Martens no alcanzaba a comprender—. Lo único que entiendo es que Gonzales se metió con la gente equivocada.

—Vamos, se lo explicaré todo en el camino, esto es un caso que lleva el FBI, Crall está a cargo y es información confidencial, por lo que sólo puedo ponerlo al tanto a usted por el momento.

—Entiendo que hay un senador implicado, y por lo que deduzco de lo que he leído, tú tienes una historia con su mujer.

—Mi mujer —le aclaró con furia, y quiso traspasarle con la mirada—. No es suya, el muy hijo de puta la molía a golpes, ella y a no vive con él.

En ese instante trató de llamar de nuevo a Olivia.

—Hola, mi amor, me había olvidado el teléfono en el dormitorio, acabo de ver tus llamadas perdidas.

—Olivia, escúchame bien: ¿dónde están Brian y Alexa? Debéis salir todos de ahí cuanto antes. —Le hablaba sin pausa.

—¿Qué pasa, Noah? No me asustes. Todos han salido, sólo está Julián en casa conmigo.

—Búscalo y salid ahora mismo de ahí —le indicaba con resolución y voz firme—. Es preciso que lo hagáis de inmediato, llama a...

Se oyó la detonación de un disparo y ella gritó sin poder evitarlo.

—Olivia, ¿dónde ha sido eso? ¿Dónde estás?

—Estoy arriba, creo que ha sido en la sala —respondió histérica.

Miller escribió la dirección en un papel y el capitán se comunicó por otra línea con el Departamento de Policía de Hill Country para que enviasen a sus hombres al lugar.

—No cortes la comunicación por nada del mundo. Óyeme bien, no llores, tú eres fuerte, busca el arma que te di, búscala y recuerda cómo te enseñé a usarla.

—No podré hacerlo, Noah, no me lo pidas —le decía entre sollozos.

—Olivia, por favor, necesito que te defiendas.

—Ya la tengo. —Sus manos y todo su cuerpo temblaba—. Lo haré, te juro que lo haré.

—Bien, mi vida, ahora sal a la terraza y bordéala hasta la escalera, fijate que no haya nadie y baja por ahí, corre hacia las colinas, hacia el lago. Ponte a salvo, Olivia, por favor, la policía va para allá, mi amor, tranquilízate, sé que puedes hacerlo. Ponte el móvil en el sujetador para tener ambas manos libres y no cortes.

La oía correr y jadear; Miller en todo momento le hablaba para tranquilizarla y le daba ánimos, los minutos parecían eternos.

—He llegado al final del terreno, no podré bajar —estaba agitada—, esto es muy pronunciado.

—Sí puedes, puedes lograrlo, agárrate con la vegetación y hazlo, busca dónde afirmar los pies.

De pronto se oyó gritar, forcejeos, más gritos, carreras, un disparo, y la llamada se cortó.

Noah tenía el altavoz puesto, el capitán lo escuchaba todo junto a él. Miller se agarró la cabeza con ambas manos y se dejó caer abatido en la silla, temiendo lo peor. Pero no podía, justo en ese momento, permitirse un minuto más de flaqueza, así que con resolución golpeó el escritorio y se puso en pie.

—¿Adónde vas?

—Al aeropuerto, necesito ir hacia Austin.

—Tardarás horas en llegar, estamos en comunicación directa con la policía de Austin. Vayamos a por las cosas de la caja de seguridad para ver qué es lo que nos ha dejado Eva; la policía de allí se encargará y nos lo hará saber.

El capitán volvió a comunicarse con Hill Country y les contó los últimos acontecimientos para que lanzaran una alerta y fueran preparados para encontrarse con personas armadas en el lugar.

—Esto es una pesadilla. —Miller se debatía entre sus deseos y lo que debía hacer. Buscó en su móvil el teléfono de Harrison e inició la llamada—. Soy Miller, necesito que mi vuelo se adelante y que esté listo para ahora mismo si es posible —le ordenó sin pausa.

—¿Ocurre algo? Te noto alterado. ¿Acaso le pasa algo a tu madre?

—No, Harrison, es otra cosa, no puedo explicártelo ahora; por favor, haz simplemente lo que te pido y no te alarmes, avísame apenas tengas novedades.

Estaban subiendo al automóvil del capitán Martens, quien se había posicionado al volante. Noah llamó a Collin para ponerlo al tanto de lo que creía que había ocurrido en La Soledad.

El agente, para tranquilizarlo, le dijo que en ese mismo instante enviaría a personal del FBI hacia allí, y también le ofreció custodia para la casa de su madre.

—Te lo agradezco.

Noah seguía intentando comunicarse con Olivia, pero nadie contestaba, ni en su móvil ni en la casa, y él pensaba que sencillamente enloquecería de impotencia.

Llamó a Brian, a quien también quería advertir para que no se acercara a la casa hasta que él le dijera que no había peligro.

—Hola, amigo.

—¿Dónde estás?

—Con Alexa, paseando en Houston.

—Quiero que vayáis a la casa de mi madre, donde tendrán protección policial. No os acerquéis a la villa.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Mi hermana está bien?

—No lo sé, creo que han entrado en la casa, estaba hablando con ella y la comunicación se ha cortado.

—Mierda, mierda, voy para allá.

—No Brian, no —le gritó intentando detenerlo—, haz lo que te digo. Poneos a salvo.

—De eso nada, mandaré a Alexa a casa de Ana, pero yo me voy para La Soledad.

Noah blasfemó en el momento en que Brian Moore cortó la comunicación, era imposible cuidar de tanta gente a tantos kilómetros de distancia y encima mantener la cabeza fría para determinar el despliegue del personal, para todas las formas de actividad policial y tácticas de inteligencia criminal. Sin embargo, obviamente, su mente, con tantos sentimientos mezclados, no podía estar enfocada al cien por cien, así que para eso estaba su superior.

De acuerdo con el Departamento de Policía de Nueva York, su misión era «hacer cumplir las leyes, preservar la paz, reducir el miedo y procurar un ambiente seguro», pero todo estaba fallando, las fichas caían una detrás de otra como piezas de dominó.

Con las indicaciones que Eva había dejado en la carta, encontraron enterrado en una maceta en su apartamento un sobre protegido por otro con cierre hermético que

contenía la llave de una caja de seguridad del Bank of America.

Hacia allá se dirigieron para encontrarse con los agentes del FBI y todo el personal a cargo para confiscar las pruebas. De camino, llegó una llamada al teléfono del capitán.

—Buenas tardes, le habla el sargento Stanley, oficial a cargo del operativo en la propiedad de Austin adonde se nos indicó que acudiéramos. También se nos ha dicho que debíamos comunicarnos con usted.

—Buenas tardes, aquí el capitán Donovan Martens.

—Estamos en el interior de la propiedad, pero lamento informarle de que han allanado el lugar y han matado al vigía de la entrada. Una vez dentro hemos podido constatar que no hay rastro alguno de los delincuentes, pero a su paso han dejado otra víctima más, un hombre caucásico de unos sesenta años aproximadamente. De la mujer no hay rastro.

Noah cerró los ojos, estaba casi seguro de que el otro muerto era Julián, su padrino. Olivia le había dicho que sólo ellos estaban en la casa.

—Soy el detective Miller —intervino—, el dueño de la villa donde se encuentran. ¿Ya han revisado toda la propiedad? ¿Cómo es que no se han activado las alarmas?

—Señor Miller, lamento informarle de los penosos acontecimientos llevados a cabo en su finca, pero de su mujer no hay rastro. Ahora mis hombres están bajando hacia las colinas. El sistema de alarma ha fallado, las han inutilizado, supongo.

—Dios, tienen que encontrarla, mientras hablaba con ella se ha oído un disparo, puede estar herida.

—Le aseguro que tengo a todos mis hombres desplegados haciendo un rastillaje, incluso, por lo que me está informando uno de mis oficiales, acaba de llegar personal del FBI, así que si me disculpa voy a atender a los agentes, pero les prometo que los mantendré informados de cualquier novedad que surja.

Todo lo encontrado en esa caja de seguridad había sido marcado con rótulos protectores que decían «Confidencial», y automáticamente entraban en juego ciertas restricciones para su manipulación, en las cuales se estipulaba qué personas eran las autorizadas para poder ver la información y también las condiciones en que podían hacerlo.

El siguiente paso era evaluar la fiabilidad de la fuente, así como la pertinencia y la validez de todo el contenido requisado. Se harían las remisiones del caso y se clasificaría para ser cotejado. Después, si todo era sustancial, se elevarían las órdenes de arresto contra quien correspondiese.

Pero el tiempo apremiaba teniendo en cuenta que Olivia estaba desaparecida, así que las decisiones debían tomarse con rapidez. Los agentes que trabajaban encubiertos acababan de informar de que el senador había volado por la mañana a Washington.

El procedimiento estaba terminando, y Noah llamó aparte a Collin.

—C.C., no soy estúpido, y sé que me estás dejando fuera.

—Es que estás desesperado y temo que hagas una locura.

—Mierda, ¿cómo quieres que esté? Se han llevado a mi mujer y estoy a miles de kilómetros, manejando información telefónica a medias. Podría haber abierto esa caja de seguridad y luego llamarte, pero a pesar de todo preservé la información, y la puta investigación en la cual ahora me cago.

—Noah, te prometo que serás participe, pero en este instante no piensas con la mente, estás pensando con el corazón. Sabes perfectamente que la premisa principal es dejar fuera todo tipo de emociones. Hay que mantener la cabeza fría, evitando esa ansiedad con la que responde el ser humano a las situaciones de amenaza y peligro. Y tú estás demasiado involucrado en esto para pretender que actúes de esa forma.

—Mierda, Collin, dame un lugar donde buscar a Olivia, deja ese juego idiota de palabras que yo mismo le hago a la gente cuando llevo a cabo una investigación para que no molesten; dame un lugar, dame un sitio donde encontrarla, porque voy a enloquecer. No me subestimes.

—¿Cuándo viajas para Austin?

—Salgo ahora para el aeropuerto, acaban de avisarme de que en una hora sale mi vuelo.

—Perfecto, voy a cumplimentar unas diligencias y parto para Austin con mi equipo, nos encontraremos allá. Los peritos están trabajando en tu casa, recolectando pruebas en la escena; déjanos trabajar, confía en nosotros.

—No tengo tiempo, Collin, ya ves cómo estoy. Por Dios, la van a matar —lo zarandó por la ropa—, tú sabes que esos hijos de puta la matarán.

—Confía en mí, lo sabrás todo a su tiempo. Deja que trace un plan y te prometo que participarás con nosotros en él. —Le apretó el hombro—. Estoy moviendo todos mis contactos para rastrearla. Hemos actuado muy rápido, y les será difícil sacarla de la ciudad, por aire será imposible. Ánimo, la encontraremos, además, ellos no saben que estamos al tanto de todo, o al menos no saben lo que Eva nos ha dejado.

Abrumada y sofocada por el encierro, sentía el sabor férreo de la sangre en su boca. Era como estar viviendo una película de acción, en la que ella era la protagonista. Había peleado mucho, había corrido como nunca, pero la habían derribado. Esos hombres la habían arrastrado por los pastizales, su aguerrida pelea no había servido para evitar que le quitaran el arma y ahora estaba exhausta por la contienda.

Tenía las manos atadas en la espalda, le habían colocado un precinto en las muñecas para inmovilizarla. La brida estaba muy ajustada, tanto, que le provocaba un dolor continuo, y si intentaba mover las extremidades el dolor casi se hacía insostenible; los plásticos se le hundían en la carne y parecía que le cortaban. También las palmas de las manos le ardían, se las había lacerado intentando un descenso por el terreno inclinado y áspero. Quienes la habían perseguido eran todos hombres fornidos y rápidos, y parecía que sabían muy bien lo que hacían. Hablaban en español creyendo que ella no los comprendía, y es que no sabían que su amiga Tiaré había sido una maestra muy buena. Continuamente nombraban al Jefe, tenían indicaciones de llevarla con vida y sabía que Murray estaba tras eso.

Estaba oscuro y tenía mucha sed, la habían metido en el maletero de un coche, y le habían vendado los ojos y también amordazado.

Noah Miller ya iba camino a Austin, en el avión su agobio se había intensificado, porque las ansias por llegar se habían hecho incontrolables. Necesitaba supervisar las investigaciones que se estaban llevando a cabo, pero cada vez lo marginaban más. Mientras tanto, mantenía comunicación directa con Collin, que intentaba tranquilizarlo explicándole que ya tenía en su poder las grabaciones de las cámaras de su casa.

—Ha sido un grupo de seis personas el que ha irrumpido en La Soledad, todos armados con AK47 y AR15, los tipos son muy profesionales, ninguno habló ni media palabra y no se preocuparon por destruir ninguna cámara, actuaron con total impunidad, cubiertos con unas máscaras de látex. Las cámaras exteriores muestran el momento en que Olivia alcanza el rellano, y también cuando dispara contra uno de los secuestradores; fue muy valiente, le dio a uno en el brazo.

«Sabía que podía hacerlo», pensó Noah orgulloso de cómo se había defendido, pero a la vez el corazón se le heló, porque no había sido suficiente.

—Así que uno está herido, se ha pasado la alerta a los hospitales, pero como sabemos esta gente cuenta con personal médico propio. En tu casa ya se han recogido las muestras de ADN y todo se está procesando. También ha quedado registrado el momento en que han capturado a Olivia y en condiciones generales se la veía bien. La han metido en un Lincoln MKZ de color burdeos. Mi equipo ya trabaja en el rastreo analizando las cámaras de seguridad de la ciudad.

—Quiero un lugar, Collin, ¡maldita sea! Dame un puto lugar donde entrar y reventar a todos. —Miller apretaba los ojos y las mandíbulas.

—No te daré ningún lugar hasta no estar seguro de que es el sitio donde la tienen. Te ruego que te tranquilices, estoy siguiendo el rastro del senador, sabes perfectamente que él nos guiará a donde la trasladen.

—Nos llevan dos horas de ventaja, si no me habilitan la entrada a la información voy a volverme loco. Me han cancelado todas mis claves para ingresar a los sistemas.

—Enfádate, blasfema, pero cuando esto pase sabrás que ha sido lo mejor. Estás furioso y eres capaz de cualquier cosa. Estoy cuidando de tu carrera, Noah, y también de tu integridad física.

—Es obvio que soy capaz de hacer cualquier cosa, no te quepa duda de que tarde o temprano haré lo que deba hacer.

—Si sigues con esta actitud, te quedarás en tu casa hasta que te devuelva a tu mujer.

—No confío en nadie, quiero ser yo mismo quien la encuentre.

—Eres injusto, sabes que estoy haciendo todo lo que puedo.

—Lo sé, lo sé. —Intentaba encontrar una fibra de cordura, pero parecía imposible—. Pero me siento relegado, y eso me pone más impaciente. —Tan pronto como intentaba calmarse, volvía a estallar—. ¡Por salvar tu puta investigación estoy al margen de todo! —le gritó descontrolado—, te lo di todo en bandeja y ahora me apartas.

—Has hecho lo correcto, no dejaremos a nadie sin castigo.

—Lo único que me interesa es encontrar a Olivia. El resto me importa una mierda, cada minuto me arrepiento más de no haber visto antes que vosotros lo que contenía la caja de seguridad.

—¿Para qué? ¿Para inmolarte yendo solo a una fortaleza impenetrable, donde te convertirían en un colador humano?

—La tienen en la casa de Montoya, ¿eso es lo que crees? La llevan hacia allá, lo has reconocido inconscientemente, y si me has hecho venir a Austin y estás trasladando a tu equipo hacia aquí es porque el lugar está en esta zona. Collin, dime el sitio, déjame ayudarte a investigar, dame tu *password*, amigo, déjame hacer mi investigación, algo se te pudo haber escapado. —Intentaba convencerlo de que le facilitase el acceso a los archivos.

—¿Eres consciente de lo que me estás pidiendo?

—Me estoy muriendo, Collin, necesito hacer algo, necesito encontrarla, no puedo quedarme de brazos cruzados como pretendéis todos.

—Te llamaré apenas tenga novedades.

La comunicación se cortó.

—Mierda, mierda, me ha colgado. —Su teléfono volvió a sonar y contestó sin mirar.

—Por fin me contestas.

—Lo siento, Brian, esto es una locura, estoy en comunicación directa con quienes llevan la investigación.

—Han matado a Julián.

—Lo sé, ¿Josefina ya lo sabe?

—Aún no, pero tu madre, Alexa y Josefina no paran de llamarme, no sé qué decirles, ya no me quedan excusas que inventar.

Noah se pasaba la mano por la frente y se aflojaba más la corbata, mientras se ponía en pie y le solicitaba a la azafata un agua.

—Se han llevado a mi hermana, ha sido lo único que me han dicho.

Noah soltó un rugido, sentía que su cuerpo no tenía más resistencia conteniendo a tanta gente, se repantigó en el sofá y soltó estrepitosamente un suspiro, exhalando hasta la última gota de aire que guardaba en los pulmones. Él también necesitaba que lo contuvieran, sentía que sus fuerzas se acababan.

—Aterrizo en... —miró su reloj— veinte minutos, un coche policial me espera en el aeropuerto para trasladarme hacia allá. Nos vemos en un rato. No sé más de lo que tú sabes, porque no confían en mi sentido común y me han excluido de todas las investigaciones. Cuando llegue veré qué es lo que puedo averiguar. Espérame ahí. Oye, dentro de lo que cabe, te comunico que tengo buenas noticias para ti; ya hay una forma de comprobar que te usaron en la entrega que quedó reflejada en las fotografías.

—En otro momento sería una buena noticia.

—Lo sé. Debo liberar la línea por si me llaman.

Noah colgó y llamó a algunos de sus informantes. Necesitaba descubrir el paradero de Montoya, los había tentado con una escandalosa suma de dinero, ya que quienes actúan en este círculo delictivo lo hacen por un pago que realmente valga la pena; confiaba en que estarían dispuestos a entregar información con lo ofrecido. Obviamente no había desvelado por qué lo buscaba, aunque querer encontrar a un narcotraficante no necesitaba mayores explicaciones. Les dijo hacia dónde debían encauzar sus averiguaciones, pues temía que Crall lo dejara al margen de lo que descubriera, así que iría por los métodos de investigación que tenía a su alcance.

Su avión aterrizó por fin en Austin, y como la policía lo estaba esperando para trasladarlo los trámites por su arma fueron prácticamente nulos.

De camino a la villa, recibió una llamada de Collin.

—Me cago en la puta, Noah, no tienes freno —le soltó a bocajarro.

—No sé a qué te refieres.

—A la recompensa que has ofrecido por el paradero de Montoya.

—Veo que tu conRAINTeligencia es muy buena, rápida y eficiente.

—Te conozco, Noah, trabajé cuatro putos años contigo, sé cómo piensas, conozco cada una de tus artimañas y también a tus contactos. Estás arruinándolo todo, no seas idiota, pones en riesgo la investigación, sabes perfectamente que Montoya podría enterarse.

—Dame lo que te he pedido entonces, o subiré la oferta y que se vaya todo a la mierda. —Habló sin una pizca de compasión, quería obligarlo a que lo metiera dentro de la investigación—. Me habéis cortado las manos, así que uso lo que tengo disponible: dinero. Y sabes que me sobra y que lo tengo a montones, así que no será problema sobornar a unos cuantos para obtener la información que necesito. Olivia vale toda mi fortuna, y si tengo que dilapidarla para encontrarla, lo haré. ¿Lo hacemos a tu modo o al mío? Tú decides.

Había llegado a La Soledad, descendía del coche policial cuando estalló en un exabrupto.

—Estos hijos de puta no saben con quién se han metido, les voy a enseñar al senador y a Montoya quién es Noah Maximilian Miller, les voy a meter un tiro en la cabeza a cada uno. —El fervor había invadido todas las extremidades de su cuerpo, cerraba los puños con fuerza.

En cuanto vio acercarse a Brian, bajó del coche y le palmeó la espalda, al tiempo que chasqueaba la lengua y cortaba la comunicación dejando a Crall con la palabra

en la boca. Se acercó al cordón policial y enseñó su identificación para que lo dejaran pasar; de todas formas, la recolección de pruebas en el lugar ya había concluido, tan sólo quedaban unos pocos agentes. Brian entró con él, el área de la sala estaba precintada, así que accedieron por la cocina.

—No toques nada —le indicó a su amigo.

—¿Qué sabes de mi hermana?

—Creo que Wheels ya está al tanto de que soy un oficial de la policía y que tu hermana está conmigo.

—¿Cómo lo ha sabido?

—No importa, lo importante ahora es encontrar a Olivia.

—¿Tienes idea de dónde puede estar? ¿Qué sabes? Dime algo, por favor.

—Se la han llevado con vida, eso se ha podido saber por las cámaras. —Levantó la cabeza y miró una que estaba justo apuntando hacia ellos.

—Pero han pasado varias horas.

—Estamos seguros de que Wheels aún no está con ella y eso nos da tiempo, porque él es quien la quiere.

—Ese tipo se ha vuelto loco.

—Nunca estuvo cuerdo. En su lucha por conseguir más poder se metió en un círculo de violencia donde no importa nada con tal de obtener lo que busca; como tu

hermana en este momento representa para él todo lo que no podrá tener, ahora ejecuta su última venganza contra ella, y contra mí, claro está. Por eso debemos encontrarla, antes de que se reúna con ella, porque estoy seguro de que descargará toda su furia en Olivia. —Miller le puso una mano en el hombro y lo miró a los ojos, le habló con convicción absoluta—. La encontraré, Brian, aunque sea lo último que haga en esta vida, la hallaré.

Sonó una alerta en su correo, que Miller se apresuró a abrir desde su teléfono para ver de qué se trataba. Sonrió de lado al comprobarla. «Todas sus claves de acceso han sido nuevamente habilitadas.» Crall había cedido, pues acorralándolo y dejándolo fuera Miller era menos manejable, estaba enajenado y era obvio que seguiría haciendo estupideces.

En el interior de la casa, los recibió parte del equipo del FBI que aún trabajaba allí. Miller se dio a conocer, presentó a Brian y luego sin inmiscuirse en el trabajo de ellos, se internó en su despacho, donde se puso a hacer sus propias averiguaciones. Antes se tomó dos aspirinas, le dolía mucho la cabeza.

El teléfono de Brian sonó, era Alexa. Ambos se miraron y Noah le hizo una seña para que le cediera el móvil.

—Hola —dijo, y la rubia reconoció de inmediato su voz.

—Caramelito, ¿estás en Austin?

—Sí, ya estoy aquí.

—Dime, por favor, ¿qué es lo que ha pasado? Dime, porque aquí vamos a morirnos de un infarto.

—Se han llevado a Olivia.

—En cuanto pille a Brian, lo mato, me dijo que no pasaba nada, que sólo estaba declarando porque habían querido entrar en la casa. Dime que está bien, por favor, dime lo que sabes, dime que mi amiga está bien.

—Quisiera poder decirte que está bien, pero no lo sé. No te enfades con Brian, yo le pedí que os dijera eso, para que no os angustiaseis hasta que yo llegara con información.

—Quiero ir para allá. —Alexa lloraba sin parar, mientras entre hipos le decía a Ana y a Josefina lo que había ocurrido.

—Mira, es preferible que os quedéis allí, la casa está invadida por agentes y esto es un caos, no hallaréis tranquilidad aquí. Pásame con mi madre.

—Manténos al tanto, por favor.

—Desde luego.

—Hola, cariño.

—Mamá, te necesito.

—Claro mi cielo, ten fe de que la hallarán.

—Aléjate de Josefina y de Alexa, necesito hablar contigo.

Ana comprendió que por el apremio con que Noah le pedía que se alejara era porque algo no iba bien. Con disimulo se apartó.

—Ya estoy en la cocina. Dime qué pasa.

—Ha ocurrido algo, Julián... el padrino está muerto... lo siento.

—No. —Ana ahogó un grito.

—Mamá, te necesito, por favor no te derrumbes, la madrina también te necesitará, debes ser fuerte, yo en cuanto pueda iré hacia allí.

—Dios, ¡no es justo!

—Lo sé, pero ha sucedido y no puede hacer nada.

—Ay, tesoro, ¿cómo se lo diré, cómo?

—Quién mejor que tú para consolarla.

—Lo sé, sé que debo ser fuerte. Noah, haz que esos desgraciados paguen por todo.

Miller no respondió, sólo apretó los ojos y los puños con fuerza, haciendo una promesa muda.

Cortó con su madre y cogió su teléfono, en el que tecleó un escueto mensaje a Crall.

Gracias.

La respuesta llegó inmediatamente.

Te costará algo; estoy aterrizando en Austin y voy para allá. Ahorrarás el hotel al estado porque nos darás hospedaje en tu casa. Llama a Pizza Hut, es lo menos que puedes hacer, y me dicen que no falten de pepperoni y de salsa Alfredo.

Noah agitó la cabeza, lo había conseguido, estaba dentro.

—Brian, ¿por qué no te vas a Houston?, allí las mujeres están solas y necesitan consuelo, creo que serías más útil allí que aquí, y yo estaría más tranquilo si sé que están contigo y no solas. En un rato llegarán los hombres de negro, y el equipo táctico del FBI te mantendrá al margen de todo.

—¿Estorbo?

—No lo haces, amigo, no es eso, sé que en este momento eres quien comparte mis mismos sentimientos, y que estás tan desesperado como yo por tu hermana — se abrazaron—, pero la información que se manejará es confidencial, no te dejarán participar en nada.

—¿Prometes mantenerme al tanto?

—De todo, lo prometo. Te informaré de cualquier novedad o movimiento. Sólo una cosa más: no avises a tus padres aún.

—No te preocupes, que no pensaba hacerlo. No confío en ellos, y pueden poner sobre aviso a Murray.

Con toda la información proporcionada por la detective Gonzales, que daba datos específicos del lugar donde Montoya se escondía, elaboraron una táctica de asalto mientras estudiaban los datos de campo. Ya había técnicos con equipos de alta tecnología que estaban en las cercanías intentando, con contramedidas, desactivar las alarmas de la guarida de Aristizabal Montoya. La arrepentida detective les había facilitado también la información del perímetro de detección con que el lugar contaba, pero preferían comprobar que nada hubiera sido modificado.

El equipo de Rescate de Rehenes con base en Quantico, Virginia, en conjunto con los miembros del equipo SWAT del FBI, habían convergido en Austin para esta misión. Los helicópteros tácticos estaban listos para partir desde el aeropuerto de Austin; una vez se hubieran elaborado todas las estrategias, trasladarían a los efectivos junto a sus equipos especiales y sus armas al núcleo que se proponían atacar.

Albuquerque era el destino, por fin Noah se estaba enterando. Él iría en uno de los coches de asalto blindados que llegarían por tierra y que ya estaban preparados en la ciudad de Nuevo México a la espera de los agentes que los ocuparían.

Olivia se esforzaba para no entrar en pánico, sabía que debía permanecer fuerte para poder razonar. Después de que la cambiaran de coche, prestó atención a las voces que la rodeaban y llegó a la conclusión de que sólo eran dos hombres los que ahora la trasladaban en el nuevo vehículo; iban por un camino que evidentemente no estaba en buenas condiciones, ya que el bamboleo hacía notorias las depresiones del pavimento. Desesperada por encontrar una solución que revirtiera su situación, intentaba prestar atención a todos los sonidos. En el momento en que la habían manipulado para hacer el cambio de transporte había entendido claramente que los demás se despedían, así que ésa era su oportunidad.

Comenzó a luchar denodadamente para conseguir quitarse la venda de los ojos, frotó su rostro contra el interior del maletero hasta que, finalmente, logró liberar uno de sus ojos. Sentía que se estaba clavando algo en la espalda, pero lo más importante era dar con la forma de liberar sus manos, cosa que por supuesto no sería tarea fácil. Pero el amor que sentía por Noah y las ganas de vivir que él le transmitía bien valían hasta el último de sus esfuerzos.

La música en el habitáculo sonaba con el volumen bastante alto, así que eso disimulaba los ruidos que ella pudiera hacer.

Como era delgada, y el maletero bastante amplio, había podido moverse para posicionarse de forma tal que intentaba desprender con las manos los plásticos que lo recubrían. Las muñecas se le clavaban de forma perversa, y a ratos el dolor la conminaba a parar, pero era consciente de que su tiempo se reducía cada vez más, así que se armó de valor y se puso a trabajar en su cometido. Intentaba apartar el dolor que la circundaba mientras se deshacía en esfuerzos.

De pronto, comenzó a sentir las manos húmedas, sabía que estaba lastimándose porque las notaba pegajosas y todo le hacía suponer que esa humedad era su sangre. De todas formas, no hizo caso a las heridas, ya que la adrenalina que había comenzado a surcar su cuerpo aplacaba el dolor. Siguió concentrada en arrancar los plásticos. Al cabo de un rato de luchar denodadamente, logró comenzar a quitarlo por pedazos para por fin acceder a la chapa que estaba por debajo de la cubierta. Con el filo de la misma, frotó la brida hasta que creyó que no lo lograría, pero aunque se encontraba exhausta, desanimada y llorosa, no abandonaba la única oportunidad que se le presentaba.

Pensaba en Noah, en sus besos, en sus caricias, en su sonrisa, en lo feliz que se sentía a su lado, y eso era suficiente para encontrar fuerzas donde ya no las tenía.

Tras intentarlo bastante, estaba descorazonada, había sido un magro intento de escape y quiso renunciar, darse por vencida; no obstante, en el mismo segundo en que lo pensaba, la brida cedió.

«¿Y ahora qué?», se preguntó entre sollozos, no quería pensar en el dolor que sentía en las muñecas.

Se quitó rápidamente la mordaza de la boca, y por completo la venda de los ojos. A oscuras, valiéndose de sus manos, que ahora estaban libres, intentaba dilucidar lo que había a su alrededor. La posición no era cómoda, por lo que la tarea se hacía más difícil; se topó de pronto con un extintor, lo reconoció por la forma y supo que era lo que minutos antes se le clavaba en la espalda; en aquel momento empezó a trazar un plan en su cabeza.

«Debo intentarlo, aunque no resulte debo hacerlo», se exhortó en silencio, mientras comenzaba a patear el asiento trasero.

Sus captores en el interior del coche se burlaban de ella sin saber lo que intentaba hacer.

—Detente, güey —exigió el hombre que iba de acompañante—, chinga su madre, le enseñaré a esta pinche vieja que se esté quietecita.

—Déjala que se canse, güey, sube el volumen de la música y no le prestes atención, no perdamos el tiempo, que quiero llegar.

Continuaron el viaje y subieron el volumen para acallar los golpes, mientras Olivia seguía intentándolo. De pronto, las trabas del asiento cedieron y se inclinó hacia delante, y ella emergió en el habitáculo profiriendo gritos y rociándolos con el extintor. El momento fue de pesadilla, la carga del extintor se acabó y entonces empezó a golpearlos de forma enloquecida en la cabeza con el artefacto, el conductor perdió el control del vehículo y terminaron volcando.

Fueron minutos, segundos extensos, que parecieron interminables. Sus captores habían perdido la consciencia, ella por milagro aún la conservaba.

Aunque estaba magullada, aturrida y con un fuerte dolor en el muslo, permanecía decidida a salir de ahí, su instinto de supervivencia la llevaba a valerse de un último esfuerzo. Buscó el extintor y con él terminó de romper la ventanilla; cuando estaba saliendo, uno de los secuestradores, que había reaccionado, la agarró por el tobillo y la arrastró hacia el interior nuevamente. El hombre estaba atrapado entre los hierros retorcidos del malogrado coche, pero estaba dispuesto a no dejarla ir. En el forcejeo, y mientras le oprimía con sus grandes manos la garganta, ella divisó la pistola que llevaba en su pistolera axilar y la aferró casi sin pensarlo; con el arma, comenzó a golpearlo en la cabeza con la culata. En ese momento, en su enloquecida defensa que llegaba a su punto máximo, el arma se disparó, provocando que se iniciara una llama en el automóvil.

Olivia lloriqueaba, pero no estaba dispuesta a dejarse vencer, no después de todo lo que había intentado y logrado.

El delincuente la había liberado, y ahora pretendía desencajar sus piernas de los hierros para escapar del fuego, eso le dio tiempo a alejarse. Arrastrándose, usó el mismo hueco por el que antes había querido salir.

El olor a gasolina era nauseabundo, y cuando se había arrastrado por el pavimento, su ropa se había impregnado con la misma. Era necesario ponerse en pie, porque debía alejarse cuanto antes.

Aniquilada, consumida por el esfuerzo, parecía que su cuerpo no respondía a la prisa que la gobernaba. Corrió con las últimas fuerzas que le quedaban, trastabilló, cayó sobre el pavimento, pero se volvió a levantar; finalmente, y con gran arrojo, se alejó lo suficiente antes de que el coche se incendiara por completo.

Se cubrió los oídos, porque los gritos del hombre que se quemaba vivo eran desgarradores y ella no soportaba oírlos. Temblaba, no podía estarse quieta, no daba crédito a la violencia de la que había sido partícipe en aquel lugar. Gritó, exhalando hasta el último aliento, hasta sentir que la garganta se le desgarraba haciéndosele jirones; lloraba de impotencia, de rabia, de miedo.

Estaba libre, lo había conseguido, Olivia había salvado su vida, pero su odisea no había terminado aún.

Se sentó a un lado del camino a ver cómo las llamas consumían el vehículo, y fue entonces cuando se permitió flaquear. El brillo del coche en llamas era lo único que iluminaba la espesura de la noche, y pudo distinguir entonces que se encontraba en un descampado en medio de una solitaria carretera.

La investigación llevada a cabo les indicaba que el senador Murray Wheels ya estaba en aquel lugar, hacía pocos minutos que acababa de llegar y lo había hecho en un vuelo privado que había cogido en Houston y que había aterrizado en una pista clandestina que ya tenían identificada.

—Maldito desgraciado, asegúrenos de que nadie pueda llegar a esa pista de aterrizaje —sugirió Noah, y Crall comenzó a desplegar a sus hombres.

Siempre era preferible un ataque nocturno, porque el factor sorpresa era más factible en ese horario. Habían transcurrido más de doce horas desde que Olivia había desaparecido, según los cálculos del equipo táctico, tiempo suficiente para cubrir el trayecto en coche, pero todo eran hipótesis, porque no habían podido rastrear por mucho tiempo el vehículo en el que la habían trasladado. Había llegado el momento de decidir el ataque, ya no podían esperar más puesto que su principal verdugo estaba en aquel lugar.

Tan sólo aguardaban información de última instancia para decidir el momento preciso.

La violencia con la que entrarían allí ya se podía anticipar en la calma de la noche.

Finalmente, una soga rápida para descender a rápel y granadas de humo para acceder rápidamente y neutralizar al objetivo fueron la táctica elegida por el HRT, ellos eran los encargados de asegurar el terreno en primera instancia. Los hombres que custodiaban el lugar casi no habían tenido oportunidad, puesto que todos los sistemas de alarma habían sido deshabilitados.

El ataque había sido casi silencioso, los miembros de la fuerza de élite se destacaban por sus técnicas para doblegar e inutilizar al enemigo. Cuando recibieron el orden, entraron los otros grupos tácticos. Noah iba en el mismo grupo que integraba Collin, se ayudaban, como tantas otras veces en las que les había tocado trabajar juntos. Vestían trajes de camuflaje con chalecos ciras y empuñaban subfusiles H&K MP5.

Estaban dentro, la adrenalina recorría sus venas y les aceleraba los latidos del corazón. Miller había olvidado por completo a sus compañeros, porque su único objetivo era encontrar a Olivia; pero Crall, que sabía cuán desesperado estaba, no lo perdía de vista.

Tras abrir varias puertas, entraron en un dormitorio de la planta superior, y allí estaba.

El senador Wheels fue sorprendido con su amante debajo de él.

—Tranquilo, compañero —exhortó Collin a Noah, pero éste ya no escuchaba.

Miller lo quitó de encima de la mujer empleando la fuerza que se necesitaba para levantar un papel. El senador lo reconoció de inmediato, y Noah se abalanzó sobre él con la furia de un tigre, le rompió la boca de un trompazo y continuó golpeándolo. Wheels se quejó larga y prolongadamente.

—Vamos, defiéndete, demuestra lo valiente que eres frente un hombre, demuestra que no sólo eres capaz de pegar y forzar a una mujer. —Seguía atizándole golpes —. Hazlo, basura, nadie se meterá, esto es entre tú y yo, es algo personal.

El senador hizo un magro intento de defensa, pero eso enfureció más a Miller, que pareció recargarse de ira y de fuerza.

—Defiéndete, cobarde, pegas como un marica.

Pero el senador ya no se defendía y Noah no tenía intenciones de detenerse. Collin lo tuvo que detener, para que no lo matara a golpes.

Mientras tanto, la mujer intentaba cubrirse y chillaba desencajada, y el senador, dando muestras de su cobardía, temblaba como un asno maloliente. Miller ahora lo apuntaba con su MP5, pero no formulaba una palabra; la furia en su rostro era evidente y verdaderamente temible. Lo recorrió con el cañón del subfusil desde los testículos hasta el punto justo entre ceja y ceja.

—Maldito hijo de puta, ¿dónde la tienes? —Cuando expresó las palabras, de su boca surgieron partículas de saliva, producto de su ira contenida. El senador, en el mismo instante en que temió por su vida, se orinó en la cama al comprender la furia desmedida de ese hombre, y Miller disfrutó el momento—. Es tu turno, infeliz, me vas a suplicar como tantas veces le has hecho suplicar a ella. Esto es perfecto —le enterró el cañón en la frente y Murray cerró los ojos con fuerza mientras intentaba hablarle, pero las palabras no le salían, lloraba como un cobarde—. Voy a contarte algo, mira nuestro traje, abre los ojos —le ordenó, y Wheels preso del pánico que lo inundaba, sin poder contener el llanto, hizo lo que el detective le indicaba—. ¿Sabes por qué no llevamos esposas? Porque este equipo está entrenado para matar, no las necesitamos —estaba tan poseído que se creía parte de ese equipo y así se lo hacía saber—, sólo usamos balas para reducir a las mierdas como tú. Te he hecho una pregunta: ¿¿dónde la tienes?! —le gritó y hundió más el cañón.

—No ha llegado, por favor no me mates, te lo suplico, no me mates, por favor, ella no ha llegado aún, la están trayendo.

—¿Dice la verdad, se lo juro, señor, yo le diré todo lo que sé, pero no nos mate! —gritó Stuart, intentando conseguir indulgencia de su parte, ninguno de los dos paraba de llorar.

Collin tomó el cañón del arma de Noah, y lo miró fijamente a los ojos.

—Dicen la verdad; vamos, Noah, no vale la pena, ya es suficiente.

—Sabes que nada es suficiente, quiero matarlo.

—Noah, ya lo tenemos.

Los otros dos agentes que los asistían permanecían atentos.

Noah había bajado su arma, pero no le quitaba la mirada de encima al senador; antes de retirarse lo golpeó con la culata de la MP5 en los testículos.

—Eres muy cobarde, Wheels. Olivia, ante tus golpes, demostró más resistencia que la tuya. Debería arrancarte los genitales por haberla violado, hijo de mil putas, no vivirás lo suficiente para arrepentirte de todo, te prometo que haré un infierno de tu existencia, juro que vas a pudrirte en la cárcel, basura, me encargaré personalmente de que tus días sean los peores y voy a ser tu verdugo diario de aquí hasta tu muerte. Te haré la vida tan imposible que le implorarás a Dios que se apiade de ti y te conceda la muerte.

Collin lo sostenía intentando sacarlo de ahí, pero Noah estaba desencajado.

—Déjame matarlo, Crall, déjame vengarme.

—Amigo, tranquilo, lo que le espera es peor, la muerte sería un castigo muy rápido y tú no quieres eso, no vale la pena que te ensucies las manos con esta mierda.

Fuera, los pocos disparos que se habían efectuado ya habían acabado, lo que indicaba que todo estaba bajo control. Los mensajes que llegaban a sus auriculares también indicaban lo mismo: la operación había llegado a su fin.

Los primeros rayos de sol la sorprendieron dormida en un lado de la ruta; se despertó aturdida, dolorida y tiritando; muerta de frío, miró a su alrededor y no había nada más que pastizales secos. Recordó que había caminado hasta que sus fuerzas se habían agotado, pero estaba tan abrumada que no se acordaba del instante en que el cansancio había prevalecido y se había quedado adormilada. No sabía dónde se encontraba, no tenía idea de su paradero y ni siquiera había carteles de señalización. Se puso en pie con gran esfuerzo, le dolía todo el cuerpo, tenía la boca seca y ahora que era de día, podía ver claramente las laceraciones que tanto le dolían en las muñecas. No parecía ser una carretera muy transitada, pero a algún lado la conduciría, así que era preciso hacer un último esfuerzo y seguir caminando.

Habían requisado toda la propiedad, y efectivamente Olivia no estaba ahí. Intentaban obtener información entre los detenidos, pero todos eran reacios a darla. El senador Wheels seguía sosteniendo que no sabía cómo y cuándo la llevarían, y su amante tampoco parecía saber demasiado.

En el asalto a la fortaleza erigida a los pies de las montañas de Sandia, tras una corta reyerta, Montoya había logrado escapar, pero lo habían vuelto a capturar cuando intentaba abordar una avioneta que le facilitaría el cruce de la frontera. La detención del Jefe significaba un duro golpe al narcotráfico, y los organismos oficiales estaban más que felices. Ahora sólo restaba esperar a que sus secuaces accedieran a colaborar para obtener una reducción de penas y seguir desbaratando la red de poder del cártel.

Cuando habían ideado el operativo, jamás habían pensado que era posible que no encontraran a Olivia en el lugar, pero todos los pronósticos, increíblemente, habían fallado.

Noah estaba en la habitación de un hotel de Albuquerque bajo la ducha. El agua golpeaba con fuerza su espalda, proporcionándole un poco de alivio a sus músculos tensos. No se había demorado mucho, tan sólo una ducha rápida.

Estaba abatido, Olivia seguía sin aparecer y cada minuto que pasaba era más desesperante; si quienes la retenían se enteraban de que ellos habían irrumpido en el lugar, sin duda alguna la matarían.

Salió del baño, llevaba una toalla alrededor de su cintura y con otra se secaba el pelo. Se sentó en el borde de la cama y se preparó para llamar a Brian e informarlo de las últimas novedades.

Su teléfono sonó en ese instante, era un número desconocido.

—Por favor, mi amor, ven a buscarme, Noah, por favor.

—Olivia, ¿eres tú?

Ella lloraba, no podía hablarle.

—Olivia, por favor, dime dónde estás.

Noah se había quitado la toalla y la había arrojado sobre la cama, mientras buscaba ropa interior en su bolso para vestirse.

Tan sólo unos minutos atrás, una camioneta Nissan Frontier de color negro se había acercado a ella en el camino. Aunque se encontraba reticente y con miedo, Olivia se había animado a hacerle señas para que se detuviera, parecía su oportunidad más palpable para salir de ese lugar.

El conductor se detuvo y fue una suerte, la observó desde el interior y con cautela bajó la ventanilla del lado del acompañante, mientras se percataba de las laceraciones y el mal estado general que Olivia presentaba.

—Necesito ayuda, por favor, sólo necesito que me permita hacer una llamada para que vengan a buscarme —le rogó al conductor—. Mi nombre es Olivia Moore, me secuestraron y me he escapado, mi pareja es detective del departamento de Nueva York. —Hablaba de manera atropellada entre hipo y sollozos—. Se lo ruego, tenga piedad de mí, por favor.

—Cálmese, la ayudaré, señora, lo haré.

Él hombre sacó su teléfono y se lo acercó a través de la ventanilla. Por suerte, Olivia se sabía el teléfono de Noah de memoria.

—¿Dónde estás, Oli? Dime dónde estás para ir por ti, mi vida.

—No sé. —Lloraba desconsolada—. Ha sido horrible, todo horrible.

—Olivia, cálmate, ¿desde qué teléfono me estás llamando? —Mientras hablaba con ella, Miller luchaba para ponerse la ropa.

—Una camioneta ha parado, y el señor que es muy amable me ha dejado su teléfono. No sé dónde estoy. —Lloraba y a Noah le costaba entenderle—. Ven por mí, te lo ruego, ven a buscarme.

El desconocido, que ya había bordeado la camioneta, abrió la puerta del acompañante y la ayudó a que se sentara, luego le solicitó el teléfono, ella estaba muy alterada y lloraba tanto que no le daba datos certeros a Noah.

—Buenos días —se presentó con su nombre—, soy Max Phytton, estamos en Osage Rd. Canyon en Texas, camino a la I40 a la altura de Amarillo. La señora está algo magullada y se la ve un poco asustada, pero aquí lo esperaré con ella hasta que venga, creo que en general está bien.

—Por favor, le prometo que lo recompensaré, pero no la deje sola, ya salgo para allá, soy oficial de policía, volveré a comunicarme con usted en un rato para informarle de cuánto tardaré en llegar al lugar.

—Perfecto, me alegro de poder ayudar. No se preocupe, me quedaré con ella, le paso con la señora.

—Oli, mi vida, quédate tranquila, todo ha terminado y ya voy a buscarte.

Noah la tranquilizó bastante, y luego cortó la llamada. A medio vestir, aporreó la puerta de la habitación contigua a la suya, que estaba ocupada por Collin. Éste abrió sobresaltado por los golpes que él le atizaba a la puerta, Noah le explicó lo ocurrido y Crall, a toda velocidad, consiguió medio de transporte para desplazarse hasta el lugar.

Obtuvieron un vuelo que los trasladó hasta el aeropuerto de Amarillo; allí los esperaba una Chevrolet Suburban del FBI para llevarlos hasta donde Olivia se encontraba. En el viaje avisó a Brian para que todos se quedaran tranquilos.

Desde lejos, avistaron la camioneta Nissan y Miller se llenó de ansiedad, le dolía el pecho de tanto contener el aliento. No esperó a que aparcara, Olivia ya había descendido, pues el conductor que la había ayudado había advertido por el espejo retrovisor que la Chevrolet se acercaba y la había avisado.

Anhelantes, corrieron para encontrarse y se fundieron en un abrazo interminable y necesitado, que acompañaron con miles de besos. Olivia se aferró a él desesperadamente y Miller la acunó entre sus brazos, se quitó el abrigo y se lo colocó encima; ella estaba tiritando de frío. La lengua se le había pegado al paladar y el corazón le latía desbocado.

—Luché como me pediste —no podía parar de llorar—, lo hice, me defendí por ti, por nuestro amor. Creí que me matarían y que nunca más volvería a verte, y eso me dio fuerzas para luchar. —Le hablaba entre hipo y sollozos.

—Tranquila, ya ha pasado todo y nadie más podrá hacerte daño.

La apartó de él y le quitó el pelo de la cara para hablarle mirándola a los ojos. Se la veía exhausta, pero Miller sabía que su chica era una guerrera y muy pronto estaría repuesta.

—Los hemos pillado a todos, estás a salvo, mi amor.

Se habían dado un baño relajante y estaban tumbados en la habitación del hotel de Albuquerque. Olivia permanecía de costado con el albornoz puesto y los dos se miraban a los ojos con una mirada que transmitía devoción; durante el tiempo en que se habían duchado, ella le había contado todo lo que había pasado y él no podía creer lo valiente que había sido. Se sentía orgulloso de aquella mujer, la admiraba por la entereza con que siempre lo asombraba.

Olivia también lo miraba con orgullo, él también le había contado a grosso modo cómo había sido todo el operativo.

Se miraban con anhelo, por más cansancio que sentían no conseguían apartar sus miradas.

—Creí que me moriría cuando no te encontramos allí —le decía mientras acariciaba el valle entre sus senos; esa caricia le resultaba desestabilizante, tanto a él como a ella.

—Pero ahora estamos juntos, creo que nuestro amor es imbatible.

—Te amo, Olivia, quiero que seas mi mujer.

—Soy tu mujer.

—Sé que eres mía, pero yo me refiero a otro tipo de compromiso.

—¿Acaso hay un compromiso más fuerte que el que sienten nuestros corazones? —Ella se bajó y le besó el pecho.

—No, ninguno, pero... me rijo por la ley, la represento, y me gustaría que te cases conmigo. Sé que no has tenido una buena experiencia, pero eso no significa que...

—Acepto —lo interrumpió.

—¿De verdad? No quiero que te sientas obligada, puedo esperar.

—De hecho tendrás que esperar —ella le acariciaba los labios—, tendré que divorciarme primero.

—Por eso no hay problema, tengo al mejor abogado y estoy seguro de que conseguiré el divorcio en un abrir y cerrar de ojos.

—Deseo además que Murray pague por sus actos de violencia doméstica. ¿Me apoyarás?

—Siempre, sabes que puedes tomar las decisiones que creas convenientes y siempre tendrás mi apoyo; bueno, a veces te llevaré la contraria, tampoco es que vaya a convertirme en un blandengue que ande todo el tiempo bajo tus faldas y te diga a todo que sí.

—No pretendo eso, me gusta cómo eres, me encanta tu carácter y no pretendo cambiarlo. ¿Quién es ese abogado? ¿Crees que también podrá encargarse de acusarlo por violencia familiar?

—Te aseguro que el que tengo en mente es el mejor. Damien Christopher Lake es su nombre, jamás ha perdido un juicio. Es muy temido en los juzgados y nadie quiere ir contra él.

—Uff, lleva el nombre del diablo.

—Créeme, es un demonio en la piel de un hombre, no tiene piedad en el estrado.

—Me encanta, creo que es lo que necesito.

Se besaron, entrelazaron sus lenguas y disfrutaron de sus alientos abrasadores hasta que ambos se quedaron sin resuello.

—Quisiera tener un anillo para darte en este momento.

—No importa, este momento es único de todas formas.

—Espera. —Él le plantó un beso y se levantó de la cama; llevaba una toalla envuelta en su cintura.

—¿Adónde vas?

La chistó para que se callara. Abrió una lata de gaseosa que había en el refrigerador de la habitación y quitó la anilla. Enseguida regresó a la cama y se arrodilló ante ella, luego tomó su mano y se la colocó.

—Prometo reemplazarla por uno mejor cuanto antes, pero ahora es lo único que hay y quiero hacer solemne este acto.

Ella se rio.

—Me encanta.

—No mientas.

—No miento, me encanta. —Olivia admiró la anilla de hojalata que Noah le había colocado en el dedo.

—Cuando te conocí te prometí que te haría muy feliz, y ahora reafirmo cumplirlo las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana.

—¿Dejarás de trabajar para eso?

—Por supuesto que no. —Volvió a acostarse a su lado y la cogió por la cintura, en un gesto demandante, mientras pegaba su pelvis a la de ella—. Eso no está en mis planes, pero te juro que los momentos en que estemos juntos serán tan intensos que te saciarán hasta que regrese del trabajo.

—Y... me pregunto algo, ¿podrías empezar a enseñarme cómo serán de intensos esos momentos?

—Hummm, creo que podría empezar ahora mismo. —La besó con intensidad, enterró los dedos en su cintura y el momento fue perfecto—. Tu cuerpo es afrodisíaco, tu boca es embriagadora. Quiero fundirme en ti eternamente.

El exsenador Murray Wheels se enfrentaba a cargos en el tribunal estatal y también en el federal, por fraude, malversación de fondos públicos, blanqueo de dinero y complicidad de contrabando de armas y de drogas. Se lo acusaba también de ser el coautor y conspirador del secuestro agravado de su esposa, y del complot en el homicidio en primer grado de la detective Eva Gonzales y del señor Julián Álvarez. La totalidad de delitos que se le imputaban se habían cometido en varios estados de Estados Unidos, por lo que se pedía la unificación de las causas.

Las pruebas y los testimonios condenatorios de arrepentidos sobaban, y se esperaba obtener en todos los cargos las penas máximas.

Al mismo tiempo, su esposa había presentado una demanda de divorcio y había incorporado a la petición otra demanda por violencia de género y asalto sexual.

El eximio y reconocido abogado querellante, Damien Lake, representante de la esposa del excongresista venido a menos, preparaba una demanda categórica, casi imposible de refutar. Existían pruebas fotográficas de los golpes, testigos oculares y registros médicos que habían quedado asentados a causa de las lesiones, en las que su esposa había necesitado asistencia médica. Por otra parte, el abogado de la parte acusadora también pensaba aprovechar el descrédito de la imagen del legislador.

Olivia Moore figuraba como la querellante y denunciaba a su esposo Murray Whells por maltratos sufridos durante su convivencia.

No era agradable verse expuesta ante un tribunal, pero lo cierto era que Olivia verdaderamente necesitaba justicia, necesitaba que todos los golpes y las humillaciones que había soportado a su lado tuvieran un castigo; lo necesitaba por ella y también por los millones de mujeres que padecen maltrato, ya sean físico o psicológico, y que no se atreven a hablar. También lo hacía por las mujeres que no habían tenido oportunidad de hacerlo porque habían perdido la vida a manos de sus verdugos íntimos. No obstante, no sólo necesitaba una condena ejemplificadora, lo que ella pretendía era que de alguna forma la sociedad entendiera que no existen clases sociales ni culturales para padecer la violencia de género, que no hay distinción de razas ni religión para sufrirla, y que en todos y cada uno de los casos es ilícito, ya sea un hombre o una mujer quien la padece.

Necesitaba que la gente aprendiera a reconocer los signos, porque la persona abusiva, por lo general, despliega su conducta en privado y rara vez muestra al exterior su verdadera cara; por el contrario, utiliza una fachada respetable y casi insospechable.

Olivia ansiaba que quedara bien claro el impacto emocional que genera esa situación, porque es un ingrediente de desequilibrio para la salud mental de las víctimas. Quienes sufren de violencia doméstica no sólo reciben castigos físicos, también pasan por desvalorizaciones, soportan críticas exageradas y públicas, muchas veces reciben un lenguaje rudo y humillante, insultos, amenazas que no sólo son verbales, a veces incluso llegan a través de una mirada. Quienes padecen esta opresión se sienten culpables porque eso es lo que les hacen creer, se aíslan para no generar conflictos, no manejan dinero y les hacen pensar que son incapaces para decidir; en realidad, no les está permitido hacerlo.

Olivia acababa de enterarse de los registros médicos existentes, pero no se había extrañado demasiado, puesto que Noah, desde un primer momento, siempre se había mostrado protector con ella. Nacary también había hecho su parte, había elaborado todos los informes médicos pertinentes para que, llegado el caso, pudieran utilizarlos, incluso el día de la violación le había tomado muestras vaginales y conseguido muestras de ADN del senador, y había constatado por medio de una exploración ginecológica el desgarramiento de la vagina.

—Siempre supe que harías justicia por ti, porque esto es por ti.

—Gracias por enseñarme a valorarme como ser humano.

—Eres un ser humano excepcional, y es justo que el mundo se entere de la calidad humana que posees. Me siento orgulloso de ti.

—Me has salvado, Noah, en todos los sentidos en que la etimología de la palabra permite comprender el verbo salvar. Me has librado del peligro, has solucionado mis problemas, has hecho que mi vida sea magnífica y no sólo aceptable, has evitado y superado a mi lado todos los contratiempos, me has ayudado a que venciera mis miedos, has recorrido la distancia junto a mí y has hecho que los tiempos se acorten. Me has devuelto la identidad que había perdido y me has hecho volver a sentirme una persona valorada, y sobre todo amada.

—Tú te has salvado a ti misma, porque permitiste que te ayudásemos. Y pensándolo bien, también has hecho tu parte, también me has salvado.

—¿Yo, de qué?

—Del rencor que mi alma anidaba antes de conocerte, porque me enseñaste que la vida está hecha de momentos y que si no los aprovechamos, no regresan. Me has enseñado a ser más tolerante y a tener mejores sentimientos, y eso me ha salvado de la soledad en que vivía.

Se miraron sin tocarse, tan sólo se acariciaron con las miradas y compartieron en silencio el amor que se profesaban.

Noah se sentía íntegro en todos los aspectos, y Olivia había aprendido que la justicia tenía un brazo muy grande y empezaba a confiar en ella; Miller le había demostrado que podía hacerlo.

En la actualidad, él seguía disfrutando de su trabajo como detective, pero también había empezado a interesarse por la empresa fundada por su padre.

Ella saboreaba la convergencia de su actividad en la galería de arte con su pasión por la pintura, y también con su nuevo proyecto, una fundación que presidía y a la que había llamado «Rompe tu silencio». Ayudaba a personas víctimas de violencia doméstica, ya fuera asistiéndolas psicológicamente, legalmente o en lo que necesitaran.

Cinco meses después...

Habían llegado a Londres.

—Bueno, ya estamos aquí. Durante el vuelo me has dicho que veníamos a esta ciudad, que por cierto me encanta, pero también me has dicho que tenías una sorpresa y que me la dirías cuando llegásemos. —Ella tenía su rostro entre las manos y le hablaba muy de cerca—. Así que... suéltalo ya, Miller.

—Ya te enterarás.

Un coche los llevó hasta la parte norte de Trafalgar Square.

—Estamos frente al Museo Nacional de Londres —expresó Olivia, al reconocer el lugar.

Noah sacó dos entradas para una muestra del genio Botticelli, el pintor favorito de Olivia.

Entusiasmada y muy feliz, se aferró a su cuello y lo llenó de besos. Eufórica, se bajó del coche y lo arrastró con ella en una carrera desmedida por las escalinatas de acceso. Entraron, Olivia se sentía pletórica, y Noah disfrutaba de su felicidad. Él había hecho sus averiguaciones, así que antes de entrar en la sala le propuso que cerrara los ojos y que se dejara guiar.

—Pero no hagas trampa.

—Lo prometo, no espiaré, abriré los ojos cuando tú me lo indiques. Te lo has ganado por haberme traído a este lugar.

—Interesada. —Le dio un beso—. ¿Preparada?

—Preparadísima.

La guio hasta ponerla frente a la pintura llamada *Venus y Marte*.

—Abre los ojos.

Olivia se emocionó de inmediato, su pintura favorita estaba frente a ella y la estaba admirando en vivo y en directo. Se llevó la mano al pecho, inundada de emoción porque él lo recordara, pero al cabo de unos instantes dijo:

—Un momento, éste no es el original, es una buena réplica, pero...

—Exacto, no esperaba otra cosa de ti, veo que eres una experta. Ésta es... tu réplica —recalcó Miller—. Es lo mejor que he conseguido —le dijo haciendo un mohín con los labios—, lo siento, pero la original no está en venta.

Olivia se cubrió la boca, se había puesto muy sensible, la pintura era del tamaño exacto de la original.

—¡¡Dios, Noah, eres increíble!!

—El triunfo del amor sobre la guerra —señaló Miller recordando la explicación que ella le había dado en el mirador de La Soledad. Olivia también lo recordó justo en el momento en que abrió los ojos y vio la pintura. Noah la cogió de las manos y la obligó a mirarlo—. Tú eres mi diosa del amor y la belleza, y yo seré siempre tu amante, tu dios de la guerra.

Le soltó la mano y metió una de las suyas dentro del bolsillo interior de su abrigo, de donde extrajo unos documentos.

Olivia, en ese punto, estaba realmente afectada por la emoción, pero se conminó a leerlos. En ellos decía que su divorcio era un hecho.

Miller también tenía una caja de joyería en la mano y la abrió ante sus ojos, descubriendo una sortija de boda que resaltaba en brillo y suntuosidad. La extrajo de la caja y se la colocó en el dedo.

—Ahora sí, ahora es una realidad casi inmediata, muy pronto te convertirás en mi esposa. —Se besaron largamente, luego se apartaron y se miraron con recogimiento—. Quiero acabar agotado cada día de mi vida. Ansío que mi diosa ose agotarme tal como Venus agotaba a Marte. Sé que puedes hacerlo. —La pegó posesivamente a su cuerpo.

—Señor Noah Maximilian Miller, en cuanto termine de recorrer esta galería, porque no podrá sacarme de aquí antes —se rieron—, prometo que descargaré todo mi poder sobre usted y osaré destruir su fortaleza con mucho gusto.

Noah volvió a apresar sus labios con posesividad, y luego le dijo:

—Tus labios siempre me hacen sentir todo lo que no me dices, gracias por crear esa conexión con nuestras bocas.

—No me cuesta ningún esfuerzo, porque tu boca es todo lo que anhelo.

Si eres víctima de violencia de género, no te calles,
Rompe tu silencio
Pide ayuda a los profesionales y denuncia tu situación.

Agradecimientos

Gracias a Tiaré Pearl, que me ayudó con los diálogos de la sevillana Tiaré para darle ese acento tan característico de esa región de España, y por haber sido inspiración para ese personaje.

Gracias a las chicas que llevan adelante los grupos de Facebook que me apoyan, haciendo de mi lucha su lucha, y me acompañan a diario poniéndose la camiseta de quien les escribe.

Gracias a Rita Obando por colaborar conmigo desde el principio, para que entendiera cómo funcionan los organismos de justicia en Estados Unidos.

Gracias a Rocío Polo por ser mi guía en la jurisprudencia estadounidense, para poder elaborar una historia creíble, con hechos que encajen en la legalidad y dentro de las leyes de ese país.

Por supuesto, gracias a mi editora Esther Escoriza, por seguir creyendo en mí y por aconsejarme para conseguir siempre el mejor producto, para que ustedes puedan disfrutarlo.



Fabiana Peralta nació el 5 de julio de 1970, en Buenos Aires, Argentina, donde vive en la actualidad.

Descubrió su pasión por la lectura a los ocho años. Le habían regalado *Mujercitas*, de Louisa May Alcott, y no podía parar de leerlo y releerlo. Ése fue su primer libro para un público adulto, pero a partir de ese momento toda la familia empezó a regalarle novelas para leer y desde entonces no ha parado.

Es esposa y madre de dos hijos.

Siempre le ha gustado escribir, y en 2004 redactó su primera novela romántica como un pasatiempo, pero nunca la publicó. Muchos de sus escritos nunca han visto la luz.

En 2013 publicó «En tus brazos... y huir de todo mal», título de la bilogía formada por *Seducción y Pasión*, que salió al mercado bajo el sello Esencia, de Editorial Planeta. El hecho de que esta novela viera la luz fue porque varias amigas que la habían leído la animaron a ello.

Encontrarás más información sobre la autora y sobre su obra en:

<www.fabianaperalta.com>

Notas

* *Runaway*, The Island Def Jam Music Group, interpretada por Bon Jovi. (N. de la E.)

* *Madama Butterfly*, Warner Classics, interpretada por María Callas. (N. de la E.)

* *Old Time Rock & Roll*, Big Eye Music, interpretada por Bob Seger. (N. de la E.)

* *Va, pensiero*, Carisch, interpretada por Giuseppe Verdi. (N. de la E.)

* *Happy*, Syco Music, interpretada por Leona Lewis. (N. de la E.)

* *Somebody*, A&M Records, interpretada por Bryan Adams. (N. de la E.)

* *Little black submarines*, Nonesuch Records, interpretada por The Black Keys. (N. de la E.)

* *I'm a man*, Digilouge Recordings, interpretada por Bo Didley. (N. de la E.)

* *She Will Be Loved*, A&M/Octone Records, interpretada por Maroon 5. (N. de la E.)

* Código que se puede aplicar entre los agentes para silenciar los errores que otro agente pueda cometer.

* *Unconditionally*, Capitol Records, LLC, interpretada por Katy Perry. (*N. de la E.*)

* *How Blue Can You Get*, MCA Records Inc., interpretada por B. B. King. (N. de la E.)

* *This Love*, A&M/Octone Records, interpretada por Maroon 5. (N. de la E.)

* *Don't stop the party*, Interscope Records, interpretada por The Black Eyed Peas. (N. de la E.)

* *This Love*, A&M/Octone Records, interpretada por Maroon 5. (N. de la E.).

* *All this time*, Mosley Music/Interscope Records, interpretada por One Republic. (N. de la E.)

* *Heart Attack*, Universal International Music BV, interpretada por Enrique Iglesias. (N. de la E.)

Rompe tu silencio
Fabiana Peralta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada: Sprinter y Ron Dale, Shutterstock

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Fabiana Peralta, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2015

ISBN: 978-84-08-14204-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com